

PAMELA DÍAZ

FRAGMENTOS



Editorial Círculo Rojo

Contenido

1. [Prólogo](#)
2. [Capítulo 1](#)
3. [Capítulo 2](#)
4. [Capítulo 3](#)
5. [Capítulo 4](#)
6. [Capítulo 5](#)
7. [Capítulo 6](#)
8. [Capítulo 7](#)
9. [Capítulo 8](#)
10. [Capítulo 9](#)
11. [Capítulo 10](#)
12. [Capítulo 11](#)
13. [Capítulo 12](#)
14. [Capítulo 13](#)
15. [Capítulo 14](#)
16. [Capítulo 15](#)
17. [Capítulo 16](#)
18. [Capítulo 17](#)
19. [Capítulo 18](#)
20. [Capítulo 20](#)
21. [Capítulo 21](#)
22. [Capítulo 22](#)
23. [Capítulo 23](#)
24. [Capítulo 24](#)
25. [Epílogo](#)

© Derechos de edición reservados.
Editorial Círculo Rojo.
www.editorialcirculo rojo.com
info@editorialcirculo rojo.com
Colección *Novela*

© Pamela Díaz

Edición: Editorial Círculo Rojo
Maquetación: Juan Muñoz Céspedes
Fotografía de cubierta: © Fotolia.es
Diseño de portada: © Óscar Gil

Producido por: Editorial Círculo Rojo.

ISBN: 978-84-9115-572-0

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna y por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación, en Internet o de fotocopia, sin permiso previo del editor o del autor. Todos los derechos reservados. Editorial Círculo Rojo no tiene por qué estar de acuerdo con las opiniones del autor o con el texto de la publicación, recordando siempre que la obra que tiene en sus manos puede ser una novela de ficción o un ensayo en el que el autor haga valoraciones personales y subjetivas.

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Prólogo

Una sacudida y otra más. Estaba harto de sufrir los bruscos vaivenes de la camioneta, que rebotaba de un lado a otro; cansado de observar durante horas el mismo desgraciado paisaje por la ventana; asqueado de ver las aceras llenas de excrementos de perros, botellas de alcohol quebradas en el suelo y otros residuos de sospechosa procedencia. Pero no había otra carretera excepto esta. No tuvimos otra opción más que el de continuar por ese horrible camino de tierra y piedras.

Volqué mi atención en las viviendas en ruinas, que eran un aviso silencioso de que pronto llegaríamos a nuestro destino, antes de encender la radio y aumentar el volumen al escuchar una canción de *rock*. Tras hacerlo miré de reojo a mi ángel de la guarda, quien no pareció incomodarle el ruido y siguió conduciendo de manera pasiva.

Pocos minutos después detuvo el vehículo delante de una casa bastante deteriorada.

—¿Estás seguro? —me preguntó girándose en el asiento para mirarme.

—Más que nunca —contesté con serenidad. Me estudió por unos segundos, como si quisiera asegurarse de que no había ni una pizca de arrepentimiento en mi rostro, y a continuación, sintiéndose conforme con mi respuesta, asintió y ambos salimos al exterior.

Sin perder tiempo, pisé con fuerza la hierba marchita mientras reparaba en las enormes cucarachas que salían de los arbustos y recorrían cada centímetro del jardín sombrío; sin embargo, los bichos no me producían ningún miedo, ya que había convivido entre insectos y ratas durante la mayor parte de mi infancia.

Miré a mi alrededor para descubrir nada más que mugre y escombros, y, a continuación, caminé hasta llegar a una puerta antigua con varias grietas. *¿Cuántos portazos habrá sufrido a lo largo de los años?* Si cerraba los ojos aún podía ver a aquel niño asustadizo corriendo lejos de aquí, internándose en un mundo donde reinaba la violencia, para intentar sobrevivir por sí mismo en las calles más peligrosas de Nápoles.

Mi pequeña reflexión se vio frustrada al percibir que él sacaba un clip metálico del bolsillo trasero del pantalón; en una experta maniobra, introdujo el alambre en la ranura y la manipuló hasta abrir la puerta principal.

Sentí mi sangre arder. La adrenalina corría por mis venas a una velocidad frenética. La ira que tanto me abrumaba, día tras día, fue en aumento a medida que las imágenes de ella invadían mi mente. Y fue a peor cuando él empujó la puerta con sus dedos, permitiéndome entrever la inmensa oscuridad del interior de la casa.

Sin poder evitarlo comencé a temblar a causa de la anticipación, lo que hizo que apretara las manos en dos puños rígidos. Llegado a ese punto era inútil intentar dominar mis instintos más

homicidas. No podía negarlo. Estaba ansioso por cumplir mi sueño y también por acabar con mi pesadilla.

El suelo de madera podrida crujía bajo mis zapatos mientras caminaba a ciegas por el corredor, guiándome por los recuerdos. Tras avanzar unos cuantos metros, un fuerte hedor a moho, orina y heces penetró en mis fosas nasales y aunque la saliva se me acumuló en la boca, logré contener las arcadas. Traté de ignorar aquellos fétidos olores tan familiares para mí, pero las experiencias vividas bajo ese mismo techo se repetían una y otra vez en mi cabeza, enfureciéndome todavía más. Apresurándome a llegar al final del pasillo, me paré en seco al distinguir los centelleos de una luz que provenía de una habitación. Me detuve en el umbral de la puerta y observé disgustado a la mujer que, tirada en el sofá, esnifaba como loca una barra de pegamento.

Era irónico que una mujer joven como ella tuviera una apariencia tan envejecida. En un tiempo no muy lejano, los hombres la habían adorado y las mujeres habían envidiado y codiciado lo que ahora carecía. Su antes perfecta figura había cruzado la extrema delgadez. Los huesos de sus caderas sobresalían de manera exagerada. Sus pómulos eran demasiado grandes para la forma ovalada de su cara y su mata de pelo negro, grueso y ondulado, había desaparecido para dar lugar a una evidente calvicie en la parte superior de su cuero cabelludo. La belleza natural que tanto la caracterizaba se había desvanecido por completo.

Un suspiro de satisfacción escapó de sus labios cuando inhaló con fuerza el pegamento; aquella simple acción hizo que la tensión en sus hombros disminuyera. De pronto se quedó muy quieta, giró la cabeza hacia el lugar donde me encontraba y apoyó sus manos temblorosas en el sofá. Tras incorporarse intentó adivinar quién le había impedido seguir consumiendo su dosis diaria.

—Hijo mío —murmuró asombrada al reconocerme. Sus ojos azules, que eran iguales a los míos, ya no brillaban ni resplandecían como antes y cuando habló, me percaté de que le faltaban varios dientes—. ¡Oh, mi niño, has vuelto!

Debería sentir lástima y compasión por mi madre; una mujer que eligió vivir una esclavitud eterna, donde la cocaína poseía todo el control de su vida. Pero yo era incapaz de sentir nada excepto odio y rencor: dos sentimientos que había aprendido muy bien a su lado.

—Mamá.

Curvó los labios en una amplia sonrisa, pero enseguida la borró cuando saqué la *Beretta* de nueve milímetros; un regalo por mi undécimo cumpleaños. Agarré el revólver y apunté en su dirección, decidido a acabar con su existencia. Ella, agrandando los ojos, boqueó como un pez, pero no emitió palabra.

—Adiós, mamá —me despedí y, acto seguido, apreté el gatillo. El proyectil salió disparado. La bala le perforó el vientre.

Sus estridentes gritos de dolor, y el sonoro golpe de su cuerpo al caer sobre la dura madera, resonaron por toda la casa vacía. El sonido de mis botas fue amortiguado por sus súplicas, pero mi cerebro se negó a procesar ninguno de sus ruegos. La miré con fijeza desde arriba y, a continuación, sonreí antes de disparar otra vez. En esa ocasión la bala atravesó su pecho. No aparté la mirada de su cuerpo laxo, que yacía sin vida en la fría superficie del suelo. Su sangre aún brotaba a chorros de las perforaciones, y ennegrecía la camiseta amarilla que llevaba puesta.

Me permití a mí mismo un minuto para inmortalizar su piel pálida, sus pupilas dilatadas por el miedo y sus labios descoloridos antes de apretar el gatillo a bocajarro dos veces más: en su cabeza y en su huesudo cuello. Varias gotas de sangre salpicaron mi cara a causa del fuerte

impacto.

Al sentir una mano grande en mi hombro, elevé la mirada para ver la del hombre que me había salvado, alimentado y dado un hogar sin esperar nada a cambio. Nada excepto lealtad, algo que yo estaba dispuesto a dar sin condiciones.

—Ya está. ¿Cómo te sientes?

—En paz —confesé limpiándome las mejillas manchadas de sangre con el dorso de la mano.

—Ya eres todo un hombre, hijo —comentó con orgullo en la voz—. Dime, ¿quién es el siguiente?

No era necesario que sacara la lista repleta de nombres que había escrito en la noche anterior; personas que pagarían por todo el daño que me habían causado. Sabía con exactitud quién era mi próxima víctima.

—Frank —respondí con rabia. El único culpable de que mi madre se hubiera convertido en un ser monstruoso.

Su chulo. Su amante. Su camello.

Capítulo 1

Amber

—Tranquila, tranquila —murmuro para mí misma.

Tengo los nervios a flor de piel, tanto que mi estómago está jugándome una mala pasada causándome incesantes náuseas. Los minutos me parecen interminables. Mi respiración se torna cada vez más dificultosa, hasta el punto de hacerme sudar.

Aún me cuesta creer que esté aquí, sentada, esperando en una recepción insípida cuando lo único que deseo es regresar a casa e intentar olvidar el pasado; un pasado que me acecha sin piedad cada día de mi vida. ¿Podré terminar rápido con este tormento y largarme muy lejos? Sé muy bien que no será posible. Esto no es más que el comienzo de un largo y lento proceso.

Retuerzo las manos sobre mi regazo mientras reflexiono sobre las cosas que están a punto de suceder. Hoy, por primera vez, hablaré de lo que ocurrió en Madrid; relataré mis secretos y los escabrosos sucesos que viví durante meses. Ha llegado la hora de confesar mis sentimientos más oscuros y también los más sinceros. Pero a pesar de que recuerdo las palabras de mi familia diciéndome que acudir aquí será una manera efectiva para enfrentar la realidad, yo no quiero estar en este sitio. Ni tampoco puedo aceptar esa realidad de la que todos hablan sin saber. Y me da igual que la desesperación y la pérdida estén haciendo mella en mi interior, porque no hay nada en este mundo que pueda aliviar mi sufrimiento. Nada excepto...

El constante sonido de mi pie golpeando el suelo impoluto no logra distraerme de mis pensamientos. No puedo evitar pensar en él. Últimamente fantasear con sus ojos y su mirada seductora se ha convertido en un hábito; recrear sus manos acariciando mi piel es ahora mi mayor obsesión y, a la misma vez, la más angustiada de las agonías.

Por fortuna, oír la voz de la recepcionista hace que regrese al presente y deje de soñar con lo inalcanzable.

—Ya puede pasar, señorita. No se preocupe en llamar a la puerta.

Asiento con una mueca a modo de sonrisa, me levanto de la silla y camino con mucha lentitud hacia el despacho. Respiro hondo para intentar controlar los desbocados latidos de mi corazón y tras varios segundos de vacilaciones, reúno el coraje para girar el picaporte de la puerta. A lo lejos veo una mesa grande, de madera oscura, cuya superficie está ocupada por folios, carpetas, bolígrafos y cientos de cosas más que no me molesto en analizar. Miro nerviosa las paredes de color verde claro y, enseguida, distingo la silueta de una mujer al otro lado de la habitación.

—Señorita Montalván —dice extendiendo su mano hacia un sofá color crema. Una mesita de cristal y un sillón orejero del mismo color decoran el pequeño espacio—, siéntese, por favor.

Unas ganas enormes de correr y huir de aquí me invaden, pero pese a la tentación cierro la puerta detrás de mí. Tomo asiento en el sofá mientras miro de reojo a la mujer que va vestida tan elegante como siempre; ha transcurrido mucho tiempo desde la primera y última vez que nos vimos. Ella, sin pronunciarse de nuevo, trae consigo una libreta de notas y sitúa una grabadora encima de la mesita.

Mi ansiedad se encuentra por las nubes. La inseguridad domina cada uno de mis sentidos. Lo cierto es que tengo bastante claro que esto no me será de ninguna ayuda, pero nadie entiende que recapitular cada experiencia vivida es demasiado doloroso para mí. Y ya no aguanto más... No soy fuerte. No puedo soportar más dolor.

Un nudo me oprime la garganta y los ojos se me vuelven vidriosos al recordar sus palabras. Hace no mucho tiempo él me describió como una mujer fuerte y valiente. Suspiro con pesadumbre al pensar que le he decepcionado. Desde su ausencia solo hay un adjetivo que puede definirme: fracasada.

—Listo —informa ella en tono alegre, y se sienta frente a mí—. Amber, relájate y ponte cómoda. Haremos esto de la manera más sencilla posible. ¿Qué edad tenías cuando comenzó todo?

—Veinticuatro —contesto automáticamente.

—Sigue —me anima—. Analizaremos cada fragmento de tu historia antes de que finalice la sesión.

—¿Por dónde empiezo? —pregunto sintiéndome aturdida y confusa.

—Por el principio. Tómate tu tiempo. —Le quita la tapa al bolígrafo y espera con paciencia.

Cierro los ojos con fuerza y trago saliva con dificultad, porque lo que estoy a punto de relatar son los recuerdos de una vida que jamás podré recuperar.

Barcelona, octubre de 2011

Salí de la tienda mientras me cubría la cabeza con la chaqueta vaquera y corría a toda velocidad hacia mi coche, procurando no caerme de bruces. Vaya manera de terminar la semana; toda empapada y el pelo hecho un auténtico desastre.

Me giré un momento para despedirme de Olivia justo cuando la vi salir del local inmobiliario donde ambas trabajábamos. Dándome prisa, abrí la puerta del conductor y entré en el interior de mi viejo vehículo. Me froté las manos para entrar en calor y, luego, presioné el botón de la calefacción. Pero a pesar del agradable aire tibio que recibía desde las rendijas, los dientes no me paraban de castañear. No fue hasta después de pocos minutos que logré dejar de tiritar y pude conducir hacia casa.

¿Quién me iba a decir que algún día extrañaría tanto aquellas paredes repletas de objetos raros y ridículos? En aquel entonces lo hubiera creído bastante improbable.

Al llegar a mi hogar, un pequeño piso donde vivía con mi madre y mi hermano, el olor a especias se infiltró en mi nariz.

—¿Qué tal? —saludé a mamá, y tiré el bolso encima del sofá.

—Hola, corazón —murmuró, distraída, concentrada en su tarea de cortar zanahorias y cebollas.

Le di un beso en la mejilla y, a continuación, fui hacia el baño para coger una toalla y secarme el pelo húmedo por la lluvia. Después volví a la cocina y, mientras mamá fileteaba una pechuga de pollo y sellaba la carne en una sartén, pensé en lo mucho que ella significaba para mí. Mi admiración por ella no conocía límites y no tan solo porque era mi madre, sino porque la consideraba una mujer luchadora; una fiera que peleó en numerosas ocasiones para darles lo mejor a sus dos hijos.

La estabilidad económica en mi familia dictaba muy lejos de ser cómoda; al revés, éramos gente humilde y vivíamos con lo justo y lo necesario. Hubo circunstancias muy difíciles, pero fuimos afortunados de salir airosos de aquellas situaciones. A raíz de la muerte de papá, ella tuvo que salir adelante sin nadie a quien poder acudir en momentos de infortunios. Se quedó embarazada de mi hermano a los veinte años; un acontecimiento inesperado que le cambió la vida por completo, sobre todo cuando su estricto padre se enteró de la noticia. Mi abuelo era un hombre muy gruñón y cerrado de mente, y estaba tan cegado en las creencias de su religión que no terminó de aceptar la relación premarital entre mamá y papá.

Su reacción fue exagerada. Incluso la echó de casa y rehusó seguir manteniendo cualquier tipo de contacto con ella; no obstante, tuvo la decencia de dejarla hacer una pequeña maleta para que metiera algunas de sus cosas personales. Desde entonces, no se volvieron a ver. Y yo jamás conocí a mi abuelo.

Aunque ella se quedó sola cuando mi padre falleció, no dudó en dejar sus sueños, sus estudios y partirse el lomo trabajando como camarera en un restaurante. El salario que recibía era el mínimo, casi una miseria, pero ella nunca vio todo de color negro. Al contrario, siempre encontró una diminuta pero resplandeciente luz al final del túnel.

A medida que fuimos creciendo su mayor intranquilidad fue la calidad de nuestra educación, ya que la aterrorizaba la idea de que mi hermano o yo pasáramos por las penurias que ella tuvo que pasar. Por lo tanto, empleó parte de su dinero en un prestigioso colegio privado. Yo nunca logré sentirme cómoda en aquel ambiente y al final optó por inscribirme en uno público, poniendo mi felicidad por encima de todo.

De todas maneras, mi hermano y yo no la defraudamos en ese sentido y después de cuatro intensos y agotadores años en la universidad, los dos nos licenciarnos; él en informática, y yo en lenguas modernas y sus literaturas.

Durante mi época universitaria acudí a diario a clases de francés, de modo que dominaba perfectamente el idioma. Pero aunque ser bilingüe fue de gran ayuda para conseguir empleo a la primera, yo seguía teniendo una espinita clavada en mi corazón respecto a la decisión que tomé.

—¿En qué piensas, Amber? —me preguntó sacándome de mis pensamientos.

—¿No estás decepcionada conmigo, verdad? Ya sabes..., por no perseguir mis sueños y aceptar el puesto de secretaria.

—Jamás me has decepcionado. Estoy orgullosa de ti y de David.

Al escuchar el nombre de mi hermano, la inquietud volvió a tomar el control de mi cuerpo. Desde que David había terminado la universidad, no había logrado encontrar trabajo y nuestra relación se había deteriorado bastante en los últimos meses.

—Por cierto, me gustaría prestarle algo de dinero para que pueda abrir su propio negocio. Creo que sería una buena idea.

—Tengo algo ahorrado. Puedo ayudarle —ofrecí sin pensar. Si con ello David conseguía sus metas, yo no dudaría en contribuir con mis ahorros.

Él y yo éramos muy parecidos en ciertos aspectos. Ninguno de los dos habíamos tenido una

relación amorosa seria, pero las cosas parecían haber cambiado para David desde que había conocido a Sara. En ocasiones quedábamos juntas cuando ella no estaba demasiado ocupada trabajando en la residencia de ancianos; la misma en la que su abuela se hallaba alojada.

Debido a que los únicos sueldos que entraban en casa eran el de mamá y el mío, me había dedicado en exclusiva a mi trabajo, así que no tenía tiempo para ir a fiestas o tener citas. Pero estar soltera no me molestaba, y de vez en cuando disfrutaba de algunas salidas nocturnas con Olivia.

—Eso sería fantástico, Amber, pero tendremos que esperar a que tome una decisión. No quiero presionarle.

Asentí con la cabeza, estando de acuerdo con ella, y, a continuación, nos sentamos a comer. Tras terminar recogimos la mesa y después me encerré en mi dormitorio para leer un libro, pero a las pocas páginas caí rendida. Me desperté a medianoche, con la respiración agitada, sintiéndome intranquila.

Los latidos de mi corazón me retumbaban en los oídos. Coloqué la palma de mi mano sobre mi pecho mientras intentaba recuperar el aliento y me esforzaba por retener el sueño en mi memoria. Enseguida me arrepentí de haberlo hecho, pues varias inquietantes y oscuras imágenes me asaltaron. Y durante horas me invadió una extraña sensación, igual como si hubiera saltado desde la cima de un precipicio.

No pude seguir durmiendo tras la pesadilla. Cada vez que cerraba los ojos se repetía el mismo sueño, así que apenas amaneció me arreglé para ir hacia un pintoresco bar de la zona. Al llegar al exterior la fresca brisa otoñal me refrescó el rostro, y saludé a unas cuantas vecinas mientras caminaba por las calles de Villa de Gracia, un alegre y hermoso barrio ubicado en el noroeste de Barcelona.

Comí un riquísimo desayuno y charlé con Lucas, el camarero, mientras devoraba las tostadas con mermelada de fresa. En varias ocasiones Lucas había insistido en que saliera con él, pero, para ser sincera, yo siempre había tenido problemas para empezar una relación sentimental. No era tímida, pero por alguna absurda razón el bienestar ajeno me era más importante que el mío propio.

Era curioso que en el fondo supiera que mi vida estaba incompleta. La sensación de no encajar en ningún sitio me perseguía a todas horas.

Después de pagar la cuenta, decidí volver a casa dando un paseo por la Plaza de la Torre del Reloj. Cuando abrí la puerta principal, me topé con David y, al ver su ceño fruncido, decidí hablarle en tono calmado. Era obvio que no estaba de humor otra vez. David no contestó a mi saludo; en cambio, caminó hacia la cocina para agarrar una bolsa de patatas y me miró de soslayo antes de marcharse pegando un sonoro portazo. No entendí para nada aquella reacción tan agresiva, pero esperaba que su actitud mejorara con el tiempo.

Sin querer darle demasiadas vueltas a la cabeza, me recosté en el sofá con una manta encima de las piernas. Eran las dos menos cuarto cuando escuché el crujido de la puerta al abrirse. Mamá apareció canturreando a la vez que colgaba su abrigo en el perchero.

—¿A qué viene tanta felicidad? —indagué arqueando una ceja.

—Estuve un rato con Francisco. Ya sabes que hablar con él sube la autoestima.

Tenía razón. Él era capaz de hacerte sentir especial con pocas palabras y aunque no tenía un atractivo físico increíble, poseía otras virtudes como la simpatía. Francisco era el dueño de una

tienda veinticuatro horas, ubicada a dos calles de nuestra casa. Los dos compartían una amistad desde hacía años, pero saltaba a la vista que él quería mucho más que una simple relación de amigos.

—¿Solo hablasteis?

—Por supuesto. —Fingió estar ofendida—. Eso ni lo dudes.

—Hmmm, a ver, llevas sin estar con un hombre desde... —murmuré pensativa causando que se sonrojara como un tomate—. ¡Dios mío! ¡Ni siquiera puedo acordarme! ¿No tienes ningún fuego interno que apagar?

—Tengo suficiente autocontrol —respondió a la vez que miraba hacia todas partes excepto a mí.

—Eso, o eres muy autosuficiente.

—¡Amber! —Atrapó un cojín y lo tiró con fuerza en mi dirección, mientras las dos nos tronchábamos de risa.

Entrada la segunda semana de noviembre las tiendas ya sacaban al mercado las mejores ofertas y paquetes navideños. La Navidad era mi época favorita del año, porque durante mi infancia, aunque el dinero brillaba por su ausencia, mamá intentó por todos los medios que tuviéramos unas vacaciones de invierno agradables. Y lo consiguió.

Por eso, entre otras cosas, me encontraba aparcando enfrente de un bazar donde cualquier objeto estaba al alcance de uno. Sara, la novia de David, se hallaba en la entrada del local, tiritando de pies a cabeza. Su metro setenta de estatura, sus ojos grises y su brillante media melena rubia la hacían parecer una mujer de pasarela. Lo cierto era que si Sara se lo hubiera propuesto, podría haber sido modelo a pesar de sus escasas curvas.

—Lo siento, ¿llevas mucho tiempo esperando? —Le di dos besos.

—No, no te preocupes. —Se quitó los guantes y los guardó en el bolsillo de su abrigo gris.

Paseamos por las diferentes secciones y conversamos de todo un poco.

—¡Mira esto! —exclamó de súbito a la vez que sostenía en alto un diminuto vestido navideño.

—Te verías muy provocativa —opiné con sinceridad. Ella se vería bien incluso vistiendo un saco de patatas.

—Si tú lo usas, yo también lo haré.

Los ojos le brillaron ante el desafío.

—Ni hablar. Además, yo no tengo a nadie con quien poder lucir ese modelito. —Hice un puchero infantil.

—Yo tampoco —comentó, riéndose, pero se corrigió a sí misma al verme enarcar las cejas—. Es decir —carraspeó—, David está demasiado ocupado en su nuevo trabajo.

—¿Qué trabajo? —pregunté sin entender su comentario.

—No lo sé. Mencionó algo de ser vendedor. Supongo que de esos cacharros de informática.

—¿Tenéis problemas? —Quería indagar más en el asunto, ya que David parecía no tener intención de revelarnos nada.

—Quiero pensar que no, pero ya no hablamos ni nos vemos tanto como antes.

Después de aquello no volvimos a hablar más del tema, y ella terminó comprando unas cuantas cartulinas, rotuladores de colores y botes de purpurina. Quedamos en vernos el martes a las cinco de la tarde, para ayudarla con la decoración de una de las salas de la residencia, ya que

por fin la dirección había aprobado su propuesta de hacer algo especial para los ancianos.

Estuve días dándole vueltas a si debería o no mencionar el supuesto trabajo de David, pero al final decidí no hacerlo. No quería que Sara y él discutieran por mi culpa, aunque me dolía el hecho de que mi hermano no confiara tanto en mí como antes.

El martes conocí a Vicent, un hombre atento, guapo y simpático, en la residencia de ancianos. Estuvimos charlando y decorando la habitación habilitada para la tarde del viernes, y, además, tuve el placer de escribir varios mensajes emotivos en algunas de las cartulinas, las cuales Vicent se encargó de colgar en cada una de las paredes. Fue muy agradable estar con él y antes de marcharme, prometimos volver a vernos.

Después de cuatro ajetreadas horas regresé a casa, sintiéndome exhausta, con el único pensamiento de desplomarme sobre la cama y dormir hasta el día siguiente. Pero la noche no terminó como yo esperaba.

En medio del rellano me encontré con David, así que sin vacilar me dirigí hacia él.

—¿Podemos hablar?

—No tengo tiempo —respondió malhumorado.

—Oye, ¿qué está mal contigo? —le pregunté. David sorteó mi cuerpo, aún sin contestarme, y evitó mirarme a los ojos. Presionó ansioso varias veces el botón del ascensor. Su actitud me enervó la sangre—. ¡Estoy hablando contigo!

—¡Joder! —masculló dándose la vuelta—. ¡No me pasa nada!

En aquel momento tuve un primer plano de su rostro demacrado. Tenía el pelo grasiento y muy sucio, como si no se hubiera tomado la molestia de lavárselo durante días, y sus hermosos ojazos marrones estaban ensombrecidos por culpa de unas pronunciadas ojeras.

Se me encogió el corazón.

—No me mientas, por favor —le supliqué y tomé su mano, pero él la liberó de un brusco tirón. Traté de ignorar una fuerte punzada de dolor en mi pecho, y continué hablando—: Ya no estás en casa, ni siquiera conversas conmigo... ¡Mírate, David! ¡Tienes un aspecto horrible y apesta a sudor!

—Vaya... Muchas gracias, hermana —replicó con sarcasmo—. Tú también te ves fenomenal.

—Estoy hablando muy en serio —le regañé, harta de sus ironías—. Ya ni siquiera te pareces a papá.

—¿Y quién coño dijo que quiero parecerme a él? —gruñó entre dientes, con la mandíbula tensa—. ¿Sabes? ¡Deja de interrogarme de una puta vez! ¡Yo nunca te he juzgado! —bramó hecho una furia—. Nunca te he recriminado una mierda, así que no lo hagas conmigo. ¿Me has oído, Amber?

Sin darme tiempo a replicar, descendió veloz por las escaleras. Yo, en cambio, me quedé estupefacta, desorientada, con las lágrimas humedeciéndome las mejillas. Me pregunté a mí misma quién podría sentirse tan desolada cuando escuché a alguien sollozar, sin percatarme de que esos sonidos salían de mis propios labios.

Temblando, una enorme tristeza inundó mi corazón. David jamás me había levantado la voz, ni me había dicho palabras tan groseras. Él siempre había sido muy protector conmigo. El único hombre al que yo había amado con toda mi alma. Mi confidente y mi mejor amigo. Pero aquel hombre de hacía pocos segundos no se parecía en nada a David.

Aquel hombre violento no era mi hermano.

Capítulo 2

Amber

El mes de diciembre no tardó en llegar. Pero aunque me sentía emocionada por la cercanía de las fechas navideñas, las cosas en casa estaban más tensas que nunca, ya que mamá se dio cuenta de que algo raro le sucedía a David y, por lo tanto, decidió hablar con él. ¿El resultado? Ninguno. David se negó a dialogar con ella. Y conmigo.

Sin embargo, mi vida fuera del entorno familiar no estaba tan patas arriba. Compartí varios momentos junto a Vicent y, sin preverlo ni quererlo, forjé una bonita amistad con él. Por lo general solíamos quedar después del trabajo o íbamos a alguna exposición de arte. En una de nuestras citas me comentó que su verdadera pasión era pintar, y me prometió que algún día me mostraría alguno de sus cuadros. Pero aquella promesa nunca se llevó a cabo, porque todo comenzó a tambalearse no mucho tiempo después.

Era una fría y lluviosa tarde cuando salí del trabajo un poco antes de lo normal, así que apenas llegué a casa no perdí tiempo y aproveché para bajar al trastero y traer conmigo el árbol del año antepasado y, también, una caja saturada de objetos de decoración. Tardé varios minutos en mover algunos de los muebles del salón, ya que no había suficiente espacio, pero una vez que lo conseguí, estuve tranquila adornando con guirnaldas y bolas de diferentes colores.

Me encontraba sentada de rodillas, metiendo todas las cosas que no había utilizado de vuelta a la vieja caja de cartón, cuando mamá entró por la puerta a la vez que se desenrollaba la bufanda de lana rosa que tenía alrededor del cuello.

Alcé una ceja y eché un vistazo al reloj colgado en la pared de la cocina americana; había estado distraída durante casi tres horas.

—¡Santo cielo! ¿Qué es eso? —me preguntó, horrorizada.

—Nuestro bello árbol —respondí con indignación, pero al notar su evidente descontento observé mi obra maestra abarrotada de bolas. Quizás, en aquel entonces, la decoración no era precisamente mi punto fuerte.

—Es... es bastante voluminoso —replicó disgustada—. Voy a cambiarme, estoy reventada. —Dio media vuelta, mirando el árbol de reojo.

Exhalando con cansancio, me puse de pie y la seguí hasta su dormitorio. Tras dejarme caer

despatarrada en la cama, me quedé con la mirada fija en el techo mientras ella buscaba un pijama en el armario.

—Te quiero mucho —susurró después de unos segundos. Su comentario me descolocó.

—Yo también te quiero. —Me apoyé sobre un codo y, a continuación, la miré sorprendida—. ¿Estás triste?

—No, no lo estoy. —Se sentó a un lado de la cama—. Estoy orgullosa de ti.

—¿Va todo bien? Me estás asustando.

—Todo está perfecto, pero tenía la necesidad de decírtelo. Me he dado cuenta de que no te lo digo muy a menudo.

Sonreí con cariño.

—No hace falta porque me lo demuestras todos los días.

—No sé qué haría sin ti, Amber.

—Si quieres te doy una pista de lo que sí puedes hacer. —Se quedó expectante y esperó a que yo continuara—. ¿Un bocadillo? —pregunté con voz inocente.

Se puso de pie y, enseguida, me dijo:

—Entonces que sean dos.

En silencio fuimos hacia la cocina. Ella se encargó de cortar dos trozos grandes de pan y buscar el queso en el frigorífico, mientras yo cogía unas cuantas servilletas y sacaba dos platos. Me encontraba colocándolos encima de la encimera cuando el teléfono interrumpió nuestras labores.

—Ya sigo yo —le dije. Ella asintió y contestó de inmediato la llamada.

Desde donde me hallaba no pude oír nada de la conversación, pero, aun así, presentí que algo iba mal. El aire en el ambiente se tornó pesado. Dejé lo que estaba haciendo y, a continuación, avancé con cautela hacia ella, percatándome de que tenía el cuerpo rígido por la tensión y que respondía con simples monosílabos.

Después de lo que me pareció una eternidad, situó el teléfono inalámbrico en la mesa.

—¿Qué ocurre? ¿Mamá? —pregunté por segunda vez cuando no me respondió.

—David ha sido detenido —musitó con los ojos muy abiertos.

—¿Por qué? ¿Te lo han dicho?

—No, solo me dijeron que está siendo interrogado y que necesitan que vaya a la comisaría. Quieren hacerme unas preguntas.

—Iré contigo. Todo irá bien —le aseguré sin mucha convicción.

Sintiéndome nerviosa, corrimos hacia nuestras respectivas habitaciones para volver a vestirnos. Me puse lo primero que pillé, recogí las llaves que yacían sobre la mesita y en un tiempo récord, nos encontrábamos en el coche yendo hacia la comisaría. El trayecto se me hizo largo y, para colmo, cada semáforo que nos topamos estaba en rojo.

Al llegar aparqué el automóvil a un lado de la acera y, sin vacilar, nos dirigimos presurosas hacia la recepción.

—Buenas noches. Recibí una llamada del agente Ramírez hace pocos minutos. Mi nombre es Elisabeth Montalván.

Un oficial de policía, bastante antipático, nos informó que el agente Ramírez tardaría un poco en venir, pero que podíamos esperarle sentadas en la sala contigua. Fuimos hacia allí y aguardamos en un silencio incómodo otros quince minutos. *¿En qué clase de lío se habrá metido David?* No tuve demasiado tiempo para pensar, ya que la presencia de un hombre de unos cincuenta y tantos años interrumpió mis reflexiones mentales.

El agente Ramírez era un hombre cuyo porte imponía e intimidaba. Tenía el pelo un poco canoso, la cara bien afeitada y unos ojos marrones claros que parecían que podían traspasarte el alma. Todo ello le daba cierto aire de sabiduría.

Le seguimos por un pasillo hasta detenernos delante de una puerta apartada de las demás. La habitación por dentro era toda de color blanco, cutre, pequeña y con una decoración deprimente. Apenas entré, miré a mi alrededor y distinguí dos cámaras de seguridad localizadas en dos esquinas opuestas. La sala carecía de ventanas. La única salida de escape era a través de la puerta principal y, además, tampoco había ninguna pared de cristal como mostraban en las películas.

En el centro de la habitación había un hombre sentado en una de las cuatro sillas, que, cómo no, también eran blancas. Intuí a simple vista que su edad rondaba por los cuarenta y pocos. Tenía el pelo oscuro, cortado de manera minuciosa; los ojos, de un tono grisáceo exótico y lucía un peculiar lunar en la mejilla izquierda.

—Les presento al agente Mata —indicó Ramírez—. Él es mi compañero. Llevamos el caso de David.

—Buenas noches —murmuró él observando a mi madre, pero enseguida apartó la mirada y señaló las dos sillas libres—. Si son tan amables.

Al sentarme vi dos carpetas llenas de documentos encima de la mesa. La primera de ellas contenía el nombre de mi hermano y la segunda estaba subrayada con la palabra «*Confidencial*».

Sentí mi ansiedad aumentar. Estaba impaciente, deseosa de que alguno de los dos oficiales comenzara a hablar.

—Señora Montalván —el agente Ramírez carraspeó antes de proseguir—, como le comenté en mi llamada, David ha sido detenido esta tarde y hace poco ha terminado de prestar declaración. No obstante, me gustaría que respondiera a unas cuantas preguntas.

—¿De qué se le acusa, señor Ramírez?

—Tráfico de drogas —respondió el agente Mata—. David lleva trabajando para la mafia italiana desde hace un tiempo.

Al escucharle los ojos estuvieron a punto de salirse de las órbitas. No pude procesar la información que el agente Mata nos acababa de proporcionar. ¿Mafia italiana? ¿Traficante de drogas? Debía de ser una broma; una de muy mal gusto. Al principio incluso pensé que quizá estuvieran hablando de otro David, pues me era difícil creer que mi hermano fuera capaz de cometer algún delito y mucho menos que estuviera involucrado en el mundo de las drogas.

—No..., no puede ser —balbuceó mamá—. Mi hijo nunca haría algo así. Él es un buen chico.

—No digo que no lo sea, pero David lleva traficando con drogas desde hace unos seis meses —nos informó Mata—. Necesitamos que responda a las siguientes preguntas: en estas últimas semanas, ¿ha percibido algún cambio en el comportamiento de su hijo? Nuevas amistades o lugares que no solía frecuentar, por ejemplo.

Mientras el agente Mata hablaba, yo permanecí en silencio, sintiéndome una inepta para articular una simple sílaba. Mi mente se hallaba estancada en David y en su supuesta doble vida. No podía asumir lo que nos estaba pasando. Me sentí frustrada al pensar que nos había estado mintiendo y, para ser honesta, no entendía qué le podría haber llevado a actuar de esa manera. No había nada lógico en ello.

—¿Amber? —Miré a mamá al escuchar mi nombre y, enseguida, supe lo que ella necesitaba. Respiré hondo.

—No sé con exactitud en qué momento el comportamiento de mi hermano comenzó a cambiar, pero es cierto que actuaba de forma extraña —logré decir a través de mi garganta rasposa.

—¿Podría ser más concreta, por favor?

—Hace tres o cuatro meses que ya no come en casa, no viene a dormir y suele desaparecer durante días. También luce cansado todo el tiempo... —Me encogí de hombros—. No lo sé. Ese tipo de cosas.

Al contrario que el agente Ramírez, que anotaba mis respuestas en un folio, Mata abrió la carpeta con el nombre de mi hermano, sacó dos fotografías y, a continuación, las puso encima de la mesa. David y otro hombre, alto y muy delgado, aparecían en actitud sospechosa.

—Su nombre es Matías y se encargaba de pasarle a David varias bolsas de plástico con cocaína, para que después las vendiera por el barrio. —Ninguna de las dos dijimos nada al respecto, así que sacó otras dos fotografías pero esta vez de la segunda carpeta. Situó una de ellas a la altura de nuestros ojos—. ¿Conocen a este hombre?

Nunca había visto a un hombre de aspecto tan amenazador en toda mi vida. Si tenías suficiente sentido común, no dudarías ni un segundo en alejarte de él. A simple vista aquel desconocido no aparentaba demasiada edad; quizá unos cincuenta años como mucho. Tenía el pelo castaño, un poco rizado y le llegaba a la altura de los hombros; los ojos, del color del chocolate, hermosos y muy seductores. Las facciones de su rostro eran duras y frías y también, además de la evidente apariencia de matón, una de sus cejas estaba cortada por la mitad y una barba, larga y trenzada, decoraba su barbilla.

—No —contestamos las dos al unísono.

El agente Mata asintió antes de poner la segunda fotografía encima de la mesa.

—¿Y este hombre? ¿Lo reconocen?

Sin previo aviso, se me aceleró la respiración. Incluso creí que mi cerebro estaba a punto de sufrir un corto circuito. Me quedé con la mirada fija en la imagen, olvidando por completo la pregunta que me habían hecho, preguntándome quién era aquel hombre totalmente diferente al sujeto anterior.

Él era mucho más joven; más o menos, en torno a los treinta años. Tenía el pelo castaño oscuro; parecía suave y muy sedoso. Cerré las manos en dos puños apretados al imaginarme enredando mis dedos en su cabello. Me mordí el labio inferior a la vez que me fijaba en su nariz, en sus labios un tanto carnosos, en la barba de tres días y en el hoyuelo que aún se podía apreciar en su barbilla. Era el hombre más atractivo y perfecto que jamás había tenido el placer de ver. Todo él era impresionante, desde la expresión arrogante que tenía dibujada en el rostro hasta su cuerpo, grande, alto y musculoso sin exagerar. Pero lo que más me cautivó de él fueron sus ojos, de un color azul intenso y penetrante.

Sin saber por qué, la imagen del mar en absoluta calma asaltó mi mente. Era demasiado fácil perder la noción del tiempo con tan solo mirarle.

—No, no sé quién es. —La voz de mamá me sacó de mi repentina ensoñación.

—Yo tampoco —balbuceé, y aparté la fotografía. Me quedé enmudecida hasta que, después de algunos segundos, recuperé la capacidad de hablar y también la de razonar—. ¿Quiénes son? ¿Trabajaban con mi hermano?

—David trabajaba para ellos —aclaró el agente Mata—. Alessandro Di Lorenzo —sostuvo en alto la fotografía del adonis—, y Patricio Russo, la mano derecha del grupo.

—Alessandro dirige la familia criminal italiana en Madrid, desde hace cinco años, y controla el tráfico de drogas y la venta ilegal de armas en gran parte de la Península. David se encargaba

de repartir parte de esa mercancía por los alrededores de Barcelona. —Ramírez se cruzó los brazos sobre el pecho y, a continuación, dijo—: Nuestro equipo de investigación lleva mucho tiempo detrás de esta organización criminal. Por desgracia, sospechamos que están a punto de expandir su territorio por el norte y por eso los nuevos reclutas, como David, distribuyen y venden la droga por esta zona.

—En los últimos meses hemos detenido a bastantes jóvenes, que desesperados por un poco de dinero hacen lo que sea, pero no todos han corrido la misma suerte. Algunos han sido encontrados muertos, asesinados en violentas circunstancias.

—Quizás David pueda ayudarles a detener a esta gente si os dice sus secretos o dónde realizan sus negocios —sugirió mamá.

—Sería, sin duda, una buena solución, pero David nunca tuvo contacto directo con Alessandro. Matías ejercía de intermediario.

—Entonces ¿qué pasará con mi hijo? —sollozó ella, sin poder reprimir por más tiempo las lágrimas.

En aquel momento me sentí impotente. Nada de lo que estaba sucediendo tenía buena pinta, pues no había ninguna prueba concluyente contra esos hombres. Y David era el culpable principal en esa historia. El único que al final saldría perjudicado.

—David estará en prisión preventiva durante las siguientes setenta y dos horas. El día que se celebre el juicio, un juez determinará la pena que le corresponde —nos explicó Ramírez con calma.

Por una milésima de segundo distinguí en su rostro algo parecido a la compasión. Ramírez sentía empatía hacia nosotros.

—Tiene que haber otra opción —repuse—. Mi hermano tiene veinticinco años. No puede ir a la cárcel cuando los verdaderos culpables siguen en la calle.

—La venta de drogas es un delito muy grave —argumentó Ramírez—. Y de todas maneras, creo que David ha tenido mucha más suerte que otros. A lo largo de mi carrera he encontrado a chavales de dieciséis años muertos en medio de una cuneta. ¿Crees que no me gustaría que esta situación acabara de una vez?

Era evidente que él ansiaba atrapar a Alessandro, pero yo también quería lo mismo. David no merecía ir a prisión. No podía permitir que mi hermano conviviera entre presos malvados, personas de pensamientos perversos, cuando él en realidad era bueno. David no podía tener ese final.

En los minutos posteriores el agente Ramírez y su compañero nos informaron que David no podía recibir visitas durante su estancia en prisión preventiva, y que nos llamarían en cuanto supieran la fecha del juicio. Mata le facilitó a mamá una tarjeta con su número de teléfono personal, por si acaso lográramos recordar algún dato significativo.

Tras despedirnos, las dos caminábamos cabizbajas por el pasillo en dirección a la salida, pero de la nada una idea bastante loca cruzó por mi mente. Sin pensármelo dos veces, me di la vuelta y grité el nombre de los dos agentes. Ambos me miraron asombrados y esperaron a que mi madre y yo nos acercáramos a ellos.

—Si por casualidad yo lograra obtener alguna información relevante contra esos hombres, ¿habría alguna posibilidad de que David se librara de ir a la cárcel? —les pregunté sin aliento.

El agente Mata frunció el ceño.

—No la sigo —repuso él.

—Si mi hermano conociera los secretos de esa mafia —empecé de nuevo, intentando no

parecer una demente—, ¿eso podría haberle ayudado en todo este asunto, no?

—Afirmativo, pero David no tiene...

—Lo sé —lo interrumpí—. Pero yo podría conseguirles esa información.

Después de que nos internáramos de nuevo en la misma sala de antes, les expuse mi plan, aunque ninguno pareció demasiado convencido y mi madre no estaba para nada contenta con mi imaginación.

—Estoy segura de que puedo adentrarme en ese mundo y conseguir la información que ustedes necesitan. Solo tienen que darme una oportunidad. —Mi voz sonó firme y decidida.

—Señorita Montalván, esos hombres son muy inteligentes. No se fían de nadie. —Ramírez se quedó pensativo por un momento y, a continuación, murmuró—: No sé cómo podría involucrarse sin que ellos se dieran cuenta. Es imposible, a menos que...

—¿Qué? —indagué con nerviosismo; él negó con la cabeza—. Dígamelo, por favor.

—Olvídelo. Es demasiado arriesgado y lo más probable es que no funcione.

—Por favor —insistí.

Ramírez exhaló irritado y se frotó la cara con ambas manos.

—De vez en cuando Alessandro organiza varias fiestas privadas en su mansión, y en algunas ocasiones se reúne con sus socios en los clubes más exclusivos de Madrid.

—Perfecto. —Asentí—. Me colaré en una de sus fiestas.

—Claro que no —refunfuñó mirándome como si yo fuera una ingenua. En aquel entonces lo era—. No puedes acudir allí y presentarte sin más. Para acceder a una de esas fiestas privadas, tienes que ser parte de ese entorno o una prostituta. Sabemos de muy buena mano que varias prostitutas de lujo son contratadas para que los clientes se diviertan con ellas.

—¿Prostitución? —clamó mamá—. No, Amber. No lo consentiré.

—Tranquilízate, mamá —le dije con serenidad—. Puedo fingir que soy una prostituta. Quizá me lleve un poco de tiempo en labrarme un nombre en el mundo de la prostitución, pero no me detendré hasta lograr que alguien me invite a una de esas fiestas.

—Las cosas no son tan fáciles como usted cree —objetó Ramírez—. Además, si hiciéramos lo que nos está pidiendo, sería como estar enviándola directa a un matadero. Le aseguro que a esos hombres no les tiembla el pulso a la hora de matar a sus enemigos.

—Asumiré todos y cada uno de los riesgos. No tengo miedo —mentí—. Y si veo que es demasiado peligroso, o que no estoy capacitada para continuar, me marcharé de allí. —Mamá abrió la boca para protestar otra vez, pero yo fui más rápida que ella—. No te opongas. Es mi decisión y si con esto puedo ayudar a David, no dudaré en hacerlo.

—Amber, tu hermano deberá cumplir la pena que se le imponga. —Tragué saliva con pesar—. De todas maneras, tu propuesta será informada y estudiada en secreto por el director de nuestro departamento. Por ahora les sugiero que regresen a su hogar. La noche ha sido larga.

Sintiéndome decepcionada, regresamos a casa y aunque intuí que mamá deseaba hablar sobre el tema, ninguna de las dos tuvimos fuerza suficiente para hacerlo. Una vez que cerré la puerta de mi habitación, no pude dejar de pensar en lo que pasaría si la policía llegara a aceptar mi absurda idea, porque si lo hacían... mi vida cambiaría por completo.

El juicio se celebró después de cinco días. Al llegar a la sala, donde se llevaría a cabo, vi

varias personas sentadas en los bancos. Pero no reconocí a nadie. Lo primero que hice fue escanear la habitación en busca de David hasta encontrarlo en la primera fila de asientos. Tragué saliva con fuerza al imaginarme diciéndole que Sara no quería saber nada más de él, que lo había abandonado sin siquiera darle la oportunidad de explicarse.

David, como si hubiera notado mi presencia, se giró en su asiento y enseguida nuestros ojos se hallaron. Una pequeña sonrisa curvó mis labios en un intento por transmitirle algo de confianza, pues no me gustaba ver a mi hermano mayor en aquella situación.

Apartamos la mirada cuando un silencio escalofriante nos envolvió a todos. El juez había entrado en la habitación.

A lo largo del juicio la policía expuso varias pruebas contra David. Además de que se le acusara de tráfico de drogas, también se le inculpó por pertenecer y trabajar para una de las organizaciones criminales más conflictivas en los últimos años en España. El abogado defensor de David protestó y aclaró que mi hermano en ningún momento había sido miembro de la mafia italiana. Pero, según el juez, las pruebas hablaban por sí solas.

David, por otro lado, se declaró culpable por haber vendido drogas durante algunos meses y reconoció que había trabajado para un tal Matías, sin imaginarse que en realidad estaba moviendo la droga de una de las mafias más buscadas. Mientras él daba su testimonio, los funcionarios de la audiencia cuchichearon en voz baja; aquello hizo que me sintiera aún más nerviosa.

Después de tres intensas horas el juez optó por hacer un receso de quince minutos, así que mamá y yo aprovechamos la oportunidad para acercarnos a David, que se sujetaba la cabeza con ambas manos.

—¿Cómo te encuentras? —le pregunté aunque sabía que la pregunta era bastante estúpida.

—Lo siento mucho —se apresuró a decir—. Siento que estéis pasando por todo esto.

Mamá le acarició el pelo con ternura.

—Lo único que en estos momentos importa es que regresemos a casa. Todo lo demás puede esperar, David.

—No sé en qué estaba pensando —continuó él, acongojado—. Quería conseguir algo de dinero hasta encontrar un trabajo estable. —Alzó la cabeza para mirarnos—. Lo he jodido todo.

—No voy a negar que te equivocaste, pero todos cometemos errores. —Mamá intentó consolarlo—. Lo que nos está pasando no cambia nada. Seguimos siendo una familia unida, y tú sigues siendo mi pequeño —le aseguró a la vez que se limpiaba una lágrima que caía por su mejilla.

No tuvimos más tiempo para hablar, ya que el juez entró de nuevo en la sala. Tenía el rostro serio y sostenía un papel entre sus dedos. Los murmullos cesaron de golpe mientras nosotras regresábamos a nuestras respectivas sillas.

El juez se puso sus gafas para leer y, a continuación, ordenó a mi hermano a ponerse de pie.

—Por el poder que me ha otorgado la ley, declaro culpable a David Montalván a ocho años de prisión por tráfico de drogas y encubrimiento de datos.

Eché la espalda hacia atrás, como si me hubieran dado una patada en el estómago, a la vez que escuchaba aplausos, algunas risas y también sollozos. Pero esos últimos provenían de mamá. En mi lamentable estado de estupefacción apenas pude oír mi propio llanto. Era incapaz de proporcionar aire a mis pulmones. Mi mundo se desmoronaba delante de mis narices y nadie podría ayudarnos.

¿Realmente está ocurriendo esto? ¿Cómo puede mi vida sufrir un cambio tan drástico?, me

formulé a mí misma esas dos preguntas. A través de mi vista borrosa aprecié que un agente aprisionaba las muñecas de David con un par de esposas. Mi hermano tenía el rostro desencajado a causa del desconsuelo; sin embargo, yo no pude moverme del sitio. No pude reaccionar. Y los oficiales ni siquiera nos permitieron despedirnos de él.

Intentando calmar a mamá, que no paraba de llorar y sorber por la nariz, comenzamos a caminar despacio por el corredor. Pero justo en ese instante, el agente Ramírez apareció a nuestro lado.

—Debemos hablar, ¿tienen unos minutos? —nos preguntó.

—Sí —le contesté con voz trémula.

Ramírez nos escoltó hasta el final del pasillo y, luego, entramos en una habitación bastante espaciosa. Me sorprendió ver que un hombre de unos cincuenta años, un poco rechoncho y calvo, se encontraba sentado entre una mujer, que vestía un traje fino y delicado, y el agente Mata.

—El señor Jorge Gómez es el jefe y director del departamento de la unidad de droga y crimen organizado —nos explicó Ramírez—. Ella es la doctora Gema Pérez, licenciada en psicología.

Nos estrechamos las manos y tomamos asiento frente a ellos. Me sentía aturdida y abrumada por toda la situación, pero sobre todo confundida. No entendía qué estaba pasando ni por qué me hallaba allí, y mi nerviosismo se intensificó cuando comenzaron a hacerme preguntas personales.

No fue hasta después de quince minutos, siendo sometida a aquel interrogatorio, que el señor Gómez intervino en la conversación.

—Señorita Montalván —dijo mientras apoyaba los codos encima de la mesa y entrelazaba sus dedos—, si no tengo entendido mal, usted está dispuesta a infiltrarse en el mundo de la prostitución para investigar a fondo a Alessandro Di Lorenzo. ¿Estoy en lo cierto? —inquirió con cierto escepticismo.

—Sí, así es y estoy segura de que podré adaptarme a las circunstancias, a pesar de mi falta de experiencia —le aseguré—. Solo pido una segunda oportunidad para mi hermano.

Asintió con calma.

—Primero hablemos de los términos de nuestro pacto, porque, en el supuesto caso de que ambos estemos de acuerdo, su hermano aún tendrá que permanecer en prisión hasta que usted cumpla con su parte del trato.

—¿Cuál es esa parte?

—Necesito un informe sólido e incriminatorio contra Alessandro. Si usted lo llegara a conseguir, yo me comprometo a firmar la libertad de David. Pero solo bajo estas condiciones: un hombre sale de la cárcel y otro entra para ocupar ese lugar.

Me estremecí cuando sus palabras tomaron sentido en mi cabeza.

—Entonces David seguirá cumpliendo condena hasta que Alessandro sea capturado. Es decir..., cuanto más me demore en conseguir mi objetivo, más tiempo David estará en prisión —murmuré, aterrada.

—Un precio bastante justo en mi opinión. Si acepta, el agente Ramírez le proporcionará algunos datos para que tenga por dónde empezar —continuó explicando.

Mamá agarró mi mano y la apretó con fuerza. Me bastó darle una mirada fugaz para saber que ella estaba tan asustada como yo. No la culpaba. Era lógico que lo estuviera. Su hijo permanecería encerrado entre barrotes y yo estaba a un paso de adentrarme en un mundo oscuro y desconocido. Pero, lamentándolo mucho, yo ya había tomado una decisión.

—Está bien. Acepto. —Tragué saliva—. Haré todo lo que esté a mi alcance. Y créame

cuando le digo que soy consciente de todos los riesgos. —Lo miré a los ojos, sintiéndome valiente—. Dígame, señor Gómez, ¿cuándo firmamos nuestro acuerdo?

Capítulo 3

Amber

Los siguientes días fueron abrumadores. El señor Jorge Gómez, el agente Ramírez y yo estuvimos en contacto casi a todas horas para terminar de concretar los últimos arreglos de nuestro peculiar contrato. Estaría mintiendo si no dijera que había estado más tiempo en su oficina privada que en mi propia casa, pero esa era una de las tantas consecuencias que tendría que aceptar. Mi vida estaba a punto de dar un giro de trescientos sesenta grados.

Miré de reojo al agente Ramírez, que parecía tan sereno como siempre. Yo, en cambio, era un saco de nervios con piernas. Respiré hondo, procurando controlar el súbito impulso de morderme las uñas o retorcer las manos a causa del estrés. Necesitaba valor para afrontar la decisión que había tomado. No podía acobardarme. Tenía que hacer todo cuanto pudiera para salvar a mi hermano, aunque eso significara acceder a dejar de ser Amber Montalván.

Volví al presente cuando Jorge situó un folio encima de la mesa, cuyo contenido eran mis nuevos datos personales. Mi ficha original quedaría archivada y protegida en la base de datos.

—Recuerda bien lo que hemos hablado. Una vez que esto acabe, puede que no sigas siendo la misma.

—Entiendo —murmuré sin prestarle mucha atención.

Suspiré aliviada al comprobar que mi nombre era el mismo, pues no estaba segura de si hubiera sido capaz de acostumbrarme a ser llamada por uno nuevo. A partir de ese momento me convertiría en Amber Martin, de veinticuatro años, hija única y huérfana de padre.

Me había estado mentalizando y preparando para todo aquello. Debido a los recientes acontecimientos, estaba obligada a cambiar de personalidad para actuar como una persona fría y calculadora; una actitud que me sería útil para poder internarme en el submundo de la prostitución. Una vez conseguido, tendría que ganarme una excelente reputación entre las prostitutas más notorias y deseadas de Madrid. Debía esmerarme por ser llamativa para los hombres de aquel entorno y así lograr ser invitada a una fiesta abarrotada de mafiosos. Sin embargo, solo había un único objetivo revoloteando en mi mente: encontrar a Alessandro.

Aunque una cosa era recrear todo aquello en mi cabeza, donde nadie podía dañarme, y otra muy distinta poner mi teoría en la práctica. La bilis me golpeaba la garganta cada vez que pensaba en los posibles encuentros sexuales que tendría con desconocidos. Sexo a cambio de un pase VIP.

Sacudí la cabeza para evitar que mis pensamientos siguieran por ese camino tan macabro,

pero la imagen de mamá llorando en su habitación invadió mi mente. Me quedaba el consuelo de saber que nos comunicaríamos por teléfono, pero ¿cuándo volvería a casa otra vez? La respuesta era bastante imprecisa.

Le devolví el folio para que pudiera ponerlo, junto a otras cosas, dentro de una carpeta naranja.

—Trata de actuar con naturalidad. Las apariencias lo son todo en ese mundo. —Se giró en su silla para imprimir las direcciones de dos clubes de lujo y la de Patricio Russo. La de Alessandro no era necesaria, ya que, según Jorge, Patricio y él vivían a escasos metros el uno del otro.

Me entregó la carpeta y un móvil bastante pequeño para que tuviera comunicación directa con el agente Ramírez. De esa manera le informaría sobre los progresos que fuera teniendo o en caso de emergencia. También cada mes dispondría de cierta cantidad de dinero en mi nueva cuenta bancaria.

El agente Ramírez actuaría de intermediario, ya que Jorge Gómez y yo no hablaríamos de nuevo una vez que me marchara de su oficina. Excepto el agente Mata, los dos se trasladarían a la comisaría de Madrid para vigilar y seguir el caso de cerca.

—Evitaremos las llamadas prolongadas. No olvides mantener limpia la bandeja de entrada cada vez que mandes o recibas algún mensaje. ¿Entendido? —me preguntó Ramírez.

—Sí. —Asentí echando un vistazo a la lista de contactos. Enarqué las cejas al encontrar un nombre de mujer—. ¿Quién es Anabel?

—Yo —respondió como si la respuesta fuera obvia—. Si alguna vez te llamo y no estás sola, necesito que digas el nombre de Anabel; así sabré que no puedes hablar.

—Vale. —Me encogí de hombros y, a continuación, lo guardé en el bolso.

—La matrícula nueva de tu coche estará lista mañana a mediodía —prosiguió.

—Aquí tienes la dirección del piso. —Jorge me dio una tarjeta—. El alquiler está pagado hasta un periodo de nueve meses, así que no tienes que preocuparte por eso. —Hizo una breve pausa y, luego, cambió el tono profesional y formal en su voz—. Creo que sobra decir que si no puedes continuar, o algo no sale como lo hemos planeado, no debes dudar en retirarte. Las acciones de tu hermano no son tus responsabilidades.

—Gracias por el consejo, señor Gómez, pero estoy convencida de que no pierdo nada por intentarlo. —Me levanté de la silla y caminé hacia la salida.

—Se equivoca, señorita Montalván. —Abrió la puerta de su oficina antes de añadir—: Podría perderlo todo.

—No llores, mamá... Por favor, no llores.

Había repetido esas palabras una y otra vez como un mantra, aunque yo misma no pude parar de sollozar. La despedida fue más difícil y dolorosa de lo que en un principio había imaginado. Estuve pegada a mi madre como una lapa, deleitándome con la calidez de sus brazos, porque no sabía cuándo volvería a tener un momento como ese. No podía evitar sentir miedo por estar a punto de introducirme en un territorio inexplorado. Y pese a que no quería dejarla sola, al final tuvimos que deshacernos de nuestro gran abrazo de oso.

Mientras conducía con tranquilidad, creí estar en un sueño o, mejor dicho, en una pesadilla. Pero la realidad me conmovió al leer el letrero—*Comunidad de Madrid*—; una prueba irrefutable de lo próxima que me encontraba de mi nuevo destino. Durante el lento trayecto, traté

de no martirizarme pensando en todas las cosas que estaba dejando atrás: mi familia, mi trabajo..., Vicent. Me había despedido de él con una excusa lamentable, asegurándole que volvería por Navidades, aunque aquello había sido una mentira piadosa. En menos de dos semanas pasaría sola las Fiestas Navideñas, en una ciudad desconocida.

Tras varias horas en la carretera, llegué a Madrid y comencé a buscar calle por calle hasta dar con el edificio donde viviría los próximos meses. Entré en el *parking* subterráneo, estacioné el coche en la plaza de garaje correspondiente y, a continuación, salí del automóvil. Después de sacar la bolsa con ropa y objetos personales que había traído conmigo, me aseguré de que todo estuviera bien cerrado antes de tomar el ascensor y subir hasta la tercera planta.

Empujé la puerta con el pie y sin titubeos entré en mi nuevo hogar, aunque aquello parecía más una cueva que otra cosa. Suspirando agotada, dejé caer mi maleta encima de un sofá viejo decorado con varias manchas de café (o eso quise creer) y, acto seguido, eché una ojeada fugaz a los muebles del supuesto salón. La mesa de madera situada en el centro tenía algunos hoyos en las patas y no estaba demasiada equilibrada, y el televisor tampoco se hallaba en mejores condiciones. Clavé los ojos en la cocina abierta y allí atisé un frigorífico de un color amarillento.

Sin querer inspeccionar mucho más, fui hacia el dormitorio, pero apenas entré el olor a humedad inundó mi nariz. El rostro se me contrajo en una mueca de disgusto a la vez que acariciaba con el dedo índice la superficie de la mesita de noche. Me limpié la mano llena de polvo en la tela de mi pantalón y, a continuación, caminé hacia el cuarto de baño, que no resultó ser muy grande pero por lo menos disponía de lo básico.

Me encontraba exhausta, ansiosa por tirarme sobre la cama, pero las grotescas manchas en el edredón eran difíciles de ignorar, así que preferí mandar un mensaje a mamá diciéndole que había llegado bien y que la extrañaba mucho. Después me quedé con la mirada perdida durante varios minutos mientras pensaba en todo y en nada a la vez.

—¿Qué hago ahora? —pregunté a nadie en concreto.

Encogiéndome de hombros, decidí que lo primero sería hacer una limpieza muy a fondo.

Consumí toda la energía que tenía de reserva, quitando el polvo y sacando brillo a cada rincón de esa casa cubierta de partículas de tierra y aromas malolientes. Pero el esfuerzo mereció la pena, y al final el apartamento quedó reluciente. Después de ordenar un poco el armario, fui en busca de algún supermercado para llenar el frigorífico con comestibles. Para mi sorpresa, localicé uno a pocos minutos de distancia y también descubrí cientos de cafeterías y bares por la zona.

Al caer la noche me encontraba tan cansada que ni siquiera probé bocado de la cena. Estaba recostada en el sofá, que había envuelto con una sábana limpia, y movía los dedos de los pies. Pero a pesar del cansancio no podía dormir, de modo que agarré la carpeta naranja que yacía próxima a la mesa, extraje los folios grapados y, a continuación, repasé las fichas policiales de cuatro hombres: Alessandro, Patricio, Marius y Giovanni; la familia criminal italiana. Mi interés se decantó por uno.

Leí el informe repetidas veces, pero no me asombró nada de lo que vi en el papel.

Nombre: Alessandro Di Lorenzo.

Edad: 33 años.

Nacionalidad: Italiano.

Familia: Desconocido.

Estado civil: Desconocido.

Delitos: Tráfico ilícito de estupefacientes, tráfico de armas, sospechoso de asesinato, extorsión.

Me extrañó que la información en la ficha pareciera estar incompleta, pero tampoco quería saber mucho más. En aquel momento mi mayor obsesión era que la policía pudiera inculpar a Alessandro por todos los crímenes e injusticias que había cometido. No obstante, aun siendo conoedora de que él era un hombre malévolo, me quedé observando su fotografía pegada en la parte derecha del informe.

No pude evitar recordar las inusuales sensaciones que experimenté al verle por primera vez. Su atractivo físico era como un imán, que me invitaba a ser partícipe de cosas placenteras y oscuras. Pero poco a poco otro sentimiento totalmente opuesto anuló mi fascinación por él: el rencor.

Sin saber por qué, cómo ni dónde, me desperté aturdida. Tras varios segundos tratando de orientarme, me incorporé en el sofá a la vez que miraba a lo poco y nada que me rodeaba. Al ver varios folios esparcidos en el suelo, empecé a recogerlos uno por uno mientras me esforzaba por hallar el motivo por el que mi corazón latía con tanta prisa.

De repente otra vez las tenebrosas imágenes disfrazadas de oscuridad comenzaron a inquietarme, pero decidí bloquear aquellos retratos distorsionados. No quería sentirme angustiada en un día como ese. Tenía algunas direcciones con las que podría comenzar a trabajar. Necesitaba tranquilidad para construir minuciosamente mi nueva apariencia.

Parpadeé atónita repetidas veces a la vez que contemplaba mi reflejo en el espejo, aunque apenas podía reconocer a la mujer que me saludaba al otro lado. El insinuante y corto vestido rojo, sin caer en la vulgaridad, se ajustaba a cada una de mis curvas. Los *stiletos* negros de tacón plateado y el bolso de mano fueron la guinda del pastel. Mi aspecto sugería todas las cualidades que debía aparentar: seductora, atractiva y muy atrevida.

Me dejé la melena suelta para que cayera como una cascada oscura por mi espalda y, también, me maquillé con esmero. Mis pómulos obtuvieron un rubor natural; mis labios, un color rojo perfecto y mis ojos, un intenso y eléctrico color verde gracias al maquillaje ahumado. Eché un último vistazo al espejo antes de abrigarme los hombros con una chaqueta de cuero negro; después busqué las llaves del coche, bajé hasta el *parking* y conduje hacia el club Style.

Una vez que llegué, aparqué a una distancia prudente para que nadie pudiera ver mi viejo Seat Ibiza 1990 blanco de segunda mano, que lucía con orgullo numerosos trozos sin pintura, y caminé con simulada confianza hacia el local. Por el camino vi cientos y cientos de automóviles, de reconocidas marcas, estacionados en las cercanías. No cabía duda de qué clase de gente se movía por esos lugares.

Respirando hondo, me salté la cola haciendo caso omiso a las quejas de la muchedumbre y me acerqué a un hombre gigantesco, que me inspeccionó de arriba abajo con expresión obscena.

—¿Tienes entrada, muñeca? —me preguntó el portero, con una sonrisa en los labios.

—No... —Humedecí los míos. Él clavó los ojos en mi boca—. ¿Acaso necesito una?

Me sonrió otra vez.

—No, muñeca. Vamos, pasa —dijo quitando el cordón rojo que impedía el paso a la entrada. No vacilé en adentrarme en el club.

Tras avanzar un par de metros, ahogué un jadeo de sorpresa y tuve que obligarme a cerrar la boca y dejar de babear sobre el suelo immaculado. Aquel lugar era de otro mundo. Nunca había estado en un sitio como ese. Bajé por un tramo de escaleras, sujetándome al pasamano, hasta llegar a una sala cuyas luces eran en tonos lilas y dorados, los cuales creaban un contraste espectacular con los muebles.

Largos sofás y amplios sillones blancos decoraban la primera de las cuatro salas que disponía el local. Las mesas de cristal, con varias velas encima de ellas, daban al ambiente un toque romántico y sensual. La barra del bar era inmensa, de madera oscura y con acabados en dorado. El club Style era la viva imagen del lujo y la extravagancia.

Todas las habitaciones se parecían, pero la iluminación variaba en cada una de ellas; desde el color azul hasta el rosa y del plateado al dorado. Y las cuatro estaban colmadas de personas. Las mujeres mostraban sus mejores galas y exhibían joyas de piedras preciosas. Los hombres no se quedaban atrás, pues presumían de trajes caros.

Después de unos minutos curioseando por los alrededores, me senté en uno de los pocos taburetes libres que había en el bar. Una camarera joven, muy hermosa y escasamente tapada por un diminuto vestido azul, me sugirió probar el coctel *Pisco Cosmopolitan*. Acepté y cuando bebí un sorbo, cerré los ojos al disfrutar del gustillo a arándanos y a lima. Me relamí los labios, y continué bebiendo a la vez que prestaba atención a lo que me rodeaba. A mi derecha, dos hombres mayores tenían una acalorada discusión acerca del último partido de fútbol del Real Madrid, así que deseché de inmediato la idea de escucharles.

En menos de cinco minutos pedí un segundo trago, pagué la friolera de setenta euros y, a continuación, me paseé por la sala. Disimulando, me situé cerca de un grupo de mujeres cuarentonas y agucé el oído.

—Cuéntanos, Marisa, ¿cómo es en la cama? —Una mujer preguntó emocionada a la tal Marisa.

—¡No os lo podéis imaginar! —exclamó ella como una colegiala—. Es divino, sensacional... Es difícil de describir.

—Yo estuve con su amigo la semana pasada —comentó risueña otra mujer mientras las demás se reían como hienas.

—El mío es mucho mejor, más joven y con más aguante. —Rodé los ojos y opté por alejarme de allí.

Después de escuchar aquella patética conversación, estuve rondando durante horas sin hallar lo que buscaba. No había rastro de mafiosos, venta de drogas o indicios de prostitución. Estudié las caras de aquellas personas, pero la mayoría de ellos únicamente reían y charlaban entre amigos.

Dándome por vencida miré mi reloj, que apuntaba las 02:55 a.m. Tanto mis pies como yo llegamos a la conclusión de que ya era hora de volver a casa.

La noche siguiente fui al The Brilliant Club, el cual cumplía con las mismas expectativas que el local anterior. En esa ocasión el portero me permitió la entrada así sin más, como si yo fuera de la realeza. Pero a pesar de sentirme embriagada por tanto esplendor y opulencia, no tuve suerte en mi búsqueda. Todo parecía legal y normal. No entendía por qué Jorge Gómez me había facilitado esas direcciones si nada de lo que ocurría en los confines de esos locales podría considerarse un delito o una amenaza.

Regresé a casa a las 03:30 de la madrugada, sintiéndome frustrada y enfadada. La esperanza de no tener que recurrir a la prostitución para encontrar a Alessandro se desvanecía cada día un poco más.

Hacia tres semanas que mis sueños se habían convertido en violentas pesadillas. Lo peor de ello era que cada vez se estaban tornando más frecuentes y aunque apenas recordaba las imágenes exactas, lo intuía por los acelerados latidos de mi corazón al despertarme.

Cuando mi ritmo cardiaco volvió a la normalidad, desvié la mirada hacia mi izquierda y miré el único complemento que adornaba la mesita de noche; los números 11:40 en color rojo iluminaban el reloj despertador. Estiré los brazos a la vez que bostezaba y, a continuación, busqué a tientas el segundo móvil para escribir un mensaje al agente Ramírez.

Todo va bien, sin novedades. Llamaré durante la semana

Presioné el botón «enviar» y luego borré el mensaje. A los pocos minutos recibí una simple palabra a modo de respuesta.

Ok

Borré ese mensaje también.

Después de tener una ducha calentita y comer algo ligero, me vestí y oculté mi rostro con una gorra azul. Quería echar un vistazo alrededor de la casa de Patricio Russo, aunque no estaba muy segura de qué pretendía encontrar.

Estacioné el coche y miré de hito en hito la enorme casa de dos plantas ubicada en La Moraleja. La fachada de la mansión era blanca, acabada en madera oscura. Varias ventanas iban desde el suelo hasta el techo, pero era imposible divisar algo a través de ellas. El jardín estaba dividido por una piscina bastante grande, y un gracioso puentecito daba acceso directo a la casa.

Observé atenta a mi alrededor. Cada vivienda tenía un diseño exclusivo, bien elaboradas y terminadas con delicados materiales. La mayoría de las casas estaban parcialmente ocultas por culpa de altas puertas de hierro, que impedían ver más allá de los techos. Pero el mini palacio de Patricio no tenía ese inconveniente, ya que la verja metálica no era demasiado alta.

Me pregunté en silencio cuál sería la morada de Alessandro. La casa de la derecha tenía una fachada gris oscuro, de aspecto misterioso, y la de la izquierda, de color blanco y crema, mucho más diáfana.

Esperé con impaciencia interminables horas, pero nadie entró ni salió de ninguna de las residencias. Incluso ambas parecían estar vacías. Y, al final, con mucha resignación, arranqué el motor para conducir de vuelta al apartamento.

La noche del viernes siguiente, aparqué mi vehículo donde la vez anterior y me dispuse a caminar hacia la entrada del club Style. Pero di media vuelta cuando un hombre se dirigió a mí.

—Disculpa, preciosa, ¿estás sola? —me preguntó arrastrando un poco las palabras.

Aquel desconocido tenía edad suficiente para ser mi padre.

—Sí —le respondí con voz firme, procurando que no se diera cuenta de lo nerviosa que me sentía—. Estaba yendo hacia el local.

—Qué hermosa eres —murmuró en tono empalagoso a la vez que se acercaba más y más—.

¿No trabajas allí, verdad? Creo que nunca te he visto.

—No, pero estoy buscando trabajo. Soy nueva en la ciudad.

Sonrió de medio lado y cuando habló otra vez, el potente aliento a alcohol me atizó la cara.

—¿Qué tipo de trabajo?

—Lo que sea. Sé hacer de todo. —Le sonreí a pesar de la sensación nauseabunda que se estaba formando en mi estómago.

—Preciosa, soy amigo íntimo del dueño de este fantástico club y tengo entendido que está como loco buscando un par de chicas para..., ya sabes, trabajar. —Se echó a reír de su propia broma.

—Y ¿cómo puedo contactar con él? —indagué ignorando su estridente risa sarcástica.

—Estás de suerte. Ven —extendió su mano—, te llevaré con él —y yo la acepté sin titubeos.

El portero no me miró como lo hizo la vez pasada; al contrario, quitó la cuerda roja de la entrada y nos saludó con una leve inclinación de cabeza. Al principio pensé que iríamos a la barra y allí esperaríamos al dueño, pero me equivoqué. Lo supe cuando me envolvió la cintura con un brazo mientras avanzábamos con lentitud.

Cuando llegamos al fondo de la cuarta habitación, me asomé al ver dos hombres, grandes y muy musculosos, de pie con los brazos cruzados, escoltando una cortina color rojo carmesí. Apenas nos aproximamos, uno de ellos apartó la tela para revelar un pasadizo con un tramo de escaleras. Subimos a la segunda planta y aunque mi acompañante no se pronunció, comprendí que esa parte del local era diferente a la planta de abajo.

Mientras me conducía hacia algún lugar, distinguí varios espacios aislados por un velo negro para proporcionar privacidad a quienquiera que se encontrara adentro. Las mujeres que circulaban por la habitación eran jóvenes y hermosas, y casi todas iban acompañadas por un hombre maduro. Saltaba a la vista que no se trataba de camareras.

Regresé mi mirada al frente cuando nos detuvimos delante de una puerta de roble. El hombre misterioso golpeó dos veces con sus nudillos y, después de que una voz grave bramara un lacónico «pasa», nos internamos en el interior de la habitación.

—Carlos —dijo un hombre detrás de su escritorio. A continuación, se puso de pie y caminó hacia nosotros—. Me alegro de verte. —Me miró antes de preguntarle—: ¿Quién es esta bella dama?

Carlos, sonriendo, le palmeó la espalda en un amistoso saludo.

—Felipe, ella es... —Se interrumpió a sí mismo al percatarse de que no sabía mi nombre.

—Amber. —Le ofrecí mi mano, pero Felipe no la estrechó con la suya. En cambio, depositó un beso húmedo en el dorso.

—Un nombre muy bonito. Sentaos, por favor. —Señaló dos sillones de piel y se desplazó hasta una estantería para llenar tres copas con un líquido marrón—. Entonces ¿a qué se debe esta grata visita?

—Felipe, esta hermosa mujer es nueva en Madrid y está buscando trabajo, así que pensé: «¿Por qué no presentártela?». Sé que aún no has encontrado a las chicas que deseas. Y Amber es preciosa.

Felipe desabrochó el botón de su chaqueta antes de tomar asiento.

—Estoy de acuerdo contigo. —Les regalé una sonrisa falsa por el cumplido—. Amber, ¿te ha comentado Carlos de qué trata todo esto?

—No, pero espero estar a la altura.

—Te aseguro que sí lo estás. —Tragué saliva con fuerza—. Pero no todas están dispuestas.

Este tipo de trabajo puede darte mucho dinero en muy poco tiempo si eres buena en ello.

—Suenan fantástico. —Contuve las ganas de arrancarle la cabeza, y le pregunté con voz melosa—: ¿Qué tendría que hacer?

—Complacer a mis clientes. —Enmudecí. Felipe arqueó una ceja ante mi repentino silencio—. Necesito mujeres que hagan todo lo que mis clientes exijan: follarse, conversar, ir a cenas de negocios, etcétera. —Al escucharle sentí el aire abandonar mis pulmones, pero la expresión en mi rostro permaneció impasible—. Si accedes te llevarás un porcentaje muy gratificante. Eso sí, todas ganáis lo mismo. También debo añadir que la mayoría de mis socios son muy generosos. Solo pido dos cosas, tanto a ellas como a ellos: confidencialidad y nada de violencia. No quiero que mis niñas luzcan marcas desagradables en sus cuerpecitos.

—No me esperaba esto —mentí.

—Bueno, no pasa nada si no te interesa. —Se encogió de hombros—. Lo entendería.

—Mi hermosa Amber, te prometo que si aceptas no te arrepentirás —dijo Carlos acariciando mi mejilla—. Y no te preocupes por los otros clientes. Tú serás mía. Nadie más podrá tocarte ni tenerte. Solo yo —aseguró como si aquello fuera a tranquilizarme.

—Mi problema es que nunca he hecho nada como esto, y, la verdad, preferiría consultarlo con la almohada —me excusé, pues no quería llegar a tal extremo. Me concedería un margen de dos días, como máximo. Y si no hallaba otra alternativa, entonces aceptaría la propuesta de Carlos.

—Está bien, pero te pido discreción. —La voz de Felipe sonó peligrosa—. Aquí tienes mi tarjeta. Llámame en cuanto te decidas.

Asentí.

—No diré nada. Lo prometo. —Acepté la tarjeta y la guardé dentro del bolso—. Solo necesito un poco de tiempo. No quiero precipitarme.

Me puse de pie y me despedí de Felipe. Para mi desgracia, Carlos se ofreció a acompañarme hasta el exterior del club y antes de que pudiera reaccionar, tuve sus babas dentro de mi boca. Me acorraló a la fuerza contra una pared, aprisionó mi cuerpo entre sus brazos y se apretó contra mí para que notara su erección. Por más que traté de escurrirme... no pude y como no quería levantar sospechas, correspondí al beso y me aguanté las ganas de vomitar.

Respiré aliviada cuando Carlos se apartó jadeando.

—Espero verte pronto —ronroneó.

—Yo también. —Le guiñé un ojo y, a continuación, me alejé con rapidez.

Mientras caminaba presurosa hacia el coche, parpadeé varias veces para disipar las lágrimas concentradas en mis ojos, pero aprecié las primeras rodar por mis mejillas apenas cerré la puerta del conductor. Apoyé la nuca en el reposacabezas a la vez que dejaba escapar un suspiro tembloroso. En aquel instante solo quería despojarme del vestido y meterme en la ducha. Me sentía sucia, asqueada conmigo misma.

Lo más inquietante de todo era que si en cuarenta y ocho horas no encontraba una salida mejor, necesitaría a Carlos para llegar hasta Alessandro. Pero si aceptaba... ¿cuánto sería capaz de soportar?

El fin de semana, como cabía de esperar, fue decepcionante. Me negaba a creer que estuviera a punto de ejercer la prostitución cuando la experiencia que tenía en el mundo del sexo era bastante limitada. Y tampoco estaba para nada segura de si podría tolerar la idea de vender mi

cuerpo para lograr un propósito.

Anduve distraída por las calles, pensando en la llamada que cambiaría mi vida, hasta que llegué a la cafetería donde pretendía desayunar. Tenía mi mano sobre el picaporte de la puerta cuando una mujer con acento extranjero me detuvo.

—Disculpe, ¿podría decirme...?

—Lo siento, pero no soy de aquí —la interrumpí como una maleducada. No tenía ganas de hablar con nadie.

—Oh, vale... —Sonrió con calidez y se marchó para preguntar en un quiosco.

Sintiéndome hambrienta y malhumorada, di media vuelta para entrar en el local, pero no pude hacerlo. Choqué contra un muro de sólidos músculos.

—Perdón, culpa mía —dijo una voz masculina.

—No importa. —Meneé la cabeza, aturdida por el impacto, y a continuación alcé los ojos hacia la persona con la que acababa de colisionar.

Tardé un nanosegundo en reconocerle. Era Patricio Russo.

—Patricio, tienes que tener más cuidado. Discúlpale. ¿Estás bien? —me preguntó una segunda voz, mucho más ronca que la primera.

No necesitaba desviar la mirada para ver quién se encontraba a escasos centímetros de distancia, pero, aun así, lo hice. Y cuando mis ojos se clavaron en los suyos, sentí un sentimiento desconocido florecer en mi interior. Su cuerpo creado para pecar y su sensual timbre de voz no pudieron evitar que varias emociones contradictorias salieran a la superficie.

Apreté la mandíbula. Tenía a un palmo de distancia al hombre cuya libertad libraría la de mi hermano. Una persona sin escrúpulos. Un hombre que odiaba y anhelaba casi a partes iguales. Después de dos semanas, por fin había encontrado a Alessandro.

Capítulo 4

Alessandro

El viento rugía furioso y golpeaba con violencia los árboles, haciendo que las hojas otoñales se dispersaran a lo largo del maltratado patio. Podía oír el suelo de madera reseca chirriar, como si alguien estuviera correteando por el pasillo, pero no sentía miedo porque ella estaba conmigo.

Dirigí mi mirada hacia sus ojos azules mientras ella alzaba la sábana para cubrirme y resguardarme del clima poco templado. Adoraba admirar los rasgos juveniles y la expresión risueña que siempre tenía dibujada en los labios. Su rostro era perfecto, mágico, capaz de llenar de cariño nuestro hogar a pesar de que la estructura de nuestra casa estuviera a punto de caerse en pedazos. Pero ella poseía un don especial: la habilidad de saturar con su dulzura natural ese espacio sombrío y hostil, impregnando de luz un lugar donde la oscuridad residía con nosotros durante gran parte del día.

—Mamá —murmuré bostezando—, ¿tú me quieres, verdad?

—Claro que sí —respondió mientras acariciaba mi pelo con delicadeza. Me estremecí al notar una extraña sensación en el pecho ante aquella muestra de afecto—. Eso ni lo dudes, campeón.

—Entonces ¿no me dejarás por ese nuevo trabajo? —le pregunté en un susurro, observando mis manos.

—¡Oh, Alessandro! —Se rio. La miré atento—. Nunca podría hacer algo así y nunca lo haré. Nada ni nadie podrá separarnos.

—¿Me lo prometes?

Mamá sonrió con ternura; sus ojitos se arrugaron a pesar de que todavía era bastante joven. La vida no había sido fácil ni justa para ella.

—Te lo juro, campeón. Eres mi talón de Aquiles.

—No sé qué significa eso. —Me encogí de hombros.

—Algún día te contaré esa historia. Pero ahora a dormir, jovencito. —Me dio un cálido beso en la frente.

—¿Cuándo? —inquirí ansioso a la vez que me acomodaba en el colchón, listo para caer en un sueño profundo.

—Quizás mañana. Te quiero, Alessandro —musitó antes de cerrar la puerta de la

habitación.

Pero a la mañana siguiente, ella no tuvo tiempo para contarme aquella historia que sonaba tan fascinante. Ni ese día ni ningún otro.

Sentí un escalofrío recorrer mi espina dorsal a la vez que sacudía la cabeza, sintiéndome aturdido por la alucinación. O quizá aquello había sido un recuerdo del pasado. No estaba del todo seguro. Apenas podía distinguir una experiencia real de una falsa, ya que tal vez el espíritu inocente de un niño de seis años había imaginado todo eso para sobrellevar mejor la pesadilla que vivía a diario.

Cerré los ojos por un segundo y, después, volví a abrirlos. Fue entonces cuando me di cuenta de que tenía la vista fija en la taza de café con leche. Poco a poco los murmullos de las conversaciones y el bullicio de la cafetería me devolvieron al presente.

—Y ¿qué vamos a hacer respecto a lo del japonés? —Al oír la voz de Patricio, alcé la mirada hacia él, pero no contesté—. ¿Alessandro?

Tomé la taza de café y, a continuación, bebí un buen sorbo antes de dar una respuesta al hombre que me había rescatado de mi propio infierno hacía veintitrés años. Si no hubiera sido por él, ahora mismo estaría muerto.

—Tenemos un poco más de una semana para encontrarle una puta —comenté en tono casual como si secuestrar a una mujer fuera algo normal.

—Ese hijo de perra... —masculló—. Hace no mucho le enviamos un encargo.

—Unos tres meses, aproximadamente. —Me encogí de hombros y, luego, miré por la ventana. Me sentía demasiado distraído como para centrarme en la conversación.

Lo cierto era que, aunque no recordaba muchos detalles de mi infancia, tenía grabado en la memoria que estuvo marcada por la sombra de mi madre. O, por lo menos, así fue hasta el día de su muerte. La odiaba. Incluso después de tanto tiempo aún la odiaba por todo lo que me hizo. Esa pérfida mujer me obligó a renunciar a mi humanidad, algo que hoy en día no había logrado recuperar.

Jamás supe lo que era disfrutar del amor incondicional de unos padres. Al contrario, no conocí al cabrón desvergonzado que abandonó a mi madre cuando ella se quedó preñada a los quince años; la misma mujer que, no mucho tiempo después, decidió dejar todo su mundo atrás, incluido a mí, por un mísero gramo de cocaína.

A los seis años no me quedó otra opción más que empezar a robar para poder llevarme algo de comida a la boca. Tuve que adaptarme a un entorno donde el más bárbaro poseía el poder en las calles, y durante mucho tiempo pasé por situaciones denigrantes; aguanté cosas que se irían conmigo a la tumba.

Pero nada de lo que me había sucedido podía justificar mi interminable lista de crímenes. Sin embargo, aquello no me importaba, ni me quitaba el sueño, porque los remordimientos de conciencia eran algo que aún desconocía; nunca los había tenido. Era evidente que mi corazón no había sido dotado para sentir ni para padecer. Lo único que hacía que ese órgano vital latiera más rápido que de costumbre era recapitular el día que asesiné a esa maldita cocainómana, una semana después de cumplir once años. Aún podía reconstruir todo lo que ocurrió en aquella calurosa noche de verano, a las afueras de Nápoles, y evocar el estridente sonido de las balas silbando en el aire; ver su escuálido cuerpo, agujereado y sin vida, yaciendo en el suelo. Mientras Patricio me observaba enmudecido, con la espalda erguida, el pecho inflado de orgullo y los ojos brillantes a causa de la emoción.

Él fue algo similar a un maestro para mí. Me adiestró de forma eficaz, me disciplinó para que

consiguiera que los demás me respetasen y triunfé gracias a sus sabias enseñanzas. A mi edad adulta formé mi propia cuadrilla de hombres, personas que yo consideraba como hermanos, y establecimos nuestra base de operaciones en Francia unos años antes de que iniciáramos una nueva aventura en Madrid.

El camino, desde entonces, ha sido bastante arduo. Y aún lo era. Tras cinco años viviendo en la capital de España, la policía seguía dando por culo. Pero había una persona en especial que quería atraparme desde hacía mucho: Jorge Gómez.

—Ojalá esta muchacha aguante un poco más que la última —murmuró mientras levantaba dos dedos en señal de pedir la cuenta.

Lo miré perplejo.

—¿Por qué deseas tal estupidez?

Patricio estuvo a punto de responder, pero se quedó absorto en la despampanante camarera. La pelirroja se inclinó más de lo normal para recoger los platos sucios, dejándonos entrever el pronunciado escote de su camiseta blanca. Patricio, como todas las veces, no dudó en ligar con ella. Yo preferí mantenerme al margen.

Me pasé la yema del dedo pulgar por mi labio inferior a la vez que reflexionaba sobre raptar a una nueva jovencita para que mi socio Kazuma Yuto pudiera satisfacer sus necesidades. Kazuma era un empresario japonés cuyos gustos eran bastante peculiares, por no decir enfermizos. Y yo seguía muy de cerca sus mismos pasos.

Era consciente de que me había convertido en un desequilibrado el día que acepté su petición de seducir mujeres para luego vendérselas. A cada una de ellas les prometía una vida mejor, las engatusaba con palabras bonitas hasta que me ganaba la confianza que ninguna debería depositar en mí. Nunca pensé que me dedicaría a la trata de blancas, aunque no lo hacía a gran escala, ya que se suponía que la primera vez que una mujer llegó a manos de Kazuma había sido un suceso pasajero. Pero a la larga se volvió en algo habitual, y, desde entonces, cada siete u ocho meses le mandaba un pedido a cambio de un voluptuoso fajo de billetes.

La semana pasada nos había ordenado un nuevo encargo, cuatro meses antes de lo previsto, dado que en pocos días celebraría su cumpleaños a lo grande y ansiaba con locura poseer una hermosa joven española, con cierto aire inocente, de ojos claros y tez pálida.

Desvié la mirada hacia la camarera, que escribía su número de teléfono en una libreta pequeña. A continuación, arrancó el papel y lo metió en el bolsillo de la cazadora de Patricio antes de cobrarnos; cogió el billete de veinte euros, le guiñó un ojo a su nueva conquista y se alejó sonriente. No pude evitar clavar la vista en ella cuando caminó hacia la barra como una seductora experta. El contoneo de sus curvilíneas caderas consiguió al instante ponérmela dura.

Me froté la entrepierna, intentando aliviar un poco la tensión que se acumulaba allí abajo, a la vez que me prometía a mí mismo follarme a Irina, o a alguna prostituta del club Style, después de que encontrara una esclava para Kazuma.

—¡Bendita sean las pelirrojas! —exclamó Patricio.

—Y las morenas, las rubias... Admítelo, te da lo mismo quién caiga en tu cama.

—No seas un amargado —murmuró rascándose la barbilla—. Tú también estás con una y con otra. La diferencia entre tú y yo es que a mí no me odian al día siguiente.

No podía contradecirle porque tenía razón. Por ese motivo había dejado de follar con mujeres al azar, a menos que buscaran lo mismo que yo: sexo. No quería ningún tipo de compromiso o ataduras con nadie, ni que me llamaran a las tantas de la madrugada para exigirme respuestas. La verdad era que ninguna había conseguido captar mi interés por más de pocas

horas.

—Lo que sea —mascullé haciendo un gesto despectivo con la mano—. No les pido matrimonio para que se abran de piernas.

Se rio entre dientes.

—Estoy seguro de que algún día una mujer te tendrá cogido por los huevos.

—Ni en tus mejores sueños —repuse. No conocía ni necesitaba el amor para ser feliz.

—Ya lo verás. Sabremos en un futuro quién se está equivocando.

—Sí, uno muy lejano —dije para dar por terminada la conversación.

De manera inesperada, una sensación inexplicable hizo que volviera a mirar por la ventana. No sabía qué estaba buscando. Ni pude percatarme de nada excepto de la intensa congestión de automóviles o del tráfico de personas que caminaban veloces para llegar a sus puestos de trabajo. No obstante, por alguna ilógica razón, mantuve mi mirada en las abarrotadas calles de Madrid, procurando divisar lo que fuera que me había llamado la atención.

Sintiéndome frustrado y confuso, estuve a punto de retirar la vista, ya que no era capaz de ver lo que fuera que me había frenado, pero entonces la distinguí entre la multitud. Ella apareció en mi campo periférico. Estaba en la acera opuesta, con la mirada perdida, ajena a lo que sucedía a su alrededor. Parecía preocupada, incluso un poco triste y se mordía el interior de las mejillas. La miré de arriba abajo. Me sentía como un mirón. Pero aquella joven de vestimenta mediocre había atraído mi curiosidad.

Patricio se bebió el resto del café de un tirón y, a continuación, se puso de pie.

—Espera —le ordené con la mirada aún clavada en la ventana.

En absoluto silencio la contemplé cruzar la calle. Fue entonces cuando me di cuenta de que se dirigía hacia la cafetería y gracias a ello tuve un mejor plano de sus facciones, pero no pude reconocer el color de sus ojos a causa de la considerable distancia que todavía nos separaba. Aun así la palidez de su piel era exquisita. Tenía la apariencia de una muñeca de porcelana y su cuerpo menudo era ideal para ser sometido.

Esa mujer de embriagadora belleza era perfecta... para Kazuma Yuto.

—Fíjate en la mujer que está caminando hacia aquí. —La señalé con la barbilla—. Será para Kazuma si cumple con todos los requisitos que solicitó.

—Tiene un atractivo natural.

—Empecemos con la función. —Me levanté de la silla, y Patricio hizo lo propio.

—¿Seguimos el mismo plan de siempre? —Asentí con la cabeza.

Patricio salió al exterior. Yo esperé unos segundos antes de entrar en escena.

—Patricio, tienes que tener más cuidado. Discúlpale. ¿Estás bien? —inquirí en tono consternado, fingiendo ser todo un caballero cuando en realidad poco me importaba si se encontraba bien o no.

Ella alzó la mirada y se encontró con la mía. Enseguida supe que sería la elegida, sobre todo al tener de cerca sus preciosos ojos verdes que me miraban con detenimiento, como si quisieran ver a través de mí. Pero no lo conseguiría, ya que la belleza de mi físico siempre lograba enmascarar la fealdad de mi interior.

—Sí, no ha sido nada —respondió ella con la respiración agitada.

Por el rabillo del ojo vi que Patricio sacaba su móvil.

—Tengo que contestar —dijo él simulando recibir una llamada—. Lo siento de nuevo.

Aguardé unos segundos en silencio hasta que Patricio estuvo lejos de nosotros.

—¿Vienes mucho por esta cafetería? —indagué mirándola con fijeza.

—No. —Negó con la cabeza—. Es la primera vez.

—Te sugiero probar las tostadas. Están muy ricas —mentí pues ni siquiera había tomado bocado.

—Lo tendré en cuenta. —Sonrió con tirantez.

Asentí con expresión serena, aunque por dentro me sentía triunfador al notar que se había puesto nerviosa.

—Tengo que irme —comenté al tiempo que miraba mi reloj de oro como para enfatizar mis palabras—. Normalmente vengo a desayunar a este local —mentí otra vez—. Quizás nos volvamos a ver.

Abrió los ojos con asombro y dio un paso al frente.

—¿A qué hora sueles venir? —inquirió entusiasmada.

—A las 09:00.

—Perfecto, me parece bien —acotó y, a continuación, se volvió hacia la puerta de la cafetería—. Espero verte mañana —comentó antes de internarse en el interior del local.

Fruncí el ceño, desconcertado. ¿Así de fácil? Al parecer era mi día de suerte. La miré una última vez y, a continuación, caminé en dirección a mi coche, con las manos dentro de los bolsillos.

—Mañana quedaré con ella —le informé a Patricio tras sentarme en el asiento del conductor.

Arranqué el motor para conducir hacia el Charlotte, mi restaurante.

—Tu cara bonita siempre facilitándonos el trabajo.

—Que te jodan —espeté.

El Charlotte era uno de los bares-restaurantes más lujosos de todo Madrid. En cuanto llegué a España y supe que el local estaba a la venta, no dudé en comprarlo aunque en aquel entonces estaba hecho una auténtica mierda. Tuve que pagar una buena cantidad de dinero para que el establecimiento quedara remodelado y decorado a mi gusto. Desde entonces se convirtió en un negocio bastante rentable, pero, a pesar del éxito del Charlotte, no me interesaba en absoluto la parte empresarial. El dinero había dejado de hacerme falta hacía años.

Aunque muy pocos se lo imaginaban, tenía en mi poder decenas de casas en toda España y Europa; locales muy prósperos; cuentas bancarias que nunca nadie descubriría; almacenes con coches de diseño; hoteles y empresas repartidas por varios países del mundo, entre otras cosas.

Sí, el dinero era el menor de mis problemas.

Aparqué el coche en el *parking* privado y, a continuación, entramos en el local. Saludamos a la clientela, intercambiamos unas cuantas palmadas en la espalda y, después, nos encaminamos hacia la parte trasera del bar. Una vez allí, abrí una puerta blindada y descendimos por un tramo de escaleras que daban al sótano; un lugar que solo mi gente de confianza gozaba de acceso directo, ya que esa zona había sido habilitada para discutir y planear nuestros negocios.

Al abrir la puerta descubrí que Giovanni ya había llegado. Estaba sentado en el sofá Chester de cuero negro, con una copa de ron a su derecha mientras toqueteaba distraído su navaja favorita.

—Giovanni —lo saludé.

Hacía bastante calor en el sótano, así que me quité la chaqueta y la colgué detrás de una silla.

—Alessandro. Patricio. —Giovanni guardó su navaja en el bolsillo trasero de sus vaqueros desgastados y se acercó a nosotros—. Marius no tardará en venir.

—Le esperaremos —murmuré mientras encendía un cigarrillo; después, fui hasta la estantería llena de licores.

Estaba sirviéndome una copa de whisky cuando mi mente me llevó al día que conocí a Giovanni. Giovanni Romano era el benjamín de la *familia*, y le conocí poco después de cumplir catorce años. Aunque «conocer» no era la palabra más adecuada, ya que en realidad le habíamos encontrado tirado al lado de un contenedor de basura.

El pequeño cabrón se estaba desangrando y tenía varios huesos rotos. Incluso parecía estar muerto. La gente andaba con tranquilidad por la acera, importándoles un comino que un crío de nueve años estuviera a punto de pasmarla. Pero había un motivo para que ellos se comportaran así: tenían miedo de que hubiese una buena razón para que Giovanni hubiera acabado de esa manera, y temían que si le ayudaban quizá ellos podrían recibir el mismo trato.

Patricio, en cambio, se pasó todas y cada una de esas especulaciones por la polla y no vaciló en levantar a Giovanni para llevarlo al hospital más cercano. Después de cuatro intensas horas en el quirófano, fue trasladado a una habitación en la UCI.

A lo largo de aquella semana nadie reclamó su custodia. Ni preguntaron por él. Tampoco denunciaron su desaparición. Nadie quería hacerse cargo de Giovanni. Pero él fue fuerte y consiguió salir adelante. Sin embargo, se negó en rotundo a proporcionarnos ningún detalle de lo que le había sucedido, hasta que un día Patricio entró en su habitación e intercambiaron un par de palabras. Nunca supe qué ocurrió allí adentro, excepto que a Giovanni se le calentó la boca y terminó escupiendo todo lo que necesitábamos saber.

Su padrastro, un borracho hijo de puta, le propinaba unas palizas de muerte casi a diario y en esa ocasión al muy inútil se le había ido la mano. Para su desgracia, Patricio tampoco pudo controlarse cuando fue a hacerle una breve visita. Y antes de que los servicios sociales indagaran más en el caso, decidimos llevarnos a Giovanni esa misma noche.

Dejé la copa encima de la mesa cuando la puerta del sótano se abrió de par en par. Marius, el último integrante de nuestra *familia*, entró silbando a la vez que hacía girar algo en su dedo índice.

—¡Amigos míos! —exclamó de manera exagerada, algo bastante típico en él. Cerró la puerta y, a continuación, se dirigió a mí—. Alessandro, te traigo un pequeño regalo. —Lanzó una bolsita negra decorada con un lazo azul atado en el extremo.

Fruncí el ceño.

—¿Qué se supone que es esto? —Le miré al tiempo que deshacía el lazo—. ¿No te has enterado? Faltan tres días para Navidad.

Marius curvó los labios en una sonrisa maliciosa.

—Es un obsequio de parte de Bruno.

Enarcando las cejas, saqué el contenido de la bolsa y sostuve en alto un dedo meñique. La sangre aún estaba fresca, así que el corte era reciente.

—Explícate.

—El muy gilipollas no tenía todo el dinero. Otra vez —espetó rabioso.

Exhalé con cansancio. Bruno estaba hartándose y si no cambiaba pronto de actitud, me haría perder la paciencia.

—La próxima vez le haré una visita en persona, y le amputaré toda la puta mano si no me da una razón creíble que pueda justificar sus constantes retrasos en los pagos —mascullé tirando el dedo lejos de mí.

—No puedes cortarle la mano —comentó Giovanni al mismo tiempo que recogía el dedo para tirarlo a la basura.

—¿Por qué no?

—¿Porque Bruno es un puto chef! ¿Sabes que ese mamón tiene una comida excelente!

—Córtale el pie —sugirió Patricio encogiéndose de hombros—. No lo necesita para cocinar.

Marius asintió pensativo.

—Muy bien —dije cansado de hablar de ese moroso de mierda—. Basta de tanta cháchara.

—Me senté a la mesa—. Marius, abre la caja fuerte.

Marius, tras introducir los números secretos, colocó cinco mochilas cargadas de billetes encima de la mesa. Esa era una de nuestras rutinas: contar el dinero que había sido recaudado por la zona.

—¿Cómo se encuentra María? —le pregunté refiriéndome al barco con contenedores que en pocos días llegaría desde Colombia.

—Todo está impecable —respondió Marius a la vez que enrollaba con un elástico un fajo de diez mil euros—. Paolo estima su llegada para el martes, así que podremos repartir la coca en las próximas semanas.

—¿Y las barcazas a Israel?

—Saldrán el miércoles como lo hemos planeado. Todo está solucionado. Tenemos vía libre.

Marius Messina era un hombre leal y un buen amigo. Le conocí ocho meses después de que Patricio me llevara con él. Pero pese al estilo de vida que todos compartíamos, Marius encontré algo parecido a la redención tras conocer a Fionna, una italiana de armas tomar que lo cautivó hacía siete años. Ahora ambos vivían felices con sus dos hijas gemelas.

Aunque todos tuvimos una iniciación difícil en la vida y éramos muy diferentes, Marius, Giovanni y yo teníamos una cosa en común: Patricio nos había salvado de morir en catastróficas circunstancias. Él fue como un ángel caído del cielo, una persona que nos brindó una nueva oportunidad. Y nosotros no dudamos en aferrarnos a lo que nos ofreció.

Los tres hombres que estaban a mi lado eran mi única y verdadera familia.

Llegué puntual a la cafetería, pero por alguna razón me sentía molesto por tener que asistir a aquel encuentro. Abrí la puerta y, a continuación, observé con calma si ella se encontraba en el local. No tardé mucho en verla. La mujer con ojos de gata se hallaba sentada, con una tímida sonrisa iluminándole el rostro, mientras miraba el cielo nublado por la ventana.

—Buenos días —murmuré.

Ella dio un divertido salto de sorpresa y parpadeó repetidas veces.

—Hola —dijo a la vez que me estudiaba con atención. Un ligero rubor le proporcionó un poco de color a sus mejillas.

Sonreí para mis adentros. Mi presencia le afectaba. No dudaría en aprovecharme de esa ventaja.

—¿Has pedido ya? —Me senté en la silla de enfrente.

—No, estaba esperándote.

La camarera del día anterior nos interrumpió un momento y tras anotar nuestros desayunos, se alejó luciendo confundida por no ver a Patricio.

La *gatita*, como si hubiera tenido el mismo pensamiento, me preguntó:

—¿No vendrá tu amigo?

—No, le pedí que no lo hiciera.

—Ah... —Asintió con cierto recelo y se removió incómoda en la silla—. ¿Por qué?

Me incliné hacia delante y, a continuación, apoyé los codos en la mesa.

—Porque prefiero estar contigo. Quiero conocerte mejor —mentí, aunque no tardaría mucho en conocerla en el sentido bíblico de la palabra antes de drogarla y venderla. En ese mismo orden.

La camarera volvió a interrumpirnos. Le sirvió a ella un americano y un cruasán; a mí, un cortado.

—¿Eres española? —le pregunté una vez que nos quedamos de nuevo a solas.

—Sí. —Arqueó una ceja—. ¿Y tú?

—No —intenté no mascullar. Era obvio que no había nacido en España por mi acento—. Soy de Italia. —La miré un momento antes de decir—: Es raro.

—¿El qué?

—No haber tenido el placer de conocerte hasta ayer.

Se rio nerviosa y comenzó a toquetear la taza con los dedos.

—Será porque Madrid es enorme —comentó risueña—. Y además llevo muy pocas semanas en la ciudad.

—Supongo que te has mudado con tus padres.

—No, sola.

—¿Eres mayor de edad? —inquirí más por curiosidad que por otra cosa, ya que a Kazuma le daba igual la edad de sus esclavas sexuales.

—¿A qué se debe este tipo de preguntas? —indagó con suspicacia.

—Solo pretendo conocerte.

—Entonces podrías preguntar mi nombre, mi profesión o incluso mis aficiones —dijo con el ceño fruncido—. Y déjame que te pregunte cosas también, porque si esto es una entrevista no me había dado por enterada.

Apreté la mandíbula. Nadie se atrevía a hablarme así, con el tono insolente que ella acababa de utilizar.

—¿Cómo te llamas?

—Amber y tengo veinticuatro años. —Me miró de arriba abajo—. Por lo visto tú también eres mayor de edad —comentó con cierto retintín.

—Sí, soy bastante más viejo que tú —respondí secamente. Alzó una ceja invitándome en silencio a continuar—. Me llamo Alessandro.

—Bueno, Alessandro, debo admitir que te conservas muy bien.

Por un momento los ojos le brillaron de diversión; a mí también me brillaron pero a causa de otro motivo. Mis fuerzas flaqueaban cada vez que ella abría la boca; cada vez que la miraba me entraban ganas de follarla. Conté mentalmente hasta diez para controlar los desenfrenados impulsos que estaban invadiéndome.

—¿Tienes novio? —le pregunté con la voz ronca.

—No.

—Quiero verte de nuevo —me apresuré a decir para que no tuviera tiempo de replicar—. Cena conmigo esta noche.

Capítulo 5

Amber

—¿No vas a decirme nada? —me preguntó con impaciencia. Yo, en cambio, intentaba salir de mi repentino estupor.

—Lo siento. —Le ofrecí una pequeña sonrisa a modo de disculpa—. No puedo. Tengo muchas cosas que hacer. —Tragué saliva y, a continuación, bajé la mirada por temor a que se diera cuenta de mi mentira.

—¿Qué cosas?

Ante su insistencia volví a mirarlo y, entonces, noté que sus ojos se habían oscurecido; aquella extraña reacción en él hizo que recordara a mi madre, ya que ella siempre solía decir que los ojos son el alma de uno mismo. Y Alessandro estaba ocultando un lado mucho más siniestro del que yo era capaz de averiguar.

—Cosas... —murmuré mientras jugueteaba con un trozo de cruasán. Mi apetito se había esfumado.

—Como quieras —respondió, iracundo.

Respiré hondo para procurar calmarme. No podía negar que Alessandro era un hombre intimidante, muy atractivo, rodeado de un aura turbia y amenazadora que le hacía parecer peligroso incluso sin hablar. En aquel momento no me fiaba ni un pelo de él.

—Cómete rápido el desayuno —ordenó de súbito—. No tengo todo el día.

A pesar de la antipática y cortante orden, me mordí la lengua para no contestarle. Me llevé la taza a los labios y tomé un sorbo, pero tenía un nudo en el estómago que me impedía disfrutar del café. Me era imposible concentrarme teniéndole tan cerca y, para colmo, él no paraba de observar cada uno de mis movimientos.

Durante varios minutos ninguno de los dos decidió romper el prolongado silencio que nos envolvía, cosa que fue más fácil de soportar gracias al constante ruido de los comensales próximos a nosotros. Dándome por vencida aparté el plato con la comida aún intacta y, a continuación, empecé a rebuscar en el bolso.

—Pago yo —informó al ver la billetera en mis manos.

Lo miré atónita.

—Qué amable —comenté con evidente ironía.

Al oírme me lanzó una mirada que podría haberme convertido en hielo. Yo preferí ignorarle.

Esperé a que la camarera trajera la máquina de tarjetas de créditos, ya que Alessandro se había empeñado en utilizar su visa oro. Mientras él tecleaba la clave secreta, la camarera se recostó un poco sobre la mesa para asegurarse de que su descarado canalillo fuera advertido por él.

Alessandro, con una sonrisa petulante en los labios, le devolvió la máquina, pero no hizo nada a pesar de que ella no paraba de insinuarse. Después me miró un momento antes de ponerse de pie. Yo hice lo propio y, a continuación, salimos del local.

Alcé el rostro hacia el cielo invadido por nubes negras al notar las primeras gotas de lluvia cayendo sobre nosotros.

—¿Necesitas que te acerque hasta tu casa? —inquirió a mi lado. Desde la corta distancia que se interponía entre los dos, pude apreciar destellos de su fragancia masculina mezclada con el olor del tabaco.

—No, iré caminando. Gracias —respondí mirándolo con desconfianza. No pensaba decirle dónde vivía.

—Bien, como desees. —Los ojos le centellearon por una fracción de segundo y, luego, curvando los labios en una sonrisa perversa, murmuró—: Nos vemos pronto, Amber.

Tras pronunciar esas palabras, se dio la vuelta y caminó con absoluta tranquilidad hacia la acera opuesta, en dirección a un coche deportivo negro. Yo, en cambio, me quedé inmóvil mientras pensaba en la extraña cita que acabábamos de tener. No fue hasta después de un par de minutos, al oír unos sonoros truenos, que reaccioné. Su automóvil ya había desaparecido, de modo que regresé al apartamento.

No me demoré mucho en llegar y cuando lo hice, fui en busca del segundo móvil para llamar a Ramírez.

—Necesito contarte una cosa —dije con el auricular pegado a la oreja a la vez que me dejaba caer en el sofá.

—Ya estás tardando.

—Bueno..., ayer se dio la casualidad de que me topé con el criminal más buscado y hoy he desayunado con él.

—Espera. Rebobina. ¿Has conocido a Alessandro? —me preguntó asombrado.

—Y también a Patricio —concreté con orgullo.

—Amber, cuéntamelo todo.

Le expliqué con pelos y señales todo lo que me había sucedido en los últimos dos días: el encuentro con Felipe y Carlos en el club Style, el tropezón con Patricio y Alessandro, el comportamiento que este último había tenido conmigo, las raras preguntas que me había formulado, la incómoda situación entre los dos, la invitación a cenar y mi respuesta negativa.

—Muy bien —habló con seriedad—. Has hecho muy bien en rechazarle.

Fruncí el ceño. En un primer momento había creído que Ramírez me echaría la bronca.

—¿Estás siendo irónico?

—No, en absoluto.

—Todavía estoy dudando —murmuré pensativa—. Alessandro no parecía muy contento.

—Hiciste lo correcto, Amber —aseguró—. ¿Alessandro yendo detrás de una mujer? ¡Por favor! —resopló con indignación.

—¿Qué intentas decirme?

—Me refiero a que Alessandro es un mujeriego empedernido y, créeme, no le faltan mujeres. —Le creí—. Es ilógico que quisiera cenar contigo.

—¿Por qué dices eso? —le pregunté ofendida por el comentario tan descortés—. Quizás yo

le guste.

Se echó a reír a carcajadas, como si acabara de oír el disparate más cómico del universo. Lo más paradójico de todo fue que me hizo daño la mera posibilidad de que así fuera.

—¿Estás bromeando, verdad? —indagó tras calmarse—. Alessandro es un hombre sin una pizca de humanidad; asesina a sus víctimas a sangre fría. ¿En serio piensas que una persona como él puede sentir algo por alguien?

—Ramírez, no he olvidado en ningún momento quién es Alessandro —repliqué malhumorada—. Si estoy en esta situación es por su culpa.

Era mucho más sencillo echarle la culpa de todo; creer que él era el causante de todas mis desgracias.

—Me alegro de que estemos en la misma sintonía. —Sonó satisfecho—. Mantenme informado si ocurre algo más.

—Lo haré.

Tras terminar la llamada, tiré el móvil a un lado mientras fruncía los labios. Hasta ese momento no me había dado cuenta de que mi subconsciente había albergado la esperanza de que quizás Alessandro se sintiera atraído por mí; algo que era bastante estúpido e incoherente. Él solo tenía que chasquear los dedos para que una mujer apareciera desnuda en su cama.

Sacudí la cabeza a la vez que una risita llena de resignación emergía de mi garganta.

—¿Qué más me da si a él no le gusto? Alessandro no me interesa —comenté a nadie en particular, inmersa en la soledad del apartamento.

Después de aquella mañana no volví a saber de Alessandro. Aquello casi logró que me volviera loca de frustración. Esperando reencontrarme con él, acudí a la cafetería donde habíamos tomado el desayuno, pero no tuve suerte; Alessandro había desaparecido del mapa. Me arrepentí a diario de no haber aceptado su invitación a cenar, ya que me encontraba en la misma situación que antes. No... La verdad era que me encontraba en una situación mil veces peor, porque si no hallaba una solución, tendría que acceder a que Carlos hiciese conmigo lo que quisiera.

Tras dos días llenos de confusión, llegó la Navidad. Telefoneé a mamá y le deseé unas felices fiestas a ella y a Francisco, que estaba ayudándola con la cena. La llamada fue bastante corta, ya que no quería que notara mi estado de ánimo. Y aunque no me apetecía cenar ni celebrar nada, decidí poner una pizza congelada en el horno. Pocos minutos después la masa estaba lista, cortada en varios trozos y depositada en un plato sobre la mesita de centro.

El silencio dominaba el ambiente. Encendí el televisor deseando que algún programa de entretenimiento animara la penosa velada, pero al mirar a mi alrededor sentí una punzada de dolor en el pecho. Me sentía sola, triste, enfadada porque debería estar con mi familia y no a varios kilómetros de casa.

Me sobresalté al oír el ensordecedor sonido del timbre resonando entre las cuatro paredes del comedor. Frunciendo el ceño, me encaminé hacia la puerta y abrí sin mirar por la mirilla, creyendo que algún vecino se habría confundido de piso. Lo que me encontré fue algo que jamás hubiera esperado.

Retrocedí un par de centímetros de manera involuntaria cuando unos ojos azules me saludaron en silencio. Sin poder evitarlo las mejillas me ardieron de vergüenza al ver a Alessandro vestido en un elegante frac negro, con la corbata un poco floja y sosteniendo una botella de etiqueta

dorada *Cristal 1996 Champagne*. Yo, al contrario que él, llevaba la misma ropa que me había puesto en la mañana: un suéter rosa y unos pantalones blancos. Pero al darme cuenta de que él no debería tener mi dirección, la repentina timidez se tornó en ira.

—¿Qué haces aquí? ¿Cómo sabes dónde vivo? —le pregunté poniendo los brazos en jarras.

—Feliz Navidad a ti también —replicó con diversión.

Entorné los ojos.

—¿Cómo sabes dónde vivo? —insistí.

Exhaló un breve suspiro y, a continuación, apoyó la cadera en el marco de la puerta a la vez que echaba un vano vistazo al interior del apartamento.

—Te seguí —dijo con sinceridad. Lo miré boquiabierta—. Pero hay una buena razón para ello —aseguró con total convicción—. Imaginé que estarías sola y por lo que veo, no me equivoqué. —Dio un paso al frente. Me estremecí—. ¿Quieres pasar la noche conmigo, o doy media vuelta y me marcho por donde he venido?

A pesar de sus supuestas buenas intenciones no le creí del todo, pero, aun así, no tardé mucho en tomar una decisión. Me aparté a un lado para que pudiera pasar.

—Adelante —accedí. Cerré la puerta tras de mí una vez que él entró—. Que conste que no he cocinado nada. Bueno, tenemos pizza. —Señalé la lamentable cena con el dedo índice.

Me mordí el labio inferior al notar que Alessandro hacía una mueca rara y, a continuación, fui hacia la cocina. Él me siguió.

—Parece muy apetecible —murmuró mirándome con atención. Nerviosa, comencé a toquetear cualquier cosa para mantenerme ocupada—. Me refiero a la pizza —aclaró ante mi silencio.

—Ya. —Asentí aún sin mirarlo.

—¿Tienes un sacacorchos?

—En el primer cajón.

Mientras tanto él sacaba el sacacorchos y abría la botella, lo miré de reojo. No podía evitar sentir una mezcla de inquietud y alegría por que estuviera allí conmigo, pues en las últimas horas había creído que no le volvería a ver y que tendría que acudir a Carlos. Al parecer mi suerte había vuelto a cambiar.

Saqué dos vasos de un mueble, los coloqué en la mesa y, a continuación, tomé asiento. Alessandro, con la botella en la mano, se quedó un momento inspeccionando el sofá, pero finalmente desabrochó el botón de su chaqueta con una elegancia innata y se sentó a mi lado.

—Tienes una casa muy acogedora —murmuró con cierta malicia mientras servía champán en los vasos.

Alcé una ceja ante su repentino cambio de humor. Hacía un par de minutos estaba risueño, y, de repente, volvía a estar serio como en la cafetería.

—Sí, lo es —mentí—. No todos podemos vivir como reyes. —Me ofreció el vaso sin inmutarse por mi comentario—. Gracias.

Al recibirlo nuestras pieles se rozaron por un segundo. El corazón me dio un vuelco vertiginoso, y una misteriosa y cargante energía comenzó a fluir entre nosotros. Era casi asfixiante.

—Amber.

—¿Sí? —indagué mirándolo a los ojos, pero no pude mantenerle la mirada por mucho tiempo. Era demasiado intensa.

—Se va a enfriar. —Alzó un trozo de masa y le dio un buen mordisco.

Atrapé un trozo para mí.

—¿De qué parte de Italia eres? —inquirí para intentar entablar conversación.

—Nápoles.

—¿Es bonito?

Algo le enturbió la mirada.

—Sí. —Sonrió con tirantez—. Y ¿tú dónde naciste?

—En Barcelona. —Hice una breve pausa antes de preguntarle—: ¿Por qué estás aquí, Alessandro?

—Te lo he dicho antes.

—No, no me refiero a eso. ¿No deberías estar en tu propia cena de Navidad? Ya sabes..., con los amigos, familiares...

—Tuve una comida con mi *familia*.

Asentí a la vez que me limpiaba con una servilleta las comisuras de la boca.

—Te agradezco que hayas venido. La verdad es que ha sido todo un detalle por tu parte, pero espiarme no está bien.

—Rechazaste mi invitación —se justificó.

—Eso no te da ningún derecho. Además, yo también podría seguirte.

—Inténtalo —me desafió sonriendo de verdad.

Respiré hondo para reprimir un suspiro. Odiaba que fuera tan atractivo y varonil porque me costaba centrarme en la conversación.

—¿Vives por el centro de Madrid? —le pregunté aunque yo ya sabía la respuesta.

—En La Moraleja —contestó—. ¿Trabajas o estudias?

—Trabajaba en un local inmobiliario, pero ahora estoy en el paro —murmuré con tristeza. Por muy absurdo que pareciera añoraba mi trabajo, el estilo de vida que ya no tenía—. ¿Y tú a qué te dedicas?

—Soy empresario.

Al escucharle hablar con tanta seriedad, como si él mismo se lo creyera, una risita se atragantó en mi garganta justo cuando tomaba un sorbo de champán, lo que causó que empezara a toser como una posesa. Alessandro me dio un par de suaves palmaditas en la espalda mientras yo luchaba por volver a respirar con normalidad.

Una vez que conseguí tranquilizarme, murmuré con timidez:

—Lo siento. —Sentí mi cara arder—. El líquido se fue por el lado equivocado.

—Ten cuidado. —Me acarició la espalda un poco más antes de retirar la mano.

—Entonces —carraspeé procurando no reírme de nuevo—, ¿qué clase de negocios diriges?

—Tengo un restaurante en Madrid, entre otras cosas. —Se bebió el resto de lo que le quedaba en el vaso y no me ofreció más detalles de su «profesión». En aquel momento supe que iba a tener que sonsacarle la información de a poco.

Después de mi pequeño percance con el champán, continuamos hablando de cosas carentes de importancia, pero la conversación no dejó de ser amena y animada en ningún momento de la noche. Y a pesar de que Alessandro era un hombre bastante reservado en muchos aspectos, me sorprendió sentirme cómoda con él. El tiempo pasó mucho más rápido a su lado.

—Es tarde —comentó de súbito—. Será mejor que me vaya.

Una punzada de decepción me invadió, pero de todas formas asentí.

—Gracias por venir.

—A ti por dejarme entrar.

Me levanté del sofá. Alessandro hizo lo mismo y, a continuación, caminamos hacia la puerta. Me giré para desearle las buenas noches, pero él me lo impidió. Abrí los ojos atónita cuando estampó su boca contra la mía a la vez que estudiaba cada uno de mis gestos. No quería corresponderle, porque sabía que no era lo correcto, pero la sensación de tener sus labios sobre los míos era tan increíble que al final cerré los párpados y me dejé llevar por la intensidad del momento.

Al ser consciente de que no le detendría, tomó mi nuca con una mano y me arrastró consigo hacia atrás hasta que tuve la espalda apoyada en la puerta. Nunca nadie me había besado con tanta suavidad y, a la misma vez, con la rudeza que empleaba Alessandro. Era embriagador.

Sin poder controlarme por más tiempo, comencé a tocarle el pecho, los brazos, los hombros hasta llegar a la zona de la nuca, donde enredé mis dedos en su pelo, tal y como había imaginado en la comisaría. Me agarró una pierna para que la enroscara alrededor de sus caderas y empujó con ímpetu hacia delante. Gemí contra su boca. El deseo se apoderó de mí y quemó cualquier resquicio de autocontrol y sensatez al notar su erección presionada en mi estómago.

Aprovechándose de mi evidente estado de excitación, empezó una lenta y dulce tortura: besó mi mentón, lamió mi cuello con infinita lentitud, tiró del lóbulo de mi oreja con sus dientes. Yo, en cambio, solo era capaz de gemir y arquear la espalda cada vez que una placentera descarga eléctrica me recorría el cuerpo.

—Amber —dijo con voz lujuriosa mientras colaba sus manos por el interior de mi suéter y aprisionaba mis pechos sin demasiada delicadeza. Lo miré con la respiración agitada y los labios separados—, voy a follarte toda la maldita noche.

Ante su declaración no pude evitar apretar las piernas, lo que hizo que me ganara un gruñido de satisfacción. Hartándose de tanto preámbulo, me sacó el suéter por la cabeza y lo arrojó al suelo; realizó lo mismo con el sujetador y lejos de observar mis pechos desnudos, se metió uno en la boca; al otro lo martirizó con sus hábiles dedos.

—¡Oh, sí! —gemí, aunque era conocedora de que no debía estar disfrutando. Sin embargo, no tuve tiempo de cuestionarme a mí misma lo que estaba haciendo, ya que me cogió de la mano y me llevó hasta el sofá.

Mirándome con determinación, se despojó de la chaqueta y de la corbata con innegable ansiedad; luego, atrapó mis manos con las suyas y las situó en el primer botón de su camisa de lino blanco.

—Desnúdame —ordenó a la vez que desabrochaba el botón de mi pantalón y me bajaba la cremallera.

Sintiéndome tan deseosa como él, desabotoné su camisa lo más rápido que pude y cuando se la quité por los brazos, me permití un minuto para admirar su cuerpo esculpido. Le acaricié los abdominales, el pecho, los hombros... Estaba maravillada, extasiada con la exquisitez de su piel tersa y un tanto bronceada.

Sin romper la conexión de nuestras miradas, interrumpió mi pequeña exploración para bajarme los pantalones con extremada calma. Tocó mis nalgas de manera posesiva y, a continuación, hurgó con una mano en el interior de mis bragas; con la otra jugueteó con mi pezón derecho.

Le clavé las uñas en la cintura y cerré los ojos cuando utilizó el dedo pulgar para trazar lentos círculos alrededor de mi clítoris.

—Mírame —ordenó con la respiración temblorosa.

Al hacerlo me di cuenta de que se estaba controlando bastante, de modo que procedí a

quitarle el cinturón y los pantalones. Le acaricié por encima de los bóxers y después se los quité también. Fue entonces cuando me penetró con dos dedos al tiempo que yo me adueñaba de su pene, grande, grueso y caliente. Lo apreté un segundo en mi mano, lo que causó que una gotita de líquido preseminal apareciera; se la esparcí por la cabeza y continué con las apremiantes caricias.

Alessandro, soltando un gemido ronco, me respondió de una manera muy parecida y en una perfecta sincronización pellizcó mi pezón derecho y mi clítoris a la vez.

Los calambres de placer que me recorrieron en todas direcciones fueron abrumadores, tanto que me corrí como nunca antes había experimentado. Apoyé la frente en su hombro, intentando recuperarme del poderoso orgasmo, y le masturbé aún más rápido.

—Detente, Amber, detente... —Me volvía loca escuchar mi nombre de sus labios—. No quiero correrme todavía.

Se alejó lo mínimo para terminar de desvestirse, extrajo un condón del bolsillo del pantalón y lo rodó por su majestuoso pene totalmente erecto. Le observé embelesada mientras terminaba de sacarme la poca ropa que me quedaba.

—Voy a tomarte por detrás —dijo con vehemencia—. Ponte de rodillas en el sofá y alza ese hermoso culo para mí.

Las piernas me temblaron por la anticipación y sin pensármelo dos veces, hice lo que me pidió. Lo miré por encima del hombro cuando se posicionó detrás de mi cuerpo y sentí su pene rozar mi hendidura.

—Hazlo, por favor —susurré sintiéndome fuera de sí.

Agarrándome por las caderas, me penetró con un movimiento exacto y continuó embistiéndome con fuerza, sin darme tiempo a aclimatarme a su tamaño. En un intento por escapar me moví hacia delante, pero Alessandro me tenía bien sujeta. Poco a poco mis paredes vaginales empezaron a dilatarse y fui aceptando la placentera intrusión.

Estaría mintiendo si dijera que en aquel momento no me gustaba lo que estaba pasando entre nosotros; que no me encantaba oír mis gemidos entremezclados con los suyos, fusionándose con el sonido de nuestros cuerpos que chocaban con violencia.

—¡Sigue, por favor! —supliqué entre jadeos. Apenas reconocí mi propia voz—. ¡Oh, Dios mío! —lloriqueé de placer cuando incrementó la potencia de sus empujes.

De repente un agudo pinchazo se extendió por mi cuero cabelludo. Alessandro había cerrado su puño alrededor de mi pelo, pero aquel dolor tan solo intensificó las primeras enérgicas oleadas de mi orgasmo. Me tensé de pies a cabeza y grité al sentir los músculos de mi vagina ordeñándole con ímpetu. Alessandro empujó tres veces más y gimió ruidosamente al obtener liberación también.

Respirando con dificultad, me desplomé sobre el sofá. Él apoyó la nuca en el respaldo y se limpió con el antebrazo el sudor acumulado en la frente. Permanecemos en silencio hasta que, después de pocos minutos, murmuró:

—Follarte ha sido lo mejor que me ha pasado en todo el año.

—¿Es eso un cumplido? —inquirí al tiempo que le observaba sacarse el condón. Se quedó pensativo y alzó una ceja, irónico.

—¿Crees que sería un cumplido si te dijera que estás follable?

—Prefiero no contestar.

Sonrió como un niño travieso y se cernió peligroso sobre mí, enjaulándome entre sus brazos.

—¿Dónde está tu habitación? —me preguntó muy cerca de mi boca.

—Allí... —respondí entrecortada señalando la puerta.

Sin decir nada más, cargó conmigo antes de empezar a caminar a grandes zancadas hacia el dormitorio.

—¡Espera! —exclamé—. Necesito un vaso de agua.

—Ya lo traigo yo. —Me arrojó a la cama y reboté un par de veces—. Tienes un minuto para descansar. Todavía no he acabado contigo. —Se marchó, sonriente, dejándome muerta de deseo.

Alessandro no tardó en regresar a la habitación. Y cuando lo hizo, cumplió con su promesa hasta altas horas de la madrugada.

Capítulo 6

Alessandro

Mierda, maldije en silencio mientras me abotonaba la camisa. *Mierda*, volví a maldecir. Recogí la chaqueta del suelo, la sacudí un par de veces para eliminar algunos restos de polvo y, a continuación, guardé la corbata en el bolsillo del pantalón.

—Mierda... —mascullé cerrando los ojos.

Decir que estaba cabreado conmigo mismo sería quedarme corto, porque lo estaba y mucho por no seguir a rajatabla el plan que había esbozado. Cuando fui a buscar un vaso de agua para Amber no fue porque me dio un arrebatado de caballerosidad, sino porque pretendía disolver en el líquido una pequeña dosis de droga sin que ella se diera cuenta; una dosis bastante potente como para dormir un caballo. Eso era exactamente lo que debería haber hecho, pero en cambio fui un gilipollas, regresé a la habitación con el maldito vaso de agua y preferí follarla hasta quedarme seco. No entendía qué cojones me había pasado. Tenía que entregarla a Kazuma.

Sintiéndome frustrado a más no poder, introduje mi mano en el bolsillo derecho del pantalón. La bolsita de plástico estaba ahí, intacta, esperando su momento. Todavía podía cambiar de decisión; aún estaba a tiempo de llevarla conmigo al almacén. Solo tenía que ir hacia el dormitorio, darle un ligero golpe en la cabeza para dejarla inconsciente y listo. No sería nada que no hubiera hecho ya.

Caminé hacia la habitación, decidido a acabar con este absurdo escenario, pero me quedé inmóvil en el marco de la puerta. Amber dormía plácidamente, y yo, sin poder evitarlo, me devoré sus tetas expuestas con los ojos. Tenía los pezones bastante sonrojados a causa de mis rudas atenciones; el vientre y la parte inferior de las piernas, descubiertos, ya que la sábana color celeste había quedado arrugada a sus pies.

Me crucé los brazos sobre el pecho a la vez que me preguntaba por qué una chiquilla inexperta me atraía de una inusual manera. Amber no se parecía a ninguna de las mujeres a las que normalmente solía tirarme, ya que no era extravagante ni provocativa. Al contrario, era sencilla y hermosa pero sin caer en el típico canon de belleza. Algo único la hacía diferente a las demás, pero no sabría decir el qué.

Mientras maquinaba y decidía sobre su destino, miré despacio su cuerpo milímetro a milímetro. Tenía que elegir entre venderla a Kazuma o conservarla para mi propio placer, pero era complicado. Las dos opciones me parecían muy atractivas.

Amber se movió, aún dormida, hasta quedar de lado a la vez que un suspiro entrecortado

escapaba de sus labios. Apreté los ojos al sentir la presión de mi polla aumentando bajo los pantalones, mientras mi mente reproducía los suaves gemidos que brotaban de su garganta; la forma en que se arqueaba cada vez que arremetía con fuerza contra ella.

Lo cierto era que la follé como un salvaje en celo, pero no se quejó ni una sola vez. Todo lo contrario, disfrutó cada momento.

Di un paso hacia atrás al darme cuenta de que no podía deshacerme de ella. Todavía no. Tenía mejores planes para esa exquisita boca en forma de corazón y para su cuerpo en el que gocé perderme. Esperaba que en poco tiempo se convirtiera en algo parecido a una mascota sexual; un método útil y eficiente para eliminar la tensión que se me acumulaban en los músculos después de tanto ajeteo.

Le eché una última ojeada y, a continuación, me desplazé hacia la puerta principal. La buscaría de nuevo cuando me apeteciera y necesitara desahogarme en su interior, pero ahora debía encontrar otra mujer para Kazuma Yuto. Y solo disponía de seis días para ello.

Cerré la puerta sin hacer el más mínimo ruido antes de bajar presuroso por las escaleras. Al llegar al exterior, una fría mañana de invierno me dio los buenos días. Caminé con lentitud hacia mi coche, me senté en el asiento del piloto y, enseguida, me incorporé a la carretera.

Mientras conducía con notable tranquilidad, no pude parar de pensar en la mujer que acababa de dejar desnuda en un duro e incómodo colchón. Lo que pretendía hacer era una locura; lo sabía muy bien, pero, aun así, quería correr el riesgo. Ansiaba tener un poco de diversión con ella. Después..., ya vería cómo solucionaba este problema.

Al día siguiente, a primera hora de la mañana, me encontraba sentado frente al escritorio mientras revisaba la larga lista de invitados para la esperada noche de fin de año. No podía dejar ningún cabo suelto, ya que mis clientes más fieles se volvían muy exigentes en fechas tan señaladas. Estimaba que alrededor de unas ciento cincuenta personas acudieran a mi casa; algunos de ellos vendrían para pasarlo bien entre amigos, otros para engañar a sus esposas y más de uno terminaría haciendo un trío. En mis fiestas podía suceder cualquier cosa. Todo valía dentro de estas cuatro paredes.

Repasé los nombres de la lista una última vez antes de marcar el número de Giovanni.

—Dime, Alessandro —dijo con voz resacosa.

—Necesito que vengas a mi casa.

—Estaré ahí en veinte minutos.

Miré el reloj cuando alguien golpeó dos veces la puerta con los nudillos; habían pasado veinte minutos exactos. Giovanni entró en el estudio y, de inmediato, caminó en mi dirección.

—Tenemos un pequeño problema —le comenté mientras se sentaba en una silla frente a la mesa.

—Te escucho.

—No me está siendo fácil encontrar una esclava para Kazuma Yuto.

Frunció el ceño.

—Patricio mencionó ayer que ya tenemos a una española.

—Teníamos. —Lo corregí sin dar más explicaciones.

—Puedo ir a por ella si se ha escapado —sugirió malinterpretando mis palabras.

—No, no es necesario. Ahora mismo tenemos que enfocarnos en localizar una nueva víctima cuanto antes. Quedan pocos días para la entrega.

Asintió distraído.

—Sé de un hombre que... ¡Joder! ¿Cómo se llama? —se preguntó a sí mismo—. ¡Ah, sí ¡Manuel López! —exclamó al recordar.

—¿Qué pasa con él?

—El muy cabrón tiene seis hijas. Si quieres, puedo averiguar si alguna cumple las expectativas de Kazuma. —Se frotó la cara con ambas manos—. No sería demasiado extraño que la hija de un campesino desapareciera. Además, la última noticia que tuve de la familia López fue que estaban pasando por una muy mala racha.

No era lo que en un principio tenía en mente, pero tampoco parecía un mal plan.

—Investiga a sus hijas y apenas consigas algo, ven de inmediato.

—Por supuesto.

—En unas tres horas Patricio, Marius y yo iremos al almacén. Tú encárgate de la chica.

—Me ocuparé de todo. —Se puso de pie y, a continuación, caminó hacia la puerta.

Una vez que me quedé solo en el estudio, no pude evitar reflexionar sobre Giovanni. Pondría la mano entera en el fuego por cada uno de mis hombres, pero él era especial. Tenía la capacidad de acumular todo lo que le ocurría en silencio, sin explotar en situaciones de extrema presión. Giovanni era frío, calculador y muy solitario, pero, aun así, nunca traicionaría a los suyos.

—Mis niñas están revolucionadas con el juego de cocina. —Oí a Marius comentar desde el asiento del copiloto.

—Yo no compré nada de eso —se defendió Patricio.

Sentí dos pares de ojos perforarme la nuca.

—No me miréis —gruñí para mis adentros cuando los dos se echaron a reír—. Echadle la culpa a la encargada. Fue ella quien eligió el regalo. Yo ni siquiera fui a la tienda —mentí. En realidad adoraba malcriar a las hijas de Marius.

—¡Ya, claro! Ahora, por tu culpa, esas dos están todo el día vaciando el frigorífico.

—Déjalas que aprendan a cocinar, así tendrán contentos a sus maridos —comenté con sorna mientras me desviaba por un camino de tierra. El almacén estaba cerca.

—No, no y no. —Negó frenético con la cabeza—. ¡Nada de hombres hasta los treinta!

—No seas un hipócrita, Marius. O ¿ya no te acuerdas del regalo que recibiste al cumplir trece? —inquirió Patricio secándose una lagrimilla con el dedo índice.

—Deborah, «la tetas de goma» —murmuré con diversión al recordar a la prostituta.

—¡Venga ya! ¡Eran otros tiempos! —bufó Marius—. Quien se acerque a mis hijas más de la cuenta, haré un estofado utilizando cada uno de sus órganos. —Nos apuntó a ambos—. Y eso va por vosotros también.

Patricio levantó las manos en señal de rendición. Yo apagué el motor y me quité el cinturón.

—Yo que tú no me preocuparía por Patricio; será demasiado viejo para cuando a tus hijas les crezcan las tetas. —Me giré en el asiento y, a continuación, le agarré bromeando del pescuezo—. Pero si vuelves a amenazarme te cortaré esa lengua tan larga que tienes. —Dejé libre el cuello de mi amigo y, entonces, les dije—: Salid del coche.

Mientras caminaba hacia la puerta del almacén, miré en todas las direcciones, ya que aunque parecía que nadie nos había seguido, nunca daba nada por sentado. Tras internarnos en la propiedad, cerré de nuevo con llave y me dirigí hasta la pared de enfrente para presionar el interruptor de la luz. Las lámparas distribuidas por todo lo ancho de la construcción iluminaron el

espacio, que estaba ocupado por varias cajas; en ellas había ordenadores, dispositivos de música, impresoras, entre otros equipos electrónicos. Pero esos lotes carecían de valor. Únicamente las cajas que tenían un adhesivo con la palabra «lavadora» o «frigorífico» eran importantes, ya que contenían rifles AK-47, revólveres, kilos de munición, etcétera.

El día treinta y uno de diciembre dos barcazas saldrían con destino a Israel y dos camiones de cebo a Italia. La policía pensaba que mi intención era vender la mercancía por Nápoles, cosa que no era cierto, aunque debía admitir que yo había tenido algo que ver para que creyeran eso.

Comprobé cada una de las cajas para asegurarme de que no faltaba nada. La víspera de Año Nuevo sería esencial para empezar el 2012 con buen pie. Todo tenía que estar en perfectas condiciones.

—¿Has hablado con el rumano? —me preguntó Patricio mientras yo sellaba la última caja.

—No, le informaré qué tiene que hacer esta misma noche.

—Sabes que yo puedo deshacerme de ellos —comentó Marius limpiándose las manos con un trapo.

—Lo sé, pero esta vez el rumano se hará cargo de los chicos. No quiero que ninguna mierda inesperada nos salpique.

Tras confirmar que todo estaba en orden, apagué las luces, salimos al exterior y, a continuación, bloqueé la puerta con una cadena. Ensimismado en mis pensamientos conduje en dirección a la casa de Marius, ya que tocaba cena *familiar*, mientras él y Patricio hablaban de cualquier tontería que se les viniera a la mente.

Regresé a casa a medianoche, pero en vez de irme a dormir, llamé a una de las piezas claves para que la operación que teníamos entre manos fuera todo un éxito.

—Señor —contestó una voz grave.

«El rumano», alias por el que era conocido por todos los del negocio, aunque su nombre real era Matías Craciun, trabajaba para mí desde hacía algunos años y, hasta entonces, jamás me había decepcionado. Esperaba, más por su bien que por otro motivo, que cuando le informara del drástico giro de los planes no pusiera ninguna excusa y aceptara sin rechistar.

—¿Está todo preparado?

—Sí, señor —respondió—. Los dos idiotas están esperando mi orden para realizar el supuesto trabajo.

—Hay un pequeño cambio en lo que teníamos hablado. Marius no irá al encuentro.

—¿Vendrá Giovanni? —me preguntó con evidente confusión.

—Irás tú —dije en tono autoritario.

—Pero... se... señor..., yo, yo creo que...

—No te estoy pagando para que creas en nada —mascullé—. Te pago para que hagas lo que yo te diga. Esto no es una jodida petición, Matías.

—Sí, señor. Entiendo —reculó—. El viernes por la noche todo estará ejecutado.

—Lo harás el sábado. Y ni se te ocurra cabrearme.

Terminé la llamada.

El miércoles por la tarde Patricio se acercó hasta mi casa, ya que todavía no le había entregado todas las invitaciones.

—La mansión estará a reventar —comentó mientras sacudía la cabeza—. Creo que es la fiesta más grande que hemos organizado.

—No debemos olvidar que todo tiene que lucir perfecto. —Di una última calada al cigarrillo y, a continuación, lo apagué en el cenicero—. Esta mañana he hablado con Felipe y me ha confirmado la asistencia de todas sus chicas. No faltará ninguna.

El rostro de Patricio se iluminó.

—Por fin me follaré a Adriana.

—¿La cubana? —Asintió entusiasmado—. Demasiado culo.

—¡Demasiado culo! —se mofó—. Hijo, ¿es que todavía no sabes las cosas que se le pueden hacer a un culo como ese?

Iba a replicarle con algún comentario soez, pero un par de golpes secos en la puerta interrumpió nuestro diálogo. Bramé un «entra» a quienquiera que estuviera fuera de la biblioteca y, enseguida, Giovanni se aproximó a nosotros.

—¿Has conseguido algo? —indagué justo cuando Giovanni se sentaba al lado de Patricio. Él enmudecido, me entregó un sobre blanco.

—¿Qué es eso? —me preguntó Patricio. Le ignoré y abrí el segundo cajón del escritorio para sacar el abrecartas. Rasgué la solapa del sobre y, sin perder tiempo, extraje el contenido.

—Hazme un breve resumen —le pedí a Giovanni.

—Su nombre es Ángela López y tiene dieciocho años. Te he traído unas cuantas fotografías. —Asentí echándoles una rápida ojeada. Me sorprendió comprobar que era bastante guapa—. Es la mayor de todas sus hermanas —prosiguió él—. A mi parecer, se asemeja mucho a lo que estamos buscando.

—Tienes razón. Lo es. Entonces —tiré las imágenes encima de la mesa para que Patricio pudiera verlas también—, ¿la tienes en el almacén?

Giovanni carraspeó.

—No, no llevé a cabo nada de lo que normalmente hacemos porque su padre quiere deshacerse de ella a cambio de tres mil euros.

—¿Has hablado con él?

—Sí, por teléfono. En esa conversación se excusó diciendo que no puede alimentar a seis bocas. Y también está dispuesto a vender a las menores. El precio es negociable.

—Ofrécele la mitad de lo que pide por la mayor —sentencié—. Ya sabes lo que tienes que hacer si no acepta el trato.

—No estoy de acuerdo —comentó Patricio con una mueca de desagrado en los labios—. Esta muchacha no aguantará ni un día con Kazuma.

—¿Crees que ese es mi puto problema? —espeté mientras recogía las fotografías para guardarlas en el sobre—. No me importa si muere a las pocas horas o dentro de un año. Ahora mismo necesitamos una mujer, y Ángela López es esa persona.

Patricio enderezó los hombros.

—Si no recuerdo mal, ya teníamos a la esclava ideal para Kazuma.

Exhalando con irritación, alcé la voz y ordené:

—Giovanni, ve y haz lo que te he dicho.

—Te llamaré en cuanto todo esté listo —respondió poniéndose de pie. A continuación, nos dejó a solas.

—¿Por qué ese cambio tan brusco?

—No tengo que justificarme ante ti —mascullé a la vez que ponía el sobre en el interior del

segundo cajón.

—¿Es por Amber? ¿Te gusta esa niña? —me preguntó con tono desdeñoso.

Al escucharle eché la cabeza hacia atrás y solté una carcajada.

—Debes de estar bromeando —murmuré con incredulidad—. Lo que me gusta de ella es follarla. Espero que eso responda tu pregunta. —Elevé una ceja cuando no contestó—. Y, por si tienes dudas, me la seguiré tirando siempre que me apetezca. Pero podrás quedártela cuando me aburra de ella.

—No, gracias. Apestará a ti. —Se quedó pensativo por un momento—. Kazuma la matará.

—¿Desde cuándo eres tan sentimental?

—No es sentimentalismo. Esa joven me da lástima.

Enarqué las cejas.

—No te dio lástima ninguna de las anteriores.

—Lo sé, por eso mismo pienso que sería bueno que dejáramos de hacer este tipo de negocios. No nos hace falta, Alessandro. —Me quedé en silencio meditando aquella tentadora posibilidad, pero por desgracia ya era demasiado tarde para abortar la operación.

—Tendré en cuenta tu opinión para la próxima vez.

—Su vida quedará marcada por culpa de su padre. —Me miró de reojo antes de añadir—: Su situación me recuerda mucho a la de alguien.

Apreté la mandíbula.

—Vete, ahora mismo —gruñí en voz baja—. Desaparece de mi vista.

—Lo que tú digas, Alessandro. —Se levantó de la silla y, a continuación, caminó en silencio hacia la puerta.

Una vez que se largó de la habitación, cerré las manos en dos puños apretados en un intento por controlar la ira que emanaba de mí. Patricio sabía a la perfección que hablar de lo que me había sucedido en el pasado era algo que yo no toleraba y, aun así, había dicho demasiado con aquella concisa frase. No entendía por qué Patricio había reaccionado de esa manera por una chiquilla que no conocíamos de nada. Y luego estaba el asunto de Amber... En realidad, en los últimos días, había estado tan ocupado que poco o nada me había acordado de ella. Hasta hacía escasos minutos.

Me recosté en la silla de cuero negro y, a continuación, cerré los ojos para procurar calmarme. No dio resultado. Nada pudo impedir que los recuerdos de mi infancia me nublaran la mente; recuerdos que quería olvidar para siempre; recuerdos que persistían grabados a fuego en mi memoria.

Entré en casa, empapado por la lluvia, sintiéndome feliz de tener el estómago lleno. Después de dos días había tenido mi primera comida y todavía me quedaban unas cuantas monedas, de modo que mañana volvería a comer.

—¡Alessandro! —gritó mi madre.

Al oírla, mis pequeños pies se pararon en seco. Su voz, fría y cruel, aún conseguía ponerme la piel de gallina. A mis siete años de edad no recordaba si alguna vez había sonado diferente.

—Ven aquí —ordenó con las manos en la cintura. Me acerqué con lentitud, sin poder controlar los bruscos temblores de mi cuerpo—. Dame lo que tienes para mí.

Sabía a lo que se refería. Debía entregarle todas las monedas que se hallaban escondidas en mi bolsillo y, así, de esa manera, evitaría sufrir una dolorosa paliza por su parte o, peor aún, por la del hombre que le proporcionaba las drogas. Pero me hervía la sangre tener que hacerlo, ya que era yo quien salía a robar cada mañana, tarde y noche para poder sobrevivir.

—No tengo nada, mamá —mentí.

Sus ojos, de un azul gélido, se oscurecieron. Se dirigió a mí con porte amenazante.

—¿Cómo que no tienes nada, maldito niño?

La primera bofetada resonó en la habitación. La mejilla derecha me ardió con brío. A estas alturas debería estar acostumbrado al dolor, pero, sin embargo, los ojos se me inundaron de lágrimas.

—¡Ni se te ocurra llorar! ¡Los hombres no lloran! —Me cruzó la cara una segunda vez cuando varias gotas gruesas descendieron veloces por mi rostro.

—No soy un hombre. ¡Soy un niño! —grité apesadumbrado.

—¿Cómo te atreves a hablarme así! —bramó zarandeándome con fuerza. Mi cuerpo, débil y escuálido, perdió el equilibrio y cayó sobre la dura superficie de la madera. Las monedas, hasta entonces ocultas, repiquetearon en el suelo—. ¿Qué es esto? —preguntó, aunque ya estaba recogiendo el dinero.

Esta vez no hice nada para detenerla. No serviría de nada. Solo aumentaría su furia.

—¿Sabes qué es lo que les sucede a los niños que mienten y lloran como una jodida niñita? —inquirió con tono mordaz, pero no me dio tiempo a contestar—. No, no lo sabes. Pero lo sabrás si no vuelves a darme todo lo que consigues en las calles.

—Esas monedas eran para la comida —sollocé mirándola con tristeza.

—Eres joven. Puedes estar días sin comer. —Guardó las monedas en el bolsillo de su sucio pantalón—. En cambio, yo tengo necesidades. ¿Qué clase de hijo eres? Mintiendo a la persona que te dio la vida —masculló antes de agarrarme del pelo y alzarme. Grité de dolor—. ¡Cierra la puta boca! Dormirás afuera. Ese será tu castigo. Cuando te conviertas en un hombre de verdad, puede que vuelva a dejarte entrar en mi casa. —Abrió la puerta y, de un brusco empujón, me tiró al exterior.

—Mamá, por favor —le rogué—. Está lloviendo y hace mucho frío.

—¿Crees que me importa? —me preguntó con ironía.

—¡Soy tu hijo! —clamé con impotencia. ¿Por qué me odiaba tanto?

—Eres una mierda, Alessandro. Una basura. Si te mueres de hambre o congelado, me harías un gran favor. —Cerró la puerta de un portazo, abandonándome bajo la lluvia.

Tiritando, miré a mi alrededor. Solo había una persona que podía darme cobijo. Corrí tambaleante hacia la casa de enfrente y presioné el botón del timbre. A los pocos segundos, una anciana de setenta y dos años apareció en el marco de la puerta. La señora Picconi.

—¡Por todos los Santos! —exclamó, horrorizada, al verme—. Pasa, corazón, pasa.

—Gracias, señora Picconi —murmuré arrastrando los pies en el felpudo. A continuación, me detuve en el cálido vestíbulo.

—¿Otra vez esa bruja? —No respondí. Detestaba dar lástima, pero ella aceptó mi silencio—. No te preocupes. Te traeré ropa seca y, luego, te prepararé una leche calentita. —Asentí agradecido. Con una tierna sonrisa, tomó mi rostro entre sus arrugadas manos—. Corazón, no llores.

—No lo hago. —Levanté la barbilla mientras me hacía a mí mismo una promesa silenciosa—. Los hombres no lloran.

Abrí los ojos de golpe y absorbí todo el lujo que me rodeaba; todo lo que había conseguido durante esos años. Aquel día fue la última vez que lloré.

Los días avanzaron con fluidez y a pesar de mi pequeño encontronazo con Patricio, las cosas siguieron estando igual entre nosotros.

Cuarenta y ocho horas antes de Año Nuevo, mi casa fue invadida por las empresas de iluminación y música para dar las últimas pinceladas para la anhelada fiesta, que ya había empezado hacía pocos minutos. Todo estaba saliendo según lo previsto y una vez pasada la medianoche, Matías ejecutaría la última parte del plan. Sin olvidar a Ángela López que, en cuestión de pocas horas, llegaría a Japón para reunirse con su nuevo dueño; Kazuma la esperaba con infinitas ansias.

Con una pequeña sonrisa, caminé hasta la cama para recoger la chaqueta de mi esmoquin negro. Luego repasé mi aspecto en el espejo por última vez, me reajusté la corbata y, a continuación, fui hacia la puerta y cerré con llave. Al bajar por las escaleras oí el ruidoso murmullo de las conversaciones, pero antes de ir con mis invitados necesitaba revisar de nuevo la biblioteca y el estudio. Una vez seguro de que ambas cerraduras estaban bloqueadas, me desplazé hacia el salón abarrotado de clientes. A medida que fui abriéndome paso entre la multitud, estreché mi mano con varias personas y recibí cálidos abrazos de mis socios más fieles.

Miré el entorno que me envolvía; había hombres de negocios compartiendo confidencias con sus esposas; otros besuqueaban con fervor a sus amantes y algunos, simplemente, disfrutaban del banquete. Casi al final de la sala atisbé a Patricio, con una prostituta a cada costado, mientras interactuaba con uno de nuestros socios. Empecé a caminar en su dirección y por el camino, agarré a Irina de la cintura para llevarla conmigo hacia el grupo de hombres.

Durante los siguientes tres cuartos de hora, conversé con varias personas; médicos de renombre, actores, empresarios multimillonarios, etcétera, a la vez que palmeaba el voluptuoso culo de Irina. La ucraniana de diecinueve añitos era toda una experta en la cama y, por eso, todos los hombres ansiaban tener, al menos, una noche con ella.

—Quiero comértela entera —ronroneó cerca de mi oído mientras tocaba mi polla por encima del pantalón.

—Compórtate —la regañé mirando sus ojos de color zafiro—. Follaremos cuando termine con un par de cosas. No seas impaciente.

Irina, no aceptando un «no» por respuesta, se apretó contra mí para besar y lamer mejor mi cuello.

—Puedes ir a cogerla, Alessandro. No creo que nosotros aguantemos aquí por mucho más tiempo. —Se rio Marcelo mirando absorto a su mujer, que estaba demasiado ocupada acariciando a una morena.

—Nosotros nos vamos también —informó Patricio sonriéndole a Adriana y a otra señorita cuyo nombre no recordaba.

—Gracias por la fiesta, Alessandro. Ahora, si me disculpáis, seguiré celebrando en una de tus habitaciones. ¡Feliz año! —Marcelo levantó su copa en un brindis y, a continuación, se alejó presuroso con su mujer y su amante.

—¿Dónde está Giovanni? —pregunté a Patricio, haciendo oídos sordos a los lloriqueos de Irina.

—Está afuera, vigilando —respondió entrecortado al ver a sus dos amigas metiéndose mano entre ellas. Marius era el único de los cuatros que no había acudido a la fiesta, ya que Fiona y las niñas no pertenecían a nuestro mundo oscuro. Y esta noche no sería una excepción—. Hora de celebrar como Dios manda. *Felice anno nuovo, fratello*.

—*Felice anno nuovo*, Patricio. —Me giré para atrapar los labios de Irina con un hambre

voraz—. Creo que tú y yo tenemos un asunto pendiente —murmuré contra su boca. Ella volvió a tocar mi polla de arriba abajo por encima de la tela.

—Fóllame. —Se relamió los labios—. No me hagas esperar más, por favor.

—Vámonos. —La sujeté por el codo, y comenzamos a caminar hacia mi dormitorio.

Abrirse paso entre tanto gentío era de por sí toda una hazaña, pero la cosa empeoraba si cada dos por tres alguien me detenía para saludarme o elogiar la espléndida fiesta que había organizado. Me encontraba escuchando a una pareja de abogados cuando algo llamó mi atención o, mejor dicho, alguien. Una mujer vestida para nada acorde con la situación miraba frenética hacia todos lados. No logré ver su cara, pero sus vaqueros y su suéter azul destacaban a kilómetros.

Abruptamente la desconocida se agachó, como si intentara esconderse, pero a los pocos segundos reapareció y ascendió a una velocidad vertiginosa por las escaleras. Y aunque no pude apreciar su rostro desde aquella distancia, enseguida reconocí ese cuerpo bien formado. «Joder». Había tenido mi puño en esa lisa melena castaña hacía menos de una semana.

Gruñí para mis adentros. Iba a estrangular a Giovanni cuando la celebración terminara.

—Si me disculpan. —Sonreí con evidente tirantez y, a continuación, me alejé del matrimonio. Pero Irina me siguió muy de cerca—. Tú quédate aquí y búscate a otro.

—¿Por qué? Prefiero follar contigo —protestó molesta.

—Te he dicho que te busques a otro. No hagas que te lo repita de nuevo.

Se cruzó de brazos con expresión taciturna. Sin perder más tiempo ignoré a todo el mundo, subí con agilidad las escaleras que daban a la segunda planta y continué avanzando por el largo pasillo. Me detuve un instante cuando la vi, con la cabeza asomada detrás de una puerta.

Exhalé con fuerza y eché a andar con mesura, pero Amber estaba tan centrada en lo suyo que no se percató de mi presencia. Por el recorrido, oí el orgasmo de una mujer y los gruñidos de un hombre; sonidos que provenían del baño de invitados.

Cerró la puerta con mucho cuidado y, a continuación, dio media vuelta. Sorprendida y a la vez asustada, abrió los ojos como platos cuando me halló a escasos centímetros de ella.

—¿Qué coño estás haciendo aquí? —bramé.

Capítulo 7

Amber

Me había vuelto loca. Lo que estaba haciendo era absurdo. Fui consciente de ello en todo momento. Pero hasta que no tuve la casa de color blanco y crema a pocos metros, no me di cuenta de la magnitud de mis acciones.

Apagué el motor del automóvil. ¿Es que acaso había perdido la cordura? Cabía la posibilidad de que así fuera, sobre todo porque hacía seis días desde la última vez que había visto a Alessandro. No entendía el motivo de su repentina desaparición, pero, aun así, visité la cafetería cada mañana en un intento por forzar algún encuentro entre nosotros. No obstante, él nunca acudió a desayunar.

En mis momentos de soledad llamé a Ramírez para darle las últimas novedades, aunque evité hablar de lo que sucedió en la noche de Navidad. Ramírez creía que la velada con Alessandro había sido muy aburrida, según mi versión de los hechos. También hablé con mamá. Con ella me permití ser un poco más honesta, pero no entré demasiado en detalles y cuando su interrogatorio se intensificó y la conversación giró todo el tiempo en torno a mí, opté por acabar con la llamada. Era demasiado bochornoso y humillante tener que admitir que aquella noche con él había sido una de las mejores de mi vida.

Y ahora me hallaba en La Moraleja, observando una mansión de tres plantas saturada de personas. Incluso podía escuchar la música, que provenía de la casa, desde aquella distancia. El muy cabrón estaba dando una fiesta a todo dar mientras que yo había estado muerta del asco en mi apartamento. No sabía qué me hervía más la sangre: si saber que no se había acordado de mí o si yo, en mi mundo multicolor, había creído que todo sería coser y cantar después de que estuviéramos juntos.

Achiqué los ojos y me incliné sobre el volante cuando un hombre, alto y fuerte, apareció en mi campo periférico. No tardé en identificarle. Era Giovanni Romano, uno de los hombres de Alessandro. No tenía idea de qué estaba haciendo, pero intuí que se encontraba vigilando y dando el visto bueno a los invitados que querían entrar o salir del terreno.

Varios minutos más tarde, mientras Giovanni bebía una cerveza a morro y sostenía un cigarrillo entre su dedo índice y pulgar, una mujer se acercó a él. Giovanni negó con la cabeza cuando la joven se puso de puntillas para susurrarle algo en el oído. Ella, no dando todo por perdido, dio un paso hacia atrás y se subió el vestido hasta la cintura. Él clavó los ojos en las

largas piernas de la provocativa muchacha y, de súbito, arrojó la botella y se abalanzó sobre ella para tomar su boca con desesperación. Estuvieron un largo rato besándose hasta que Giovanni la tomó de la mano y desaparecieron en el interior de la propiedad.

Antes de pensármelo dos veces, salí del coche y troté hasta alcanzar la puerta de la entrada. Empujé la verja de hierro para poder pasar y, después, corrí tan rápido como mis piernas fueron capaces hacia la mansión, cuya puerta principal estaba abierta.

Parpadeé asombrada varias veces. La casa por dentro era mucho más espaciosa de lo que parecía por fuera, con techos altos y amplios salones. Las canciones, que se proyectaban por los altavoces, eran casi ininteligibles a causa del constante murmullo de las múltiples conversaciones. Observé mi entorno y, enseguida, vi varias mesas con platos con todo tipo de comida, desde canapés hasta postres de aspecto muy apetecible, distribuidas en cada rincón. Las camareras rellenaban las copas con champán cada pocos segundos.

Intenté visualizar a Alessandro por algún lado, pero no lo hallé; en cambio, reconocí a dos mujeres del club *Style*. *Prostitutas*.

Al ver tanta gente concentrada en la misma sala, me pregunté si quizá podría espiar por los alrededores. Solo necesitaba ubicar un lugar donde no hubiera tanto gentío, ya que en aquel sitio era incapaz de escuchar nada. Examiné cuidadosa cada una de las caras de aquellas personas, vestidas de gala y traje de noche, deseando reconocer a alguien más. Pero, para mi desgracia, mis ojos repararon en una persona con la que no quería toparme de nuevo. A pocos metros de distancia, Carlos se mostraba enfrascado en una animada conversación con un grupo de hombres.

Por instinto me agaché e intenté esconderme. Fue en aquel preciso segundo cuando llegué a la conclusión de que efectivamente estaba loca. Colarme en una fiesta privada era una muy mala idea; colarme en una fiesta llena de mafiosos era un disparate. Debía marcharme de allí, pero la puerta principal estaba demasiado lejos de mi alcance. Nerviosa, hice lo primero que me vino a la mente y empecé a gatear por el suelo hasta llegar a las escaleras.

Tras ascender y encontrarme en la segunda planta, resoplando y respirando con dificultad, comencé a caminar por un largo pasillo. Miré a mi derecha y luego a mi izquierda, para asegurarme de que no había nadie, antes de abrir una puerta. Un majestuoso dormitorio decorado en tonos azules se hallaba ante mí. Continué andando y, a continuación, inspeccioné qué escondía una segunda puerta, que resultó ser otro dormitorio muy similar al primero. La tercera habitación disponía de una pantalla grande de cine, sofás negros, un par de consolas, una mesa de billar, entre otras cosas. En silencio seguí mi camino, pero tras alcanzar la última habitación me detuve en seco al oír escandalosos gemidos.

¿*Estará Alessandro allí dentro?*, me pregunté a mí misma. Apreté los labios en una fina línea, giré el picaporte de la puerta y, a continuación, asomé la cabeza; era un cuarto de baño de exageradas dimensiones. En mi visión periférica vi a una mujer, estirada sobre el lavabo, y a un hombre muy peludo, con el pantalón por los tobillos, detrás de ella.

Suspiré aliviada. No era Alessandro.

Arrugué la nariz y cerré la puerta con cuidado, pero antes de girarme se me erizó el vello de la nuca en señal de alerta. Mi corazón dejó de latir cuando me topé cara a cara con Alessandro, que no parecía nada contento de verme. Todo lo contrario, estaba furioso.

—¿Qué coño estás haciendo aquí? —vociferó.

No reaccioné. Me quedé paralizada por el violento encuentro.

—Yo...

Callé.

—Te he hecho una simple pregunta, Amber —masculló entre dientes, a punto de perder la paciencia.

¿Qué puedo decirle? ¿En qué demonios había estado pensando? Vaya espía de pacotilla, me regañé a mí misma.

—Me cago en la puta. ¿Vas a decirme de una jodida vez qué estás haciendo en mi casa?

—¿Quién es toda esa gente? —solté sin saber cómo responder a sus preguntas.

Sin decir nada más, cerró la mano alrededor de mi brazo y, a continuación, se puso a caminar a grandes zancadas por el pasillo, en dirección opuesta a la que había venido. Tuve que correr para seguirle el ritmo y así evitar caerme en el suelo. Sus dedos me apretaban con ímpetu. Tendría suerte si no me salían moretones.

Subimos otro corto tramo de escaleras, que conducían a la tercera y última planta, avanzamos un par de metros más y nos detuvimos delante de una puerta oscura; sacó de su bolsillo un manojito de llaves, abrió y me empujó adentro; luego, cerró la puerta de una patada antes de encender la luz.

Estábamos en su dormitorio.

—Empecemos de nuevo —dijo iracundo—. ¿Qué haces aquí?

Ante su cinismo me volteé, furiosa y al mismo tiempo con un poco de miedo, para encararlo.

—¿Crees que puedes venir a mi casa, follar conmigo y después dejarme tirada? Eres un cabrón —gruñí con los dientes apretados.

—Si no recuerdo mal, esa noche no te opusiste a nada. Al contrario, me pedías más y más —se burló dando un paso hacia delante—. ¿Cómo sabes dónde vivo?

—Te seguí —respondí con tono petulante—. No me mires así. Te lo advertí durante la cena. Además, tu fiesta es visible a una distancia mayor a cinco kilómetros. No fue difícil localizarte.

—¿Cómo entraste?

—La entrada estaba abierta. —Exhalé con agotamiento—. Mira, solo he venido para hablar. Si hubiera sabido que estabas dando una fiesta, quizás no habría venido. —Suavicé la voz porque no entraba en mis planes discutir. Necesitaba que nos siguiéramos viendo.

—No lo sabías porque no te invité. —Elevó una ceja, desafiándome en silencio a que le contradijera.

Respiré hondo para no patear su bella cara.

—Créeme, me di cuenta de eso. —Quise sonar sarcástica, pero la voz me traicionó.

Se quedó callado por unos segundos.

—Quédate aquí. No tardaré demasiado —dijo antes de irse y cerrar con llave.

Al estar sola de nuevo, examiné sin éxito los techos y las esquinas en busca de alguna cámara. Cabía la posibilidad de que estuvieran escondidas, pero no le di mucha importancia a ese pensamiento. Sin querer desperdiciar más tiempo, me lancé sobre una cómoda de madera clara. Intenté no desordenar nada mientras fisgoneaba entre los cajones, pero solo encontré camisetas, ropa interior y pantalones de deporte. Corrí hacia la mesita de noche y resoplé con indignación al ver una caja de condones casi vacía. Al otro lado de la habitación había dos puertas contiguas, de modo que volví a correr y, a continuación, abrí la primera: era un enorme vestidor lleno de trajes, corbatas, camisas, zapatos y pantalones. Estaba a punto de averiguar qué ocultaba la última puerta cuando distinguí el inconfundible sonido de una llave en la cerradura.

Me apresuré a llegar a la cama y me senté en ella, tratando de controlar los violentos latidos de mi corazón. Alessandro, con una copa de flauta en la mano, cerró la puerta de un puntapié.

—No apoyes tu culo en mi cama —demandó mientras se desplazaba por la habitación hasta

situarse frente a mí. Sonrió con malicia y depositó la copa en la mesita.

Me levanté como un resorte, sin poder controlar mi temperamento.

—Deja de comportarte como un idiota.

—¿Qué tal tu noche de Año Nuevo? —ignoró mi comentario.

—Muy bien —mentí alzando la barbilla de manera desafiante—. Vine aquí después de estar con un hombre que es mucho mejor que tú.

Antes de que pudiera reaccionar, me encontré con la mejilla presionada contra la pared y con Alessandro detrás de mi cuerpo, acorralándome entre sus brazos.

—No me cabrees, Amber. Te aseguro que no te gustará.

—No me digas que te molesta que haya otro mej... —Me quedé muda al sentir su cálida mano acariciando mi espalda; luego, descendió hasta llegar a mis caderas y tiró de mí para que notara su erección contra mis nalgas.

Me mordí el labio inferior para no soltar un gemido.

—¿De verdad crees que encontrarás a alguien mejor que yo? —susurró, amenazante, en mi oído.

—Te lo tienes muy creído. No eres tan bueno como piensas —volví a mentir.

Me dio la vuelta para que estuviéramos cara a cara. Estábamos tan próximos el uno del otro que sentí que me robaba todo el oxígeno y aunque me frustrara reconocerlo, anhelaba que sus manos me tocaran; que me hiciera suya de esa manera tan deliciosa y pasional que solo él sabía hacer. Pero también detestaba que mi cuerpo y mi mente no estuvieran sintonizados y fueran en direcciones totalmente opuestas.

Como si pudiera ver la batalla que se batía en mi fuero interno, esbozó una sonrisa arrogante.

—Tú haces que me lo crea —murmuró antes de besarme.

Cabreada, aparté mi rostro del suyo.

—Hueles y sabes a puta. —Hice una mueca.

—¿Por qué será? —preguntó con sorna. A continuación, cogió la copa, dio un trago sin dejar de mirarme a los ojos y después la tiró encima de la mesa. Tomó ambos lados de mi cara entre sus dedos—. Abre la boca. Ahora.

No quería darle el gusto, pero su impetuoso agarre me estaba haciendo daño. Apenas separé un poco los labios, su lengua se adentró en mi cavidad y poseyó cada rincón con ansias. Yo, en cambio, intenté contenerme, pero no pude evitar gemir al sentir el continuo roce de su exigente lengua. Y solté otro gemido, más sonoro que el anterior, cuando sus crueles dedos pellizcaron mis pezones por encima del jersey. Las manos de Alessandro estaban firmes en mis senos y a pesar de que nuestras prendas ejercían de barrera entre nosotros, mi piel ardía de deseo. Mi cuerpo ansiaba continuar con lo que habíamos empezado. Mi subconsciente me gritaba que debía alejarme de él.

Mis sentimientos por Alessandro eran una mezcla de odio y lujuria.

—¿Quieres que esté dentro de ti? ¿Clavado en tu interior? —preguntó contra mis labios. Era imposible rechazar sus proposiciones indecentes cuando hablaba con aquel timbre de voz tan sensual.

—Sí —respondí jadeante.

El corazón me martilleaba fuerte en el pecho, y una sensación de hormigueo revoloteaba en mi estómago por la anticipación. En aquel exacto momento supe que, si no tenía cuidado, él podría hacerme perder todo rastro de sensatez.

Sin poder reprimir el primitivo impulso que me invadió, agarré la chaqueta de su traje negro

y lo atraje hacia mí para que nuestras bocas colisionaran de nuevo. Nuestros besos no eran tiernos, sino rudos y feroces. El aire que fluía alrededor de nosotros estaba cargado de tensión sexual, y mentiría si no admitiera que me moría de ganas por someterme a él, a su manera bruta de poseerme.

Dio un paso hacia atrás y agarró el dobladillo de mi suéter para sacármelo por la cabeza. Yo, con dedos temblorosos, me desabroché el sujetador. Los pezones se me endurecieron con un sutil roce de sus manos, y no pude evitar arquear la espalda cuando succionó con fuerza uno de ellos. Abrumada por un sinfín de placenteras sensaciones, entreabrí los labios para poder respirar mejor, ya que el aire que se infiltraba por mi nariz no era suficiente.

Continuó lamiendo y chupando cada uno de mis pechos, alternativamente, mientras yo tenía las manos fijas en su cabello. Estaba muy excitada, dispuesta a recibir todo lo que él me daba. Ningún hombre había conseguido hacerme sentir cosas tan intensas; incluso por breves momentos olvidaba todas mis preocupaciones.

Tras depositar un pequeño beso en ambos pechos, Alessandro se irguió.

—Desnúdate —ordenó con fiereza. Le obedecí de inmediato.

Una vez que estuve desnuda ante él, deslizó la palma de su mano entre mis piernas y la mantuvo quieta sobre mi mojado sexo. Respirando con afán, apoyé las manos en la pared y, a continuación, me froté contra su palma bajo la fogosidad que reflejaba su mirada. Me volvía loca la forma en que me estudiaba; en cómo su tórax ascendía y descendía por cada agitada respiración. Aquellas reacciones en él me hacían sentir sensual y poderosa.

Metió un dedo y luego otro en mi interior, pero no los movió. Le lancé una mirada cargada de desconcierto a la vez que intentaba moverme para aumentar la fricción. Me sujetó con firmeza por la cintura.

—¿Ese hombre hizo que te sintieras así? —indagó con la voz ronca.

—Ese hombre... —gemí ruidosamente cuando sacó sus dedos con brusquedad y los empujó dentro de mí otra vez —. Hizo que me sintiera mucho mejor —mentí haciendo caso omiso del gruñido que emergió de su garganta.

Podría haberle dicho que no había habido ningún otro hombre, pero quería que creyera lo contrario porque en el fondo intuía que él había estado con otras mujeres durante esos seis días de ausencia.

Con un movimiento precipitado apartó su mano, se arrodilló y, a continuación, me separó las piernas; con experta destreza lamió mi vagina de arriba abajo antes de succionar mi clítoris con ímpetu.

Gritando palabras incoherentes y temblando por la increíble sensación que circulaba por mi cuerpo, me corrí en su boca a los pocos segundos.

—Eres una mentirosa —susurró contra mi piel. Luego, se puso de pie y me besó para que probara mi propio sabor.

—Fóllame... —le supliqué sin una pizca de vergüenza.

—En el cajón de la mesita de noche. Corre y ve a por un condón.

Fingiendo que no sabía que la caja de condones se encontraba ahí, caminé hacia la mesa y saqué uno mientras él se desabrochaba el pantalón y tiraba la chaqueta a un lado. Le entregué el paquetito de plástico, pero él negó con la cabeza.

—Colócamelo tú —exigió al mismo tiempo que se tocaba. Humedeciéndome los labios, abrí el envoltorio con los dientes y rodé el condón por su grueso y palpitante pene—. Estírate y apoya las manos en la pared.

—¿No te quitas el resto de la ropa? —pregunté situándome en la posición que él quería.

—Esto es un polvo rápido, Amber. Eso es, joder... —gruñó al penetrarme—. Así... Quédate así.

Alessandro se deslizaba y encajaba a la perfección en mi interior. A partir de aquel momento me convertí en una fan incondicional de echar polvos rápidos. Finas gotas de sudor empezaron a descender por mi espalda mientras él continuaba embistiéndome sin compasión, logrando que un agradable calor se extendiera por mi sensible clítoris. Estaba segura de que si tocaba ese pequeño bulto concentrado de nervios vería las estrellas y estallaría en mil pedazos.

Sintiéndome como si volara en una nube, fui a la búsqueda de sus duras y profundas estocadas, empalándome a mí misma gracias al soporte que ejercían mis manos en la pared.

Al darse cuenta de mis frenéticos movimientos, se quedó quieto para observarme. Ladeé la cabeza para mirarlo a los ojos y le incité en silencio a que continuara.

Exhaló el aire de manera exagerada y enterró los dedos de su mano izquierda en mis caderas; con la otra me inmovilizó por el hombro antes de volver a penetrarme con más fuerza.

—Amber... —dijo mi nombre con un gruñido ronco. De repente aprisionó mis manos para apretarme por completo contra la pared y, a continuación, incrementó tanto el ritmo de sus embestidas que pensé que me partiría en dos.

—Por favor, no pares —rogué echando la cabeza hacia atrás—. No pares, Alessandro, por favor. —Mi voz no fue más que un delgado lloriqueo.

Sus hábiles dedos encontraron mi anhelante clítoris y, masajeándolo, murmuró con vehemencia:

—Córrete conmigo, Amber.

No tuvo que pedírmelo una segunda vez. Sin poder aguantar ni un segundo más, exploté en un gran orgasmo al mismo tiempo que Alessandro. Las paredes de mi vagina se contrajeron con violencia, y sus empujes se tornaron cada vez más lentos, hasta absorber cualquier resto de nuestro placer.

Apoyó la frente en mi pelo mientras yo temblaba y trataba de tranquilizarme. Pero aquel momento duró muy poco. Abrí los ojos, volviendo a la realidad, cuando se salió de mi interior y se alejó tras recuperar la calma. Al girarme comprobé que él ya estaba abrochándose el cinturón; en cambio, yo seguía experimentando pequeñas sacudidas entre mis muslos, pero, sin embargo, empecé a recoger mi ropa y me vestí.

—Es hora de que te vayas —comentó con frialdad.

Quise matarlo cuando me dijo eso. Hacía escasos cinco minutos habíamos estado compartiendo algo íntimo, y, de repente, me echaba como si nada. Fruncí el ceño, molesta, aunque no sabría decir por qué aquello me extrañó tanto. Al fin y al cabo, lo que teníamos no era más que sexo; sexo delicioso, celestial y muy adictivo.

—Como quieras —repliqué en tono monótono.

—Puedo llevarte a tu casa.

—Eres todo un caballero —ironicé mientras me ataba las zapatillas—, pero no hace falta. He venido en mi coche.

—Te acompaño. —Esbozó una sonrisa arrogante—. Todavía tengo invitados que atender.

En absoluto silencio descendimos por las escaleras hasta la planta principal, ya no tan llena de gente como antes, y caminamos en dirección a la enorme puerta de hierro. Giovanni, mostrándose pensativo, estaba apoyado contra ella, con los brazos y los tobillos cruzados, pero tan pronto como nos acercamos a él, levantó la mirada y agrandó los ojos con asombro.

Alessandro pasó por su lado con expresión taciturna, pero no le dirigió la palabra.

—¿Dónde está tu coche? —me preguntó.

—Allí... —Señalé la acera opuesta y, luego, me giré para decirle—: Buenas noches.

—¿Tienes algo que hacer mañana por la tarde?

Lo miré atónita.

—No.

—Iré a tu casa a las 20:00 horas —me informó.

Me tragué mi orgullo, y contesté:

—Hasta mañana. —Me metí en el automóvil y conduje hacia el apartamento, sintiendo una extraña sensación en mi pecho.

Lo cierto era que no quería volver a verle, pero, aun así, intenté ver la chocante situación desde un enfoque positivo: mañana quedaría con él y, además, había tenido dos orgasmos. Al final, la noche no había sido tan mala después de todo.

—¿Lista? —inquirió apenas entré en el automóvil.

Pestañee varias veces, maravillada por la comodidad de los asientos y por los programas de última generación instalados en su coche. Pero lo más sorprendente fue ver a Alessandro vestido con un jersey color azul, una chaqueta negra de piel, vaqueros oscuros y botas negras.

Fui incapaz de decidir qué le quedaba mejor: si los trajes de tres piezas o la ropa informal.

—Sí —contesté unos segundos más tarde de lo que debería—. Tienes un coche muy bonito. ¿Qué modelo es?

—Un Porsche Boxster Spyder —respondió incorporándose al tráfico.

La conversación murió ahí, y durante varios minutos permanecimos enmudecidos. Me irritaban sus bruscos y frecuentes cambios de humor, aunque lo peor de todo era soportarlos. A veces se comportaba como una persona casi normal, pero en otras ocasiones dejaba mucho que desear.

Lo único que yo esperaba de esa noche en concreto era que no fuera tan agrí dulce como la anterior.

—¿Adónde me llevas?

—A cenar al Charlotte. —Al ver mi expresión confusa, agregó—: Mi restaurante.

Pocos minutos más tarde Alessandro aparcó el coche en la zona de *parking* privado. Estaba lloviendo a cántaros, así que tuvimos que correr hasta la entrada del local. Lo primero que percibí apenas entré fue una densa nube de humo, que se alzaba sobre nosotros, pero poco a poco se disipó y pude ver con claridad una gran barra de madera, un gigantesco mueble lleno de botellas de vinos y bebidas alcohólicas y varias copas de cristal que colgaban desde una estantería.

Para mi sorpresa, había bastante gente a pesar de la intensa lluvia que había caído desde la madrugada. La mayoría eran hombres, que fumaban y bebían como si no hubiera mañana.

—Mariano —saludó Alessandro.

Un hombre de unos sesenta años levantó la copa que estaba limpiando a modo de saludo. Detrás de la barra, un muchacho mucho más joven servía tapas y tragos a la vez que se movía de una esquina a otra, siempre con una sonrisa en los labios.

—Señor —respondieron al unísono.

Nosotros continuamos caminando hasta el final de la sala, donde dos puertas con cristales

arenados se encontraban abiertas y dejaban entrever la lujosa entrada del restaurante. Miré atónita la belleza de la sala, pero la presencia de una mujer hizo que pusiera mi atención en ella.

Su nombre era Mónica, según decía la pequeña placa blanca que llevaba adherida a la tela de la camisa.

—Buenas noches —nos saludó, sonriente, y cogió dos cartas antes de dirigirse a Alessandro—: Señor, su mesa está preparada.

Él asintió y permitió que la camarera nos guiara. Nuestra mesa estaba apartada de las demás gracias a un separador de ambientes, que creaba una calma ideal para mantener una conversación sin tener que gritar.

Nos sentamos uno frente al otro y recibimos la carta que Mónica nos entregó.

—¿Tomarán vino? —preguntó ella mientras sacaba una pequeña tableta del bolsillo de su pantalón negro.

—No, estoy conduciendo —respondió Alessandro—. Amber, ¿te apetece vino?

—Prefiero agua, gracias.

—Agua para los dos.

—Les dejaré algo de tiempo para que decidan sus pedidos —dijo Mónica y, luego, se retiró.

Por algún motivo, que fui incapaz de comprender, sentía que aquel encuentro era diferente a los pocos que habíamos tenido y aquello hizo que estuviera más nerviosa de lo normal.

Lo miré con cierta inquietud, pero su mirada no reflejaba nada. Y si lo hacía, no logré descifrarlo.

—Este sitio es maravilloso —murmuré para romper el hielo.

—Sí, lo es. —Calló por un momento—. Estaba prácticamente en ruinas cuando lo compré. —Eché una ojeada a su alrededor—. La verdad es que desconfiaba bastante de que quedara como yo quería.

—¿Te lo imaginabas así?

—No, esto superó con creces mis expectativas. —Sonrió con calidez—. Escoge lo que quieras de la carta.

Alessandro pidió espaguetis a la puttanesca, además de una ensalada de aguacate, pepino y jamón para compartir; yo, un plato de lasaña de espinacas y ricotta. El chef y jefe de cocina era italiano, así que la pasta era la especialidad de la casa.

La comida no tardó en llegar a nuestra mesa.

—Humm... —suspiré al saborear el primer bocado—. ¡Esto está muy rico!

—Si Piero te oyera decir lo contrario, creo que tendrías un problema.

Fruncí el ceño.

—¿Quién es Piero?

—El chef. Le conocí hace siete años, en Italia, cuando el dueño del restaurante donde trabajaba quebró y tuvo que cerrar. —Asentí sorprendida de que estuviera tan hablador.

—Ojalá trabajara para mí.

—Puedes venir cuando te apetezca.

—No podría permitírmelo, a menos que me quede limpiando los platos durante toda una semana a modo de pago —comenté con diversión.

—Puedes pagarme de otra forma —sugirió alzando una ceja.

—Ayer me echaste de tu casa —le recordé—. Solo te faltó darme una patada en el culo.

—Tengo mejores planes para tu culo. —Se esforzó por no sonreír, aunque estaba fracasando.

—Eres un grosero... —fingí estar escandalizada.

—Come. No quiero que pierdas esas curvas que tienes.

—¿Acabas de llamarme gorda?

—Dije curvas, Amber. Si quisiera llamarte gorda, créeme que lo haría sin ningún problema.

Sin decir más, corté un pedazo de lasaña y clavé con fuerza el tenedor en la pasta. Quise pretender que estaba enfadada, pero cuando Alessandro comenzó a reír con ganas, no pude evitar hacer lo mismo. En aquel segundo deseé que riera más a menudo.

Terminamos la comida en un agradable silencio.

—¿No hay suerte con el trabajo? —inquirió tras pedir el postre.

—No, no he logrado encontrar ningún puesto de secretaria.

—Podrías trabajar en otra cosa.

—No sé hacer nada más.

—Eso no significa que no puedas ejercer otra profesión —repuso como si no me entendiera.

—No es así de sencillo. No todos podemos darnos el lujo de elegir. —Aparté la mirada por un breve momento. No me gustaba tener ese tipo de conversación porque me hacía recordar que mi sueño nunca fue trabajar como secretaria, sino como traductora profesional en lengua francesa.

—Todos tenemos el poder de elegir —declaró con seriedad—. ¿Por qué tú no?

Exhalé con impaciencia.

—Al terminar la carrera, el único sueldo que entraba en mi casa era el de mi madre, de modo que comencé a trabajar en lo primero que pude, ya que mi herm... —Enmudecí de golpe; mi cara palideció al darme cuenta de la palabra que estuve a punto de pronunciar. Elevó una ceja ante mi repentino silencio—... Mi tía Herminia enfermó y mi madre la ayudó a pagar varios de los medicamentos y tratamientos médicos. Un segundo sueldo fue un alivio para la economía de mi familia.

Casi suspiré cuando conseguí terminar con mi mentira. Había estado a punto de cometer un error fatal. Un descuido como aquel y todo se iría a la mierda.

Alessandro se quedó pensativo. Su prolongado silencio estaba matándome. Agarré el vaso de agua y, a continuación, tomé un sorbo para aliviar la sequedad en mi garganta. Él, en cambio, permaneció callado mientras me estudiaba como si yo fuera una especie de animal exótico.

—Te comprendo —finalmente dijo—. Solo digo que no deberías encasillarte en una única profesión.

Asentí con la cabeza por temor a que, si abría la boca, un sollozo de alivio me delatará. La camarera regresó con nuestros postres: tarta de queso.

—¿Cuántas parejas has tenido? —indagó al cabo de unos minutos.

—Dos. ¿Y tú?

—Ninguna. No tengo tiempo ni ganas de tener una relación. —Su respuesta no me pilló por sorpresa. Aún recordaba las palabras exactas de Ramírez. «Alessandro es un mujeriego empedernido», me había dicho.

—Entonces ¿solo tienes amigas?

—No, tampoco son amigas. —Se acarició distraído la barbilla—. Dejémoslo en... conocidas.

—No me consideras tu amiga. —Intenté no parecer ofendida porque en realidad no tenía ningún derecho de estarlo.

—¿Me consideras tu amigo, Amber? —me preguntó con cautela.

—No lo sé. Apenas te conozco.

—Touché.

—Pero podríamos conocernos —sugerí colocando los cubiertos sobre el plato.

—En mi humilde opinión, creo que por ahora eso lo estamos haciendo bastante bien. — Sonrió mientras me miraba de arriba abajo. Sacudí la cabeza. Alessandro no conocía la palabra «vergüenza».

Después de terminar con el postre, bebimos un chupito de manzana sin alcohol y nos pusimos de pie para irnos. Estábamos atravesando la zona del bar cuando vi a Patricio y a Marius Messina, otro amigo de Alessandro, sentados en unos taburetes. Al vernos avanzar hacia ellos, se levantaron de sus asientos y dejaron sus tragos en la barra.

—Buenas noches —murmuraron todos—. Marius, ella es Amber —dijo Alessandro.

Marius sonrió y me dio un beso en cada mejilla. Patricio ladeó la cabeza y torció la boca en una mueca poco disimulada. Parecía que no le agradaba mi presencia, pero sobre todo que estuviera con Alessandro.

—Encantada.

Marius se mostró simpático conmigo y, en un momento dado, comentó algo en italiano mientras me estudiaba con diversión. Alessandro asintió, como si estuviera de acuerdo con él. Intrigada, lo miré de reajo y esperé a que tradujera o aclarara lo que fuera que había dicho su amigo, pero optó por ignorarme.

—Nosotros nos vamos ya —les informó Alessandro.

Me despedí de los dos, aunque solo Marius respondió, y después salimos del increíble restaurante Charlotte. La carretera se encontraba bastante despejada, así que no tardamos en llegar al edificio.

Aparcó a un lado de la acera, pero no quitó la llave de contacto. Arrugué el entrecejo y me giré en el asiento para mirarlo.

—¿No vas a subir? —le pregunté con suavidad.

—No, tengo cosas que hacer.

Al oír su respuesta me sentí un poco decepcionada. Excepto por mi casi metedura de pata, la cena había ido mucho mejor de lo que había imaginado.

—¿Volveré a verte o vas a ignorarme durante días otra vez? —La expresión en su rostro no cambió. Sus ojos no revelaron nada.

—Dame tu número de móvil. —Se lo di, y él hizo una llamada perdida—. Te llamaré cuando no esté ocupado.

—¿Y si te llamo yo?

—Puede que no te conteste. —Asentí con la cabeza. No iba a suplicar.

—Gracias por la cena. Buenas noches, Alessandro.

—Buenas noches, Amber.

Abrí la puerta del pasajero y, a continuación, salí del coche. Una vez que estuve dentro del portal, él se reincorporó a la carretera. Sintiendo una inusual sensación de vacío, subí al apartamento y luego me dejé caer en el duro sofá.

Fue en aquel momento cuando me di cuenta de que durante toda la noche ni siquiera nos habíamos besado.

Al día siguiente era temprano por la mañana cuando llamé al agente Ramírez, aunque no mucho tiempo después deseé no haberlo hecho.

—Amber, ahora no es un buen momento para hablar. —Sonó molesto.

—Coincidí con algunos clientes de Alessandro en una fiesta —hablé a toda velocidad por miedo a que me colgara.

—¿Cuándo? —Conseguí atraer su atención.

—En la noche de Año Nuevo, Alessandro organizó una fiesta en su casa y, allí, reconocí a dos mujeres que trabajan en el club Style.

—¿Se encontraba Alessandro ahí?

—Sí..., te he dicho que era su fiesta.

—Joder, espera un momento... —Oí el sonido de unas pisadas, seguido de una puerta al cerrarse—. Amber, entre las 01:00 y las 03:00 horas de esa noche ¿viste a ese cabrón?

—Sí, estuve en su casa —repetí por enésima vez.

—¿Estás segura?

—¡Te he dicho que sí! —exclamé exasperada—. Estuve con él..., estuvimos juntos. —Sentí un suave rubor extenderse por mis mejillas al recordar la erótica escena en el dormitorio. Me aclaré la garganta, y continué hablando—: Después me marché y él se quedó atendiendo a sus invitados. Ramírez, ¿por qué me preguntas todo esto?

Agotado, suspiró.

—Han aparecido dos cadáveres. Dos hombres menores de treinta años, que siguen el mismo patrón que tu hermano y los demás. Muchachos sin experiencia, tan necesitados de dinero que ejercían de camellos. Te puedes hacer una idea de para quién trabajaban.

—Entonces detenle si tienes pruebas contra él. ¿Por qué no podéis hacer nada? Sabéis con exactitud a lo que se dedica y, sin embargo, sigue en la calle.

—Ya no podremos hacer nada al respecto porque tiene una buena coartada.

—¿Cuál?

—Tú, Amber —dijo frustrado—. Tú eres su coartada durante esas horas.

Capítulo 8

Amber

Cada vez que veía a Alessandro me preguntaba a mí misma si estaba conmigo porque de verdad le apetecía, o porque acababa de matar a alguien y se estaba asegurando de que nadie sospechara de él.

Habían pasado tres semanas desde aquella conversación telefónica con el agente Ramírez y, sin embargo, mi relación con Alessandro seguía siendo carnal. Cuando venía a buscarme al apartamento, muchas veces sin avisar con antelación, era para mantener relaciones sexuales. Nunca hablábamos demasiado y, además, solía desaparecer durante días, según él, por asuntos de trabajo.

Pero, para ser sincera, prefería estar con él que estar sola; sobre todo por las noches. Me costaba conciliar el sueño debido a las constantes pesadillas y, también, a causa de pensar todo el tiempo en la información que Ramírez me había confiado acerca de los dos hombres que habían hallado muertos.

Los dos jóvenes estaban metidos en el círculo de Alessandro, pero ninguno de los dos había sido castigado ni ejecutado con saña. El asesinato fue rápido y limpio. En cambio los asesinatos anteriores habían sido mucho más crueles y violentos; algunas víctimas eran decapitadas, a otros les faltaban ciertas extremidades en el cuerpo y, a veces, presentaban signos de torturas, largas y dolorosas, antes de ser disparados en la cabeza.

La policía descartó a Giovanni Romano y a Marius Messina como principales sospechosos del crimen, ya que el modus operandi de ambos era bastante más sanguinario y ninguno de los cadáveres presentaba nada de lo mencionado. Así que quedaban Patricio y Alessandro como presuntos autores del delito, pero aquella teoría perdió toda su fuerza y credibilidad cuando más de doscientos testigos podrían demostrar que los dos estuvieron celebrando con ellos la llegada del Año Nuevo. Además, las empresas de decoración, catering e iluminación, que Alessandro había contratado para la fiesta, también podían testificar a favor de Patricio y de él.

Y por último estaba yo, la prueba perfecta de que Alessandro no había matado a nadie porque estuvo divirtiéndose conmigo durante esas horas claves. Por lo tanto, otra vez nos encontrábamos como al principio: con millones de dudas y ninguna prueba convincente.

A pesar del tiempo que llevaba infiltrada en aquel mundo turbio, aún me costaba creer que mi maratón a contrarreloj había comenzado hacía casi dos meses; siete largas semanas desde que David permanecía encerrado entre rejas. Pero lo peor de todo era la lenta percepción que sentía

del tiempo. Los segundos parecían horas y las horas, días. Las únicas veces que las agujas del reloj daban la impresión de avanzar más deprisa era cuando estaba con Alessandro, mi peor y mayor enemigo.

La soledad era en definitiva una mierda y aunque nunca había sido una persona demasiado sociable, echaba en falta tener a alguien con quien estar y conversar. Había llegado al extremo de mirar cada cierto tiempo el reloj y contar los minutos para su llegada. A su lado todo se sentía más llevadero. Y aquella noche en pleno invierno era una de esas muchas ocasiones.

En la mañana había recibido un corto pero específico mensaje de texto de Alessandro, que decía: «**Pasaré a buscarte a las 23:30**». Así que ahí estaba yo, esperando dentro del portal sin siquiera saber adónde íbamos a ir. Había imaginado que me llevaría a su restaurante, aunque era un poco tarde para cenar, o quizás a su casa. Pero lo dudaba mucho, ya que no había vuelto a pisar la mansión desde nuestra velada en Año Nuevo. Era evidente que todavía no confiaba en mí.

Miré el reloj otra vez; las 23:29 horas. El corazón me dio un brinco cuando vi su coche aparcar a un lado de la acera. Me apresuré a salir y, a continuación, me senté en el asiento del copiloto.

Cerré los ojos un instante al inhalar el aroma a tabaco y a su embriagadora fragancia masculina; un olor ya familiar para mis sentidos.

—Hola —lo saludé demasiado entusiasmada para mi gusto.

—Estás muy risueña —murmuró sin mirarme.

—Me apetecía verte —respondí con sinceridad—. ¿Adónde vamos?

—A relajarnos y a divertirnos un poco.

Continuó conduciendo durante varios minutos mientras yo miraba en silencio por la ventana. Las luces de las farolas y de la ciudad centelleaban con viveza, lo que le daba un efecto hipnótico a Madrid. La energía que transmitía el paisaje hizo que las calles de Barcelona vinieran a mi mente. No pude evitar pensar en mi hogar, en lo mucho que extrañaba el pequeño piso donde vivía con mi familia, pero cualquier resquicio de nostalgia se esfumó cuando Alessandro se aventuró a entrar en el *parking* privado.

—¿Qué es este lugar? —le pregunté en voz baja, intentando que no me temblara la voz.

—Es un club con buen ambiente. Vamos, te gustará —dijo apremiante. A continuación, salió del automóvil. Y yo hice lo propio.

Mi desasosiego aumentó de manera considerable con cada paso que daba hacia el club Style. Alessandro caminaba con envidiable tranquilidad mientras que yo no paraba de tiritar, aunque no sabría decir con seguridad si era a causa de la ligera brisa que azotaba la noche o por los nervios.

Sin poder dominar mis pies por más tiempo, me detuve en seco, lo que provocó que él también dejara de andar. Me observó curioso.

—Creo que sería más conveniente que te esperara en el coche —murmuré trémula.

Extrañado, arqueó una ceja ante mi sugerencia.

—¿Por qué?

—Mira cómo voy vestida —dije haciendo movimientos bruscos con la mano para señalar mi suéter grueso color negro, la cazadora vaquera, pantalones color caqui y botines planos.

Como si acabara de verme por primera vez en toda la noche, me estudió con detenimiento mientras una sonrisita curvaba sus labios. Y aunque intentó mantenerse serio, no tuvo mucho éxito.

Dirigió de nuevo su mirada a la mía.

—No te preocupes, te dejarán entrar. Estás conmigo.

No esperó una respuesta de mi parte; en cambio, me tomó de la mano y tiró de mí con fuerza. No tuve escapatoria. Miré hacia el suelo cuando pasamos por el lado del portero, que nos permitió la entrada sin que tuviéramos que identificarnos. Descendimos con calma por las escaleras hasta encontrarnos en la sala dorada.

Mientras cruzábamos la opulenta habitación, advertí que varios grupos de mujeres cuchicheaban entre ellas y algunos hombres se reían a carcajadas, como si les pareciera gracioso que alguien como Alessandro estuviera conmigo. Sintíendome fuera de lugar, lo miré con cautela, creyendo que quizá se habría arrepentido de haberme traído con él. Pero Alessandro no prestaba atención a nadie.

Todavía con nuestros dedos entrelazados, fuimos hacia la barra del bar y, luego, me indicó que me sentara en un taburete. Él permaneció de pie.

—Tengo que hablar con un amigo. No tardaré mucho —dijo antes de depositar un beso en la punta de mi nariz; un gesto demasiado tierno para venir de él. Lo cierto era que no quería que se comportara de ese modo conmigo, porque me hacía sentir culpable; como si de verdad le estuviera traicionando.

Lo observé caminar con confianza y sensualidad hacia el otro lado de la sala, ignorando a las decenas de mujeres que se giraban sonrientes en su dirección; un efecto que parecía poseer en todas. Suspiré como ellas cuando la atlética figura de Alessandro fue un leve recuerdo y, a continuación, ordené un Martini con dos aceitunas. Al cabo de varios minutos, pedí un segundo trago al notar que empezaba a demorarse más de lo previsto.

Me encontraba bebiendo a pequeños sorbos de mi copa cuando un intenso escalofrío recorrió cada centímetro de mi cuerpo; se me erizó el vello como si pudiera sentir su imponente presencia. Giré el taburete con rapidez y, de inmediato, divisé a Alessandro. Pero no venía solo. Iba acompañado de otro hombre. De Felipe.

La cabeza me dio vueltas al pensar que podría ser descubierta, pero no había tiempo para tener miedo. Debía actuar rápido. Me bajé de la silla con cierta dificultad y por poco corrí hacia el baño. Estaba a escasos metros de alcanzar mi objetivo cuando una mano sujetó mi brazo.

—¿A dónde vas?

Al oír la pregunta, di media vuelta con una sonrisa bien simulada. Era curioso como fingir y mentir me salía de forma tan natural como decir la verdad.

—Al baño. Me daré prisa. —Alessandro, conforme con mi respuesta, dejó que me marchara.

Respiré hondo repetidas veces mientras abría el grifo para mojar mi cara, azorada, con agua helada; luego, arranqué un trozo de papel higiénico para secarme las manos y las mejillas. Con una creciente inquietud asaltándome sin compasión, contemplé mi reflejo en el espejo que cubría toda la pared. Tenía el rostro pálido, apenas con maquillaje, y mi larga melena castaña estaba atada en una trenza. Mi aspecto era muy distinto a las dos ocasiones que había visitado el club Style. Quizás Felipe sería incapaz de reconocerme y podría pasar desapercibida durante el resto de la noche.

Con aquel pensamiento positivo en mi mente, hice acopio de valor, respiré profundo una última vez y salí de mi escondite.

Alessandro y Felipe conversaban de manera animosa al tiempo que sostenían un vaso de cristal, cuyo contenido a simple vista no parecía ser alcohol.

—Ya estoy aquí —murmuré con suavidad, situándome cerca de Alessandro como si fuera a

protegerme. Aquello se hallaba muy lejos de la realidad. Él era la única persona que realmente podía llegar a matarme.

—Felipe, te presento a Amber. —Los ojos de Felipe chispearon con malicia al verme, pero su lenguaje corporal cambió tras escuchar mi nombre.

—Mucho gusto. —Le sonreí con fingida calma, aunque en realidad estaba a punto de morir por un ataque de ansiedad.

—Amber... —pronunció él con aire pensativo—. Ese nombre me suena... —reflexionó en voz alta, con la mirada clavada en la mía—. Puede que nos hayamos visto antes.

Por el rabillo del ojo vi que Alessandro me estudiaba con detenimiento, pero decidí ignorarle y traté que mi respuesta sonara jovial.

—No lo creo. El portero no habría permitido mi entrada si no fuese por Alessandro. — Señalé mi vestimenta con un gesto divertido.

Felipe soltó una pequeña carcajada.

—Oh, preciosa, no es nada personal. Mi club —dibujó un círculo con su mano para abarcar todo lo que nos rodeaba— es muy selectivo. Lo siento, supongo que te he confundido con otra persona. Encantado de conocerte, Amber.

Después de algunos minutos, Felipe se retiró. Agradecí que, durante el tiempo que estuvo con nosotros, no mencionara de nuevo que tal vez hubiéramos coincidido en otro lugar. Pero a pesar de que no había ocurrido ningún percance, yo seguía tensa de pies a cabeza. Debía calmarme, lo sabía, pero situaciones como aquellas me superaban.

Me encontraba bebiendo mi cuarto Martini cuando Alessandro apartó la copa de mis manos.

—¿Qué estás haciendo? —le pregunté con voz gruñona.

—Bailemos. —Alzó el vaso para que yo no lo alcanzara y, después, se lo entregó a la camarera, quien le guiñó un ojo con coquetería. Él le sonrió.

Indignada, le di un golpe en el brazo para que volcara su atención en mí. Me miró ceñudo.

—¿Bailar? —Apoyé mis manos encima de sus muslos y me incliné hacia delante hasta que nuestras narices se rozaron—. No.

—Sí, niña —contraatacó—. Te traje aquí para que nos divirtiéramos. No para ver cómo te emborrachas como si tuvieras quince años.

Como si realmente tuviera quince años, me bajó del taburete y me arrastró hasta la pista de baile.

—No sé bailar —mentí mirando nerviosa a mi alrededor. Me horroricé al comprobar que todos nos estaban observando con muecas burlescas en sus rostros.

—Eso no es verdad. —Torció los labios en una media sonrisa y, a continuación, susurró en mi oído—. Te mueves muy bien cuando cabalgas en mi polla.

Ahugué un jadeo.

—¡Eres un grosero! —Le propiné un empujón juguetón en el pecho, pero él fue más rápido que yo. Apresó mi mano con la suya y me hizo girar sobre mí misma mientras se reía como un niño travieso, con la música de fondo envolviéndonos como un velo.

En mi estado de semiembriaguez, tropecé y perdí el equilibrio, pero Alessandro me sujetó por la cintura y me estrechó contra él. En aquel momento, que le tuve tan próximo a mí, me negué a pensar en nada que no fuera en nosotros. Inhalé hondo para impregnarme de su fragancia, a la vez que descansaba mi frente sobre su pecho. Los ojos se me cerraron al sentir su calor infiltrándose bajo mi piel.

No pude negarme a mí misma que un instante como aquel era cien veces mejor que el alcohol.

—Me gusta cuando te relajas en mis brazos —murmuró contra mi pelo.

—Tienes ese raro efecto en mí —admití—. Y esto es lo más cerca que hemos estado de abrazarnos.

Las muestras de cariño no formaban parte de nuestra relación. Tras unos segundos en silencio, musitó con sinceridad:

—No es algo a lo que esté acostumbrado. —Su voz fue casi inaudible, pero, aun así, le oí.

Sintiéndome abrumada, aunque desconocía el motivo, me alcé de puntillas para mirarlo mejor. El pecho se me oprimió cuando nuestras miradas colisionaron. Adoraba sus ojos; eran la viva imagen del mar en un cálido atardecer. Embelesada, absorbí toda la belleza del hombre que tenía delante de mí: su nariz recta, sus labios suaves y carnosos, sus pómulos y su barbilla prominente cubierta por una fina capa de pelo oscuro. Le acaricié el rostro con suavidad y, después, regresé mi mirada a sus penetrantes ojos azules.

Mientras escuchaba los fuertes latidos de mi corazón retumbando en mis oídos, coloqué mis manos sobre sus pectorales y doblé los dedos para deleitarme con la solidez de sus músculos.

—¿Cómo lo haces? —inquirí sin pensar. Me moría de curiosidad por saberlo. No entendía cómo un asesino al que debía manipular y mandar a la cárcel era la única persona que tenía la habilidad de hacerme sentir protegida.

—¿El qué?

Tragué saliva y, a continuación, negué con la cabeza. No estaba preparada para analizar mi juicio y mucho menos mi comportamiento.

—Bésame.

Se acercó un poco, lo suficiente para que nuestros labios se tocaran. Exhalé un suspiro de satisfacción al creer que me besaría. Pero, en cambio, preguntó:

—¿Desde cuándo eres tan mandona?

—Lo soy desde que te conocí. Eres una muy mala influencia. Bésame... —susurré suplicante. Y él me complació.

Gemí contra su boca cuando sus labios se encontraron con los míos; no había sentido la suavidad de sus besos por tres largos días. En aquel lugar, donde todos nos miraban con indudable desconcierto, creí estar flotando en el mismísimo cielo. Y sospeché que él sentía lo mismo por cómo su lengua buscaba con desesperación la mía; por cómo gruñía de placer cada vez que se entrelazaban.

Enterré los dedos en su pelo, ahora más largo que hacía dos meses, mientras él tocaba mi trasero; su excitación era más que evidente. Pero a pesar de la increíble sensación que estaba experimentando junto a él, no pude evitar sentirme culpable. No podía evitar odiarle por ser quien era, por lo que suponía él como persona, pero también le necesitaba. Me gustaba estar a su lado.

Todo aquello era demasiado confuso, tanto que había empezado a cuestionarme si quizás no estaría volviéndome loca.

De repente, como por arte de magia, olvidé todo lo que había a nuestro entorno. Deseché de mi mente al club Style, a Felipe y a la policía; a mi familia separada, mi propósito en Madrid, mi antiguo estilo de vida en Barcelona. Por un momento incluso olvidé que no era Amber Martin, aunque tampoco era Amber Montalván. Con Alessandro me convertía en una mujer diferente. En aquel mágico instante, solo fui capaz de centrarme en la sensación de seguridad que me embargó al tener sus brazos alrededor de mi pequeño y frágil cuerpo, apretándome con fuerza contra el suyo; en la exquisitez de sus manos cada vez que tocaban mi piel.

Alessandro capturó mi labio inferior con sus dientes antes de apartarse. Pero yo me negué a que pusiera fin a nuestro momento. Sintíendome más desesperada que nunca, volví a apresar su boca. No quería retornar a la realidad. No quería abrir los ojos, porque sabía que una vez que lo hiciera todo se tornaría gélido y distante. Y tendría que volver a ser, muy a mi pesar, alguien que no era.

Después de nuestro numerito frente a decenas de espectadores, bailamos dos canciones más hasta que decidimos marcharnos. Aparcó el coche a un lado del bordillo y, luego, apagó el motor sin quitar la llave de contacto.

—Estaremos unos días sin vernos —comentó sin siquiera mirarme. Otra vez se había distanciado de mí.

—¿Por qué?

—Trabajo. Tengo algunos asuntos que atender.

—Entonces ¿cuándo volveré a verte?

—En cinco o seis días.

Me entristeció imaginarme sola en el apartamento durante casi una semana, pero, aun así, asentí y me desabroché el cinturón.

—Estaré esperando tu llamada.

—Lo haré en cuanto esté disponible. Buenas noches, Amber.

—Buenas noches... —murmuré con cierta tristeza en la voz. Tenía los dedos sobre la manilla de la puerta, a punto de salir al exterior, cuando me detuve y viré mi rostro hacia él.

Alessandro me estudiaba con atención, con el ceño levemente fruncido.

—Sube conmigo —le pedí en voz baja—. Quédate esta noche.

Apartó la mirada y resopló con cansancio, como si le hubiese pedido que bajara la luna a mis pies. Observó en silencio las calles vacías y el poco tráfico por la ventana.

—No puedo —replicó al cabo de un momento—. Tengo que ocuparme de ciertas cosas a primera hora de la mañana.

—Puedes quedarte, e irte temprano —sugerí esperanzada. No quería estar sola, inmersa en un constante silencio.

Distraído en sus propios pensamientos, se rascó la barbilla y continuó mirando a través del cristal. A los pocos segundos suspiró de manera exagerada, sacudió la cabeza con incredulidad y quitó las llaves de la ranura.

—Vamos a dormir —me informó con seriedad—. No sé cómo lo has hecho, pero me has convencido.

Una vez que entramos en el apartamento, nos despojamos de nuestras ropas y nos metimos en la cama. Aquella noche no tuvimos sexo, ya que él tenía que levantarse pronto y a mí tampoco me apetecía. Me sentía exhausta, agotada tanto física como mentalmente.

A pesar de que la cama era bastante pequeña, Alessandro ocupaba el lado izquierdo y yo el derecho, sin abrazarnos. A decir verdad, excepto el breve momento que tuvimos en la pista de baile, lo cual no fue del todo un abrazo, nunca antes habíamos estado tan próximos el uno del otro. Al principio no entendía por qué se mostraba tan frío en casi todos los aspectos de su vida, pero me di cuenta de que él era así a medida que le fui conociendo.

Mientras él dormía, observé su perfil durante horas hasta que el constante y suave ritmo de su respiración causó que mis ojos se cerraran, y cayera en un plácido sueño sin imágenes.

Una odiosa melodía inundó cada espacio del dormitorio. No tenía la más remota idea de qué hora sería, pero todo indicaba que era demasiado temprano como para estar despierta. No abrí los ojos, ni moví ninguna extremidad de mi agotado cuerpo, al registrar que aquel móvil sonando no se trataba del mío sino del de Alessandro.

Le oí gruñir y farfullar entre dientes mientras buscaba a ciegas el maldito aparato.

—Salim, pensé que habíamos quedado en tres horas. —Su voz era más ronca de lo normal a causa del sueño. *¿Quién es Salim?*, me pregunté a mí misma—. Entiendo. Muy bien, llegaré en treinta minutos. Hasta luego.

Masculló un par de improperios en italiano y, luego, apartó el edredón con brusquedad. Lo sentí moverse por la cama y, por mero instinto, aguanté la respiración al apreciar la calidez de su aliento en mis mejillas. Me atemorizó imaginar que quizá estaba comprobando que yo estuviera bien dormida y aunque no lo sabía con certeza, no me atreví a realizar ningún movimiento. No podría decir cuánto tiempo permaneció de ese modo, esperando a que le diera algún indicio de que había escuchado su breve conversación.

Justo cuando creí que moriría por falta de oxígeno, el colchón volvió a equilibrarse tras dejar de tener el peso de Alessandro sobre él. Escuché con atención el sonido de una cremallera, seguido de sus pisadas que resonaban en el suelo y el de la puerta principal.

Una vez segura de que me encontraba sola en la habitación, exhalé el aire que había estado reteniendo y volví a respirar con normalidad. Abrí los ojos, hinchados y ojerosos por la falta de sueño, y miré hacia la ventana; aún no había amanecido.

Con extrema lentitud me incorporé en la cama y, a continuación, murmuré la única palabra que se repetía una y otra vez en mi mente:

—Salim.

Esbocé una pequeña sonrisa. Tras dos meses de incertidumbre, por fin poseía un dato que podría proporcionarle a la policía.

Logré dormir alrededor de cuatro horas más. Cogí mi albornoz color morado del armario, preparé el desayuno y, tras servir todo en la mesita del comedor, encendí la televisión.

«Ángela López, la joven madrileña de dieciocho años, continúa desaparecida desde el pasado 30 de diciembre. Aún no se tiene ningún dato de ella. Sus hermanas...»

Cambié de canal. Ese tipo de noticias me daban escalofríos. Después de desayunar, fregué los platos y tomé una ducha rápida. Una vez que conseguí tener un aspecto presentable, salí del apartamento para dirigirme a una tienda de informática y electrónica. Aún no había utilizado el dinero que había sido ingresado en mi cuenta bancaria, así que podía permitirme algunos gastos adicionales.

Entré en el establecimiento y, enseguida, me puse a echar un vistazo a los diferentes portátiles. Alcé la cabeza cuando una mujer, vestida con unos vaqueros y una sudadera blanca con el nombre de la tienda, vino hacia mí.

—Buenos días, ¿en qué puedo ayudarla?

—Estoy buscando un portátil que sea básico.

—Tenemos algunos modelos que nos han llegado hace poco y que están muy bien de precio.

Accedí a que me mostrara cuatro portátiles de marcas variadas, pero, debido a mis limitados conocimientos, todos me parecieron iguales. Al final escogí uno cuyo precio se ajustaba bastante

a mi presupuesto.

—¿Alguna otra cosa que le interese ver? Tenemos impresoras y tabletas en oferta.

—Necesito una cámara fotográfica con buena definición para sacar fotografías a larga distancia.

Nos desplazamos por otro pasillo hasta llegar a la sección de fotografía. La dependienta me enseñó cada una de las cámaras y, además, tomó unas cuantas fotografías para que pudiera comprobar por mí misma la calidad y la nitidez de las imágenes. Estuve indecisa entre dos, pero terminé eligiendo la primera que me había mostrado.

—Eso sería todo —murmuré a la vez que sacaba la tarjeta de crédito de la billetera.

—Son 599.00 euros, por favor. —Ella comprobó mi D.N.I y, luego, pasó la tarjeta por la máquina. Introduje los cuatro dígitos secretos—. Muchas gracias y que tenga un buen día.

—Gracias. —Agarré la bolsa y, sin más demoras, caminé hacia el coche.

Después de aquello, regresé al piso para probar mis nuevas adquisiciones. Apenas cerré la puerta principal, enchufé la batería del portátil y lo encendí. El ordenador, para mi comodidad, iba bastante rápido y no pesaba mucho, pero me di cuenta de una cosa imprescindible: no tenía Internet. Nerviosa, empecé a buscar conexiones abiertas hasta encontrar la de mi vecino y aunque me sentí como una ladrona, hice *clic* en conectar Wi-Fi.

Miré la hora en el reloj, que marcaba las 12:35 p.m. Aún disponía de tiempo. Dejé el portátil encima del sofá y me encaminé hacia el dormitorio para buscar el segundo móvil.

Llamé al agente Ramírez.

—Creo que tengo algo importante —hablé atropelladamente—. ¿Conoces a un hombre llamado Salim?

—Amber, hay miles de árabes con ese apellido —refunfuñó.

Opté por ignorar su tono quejoso y fui directa al grano.

—Esta mañana Alessandro estuvo hablando con un tal Salim. Al parecer han quedado en verse, pero no sé dónde.

Se produjo un prolongado silencio en la línea. Frunciendo el ceño, verifiqué si se había cortado.

—¿Ramírez? —murmuré su nombre tras comprobar que la llamada seguía activa.

—¿Qué coño hace Alessandro con un árabe? —se preguntó a sí mismo—. ¿Escuchaste algo más?

—No, lo siento.

—Ese hijo de puta está tramando algo, joder... —masculló—. Que esté relacionándose con árabes no huele nada bien.

Me aclaré la garganta cuando volvimos a quedarnos en silencio.

—Por cierto, hoy compré una cámara fotográfica. He pensado que a lo mejor podría seguir a Alessandro en un intento por obtener alguna información más relevante.

—¿Quién te crees? ¿James Bond?

Me reí sin ganas.

—En los cuatro años que lleváis investigando a Alessandro, no habéis podido atraparlo, así que no me critiques por mis planes.

—Si Alessandro te pilla, estás muerta.

—Ahórrate tus sermones y averigua quién es Salim. Yo, por la parte que me corresponde, te avisaré en cuanto obtenga algún dato más. Hasta entonces. —Colgué.

Haciendo caso omiso a las dos llamadas perdidas del agente Ramírez, volví a salir del

apartamento. Esta vez caminé hacia la estación de metro subterráneo y, después de dos paradas, me bajé del tren. Por el camino localicé una tienda de alquileres de coches, de modo que entré y esperé mi turno.

Al cabo de pocos minutos me desplazé hacia el mostrador.

—Buenas tardes, querría alquilar un coche.

—¿Para cuándo lo necesita? —me preguntó un hombre con gafas de montura muy gruesa.

—Para hoy, si fuese posible.

—Está todo ocupado —dijo tras comprobar la disponibilidad—. Tendría que ser para mañana.

—Vale. Lo necesito para cuatro días.

—¿Lo quiere a todo riesgo?

—No.

Una vez más pagué con la tarjeta de crédito y, sin tener nada más que hacer, regresé al apartamento después de que me informaran de que el automóvil estaría listo a partir de las 10:30 horas.

A la mañana siguiente, tras recoger el coche de alquiler, conduje hacia el Charlotte. Aparqué a algunos metros de distancia, pues mi intención era la de no ser vista, y aguardé a que sucediera algo significativo. Al tratarse de un día domingo, esperaba que Alessandro fuera a comer a su propio local.

A mediodía situé la cámara a un lado y saqué un bocadillo vegetal y un zumo de melocotón que había comprado en la gasolinera. Me encontraba masticando cuando vi su inconfundible Porsche deportivo entrar en el *parking* privado, seguido de un Sedán negro.

Emocionada, tiré el resto del bocadillo en el envoltorio de plástico, me agaché lo suficiente para que mis ojos aún pudieran percibir cualquier indicio de acción y sostuve la cámara con manos trémulas a causa de la adrenalina. A los pocos segundos Alessandro apareció caminando junto a un hombre muy moreno. Aquel misterioso sujeto vestía un frac blanco, tenía el pelo muy negro, con un corte correcto, y una barba mucho más larga y poblada que la de Patricio.

Mi dedo índice no paró de presionar el disparador de la cámara y aunque tardaron menos de medio minuto en entrar en el bar, logré sacar varias fotografías. Una vez que se perdieron en el interior del local, me concedí un momento para mirar las imágenes. Sonreí, satisfecha, al ser consciente de que sus caras se veían a la perfección; había captado hasta el más mínimo detalle.

—Te tengo —murmuré y, a continuación, me alejé de allí.

En cuanto llegué al piso, busqué el cable USB y trasasé las fotografías al portátil; en total tenía seis de muy buena calidad. Sin perder ni un segundo, escribí un SMS al agente Ramírez.

¿Estás cerca del ordenador?

Después de cinco minutos recibí un simple «Sí» a modo de respuesta. Escribí otro mensaje de texto y le di a la opción «enviar archivos adjuntos».

Abre tu correo electrónico.

No conocía la identidad de aquel hombre, pero mi intuición me decía que estábamos a punto de descubrir algo gordo. El móvil vibró justo cuando estaba guardando la cámara en su funda.

—¡Estás loca! ¿Lo sabes, verdad? —gritó Ramírez furioso por mi desobediencia.

—Cálmate —protesté—. Nadie me vio. ¿Quién es ese tipo?

Exhaló con irritación.

—Si no me equivoco, y creo que no lo hago, su nombre es Khâliq Salim. Pero sigo sin entender por qué está en España y mucho menos con Alessandro.

—¿Por qué te extraña tanto?

—Se rumorea que Khâliq Salim tiene negocios con la mafia china; les proporciona oro para el tráfico ilegal del mismo. Además, se sospecha que comerciantes de la India y Pakistán también están metidos en este enredo. Todo el oro proviene de Dubái, por eso no me explico qué hace un narcotraficante con un árabe que se dedica a vender oro.

—Tenéis que rastrear a Salim —urgí—. Él es el único que puede resolver todas nuestras dudas.

—Estaremos en ello. Estás haciendo un buen trabajo, Amber —reconoció.

—Quiero que todo esto acabe lo antes posible. Infórmame si encontráis algo contra ellos, por favor.

—Lo haré. Con un poco de suerte, ese cabrón de Alessandro se pudrirá muy pronto en la cárcel.

No pude evitar sonreír al escucharle estar tan seguro de sus palabras, pero se me achicó el corazón ante el pensamiento de no volver a ver a Alessandro. «Esto es lo correcto. Esto es lo que debo hacer», me dije a mí misma mientras contemplaba su fotografía en la pantalla del ordenador.

Capítulo 9

Alessandro

Más de cuatro millones de euros. Así fue cómo el 2012 comenzó para nosotros, con más de cuatro jodidos millones de euros. Todo salió según lo planeado. Las barcas llegaron con éxito a Israel y la mercancía del barco María se distribuyó por España, Francia, Inglaterra, Alemania y Suiza. Solo uno de los camiones con destino a Italia tuvo la mala suerte de ser interceptado por la policía, pero esos cabrones se llevaron una gran decepción cuando abrieron el maletero y, únicamente, hallaron varias cajas con ordenadores e impresoras de segunda mano.

Perdí la cuenta de cuántas noches celebramos nuestro triunfo. A pesar de que la fiesta había concluido en mi casa, las prostitutas del club Style continuaron trabajando sin parar o, mejor dicho, Giovanni y Patricio se las trabajaron. Cada vez que paseaba por la mansión, ya fuera por la mañana, tarde o de madrugada, oía un sinfín de gemidos y jadeos. Pero ¿qué podía hacer al respecto? Sabía que las autoridades estaban investigando los dos asesinatos que Matías había ejecutado, de modo que debíamos ser cautelosos durante al menos unos cuantos días.

Al contrario que Giovanni y Patricio, Marius se llevó a su familia a Disneyland París como regalo de reyes. Cuando las gemelas supieron la noticia, no dudaron en dejar de jugar con la cocina de madera, corrieron a toda prisa a sus habitaciones color rosa chillón e hicieron las maletas, aunque aún faltaban dos días para el vuelo.

Y respecto a mí... Bueno, aquello era otra historia. Podría decir que Amber fue mi celebración. A pesar de que estaba bastante cabreado tras descubrirla fisgoneando en mi fiesta privada, no pude evitar seguir viéndola. Estar con ella o, para ser más exacto, estar dentro de ella y follarla hasta la saciedad se había convertido en mi nuevo pasatiempo favorito. Ya poco me importaba que Irina fuera una experta en el sexo, e hiciera todo tipo de guarrerías en la cama, pues no había nada más placentero que escuchar los suaves sonidos que surgían de la garganta de Amber cada vez que poseía, controlaba y sometía su cuerpo. Sus labios, tiernos y sublimes, de un color rosado perfecto, eran adictivos. Pero lo que más me enloquecía era contemplar las finas capas de sudor que se formaban en cada centímetro de su anatomía a medida que la hacía mía.

Tal y como había deseado, Amber se moldeó en muy poco tiempo a mis propias necesidades. Incluso cuando la instaba a chuparme la polla de una manera más ruda y salvaje, ella no discutía ni protestaba. Al contrario, complacía a la perfección mis exigencias. Y joder si no aprendía rápido.

Pero ahora tendría que estar una semana entera sin ella. Me encontraba conduciendo a las

05:30 de la mañana hacia La Moraleja, ya que el mamón de Khâliq Salim había llegado antes de lo previsto. Khâliq era uno de los hombres más ricos y poderosos de Dubái; dueño de la explotación de una mina de diamantes en el sur de África, traficante ilegal de oro, propietario de numerosas compañías petroleras y muchas más mierdas que nadie conocía excepto él. Estaba forrado de dinero, pero ese hecho no le detenía de codiciar más. Y si había venido a España era por esa misma razón: para expandir su territorio. Pero se toparía con un gran obstáculo. La península española estaba bajo mi dominio. Y no iba a permitir que nadie ocupara mi lugar.

Khâliq había contactado conmigo la semana pasada y aunque nunca habíamos hecho negocios juntos —al menos de forma directa—, no dudé en aceptar su visita. Quería averiguar lo que tramaba, sus ideas, sus planes.

Al llegar a casa aparqué el coche en el amplio garaje, abrí la puerta principal y, sin rodeos, me dirigí hacia la sala de estar, ya que sospechaba que Patricio y Khâliq se encontrarían allí. Y no me equivoqué.

—¡*Ahlan*, Alessandro! ¡Amigo mío! —Khâliq levantó su voluptuoso cuerpo, embutido en un traje color crema, mientras abría los brazos de par en par—. Mi vuelo se adelantó. Espero no haber interrumpido nada.

Al escuchar el tono irónico que empleó en la última frase, lancé una mirada gélida al bocazas de Patricio y acepté, a desgana, el abrazo.

—Amigo —dije palmeándole la espalda. Lo cierto era que no nos unía ninguna amistad, pero todos nos comportábamos como unos hipócritas en este mundillo lleno de falsedad y apariencias—, ¿qué te trae por aquí?

—Venga, Alessandro, primero pongámonos al día. Y deja las malditas formalidades para otros.

Le ofrecí asiento con un vago gesto con la mano antes de caminar con calma hacia la barra de madera de estilo clásico. Agarré la botella de whisky, serví el líquido ambarino en una copa hasta rebasar la mitad y, a continuación, me senté en el sofá, frente a Khâliq. Él recogió su maletín negro y, de adentro, sacó una caja negra con letras en dorado; se trataba de puros *Cohibe Behike 54*.

Khâliq agitó la caja en el aire.

—¡Los mejores que tendréis el placer de probar! ¡Coged uno! —nos apremió. Patricio y yo tomamos uno del refinado envase, y Khâliq nos proporcionó el cortapuros—. Hace dos semanas conseguí cientos de cajas como esta en Cuba. En cuanto pueda, os traeré unas cuantas.

Asentí a modo de agradecimiento y, a continuación, aspiré el humo; lo mantuve algunos segundos en la boca para disfrutar de su agradable e intenso sabor. Khâliq había dicho la verdad; era uno de los mejores habanos que jamás había probado.

—Cuéntanos qué tal te van las cosas. ¿Cuántas esposas tienes ya? —inquirí para entablar conversación.

—Tengo cuatro gastando todo mi dinero. —Se rio por lo bajo—. Están tranquilas en Dubái —comentó dejando el puro en el cenicero—. ¿Te puedes creer que, hace dos meses, mi niña mayor cumplió veintiún años?

—El tiempo pasa muy deprisa —coincidí con él.

Khâliq sacó la billetera del pantalón y sostuvo algo entre sus dedos.

—Ella es mi querida princesa. —Me entregó una fotografía pequeña. Acepté y le eché un breve vistazo—. Si vienes algún día a Dubái, te la presentaré. ¡Mírala! Haríais muy buena pareja.

La muchacha era bastante atractiva. Su piel morena y su delgada figura le daban un toque

elegante a toda ella, pero al pensar que gracias a la polla de Khâliq —un hombre rechoncho con olor a colonia barata— dio fruto a su existencia, hizo que se me revoliera el estómago.

—Tienes una hija muy guapa. —Le devolví la fotografía.

—Entonces la conocerás. Seríamos como una gran familia —opinó sonriente. Pero al notar mi falta de entusiasmo, añadió con rapidez—: A menos que alguien ya te haya cazado.

—Estoy soltero. —Miré de reojo a Patricio, quien seguía fumando y parecía ajeno a la conversación—. Creo que es hora de que hablemos sobre tu visita, Khâliq. Deduzco que no has venido hasta España sólo para ofrecerme el coño de tu hija —dije con acidez. Los labios de Patricio se torcieron en un ademán de sonrisa.

—Tienes razón. Quiero proponerte una cosa, amigo mío —respondió con seriedad.

—Vamos a mi estudio. Allí tendremos más privacidad.

Patricio se quedó vagando por la casa mientras nosotros íbamos a mi lugar de trabajo y papeleo. Abrí la puerta de la habitación y señalé con la barbilla los dos anchos sillones situados frente a la mesa.

—Siéntate —dije con voz suave pero firme, a la vez que me quitaba la chaqueta y la colgaba en el perchero; luego, doblé las mangas de mi camisa justo hasta los codos—. ¿Qué es lo que deseas proponerme?

Sin esperar respuesta, me desplazé hacia la estantería llena de botellas de alcohol y me serví una copa de coñac.

—Tengo un negocio entre manos —comentó con cierto nerviosismo. Negó con la cabeza cuando alcé mi vaso a modo de invitación—. No, gracias.

Tomé un trago y, después, me senté frente al escritorio.

—Tengo algunos negocios muy prósperos en la Costa del Sol, pero no soy estúpido. Sé que tú dominas la mayor parte de la Península. —Bebí un segundo sorbo, más grande que el anterior, mientras sentía que un profundo aburrimiento iba apoderándose de mí—. Quiero que seas mi socio, Alessandro.

Aunque sus palabras me sorprendieron, mi rostro no mostró ninguna emoción; al contrario, dejé el vaso encima de la mesa y apoyé los codos en la fría superficie de la madera.

—Tu socio... —murmuré arqueando una ceja—. Sabes tan bien como yo que tengo absoluto control sobre esos municipios.

Asintió, inquieto.

—Lo sé y por eso estoy aquí, amigo mío. Quiero que me dejes establecerme por tu zona. Hagamos negocios juntos, Alessandro. En pocas semanas puedo traer toneladas de hachís y si lo acoplamos con tu mercancía, nos haríamos con una buena fortuna.

—Olvidas un pequeño detalle: ya tengo una fortuna. Y si dejas que tu culo se entrometa en mi territorio, estaré perdiendo dinero.

—No, amigo, no estarías perdiendo nada —repuso—. Al revés, si aceptas te llevarás un generoso porcentaje de mis transacciones en el extranjero.

Arqueé de nuevo la misma ceja, pero esta vez porque la conversación se estaba poniendo interesante.

—¿Qué quieres decir?

—Ambos controlamos áreas muy distintas. Y yo necesito instalarme en España; en Marbella, para ser más preciso. Si somos socios, te daré una buena comisión de mis ganancias en Dubái y Marruecos. —Se frotó ambas manos, como si pudiera visualizar el negocio—. ¿Qué me dices a eso, Alessandro? ¿Trato hecho?

—¿Te fías de él? —inquirió Patricio.

Después de que Khâliq abandonara mi casa, Patricio y yo nos encerramos en la biblioteca para hablar sobre la curiosa sugerencia de nuestro nada querido amigo.

—Sabes que no, maldita sea —contesté iracundo—. Esa es la puta razón por la que no acepté de inmediato su oferta.

Nunca rechaces ni aceptes algo sin pensarlo en frío. Y en este caso en particular, por muchos signos de euro que aparecieron en mi mente, decidí que lo mejor era esperar y discutir este delicado asunto con detenimiento.

—Si tanto desea la zona de Marbella y la Costa del Sol es porque debe de tener otros negocios por esos lugares.

Me levanté del sofá y, a continuación, encendí la chimenea de gas para calentar la sala. La biblioteca era como un oasis de paz personal, pero en las últimas semanas habíamos debatido demasiadas mierdas en este sitio.

Giré mi rostro y clavé la mirada en las estanterías de madera caoba, que iban desde el suelo hasta el techo; cada una de ellas, repleta de libros. No había tocado ni leído más del noventa por ciento de las colecciones, pero, junto con los sillones de piel, la chimenea blanca, el espacioso escritorio y los enormes ventanales, esta parte de la casa resultaba acogedora y sobre todo muy agradable. La habitación era de por sí cálida, pero esa mañana las temperaturas habían descendido otra vez.

—Sé que tiene a todo el mundo comprado. Eso explica cómo será capaz de entrar toneladas de hachís por la aduana. —Me froté los ojos con los dedos, consumido por el cansancio mental—. Si el porcentaje que nos ofrece es tentador, tendremos que hablar con calma sobre este asunto; enumerar los pros y los contras de toda esta jodida locura. Y si al final llegamos a un acuerdo razonable, entonces iremos a por todas. Es lo único que en este momento tengo claro.

—¿Cuándo has quedado de nuevo con él? —indagó, bostezando, mientras estiraba su cuerpo de más de 190 centímetros de estatura y 120 kilos de músculos.

—El domingo le llevaré al restaurante. Quiero estudiar a ese gilipollas de cerca y depende de cómo vayan las cosas, quedaré con él una tercera y última vez. Quizás el martes, en algún sitio donde no pueda llevar ningún aparato, micrófono u otro dispositivo encima.

—¿Crees que ese hijo de puta está colaborando con la policía? —Alzó la ceja que tenía partida, como si estuviera sopesando la posibilidad.

—Da lo mismo que Khâliq tenga tantos o más antecedentes que yo. No me sorprendería que Jorge Gómez y él tuvieran algún pacto clandestino solo para poder encarcelarme. Ya sabes que Gómez lleva años obsesionado con la idea.

—Pregúntale a Camilo. —Se encogió de hombros—. Al fin y al cabo, le pagamos para eso.

—Lo haré sin falta durante la próxima semana. Si el equipo de Jorge está conspirando en mi contra, Camilo no tardará en enterarse y hacérmelo saber —murmuré a la vez que observaba a través de la ventana la lluvia azotando con furia el césped del jardín.

Caminé con determinación hacia el vestíbulo cuando oí el inconfundible sonido del timbre y abrí la puerta principal para descubrir a Khâliq, esta vez, envuelto en un traje demasiado blanco para el color de su piel y demasiado estrecho para su gran panza. Incluso parecía que el botón de

su frac estuviera a punto de salir volando por los aires. Sus zapatos negros eran tan brillantes que cegaban a cualquiera, a pesar de que las nubes se cernían amenazantes sobre nosotros.

—Khâliq, los demás nos están esperando en el bar —comenté a la vez que cerraba la puerta; luego, saqué las llaves del coche.

—*Masa'a Alkari*, amigo. —Soltó una risita socarrona al ver mi expresión ceñuda—. Significa «Buenas tardes».

—La mayoría de las veces no entiendo una puta mierda de lo que dices. —Señalé el Sedár negro—. Sígueme en tu coche.

Condujimos por la carretera mojada hasta el Charlotte, soportando el denso tráfico de un día domingo a mediodía. Después de varios minutos entramos en el *parking* privado y volvimos a reunirnos en el exterior.

—¿Hace cuánto que tienes esto? —me preguntó con curiosidad.

—Hace tres años, más o menos. Entra. —Sujeté la puerta para que pasara—. Mis hombres están deseosos de conocerte.

El olor a tabaco, los múltiples aromas a tapas y comida, el sonido de las risas y los murmullos de las conversaciones nos dieron la bienvenida. La energía y la vivacidad de la gente, que se encontraba en aquel lugar, me llenaron de buenas vibras casi al instante.

—Vaya, vaya... —silbó, impresionado—. Tienes un local muy bonito. —Miró cada elemento a su alrededor—. Muy masculino... Sí, sí, me gusta mucho.

—Ve a sentarte —ordené señalando con la barbilla la mesa donde estaban Patricio, Giovanni y Marius—. Espera —le detuve—. Primero dime qué quieres beber.

—Un brandy doble con tres hielos, amigo mío —contestó antes de marcharse.

Después de que Mariano sirviera dos copas de cristal con el mejor brandy que teníamos en la vitrina, me reuní con el grupo. Deslicé la copa de Khâliq por la mesa mientras él parloteaba sin parar sobre uno de los lujosos hoteles que dirigía en Dubái.

—La economía está en crecimiento constante por allá. Donde quiera que mires hay nuevas edificaciones. Si queréis comprar inmuebles en Dubái, yo me comprometo a ayudaros para que tengáis lo mejor de lo mejor. —Meneé la cabeza con diversión. Si no tenías cuidado, el muy cabrón podía encasquetarte hasta una enciclopedia.

—Ni de coña. —Saqué el paquete de cigarrillos de la chaqueta—. Si compro chapuzas en Dubái, veré tu fea cara hasta en la sopa.

Khâliq se rio con sorna.

—Y nos veremos muy a menudo, Alessandro. Seremos como hermanos si hacemos negocios. —Me guiñó un ojo como si acabara de compartir una confidencia—. ¿Has hablado ya con tus hombres?

—Khâliq, esto no es una reunión de negocios —murmuré a la vez que exhalaba el humo por la nariz. Al digerir mis palabras, el rostro se le contrajo a causa del nerviosismo—. Relájate. Estamos aquí para que mis hombres te conozcan.

—Por supuesto... —La tensión en sus hombros disminuyó un poco—. Creo que ya nos llevamos bastante bien, ¿no? —inquirió mirándonos a todos. Al no obtener respuesta, alzó la copa para proponer un brindis—. ¡Por el futuro de España con los Emiratos Árabes!

—Mañana me pondré en contacto contigo. —Apoyé mi peso en el marco de la puerta—. Y depende de lo que decida, el martes estaríamos discutiendo este asunto con más calma. Yo te diré

la hora y el lugar.

—Me parece estupendo. Estaré esperando tu llamada, Alessandro. ¿Sabes? Me gusta cómo te lo has montado. —Me dio una suave palmada en el brazo—. Hasta entonces.

Permanecí inmóvil hasta que Khâliq desapareció en dirección al *parking* y, a continuación, me interné a paso firme en el bar.

—Vamos abajo. Moved el culo —mascullé al pasar por la mesa donde habíamos estado en las últimas horas.

Al principio se suponía que la reunión no era de negociación, pero el chupapollas de Khâliq no paró de hablar y entrar en detalles acerca del trato que me había propuesto; por lo tanto, Giovanni y Marius estaban al corriente de todo.

Una vez que los cuatro estuvimos en el sótano, con la puerta cerrada, ninguno emitió palabra.

—¿Vais a hablar de una puta vez? —pregunté al cabo de un momento.

—Acepta. —Marius se encogió de hombros—. Los chanchullos que Khâliq tiene en el extranjero deben de triplicar lo que ganamos en Marbella. Y si podemos sacar un buen pellizco de eso... ¿Por qué no? Yo voto que sí.

Hice un gesto de asentimiento y, después, clavé mi mirada en Giovanni.

—Creo que todo recae en el porcentaje que está dispuesto a darnos.

—Eso lo decidiré yo —declaré con convicción. «Mi territorio, mis reglas», me dije a mí mismo.

—Entonces, yo también voto que sí.

—Estoy de acuerdo. —Patricio se cruzó los brazos sobre el pecho—. Y si nos la juega, nos haremos cargo de él.

—Sería demasiado estúpido si cometiera tal gilipollez —comentó Marius—. Estaría cavando su propia tumba.

—Si nos traiciona, me lo cargaré antes de que siquiera pueda pestañear. —Me metí las manos en los bolsillos, con aire indiferente—. El martes me reuniré con él. —Miré a los tres hombres que tenía delante de mí y, utilizando mi tono más serio, agregué—: Iremos todos al encuentro.

Después de que Mariano nos trajera la comida al sótano, comiéramos y charláramos de cualquier chorrada para echar unas cuantas carcajadas a causa de ello, cada uno se encontraba a lo suyo.

Me hallaba sentado en el sofá, guardando mi navaja recién afilada, mientras consideraba la cautivadora posibilidad de irme a casa. Pero Giovanni me distrajo cuando dejó caer su pesado cuerpo a mi lado y me estudió con sus oscuros ojos grises; una mirada que no me gustó ni un pelo.

—¿Tengo monos en la cara o qué? —inquirí harto de su silencioso escrutinio.

—No, es solo que...

Reprimí un gruñido.

—Habla de una vez. No te pongas en plan misterioso.

—La chica con la que te estás viendo..., Amber, ¿vas en serio con ella?

Enarqué las cejas ante la pregunta.

—Si esto es una broma, no tiene gracia.

—Tengo curiosidad, eso es todo. No follaste con ninguna de las chicas que se quedaron por dos semanas en tu casa; de hecho, desde que Amber apareció en tu vida, no has estado con otra...

—Se rascó la frente, con una sonrisa burlona en los labios—. Irina nos contó que la dejaste con las ganas.

—Irina es una puta, Giovanni. No está acostumbrada a que no la follen. —Hice una mueca cuando los gritos e insultos que Marius y Patricio se estaban obsequiando se tornaron más estridentes—. Amber y yo no tenemos nada excepto algunos momentos de diversión.

—No te juzgo, ni mucho menos, pero ella es diferente. No pertenece a nuestro mundo.

—Lo sé, y así seguirán las cosas. Ella en su mundo y yo en el mío. —Sintiéndome incómodo con el tema de conversación, me levanté del sofá—. ¿Algo más que quieras saber?

—No —respondió levantándose también.

—Nos vemos mañana... Joder... —maldije y, a continuación, fui directo hacia Marius y Patricio—. ¡Callaos de una puta vez!

Los dos, con los rostros ruborizados, se quedaron mudos.

—Gracias a Dios —murmuró Giovanni con un suspiro de alivio—. Sois peor que dos putos loros.

—Estoy hasta los huevos de que este viejo no juegue limpio —gruñó Marius tirando la baraja de póker encima de la mesa.

—¡Juego limpio! ¡Eres tú el que juega de pena! —replicó el embustero de Patricio.

Me masajé las sienes y conté hasta diez para evitar cometer alguna locura. No quería perder a dos de mis hombres.

—Quiero que ambos estéis localizable mañana —advertí señalándolos con el dedo índice. Una vez seguro de que los dos habían captado la orden, caminé hasta la puerta y me giré un momento—. Por cierto, Marius, el viejo se guarda las cartas en la bota derecha.

—¡¿Qué?! ¡Maldito viejo farsante!

—¡Eres un traidor! —vociferó Patricio mientras luchaba por quitarse de encima a un Marius muy furioso.

Riéndome, salí del sótano a la vez que los ensordecedores bramidos de Marius y Patricio, y las exclamaciones de frustración de Giovanni, se volvían más escandalosos que antes.

No logré dormir cuando cayó la noche. Me dolía la cabeza una barbaridad, incluso después de que hubiera abandonado el bar para no tener que soportar aquel intolerable griterío. Hizo falta un ibuprofeno, tres copas de Bourbon y dos de ron para que el malestar cesara un poco. Y aun así, seguí dando vueltas y vueltas en mi cama *King Size*.

La idea de coger el coche y conducir rumbo a ningún destino, tan solo para perderme en la carretera, era bastante tentadora. Pero había bebido demasiado, sobre todo en las últimas cuarenta y ocho horas. Tener un accidente automovilístico no entraba en mis planes, aunque tampoco entraba en mis planes alcanzar el móvil y escribir un mensaje de texto a Amber.

Me sentí como un bastardo por molestarla a las cuatro de la madrugada, pero fue un impulso que no pude reprimir.

¿Estás despierta?

Su respuesta tardó un minuto en llegar.

Lo estaba

Me quedé pensativo por un largo momento, sin saber qué decir. En mis treinta y tres años de vida nunca había escrito a una mujer y, en aquel instante, me maldije a mí mismo por haberlo hecho. Intentando reparar el desliz que había cometido, escribí a toda velocidad:

Nos vemos este viernes. Buenas noches

Me encontraba colocando el móvil encima de la mesita cuando un nuevo mensaje entró en la

bandeja de entrada, lo que hizo que la pantalla brillara e iluminara gran parte de la habitación. Era de ella. Pero en vez de leer su contestación, presioné la opción «eliminar».

Hacia pocos minutos que el reloj había marcado las dos de la tarde cuando llamé a Camilo Mota, mi cómplice.

—En veinte minutos te veo en nuestro punto de encuentro. —Colgué sin esperar una confirmación de su parte.

Era un lluvioso y deprimente día lunes y me dirigía hacia las afueras de Madrid, cerca de un almacén industrial abandonado. Con la vista clavada en la autovía, me desvié en la primera salida para luego seguir por un tramo de carretera no pavimentada, y continué conduciendo por aquel camino de tierra mezclado con el barro que se había formado en las últimas horas.

Al llegar al lugar apagué el motor y esperé alrededor de treinta minutos, hasta que un Honda rojo aparcó detrás de mi Land Rover Range. Camilo, luciendo colérico, corrió presuroso y entré maldiciendo tras abrir la puerta del pasajero.

—No puedes llamarme así como así y esperar que venga —masculló secándose la cara con un pañuelo de tela—. He tenido que decir que mi hijo se ha puesto enfermo. ¡Me cago en la hostia!

—Tranquilízate y modera tu puto lenguaje. —Apretó la mandíbula—. ¿Te ha seguido alguien?

—No, no he parado de mirar por el espejo retrovisor durante todo el trayecto —murmuró nervioso.

—Entonces ¿a qué viene tanto drama? Te dará un ataque al corazón como sigas así.

—Estoy así porque esta mañana la comisaría ha estado muy revuelta, por tu culpa. —Lo miré suspicaz—. Hay varias fotografías tuyas con Khâliq Salim.

—Al parecer ya no puedo tomar un par de tragos sin que los entrometidos de tus amigos estén husmeando.

—No son mis amigos, sino compañeros de trabajo —repuso ofendido—. Jorge Gómez está maquinando algo, pero no estoy seguro... —Al oírme gruñir, levantó ambas manos—. No me mires así, tío. Es mi superior, joder. Yo no soy más que su ayudante.

—Siempre te confiaba todo. Dime, ¿qué coño ha cambiado?

—¡No lo sé! Hace más de dos meses que realiza todo con mucho secretismo, pero estoy convencido de que no sospecha de ninguno de nosotros. —Se pasó los dedos por el pelo húmedo y, a continuación, dijo—: Jorge anda diciendo por la comisaría que pronto caerás..., y suena muy convencido de ello.

—¿Tiene Khâliq algo que ver en toda esta mierda?

—No, Jorge os quiere a los dos entre rejas. Y os estará vigilando de cerca, así que cualquier cosa que hagas, o estés pensando en hacer, hazlo con sumo cuidado.

—Quiero saber todo lo que diga u ordene tu jefe. Sea insignificante o no, me da lo mismo. —Asintió con un movimiento brusco—. Te haré llegar el dinero en unos días, como siempre.

—Te mantendré informado. —Salió del coche y, empapándose de nuevo, entró con rapidez en el suyo.

Observando cómo el automóvil rojo se alejaba poco a poco, hasta que no fue más que una tenue sombra bajo la lluvia, apresé el móvil con manos tensas y marqué el número de mi futuro socio.

—Khâliq, ¿tienes papel y bolígrafo? Apunta la hora y la dirección para mañana.

Llegamos puntuales a la Gran Sauna Bienestar. Y Khâliq también estaba allí, pues reconocí de inmediato su Sedán negro aparcado a pocos metros de nosotros.

Para organizar aquel encuentro siguiendo un plan meticuloso, tuve que contactar con la dueña del local. Pero no me fue difícil conseguir su permiso para que despejara para mí una de las alas de su establecimiento; una elevada cantidad de dinero fue incentivo suficiente para que aceptara gustosa. Además, todas las cámaras de seguridad instaladas en el local estarían apagadas por un supuesto mantenimiento.

Con las ideas claras, salimos de nuestros coches al tiempo que Khâliq hacía lo propio. La expresión que tenía dibujada en el rostro mostraba desconcierto por hallarse en un lugar como ese. Aunque estaba a punto de hacer negocios con él, no me fiaba de sus intenciones, de modo que si tenía que torturarme a mí mismo viendo su cuerpo, gordo y fofo para asegurarme de que se encontraba limpio, lo haría sin vacilaciones.

—Vamos adentro —ordené, pero él permaneció quieto. Le di una fuerte palmada en la espalda para que espabilara.

—¿Qué hacemos aquí? —me preguntó receloso. No le presté atención; en cambio, me puse a caminar a la vez que le obligaba a imitarme.

Subimos al ascensor y paramos en la última planta, donde nadie estaría salvo nosotros. Los demás se quedaron en la recepción, conversando con la dueña, ya que no estábamos cien por ciento seguros de que la policía no estuviera al tanto de nuestra localización. Tras avanzar un poco más, giramos a mano izquierda y entramos en un espacioso aseo-vestidor.

Abrí uno de los armarios y saqué unas cuantas toallas y dos pares de zapatillas blancas.

—Desvístete. No me interrumpas —le advertí cuando abrió la boca para protestar—. Si quieres hacer esto, lo haremos a mi manera. —Su cara enrojeció a causa de la inminente rabia, pero, sin embargo, asintió—. Ahora, como iba diciendo, quítate toda la ropa. Aquí tienes una toalla para cubrirte. En cuanto estés listo, ve hacia la puerta de la derecha.

Ignorando su expresión taciturna, me dirigí hacia la habitación que acababa de indicarle; allí me desnudé y envolví una toalla alrededor de mis caderas. Pocos minutos después, Khâliq se presentó vistiendo una toalla igual que la mía.

—Cierra la puerta —ordené, y él lo hizo de mala gana—. Quítate la toalla y sitúala en el banco que tienes detrás.

—¿Estás loco? ¿Qué crees que tengo escondido en el culo? —ladró desde el otro lado de la habitación.

—Si no tienes nada que esconder, quítate la puta toalla —siseé antes de dejar caer la mía al suelo.

Me crucé los brazos sobre el pecho y no me inmuté cuando sus ojos descendieron con lentitud por mi cuerpo hasta detenerse en mi polla, que yacía flácida entre mis muslos. Khâliq dudó por varios segundos, pero al final arrojó la prenda y se desplazó hacia el banco donde me estaba sentando.

—Mierda... —refunfuñó a la vez que posaba su culo, moreno y blando, en el asiento y se tapaba la verga, pequeña y cubierta por una densa mata de pelo oscuro, con ambas manos—. ¿Crees que soy una puta chivata?

—No me fío de nadie, Khâliq. Y si esto te parece demasiado incómodo, ya sabes el camino que debes seguir para encontrar la puerta.

—No, no. Soy un hombre comprometido en mis negocios, y quiero y espero que seamos socios.

—Entonces es hora de que hablemos de números.

—Te daré el 10% de mis negocios en Dubái y en Marruecos... —Comencé a reír a carcajadas, negando con la cabeza.

—Mírame bien, amigo —gruñí la última palabra—. ¿Crees que estoy donde estoy porque me conformo con un 10% de mierda?

Su cara perdió todo rastro de color.

—Pensé que era una cifra justa —balbuceó. Negué de nuevo, con una sonrisa dibujada en los labios.

—Es una cifra ridícula, Khâliq. Si esperas que te permita hacer y deshacer en mi territorio a tu antojo, me darás el 21% de tus transacciones en el extranjero. —Agrandó los ojos, estupefacto—. No te sorprendas tanto. Ganarás mucho más de lo que me pagarás en un futuro. Lo sabes tan bien como yo. Tú decides.

No emitió palabra durante varios minutos. Al contrario, se mostró afligido mientras hacía cálculos mentales para intentar aproximarse a la cifra que tendría que pagarme. Khâliq amaba el dinero y se desvivía para continuar incrementando su interminable imperio.

—Eres un cabronazo —resopló con diversión—. Muy bien. Acepto. Pero no lo hago porque será un buen negocio para mí, sino porque te respeto y eres como el hijo que nunc...

—Corta el rollo. —Le lancé una mirada furibunda y, a continuación, me puse de pie—. Y si sigues mirando mi polla, te rajaré el cuello.

Sin decir más, recogí la toalla del suelo y volví a cubrir una de las partes que más apreciaba de mi anatomía. Sostuve mi ropa en una mano, mientras que Khâliq fue a buscar sus mierdas. Pero no lo consiguió. Le inmovilicé agarrándolo por la nuca.

—Una última cosa: piénsatelo dos veces antes de jugármela, porque te garantizo que no te gustaré como enemigo. ¿Ha quedado claro? —Intentó asentir con la cabeza, pero mi agarre era tan impetuoso que tan solo acabó lastimándose—. Perfecto. Veo que nos vamos entendiendo, socio.

Lo dejé ir. Y él soltó un suspiro de alivio. Sintiéndome satisfecho, abrí la puerta y me volteé una última vez para mirarlo a los ojos.

—Se me olvidaba otra cosilla. —Me observó expectante—. Que no se te olvide traerme los habanos que me prometiste.

Y tras pronunciar esas palabras, cerré la puerta y caminé con tranquilidad hacia el cuarto de baño mientras mis labios se curvaban en una sonrisa maliciosa.

Capítulo 10

Amber

—¿Adónde vamos?

Siempre le hacía la misma pregunta cada vez que me aventuraba a entrar en su coche, como si quisiera anticiparme a los posibles acontecimientos.

—A casa de Marius —respondió Alessandro, como de costumbre, sin mirarme a pesar de que hacía una semana desde la última vez que nos habíamos visto.

—¿Por qué?

—¿Por qué tienes que saberlo todo?

Me miró, ceñudo, un segundo antes de volver la vista a la carretera.

—Soy una persona muy curiosa.

Exhalando con cansancio, replicó:

—Las hijas de Marius están de cumpleaños. —Me quedé en silencio para digerir lo que mis oídos acababan de escuchar. *Marius... ¿con hijas? No me lo puedo creer*—. ¿Por qué te parece tan raro?

El timbre de su voz, ronca y suave a la vez, hizo que me diera cuenta de mi error; había pensado en voz alta. Removiéndome incómoda en el asiento, giré mi rostro para contemplar el paisaje a través de la ventana y, de paso, para esconder el rubor que coloreaba mis mejillas.

—No lo sé. —Me encogí de hombros—. Nunca imaginé que Marius fuera padre y, además, las pocas veces que hemos ido a tu bar, he visto cómo las mujeres se lo devoran con los ojos. ¿Está casado?

—Hace casi siete años, aunque no fue del todo una boda. Hoy las gemelas cumplen seis años. —Con una sonrisa, sacudió la cabeza como si él mismo no se lo creyera. Era evidente que Alessandro tenía un cariño especial por esas dos niñas.

—Gemelas... ¡Qué pasada! —exclamé atónita—. ¿Estás seguro de que a Marius no le importa que yo venga contigo? Ni siquiera he comprado nada.

—Fionna, su mujer, sabe que vendrás. Y respecto a los regalos, no te preocupes. —Me obsequió una sonrisa tranquilizadora a la vez que se desviaba por un camino que conducía a un lujoso barrio—. Hay varios en el maletero. Puedes escoger dos.

—Te daré el dinero después.

—Amber... —Mi nombre sonó como una reprimenda.

—Gracias —dije para poner fin al asunto. No quería cabrearle—. ¿La casa estará llena de niños o solo estaremos nosotros?

—Si estuviera llena de críos, preferiría estar en cualquier otro lugar.

—¿No te gustan los niños? —inquirí sintiéndome afligida por algún motivo desconocido.

—Cuando hay más de cincuenta gritando y corriendo de un lado a otro, no, no lo soporto. Pero si hay uno o dos compartiendo el mismo espacio que el mío, entonces no me molesta tanto.

—Aparcó el coche delante de una casa marrón de estilo victoriano—. De todas maneras, Lila y Jazmín son encantadoras.

Al salir del automóvil vi a Marius, luciendo una amplia sonrisa, abrir la puerta del exterior.

—Amber, gracias por venir —me saludó. A continuación, se volvió hacia Alessandro—. Llegas tarde... Los amiguitos de las niñas se han ido hace ya más de media hora.

—Sujeta. —Alessandro ignoró el tono socarrón de Marius y me entregó dos paquetes sorprendentemente livianos. Luego, sacó otros dos regalos—. Marius, tú te encargas del resto.

Marius hizo una mueca de desaprobación.

—¿Has comprado toda la juguetería?

—Tampoco es para tanto —repuso Alessandro. Lo cierto era que se había pasado bastante con las compras. Conté unas ocho cajas en total, envueltas en papel de regalo y decoradas con enormes lazos rosas.

—Venga... —Marius meneó la cabeza y cerró el maletero—. Vayamos adentro.

Mientras caminábamos por un camino de losas de piedra construido de manera uniforme, observé maravillada el césped bien cuidado de un color verde intenso. Los árboles y las flores de distintos colores abarcaban todo el terreno. En medio del magnífico jardín atisé una gran fuente de agua y en el árbol más alto, una casita de madera, bastante espaciosa para que dos niñas de mediana estatura pudieran jugar en el interior. En la parte izquierda de la finca había dos piscinas y la mansión de dos plantas, con todas las luces encendidas, daba la impresión de que uno se hallaba ante una casa de muñecas.

Apenas puse un pie dentro de la vivienda, pude sentir el amor que se respiraba en el aire. Embriagada, continué avanzando mientras escuchaba, no muy lejos de nosotros, risas y también la voz de una mujer. Marius se detuvo frente a una habitación, se hizo a un lado para dejarme pasar y yo, sintiéndome ansiosa, me interné sin vacilar en la cocina. Me sorprendí al ver dos niñas, idénticas la una a la otra, mirándome desde donde estaban sentadas.

Las hijas de Marius eran dos gotas de agua, literalmente. Tenían el mismo pelo negro, largo y muy rizado; los ojos, grandes y grises, como los de su padre; las pestañas, espesas, rozaban sus pómulos con cada sutil aleteo y la nariz, pequeña y un poco respingona.

Las dos sonrieron de alegría cuando Alessandro se situó a mi lado.

—¿La tita Amber? —preguntó una de ellas a la mujer, que supuse que era Fiona. Ella asintió, y las niñas saltaron de sus asientos y corrieron hacia nosotros.

—¡Hola! —saludaron al unísono con tono alegre.

—Feliz cumpleaños, Lila y Jazmín. —En aquel instante entendí por qué Alessandro las adoraba, ya que, aunque yo no las conocía de nada, ya sentía empatía hacia ellas—. Esto es para vosotras. —Ambas sonrieron al recibir una bolsa cada una.

—Gracias, tita Amber.

Lila y Jazmín se volvieron hacia Alessandro y lo abrazaron, aunque para ello tuvieron que estirar sus cortos y delgados bracitos para poder abarcar todo el cuerpo, alto y fibroso, de él.

Alessandro acarició sus cabecitas con innegable ternura y, luego, les entregó dos paquetes gigantes.

—*Buon compleanno, principesse* —murmuró sonriente.

—*¡Grazie, tito! ¡Grazie!*

Ellas se acomodaron en el suelo para abrir los regalos, mientras la atractiva mujer se acercaba a nosotros. Marius le rodeó la cintura con el brazo y, a continuación, le depositó un beso bastante sonoro en la mejilla. Fionna miró a su marido, una mirada llena de amor y confianzas, antes de hablar.

—Soy Fionna. —Sonrió con dulzura—. Gracias por venir, Amber.

—Gracias a vosotros por invitarme... —Me interrumpí a mí misma al sentir la mano de Alessandro en mi hombro; un acto inocente y simple pero a la vez nuevo para mí, ya que ni siquiera en la intimidad él se comportaba de ese modo conmigo.

—¿Dónde están Patricio y Giovanni? —preguntó Alessandro ajeno a mi reacción.

Marius, con una mueca pícaro, se frotó las manos y susurró:

—Sabía que volverías a malcriar a mis niñas, así que me he propuesto superarte en esta ocasión.

—Eres como un crío —se mofó Alessandro—. Acepta que prefieren los regalos de su tito a los tuyos.

—Espera a que Patricio y Gio lleguen. Ya verás...

—Amber —dijo Fionna deteniendo aquel pique infantil—, ¿podrías ayudarme a colocar todo esto en la mesa?

—Por supuesto —accedí. A continuación, agarré un plato en cada mano y fui con ella hasta una mesa rectangular situada en el salón comedor.

La decoración de estilo antiguo hacía juego con las sillas tapizadas en cuero blanco y con la alfombra de color rojo y crema. Dado que todo el espacio era abierto, aún podíamos ver a Marius, Alessandro y las gemelas en la cocina.

Dejé los platos encima de la mesa y caminé hasta el lado opuesto del comedor cuando algo llamó mi atención. En la chimenea de ladrillo hallé varias fotografías de Marius y Fionna; en algunas, ambos se encontraban con las niñas, jugando felices con ellas.

—Les hablamos en español para que no se malacostumbren a solo escuchar italiano. —Me giré con brusquedad al oír la melódica voz de Fionna—. Pero siempre hablan en su lengua materna con Alessandro.

Elevé una ceja ante aquel comentario.

—¿Por qué?

—No lo sé, la verdad. Aunque él hable en español, ellas le responden en italiano. —Aunque era un detalle curioso, lo que más me asombró fue su capacidad para distinguirlas. Como si me hubiera leído la mente, aclaró—: Cada una lleva un colgante con sus iniciales; así es más fácil reconocerlas. Sin embargo, Lila tiene un lunar pequeñísimo, casi invisible, en la mejilla izquierda y Jazmín tiene otro en la parte posterior de su brazo derecho.

—No me había dado cuenta —murmuré sin saber muy bien qué decir.

Justo en aquel instante tocaron el timbre. Fionna se apresuró a abrir la puerta y Patricio y Giovanni entraron en la casa, sosteniendo una caja blanca y otra morada. Después de saludarnos entre todos, nos reagrupamos en el salón y, entonces, Marius se agachó para quedar a la misma altura que Lila y Jazmín.

—Mis queridas hijas —pronunció con voz melodramática—, espero que este día esté siendo

especial para las dos. —Ambas asintieron con movimientos entusiastas—. Y por esa misma razón, deseo que este regalo lo sea también.

Marius lanzó una mirada impaciente a Patricio y a Giovanni. Ellos, actuando con rapidez dejaron las cajas con sumo cuidado en el suelo. Cuando la tapa de una de ellas se movió, las niñas se miraron la una a la otra y, a continuación, agarraron la cubierta con manos ansiosas; gritaron de alegría al descubrir dos cachorros pastor siberiano, que yacían medios adormilados en las cajas. El perrito de Lila era blanco con una mancha marrón en la cabeza y el de Jazmín blanco y negro; ambos tenían los ojos grises como ellas.

—¡Gracias mamá y papá! —exclamaron con lágrimas de felicidad en los ojos. Yo misma tenía los míos húmedos por la emoción. Ser testigo de aquellos intercambios de amor hizo que recordara a mi familia; me di cuenta de lo mucho que extrañaba a mi madre y a David.

Me hallaba admirando la hermosa estampa que tenía delante de mí cuando noté de nuevo la mano de Alessandro en mi hombro; como si intentara consolarme, me dio un suave apretón. Conmovida por un huracán de sentimientos, le envolví la cintura con un brazo y apoyé mi frente en su pecho. Sin poder evitarlo, exhalé un suspiro de insólita satisfacción y cerré los ojos, dejándome llevar por el momento.

Y si la memoria no me traicionaba, aquel día fue la primera vez en meses que volví a sentirme como en casa.

A lo largo de la tarde, mientras nosotros bebíamos café y comíamos las delicias que Fiona había preparado, Lila y Jazmín correteaban con los cachorros por toda la mansión. Durante horas conversamos sobre temas variados y fue divertido ver a esos cuatro hombres comportándose como personas normales. Descubrí cosas nuevas de cada uno de ellos, como por ejemplo que Alessandro poseía una colección de coches marca Ferrari en Nápoles; Giovanni tenía una evidente preferencia por las motos y Marius y Patricio solían apostar en carreras de caballos y partidas de póker.

Tras devorar con gusto toda la comida, ayudé a Fiona a llevar los platos y las tazas a la cocina mientras tanto los demás buscaban la cinta de una grabación del último episodio de *Monday Night Raw*, un programa de entretenimiento deportivo. Sentí la mirada de Fiona todo el tiempo que estuvimos en la cocina y aunque tuve la sensación de que se moría de ganas por preguntarme sobre mi «relación» con Alessandro, al final no lo hizo.

Cuando regresamos al salón, no pude evitar sonreír al ver cómo Patricio farfullaba cada vez que su luchador favorito recibía una patada o algún puñetazo. En vez de sentarme en el sofá me acomodé en el suelo al lado de Jazmín y *Bebe*, su perrito. Entre pelea y pelea, varias veces mis ojos se encontraron con los de Alessandro, pero ninguno de los dos dijimos nada.

Al cabo de dos horas, me encontraba con *Bebe* durmiendo en mis piernas mientras que Lila y su hermana peinaban a *Peque*, el otro cachorrito. El programa había terminado hacía pocos minutos, de modo que ya no había tanto alboroto como antes y, gracias a eso, pude oír alto y claro las palabras que Marius dijo a Alessandro.

—Irina ha estado preguntando por ti.

Al escuchar aquel nombre de mujer, volví mi rostro hacia Alessandro para no perder detalle de su reacción. Pero él se limitó a asentir, e ignoró mi mirada recelosa.

—La llamaré más tarde —contestó sin dar más explicaciones y volcó de nuevo su atención en la televisión.

Las curiosas respuestas de parte de los demás no se hicieron de esperar. Con el ceño fruncido, observé a Fionna dar una efusiva palmada en la pierna de Marius, mientras Giovanni sacudía la cabeza y farfullaba algo ininteligible entre dientes. Patricio, en cambio, se rio como una hiena.

¿*Quién diablos es Irina?*, me pregunté a mí misma.

Era casi medianoche cuando decidimos que iba siendo hora de partir. Me despedí de las gemelas, que bostezaban sin parar, aunque aún conservaban energía para seguir jugando. Ellas me dieron un cálido achuchón y yo prometí volver a verlas. También agradecí a Fionna una vez más por haberme invitado, y Marius se ofreció a acompañarnos hasta la salida.

Me hallaba caminando codo con codo con Alessandro cuando advertí que los demás se detenían para hablar con más calma, así que antes de darle muchas vueltas a la cabeza, le agarré la muñeca para que aminorara el paso.

—¿Quién es Irina? —le pregunté, porque si no lo hacía iba a estallar.

Se quedó pensativo.

—Una conocida —dijo al cabo de unos segundos.

Al procesar su respuesta, me clavé las uñas en las palmas de las manos. Sabía lo que significaba eso.

—¿La sigues viendo?

—No desde hace unas semanas —respondió con serenidad. Fue en aquel momento cuando me percaté de que no habíamos establecido ningún acuerdo de exclusividad entre nosotros.

—Si vas a llamarla para quedar con ella..., me lo puedes decir.

—Quizás lo haga. —Sonó sincero.

Asentí intentando fingir indiferencia.

—Entonces ¿yo también puedo ver a otros hombres?

Los ojos le brillaron de diversión.

—Puedes hacer lo que quieras. —Asentí otra vez y, a continuación, comencé a caminar. Pero él se interpuso en mi camino. Me agarró la barbilla con una mano y la elevó para que lo mirara —. Pero no quiero que lo hagas.

—Yo tampoco quiero que veas ni llames a ninguna otra. —Su boca se torció en un amago de sonrisa ante mi repentina posesividad. Incluso a mí me sorprendió aquel inusual comportamiento.

—Hecho.

Liberó mi barbilla con delicadeza y, luego, nos desplazamos hasta llegar al Porsche, pero en vez de entrar en el automóvil, me empujó contra la puerta del pasajero y me besó con un hambre voraz. Y yo le respondí con la misma salvaje intensidad. Nuestras lenguas se rozaron infinitas veces, como una sensual danza a la que ambos íbamos a su encuentro. El ritmo de nuestra conexión aumentó con moderación, hasta convertirse en un apetito insaciable. El choque de nuestras bocas se tornó aún más rudo, bestial, e incluso un tanto despiadado.

Mientras me besaba, como si hubiéramos estado separados por mucho más que una semana, me acarició el cuello con suavidad, lo que provocó que una oleada de cosquilleos me recorriera el cuerpo. Me aferré con fuerza a sus hombros cuando sus manos comenzaron a descender y ascender con lentitud, tocándome con desesperación. Haciéndome estremecer de deseo.

Estaba embriagada de lujuria y, a la misma vez, frustrada por no estar tan cerca de él como necesitaba. Y supe que Alessandro sentía lo mismo por la forma en que se apretaba contra mí.

Perderme en momentos como aquellos era demasiado fácil. Y habría seguido devorando sus labios si no hubiera escuchado a alguien aclarándose la garganta, seguido de una risa guasona

cuando intenté sin éxito apartar a Alessandro. Lo empujé varias veces, pero aquello le incitó a sujetarme por la parte trasera de la cabeza. Finalmente, harta de los bufidos y de la chispeante risa próxima a nosotros, le di un impetuoso pellizco en el brazo hasta que se alejó de mí, no sin antes gruñir y matarme con la mirada.

Ignorando su reciente mal humor, me giré para encontrar al taciturno de Patricio y a Giovanni, que trataba en vano de controlar su risa. Ambos habían observado la erótica escena que acabábamos de protagonizar.

Alessandro fulminó con los ojos a Giovanni, quien se puso serio en respuesta, aunque los labios aún le temblaban por el esfuerzo, y luego fijó su mirada en Patricio. Todos permanecemos en un silencio incómodo hasta que Patricio rodó los ojos y empujó a Giovanni por la espalda.

—¿A qué ha venido eso? —indagué una vez que estuvimos a solas.

—Nada. Eres una salvaje. —Se frotó el brazo con un fingido gesto de dolor.

—No te quejes tanto —le reprendí en broma—. ¿Pasa algo con Patricio? —pregunté de la manera más discreta posible.

—Quiere que vaya al bar. Eso es todo.

—Podemos ir si tú quieres —sugerí con un ligero encogimiento de hombros.

Se volvió despacio hacia mí. Ahogué un gemido al sentir el delicado roce de sus dedos en mi rostro.

—Le he visto cada puñetero día. Te aseguro que no me apetece estar con él. —Se acercó un poco más mientras me vigilaba como si fuera un depredador—. ¿Sabes dónde prefiero estar ahora mismo? —murmuró al tiempo que me acorralaba entre sus brazos. Agitada, negué con la cabeza—. Prefiero estar clavado dentro de tu apretado y caliente coño. Ahí es dónde deseo estar.

Detestaba que su presencia me afectara de un modo tan intenso. Me sentía patética la mayor parte del tiempo; humillada de que mi cuerpo le ansiara tanto hasta casi doler. Pero era algo que no podía evitar y que, para ser franca, no hallaba la forma de controlar.

—Dime que tú también lo deseas —musitó con esa voz ronca y áspera que todas las mujeres se derretían al escuchar.

—Lo anhelo —admití.

—Dios... —Me dio un breve beso en los labios—. Eché de menos esto... —Al procesar su propia confesión, arrugó el entrecejo.

Sin darle la más mínima importancia, le rodeé el cuello con los brazos y presioné mis labios contra los suyos, porque, al igual que él, yo tampoco quería reconocer en voz alta cómo me sentía cuando no estábamos juntos.

Alessandro rompió nuestro beso demasiado pronto para mi gusto y, dejándome con ganas de más, meció las caderas hacia delante.

—Deberíamos irnos, a menos que no te importe que te folle encima del capó.

—Creo que a más de un vecino no le haría mucha gracia.

—Estoy seguro de que más de alguno disfrutaría del espectáculo. —Pellizcó uno de mis pechos y, con la mirada fija en la mía, añadió—: Y de las vistas.

Le sonreí.

—No pienso arriesgarme.

—Entonces, vámonos. —Abrió la puerta del copiloto y esperó a que yo entrara. Pero no lo hice. Miré la puerta, después a él y viceversa—. ¿Qué ocurre? —me preguntó con cierta impaciencia.

—Nada, es solo que... ¿desde cuándo eres tan caballeroso? —inquirí con suavidad; no

quería ofenderle ni faltarle el respeto.

Enarcando las cejas, miró su mano con los ojos entornados y, a continuación, cerró la puerta de golpe. Una expresión de sorpresa se reflejó en su rostro.

—Fionna ha echado algo raro en ese café —comentó antes de desaparecer en el interior del coche.

—Sí, claro... —murmuré para mí misma.

Durante el trayecto permanecí enmudecida mientras él conducía con tranquilidad. El sonido de la lluvia, que caía sobre los cristales, era el único intruso que interrumpía nuestro silencio.

—Dispara esa pregunta, Amber —dijo con ironía tras varios minutos. Me desconcertó que pudiera meterse con tanta facilidad en mi cabeza, pero, aun así, no quise desperdiciar la oportunidad de preguntar.

—Marius y Fionna parecen muy felices. —Asintió—. Pero con todas esas mujeres detrás de él..., quizás... ¿Él nunca le ha...?

—¿Sido infiel? —terminó la incómoda pregunta por mí—. No, Amber. Por increíble que parezca, Marius jamás ha tenido la necesidad de estar con otra. Él ama a Fionna.

—Eso es muy romántico.

Resopló ante mi comentario.

—Depende de cómo se mire.

Lo miré estupefacta.

—¿Cuál es tu opinión sobre su relación?

—Ya hemos llegado. —Me ignoró. Cuando volví la vista al frente, advertí que una puerta de altos barrotes empezaba a abrirse. Me tomó unos segundos darme cuenta de que estábamos en su casa y no en la mía como había creído en un primer momento—. Quédate esta noche —me pidió una vez que estacionó el coche delante de la mansión.

No le respondí. No era necesario. Había estado más de un mes esperando un momento como aquel. Esta vez fue mi turno de asentir.

El silencio envolvía la mansión y, como consecuencia, me dio la impresión de que todo parecía más grande, espacioso y extravagante. Aquella ocasión tuve la oportunidad de observar algunos detalles que no logré percibir la vez anterior, como por ejemplo que cada mueble, lámpara y accesorio estaban distribuidos en armonía por las habitaciones. La decoración y el estilo no eran clásicos como en la casa de Marius, pero tampoco moderno. Combinaba ambos estilos, transmitiendo así un toque de confort y elegancia. La mesa del salón comedor era grande y ovalada, de madera oscura. En la sala había varios espejos y retratos de paisajes; algunos de ellos en abstracto. Aquel pequeño detalle hizo que Vicent invadiera mi mente. Desvié mi atención de los cuadros cuando a lo lejos vi dos puertas cerradas conectadas por un pasillo, pero no tuve tiempo de analizar mucho más.

Me cogió de la mano y subimos hasta la tercera planta, en dirección a su dormitorio. Lo miré con curiosidad cuando, una vez que entramos, cerró la puerta con llave.

—Una manía que tengo —se justificó.

«Una más añadida a la lista», pensé.

Sin decir más, me volteé y me quedé embobada mirando la pared cuyo recuerdo era tan placentero. Alessandro se situó detrás de mí al darse cuenta del lugar donde yo tenía fija la mirada y, con suavidad, recogió mi melena y la acomodó en mi hombro derecho antes de enterrar su nariz en el hueco de entre mi cuello. El grave ronroneo que brotó de su garganta causó que me pusiera en alerta.

Abrí los ojos como platos al recordar que había disfrutado de un baño rápido por la mañana, y ya habían pasado más de diez horas de aquello. Con cuidado, giré sobre mis talones y coloqué las palmas de mis manos sobre su pecho.

—Me gustaría tomar una ducha, si no te molesta —murmuré sin hacer contacto visual con él.

—Siéntete como en casa. —Señaló la segunda puerta que no alcancé a ojear la vez pasada.

Cohibida, caminé hacia allí y al girar el picaporte de la puerta, tuve la sensación de estar sumergiéndome en otra dimensión. Era el cuarto de baño más impresionante que mis ojos jamás habían tenido el placer de contemplar. Las baldosas en el suelo eran de mármol negro con vetas blancas y los azulejos, de un blanco crudo perfecto. Del techo colgaban numerosas lámparas, que hacían que la iluminación resaltase cada zona. Y, para que todo fuera aún más impactante, un espejo de cuerpo entero cubría buena parte de una pared. A mi derecha había un lavabo doble de color negro, con su espejo y accesorios a juego, acompañado de una lámpara clásica de candelabros y, a un lado, un asiento de terciopelo. La bañera con jacuzzi incorporado de piedra blanca se encontraba al final de la habitación, y la parte izquierda gozaba de una espaciosa cabina de ducha con hidromasaje.

Una vez que logré dejar de babear sobre el suelo, empecé a desvestirme y dejé mi ropa medio doblada en el taburete. Luego entré en la ducha, abrí el grifo y casi chillé de emoción al sentir los múltiples chorros chocando contra mi piel. Entusiasmada, alcancé el gel de ducha de Alessandro —una botella mediana hecha con productos naturales— y coloqué un poco del líquido en mi mano, a la vez que disfrutaba de la relajante sensación del agua que caía despacio por mi cuerpo.

Tenía los ojos cerrados, regocijándome del placentero momento, cuando escuché la puerta de la cabina abrirse de par en par. Confundida, viré mi rostro y encontré a Alessandro, desnudo, con una semigloriosa erección.

Sintiéndome nerviosa, continué con la tarea de enjabonarme en un fallido intento por ignorar su imponente presencia hasta sentir el suave vello de su pecho en mi espalda. Sus manos cubrieron las mías.

—Ya sigo yo... —susurró antes de depositar un beso en mi mejilla.

Le acaricié los brazos mientras él tocaba mis senos, entreteniéndose bastante con mis pezones turgentes. A continuación, descendió las caricias hasta mis costillas y mimó un momento mi barriga para luego seguir con la deliciosa tortura que se había propuesto. El corazón comenzó a latirme más deprisa cuando sus hábiles dedos tocaron los rizos de mi monte de Venus, y continuó latiendo errático al pensar que me tocaría más abajo, donde sus expertas atenciones eran más reclamadas. Pero hizo algo que jamás hubiera anticipado; se arrodilló detrás de mí.

Sus manos toquetearon mis piernas y, después, tanteó mis muslos de esa manera tan seductora que solo él era capaz de realizar. Trémula, me sobresalté al percatarme de su cálida lengua en mi nalga izquierda y, un momento después, me derretí ante los besos llenos de pasión y erotismo con los que cubrió mi piel. Recreó el mismo grato suplicio en mi nalga derecha y, a continuación, me dio un pequeño mordisco que me hizo gemir.

Entonces, de súbito, dejé de sentirle.

—Alessandro —susurré.

Me giré al no obtener respuesta y, enseguida, le vi... con las rodillas apoyadas en la tarima, masturbándose mientras admiraba mi desnudez. Temblorosa ante la apasionada imagen, apoyé mi cuerpo contra la pared de cristal y, sin reparo, deslicé mis dedos entre mis piernas. Gemí al comprobar mi estado de excitación; con cada roce, mi clítoris palpitaba contra mis yemas. Y me

excité aún más cuando se relamió los labios al entrever mi propia humedad esparcida en mis dedos. Aquella simple reacción en él casi me llevó al cielo.

Los párpados se me volvieron pesados a causa del desenfreno que dominaba cada uno de mis sentidos, y empecé a masajear mi hinchado y sensible clítoris con movimientos apremiantes.

—Detente —me ordenó, pero apenas registré su voz. Sacó mi mano de mi sexo al ver que yo no tenía intención de parar.

Sin apartar su ardiente mirada de la mía, lamió mis dedos uno por uno y, a continuación, me agarró por el trasero. Por mero instinto, le envolví el cuello con los brazos y enrosqué las piernas alrededor de sus caderas. Creí que por fin iríamos a su cama, pero mi espalda se arqueó al notar la fría pared en contacto con mi piel.

—¿Qué... qué estás haciendo?

Sentí la cabeza de su miembro erecto tantear mi entrada.

—Procedo a follarte —respondió divertido ante mi estúpida pregunta. Era obvio lo que estaba a punto de hacer.

—Ve a buscar un condón. No tomo la píldora —murmuré asustada.

—No me correré adentro.

Negué frenética con la cabeza.

—No sabes que antes de llover chispe... ¡Ahhh! —No conseguí acabar la frase, pero no porque estuviera aterrada, sino porque piel con piel era una sensación fascinante.

Gemí ruidosamente. Alessandro empezó a moverse a un compás enérgico, golpeando en lo más profundo de mi vulva. Descontrolada por completo, le arañé los bíceps y repetí el mismo ritual cuando de su garganta brotó un sensual gruñido.

—¿Quieres que me detenga? —inquirió a la vez que aumentaba la intensidad de sus embestidas. Dejé caer la cabeza hacia atrás, entregándome a la lujuria. Como no le respondí, pellizcó con fuerza uno de mis pezones. Grité de regodeo—. Mírame, Amber, y contesta a la maldita pregunta. ¿Quieres que deje de follarte? —me preguntó de nuevo entre gemidos.

—No, no quiero —musité mirando su arrebatador rostro. Acerqué mis senos hacia su pecho, cubierto de agua y sudor, para restregarme como una gatita contra él.

Con la respiración agitada se quedó quieto antes de decir:

—Puedo hacer que te sientas mejor. —Sus provocadores ojos chispearon tras pronunciar aquella frase cargada de deseo mientras varias gotas de agua, que caían de nuestros enmarañados y húmedos cabellos, descendían por nuestras mejillas y se perdían en algún lugar recóndito a nuestros pies.

—Entonces, hazlo... —Aprecié sus manos en mis nalgas y aunque intuía lo que estaba insinuándome, no dudé en repetir—: Hazlo, Alessandro.

Sobresaltada, grité de conmoción al sentir un dedo introduciéndose en mi arrugado agujero. A veces Alessandro hacía las cosas a lo bestia, casi sin ser consciente de ello.

—Des... despacio. Yo nunca... —Callé para respirar hondo. Dolía y molestaba una barbaridad, pero, sin embargo, no quería detenerle.

—Shhh, relájate. —Intentó tranquilizarme, pero no pude. Al contrario, notar el dichoso dedito moviéndose solo lograba que me tensara más. Como si entendiera mi incomodidad, y sin extraer su dedo, cesó de hurgar en mi interior—. Masajea tu clítoris.

Realicé lo que me pidió durante algunos segundos, y mis músculos empezaron a relajarse de nuevo. Mi excitación regresó y, entonces, disfruté de sus constantes y firmes estocadas junto con la fricción de mis yemas, que se deslizaban por mi palpitante clítoris. Fue en ese momento

cuando advertí que su dedo entraba y salía de mí con delicadeza, pero en esa ocasión no hubo dolor; al menos no de una manera insoportable. Al revés, aquello causó que me calentara todavía más.

El corazón me golpeaba en el pecho a un ritmo frenético. Mis gemidos se hicieron más sonoros al tiempo que comenzaba a temblar y a contraerme alrededor de su pene.

—Oh, joder... —sollocé de placer. Escondí mi rostro en su cuello mientras sentía los primeros espasmos—. Me estoy corriendo..., Alessandro...

Mi cuerpo se dejó ir. Fui arrastrada por un orgasmo tan intenso que hizo que los ojos se me pusieran en blanco. Él continuó penetrándome sin piedad, lo que desencadenó en mí un segundo orgasmo, tan poderoso y placentero como el primero. Después de unas cuantas vehementes embestidas, extrajo su dedo y me agarró con firmeza por las caderas en busca de su propia liberación. Antes de perder el control, se salió de mi interior y con su puño entre nuestros cuerpos, se masturbó de una manera bestial.

No pude apartar mi mirada de él, a pesar de que Alessandro tenía la cabeza echada hacia atrás y los labios entreabiertos. Se estimuló a sí mismo por pocos segundos y gruñó como un animal cuando varios chorros de semen rociaron mi estómago y mis pechos. Tras derramarse en mi piel, lo abracé con fuerza al sentir mi cuerpo volviéndose laxo y saciado, y él no hizo amago de apartarme ni dejarme sobre mis pies. Al contrario, me mantuvo apretada entre sus brazos mientras ambos intentábamos recuperar la calma.

En aquel instante me sentía tan bien, tan a gusto, que estaba a punto de quedarme dormida cuando oí su voz.

—Algún día querré tomarlo todo de ti. —Sabía a lo que se refería, pero lo único que de verdad me atemorizó fue tener la certeza de que no me opondría a que hiciese conmigo lo que le diera la gana. Le di un beso en la garganta a modo de respuesta—. ¿Tienes sueño? —Asentí bostezando—. Déjame que limpie el desastre que he ocasionado en este hermoso cuerpo tuyo y, luego, podremos irnos a dormir.

Alessandro me trató con mucha ternura. Limpió mis partes íntimas y el semen que resbalaba por mi piel; después, me secó lo mejor que pudo con una toalla, puesto que yo seguía lánguida entre sus brazos, y cargó conmigo hasta la cama. Incluso me cubrió con las finas y delicadas sábanas.

Mientras descansaba en el colchón, vi cómo se recostaba al otro lado de la cama, tal y como siempre solía hacer. Sin poder aguantar ni un segundo más, cerré los ojos tras oírle murmurar:

—Buenas noches, *gatita*.

El sonido de mi móvil interrumpió nuestro plácido momento. Dándome prisa, agarré el aparato que yacía en la mesita de noche y leí en la pantalla «Mamá».

—Es mi madre. Tengo que contestar.

—Te espero —dijo Alessandro acomodando sus manos entrelazadas detrás de la cabeza.

Salí de la cama, recogí del suelo la camiseta blanca de Alessandro y me la puse mientras caminaba hacia al baño. A continuación, cerré la puerta del majestuoso cuarto y presioné el botón de aceptar llamada.

—Hola, mamá —contesté radiante.

—Amber... —murmuró ella con voz ahogada—. Amber, tu hermano... Mi niño...

Mi corazón dejó de latir. Mi cara palideció.

—¿Qué pasa, mamá? Me estás asustando.

La voz me tembló al presentir que mi peor pesadilla estaba a punto de hacerse realidad, y deseé jamás haber formulado aquella pregunta porque lo único que me proporcionó fue una desolación inimaginable.

—David ha muerto... Lo apu... apuñalaron ayer por la noche... —explicó entre sollozos.

Mi cuerpo cayó al duro mármol del suelo. Mis piernas no pudieron soportar mi propio peso y mientras varias lágrimas cargadas de tristeza descendían veloces por mis mejillas, me ahogué en mi propio llanto al experimentar una gran contricción en mi pecho.

—Dios mío... —*Respira, Amber*—. No, no puede ser. Se suponía que estaba protegido y vigilado ahí adentro. ¡Por favor, dime que esto no es real! —grité sin importarme nada. Ya nada lo hacía si David había muerto.

—Reconocí su cadáver esta mañana... Amber, tienes que volver a casa. Te lo suplico. Me niego a perder a mi hija también. Te necesito conmigo antes de que me vuelva loca.

—Volveré, te lo juro —le aseguré—. Te lo juro, mamá, no me perderás.

Después de colgar permanecí llorando en el suelo durante varios minutos hasta que me obligué a calmarme. Me puse de pie con cierta dificultad y, a continuación, abrí el grifo para mojar mi cara enrojecida por el llanto. Intenté que mi lamentable estado no fuera evidente, pero desistí al comprobar que era ridículo siquiera intentarlo.

Inhalé y exhalé repetidas veces y me armé de valor para hacer frente a lo que me encontraría una vez que abriera la puerta. Y cuando lo hice y mis ojos se encontraron con los suyos, lo supe. Él lo sabía.

Alessandro me había descubierto.

—¿Ocurre algo? Te oí llorar —preguntó fingiendo estar preocupado por mi malestar, aunque en realidad no lo estaba.

Caminé de vuelta hacia la cama y, dándole la espalda, respondí:

—Mi tía Herminia ha muerto. —Un sollozo escapó de mis labios tras pronunciar la última palabra. Las lágrimas volvieron a aparecer.

—Lo siento —murmuró mientras me envolvía entre sus brazos—. Lo siento...

Debería haberle empujado. Debería haberle apartado de mi lado. Debería haber gritado todo lo que conocía y opinaba de él; poner todas las cartas sobre la mesa a pesar de las consecuencias que aquello podría traer. Pero no dije ni hice nada.

Sintiéndome una desgraciada y sobre todo una cobarde, acepté aquel instante de paz que él me ofrecía, porque, aunque lo odiaba con toda mi alma, era la única persona que en ese momento tenía conmigo. Solo él era capaz de consolarme. Solo él poseía una capacidad especial para calmar mi ansiedad. Y esa misma persona acababa de arrebatarme lo que yo más quería en este mundo. Alessandro había ordenado la muerte de David.

Capítulo 11

Amber

Pestañeé un par de veces antes de que mis ojos se abrieran por completo. Pero por mucho que intenté controlar mi corazón, que latía con una fuerza sobrehumana, fracasé. Fue una tarea inútil. Sentí morir. Sentí que no podría seguir adelante.

Toqué mi rostro con dedos temblorosos y, enseguida, noté la humedad concentrada en mis pómulos a causa de la vívida pesadilla. Porque eso era lo que había sido todo; tan solo un horrible y siniestro sueño. O, tal vez, una predicción; un recordatorio de lo que podría suceder si él llegara a descubrirme. Debía tener presente que Alessandro no dudaría en acabar con la vida de mi familia o, incluso, con la mía. Debía recordar qué clase de persona era él, sin que me importara la opinión de mi cuerpo, la cual discrepaba bastante de mi sentido común. Pero ¿qué clase de persona era yo? ¿Cómo podía sentirme de esa irracional manera con un asesino? Quizás ambos teníamos más similitudes de las que yo había querido creer.

Me encontraba en un punto extremo, sin fiarme de quien en alguna ocasión presumí ser, porque ya nada de lo que pasaba por mi mente tenía mucha lógica. Toda esa situación, esa loca y macabra situación, estaba consumiéndome. Estaba agotada. Pero no era un cansancio físico, sino mental y emocional. El peor de todos.

Cuando sentí una fina y delgada lágrima rodar por la pálida piel de mi cara, la sequé con el dorso de la mano antes de que la serpenteante gota cayera por mi barbilla. Por primera vez, en todo ese tiempo, agradecí que Alessandro no se encontrara en la habitación. Di las gracias a que él nunca se quedara conmigo.

Respiré profundo y, a continuación, miré a mi izquierda. No hallé nada en la superficie de la mesita de noche; mi móvil no estaba ahí. Me levanté de la cama, sintiendo mi cuerpo mucho más pesado que de costumbre, y la sábana cayó a mis pies, dejando al descubierto mi desnudez; no había ninguna camisa blanca en el suelo. Aun así, no estando del todo convencida, busqué mi bolso por la habitación hasta encontrarlo encima de la cómoda. Abrí el registro de llamadas y revisé las últimas recibidas. No tenía ninguna de mamá.

Exhalé un suspiro de alivio, pero la pesadilla había sido tan real que tuve que salir corriendo hacia el cuarto de baño; abrí la tapa del retrete y vomité hasta que mi estómago quedó desocupado. Pero incluso cuando ya no había nada que devolver, mi cuerpo se negó a tranquilizarse y continué teniendo fuertes arcadas y violentas convulsiones. Mis ojos se tornaron aún más vidriosos y enrojecidos.

Con la garganta adolorida y tras varios minutos tolerando aquel malestar, conseguí ponerme de pie y tiré de la cadena. Cogí la pasta de dientes de Alessandro, eché una buena cantidad en mi boca y el sabor a menta no tardó en acariciar mi lengua. A continuación, entré en la cabina para disfrutar de una larga y caliente ducha.

Para cuando estuve vestida, con la cara lavada y serena, ya eran casi las 09:30 de la mañana. Me colgué el bolso del hombro y, a continuación, descendí por las escaleras hasta la planta principal. La casa estaba inmersa en un escalofriante silencio. Creí que me encontraba sola, así que, en vez de avanzar hacia el comedor o la cocina, viré a mi derecha y caminé por un pasillo que parecía no tener fin. Recordaba muy bien que allí había dos puertas.

Me detuve frente a una de ellas e intenté abrirla, pero no tuve éxito. Para mi desgracia, estaba cerrada con llave. Probaba suerte con la segunda puerta cuando alguien confirmó mis sospechas.

—Ambas están cerradas —dijo una voz que detestaba más y más cada día de mi existencia.

Giré sobre mis talones y miré su expresión taciturna de manera desafiante, aunque no me sentía valiente en absoluto.

—Buscaba a Alessandro.

—Puedes apreciar que no está aquí. —Intuí que no había creído mi pobre excusa—. Se encuentra en el comedor. Te espera para desayunar.

—Gracias, Patricio —respondí en tono agrio.

Esquivé su enorme cuerpo cuando no se movió ni un mísero centímetro para dejarme pasar. Y no teniendo suficiente con intimidarme con su musculatura, me siguió hasta que entré en el comedor.

—Buenos días.

Alessandro estaba sentado, con una taza de café a su derecha, leyendo el periódico. Me senté en la silla más próxima a él.

—Buenos días. Come lo que quieras —dijo y, a continuación, dobló el periódico.

—No te encontraba y me perdí —comenté como si fuera un acontecimiento casual. No iba a permitir que Patricio echara tierra sobre mí.

—Es comprensible. Esta casa es enorme —acotó antes de dar dos sorbos a su café para luego volver a leer.

Aliviada, eché un vistazo a mi alrededor. La mesa estaba cubierta de cosas riquísimas y debido a que tenía el estómago vacío, me lancé veloz a por un cruasán con relleno de chocolate.

—¿Tú no comes? —le pregunté con la boca llena a la misma vez que servía zumo de naranja en un vaso.

—¿Disculpa? —Me miró por encima del papel. No pude responderle porque continuaba masticando, así que señalé la comida y después a él esperando que entendiera mi pregunta—. Ya he desayunado.

Asentí y, a continuación, seguí a lo mío. Todo estaba buenísimo. Hasta ese momento no me había dado cuenta de lo hambrienta que me encontraba. Iba a coger un tercer bollo cuando me fijé que Alessandro observaba atento cada una de mis acciones.

—Me encanta el chocolate —murmuré con timidez, sintiendo la necesidad de justificarme.

Di un bocado más pequeño y mastiqué con moderación. Eso no era apetito, sino ansiedad.

—Ya lo veo. Puedes comer todo lo que hay —dijo con sarcasmo, apuntando la comida con la barbilla. Sin poder apaciguar mi temperamento, tiré de forma violenta lo que quedaba del bizcocho a la mesa—. ¿A qué viene ese arrebatado de cría?

—¿Por qué cojones te burlas de mí? —le pregunté entre dientes, aunque no podría decir si

estaba refiriéndome al «tema-desayuno» o a otra cosa.

—No lo hago, pero es divertido que un cuerpo tan pequeño tenga un estómago tan grande.

Su comentario me enfureció aún más.

—No todos somos perfectos como tú —me mofé a la vez que hacía un gesto despectivo con la mano. Él era todo menos perfecto.

Se levantó de la silla y cuando llegó a la mía, la giró con bastante brusquedad. Se acercó a mí hasta que su rostro estuvo a pocos milímetros, tan cerca que nuestras narices casi se rozaban.

—¿Con quién coño crees que estás hablando? —preguntó con tanta calma que se me puso toda la piel de gallina.

—Eres un auténtico gilipollas —espeté sin amilanarme.

Sonrió ante mi comentario y, a continuación, comenzó a lamer los bordes de mi boca para saborear los restos de chocolate. Una vez satisfecho, me miró por un breve momento y, después,ladeó la cabeza para besarme. Pero las imágenes de mi sueño seguían reproduciéndose una y otra vez en mi cabeza.

Sin poder evitarlo, esquivé el beso. El pulso se me aceleró al ver su cara ensombrecida por la rabia. Alessandro no se dio por vencido y lo intentó una segunda vez, pero eché mi cabeza hacia atrás. Sin estar para nada contento con mis negativas, intentó colar su mano por debajo de mi suéter.

Exhalé con fuerza y, a continuación, cerré los dedos alrededor de su muñeca.

—No —dije con determinación, decidida a no ceder.

—¿Ahora qué cojones sucede? —Cualquier rastro de tranquilidad se había evaporado. Como no le di una respuesta, tomó ambos lados de mi cara entre sus dedos y me obligó a volver a poner mis ojos en los suyos—. Cuando te hablo, espero que no rehúyas mi mirada.

—Y cuando te digo que no, espero que no te comportes como un niño malcriado. Pensé que eras un hombre, Alessandro —solté en tono mordaz, tanto que incluso yo me sorprendí.

Algo le nubló el semblante. Dio un paso hacia atrás y se alejó como si acabara de recibir una bofetada. Su expresión corporal pasó de ser relajada a la defensiva.

—Te llevaré a casa cuando termines de desayunar. —Su voz sonó distante.

—Estoy lista.

Apenas pronuncié esas dos palabras, salió del comedor como alma que lleva el diablo y yo le seguí en silencio, sin atreverme a articular ningún sonido.

No hablamos en todo el trayecto a casa. Ni siquiera nos miramos. No entendía qué le había molestado más: si mi frialdad al dirigirme a él o mi rechazo. Cuando aparcó el coche a un lado del bordillo, no me despedí de él. Y por su parte, no esperó a que yo entrara en el portal. Al contrario, enseguida aceleró de manera agresiva para reincorporarse al tráfico.

Tras subir las tres plantas por el ascensor, cerré la puerta principal de un puntapié y me dejé caer en el sofá, respirando agitada a causa de la adrenalina que recorría todo mi cuerpo. Con manos trémulas, abrí el bolso y saqué el móvil para telefonar a mamá. Ella no contestó a la primera llamada, lo que provocó que me alterara aún más.

Llamé otras dos veces hasta que por fin respondió.

—¿Mamá, estás bien? —pregunté con presura.

—Sí, estaba en la ducha. ¿Ocurre algo, Amber? Te noto inquieta.

—¿No ha pasado nada extraño? ¿David se encuentra bien?

—Sí, cariño. Estaba a punto de arreglarme para ir a hacerle una visita. ¿Qué ocurre? —volvió a preguntar.

—Nada..., solo tuve una pesadilla espantosa —musité con lágrimas en los ojos—. Pero fue tan real...

—Intenta tranquilizarte, ¿vale?

—Vale. —Fue lo único que fui capaz de decir.

—Mira, hagamos una cosa. Vas a calmarte y a distraerte un poco, y yo te prometo que, en cuanto vuelva a casa, te llamaré para contarte cómo está David.

—Me parece un plan perfecto. —Sonreí a pesar del nudo que tenía en la garganta.

—Te quiero mucho, cariño.

—Y yo a ti, mamá.

No me moví del sitio después de colgar. Me quedé allí, pensando qué hacer. Me sentía impotente por no poder acelerar todo aquel proceso; algo que ni siquiera había ocasionado yo; nada de lo que estaba sucediendo era por mi culpa.

Mientras permanecía inmóvil, recordé las palabras que Jorge Gómez me dirigió antes de que me marchara de su despacho. Podía abandonar en cualquier momento y volver a casa..., a una casa con una familia rota. Pero si lo hacía ¿qué clase de hermana sería? Dejando a mi hermano tirado, esperando que su destino se apiadara de él. ¿En qué clase de persona me convertiría? Hacerle eso a mi propia sangre cuando estaba en mis manos que las cosas fueran distintas; cuando había una posibilidad, aunque remota, de cambiar el rumbo de los acontecimientos. No podía acobardarme. No ahora que, poco a poco, estaba involucrándome en el entorno de Alessandro. Lo único que en esos momentos podía hacer era intentar conseguir algo que anhelaba con todas mis fuerzas.

Me levanté del sofá y, a continuación, fui hacia el dormitorio para buscar el segundo móvil. Llamé a Ramírez.

—Quiero hablar con el señor Gómez.

Crucé los dedos mientras caminaba de regreso al minúsculo salón.

—Sabes que no puede ser —replicó Ramírez—. Si sucede algo, puedes decírmelo.

—No es eso... Solo quiero preguntarle si hay alguna posibilidad de que mi hermano salga de prisión antes de lo acordado. Yo seguiría en el caso —añadí.

Un incómodo silencio inundó la línea.

—Lo siento, Amber. Eso no puede...

—¿Sabes una cosa, Ramírez? —lo interrumpí; sabía lo que iba a decirme—. ¡Esto es injusto! ¡Vaya puta mierda! —maldije a la vez que pateaba con saña una silla situada cerca de mi alcance.

—Si no puedes continuar, retírate. —Escuché la voz de Jorge Gómez.

—Eres un hijo de puta —gruñí—. ¿Cuál es el maldito problema si mi hermano sale de la cárcel? ¡Todavía me tendrías!, o ¿es que no lo entiendes?

—Si hiciera eso con todos los criminales, las prisiones estarían vacías.

—David no es un criminal. Cometió un error.

—Un error que debe pagar. ¿Sigues o lo dejas, Amber?

—¡Vete a la mierda! —solté sofocada por la ira.

Estaba tan enfadada que no me molesté en analizar mi comportamiento ligeramente agresivo.

—Tomaré tu respuesta como un «Me quedo». Te paso con el agente Ramírez.

Exhalé con furia.

—Deberías emplear otro lenguaje. —Me reí sin ganas ante su regañina.

—¿Ahora te preocupa mi vocabulario? Preocúpate más por mi salud mental, porque te lo

digo en serio... me estoy volviendo loca.

—A lo mejor podría contactar con la...

—No, eso no me será de ninguna ayuda.

En aquel instante lo único que podía ayudarme era odiar completamente a Alessandro, sin tener esa débil y desconcertante necesidad de tenerle. De estar con él todo el tiempo. De permanecer a su lado.

Las siguientes dos semanas avanzaron con fluidez. Tras aquella espantosa mañana, mi relación con Alessandro siguió siendo la misma de antes. De hecho se comportó como si nada hubiera pasado, y nunca tocamos el tema de la pequeña discusión que tuvimos.

Por otro lado, no volví a ponerme en contacto con el señor Gómez, pero, muy a mi pesar, no pude hacer lo mismo con el agente Ramírez. Aunque nada interesante había ocurrido en esos catorce días, tenía que informarle acerca de mis avances. El problema era que no había habido ninguno. Mis visitas a la mansión no eran muy frecuentes, y aún no había podido averiguar qué ocultaban aquellas dos puertas misteriosas. Además tampoco podía merodear por las esquinas porque Patricio, quien prácticamente era un grano en el culo, estaba siempre vigilando. Sobre todo cuando yo estaba presente; tal y como sucedió en una tarde levemente nublada.

Me encontraba en la opulenta sala de estar, acariciando distraída un mueble de madera oscura con repisas de cristal, ya que Alessandro había recibido una llamada telefónica hacía pocos minutos. Abrí las puertas del mueble, ignorando la cabeza de Patricio que se asomaba en el marco de la entrada, y con mucho cuidado toqué las delicadas piezas que reposaban en el fino vidrio. Se trataba de unas copas, como las de vino, pintadas en color verde, blanco, rojo y... ¿oro? No estaba segura de si aquel color dorado era oro.

Dejé la reliquia en su lugar correspondiente y cerré el mueble con suavidad, pero al sentir una mano en mi hombro, di un respingo del susto y me volteé con torpeza.

—¡Me has asustado! —exclamé colocando la palma de mi mano sobre mi pecho.

—Ya es la segunda vez que te pillo fisgoneando.

Alessandro intentó parecer enfadado.

—No digas tonterías. Además, para tu información, tu amigo se ha encargado muy bien de vigilarme. —Levanté un poco la voz para que Patricio pudiera oírme desde el vestíbulo.

—Entonces, ¿qué hacías?

—Observar todo el lujo que te rodea y... también buscaba alguna foto tuya. ¿Por qué no tienes ninguna? —Me miró como si me hubiera crecido una segunda cabeza—. ¿Ni siquiera de tu infancia?

—No. —Se encogió de hombros.

—¿Por qué?

Resopló con cansancio y, a continuación, fue hasta la barra llena de bebidas alcohólicas, sin responder a mi pregunta. Agarró una botella, cuyo contenido era un líquido marrón, y llenó el vaso sobrepasando la mitad.

—Quizás porque no tuve infancia —contestó con desdén, quitándole hierro al asunto—. No hay recuerdo alguno que quiera conservar impreso en un trozo de papel. —Bebió su copa de Armañac de un solo trago antes de caminar de vuelta en mi dirección, mientras yo trataba de digerir su respuesta—. No me gusta hablar de esto, Amber.

Debido al tono gélido de su voz, supe que lo mejor sería cambiar de táctica. Me senté en el

sofá y lo miré a los ojos, queriendo mostrarle una parte verdadera de mí; un diminuto fragmento de Amber Montalván.

—Mi padre murió cuando yo tenía cuatro años. —Su rostro no cambió de expresión—. Y lo único que conservo de él son tres fotografías... ¿Sabes? Siempre he deseado tener algún recuerdo suyo.

—¿Qué hay de tu madre?

—Es una buena madre. Ella siempre ha cuidado de mí —y *de mi hermano*, quise agregar—. ¿Y la tuya? Nunca has mencionado a tus padres.

Tomó asiento a mi lado y apoyó el brazo en el respaldo del sofá.

—No conocí a mi padre. En realidad nunca supe quién era. —Calló por un segundo—. Respecto a mi madre..., digamos que no era como la tuya.

—¿Era? —le pregunté en voz baja.

—Murió. —Ansiaba preguntarle cómo, pero él despejó mi duda—: En un accidente. —Se apretó el puente de la nariz y, a continuación, dijo—. No me apetece seguir hablando de esto.

—Vale... Solo quiero conocerte mejor. —En cierto modo, deseaba conocerle a fondo; averiguar si había algo de bondad albergando en su interior—. ¿Algún día? —inquirí, esperanzada.

—Algún día —acotó con el ceño fruncido. Sonriendo, me puse de pie y tomé su mano para tirar de él—. ¿Qué haces?

—Vayamos al cine. ¡Oh, no me mires así! ¡Es San Valentín!

—Yo no celebro esa chorrada.

—No seas un aguafiestas. —Di una patada infantil en el suelo.

—Amber, nosotros no...

—El Día de San Valentín es también el día de la amistad. No me jodas, Alessandro. Seguro que me consideras tu amiga después de todo este tiempo. —Sonreí de nuevo, e intenté no pensar demasiado en lo que había estado a punto de decirme.

No confirmó si, según su juicio, ya éramos amigos o no. En cambio, atrapó mi mano con la suya mientras sacudía la cabeza y, a continuación, subimos por las escaleras hasta la segunda planta. Al darme cuenta de hacia dónde nos dirigíamos, resoplé molesta.

—Dije al cine —protesté cuando entramos en la habitación de entretenimiento.

—Esto es mucho mejor que el cine. —Me miró por encima del hombro, como si estuviera loca por no estar satisfecha. Y quizás debería de haberlo estado, pues la sala era espectacular, con una pantalla enorme, asientos de piel y una mesa de cristal en el centro. Alessandro abrió un mueble atiborrado de bolsas de patatas fritas, botes de aceitunas y otros tentempiés. En la esquina derecha había una pequeña nevera con bebidas; los platos y los vasos estaban ubicados en las repisas—. Sirve de todo un poco. Voy a cambiarme.

Eché una buena porción de patatas en un cuenco, abrí una lata de Coca-Cola y coloqué todo en la mesa. A los pocos minutos Alessandro regresó a la habitación, vistiendo un pantalón deportivo gris y una camiseta blanca de manga corta. Andaba descalzo, ya que la casa entera disponía de un sistema de calefacción instalado en el suelo.

Mientras él se desplazaba hasta una estantería para sacar una película de su colección de DVD, dejé mis botas en un extremo antes de acomodarme en el sofá. Alessandro puso la película en el reproductor, después se dirigió hacia las cortinas para correrlas y, por último, apagó las luces. En cuanto se sentó a mi lado, me arrimé a él y al instante sentí su calor infiltrarse bajo mis poros.

La habitación estaba totalmente a oscuras, pero, sin embargo, aún podía notar su mirada fija en mí.

—Mañana me ausentaré por tres días —comentó en un murmullo. La película ya había comenzado.

—¿A dónde vas?

—Al sur —respondió sin entrar en detalles—. Te avisaré cuando esté de vuelta.

Situé el cuenco entre sus muslos y, a continuación, me adueñé de un puñado de patatas.

—Vale.

Exhalé un suspiro. En otras circunstancias me hubiera apenado estar tres días sin él, pero esa vez no fue así. Tenía otros planes en mente. Sabía con exactitud dónde quería pasar las siguientes horas.

—Me lo debes o, mejor dicho, me lo debéis —discutí por enésima vez. Mis dedos sostenían el teléfono con firmeza.

—Te lo repito: lo que estás pidiéndonos es peligroso y muy arriesgado, o ¿acaso crees que Alessandro no tiene contactos en cualquier sitio?

—No me digas —ironicé—. Ramírez, eres un hombre inteligente. Estoy convencida de que puedes manejar este asunto sin ningún problema.

—¿Por qué tienes tanta urgencia en ver a David?

—Llevo meses sin verle. Ni siquiera pude despedirme de él. Y ahora estoy de mierda hasta el cuello. Jorge y tú me habéis negado todo lo que os he pedido. No podéis negaros a esto también.

Estaba harta de oír negativa tras otra.

—Amber, si te ven entrando... Nadie puede verte con él.

—Entonces haz algo, Ramírez. Mañana llegaré a Barcelona. Te estoy informando, no te estoy pidiendo permiso.

Aguanté la respiración, esperando que aceptaran mi petición.

—Hablaré con el agente Mata para que se ponga en contacto contigo. Eres una cabezota. — Colgó.

Conforme con la concisa respuesta, arrojé el móvil encima de la cama y situé el portátil sobre mis piernas. Tenía la página de Renfe abierta, así que comencé a buscar el horario que más me convenía hasta encontrar un billete del AVE a las 07:00 de la mañana.

Aquel día era el primero en que Alessandro estaba lejos de Madrid, de modo que me quedaban dos días restantes para ver a mi familia. Mi plan parecía peligroso, pero era un riesgo que estaba dispuesta a correr. Sería lo más cautelosa y precavida posible. Por esa razón no había llamado a mamá para avisarle de mi llegada, aunque, para ser sincera, no quería ir con ella a visitar a mi hermano. Aquello era algo que debía hacer por mí misma.

En la noche anterior había encontrado un hotel cerca de Villa de Gracia y reservado una habitación individual. Mi propósito era quedarme en el barrio por un día y medio antes de retornar a Madrid. Sonreí con tristeza. Tendría tiempo suficiente para realizar todo lo que me había propuesto.

Eran las 10:10 de la mañana cuando llegué al hotel. Había llamado a un taxi para ir hasta la

Puerta de Atocha, e hice lo mismo en la estación Barcelona-Sants. Tiré al suelo la bolsa con ropa que había traído conmigo y me acurruqué en la cama. Estaba cansada. Apenas había podido conciliar el sueño por la noche y aunque en el tren logré echar una breve cabeceada, aquello no me impidió volver a dormir como un lirón hasta que el agente Mata telefoneó a mediodía.

Una vez despierta, tomé una ducha antes de bajar y esperar en el vestíbulo del hotel. En cuanto vi su coche aparcar en el exterior, entré rápido en el automóvil.

—Amber —dijo a modo de saludo.

El agente Mata era un hombre muy sereno y siempre hablaba de manera educada, algo que no podía decir de su compañero de trabajo.

—Agente Mata. —Utilicé el mismo tono cortés a la vez que inclinaba la cabeza, sin quitarme en ningún momento la gorra de béisbol que llevaba puesta.

Al contrario que el resto de su equipo, el agente Mata había permanecido en Barcelona y durante el camino a la prisión, charlamos sobre algunas novedades que el agente Ramírez no se había tomado la molestia de comunicarme.

Me comentó que, después del arresto de David, el supuesto intento de Alessandro por dominar la costa noroeste de España había desaparecido. Ni rastro de la organización italiana tratando de establecer sus redes por la zona. Al revés, los carteles sudamericanos peleaban unos con otros para conquistar el territorio de Cataluña; una lucha constante y sanguinaria entre bandas rivales en la cual no había ninguna parte victoriosa. La tasa de criminalidad había ascendido un 15 % desde entonces.

Pero ni Alessandro ni su grupo habían intervenido en esa guerra de autoridad y abuso de poder. Era algo desconcertante porque, a mediados del año pasado, ese había sido el propósito principal de la mafia italiana: extender su poderío por todo el nordeste de la Península española. A pesar de ello, Alessandro no había hecho acto de presencia ni parecía tener intención de hacerlo, como si supiera que estaba siendo vigilado por la policía.

—Ojalá pudiera meterme en su cabeza para conocer todos y cada uno de sus planes. —Había dicho el agente Mata mientras conducía con tranquilidad. En muchas ocasiones, yo también había deseado lo mismo; ansiaba saber por qué teniendo tanta riqueza quería seguir abarcando más. ¿Por qué tenía esa constante necesidad? Aquella pregunta sería algo, entre otras muchas cosas, que nunca llegaría a entender.

Cuando aparcamos en el centro penitenciario Brians 1, el corazón me latía con mucha fuerza en el pecho. El sudor resbalaba con una agonizante lentitud por mis sienes, aunque afuera hacía bastante frío. Lo que más me acongojaba era desconocer las condiciones en que encontraría a mi hermano; algo que no me atreví a preguntar al agente Mata.

Nada más puse un pie dentro de la prisión, me cachearon de arriba abajo y tuve que pasar por el detector de metales; también abrí mi bolso para que pudieran revisarlo y mostré la documentación solicitada. Pensé que me llevarían a las típicas cabinas, donde tendría que esperar una eternidad para ver a David, pero me equivoqué. Un guardia, bastante corpulento, nos condujo por un sinfín de pasadizos. Mientras caminaba cerca de él y del agente Mata, nos topamos con varios presos, que estaban siendo llevados a sus celdas.

El aire en aquel lugar se sentía cargado de malas vibras. Respirar era una tarea dificultosa.

En sumo silencio avanzamos por un pasillo angosto y, después de varios pasos, giramos a la derecha. En un rincón del espacio había otro guardia, que se encargaba de monitorizar múltiples pantallas de seguridad, y en el centro del corredor se hallaba una puerta blindada de hierro, que conducía a otro pasadizo mucho más oscuro que el anterior.

—David Montalván —informó el guardia que nos guiaba.

El segundo oficial revisó un cuaderno abierto, que yacía encima de la mesa, y afirmó con la cabeza una vez que hubo comprobado el nombre. Escribió algo en una de las páginas, luego presionó un botón y, enseguida, la puerta de barrotes gruesos se abrió.

Anduvimos unos cuantos metros más hasta detenernos delante de una puerta gris. El guardia sacó un manajo de llaves de su bolsillo, buscó una con una pegatina azul y abrió. Con un sutil gesto, nos indicó que pasáramos adentro.

Vacilante, me interné en la habitación y, de súbito, volví a respirar con normalidad; sobre todo cuando le vi sentado frente a una mesa blanca.

Se me contrajo el corazón.

David vestía una camiseta negra de manga larga y unos pantalones deportivos del mismo color. Tenía ambas manos esposadas, apoyadas en la superficie de la mesa. En una esquina me percaté de la presencia de otro guardia de seguridad, que iba armado de pies a cabeza.

Al notar nuestra presencia David giró su rostro y se puso de pie con cierta tirantez, como si alguien hubiera tirado de él. El pecho se le expandió al respirar hondo mientras me observaba con ojos vidriosos.

No pudiendo aguantar más esa agonía, me quité la gorra de un brusco tirón y, a continuación, corrí veloz hacia él. Lo abracé con desesperación.

—¿Amber? —preguntó con medida.

—Te he echado tanto de menos... —susurré entre sollozos contra la rasposa tela de su camiseta. Me costaba creer que por fin estuviéramos juntos.

—Y yo a ti, pequeña —respondió con voz amedrentada.

Me alejé lo mínimo de él y, después, miré suplicante al agente Mata. Los otros dos guardias escudriñaban la escena con rostros impassibles.

—¿Podéis quitarle las esposas, por favor?

Nadie dijo ni hizo nada hasta que el agente Mata asintió a uno de los oficiales. Cuando las manos de David fueron liberadas, nos envolvimos en un abrazo de oso a la vez que procurábamos ignorar el desconsuelo de saber que la visita se acabaría en cuarenta minutos.

—Perdóname por todo. Lo siento mucho, Amber —suplicó.

—No hay nada que perdonar... Todos cometemos errores —repetí las mismas palabras que nuestra madre le había dicho el día del juicio.

—No, Amber. —Me sujetó por los hombros para que pusiera mi mirada en sus hermosos ojos marrones—. Nunca debí juntarme con esa gente.

—¿Por qué? —No pude evitar formular la famosa pregunta que cada día rondaba por mi mente—. ¿Por qué lo hiciste?

—Por dinero... —Se rio con tristeza—. Por pensar que podría dejar ese estilo de vida cuando quisiera... Fui un ingenuo.

—¿A qué te refieres con eso? —Me limpié la nariz con la manga del jersey.

David se sentó en una silla, y yo hice lo propio.

—No estoy orgulloso ni tengo excusa de haber hecho lo que hice, pero, en realidad, no sabía en qué me estaba metiendo.

—Te escucho. —Lo tomé de la mano y le di un ligero apretón—. Cuéntamelo todo.

—Hace unos meses se rumoreó en el barrio que un hombre buscaba jóvenes para realizar algunos trabajos temporales. Como te puedes imaginar, apenas oí hablar de él, traté de ponerme en contacto con ese desconocido. No tardé mucho en encontrarle.

» Su nombre era Matías. Parecía buena persona... Era simpático y pretendía preocuparse por los demás. Cuando le conté mi situación, él no dudó en ofrecerme un empleo. Me explicó que sería algo circunstancial, pero yo estaba desesperado. Me sentía un inútil. Espero que me entiendas, Amber. Yo era el hombre de la casa y no traía dinero a nuestro hogar. Al contrario, mi hermana y mi madre me mantenían... No podía soportarlo más. —Cerró los ojos, como si le remordiera la conciencia no haber podido contribuir en la economía de nuestra familia.

—Continúa —susurré.

—Al principio, tenía que ir hasta un local a entregar una carta cada cuatro o cinco días. Nunca supe qué contenía, y tampoco pregunté debido al dinero que recibía por esos mínimos encargos. Después de un corto tiempo, Matías me entregó unas cajas y me explicó dónde tenía que depositarlas. Por supuesto, acepté otra vez.

» Realicé viaje tras viaje con puntualidad hasta que un día tuve que cargar con diez cajas enormes y conducir hacia las afueras. Me pareció extraño, pero, aun así, lo hice. Llegué a un descampado desierto, sin nadie excepto por los dos hombres, con traje negro, que estaban esperándome. Tuve la sensación de que algo iba mal en cuanto vi a esos tipos con gafas de sol en pleno invierno. No hablaron ni supe quiénes eran. De todos modos, dejé pasar aquel incidente. Pero al siguiente recado que me encomendaron, cometí la estupidez de abrir una de las cajas. Fue entonces cuando descubrí varias bolsas con cocaína. Esa vez no fui a la entrega; en cambio, volví donde Matías y me negué a seguir haciendo ese tipo de trabajos. Quería alejarme de esa mierda.

—Fuiste valiente, David —aseguré, pero él negó con la cabeza.

—No, Amber, lo empeoré todo. Matías se burló de mí. Me preguntó si era tan necio como para creer que podía entrar y salir del negocio cuando me diera la gana. Harto de sus absurdos comentarios, empecé a sacar cada una de las cajas del maletero de la furgoneta, pero me quedé congelado al escucharle decir que estaba al corriente de mi madre y de mi hermana. ¡Amber, me amenazó con haceros daño si no terminaba con mis obligaciones pendientes! ¡No podía permitir que os ocurriera algo! Matías nos conoce... Debes tener mucho cuidado.

Me levanté de la silla y me senté sobre sus muslos.

—Matías está en busca y captura. No te preocupes por él —murmuré rodeándole el cuello con los brazos—. Tú nos protegiste; a mamá y a mí. Te pusiste en peligro por nosotras.

—Nunca dudé en hacerlo. Lo volvería a hacer.

—¿Por qué no nos contaste nada? Te habríamos ayudado.

—No pude. Matías afirmó que iría a por mi familia si me atrevía a abrir la boca. Por eso me alejé de vosotras. Pensé que si no iba a casa, o estaba el menor tiempo posible allí, ambas estaríais a salvo. Por las noches solía quedarme despierto, en el coche, para vigilar cerca del portal. Estaba aterrado... Espero que algún día puedas perdonarme —imploró con voz ahogada.

Nunca había visto a David tan vulnerable. Tomé su rostro entre mis manos y le acaricié con suavidad.

—¿Confías en mí? —musité sin apartar mi mirada de la suya.

—Siempre —sentenció.

Dejé escapar el aire a través de mis dientes y lo abracé con fuerza.

—Te sacaré de aquí —dije en voz muy baja. Al escucharme el cuerpo se le puso en tensión, e intentó alejarme de él. Pero no se lo permití—. Te lo juro, David, te sacaré de este lugar. Solo dame un poco más de tiempo.

—Mierda... ¿En qué andas metida, Amber?

—No puedo hablar de eso. Sé fuerte, por favor. No te rindas.

—No te preocupes por mí. Estoy bien. Mírame, Amber. —Lo hice—. Prométeme que te cuidarás.

—Te lo prometo.

—Joder, pequeña... ¿Qué coño nos ha pasado? —Esbozó una sonrisa triste a la vez que una lágrima se escurría por su mejilla.

—No lo sé... —Él y yo habíamos cambiado demasiado en muy poco tiempo—. La vida nos ha pasado.

—Qué hija de perra.

No podía estar más de acuerdo con él.

—Gracias —murmuré tras entregar ocho euros al taxista. A continuación, salí a la calle.

La suave brisa del atardecer golpeó mi cara, devolviendo un poco de sensibilidad a mis músculos todavía rígidos. El encuentro con David había sido corto, pero también muy satisfactorio; sin embargo, en aquel preciso instante, tenía otra batalla que librar.

Observé, apesadumbrada, el edificio naranja donde había vivido una buena parte de mi vida. Tenía la vista fija en la ventana de la segunda planta; una vivienda demasiado familiar como para poder mitigar la ansiedad y los nervios que sentía al estar frente a mi domicilio. Las luces estaban encendidas, y de vez en cuando se apreciaba la silueta de una mujer. La silueta de mamá.

El corazón me dio un vuelco vertiginoso. Quería abrazarla y hablar con ella, pero también tenía miedo. ¿Y si me repudiaba por lo que estaba haciendo con Alessandro? Había disfrutado en numerosas ocasiones con nuestro peor enemigo; había tenido momentos llenos de placer y lujuria mientras el hombre más importante de mi vida estaba encerrado en una celda.

Alcé la mano, tocando muy superficial el botón del telefonillo, dispuesta a llamar. Pero antes de poder hacerlo, el portón se abrió para revelar una cara muy conocida.

—¡Amber, muchacha! ¡Cuánto tiempo! ¿Qué tal por Madrid? —me preguntó sonriente.

—Señor Mendoza. Pedro —rectifiqué al ver su mueca. Pedro era nuestro querido y risueño casero—. Todo va genial —mentí, como siempre.

—¿Te quedas unos días, muchacha?

—No, solo he venido para dar una pequeña sorpresa a mamá.

—Eso está muy bien. Elisabeth se alegrará muchísimo. Bueno, pues no te entretengo más. Entra, muchacha —urgió sosteniendo la puerta.

—Gracias, Pedro. Hasta pronto. —Meneé la mano a modo de despedida.

Tomé el ascensor y, después, me detuve frente a la puerta 2.º B, con el corazón laténdome impetuoso. Respiré hondo y, sin pensármelo más veces, presioné el timbre antes de tener la mínima oportunidad de echarme atrás.

Mientras sucumbía a la desesperación de la espera, oí unas cuantas pisadas seguidas del bullicioso sonido que hacía el pestillo cada vez que alguien lo descorría. Entonces la puerta principal se abrió y mamá apareció en el umbral, tapándose la boca con ambas manos para reprimir sus gritos de alegría. Yo, en cambio, no me moví ni emití palabra; sin embargo, su apremiante reacción no se hizo de rogar. Me estrechó contra ella.

Una mezcla de nostalgia y profunda tristeza me invadió.

—Pasemos adentro, cariño —murmuró al cabo de pocos minutos.

Asentí con una torpe y trémula sacudida. Me detuve en medio del salón comedor y, a continuación, miré a mi alrededor. Todo seguía igual. Los objetos más insignificantes estaban en

la misma posición que hacía meses, como si el tiempo no hubiera pasado por allí.

Mamá se situó a mi lado.

—¿Has vuelto?

Sintiéndome abrumada, negué con la cabeza.

—Solo por esta noche.

Se mordió el labio inferior para ahogar un sollozo y, luego, me acarició el pelo con extremada ternura.

—Estás cambiada —comentó apenada—. Ese hombre..., Alessandro...

—Mamá, no hablemos de él —supliqué—. Solo abrázame y dame fuerzas, por favor.

Ella captó mi desesperado mensaje. Me cogió de la mano y, a continuación, caminamos hacia su cama. Dejó que me acurrucara entre sus brazos mientras nos cubría con las mantas, igual como lo hacía cuando yo era pequeña. Me aferré a mi madre como si la vida me fuera en ello. Necesitaba su energía, su coraje, su tenacidad. Necesitaba que ella fuera fuerte por mí y no me dejara caer, porque si me derrumbaba, no estaba segura de que pudiera levantarme otra vez.

Durante varios minutos enredó algún que otro mechón de mi cabello entre sus dedos, y me besó infinitas veces en la frente hasta que mi cuerpo empezó a relajarse.

—Cariño, ve a dormir —susurró con dulzura—. Tu habitación está lista. Tal cual la dejaste. —Sonreí por dentro. Ella nunca perdía las esperanzas.

—Te quiero mucho, mamá —murmuré mirándola a los ojos.

Le di un último beso y, luego, fui hacia mi dormitorio; un lugar donde había reído, llorado, gritado y emocionado durante muchos años; donde había compartido varios instantes de felicidad con mi familia. Esas paredes, un tanto desconchadas, me habían acompañado en mi niñez, adolescencia y en mi etapa de madurez.

Suspiré, temblorosa.

Estaba en casa... En mi hogar, pero, a pesar de ello, todo me pareció lejano y desconocido, como si fuera una intrusa en esa habitación; una impostora que pretendía ser dulce y compasiva cuando en realidad no lo era.

En aquel instante me di cuenta de una cosa que había tratado de omitir por todos los medios. Se me encogió el corazón al no poder seguir negando lo innegable. Inconscientemente había dejado de sentir aquella casa como mía, porque, aunque me pesara y me hiciera daño reconocerlo, yo ya no pertenecía a ese lugar.

Capítulo 12

Alessandro

—Eres muy previsible, Khâliq —comenté mientras sacudía el cigarrillo sobre el cenicero y echaba una ojeada a los cientos de lujosos e impresionantes yates que permanecían anclados a lo largo de la orilla del puerto.

—No puedes negar que la vista es espectacular —respondió con una sonrisita.

No, no podía contradecir esa gran verdad.

Marbella era una de las ciudades que más disfrutaba durante mis cortas estancias fuera de Madrid. De todos los municipios que formaban la Costa del Sol, ese era mi favorito. No había ni un solo rincón que no apreciara de aquel lugar, aunque, por supuesto, todo dejaba de ser tan

idílico cuando la policía no paraba de tocarme las pelotas.

—¿Ves a esa mujer que está sentada en el banco, con el cochecito de bebé al lado? —le pregunté. Khâliq tomó un sorbo de su café mezclado con un chorrillo de whisky y, luego, asintió sin voltear la cabeza hacia la mujer—. Es una agente de la policía. ¿Y a ese otro que finge vender cupones de lotería? Está con ella.

—¿Tan mal te has portado?

Se echó a reír de manera exagerada, lo que causó que su inflada barriga golpeará sin cesar el borde de la mesa.

—No he sido un ejemplo a seguir. No les culpo. —Me encogí de hombros, restando importancia a los cientos de delitos que he cometido. Pero mi respuesta le alentó a seguir riéndose como un maldito lunático.

—Bueno, bueno... —dijo una vez que se hubo sosegado, secándose una lagrimilla que le salía del ojo derecho—. Será mejor que vayamos

al grano. Quiero mostrarte algo, amigo mío.

Nos pusimos de pie tras pagar la cuenta y, a continuación, caminamos por el paseo bajo la atenta mirada de los dos agentes. Camilo me avisó con antelación de la permanente vigilancia que Jorge Gómez pensaba ordenar, así que en los últimos días había ejecutado mis negocios con total discreción, además de tener un comportamiento bastante prudente para no levantar ninguna sospecha. Incluso me abstuve de utilizar los aparatos digitales. Pero, de todas maneras, siempre había preferido ver a mis socios en persona. A decir verdad, casi nunca realizaba mis transacciones por el móvil o a través del correo electrónico, y, por eso, viajaba a menudo de un lado a otro.

A medida que nos fuimos aproximando, el suave sonido del calmado oleaje y los graznidos de las gaviotas se hicieron más audibles. Al final del paseo atisbé un enorme yate, cuya apariencia era similar a la de un barco. No tuve

la más mínima duda de quién era el dueño de aquella magnífica pieza.

—¿Has dejado a tus amigos en Madrid? — indagó.

—Sí —respondí seco, y esperé a que abriera la puerta cristalera.

Los demás se habían quedado en Madrid para proceder a arreglar algunos asuntos pendientes y, también, para empezar a reclamar los pagos atrasados. La policía no iba tras ellos, de modo que tenían vía libre.

Cuando nos adentramos en el espacioso yate, aguardé con paciencia a que Khâliq buscara lo que fuera que quería mostrarme. Mientras él escarbaba dentro de un mueble atestado de mierdas, eché una ojeada fugaz a mi alrededor. Nunca me habían fascinado los barcos, pero si alguna vez no tenía nada mejor que comprar me haría con una adquisición como esta.

—Qué lástima. Se perderán la diversión que

he organizado para esta noche. —No sabía de qué estaba hablando, pero tampoco tuve ganas de preguntarle—. ¿Te marchas mañana, amigo mío? —preguntó a la vez que agarraba una carpeta gris a tope de papeles.

—Por la mañana. El viaje es largo.

Podría haber viajado por otro medio, pero prefería el coche a pesar de las seis horas de trayecto, sin contar las paradas que debía hacer para repostar gasolina o para comer.

—¡Aquí están! —canturreó ordenando cada papel encima de la mesa caoba—. Mira lo que recibirá esta maravillosa ciudad en dos semanas.

Cogí uno de los folios —la mayoría de ellos eran idénticos— y estudié con interés el contenido. Me sorprendió descubrir que los datos escritos incluían el número de serie de cientos de contenedores, que pasarían por el área marítima del Estrecho de Gibraltar. Estaban a nombre de una empresa desconocida; sin duda, se trataba de una identidad fantasma. La

cantidad de agentes de vigilancia aduanera que Khâliq había pagado por su silencio era todo un misterio, pero evidentemente más del 50% haría la vista gorda una vez que la mercancía llegara al Puerto de Algeciras.

Aquello no era algo pequeño o de insignificante dimensión. La magnitud de la operación que Khâliq y yo teníamos entre manos era de mayor importancia de la que había imaginado. No tan solo por los barcos esperados en catorce días, sino por los que seguirían llegando a la Península española cada cierto tiempo. Solo había un inconveniente: el hachís procedente de Marruecos no permanecería sólo en Marbella.

Tenía la corazonada de que su mercancía sería repartida por toda España, aunque Khâliq había jurado que iba a cumplir los límites establecidos. Ese era nuestro acuerdo inicial: un porcentaje de sus negocios en el extranjero a cambio de dominar los quince municipios de la

Costa del Sol. Todos y cada uno de ellos; de
Este a Oeste.

El consumo de cocaína disminuiría de
manera considerable en esta zona, pero yo
tendría un beneficio más elevado gracias a
Khâliq.

—¿Te das cuenta del buen trato que hemos
hecho?

—Tengo buen ojo para las finanzas. Lo
único que no logro entender es cómo estás tan
convencido de que no serás descubierto.

—Todos tenemos nuestros contactos, amigo
mío —dijo riéndose mientras reagrupaba los
folios. Elevé una ceja, esperando que aclarara un
poco mi duda—. No puedo revelar mis fuentes,
Alessandro. Al igual que tú nunca darías a
conocer las tuyas.

Asentí, de acuerdo con él.

—Si estás tranquilo y confiado de que la
mercancía no será rastreada, por mi perfecto.
Pero te digo una cosa: la seguridad aduanera

está bastante reforzada.

—No te preocupes. Todo irá como la seda.

—Me dio una palmada en la espalda—. Hoy has aprendido una nueva lección: hay que tener amistades en cualquier sitio. —Me miró por un segundo y, luego, agregó—: Aunque a ti te tienen ganas desde hace bastante tiempo.

—Eso es lo de menos. No tienen nada en mi contra —le aseguré—. Khâliq, si esto es todo, nos estamos viendo en tres semanas.

—Espera, hombre. Pásate esta noche por mi humilde casa. Tengo un regalo de celebración para ti, además de los habanos que prometí darte.

—Allí estaré.

La humilde morada de Khâliq se encontraba ubicada en la prestigiosa área residencial de Los Monteros. Además de tener acceso directo a la playa, su vivienda era la única que estaba

apartada de las demás de la zona, de modo que disfrutaba de tranquilidad y pleno silencio durante las veinticuatro horas del día. La mansión constaba de dos plantas, con cuatro enormes salones, siete dormitorios y seis cuartos de baño en suite, sin olvidar la amplia piscina y el jardín vallado e iluminado en su totalidad. No cabía duda de que Khâliq pensaba quedarse en España por una larga temporada y se había asegurado de tener la mejor residencia de la ciudad.

Al entrar en el interior del terreno, aparqué en una de las seis plazas de garaje y, luego, fui directo hacia mi socio, quien me esperaba con una sonrisa en el porche.

—Una casa muy modesta —comenté con ironía.

—¿Tienes idea de lo que es despertar y ver el mar? Es una maravilla. Por eso detesto Madrid. —Sonrió y, a continuación, hizo un gesto apremiante con la mano—. Venga, amigo

mío, entremos.

Al poner un pie dentro del vestíbulo, tuve la sensación de hallarme en una casa en medio del bosque. El suelo era de parquet y las paredes, de color beige. Las ventanas iban desde el piso hasta el techo, como en mi casa, decoradas con simples cortinas blancas. También pude apreciar las vigas de madera que, junto con los muebles con acabados naturales, los adornos en tonos cálidos y los múltiples ojos de buey y lámparas de pedestal, creaban un estilo rústico, lo que le daba cierto aire acogedor a la casa.

Llegamos al salón principal y miré con asombro a las tres mujeres que permanecían de pie a un lado de la chimenea. Todas ellas de nacionalidades distintas: asiática, rusa y latina.

—Tu regalo, amigo mío —anunció y, a continuación, gesticuló a las chicas para que se acercaran a nosotros—. Elige una o tantas el cuerpo te pida. No te cortes, Alessandro, estás en tu casa.

Gruñí para mis adentros. No deseaba estar ni compartir nada con ninguna de ellas y, por desgracia, intuía que la razón de mi falta de apetito sexual se encontraba a más de 500 km de distancia.

«Maldita bruja de ojos verdes», pensé.

En otras circunstancias no hubiera elegido a una o dos mujeres, sino a las tres jóvenes semidesnudas que tenía a menos de dos metros de mi alcance. Pero ahí estaba yo, sintiendo una sensación nauseabunda por tener que follar con una prostituta cuando esa era una de las cosas que mejor se me daban; follarme a cualquiera.

Joder. No había escapatoria. Aunque no quisiera, debía elegir a una de todos modos ya que si rechazaba el regalo de Khâliq, quedaría como un idiota, un poco hombre o incluso algo mucho peor.

Me negaba a causar tal mediocre impresión. No permitiría que mi virilidad quedara en evidencia ante él.

—Tú —ordené a la latina—, ven aquí.

Ella, obediente, se situó a mi lado.

—Lorena conoce el camino. Ella te guiará —me explicó antes de ir junto a las otras dos mujeres; las abrazó por detrás y, a continuación, continuó hablando—: Los habanos están empaquetados en la cocina. Tienes que caminar todo recto y luego girar a la izquierda. —Señaló a Lorena con la barbilla mientras sonreía mostrando todos sus dientes—. Disfrútala, amigo mío.

—Eso ni lo dudes, socio —dije reprimiendo una mueca—. Guíame —susurré a Lorena en el oído. Sus ojos, negros como la noche, brillaron por la expectación y el deseo.

Subimos en silencio por las escaleras hasta la segunda planta y, después, entramos en un colosal dormitorio tras alcanzar la penúltima puerta del pasillo. La decoración era similar a la de abajo y gracias a un enorme ventanal, mi vista tuvo la satisfacción de tener un primer

plano del mar en absoluta calma.

La habitación estaba a oscuras; la única luz provenía de la luna llena. Me acerqué a la lámpara de la mesita de noche, presioné el interruptor y al escuchar la puerta cerrándose, me giré para descubrir a Lorena en medio de la habitación.

—¿Qué quieres hacer, papito? —ronroneó con un acento muy sensual. Su pose era relajada y, a la vez, muy provocadora.

—Desnúdate.

Me crucé los brazos sobre el pecho cuando ella comenzó un perezoso baile, contoneando sus exquisitas caderas, al tiempo que acariciaba uno de sus hombros y tanteaba con sus dedos el tirante de su camión negro con transparencias.

El movimiento de sus manos era delicado e insinuante. Sin apartar su intensa mirada de la mía, deslizó ambos tirantes por sus brazos con una simple inclinación sugestiva; la prenda dejó al descubierto sus tetas grandes y pesadas. Se

tocó un momento a sí misma antes de empujar la tela un poco más abajo, hasta que el camisón quedó arrugado en el suelo tras caer por sus largas y torneadas piernas. Lo único que llevaba puesto era una minúscula tanga negra y unos tacones de vértigo.

Caminó en mi dirección para reducir la distancia que había entre nosotros y cuando estuvo a pocos centímetros de mi cuerpo, bajó poco a poco su tanga; exponiendo su piel morena y depilada.

—Déjate los tacones puestos —le dije cuando tuvo intención de quitárselos.

—Todavía no has respondido a mi pregunta —murmuró con diversión.

Sin decir más, me desabroché el cinturón con agilidad. Ella se arrodilló al captar la silenciosa orden. Me bajé los pantalones junto con los bóxeres hasta las rodillas. Y no tuve que esperar ni medio segundo para tener sus cálidas y hábiles manos en mi polla. Siseé de regodeo al

sentir su lengua lamiendo y besando todo el grosor de mi tallo, sin parar de mirarme a los ojos.

Lorena era toda una experta en el tema, e intentaba excitarme con esmero, pero no tuvo que esforzarse mucho para conseguirlo. Con una mano me acarició las pelotas, tensas y duras, mientras seguía humedeciendo mi polla, que se erguía erecta por completo.

Cerré mi puño en su melena oscura, larga y ondulada, para forzarla a abrir más la boca, deseando que dejara de andarse con jueguecitos; aquello provocó que una media sonrisa se dibujara en su rostro al sentirse triunfadora. Se acercó con lentitud y, a continuación, me encontré clavado en lo más hondo de su garganta. Gruñí cuando ella permaneció un instante de esa manera, para luego realizar movimientos lentos y profundos.

Apreté los ojos. Si no la detenía, terminaría corriéndome; sobre todo porque ella seguía

acentuando la presión de sus gruesos labios alrededor de mi polla. Le tiré del pelo para que parara.

Se puso de pie con ansias mientras que yo me desvestía con rapidez. Una vez desnudo, la tumbé boca arriba en la cama y, después, busqué un condón en uno de los bolsillos de mi pantalón. Lo rodé como pude con una mano al tiempo que pasaba dos dedos por su coño para asegurarme de que estuviera bien lubricada. Y lo estaba. Lorena estaba empapada.

Le separé las piernas, manteniendo mis manos sobre sus muslos, y de una sola estocada me introduje en su interior. Desde aquella posición podía ver mi polla entrando y saliendo a un ritmo constante de su vagina. Me sudaba la frente de lo excitado que me encontraba; desesperado por follarla como un salvaje. Pero cometí el gran error de mirar su rostro desencajado por el placer, porque ni su pelo oscuro, ni sus ojos negros ni su tez bronceada

eran lo que yo deseaba ver. No había ningún destello de inocencia ni pureza en la mujer que yacía debajo de mí y aunque ninguna de esas dos características habían sido mis acompañantes a lo largo de mi vida, en esos momentos las eché en falta.

Cabreado conmigo mismo, voltéé su cuerpo bañado con una fina capa de sudor para acabar con lo que había empezado. Pero de ese modo tampoco logré centrarme. Sus gemidos no eran la melodía que tanto me volvía loco. Nada, en absoluto, pudo impedir que mi erección se esfumara tan rápido como había venido.

Harto de los extraños sentimientos que iban apoderándose de mi mente, masajeeé su clítoris para terminar con aquella desagradable situación. No tuve que esperar mucho; Lorena se corrió a los pocos segundos.

Me salí de ella tan pronto como sus espasmos cesaron y, después, me quité el condón.

—¿Por qué paras, papi? —Su rostro mostraba confusión. Quizás porque temía haber hecho algo mal, pero Lorena había estado perfecta. Era yo quien estaba jodido.

—Vete —demandé mientras me ponía los calzoncillos y los pantalones.

—Pero... tú no has acabado. Puedo hacer lo que tú quieras. Solo dímelo.

—Quiero que te vayas. Y si tu jefe te pregunta qué ha pasado, dile que cumpliste con tu deber y fue satisfactorio para ambos. ¿Me has entendido? —Dejé que viera mi revólver asomado en la cinturilla de mi pantalón, por si acaso no había captado la indirecta.

Abrió los ojos, asustada.

—Sí, sí... —balbuceó. Recogió sus prendas esparcidas en el suelo y, a continuación, salió del dormitorio.

Me senté en el borde de la cama y cerré los ojos con fuerza, ansiando anular las desconocidas sensaciones que florecían en mi

interior. *¿Qué coño significa esto? ¿Por qué me siento culpable por haber roto una estúpida e infantil promesa?*

En realidad aquello no había sido una promesa. Amber y yo acordamos no estar con terceras personas, mantener una relación sexual monógama, pero yo nunca había tenido nada de eso. Siempre había sido un hombre libre, soltero. *Joder, todavía lo era.* No tenía que dar explicaciones a nadie, mucho menos a una niña con mirada de gata.

Sacudí la cabeza, me apresuré a terminar de vestirme y salí de la habitación para dirigirme hacia la cocina. Encima de la encimera hallé una caja, grande y pesada; furioso, no dudé en agarrarla con ambas manos antes de caminar, a paso firme y decidido, en dirección a mi coche.

No logré dormir después de mi encuentro con Lorena. Mi mente no me dio tregua. No paré

de sentir una serie de emociones que en mi vida había experimentado, así que cansado de dar vueltas en la cama del hotel, hice las maletas y conduje de regreso a Madrid. Por suerte, no vi a los dos agentes de policía durante todo el trayecto.

En cuanto llegué a casa, pasadas las dos de la tarde, avisé de inmediato a los demás para que en cuatro horas estuvieran presentes en el bar. Después de tener una ducha y cambiarme de ropa, fui hasta el Charlotte a pesar de que aún faltaba más de una hora para la reunión.

—Mariano, ponme una cerveza —dije mientras me sentaba en un taburete.

—Sí, señor —contestó. Abrió el grifo del barril de cerveza, lo dejó correr por unos segundos y, por último, posicionó el vaso bajo el grifo en un ángulo de cuarenta y cinco grados—.

Aquí tiene, señor.

—Gracias, Mariano. —Tomé un largo trago de la refrescante y espumosa bebida.

Permanecí allí un tiempo, sin hacer nada más que fumar y toquetear distraído el móvil, hasta que mis ojos miraron la pantalla y leí su nombre. Antes de analizar mis acciones, presioné el botón de realizar llamada.

—¿Has llegado? —me preguntó Amber tras contestar después del segundo tono.

—Sí, hace pocas horas. —Justo en ese momento la puerta del bar se abrió y Patricio, con la barba más corta, caminó hacia mí. Alcé una ceja y eché una ojeada a mi reloj; todavía no eran las seis de la tarde—. ¿Estás ocupada?

—No... —Se rio con notoria tristeza—. No tengo mucho que hacer. Oye, oigo mucho ruido.

—Estoy en el Charlotte. —Levanté el dedo índice para indicar a Patricio que en breve estaría con él. Él afirmó con la cabeza y, a continuación, se sentó en el taburete contiguo al mío—. Te pasaré a buscar mañana.

—¿Te molestaría si voy para allá? Aunque sea por unos minutos —murmuró con cautela,

como si esperara mi rechazo. Sabía que debía decirle que no, pero, en cambio, acepté—. No tardaré —dijo feliz antes de colgar.

Maldije en silencio, guardé el móvil en la cazadora y miré a Patricio con el ceño fruncido. —¿Qué tal fue la visita con el viejo? —me preguntó con diversión.

—¿Qué coño le ha pasado a tu barba?

—Decidí cortarla. —Se acarició la barbilla con un movimiento lánguido—. Estaba harto de que me tiraran de ella cada vez que una mujer se corría.

Sacudí la cabeza con una mueca de dolor.

—Estás loco. Y respecto a tu pregunta, todo marchó según lo planeado. Pero luego debemos hablar entre todos.

—Ya... —replicó, esta vez, con expresión serena—. Marius también quiere hablar contigo. Comentó que era urgente.

Dejé el asunto de Marius para más adelante y continuamos hablando de tonterías para pasar

el rato. Patricio estaba contándome sobre la cajera de un supermercado, que había conocido el día anterior, cuando dos mujeres entraron en el local. Reconocí a ambas. Y pese a que no recordaba sus nombres, sí recordaba sus apodos.

Se trataba de dos empresarias divorciadas, que frecuentaban numerosas fiestas; incluidas las mías. Tenían fama de ser ambiciosas, y codiciaban todo lo que no podían tener. Cuanto más difícil fuera conseguir su objetivo, más excitante era para ellas.

Apenas nos vieron se acercaron a nosotros, caminando con extrema confianza en sí mismas.

—Vaya, vaya... —Silbó la mujer de cabello rubio, vestida en un elegante y caro traje negro —. Mira a quiénes tenemos aquí.

Aquella mujer, aunque poderosa y muy buena en su trabajo, era conocida como «La viuda negra», sobrenombre que se ganó debido a las extrañas circunstancias en que murieron sus dos primeros maridos. Su tercer y último esposo

se divorció de ella cuando comenzaron a sucederle inexplicables accidentes.

—¡Pero si son los solteros de oro! — exclamó la socia y amante de turno de la otra—. ¿Qué hacen dos hombres tan guapos como vosotros así de solitos?

Me tensé al sentir las manos de la rubia trepando por mi brazo derecho. Sus largas y afiladas uñas arañaron la tela de mi chaqueta.

—Hace tiempo que te deseo con locura, Alessandro —murmuró ella.

—Tenemos asuntos que atender, señoritas —les informó Patricio, pero ellas estaban decididas a atrapar a sus presas; es decir, a nosotros.

La mujer de melena castaña acarició el muslo de Patricio, haciendo oídos sordos a las continuas protestas de mi amigo. Si no fuera porque se trataba de Patricio y de mí, aquella situación me habría parecido de lo más divertida.

—¿No te gustaría venir a mi casa y pasar la mejor tarde de tu vida? —indagó la rubia, ronroneando como una felina en celo.

—Estoy esperando a alguien.

—Te aseguro que soy mucho mejor que ella.

¿No quieres comprobarlo?

—Te he dicho que no. Acéptalo, mujer. — Sus finos labios formaron un pequeño puchero. Justo cuando iba a quejarse otra vez, una suave voz la interrumpió.

—Hola... —Amber estudiaba la escena a una distancia prudente. Volcó su mirada en la rubia, a la que fulminó con los ojos, y, a continuación, hizo lo mismo conmigo. Observándome con determinación, alzó la barbilla y habló utilizando un tono firme pero a la vez despreocupado—. Si estás ocupado, puedo venir en otro momento.

—¿Quién es esta niñita? —Amber la ignoró y continuó esperando mi respuesta. Me levanté del taburete, bajo la curiosa mirada de Patricio y

de las dos señoritas—. ¿Quién es? —inquirió de nuevo con evidente irritación.

—Mi cita —repliqué antes de alejar a Amber de aquel sitio. Tomamos las escaleras rumbo al sótano, luego abrí la puerta y dejé que pasara primero. Tenía el cuerpo tenso, e irradiaba ira por los cuatro costados—. No conozco a esa mujer. A ninguna de ellas — agregué al oírla resoplar.

Colocó los brazos en jarras y me miró con los ojos entornados.

—Pues ella parecía muy interesada en ti. Y tú no estabas pasándolo nada mal.

—¿Estás celosa? —Cerré la puerta y avancé hacia ella.

—No digas tonterías... —murmuró con timidez y, a continuación, miró atenta a su alrededor. Fue entonces cuando me di cuenta de que la había traído a un sitio bastante privado—.

¿Qué es este lugar?

Tragué saliva y actué con naturalidad.

—Digamos que es... un despacho o una sala de reuniones —contesté con indiferencia, y la agarré por la cintura para acercarla más a mi cuerpo—. ¿Me has echado de menos? — pregunté poniendo a prueba su paciencia.

—Ahora mismo estoy muy enfadada contigo. —Le aparté el pelo a un lado para dejar al descubierto su cuello. Adoraba besarla ahí.

Sentir su vena carótida latiendo más deprisa contra mis labios; su piel erizarse cada vez que trazaba con mi lengua esa zona tan sensible en ella—. Otra vez hueles a perfume barato — masculló pegándome fuerte en el pecho.

Alcé una ceja.

—Te has vuelto muy gruñona.

—Pensé que te ponía verme así —dijo con arrogancia. Me ponía cachondo verla de cualquier manera, esa era la verdad.

Sin responder a su provocación, me desabroché la chaqueta y la arrojé al sofá.

—¿Mejor así? —gruñí a la vez que tomaba

la parte posterior de su cabeza.

No le di tiempo a responder; en cambio, atacé su boca con una intensidad descomunal.

Al principio intentó alejarse de mi agarre posesivo, pero no tardó mucho en relajarse entre mis brazos. Mis manos se apoderaron de su culo, disfrutando de sus delicadas curvas; de sus perfectas tetas presionadas contra mi tórax. Pero nuestro momento de placer terminó demasiado rápido.

Maldije en voz baja cuando alguien abrió la puerta del sótano. Patricio apareció en el umbral, con una cara que era todo un poema, luciendo como si estuviera a punto de entrar en cólera. Giovanni parecía divertido con la escena y Marius estaba serio... Muy serio.

—*Hay algo que debes saber* —me dijo Marius en italiano.

—*¿Puede esperar?* —indagué en el mismo idioma, pero él no contestó. Enseguida comprendí que se trataba de un tema grave.

Clavé mi mirada en Amber, que nos observaba absorta—. Tengo un par de asuntos que atender.

—¿Va todo bien?

—Sí, no es nada importante. Hemos tenido un pequeño malentendido con un proveedor. Te llamaré cuando todo esté solucionado. —Miré a mi amigo y, a continuación, añadí—: Patricio puede acompañarte hasta el coche.

—No, no, puedo ir sola —contestó ella con rapidez—. Gracias. —Me dio un beso en la mejilla y, a continuación, fue hacia la puerta—.

Adiós...

Marius cerró con llave y abrió la boca para hablar, pero Patricio le interrumpió.

—¿Se puede saber qué coño estás haciendo? ¿Acaso no tenías otro sitio donde llevarla?

—Primero: cuida tu maldito lenguaje cuando te dirijas a mí. Segundo: ni siquiera prestó la más mínima atención a todo esto. —Señalé la habitación con un gesto brusco.

Patricio sacudió la cabeza en señal de

descontento.

—Creo que hay cosas más importantes que en estos momentos debemos atender —opinó Marius apoyando su peso contra la pared—. Alessandro, he verificado los cobros. Todos han pagado excepto Bruno. Ese hijo de puta se está pasando de listo.

—¿Cuánto se ha demorado esta vez?

—Hoy se cumplirán veinticuatro horas. Me suplicó que le diéramos un par de días de margen, pero ya son demasiadas ocasiones...

No merece clemencia alguna.

Asentí mientras buscaba mi móvil. Bruno fue uno de los primeros clientes que tuve al llegar a España. Un adicto a la coca. Según él, lo ayudaba a combatir el estrés, pero la droga le había arruinado. Hacía menos de una década Bruno había sido un chef de prestigio. Incluso tuvo su propio canal de cocina en la televisión nacional, y todo apuntaba a que triunfaría en el mundo de la gastronomía. Pero su adicción le

cegó, le nubló el juicio y, al final, cometió varios errores. Uno de ellos fue asegurar que me pagaría dos kilos de cocaína en pocos días cuando en realidad no tenía dinero.

Además de esa metedura de pata, también lo echaron de la cadena por llegar drogado hasta las cejas y tener un comportamiento agresivo con sus compañeros. Como consecuencia, su negocio dejó de ser próspero y los rumores de su dependencia se propagaron, causándole mala fama. Muchos le dieron la espalda y aunque yo no estaba para nada contento de tener un moroso entre mis socios, le propuse un trato, que consistía en que todos los meses tendría que pagar una cantidad de dinero a Marius, sin contar los intereses adeudados. Al principio Bruno pagaba religiosamente sus cuotas, pero todo cambió. Ahora había que perseguir a ese cabrón de mierda para obtener el dinero.

Marqué su número.

—Alessandro..., buenas tardes. —Sonaba

nervioso—. Por favor, tendré todo en pocos días.

Te lo juro.

—¿Crees que soy un puto banco?

—Por fa... favor —tartamudeó—. Te jur...
te juro que tendrás el dinero.

—Te concedo otras veinticuatro horas,
Bruno. Y te sugiero que esta vez cumplas con el
maldito plazo. No me hagas ir a buscarte. —
Terminé la llamada y, a continuación, me dirigí
a Marius—. Vigílalo de cerca —le ordené. Y él
se mostró feliz de tener esa tarea.

—Ha dejado a su mano derecha a cargo del
restaurante. Según dicen, se va por una
temporada a Londres porque le ha surgido una
oportunidad de oro.

—¿Dónde está ahora mismo? —le pregunté
poniéndome de pie.

—Dando las últimas instrucciones en el
local. Patricio y Giovanni están preparando el

coche.

—Ese hijo de puta se lo ha buscado... —
gruñí mientras abría el tambor de mi revólver y
me aseguraba de que no faltaba ninguna bala—.

Vámonos.

Salimos por la puerta trasera de la cocina.
Para cuando llegamos al callejón, que daba
aquella salida usada en exclusiva por los
empleados, nuestro SUV negro con los vidrios
tintados estaba listo. Dejamos nuestros
automóviles en el *parking* privado del Charlotte,
para pretender que seguíamos estando dentro del
local. Patricio ejerció de copiloto mientras que
Marius y Giovanni se sentaron en la segunda
fila de asientos.

Conduje hacia el restaurante de Bruno,
llamado Sunshine. Estacioné el coche cerca del
de él y, a continuación, apagué todas las luces.
Era cuestión de tiempo hasta que ese mamón
apareciera.

Después de cincuenta minutos vi su silueta a

través del espejo retrovisor. Lucía tranquilo, confiado de que se libraría de la situación, pero aquello estaba muy lejos de la realidad.

Salí del SUV sin hacer ruido.

—¿A qué viene tanta prisa? —pregunté tras él.

Bruno dio un brinco. Su cara perdió todo rastro de color; se volvió tan blanca como la nieve.

—Ale... Al... Alessandro, me has dado un susto de muerte. —Le envolví un brazo alrededor de los hombros.

—Así que has conseguido un buen negocio en Londres, ¿no? —Intentó asentir, pero lo único que consiguió fue que un violento temblor le recorriera el cuerpo—. Cabrón con suerte. Y ¿por qué no me lo has dicho antes? Venga, vamos.

—¿Adónde? —inquirió con recelo. Marius abrió la puerta trasera del automóvil, con una sonrisa siniestra en los labios.

—A celebrar tu triunfo por todo lo grande.
—Bruno se paró en seco y negó vehementemente con la cabeza—. Sí, joder —insistí—. Te mereces una buena fiesta. Siéntate. Marius y Giovanni te atenderán como a un rey.

Bruno usó su cerebro por primera vez en años y tomó asiento, seguido de Marius. Todos permanecimos callados durante el lento trayecto y cuando detuve el coche frente a la mansión, miré a Marius y a Giovanni por el espejo interior. Ellos sabían qué hacer en escenarios como aquellos. Las palabras eran innecesarias.

Salimos cautelosos al exterior, creyendo que Bruno correría despavorido; sin embargo, no lo hizo. Él había estado en varios eventos en la mansión, pero, aun así, desconocía el lugar donde pasaría sus últimas horas. Caminando por el pasillo de la derecha había una diminuta habitación, que parecía ser un simple armario para guardar trastos. Pero en realidad había otra puerta oculta que daba al sótano; un lugar frío y

lúgubre. Allí era exactamente donde nos dirigíamos.

Bajamos por un corto tramo de escaleras, abrí la puerta blindada y, a continuación, apreté un interruptor para dar vida a dos simples bombillas. El espacio estaba vacío, huérfano de adornos. Los únicos componentes de la habitación eran dos armarios blancos, una silla con posa brazos y correas y un par de toallas.

Agarré la silla y la coloqué en el centro de la habitación.

—Siéntate. Vamos a charlar un poquito tú y yo. —Cuando no se movió, Giovanni le propinó un brusco empujón por la espalda.

Bruno, experimentando ridículas sacudidas, hizo lo esperado por él.

—Aless...

—Shhh... Aún no te he dado permiso para que abras la boca. Dime, Bruno, ¿pensabas irte sin darme mi dinero? Puedes hablar.

—No, no, no... ¡Claro que no, Alessandro!

¡Yo nunca haría eso! —*Puto mentiroso*—.

Pensaba llamarte ahora mismo.

—¿Sabes qué piensan mis hombres? Que tienes más dinero del que dices tener. Te di un voto de confianza, ya sabes, por los viejos tiempos y toda esa cursilería, pero..., pensando en frío, creo que mis hombres tienen razón. Gracias a mí, mis clientes acuden con frecuencia a tu local y las cosas te van mucho mejor que antes, así que no logro entender por qué cojones no pagas cuando debes hacerlo.

—Tú no me entiendes —lloriqueó—. Tengo muchos gastos. Mi mujer no controla las compras y todo el dinero desaparece muy deprisa.

—No opino lo mismo que tú. ¿Dónde está el maldito dinero? —gruñí no pudiendo controlar mi sed de sangre. Al no obtener respuesta, suspiré—. Bruno, Bruno..., no has aprendido nada, ¿verdad? —Señalé el dedo que Marius le había amputado hacía no mucho tiempo atrás.

Sin emitir otra palabra, busqué debajo del mueble hasta encontrar un pequeño juego de llaves. Abrí las puertas del armario, dejando al descubierto algunos instrumentos bastante útiles para torturar, y luego tiré unas cadenas gruesas en dirección a Marius, quien las alcanzó al vuelo.

Al sospechar lo que estaba a punto de suceder, Bruno gritó e intentó huir. Pero Patricio le detuvo agarrándolo por el cuello. Una vez que estuvo bien amarrado, le ató las manos a los reposa brazos y Patricio cogió una toalla para taparle la boca. Empuñé el hacha más grande que hallé en el mueble y lo levanté a la altura de sus ojos.

—Te lo preguntaré una vez más: ¿dónde está mi dinero?

—¡No lo tengo! ¡Te lo juro! —exclamó con miedo.

Patricio le cubrió la boca con la toalla, y, sin más preámbulos, alcé el hacha y le corté cuatro

dedos de un solo golpe. Los chillidos y gimoteos de Bruno fueron ahogados por la prenda. Su cuerpo sufrió frenéticos espasmos a causa del dolor.

Levanté el hacha otra vez.

—¿De nuevo? Tengo toda la puta noche, Bruno.

—Por fav... favor, te lo su... suplico...
Chasquéé la lengua contra el paladar.

—Respuesta incorrecta.

El segundo corte no fue tan limpio como el anterior. El hacha se le quedó atascada entre el hueso de la muñeca y parte de la inerte extremidad permaneció colgando, pero no me molesté en arreglar aquel desastre. Dejé la herramienta encima del mueble, apoyé mi peso contra la madera y, a continuación, busqué un cigarrillo.

—Patético hijo de perra. Te has meado —
murmuré al tiempo que exhalaba el humo por la boca. Oí a los demás reírse de la vergüenza de

Bruno—. Puedes hacer que esto termine ahora mismo y todo se quede en un mal recuerdo, o podemos seguir así hasta que me aburra. Tú decides.

—El dinero... está en... —Tragó saliva—...
Está en una bolsa.

—¿Dónde?

—Debajo de mi cama, pero, por favor...
¡Espera, por favor! Mi mujer estará durmiendo
—suplicó temiendo por la vida de su amada.

—Estoy seguro de que mis amigos serán delicados con Vanesa. —Miré a Marius y a Giovanni en señal de advertencia. Y ellos abandonaron con prontitud la habitación—.
¿Tan difícil ha sido hablar, Bruno? —indagué a la vez que encendía otro cigarrillo. Fui hacia él, liberé la única mano que le quedaba y se lo entregué—. Toma. Fuma un poco.

—Gracias...

Después de treinta minutos de espera, Marius entró silbando en el sótano con una

bolsa de deporte en la mano. Giovanni traía otra también, pero de basura. Marius me entregó la bolsa y al abrirla, descubrí más dinero del que Bruno nos debía. Fruncí el ceño al ver todos esos billetes de quinientos euros amontonados, pero los gritos de Bruno hicieron que volviera a centrarme en él.

Por el suelo rodaba la cabeza de una mujer; la cabeza de Vanesa.

—No paraba de chillar como una loca — comentó Giovanni encogiéndose de hombros.

—¡No, no! ¡Mi mujer! —sollozó Bruno, desconsolado.

—¿Qué significa esto? —le pregunté con brusquedad, pero él continuó lloriqueando. Impaciente, lo zarandeeé con fuerza—. Contesta de una puta vez.

—Ya tienes tu dinero. ¿No es eso lo que querías? —gritó.

—Escúchame bien soplapollas de mierda: cuando te hago una pregunta, quiero que

contestes sin rechistar. ¿Qué cojones planeabas hacer con este dinero? —Al percibir que no iba a decirme nada, cambié de actitud. Los cobardes siempre preferían que las torturas acabaran rápido—. Responde, y haré que todo esto termine.

—¿Lo prometes? —me preguntó con cansancio.

—Te doy mi palabra.

Se humedeció los labios.

—Se está formando un nuevo clan... El cartel de Los Demonios... —dijo con los ojos entornados por la pérdida de sangre.

—¿Quién es su líder? —Estaba al tanto de nuevos clanes matándose unos a otros, pero fuera de mi territorio.

—Luis Reyes, alias «El rompe huesos». Y su amante, Margarita Contreras, «La jefecita». Quieren destronarte... —Una risita diabólica escapó de sus labios—. Venden coca mucho más barata que tú. Se harán con el poder una vez

que se corra la voz de sus precios.

—Me desilusionas, Bruno. ¿Crees que dejaré a unos mediocres vender por mi zona? —me burlé de su estúpido razonamiento—. ¿Sabes qué es lo que más odio en esta vida? La traición. Detesto las puñaladas traperas. Me decepciona saber que tú estabas a punto de cometer un error como ese.

—¡Me diste tu palabra!

—¿Dónde tienen su almacén? —pregunté con rabia.

—No tienen un lugar fijo. Eso es todo lo que sé. ¡Ahora termina con esto! —Saqué mi revólver. Bruno cerró los ojos al ver el arma en mis manos—. Gracias... —susurró aliviado.

Le disparé dos veces en la cabeza, poniendo fin a su miserable y patética vida. Recogí la bolsa con dinero.

—Buscad todo tipo de información sobre Luis Reyes y la puta que lo acompaña —ordené con firmeza y, a continuación, miré disgustado a

mi alrededor—. Y también deshaceos de esta mierda.

—Será un placer. —Sonrió Marius, aunque ya se disponía a buscar la motosierra en el segundo mueble.

Abandoné el sótano justo cuando Marius comenzaba a tararear una canción y hacía el trabajo encomendado. Caminé hacia mi estudio para asegurar el dinero dentro de la caja fuerte, sintiéndome demasiado exhausto como para contar la cantidad de billetes que había dentro de la bolsa.

Tenía cosas más importantes en mi mente. Había otro enemigo haciendo cola para vencerme. Pero el cartel mexicano, «Los Demonios», no existiría por mucho tiempo. Iba a garantizarme de que así fuera. Y si tanto deseaban entrar en mis dominios..., entonces tendrían que pasar por encima de mi cadáver.

Capítulo 13

Amber

La población madrileña estaba escandalizada por el violento asesinato de una mujer a manos de su marido. Según fuentes de la policía, Bruno García había decapitado a su esposa mientras ella dormía. Sus vecinos y familiares jamás sospecharon que un hombre como él, simpático y de comportamiento normal, pudiera cometer tal atrocidad. La cabeza de ella no se encontró. Y Bruno permaneció en permanente busca y captura.

Los medios de comunicación hablaban a diario sobre el homicidio en la televisión, como también en los programas de radio y en los periódicos. Los aeropuertos fueron avisados de su apariencia física y las gasolineras y las calles, empapeladas de carteles con su fotografía.

Pero, a pesar de ello, la información que la gente especulaba era muy distinta a la que la policía manejaba en los confines de la comisaría, ya que las autoridades sabían a ciencia cierta que Bruno García era un cocainómano. Y ¿quién era el mayor vendedor de drogas en todo Madrid? La respuesta era bastante obvia, pero, sin embargo, seguía habiendo un gran inconveniente: no había ninguna prueba contra Alessandro. Una vez más.

El agente Ramírez catalogó el caso como el crimen perfecto, ya que, además de que todo fue ejecutado con total precisión, Alessandro se había asegurado de que el coche de Bruno apareciera en medio de una carretera poco transitada y de que incluso tres testigos afirmaran haberle visto huir e internarse en el bosque. El verdadero paradero de Bruno era todo un enigma.

Aquel suceso perdió intensidad de manera progresiva durante las siguientes cuatro semanas; cuatro semanas quedando con Alessandro, día sí y día también, excepto cuando se ausentaba por asuntos de «negocios». En algunos de nuestros encuentros pude notar un cambio considerable en sus amigos: Marius cantaba sin parar, importándole muy poco su catastrófica desentonación, Patricio alardeaba de sus últimas conquistas sexuales y Giovanni... Giovanni siguió siendo tan reservado como siempre.

El grupo italiano estaba siempre entre bromas y risas; aquello era, sin lugar a equivocaciones, la celebración de haberse quitado un peso muerto de encima.

A siete días de comenzar la primavera, me encontraba bajando las escaleras de una bodega de vinos ubicada en las afueras de la ciudad. Alessandro se había empeñado en comprar un par de botellas, y yo sería la encargada de elegir algunas de ellas. Nunca había estado en un lugar

como ese, ni tampoco tenía ningún conocimiento acerca de la materia, pero él parecía satisfecho con tenerme a su lado.

Al llegar al terreno subterráneo vi varias barricas, según nuestro guía, de roble francés, cuya capacidad de almacenaje alcanzaba los doscientos veinte litros. El espacio estaba tenuemente iluminado, lo que creaba la sensación de estar sumergido en otra época.

Después de un breve paseo por las diferentes secciones, el guía nos llevó a la sala de catas; una habitación muy distinta a la anterior. El suelo allí era de hormigón; los muros, de piedra y las estructuras, de madera oscura. También había un par de mesas cubiertas de cartas de vino, vasos y varios botelleros con viñas antiguas.

El guía fue a buscar dos copas de cristal y una botella mientras nosotros nos acomodábamos en las sillas. Y cuando regresó, sirvió el líquido con extrema elegancia, sin derramar ni una sola gota.

Agarré entusiasmada la copa, dispuesta a probar aquella bebida roja de aspecto apetecible.

—Espera. —Alessandro detuvo mi mano—. Esto hay que beberlo de la siguiente manera —dijo risueño, y yo imité cada una de sus acciones; sujeté la copa por el poste, la agité con delicadeza y luego la acerqué a mi nariz para apreciar su aroma—. Ahora toma un sorbo pequeño y mantenlo en la boca por unos segundos.

El sabor era algo potente, pero también sedoso, con un ligero toque frutal. Todo un deleite para los sentidos de cualquiera.

—Humm... —tararé feliz—. Está riquísimo. ¿Cómo dijo que se llama? —pregunté al guía.

El guía carraspeó y, a continuación, señaló la botella que reposaba majestuosa en la mesa.

—Esta magnífica pieza es un *Pingus* tinto 2006, valorada en solo 980,00 euros.

Al oír el precio escupí el vino por la conmoción. Me sentí mortificada ante los ojos del guía, los cuales rezumaban desaprobación, mientras Alessandro me daba suaves palmaditas en la espalda, riéndose de mi reacción, según él, exagerada.

—Parece que te gusta... —murmuró Alessandro con diversión—. Nos llevaremos dos.

El guía asintió, taciturno, y fue en busca de una segunda botella.

—¿Estás loco? —susurré al tiempo que limpiaba las gotas de vino esparcidas en la superficie de la mesa—. Esto es un robo.

—Calla y disfruta. —Resoplé ante tanto despilfarro y dejé que hiciera lo que quisiese con su dinero.

Tras probar una absurda cantidad de vinos, Alessandro compró dos botellas más: un *Enate Uno Chardonnay 2003* y un *Henry Javer Richebourg Grand Cru 1985*. En tan solo un par de horas, gastó más de lo que yo era capaz de ganar en mi antiguo empleo como secretaria, trabajando tres meses a jornada completa.

Una vez que estuvo satisfecho con sus compras, volvimos a su casa. En las últimas semanas había empezado a quedarme a dormir en la mansión, pero él continuaba sin permitirme hacerle ninguna pregunta durante nuestras fogosas veladas; sin embargo, esa noche en especial quería que fuera diferente a las demás. No consentiría que siguiera evadiendo mis cuestiones sin resolver.

Aparcó el coche y, a continuación, nos desplazamos hacia la entrada.

—¿Por qué siempre dejas las luces encendidas? —inquirí mientras él abría la puerta principal.

—No lo sé —respondió—. Será la costumbre.

Por algún motivo tuve la impresión de que tener las luces encendidas era más que un simple hábito. Sin analizar ni indagar más en el tema, le seguí en silencio hasta la cocina. Como aún no

habíamos cenado, saqué algo para picar mientras tanto Alessandro guardaba sus valiosas adquisiciones dentro de la vinoteca. Pero apenas tocamos la comida; al parecer, ninguno de los dos teníamos apetito.

Alessandro optó por recoger los platos, y yo me dispuse a meter la botella de agua en el frigorífico. Al darme la vuelta, le vi acercarse despacio hasta que me tuvo arrinconada contra la nevera. Me miró inexpresivo por varios instantes y, entonces, me besó.

No me importó que me besara con presura y aunque intuía que algo le rondaba por la mente, me encantaba estar de ese modo con él. Ya no podía negarlo por más tiempo. Era absurdo no admitir mi adicción por Alessandro; la evidente atracción sexual que nos envolvía cada vez que estábamos juntos. Y por algo más..., un sentimiento desconocido, incluso prohibido, que debía enterrar bajo tierra si no quería salir herida.

Me aparté un poco para tomar aire.

—Quiero hablar —protesté sin mucha convicción.

—Ahora no, Amber —murmuró antes de sellar nuestros labios de nuevo. Con mucha fuerza de voluntad, me alejé de su agarre—. Joder, te he dicho que no quiero hablar.

Sin darme tiempo a reaccionar, salió de la cocina en dirección a su dormitorio. Y yo le seguí, pisándole los talones.

—¿Por qué te comportas como un energúmeno? —indagué a la vez que ambos nos desvestíamos con expresión taciturna. Al volverse, me lanzó dagas con la mirada—. Y deja de fruncir el ceño. —Tiré mi pantalón al suelo—. Te saldrán arrugas como sigas así.

—¡Pero qué coño...! —bramó con incredulidad y en tres largas zancadas, le tuve detrás de mí. Posó una mano alrededor de mi cuello y apretó lo necesario para advertirme de su no controlado temperamento—. Retira lo que has dicho.

—No —dije con diversión al notar que se estaba excitando. En cierta parte, le gustaba que yo lo desafiara.

—No empujes mis límites, Amber. —Incliné mi rostro hacia un lado cuando la palma de su mano libre descendió con lentitud por mi estómago, hasta llegar al borde de mis bragas. Cerré los ojos y suspiré al sentir sus dedos acariciando y separando los labios de mi sexo—. Estás mojada... —me susurró en el oído mientras restregaba su creciente erección contra mis nalgas.

—Me prometiste que íbamos a conversar —le recordé entre gemidos. Él me ignoró y siguió estimulándome con movimientos urgentes, lo que causó que mi cerebro olvidara el motivo de nuestra pequeña discusión—. No te detengas...

—¿Quieres hablar o prefieres correrte? Elige.

Medio aturdida, grité:

—¡Hablar! —La palabra abandonó por sí sola mis labios.

En el instante en que se alejó de mí, me sentí destemplada y también enfadada porque me hubiera dejado con las ganas.

—Si yo estoy adolorido, entonces tú también —dijo apartando el edredón.

—Eso es muy cruel —gimoteé con impotencia.

Se encogió de hombros, importándole muy poco el intenso cosquilleo que bullía entre mis piernas, y, a continuación, apagó la luz. Me recosté en mi lado correspondiente de la cama, e intenté sin éxito dormir. Creyendo que él ya estaba dormido, me giré despacio para observar su perfil semiiluminado gracias a la luna.

—¿Qué quieres saber? —me preguntó de repente, con la vista fija en el techo.

Medité la pregunta por un momento y, luego, le formulé una sencilla para empezar.

—¿Cuál es tu color favorito?

—El negro.

—El negro no es un color.

—¿Quién coño dice esa gilipollez?

Su tono hosco me hizo sonreír.

—Todo el mundo. —Reprimí una risita—. Elige otro.

—El azul.

—Aham... ¿Cuándo es tu cumpleaños?

—El 20 de noviembre. ¿Y el tuyo? —inquirió sin mucho interés.

—El 12 de agosto.

Nos quedamos en silencio. Me daba un poco de reparo realizar la pregunta cuya respuesta ansiaba conocer.

—Pregúntame, Amber.

—¿Por qué dices que no tuviste infancia? —Tragué saliva cuando advertí su mandíbula tensarse. No contestó de inmediato. Y, para ser franca, pensé que no lo haría, pero me llevé una sorpresa.

—Tenía seis años cuando robé por primera vez. Fue en una tienda; el dueño estaba hablando con un cliente mientras yo merodeaba por los pasillos. Mi intención no era mangar nada, pero al ver una bolsa abierta de golosinas me agaché y me guardé unas cuantas en el bolsillo. Nunca regresé a aquella tienda. Estuve días sintiéndome culpable. —Sonrió aunque la sonrisa no le llegó a los ojos—. Pero volví a robar cuando el hambre superó el sentimiento de culpabilidad. —Me miró antes de preguntar—: ¿Quieres que siga? No es una historia demasiado bonita. —Al contrario que él, yo no podía hablar; tenía un nudo en la garganta. Hice un gesto de asentimiento—. No es por presumir, ni mucho menos, pero debo admitir que era bastante bueno quitando cosas a los turistas que visitaban Nápoles en verano. Por esa razón comía casi todos los días, e incluso mi madre podía pagar las facturas de casa. Pero después de un tiempo, todos me conocían por el barrio y ya no tenía tanta suerte.

—No entiendo una cosa... —dije tras humedecerme los labios reseco—. ¿Por qué tuviste que pasar por eso? ¿Acaso tu madre no trabajaba?

—Ella era joven, ingenua y un poco inmadura. Tenía veintiún años en aquel entonces... Respecto a tu pregunta; mi madre comenzó a servir copas en un club, a los pocos meses de cumplir veinte, pero cometió un estúpido error.

—¿Qué clase de error?

—Se enganchó a la cocaína tras conocer a un hombre —dijo con desprecio—. Un miserable que la llevó por el mal camino. Su vida entera giraba alrededor de ese polvo blanco. Nadie existía para ella, ni siquiera yo, excepto su chulo y la coca. A veces no la veía por varios días y cuando lo hacía, tenía que soportar oírla follar con ese hijo de perra.

Mi cuerpo se estremeció al escuchar aquella revelación. Ningún niño debería pasar por esas crueles circunstancias.

—No te preocupes, nunca les vi —confesó mirándome con fijeza—. Solía encerrarme en mi habitación, o daba una vuelta por el vecindario.

—¿No había nadie que hubiera podido hacerse cargo de ti? —le pregunté con la voz rota. Estaba a punto de llorar.

—No llores, Amber, no quiero tu lástima —replicó—. Y no. No tenía a nadie excepto la ayuda de una señora mayor, pero no era un familiar sino una vecina. —Su voz se suavizó al

hablar de aquella mujer—. No iba mucho por su casa, porque no quería meterla en líos, pero en ocasiones acudía a ella.

—¿Dónde está ahora?

—Murió hace bastantes años —murmuró con tristeza, pero recobró la compostura casi al instante—. Ahora que ya sabes algo más de mí, ¿podemos dejar zanjado el tema por esta noche?

—Sí, por supuesto... —Sonreí y, a continuación, me acerqué a él—. Gracias. —Le di un beso en la mejilla y aproveché nuestra proximidad para inhalar el típico aroma a tabaco mezclado con el olor de su gel de ducha; una esencia que cautivaba todos y cada uno de mis sentidos.

Sin más demoras, hurgó por la parte trasera de mi sujetador, hasta desabrocharlo, y después tiró la prenda al otro extremo del dormitorio. No me opuse a que me tumbara despacio boca arriba y se alzara sobre mi cuerpo. Con la respiración agitada y como si actuara por instinto, separé las piernas para que pudiera posicionarse entre ellas. Notaba su peso rígido encima del mío mientras dejaba varios besos por mi clavícula para luego seguir descendiendo con lentitud, lamiendo mi estómago, mordisqueando mis costillas; adorando con sus labios cada centímetro de mi piel.

—*Bellissima...*

—Alessandro...

—No, Amber. —Elevó la cabeza para mirarme—. Si te opones otra vez, te ataré a la cama y me dará lo mismo si me acusas de violación.

—Solo quiero decirte una cosa —musité, trémula.

Tomé su rostro entre mis manos y lo acerqué al mío mientras sentía mi corazón martillar fuerte en mi pecho. Las palabras que tanto anhelaba y asustaba pronunciar se me quedaron estancadas en la garganta. Mis ojos verdes se batían en duelo con el azul de los suyos, en un intento por transmitir con mi mirada todo lo que era incapaz de admitir en voz alta.

—Te deseo... —finalmente dije—. Demasiado.

Gemí de satisfacción cuando estampó su boca contra mis labios y nuestras lenguas comenzaron una lenta danza; la más erótica y sensual hasta el momento.

A la mañana siguiente caminé hacia el salón comedor después de ducharme. Alessandro, que ya se encontraba desayunando, bebía un cortado y, cómo no, leía el periódico del día. La mesa estaba llena de sabrosos bollos, zumo de piña y naranja, fruta cortada en trozos proporcionados y tostadas.

—¿Lo has preparado todo? —le pregunté, patidifusa.

Cada vez que bajaba a comer la mesa estaba servida con abundantes delicias, pero nunca había visto personal de servicio deambulando por la mansión.

—No, Patricio trajo de todo un poco. —Me senté a su lado mientras él servía café en mi taza. Al parecer, se había levantado de buen humor.

—¿Quién limpia aquí? Si me dices que lo haces tú, me caeré muerta.

—Siento tener que desilusionarte. La empleada doméstica que trabaja en casa de Patricio se pasa por aquí cuando yo no estoy. —Arqué una ceja de manera inquisitiva—. No me gustan los ruidos innecesarios.

—A veces eres muy raro... —Di un mordisco a un bollo y, después, me armé de valor para comentarle algo que me inquietaba—. Por cierto..., creo que no le caigo bien a Patricio.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Quizás las constantes pullitas que me suelta todo el tiempo o por la forma en que me mira.

—Esa es su cara habitual. No se lo tomes en cuenta. —Desechó cualquier posibilidad de que yo estuviera en lo cierto. Lo miré estupefacta. Era obvio que Patricio aborrecía mi presencia—. Amber, aquí —dijo señalando con su dedo la comisura izquierda de su boca.

—¡Oh! —Pasé mi lengua alrededor del contorno de mis labios para lamer los restos de chocolate.

—Hazlo de nuevo —demandó con vehemencia.

Me reí a la vez que le complacía, tan solo para provocarlo. Alessandro se levantó de la silla e intentó agarrarme a la fuerza.

—¡Estoy comiendo! ¡Alessandro! —grité entre risas.

Sus manos atraparon mis pies y me inmovilizaron en el sitio, sin importarle que el relleno del bollo estuviera estropeando el hermoso mantel bordado.

—Lame tus dedos —exigió con voz lujuriosa.

Al instante dejé de reírme y como si estuviera bajo un hechizo, capturé los suyos, manchándolos en el acto de chocolate, e introduje dos en mi boca. Ya no había timidez ni vergüenza en mí. Sin apartar la mirada, comencé a jugar y chupar lánguidamente sus dedos, tomándome mi tiempo para contemplar sus pupilas un tanto dilatadas a causa de la excitación.

Extrajo sus dedos de mi boca y, a continuación, acercó su rostro al mío para devorar mis labios con una intensidad extrema; un beso profundo, salvaje y apasionado, que hizo que me derritiera por dentro.

—Me vuelves loca... —murmuré casi sin aliento.

—Créeme, el sentimiento es completamente mutuo. —Justo cuando iba a responderle con algo que a lo mejor me arrepentiría después, la escandalosa melodía de su móvil nos interrumpió. Sacó el aparato del bolsillo del pantalón y se alejó tras mirar la pantalla—. Debo contestar —dijo con cierta tirantez. Su estado de ánimo volvió a cambiar.

Cogí una servilleta y comencé a limpiar el desastre que habíamos ocasionado, mientras le oía replicar a quienquiera que estuviera al otro lado de la línea con cortantes monosílabos. Pero antes de finalizar la llamada, añadió:

—Envíasele todo a Patricio. Él me lo hará llegar. —Guardó su móvil y, después, se dirigió a mí—: Dentro de poco tengo que ir al bar.

—¿Nos vemos mañana? —le pregunté poniéndome de pie.

—Puedes venir conmigo, aunque supongo que te aburrirás.

—¿Dónde estarás tú?

—En el despacho, pero no puedes estar allí. Tengo que realizar llamadas a proveedores y firmar papeles. Prefiero estar solo. —Se quedó pensativo por unos segundos—. Si vienes, podrías conocer a Piero. Estoy seguro de que no le importará que estés en la cocina.

—Eso suena entretenido —acepté sin titubeos. Cualquier opción era mucho mejor que estar sola.

Piero era el típico chef italiano que muestran en las caricaturas, con un grueso bigote negro, un poco bajito y luciendo una bata y un sombrero blanco de cocinero. Fue divertido verle moverse de un lado a otro, dando órdenes a sus ayudantes quienes ejecutaban los mandatos a la menor brevedad posible. Se desenvolvía con una facilidad envidiable, a pesar de su moderado sobrepeso.

Alessandro tuvo razón. Al chef profesional de aquel elegante restaurante no le importó que yo invadiera su lugar de trabajo. Todo lo contrario. Apenas puse un pie dentro de la moderna cocina e hicimos las presentaciones, me facilitó un sombrero y una bata, me ordenó que me lavara bien las manos y antes de que pudiera procesar lo que estaba haciendo, me encontraba pelando patatas y cortando verduras. Era una tarea fácil de practicar, pero, aun así, agradecí la pequeña labor.

A medida que fueron avanzando los minutos, me solté por completo y ya no dudaba en gritar para informarle de mi terminada faena.

—¡Chef, esto está listo! —exclamé varias veces mientras me disponía a pelar y a cortar de nuevo.

Perdí la noción del tiempo. Me sentía eufórica por volver a trabajar, incluso si no tendría remuneración alguna. Volví a sentirme útil.

Estaba agarrando tres patatas para realizar la misma elaboración cuando Piero me detuvo.

—Vamos a cocinar la comida de los señores, incluido el tuyo —comentó con un pronunciado acento italiano—. Pela y corta pero en rodajas muy finas. —Sacó la bandeja del horno y, a continuación, la colocó encima de la encimera junto con un pimiento verde, dos tomates, una cebolla y dos dientes de ajo—. Y cuando todo esté listo, mételo aquí. —Asentí y seguí sus instrucciones al pie de la letra, mientras él limpiaba una lubina fresca para luego filetearla.

—Listo —dije admirando la bandeja.

—Muy bien. Necesitamos echar un chorrillo de aceite. ¿Ves ese mueble de ahí? Trae el vino blanco. ¡Vamos, *signorina!* —exclamó dando un par de palmaditas en el aire. Lo hice y regresé a su lado—. Perfecto. Esto quedará para chuparse los dedos. —Después de condimentar, puso la lubina encima de las patatas—. ¡Esta delicia se va directa al horno!

—¿Cuánto tiempo tardará?

—Unos diez minutos más o menos. Dime, *signorina*, ¿ha sido difícil? —Sonriendo, negué con la cabeza.

Una vez que todo estuvo bien cocinado, pusimos los platos sobre dos bandejas de plata.

—Dejaré mi cubierto en esa mesa —expliqué señalando un rincón desocupado de la cocina.

—No, no, tú comerás con el señor Alessandro. Lleva esto, y yo este otro. Trabajo en equipo.

Pensé que iríamos a la zona del restaurante, pero, en cambio, me llevó hasta el despacho privado de Alessandro. Piero golpeó dos veces la puerta con sus nudillos.

—Señor, la comida está lista —le informó a Marius, quien abrió la puerta apenas diez centímetros. Me miró por un segundo antes de volcar su atención en Piero.

—Esperad un momento.

Aguardamos enmudecidos, soportando el peso de las bandejas, hasta que por fin nos dejaron pasar. La habitación olía tanto a humo que creí que me asfixiaría allí mismo. No me cabía ninguna duda de que esos cuatro hombres, que esperaban tranquilos la comida, habían estado fumando durante toda la mañana.

Me senté cerca de Alessandro y comí en silencio.

—Amber, ¿sabes jugar al póker? —me preguntó Giovanni.

—No, pero he visto algunas jugadas por la televisión.

Patricio bufó ante mi comentario y se levantó para ir a buscar un juego de cartas. Los demás apartaron los platos a un lado y todos, excepto yo, sacaron sus billeteras.

—Siéntate aquí —murmuró Alessandro palmeándose los muslos. Una vez que me acomodé sobre sus piernas, me facilitó su billetera—. Saca cien euros y ponlos en el centro de la mesa.

Lo hice y, enseguida, todos hicieron lo mismo. La partida comenzaba con una cifra inicial de

cuatrocientos euros. Marius se encargó de barajar y repartir las cinco cartas. Alessandro y Giovanni pidieron dos más, Marius una y apostó doscientos euros. Patricio se plantó y los demás igualaron la apuesta.

—Póker de *Queens* —dijo Alessandro mostrando sus cartas.

—¡Mierda! Tengo color —rezongó Giovanni. Marius tenía una pareja de ases.

En total jugaron seis partidas más, de las cuales Alessandro ganó dos, Patricio tres y Giovanni se hizo con una victoria. Marius, en cambio, no tuvo suerte en ninguna de las rondas.

—Ahora jugarás tú. —Alessandro ignoró los tres pares de ojos que miraban en nuestra dirección—. ¿Entendiste las normas? —indagó divertido.

—Sí, pero... no quiero perder tu dinero. —Tiró cien euros al centro de la mesa, haciendo caso omiso a mis palabras—. Como quieras... Luego no te quejes.

—No lo haré. Me cobraré la deuda de una u otra manera. —Sonrió de manera traviesa.

Sacudí la cabeza, para dispersar toda clase de pensamientos pervertidos, y me centré en las cartas. Estaba nerviosa. Necesitaba un *rey* para tener escalera alta. Pedí una carta y casi salté de alegría cuando conseguí mi objetivo.

—Apuesto quinientos euros. —Patricio arrojó el billete como si fuera una moneda de un céntimo. Abrí los ojos como platos cuando le siguieron dos billetes más—. ¿Apuestas, Amber?

—Creo que me retiro.

—Ella sigue. —Alessandro lanzó otro billete.

Unas gotitas de sudor se formaron en mi frente. Quería ganar y patearle el trasero a Patricio, aunque fuera a través de un juego. Pero tras mostrar nuestras jugadas, el gran vencedor fue Marius con una escalera real.

—Lo siento... —murmuré cerca del oído de Alessandro, medio riéndome.

Los demás se burlaban de él mientras tanto Marius se guardaba dos mil cuatrocientos euros en la billetera.

—Ya verás cuando llegemos a casa. —Sus ojos brillaron de diversión y al manosear mi trasero, supe con exactitud cómo quería cobrarse la deuda.

—Ni lo sueñes —susurré con una sonrisa coqueta.

En aquel momento no me importó que los demás estuvieran presenciando nuestras miradas cargadas de promesas silenciosas. Al contrario, estar con él en ese entorno se sentía bien, natural, e incluso normal. Pero cuando analizaba mi comportamiento con más calma, sabía que no debía sentirme así en absoluto.

¿Acaso estaba perdiendo el norte? Si la respuesta era negativa, no entendía por qué últimamente las constantes mentiras vividas, día tras día, me estaban pareciendo más verdaderas que nunca.

Después de terminar de jugar, Alessandro y yo nos sentamos en el sofá y empezamos a hablar sobre los nuevos platos que Piero deseaba incorporar a la carta; se trataba de tres recetas que habían pasado de generación en generación en su familia. Pero él estaba más ocupado mirando por el rabillo del ojo el cigarrillo de Patricio.

—Deberías dejar de fumar tanto —comenté mientras ponía los folios encima de la mesa—. Y también bebes demasiado.

Me miró como si estuviera chiflada.

—¿Por qué debería hacerlo?

—Parece que no lees lo que está escrito en el paquetito: Fumar mata. —Se echó a reír a carcajadas y aunque adoraba escuchar su risa, en aquel instante no me gustó—. Esto es un tema muy serio.

—Venga, Amber, no me digas que ahora te preocupas por mí —se mofó con tono escéptico. Me encogí ligeramente de hombros y, a continuación, musité:

—No quiero que mueras.

No respondió ni se inmutó por mi pequeña confesión. Sintiéndome avergonzada y, a la misma vez, abrumaba por los extraños sentimientos que Alessandro despertaba en mi interior, clavé la vista en mis manos.

Al cabo de pocos segundos, elevó mi barbilla con delicadeza hasta que mis ojos se toparon con los suyos.

—Ojalá lo que me mate algún día sea el tabaco o la bebida —murmuró con seriedad.

—¿Qué intentas decir con eso? —Estudió mi rostro durante un buen rato, como si estuviera buscando alguna respuesta razonable en él.

—Nada, es solo una forma de hablar —dijo antes de levantarse y caminar hacia la esquina opuesta de la habitación, dejándome con la duda.

Tuve el perturbador presentimiento de que estaba escondiendo mucho más en aquella concisa frase.

Llegamos a su casa al anochecer. Durante la tarde en el bar Alessandro salió varias veces de su despacho para hablar en privado por teléfono, de modo que tuve la oportunidad de observar con mucha discreción a los demás. Era bastante frecuente ver a Patricio quedándose pensativo, como si su mente lo transportara a algún lugar lejano, pero volvía a ser él mismo en cuanto alguien reclamaba su atención. Marius no podía estarse quieto ni un segundo. Giovanni, en cambio, era todo lo opuesto a su amigo. Él era solitario, muy tranquilo y lo único que necesitaba era tener una copa a su derecha, un cigarrillo cerca de sus labios y girar una navaja entre sus dedos; cosa que me parecía escalofriante.

Los cuatro tenían personalidades muy distintas, pero, aun así, había una fuerte conexión entre ellos.

—Sois muy amigos —comenté en tono casual mientras sacaba la botella de agua de la nevera.

—Nos conocemos desde hace mucho —respondió Alessandro. Apoyé los codos en la isleta y lo miré con interés, a la espera de obtener más información—. Conocí a Patricio cuando yo tenía diez años.

—¿Cómo? ¿Por medio de tu madre?

—No, en esa etapa de mi vida yo ya no vivía con ella. —Se aclaró la garganta—. Estuve en un centro de acogida a los ocho años. Los servicios sociales le quitaron la custodia a mi madre. —Tuve que sentarme en un taburete al sentir que las piernas me temblaban—. No estaba escolarizado, así que, cuando se dieron cuenta de aquello, me ingresaron en una institución con otros críos.

—¿Tuviste a otras personas como padres?

Sonrió ante mi pregunta.

—No, nadie quiere adoptar a un niño tan mayor. La mayoría de la gente prefiere a un recién nacido o a menores de tres años. Varios niños estaban en la misma situación que yo.

» Recuerdo que algunos llamaban mamá o papá a cualquier desconocido, que venía a

echarnos un vistazo, en un intento por llamar su interés; esperando que alguien les quisiera. Yo, en aquel entonces, no era problemático; todo lo contrario, era bastante pacífico a pesar de toda la mierda por la que había pasado. El único inconveniente fue que no me sentía a gusto en aquel lugar y aunque se suponía que la cuidadora debía ser mi referente de madre, yo no lo sentí de ese modo. Así que empecé a escaparme mientras los demás dormían, ya que tenía mi propio escondite secreto, pero también comencé a meterme en líos. En una de esas tantas noches conocí a Patricio.

—¿Te adoptó?

—No, pero me salvó la vida. Estoy en deuda con él. En realidad todos lo estamos. —Ladecé la cabeza, con una sonrisa dibujada en los labios—. Déjame adivinar: quieres saber más.

—Sí, si tú quieres —murmuré fingiendo desgana, aunque me moría por saber por qué Patricio les había ayudado.

—Eres demasiado curiosa... —Se rio antes de continuar—: Patricio me dio un hogar y como comprenderás, no regresé al centro. No voy a mentir diciendo que fue como tener un padre, pues nunca se le dio bien ejecutar ese papel. Patricio fue más como un... hermano mayor. Por otro lado, conocí a Marius un par de meses después de aquella noche. Él era un año menor que yo, bajito y muy flacucho. —Sacudió la cabeza con diversión—. Aún recuerdo bastante bien nuestro primer encuentro; ocurrió una mañana, cuando Marius intentó robarle la billetera a Patricio. Pero él sintió su diminuta mano en el bolsillo del pantalón y, de inmediato, lo agarró de la camiseta.

—¿Le pegó a un niño? —le pregunté horrorizada.

—Claro que no. No hubo violencia entre ellos. Patricio le preguntó dónde vivía para hablar con sus padres sobre su indisciplinado comportamiento; solo quería acojonar al crío. Pero Marius respondió que vivía con sus abuelos.

» Sin creerle ni media palabra, le seguimos hasta una chabola, que resultó ser su casa. Nos internamos en la vivienda sin su consentimiento y no tardamos en ver a un anciano en silla de ruedas, cuidando a una mujer que yacía postrada en la cama. Marius no nos había mentido. Sus abuelos estaban muy enfermos y no les quedaba mucho tiempo de vida. Las condiciones en ese entorno eran nocivas y si Marius permanecía en ese lugar, acabaría muriendo también. Cuando Patricio habló con el anciano, este no dudó en ofrecer a su nieto; su mujer estaba en las últimas y él se encontraba agotado. No quería seguir luchando. Así que esa misma tarde Marius se unió a nuestra familia.

—Todo eso es terrible... —Pestañee varias veces. No quería llorar delante de él. No quería parecer débil ante sus ojos—. ¿Y Giovanni?

—Giovanni llegó unos años más tarde. Él siempre ha sido diferente, especial, el bicho raro del grupo. Nunca conversaba con nadie; al contrario, se quedaba a un lado y se marginaba del resto. Pero cambió de actitud cuando cogió confianza con nosotros.

—Lo que aún no consigo entender es... ¿por qué Patricio os ayudó?

—No está en mis manos contar su historia. No me parece justo. —Se quedó en silencio por un instante, como si estuviera sopesando algo—. Lo único que puedo decirte es que, antes de conocerme, perdió a dos personas muy importantes para él y su vida sufrió un cambio drástico. Ahora, Amber, hazme un pequeño favor: no me mires con esa carita de pena.

Me obligué a sonreír.

—No lo hago —mentí—. Te admiro, porque si yo hubiera pasado por todas esas experiencias, no habría sobrevivido ni un solo día.

—Eso no es verdad —dijo con total seguridad—. Eres más fuerte de lo que crees. Es normal

que ahora no opines lo mismo. Pero si algún día te encuentras ante una adversidad, te darás cuenta de la fuerza que tienes en tu interior.

—No sé por qué piensas eso.

—Porque sé que no me equivoco. —Sentí una gran carga en el pecho al escucharle hablar de mí de ese modo—. Ven, vamos a la cama. —Se puso de pie—. Es hora de descansar.

Me levanté del taburete y, a continuación, salimos de la cocina. Pero cuando llegamos al pasillo, que conducía a las escaleras, me paré en seco y desvié la mirada hacia esas dos puertas que siempre permanecían cerradas con llave.

Alessandro miró en la misma dirección que yo.

—Esa puerta es un armario —comentó señalando la puerta más cercana—. La del fondo a la derecha es mi estudio y la de la izquierda es una biblioteca privada, pero a veces también trabajo allí.

—¿Una biblioteca? —Mi cara se iluminó—. Es una pena que esté cerrada —murmuré más para mí misma que para él.

Como si captara mi desilusión, entrelazó sus dedos con los míos y caminamos hasta detenernos delante de la puerta que daba acceso a la biblioteca.

—¿Quieres entrar? —me preguntó, aunque ya estaba girando la llave en la ranura.

—Sí —contesté sintiéndome eufórica de que se estuviera fiando de mí; sintiéndome una desgraciada porque sabía que su voto de confianza sería su perdición.

Se acercaba lo inevitable. Y nada ni nadie sería capaz de impedirlo.

Capítulo 14

Amber

Las sensaciones que me transmitió la biblioteca privada fueron inexplicables. El aire se sentía diferente en aquella habitación. Y no tan solo el ambiente era más acogedor, sino que también la actitud de Alessandro se tornó más relajada, lo que causó que mi propia conducta se amansara.

Di un pequeño giro sobre mí misma para percibir todos los elementos que adornaban la sala y al divisar las enormes estanterías de madera oscura, caminé hacia allí. Mis dedos se deleitaron tocando la tapa de un libro y a pesar de que supuse que aquel ejemplar era muy valioso, no dudé en sacarlo para contemplar las ilustraciones en dorado. Era una primera edición de una obra del autor Charles Dickens.

—¿Lo has leído? —le pregunté mientras ojeaba algunas páginas, pero no entendí nada porque estaba en inglés.

—La verdad es que no, pero luce bien en este viejo mueble.

—Si supiera hablar inglés —dije sosteniendo el libro en alto antes de guardarlo en su lugar correspondiente—, leería todos los que tienes.

—Ese idioma es muy aburrido, pero sería un placer darte unas cuantas clases de francés —sugirió con tono travieso.

—Siento ser una aguafiestas... —Me encogí de hombros, intentando parecer desinteresada en su proposición indecente—. Pero ya sé hablar francés.

Se aproximó un poco más a mí.

—Qué pena —susurró al tiempo que acariciaba mi cuello con el dedo pulgar, justo sobre la vena carótida. Esa simple y efímera caricia fue capaz de erizarme todo el vello del cuerpo—, porque mis clases son muy entretenidas. —Me guiñó un ojo y, a continuación, se desplazó hacia la chimenea.

La chimenea eléctrica cobró vida y las llamas iluminaron gran parte del espacio, calentando, poco a poco, nuestro entorno.

Se me aceleró el corazón cuando Alessandro dio media vuelta y me miró con una intensidad descomunal, haciéndome sentir desnuda a pesar de que seguía bastante vestida. Ninguno de los dos dijimos nada. Nos quedamos paralizados. La tensión sexual era más que palpable entre nosotros.

Igual como si una irresistible fuerza invisible tirara de mí, avancé hacia él y, sin vacilar,

agarré su corbata con bastante brusquedad. Su boca colisionó contra mis labios y sus manos no tardaron en tomar ambos lados de mi cabeza. Dejé escapar un pequeño gemido de satisfacción al sentir el primer pero no el último roce de su lengua, que jugueteaba y bailaba con la mía.

Era inquietante cómo Alessandro hacía que me sintiera; cómo empezaba a necesitarle cada día un poco más.

Sin querer reflexionar sobre mis perturbadores pensamientos, cerré mi mano derecha alrededor de la fina tela de su corbata y con la izquierda, empujé su trasero hacia mí en un intento desesperado por acercarle más, como si quisiera fusionarme con él.

Se apretó contra mi cuerpo, ansioso y anhelante por el suyo, y a continuación caminamos a ciegas hacia atrás, sin romper nuestra lujuriosa conexión. Mis pies chocaron contra algo duro: un largo y magnífico sofá blanco Chaise Longue.

En aquel instante tuve una especie de *déjà vu*; la imagen de nuestro primer encuentro sexual, en el día de Navidad, apareció en mi mente. Recordaba bastante bien que aquella noche él poseyó todo el control.

Sin entender el motivo, algo en mi interior me empujó a tomar la iniciativa; quise dominar aquella situación; cambiar las tornas; tener el mando aunque fuera por una vez; hacerlo mío a la vez que él me hacía suya.

—No... —murmuré cuando hizo ademán de tumbarme. Me humedecí los labios antes de decirle lo que en realidad deseaba—: Quiero estar encima de ti. Quiero que me veas.

Frunció el ceño mientras deliberaba mi petición, como si no estuviera muy seguro de si acceder o no; sin embargo, tras algunos segundos de indecisión y en absoluto silencio, se sentó en el sofá y yo me subí a horcajadas sobre él; enredé mis dedos en su pelo y, entonces, volví a besarle con una pasión incondicional. Un sensual gruñido de conformidad retumbó entre las paredes cuando comencé a frotarme contra su dura erección. No podía estarme quieta y él, tampoco. Fijó sus manos en mis nalgas para guiar mis agitadas caderas, y las mías deshicieron el nudo de su corbata y desabotonaron los botones de su camisa.

Tras dejar la prenda abierta y tener un grandioso plano de su torso bronceado, tracé un perezoso recorrido con mi lengua; desde su garganta hasta detrás de su oreja. Luego, le di un beso fugaz en ambas mejillas antes de desviar mi camino hacia sus labios.

Estaba ida de placer. Sentía mi clítoris palpar de deseo, tanto o más como los propios latidos de mi corazón.

—Eres hermosa —dijo con los ojos entornados. Dándome prisa, le quité la chaqueta e hice lo mismo con la camisa. Lo miré con una media sonrisa y, a continuación, empecé a lamer sus diminutas aréolas—. Joder, Amber...

Era increíblemente erótico verle disfrutar así, tan desinhibido y entregado a la lujuria, pero sobre todo tener el conocimiento de que era yo quien provocaba todas esas emociones en él. Solo yo y nadie más.

—Eres hermoso. —Le devolví el halago y antes de que pudiera replicar, o siquiera hacer algo, me incorporé unos centímetros y me saqué la camiseta de manga tres cuartos por la cabeza. A continuación, deslicé los tirantes de mi sujetador hacia abajo, sin llegar a desnudar mis pechos. Impaciente, Alessandro intentó manosearme a la fuerza. Pero frené sus manos con las mías—. Todavía no.

—¿Quieres que explote los pantalones? Porque estás a un paso de conseguirlo. Me arrimé a él, y le susurré en el oído:

—Lo que quiero es follarte como nadie te ha follado. —Traté de sonar como una seductora, y

creí haberlo conseguido al verle apoyar la cabeza en el respaldo. Cuando volvió a clavar sus ojos en mi rostro, me regaló una mirada llena de promesas obscenas.

Aquella mirada me desarmó por completo.

—Eso ya lo has hecho hace mucho tiempo —afirmó con la voz ronca.

Ante la sinceridad de su respuesta, no pude expresar ningún pensamiento coherente. Alessandro, en cambio, aprovechó la oportunidad para deshacerse de mis pantalones y me tocó por encima de la ropa interior. Pero yo tampoco pude estar más segundos sin manosearle, así que me apresuré a liberar su pene, erecto y caliente, de los bóxeres. Una vez que lo tuve en mi mano derecha, le acaricié como a él le gustaba mientras a tientas me sacaba las zapatillas y los calcetines. No protesté en absoluto cuando esta vez sí apartó mi sujetador y lo dejó a la altura de mi cintura. Al contrario, como una descarada, aproximé mis pechos hacia su boca y gemí de regodeo cuando él los juntó por el costado y chupó ambos a la vez.

—No aguanto más —dije entre jadeos—. Te necesito dentro de mí.

Alessandro asintió y se retiró para dejarme rebuscar en su billetera. Extraje un condón, rompí el envoltorio y, a continuación, lo rodé por su miembro. Desesperada, le quité los zapatos y los pantalones color negro y volví a ponerme encima de él. Hice a un lado mis bragas, tomé su pene para posicionarlo en mi hendidura y, muy despacio, me deslicé por todo su grosor hasta quedar completamente empalada.

Encajábamos a la perfección. Éramos dos fragmentos perdidos de una misma pieza.

Lo besé con pasión mientras montaba a un ritmo enérgico sobre su miembro. Sus caderas empujaban con ímpetu hacia arriba, cada vez que yo cogía impulso y descendía por toda la longitud de su pene; encontrándonos y uniéndonos en uno.

Estaba embelesada de tener sus manos firmes en mi culo, agarrando y sobando mi carne desnuda.

Mi cuerpo comenzó a tensarse. Mi pulso aumentó al sentir el familiar cosquilleo formándose en mi estómago. Rodeé las caderas en círculos, estimulando mi clítoris gracias al constante roce contra su piel.

—¿Puedes correrte de esta manera? —inquirió absorto en los temblorosos vaivenes de mi pelvis.

—¡Dios, sí! —gemí. Retorció uno de mis pezones entre sus dedos y yo, en respuesta, arañé sus pectorales bañados en sudor—. Otra vez..., hazlo otra vez, por favor —supliqué casi lloriqueando de regocijo.

Alessandro me complació y al volver a sentir aquel exquisito dolor, exploté en un poderoso orgasmo. Balbuceé su nombre en un hilillo de voz a la vez que numerosos escalofríos circulaban por mi cuerpo y se dirigían en todas las direcciones posibles. Se aseguró de absorber cualquier resto de placer antes de tenderme gentilmente en el sofá y seguir penetrándome con fuerza. Sus embestidas ya no eran calculadas, sino bruscas, rápidas y rudas. Tras empujar unas cuantas veces más, se quitó el condón, se arrodilló con cuidado a un lado de mi cabeza y metió su pene en mi boca.

—Relaja la garganta —ordenó gimiendo.

Mis ojos se tornaron vidriosos por el esfuerzo, pero su anhelante respiración me anunció de la cercanía de su éxtasis. Le clavé las uñas en las nalgas cuando sentí su puño rígido en mi cabello y justo en ese momento, se corrió con un ruidoso gruñido ronco. Un abundante líquido, caliente y un poco salado, acarició mi paladar. Y yo no dudé en tragármelo mientras notaba las violentas pulsaciones de su miembro contra mi lengua.

Alessandro se apartó con delicadeza, y yo me acomodé en el sofá, con los ojos entornados, sintiéndome saciada, agotada y sobre todo muy satisfecha. Semiinconsciente, noté que me quitaba el sujetador y, no mucho después, aprecié el calor de su cuerpo al acostarse junto a mí, apretándome contra su costado. Inhalé la embriagadora esencia a él, a tabaco y a sexo, y solté un suspiro de felicidad antes de dejarme arrastrar por un sueño profundo.

Y aunque había transcurrido mucho tiempo desde aquella mágica noche, aún la recordaba bastante bien... porque fue la primera y la última vez que dormí entre sus brazos.

El momento en que mis ojos estuvieron abiertos, no pude evitar sonreír como una niña pequeña al comprobar que mi cabeza seguía apoyada en su hombro. Nuestras piernas estaban enredadas y unos suaves ronquidos salían de sus labios entreabiertos. Aun estando desnudos, no tenía frío, ya que Alessandro había dejado la chimenea eléctrica encendida durante toda la velada.

De manera muy sigilosa, me incorporé para echar una ojeada fugaz a la habitación. La biblioteca era igual de sorprendente tanto de día como de noche, pero mi sonrisa se esfumó cuando mis ojos advirtieron varios papeles en la superficie de su escritorio.

«A veces también trabajo allí», había dicho Alessandro.

Tragué saliva. Una parte de mí, que aún no comprendía, no deseaba husmear entre sus cosas. No era estúpida. Sabía que era completamente retorcido no querer perjudicarlo; era incomprendible que tan solo la idea de que pronto perderíamos lo que habíamos construido me hiciera padecer. Mi corazón dejaba de latir ante el pensamiento. Pero no podía obviar que había otra persona en mi vida que también estaba sufriendo; un hombre capaz de causarme dolorosos pinchazos en el pecho, pero de un modo distinto de los que experimentaba con Alessandro.

Dejando aparte los sentimientos encontrados y sin hacer el más mínimo ruido, me levanté del sofá y recogí su camisa del suelo. Abroché algunos botones mientras caminaba hacia la magnífica mesa de madera oscura. Inquieta, lancé una mirada furtiva en la dirección de Alessandro y me alivió comprobar que él seguía dormido. Volví la vista al frente y me centré en revisar los papeles; la mayoría eran simples folios en blanco, algunos presupuestos de proveedores de comida y viejos recibos. Me di cuenta de que el escritorio disponía de dos cajones, así que traté de abrirlos, tirando de las asas, pero no se desplazaron ni un miserable milímetro.

Mis labios dejaron escapar una bocanada de aire, aunque no estaba segura de si fue en señal de alivio o de cansancio. Me di la vuelta para regresar con Alessandro, pero algo captó mi atención. Muy despacio saqué un papel verde, que yacía debajo de una carpeta roja, y leí su contenido; se trataba de un anuncio publicitario de un taller bastante alejado de Madrid, que promocionaba diferentes ofertas de sus servicios.

Fruncí el ceño.

—¿Qué estás mirando? —Giré la cabeza con brusquedad al oír su voz.

Alessandro estaba de pie, observándome con detenimiento.

—Estaba en el suelo —me excusé.

Recogió sus bóxers del suelo y tras estar escasamente vestido al igual que yo, caminó hacia el escritorio y se detuvo detrás de mi cuerpo. Me miró por un corto momento antes de echar un vano vistazo al folio por encima de mi hombro. Sin inmutarse asintió un par de veces, como si estuviera manteniendo un diálogo silencioso consigo mismo.

—Ponlo otra vez encima de la mesa —ordenó con tranquilidad. Mientras realizaba lo que me

había pedido, procuré que mi mano se contuviera de temblar, pero al sentir las suyas sobre mis brazos, ejerciendo suficiente presión, todos mis sentidos se pusieron en alerta—. No debes ser tan curiosa. Nada bueno puede salir de ese hábito.

—Quería tomar prestado uno de tus libros —musité con los ojos fijos en la madera—. Lo siento... Vi el papel en el suelo y lo recogí. No estaba curioseando.

Tras murmurar mi ambigua justificación, ninguno de los dos quebró el incómodo silencio que nos rodeaba. Y yo no me atreví a moverme para verificar si creía o no mi lamentable pretexto.

—Está bien. —Me dio un beso en la parte posterior de la cabeza—. Lo que has hecho no tiene importancia.

No le respondí, lo que causó que girara mi todavía paralizado cuerpo para que estuviéramos frente a frente. Se quedó estudiándome por unos segundos antes de mimar mi mejilla con su pulgar; una acción dulce y tierna que me hizo alzar el rostro hasta que mis ojos hallaron los suyos.

Respiré hondo.

¿La sensación de cosquilleo que revoloteaba en mi estómago era a causa de los nervios? Esa extraña percepción se estaba volviendo en mi más fiel compañera cada vez que me encontraba cerca de él; cada vez que sentía una de sus caricias.

Ya no podía asegurar dónde empezaba y cuándo terminaba mi actuación, porque apenas lograba distinguir una cosa de la otra. Ni siquiera podía afirmar con certeza que aquello no era nada más que una interpretación; una farsa, una fachada. Y si realmente lo era, ¿por qué se sentía todo tan real?

Como si él fuera un imán, me arrimé a su cuerpo y lo abracé sin romper mi mirada de la suya. Separé los labios, dispuesta a admitir en voz alta una realidad bastante obvia; una que temía con toda mi alma.

—No lo digas. —Se me achicó el corazón cuando mi cerebro captó la concisa orden—. No lo digas —repitió en un susurro.

Tragué saliva de manera audible.

—No sé de qué me estás hablando —repuse. Parpadeé varias veces cuando las lágrimas no derramadas me nublaron la vista.

—Bien... —murmuró aliviado. Se quedó callado por unos segundos—. He estado pensando... Creo que a lo mejor podrías traer unas cuantas prendas y dejarlas en mi dormitorio. O, si lo prefieres, en una de las habitaciones para los invitados. Al fin y al cabo, pasas más tiempo aquí que en ese diminuto apartamento tuyo.

Me reí sin ganas. Aquello era verdad. Alessandro se había convertido en mis veinticuatro horas del día y aunque no siempre estábamos juntos, en mi mente y en mis pensamientos sí lo estaba.

—¿No te importa?

Sacudió la cabeza.

—No, me gusta tenerte conmigo —dijo con seriedad, como si no fuera consciente de que sus palabras avivaban mis esperanzas.

—Entonces, empacaré algo de ropa —comenté obligándome a seguir con ánimo.

Después de desayunar con Alessandro, decidí ir hacia mi abandonado apartamento para empezar a dividir la ropa que se quedaría allí de la que me llevaría a la mansión. Estaba

quitándome la chaqueta vaquera cuando mi móvil comenzó a sonar.

Arrugué el entrecejo al ver que el número era desconocido, pero, aun así, me apresuré a contestar.

—¿Diga?

—¿Estás sola?

—Sí —respondí enarcando las cejas.

Escuchar la voz de Jorge Gómez al otro lado de la línea fue algo bastante inesperado.

—¿Se puede saber por qué no has contestado a ninguna de las llamadas del agente Ramírez?

Mi mandíbula casi cayó al suelo. No me había acordado ni por asomo del segundo teléfono.

—No he estado en casa —me defendí—. No sabía que Ramírez necesitaba hablar conmigo.

—¿Necesitaba hablar? —Resopló con furor—. No has dado señales de vida durante dos semanas. No te estás tomando unas vacaciones, Amber. Se supone que tienes que informarnos de tus progresos.

—Te puedo hacer un resumen ahora mismo: no hay progresos —repliqué irritada.

Mi relación con Jorge nunca fue ni sería del todo cordial.

—Te estás despistando, pero pronto se te acabará la tontería. Ven de inmediato a la comisaría. Dispones, a más tardar, de una hora.

—¿Estás loco? —bramé con incredulidad—, o ¿quieres sentenciarme a muerte?

—Me has oído muy bien, Amber. Ven. A. La. Comisaría —repitió entre gruñidos—. A no ser que desees que vaya a buscarte un coche patrulla —me amenazó.

Jorge Gómez era capaz de cualquier cosa. Era un ser frío y egoísta y si tenía que pasar por encima de alguien para conseguir su propósito, lo haría sin ningún inconveniente.

—Haré lo que pueda. No te prometo nada —dije dándome por vencida.

—No tardes.

Terminó la llamada.

¿Qué cable se le habrá cruzado? Fui hacia el dormitorio, busqué el segundo móvil y jadeé de sorpresa al ver treinta y cinco llamadas perdidas. Me sentí un poco culpable, pero deseché la remota posibilidad de telefonar a Ramírez para pedirle disculpas. Ya tendría tiempo para eso. En ese momento debía actuar con prontitud e ir a la comisaría para, de una vez por todas, enfrentarme con el insoportable jefe de la unidad central de droga y crimen organizado.

Busqué en el armario alguna prenda que no usara a menudo y tras poner la habitación patas arriba y tener mi ropa esparcida por todas partes, encontré una sudadera vieja de color rojo y unos pantalones un poco deshilachados. Eso junto con la gorra de béisbol, con la que había ido a visitar a David, complementó a la perfección mi pobre apariencia.

No fui en coche. Preferí caminar por las ruidosas calles de Madrid hasta la estación de metro. Después de tres paradas, me bajé del tren y anduve con la cabeza gacha durante todo el trayecto.

Entré en la comisaría. Al internarme en aquel espacio lleno de gente, que hablaba y rondaba por la sala, me detuve a mitad de camino. No sabía si dirigirme a la recepción, para que el señor Gómez supiera de mi llegada, o quedarme allí. Pero no tuve tiempo de tomar ninguna decisión.

—No hables —ordenó el agente Ramírez en voz baja.

Hice lo que me pidió y fuimos en absoluto silencio hasta un despacho, que estaba aislado del resto de los agentes de policía. Ramírez cerró la puerta con llave mientras yo avanzaba con rapidez hacia el escritorio. Tiré la gorra en la silla más cercana y, a continuación, fulminé con la mirada al cretino que tenía delante de mí.

—¿Estarás contento, verdad? ¿Es esto lo que querías? Pues aquí me tienes. Pero que sepas

que me has puesto en un peligro innecesario.

Ramírez se situó cerca de su jefe, sin mediar palabra.

—Cuida ese tono desafiante conmigo. Siéntate —dijo Gómez señalando una silla con el dedo índice. Una vez que me senté, continuó hablando—: Por si lo has olvidado, tú solita te has expuesto a innumerables riesgos, o ¿creías que no me enteraría de tu visita a la prisión?

—Necesitaba ver a mi hermano. ¿Por eso estás tan cabreado? ¿Te molestó no saberlo? Deja de joderme más la existencia —mascullé entre dientes.

—Su comportamiento, señorita Montalván, deja mucho que desear. Salta a la vista que se ha vuelto mucho más agresiva.

—¿Y qué esperaba, señor Gómez? —repliqué utilizando el mismo tono desdeñoso que, segundos antes, él había empleado conmigo. Jorge achicó los ojos y apretó los labios en una fina y rígida línea—. Estoy rodeada de asesinos durante todo el día. Siento mucho que mi conducta poco dócil le decepcione.

—Me parece que has olvidado tu objetivo en esta misión. —Me ignoró—. Por eso mismo te he llamado; para refrescarte la memoria. —Sacó una fotografía de una funda y, después, la dejó encima del escritorio. La imagen de una cabeza en avanzado estado de descomposición llegó a mis retinas—. ¿Qué sucede, Amber? ¿No la reconoces? Quizás esta otra te ayude a recordar. —Puso otra fotografía al lado de la primera.

Era Vanesa; la difunta esposa de Bruno García, de quien aún no se conocía nada de su localización.

—Habéis encontrado la cabeza... ¿Qué intentas demostrar con eso? —le pregunté apartando la mirada.

—¡Mírala, Amber! Fíjate en ella y, luego, dime si de verdad piensas que tú correrás mejor suerte.

—¡Por supuesto que no! Sé que acabaré como ella si no tengo cuidado. —Me levanté del asiento y, a continuación, coloqué mis palmas sobre la superficie de la mesa—. Y gracias a ti y a tu estúpida rabieta, las cosas pueden empeorar para mí.

—No intentes culparme. Llevas días ignorando nuestras llamadas. No consigues nada acerca de Alessandro, aunque, para ser sincero, tampoco veo que tengas ninguna intención de obtener la información que se te encomendó. ¿Qué escondes, Amber? ¿Te has cambiado de bando? A lo mejor convendría que hiciera una breve llamada a la prisión para que te hagan un hueco en una de sus celdas.

—No me amenes —gruñí—. Alessandro no deja que entrometa mis narices en sus negocios. No puedo revisar ni fisgonear en su casa. No es tan fácil como crees. Por eso mismo está libre; por esa misma razón nunca ha pagado por ningún delito. Y si pensabas que trayéndome hasta aquí iba a cambiar algo, te has equivocado.

—Era necesario —repuso. Yo, en cambio, comencé a pasearme por la habitación apenas adornada—. Sabemos por experiencias anteriores que estar metido en un mundo donde hay permanente violencia puede confundir tus propios principios. Incluso los corazones más humildes pueden ser corrompidos, Amber.

—¿Opinas igual que él? —pregunté a Ramírez, sintiéndome un poco traicionada.

El agente y yo no éramos los mejores amigos del mundo. Al revés, solía sacarme muy fácilmente de quicio, pero siempre había visto en sus ojos algún destello de simpatía hacia mi persona y en aquel momento era incapaz de verlo.

—Estoy de acuerdo en ciertos aspectos —comentó evitando hacer contacto visual conmigo

—. Has cambiado, Amber. Ese hecho es innegable.

—No podéis recriminarme nada. Ni siquiera eso. ¿No os dais cuenta de que si dejo de ser de esta manera me comerán viva? —No sabía con total seguridad si estaba tratando de convencerlos a ellos o a mí misma—. No he olvidado para quién estoy trabajando ni la recompensa que tendré cuando todo esto acabe. Yo también estoy cansada y agobiada.

—Vuelve a sentarte —ordenó Jorge. No lo hice—. Como quieras... —farfulló y, enseguida, continuó con su preparado discurso—: Alessandro tiene cada vez más enemigos; su arrogancia no conoce límites. Lo último que ha llegado a nuestros oídos, y estas nuevas están corroboradas, es que hay una nueva banda que quiere ocupar su territorio. Alessandro, por supuesto, no lo permitirá, así que necesito que estés alerta por si oyes algún nombre, dirección, un número, una calle... Lo que sea. Cualquier dato que pueda sernos de ayuda.

—¿Sabéis dónde se encuentra esa banda criminal?

—Teníamos al cabecilla bajo nuestro radar, pero él y sus amiguitos son muy escurridizos. —Se encogió de hombros—. De todas maneras, de nada nos sirve ir tras ellos. Necesitamos que sea Alessandro quien lo haga.

Arqueé una ceja, estupefacta.

—¿Cómo se te ocurre hacer algo así? ¿Dejaste que escaparan cuando tuviste la oportunidad de detenerlos?

—Y ¿qué más da? Estoy seguro de que Alessandro estará muy agradecido de poder tomarse la justicia por su mano —se mofó.

—No logro entender cómo consigues dormir por las noches, Jorge Gómez. Ni tampoco me entra en la cabeza en qué decisiones te basas para poner en peligro la vida de más gente inocente, porque eso es lo que has hecho al consentir que esos criminales sigan libres.

Jorge esbozó una sonrisa socarrona.

—Amber, parece que todavía no te enteras de nada. Hazte a la idea de que esto es una partida de ajedrez y los enemigos de Alessandro son las marionetas de este divertido pero perverso juego; meros peones que van tras él. Pero déjame decirte una última cosa: todos, sean del bando que sean, tenemos un único objetivo en común: derrocar al rey.

Después de estar una hora encerrada en la oficina, no hubo ningún entendimiento entre el señor Gómez y yo. Al contrario, discutimos sin parar durante gran parte de nuestro acalorado encuentro. Por otro lado, el agente Ramírez permaneció mudo, en el estricto sentido de la palabra. Y las contadas ocasiones en las que se atrevió a intervenir en la conversación, tuvo un comportamiento distante y arisco.

Volví a ponerme la gorra antes de salir de la comisaría, pero enseguida mi cuerpo se puso en guardia. Experimenté una inquietud desmedida mientras caminaba por las calles, esquivando a los viandantes y recibiendo algún que otro codazo. Me sentí observada, como si alguien estuviera acechándome, pero no noté nada fuera de lo ordinario. De todos modos, caminé más rápido de lo habitual y miré todo el rato hacia el suelo.

Al ver que me encontraba a pocos metros de la estación, suspiré con fuerza y esperé con notable impaciencia a que el semáforo de peatones se pusiera en verde. Pero antes de que ocurriera, algo atrajo mi atención. En el lateral derecho de la acera advertí la presencia de un coche negro aparentemente aparcado, pero no logré distinguir nada a través de los cristales tintados.

Aparté la mirada con brusquedad, e intenté no trastornarme. No deseaba parecer una paranoica en plena hora punta.

Cuando el semáforo cambió a color verde, crucé la vía con prontitud y no dudé en descender por las escaleras, no sin antes echar una última ojeada a mi alrededor. Un escalofrío me recorrió la columna al darme cuenta de que el automóvil había desaparecido.

Sacudí la cabeza y, a continuación, me interné a toda velocidad en la estación de metro para entremezclarme con la multitud.

Tardé algunas horas en tranquilizarme. Pero me bastó tener una corta charla telefónica con Alessandro para que toda la tensión acumulada en mis músculos desapareciera. Aquel día decidí pasar la noche sin él. Necesitaba estar un tiempo a solas para aclarar mis pensamientos. Y nada de eso era posible cuando estábamos juntos.

A la hora de la merienda, comí un bocadillo y dormí alrededor de cincuenta minutos. Cuando desperté, lo primero que hice fue encender el portátil. No recordaba qué había soñado, ni tampoco sabía qué esperaba encontrar en Internet, pero de todas maneras abrí el navegador de búsqueda y tecleé «*Taller M.C Neumáticos*»; el nombre del papel publicitario que había encontrado en el escritorio de Alessandro.

La información que apareció en la página web del supuesto taller era bastante escueta. Solo disponía de tres o cuatro imágenes sin sentido, algunos precios aleatorios y un número de contacto. En la parte derecha hallé el horario de la tienda; cerraban a las 20:00 horas. Observé el reloj en la pantalla y confirmé que aún era temprano, así que sin más preámbulos marqué el número de teléfono.

«El número al que llama no existe», repitió una y otra vez la voz de una mujer.

Comprobé los números unas tres veces, temiendo haberme equivocado al presionar los botones, pero no había sido el caso. Fruncí los labios, desconcertada. *¿Por qué Alessandro tenía el anuncio de un negocio que no estaba abierto al público?* «Quizás no sea un taller», pensé al instante. Pero no había mucha lógica en ello.

Sin perder más tiempo, llamé a Ramírez con la esperanza de que él fuera capaz de aclarar un poco aquel enredo.

—¿Estás bien? —me preguntó con preocupación.

—Sí, aunque debo admitir que me intimidó tener que salir de la comisaría... —Carraspeé antes de decir—: Cambiando de tema, quiero comentarte una cosa. Ayer estuve en otra habitación en la casa de Alessandro y esta mañana vi un papel publicitario de un taller. Hace poco llamé a la tienda, pero nadie contestó.

—¿M.C Neumáticos?

—¿Cómo sabes el nombre?

Al oírle suspirar, supe que su respuesta no sería de mi agrado.

—Te he estado llamando todos estos días por una buena razón. Hay algo importante que debes saber.

—Dilo de una vez, Ramírez. —Atraje mis rodillas hacia mi pecho, como si fueran un escudo protector.

—El día de tu visita a la prisión, alguien compró ese local comercial a un precio muy bajo. Los habitantes de un pequeño pueblo estaban entusiasmados con la idea de que un nuevo taller se instalara en la zona, y la verdad es que en un primer momento no sucedió nada extraño.

» No obstante, a partir de la segunda semana, nos llegaron varias denuncias de algunos vecinos, que aseguraban oír ruidos a altas horas de la madrugada. Según las quejas, varios hombres encapuchados entraban y salían del taller, causando barullo. La policía empezó una investigación secreta, la cual confirmó la venta de motores y piezas de coches robados. También se llevaba a cabo blanqueo de dinero.

—¿Hay alguna prueba de que Alessandro blanquee dinero negro?

—No, no hay ninguna porque él no es el dueño del taller. —Su voz sonó más seria de lo normal.

—Entonces, ¿quién es?

—El propietario es un tipo apodado como «El rumano», pero su verdadero nombre es Matías.

Las palabras de mi hermano advirtiéndome sobre aquel nombre resonaron en mi cabeza. Matías, el miserable que le tendió una trampa; el hombre que conocía todo de mi familia.

—Matías se encuentra en Madrid... —confirmé horrorizada.

—Estaba —me corrigió—. Se marchó un día antes de que la policía irrumpiera en el local, y se llevó consigo todo lo que había adentro. La tienda quedó vacía.

—Esta pesadilla no terminará nunca —murmuré.

¿Es que acaso todos esos hombres tenían un sexto sentido? No entendía cómo siempre lograban irse de rositas.

—La delincuencia es algo que nadie podrá aniquilar ni a corto ni a largo plazo. Lo único que puede reconfortarte es que esta locura concluirá para ti cuando Alessandro deje de ser una amenaza. Pero ya sabes que para que eso suceda, tienes que cumplir el acuerdo que firmaste con el señor Gómez.

—Ramírez, mi pacto con tu jefe es el menor de mis problemas. Hice una promesa a David y no pienso romperla.

Y no lo haría, aunque por dentro me estuviera marchitando poco a poco.

A la mañana siguiente me empeñé en ir temprano a La Moraleja, a pesar de que apenas había dormido unas pocas horas. Estacioné el coche, salí de él y, a continuación, toqué el timbre con un único pensamiento bailando por mi mente: tener una buena dosis de cafeína para seguir manteniéndome en pie.

Alessandro abrió la puerta; se veía tan atractivo que me hizo suspirar.

—He traído algunas cosillas —murmuré justificando la pequeña maleta que traía conmigo. Me ayudó con la maleta y cerró la puerta una vez que entré en el interior de la mansión.

—Llevaré esto a mi habitación, o ¿quieres tener el vestidor del cuarto de invitados? —me preguntó mientras íbamos hacia la cocina.

—En la tuya estará bien. Son solo cuatro o cinco pequeñeces. —A continuación, empecé a revisar mueble tras mueble. Me encontraba sumergida en una desenfrenada búsqueda por la máquina para hacer café—. ¿Dónde está la cafetera?

—Prueba en ese armario de abajo. Pepa tiene la manía de reemplazar las cosas de lugar.

—¿Pepa? —indagué a la vez que daba con el aparato. A los pocos segundos tuve una taza humeante entre mis manos.

—La asistente doméstica de Patricio —me explicó—. Dime, ¿me has echado de menos?

—¿Y tú a mí?

—Sé de una parte de mi anatomía que sí lo ha hecho. Y mucho. —Sonrió de manera lujuriosa. Me dirigí con paso calmado hacia él mientras revolvió el azúcar con la cuchara.

—Si quieres, podemos repetir lo de antes de ayer —le sugerí inclinándome sobre la isleta de granito negro.

—Mi dulce *gatita*, esa noche tuviste suficiente control. —Se levantó del taburete y se situó detrás de mí—. Temo decirte que lo que pasó en la biblioteca no volverá a ocurrir.

—Si yo fuera tú, no estaría tan seguro. Además, recuerdo que lo pasaste bastante bien.

Sonriendo, me inclinó la cabeza hacia un lado, pero no tuvo tiempo de besarme. El sonido del timbre reverberó por toda la mansión.

—Ignóralo —murmuró contra la piel de mi cuello.

—Ve a abrir la puerta... —repuse aunque no quería que lo hiciera.

—Venga, Amber, llevo un día entero sin mojar.

—¿Y si es importante? —indagué al mismo tiempo que el timbre sonaba por segunda vez. Dejando escapar un gruñido de exasperación, se desplazó molesto hacia la entrada.

Me quedé sola en la espaciosa cocina, bebiendo pequeños sorbos de mi café ya no tan caliente, mientras oía el cuchicheo de una conversación a lo lejos. Después de unos cinco minutos escuché un par de pasos, seguido de una voz desconocida.

—Preséntamela, amigo mío.

—No entiendo por qué has venido sin avisar —masculló Alessandro entrando otra vez en la habitación.

—Ya te lo he dicho, amigo. Patricio me pidió unas cuantas cajas. —Un hombre que me resultaba bastante familiar apareció en mi campo periférico—. Tenía que pasar por Madrid, así que decidí acercarme, pero no contesta a mis llamadas ni se encuentra en su casa.

—Como sea —replicó Alessandro—. Amber, te presento a Khâliq. Khâliq, ella es Amber.

Aunque solo le había visto una vez, y en fotografía, reconocí al instante su nombre. Khâliq caminó hasta llegar a mi lado y extendió una mano.

—Mucho gusto —murmuré estrechando la suya.

—Encantado, Amber. —Sus ojos relampaguearon con fervor, como si estuviera ocultando un siniestro secreto que solo él conocía.

—Patricio debe de estar en el bar. Llamaré a Mariano.

Alessandro telefoneó a su empleado y se excusó cuando Patricio se puso al otro lado de la línea. Pocos segundos después de que se hubiera marchado de la cocina, Khâliq estalló en estridentes carcajadas.

Alcé una ceja de manera inquisitiva. No entendía la actitud de aquel tipo.

—¿Qué le parece tan gracioso? —me atreví a preguntar.

—Lo siento, lo siento... —se disculpó con evidente ironía al tiempo que daba un paso al frente—. No te lo tomes a mal. —Alarmada, retrocedí un par de centímetros ante su cercanía. Pero él siguió acercándose—. Lo estás haciendo muy bien, pequeña —susurró con los ojos muy abiertos. Su mirada era el vivo retrato de la locura.

—No sé qué intenta decirme. —Mi espalda chocó contra la encimera; aquello le permitió retenerme a su antojo.

—Eres una chica muy astuta. ¿Quién lo iba a imaginar? Alessandro siendo vigilado en su propia casa por las autoridades españolas. —Traté de sacudir la cabeza para negarlo todo, pero realizar cualquier movimiento me parecía lento y pesado. Me quedé paralizada por el miedo—. Pequeña ramera, debes de follar muy bien para que él todavía no se haya dado cuenta. —Temblé

—. ¡Oh, querida, no temas! Tu secretito está a salvo conmigo. Mis labios seguirán sellados siempre y cuando te encargues de que ese hijo de perra se pudra entre barrotes.

Khâliq se alejó presuroso, a una distancia prudente, al oír fuertes pisadas. Alessandro volvió a reunirse con nosotros.

—Patricio vendrá en unos veinte minutos.

—Perfecto. Le esperaré en la sala de estar, si no te importa. —Khâliq miró a Alessandro y, luego, sonrió—. No dejes escapar a esta chica, amigo mío. Es muy lista —comentó con sorna—. Ha sido un verdadero placer, Amber.

A pesar de que Khâliq se había marchado de la cocina tras hacer aquel comentario, yo no pude moverme del lugar. Mis dedos se aferraban con fuerza a la encimera, por temor a desplomarme a causa del pánico. Era tal mi aturdimiento que no vi a Alessandro aproximarse a mí; solo fui consciente de ello cuando acarició mis mejillas con suavidad.

Al no obtener una reacción por mi parte, depositó la palma de su mano sobre mi frente para comprobar mi temperatura.

—¿Te encuentras bien? Estás muy pálida.

—Sí, estoy bien... —respondí a través de mi garganta rasposa.

Pero no lo estaba en absoluto. Todo lo contrario. Mi futuro ya no dependía solamente de la policía, sino que también tendría que obedecer a un hombre malévolo, pérfido y abominable. Un hombre que planeaba destruir a Alessandro. Un hombre que tenía el poder de arruinar mi vida entera con tan solo pronunciar una simple palabra en mi dirección.

Traidora.

Capítulo 15

Alessandro

Después de cinco semanas por fin dimos con el paradero de Margarita Contreras, «La jefecita», pero, sin embargo, todavía no había ni rastro de los demás integrantes del cartel mexicano. «Los Demonios», nombre que utilizaban para llamarse a sí mismos, eran más precavidos que el resto de los clanes que normalmente competían por conquistar mi territorio. Esos cabrones eran audaces, perspicaces y sabían muy bien que permanecer en un lugar por mucho tiempo podía, a la larga, causar grandes perjuicios. A pesar de ello, la fortuna parecía estar de nuestra parte.

Mi soplón favorito, Camilo, pudo averiguar bastante información sobre ellos, dado que la policía estaba al tanto de la intimidante banda criminal. Los Demonios iban dejando su estela de ciudad en ciudad, atemorizando a la población; enseñándoles hasta qué punto eran capaces de llegar. El último de sus sangrientos atentados tuvo lugar en Galicia. Luis Reyes y sus hombres acudieron a un club de alterne para dialogar con el dueño del local, ya que por lo visto este se había negado a vender la coca de los mexicanos. Luis y cinco demonios, hartos de escuchar negativa tras negativa, asaltaron el local pegando tiros a diestro y siniestro. Como consecuencia, la noche acabó con ocho muertos, incluido el propietario, y cinco heridos graves.

Esa había sido la última noticia que se conocía de ellos, hasta que Margarita Contreras fue vista en una pequeña localidad a noventa minutos de Madrid. Camilo invirtió todo su tiempo y atención en ella, persiguiéndola sin que se diera cuenta, para intentar hallar alguna información sólida. Sus esfuerzos se vieron recompensados. Una buena noche, después de que estuviera varios días merodeando alrededor de Margarita, la mexicana se dirigió hacia su refugio secreto; un lugar donde cargó y descargó una elevada cantidad de cajas. Margarita pasaba largas horas dentro de un almacén abandonado, para luego regresar al hotel donde se hospedaba.

Era el momento idóneo para que nosotros entráramos en acción y empezáramos a mover ficha. Si todo iba según lo planeado, Margarita nos diría la localización exacta de su amante. Y en el remoto caso de que no lo hiciera..., entonces me aseguraría de que se arrepintiera de haber tomado cuán necia decisión.

Pero para que pudiéramos poner en práctica nuestra confabulación, primero tenía que deshacerme de Amber, quien se hallaba sentada leyendo un libro en la sala de estar. Si era honesto conmigo mismo, me había arrepentido de haberle sugerido que trajera parte de su armario a mi casa, pero lo había hecho porque pasábamos varios días de la semana juntos. Era

absurdo que ella necesitara ir hasta su apartamento de treinta y cuatro metros cuadrados para cambiarse de ropa; sin embargo, sabía que aquella idea no había sido una de las más brillantes que había maquinado.

Como si notara mi inexpresiva mirada en ella, alzó la vista y sus ojos se toparon con los míos.

—¿Me estás observando? —inquirió mientras una pequeña sonrisa decoraba su pálido rostro. Me alegré de ver aquella tímida curva en sus labios, ya que en los últimos días había estado un poco distante y distraída. Incluso preocupada sin ningún motivo aparente.

Caminé con calma en su dirección. Ella dejó el libro encima de la mesita de cristal y, a continuación, estiró su cuerpo envuelto en un pijama bastante antimorbo.

—Me has pillado —murmuré a la vez que me sentaba en el borde del sofá—. ¿Te encuentras mejor?

—Un poquito. Mi periodo debería de desaparecer entre hoy y mañana. —Torcí la boca en una mueca poco disimulada. Menos mal que la había follado antes de que le viniera la regla—. Hombres... —se quejó refunfuñando por lo bajo—. Yo que tú me alegraría. Esto significa que no estoy embarazada.

—Confía en mí, me alegro muchísimo.

Asintió con la cabeza, pero su expresión se tornó triste.

—¿No te gustaría tener hijos de aquí a algunos años? —me preguntó en apenas un susurro mientras se miraba las uñas pintadas de rosa.

—No, sería un desastre de padre.

—Nadie puede saber si será un buen o un mal padre. Ni siquiera tú —repuso con firmeza—. ¿Nunca has pensado en casarte y formar una familia?

Me quedé pensativo durante varios segundos, puesto que nunca me había planteado una pregunta como esa.

—No, no quiero casarme ni formar, como tú dices, una familia —contesté cuando ella arqueó una ceja debido a mi prolongado silencio, y, como sabía que ansiaba oír la razón de mi respuesta, me apresuré a añadir—: El amor es una debilidad.

—También puede ser una bendición. —Resoplé ante la convicción en el tono de su voz, dejándole claro mi desacuerdo—. No me creo que quieras estar soltero por el resto de tu vida, o ¿es así como visualizas tu futuro? —indagó con incredulidad.

Mi futuro era incierto incluso para mí, pero eso era algo que ella jamás entendería y mucho menos aceptaría.

—Es mi opinión, Amber, y no va a cambiar. —Le di un suave golpecito en la nariz, esperando aliviar un poco la cargante tensión que se había formado entre nosotros—. Al contrario que yo, tú algún día te casarás con un hombre bondadoso; alguien que te tratará como te mereces. Y tendréis muchos críos correteando por cada rincón de vuestra casa. Pero esa no es mi realidad. Ni tampoco es lo que quiero.

Cuando sus ojos se llenaron de lágrimas involuntarias, me sentí como una mierda, aunque no estaba seguro de si era por ser el causante de su reciente tristeza o porque mis propias palabras me enfurecieron. Se me enervó la sangre al imaginar a Amber con otro que no fuera yo.

¿Qué coño me está sucediendo? Necesitaba mantenerme alejado de ella antes de que perdiera la poca cordura que me quedaba.

—Tienes que marcharte a tu apartamento —le dije con brusquedad—. Estaré ocupado por unos días.

—No te preocupes. Iba a irme de todos modos. —Parecía una muñeca de porcelana a punto de romper a llorar—. ¿Puedo llevármelo? —Señaló el libro, sin mirarme, al tiempo que se levantaba del sofá.

—Sí.

—Gracias. —Lo agarró, dio media vuelta y subió por las escaleras.

Apreté los ojos con fuerza cuando me invadieron unas ganas tremendas de ir tras ella. En cambio, saqué el móvil para llamar a Patricio.

—Necesito que estéis listos en treinta minutos. Marius y Giovanni irán en la camioneta, tú en tu coche y yo en el mío.

—Me comunicaré de inmediato con ellos —respondió antes de colgar.

Ahora mismo solo había una cosa que sabía con certeza: Margarita Contreras tenía las horas contadas.

—¿Estás seguro de que es aquí? —me preguntó Marius.

—Es el mismo lugar —le aseguré sin levantar la voz. Los cuatro estábamos agachados entre árboles y arbustos, preparados para atacar.

—Nadie puede negar que este maldito sitio da escalofríos —comentó Giovanni a la vez que observaba el almacén situado a pocos metros—. No puedo imaginar qué estará haciendo esa mujer allí dentro. Todo está muerto. Ni siquiera se oye un puto pájaro.

—Lo que sea que haga, Margarita pasa la mayoría de sus horas en el interior de ese establecimiento —murmuré sacando el revólver. Los demás hicieron lo mismo—. No hagáis ningún ruido.

Caminamos en silencio. Había estudiado con antelación el almacén, así que sabía que constaba de dos entradas: una delantera y otra trasera. Hice un gesto apremiante con la mano para que Marius y Giovanni se dirigieran hacia la parte de atrás. Patricio y yo seríamos los primeros en aventurarnos a entrar en aquel oscuro y descuidado escondite.

—Cúbreme —susurré. Patricio se limitó a asentir.

Giré el picaporte de la puerta y abrí con cuidado. A unos diez metros atisbé a una mujer, de cabello rubio y muy rizado, en cuclillas ordenando un armario. En absoluto sigilo di varios pasos al frente, seguido muy cerca de Patricio. Margarita estaba tan concentrada en su tarea que no se percató de nuestra presencia, pero al oírme carraspear dejó caer al suelo la llave inglesa que estaba sosteniendo y levantó la cabeza con brusquedad.

—Quieta —le ordené presionando la pistola en su cráneo. Marius y Giovanni aparecieron a nuestro lado—. Levántate despacio, con las manos dónde yo las vea.

Sin rechistar se irguió con lentitud, con ambas manos en alto. Tras girarse, para que quedáramos frente a frente, vi que una amplia sonrisa decoraba su rostro. Margarita lucía feliz y satisfecha; algo que no logré entender.

Patricio se encargó de registrarla de arriba abajo, y confiscó dos pistolas semiautomáticas y un machete militar.

—¿Tienes idea de lo que te pasará si me pones un solo dedo encima? —me preguntó en tono insolente—. Incluso si respiras en mi dirección, serás hombre muerto.

—¿Nunca has oído el dicho «mala hierba nunca muere»? Y si piensas que tus desarrapados amigos podrán contra mí, entonces eres más ignorante de lo que pensaba. —Sus carnosos labios, pintados de rojo, dejaron escapar una fuerte risa sarcástica—. ¿Dónde está Luis Reyes?

—No soy una chivata. —Se volvió a reír—. Pierdes tu tiempo, Alessandro Di Lorenzo.

—Te equivocas, perra —mascullé—. Tiempo es lo que más tengo ahora mismo. —Se cruzó de brazos cuando acerté la distancia que había entre nuestros cuerpos y presioné la pistola bajo su cuello, logrando que se estremeciera al sentir la fría superficie del cañón—. La proclamada jefecita cree que el temido Luis Reyes dará la cara por ella —comenté de manera burlona—. Me das pena, Margarita Contreras.

—No conseguirás nada de mí, pendejo. Deberías irte por donde has venido.

—De eso nada. —Fue mi turno de reír—. Yo no soy un puto demonio que se conforma con un simple «No». ¿He mencionado antes que tengo demasiado tiempo libre?

Miré a Marius y a Giovanni; el detonante perfecto para que captaran la orden. Entre los dos la inmovilizaron y, a continuación, la llevaron a rastras hasta el centro del almacén. Tenía que admitir que Margarita era toda una guerrera, pues arañaba, escupía y propinaba patadas en el aire en un vano intento por librarse del fijo agarre que ejercían las manos de mis hombres.

Mientras tanto ellos se disponían a atarla de pies y manos, me agaché para echar un vistazo dentro del armario. Tras abrir tres muebles exactamente iguales, mis sospechas se confirmaron; encontré varios instrumentos de tortura de la edad media. Y yo sabía a la perfección que todas y cada una de esas perversas cosas habían sido reservadas para nosotros.

Cogí algunos objetos al azar y, a continuación, fui hacia ella.

—¿Qué pensabais hacer con esto? —indagué enseñándole una pera vaginal.

—¿No te gusta? Qué lástima. —Hizo un mohín—. ¿Has visto los otros? Tenemos en exclusividad lo mejor de lo mejor para el italiano más buscado de los últimos años. —Giovanni le tiró del pelo en señal de advertencia—. No te pongas celoso, mamón malnacido —gruñó furibunda—. Hay juguetitos para todos vosotros.

—Quizás use esto contigo.

Margarita se echó a reír como una hiena y asintió entusiasmada, como si la idea le divirtiera.

—Permítenos que tengamos un poco de diversión con ella —me pidió Giovanni con los ojos puestos en la mujer que mantenía arrodillada a nuestros pies.

—Muy bien —accedí—. Mis amigos se darán un festín contigo. —Tiré los instrumentos al suelo, para que utilizaran lo que les diera la gana, y, a continuación, tomé el rostro de Margarita entre mis dedos—. No esperes ni una pizca de amabilidad.

Alzó la barbilla.

—Cualquier cosa que tus psicópatas amigos hagan conmigo no será nada que no me hayan hecho ya.

Curvé los labios en una media sonrisa y dejé que los demás se ocuparan de ella. Giovanni, con evidente presura, recogió un par de esposas para aprisionar la muñeca izquierda y el tobillo izquierdo de Margarita y, después, realizó lo mismo con las dos extremidades derechas. La ató de tal manera que quedó completamente inmovilizada, para que fuera incapaz de correr o siquiera defenderse. Con poca delicadeza la empujó hasta yacer tendida sobre la dura superficie del suelo, destrozó los pantalones de la mexicana con su navaja y, acto seguido, la penetró de una sola y brusca embestida.

Aparté la mirada de la escena. Me centré en agrupar los objetos de los tres armarios y meter en bolsas de basura todo lo que caía a mi alcance. Había una variedad enorme; desde esposas, látigos, mordazas, peras vaginales y varas hasta porras con púas y grilletes con pesas, además de dos cunas de Judas. Pero no encontré ningún papel ni archivo que pudiera ser de utilidad. Incluso revisé el bolso de Margarita, pero tenía el móvil apagado y unos cuantos condones y un cuchillo

eran cosas que poco me servirían.

Pasaron las horas. Marius y yo nos entretuvimos charlando, aunque de vez en cuando la conversación se vio interrumpida a causa de los balazos que Marius les propinaba a las ratas, que corrían veloces por el almacén. Al revés que nosotros, Giovanni y Patricio follaron por turnos a Margarita. La miré por encima del hombro: los muslos no paraban de temblarle y el maquillaje lo tenía esparcido por sus pómulos, altos y definidos.

Volqué de nuevo mi atención en las raras ocurrencias de Marius mientras hurgaba en el bolsillo de mi cazadora, en busca de otro cigarrillo. Me encontraba dando una larga calada cuando Giovanni caminó hacia nosotros a la vez que se subía la cremallera del pantalón.

—¿Has tenido suficiente? —inquirió Marius con una media sonrisa.

—Sí —contestó Giovanni limpiándose la frente con la manga de la sudadera—, pero no creo que vaya a delatar a los suyos.

—Era de esperar —acoté—. Está más loca que todos nosotros.

—¿Y si negociamos su libertad? —propuso Marius.

—No voy a dejarla marchar como si nada —declaré con el ceño fruncido—. Necesitamos saber los negocios que los mexicanos se traen entre manos.

Giovanni soltó un suspiro.

—Si no estuviera como una regadera, quizás me la quedaría.

Lo miré con una ceja en alto.

—Has estado violándola durante cuatro horas y, ¿ahora dices que te gustaría estar con ella? —Sacudí la cabeza—. Estás muy mal.

—He dicho... Da igual, olvídalo. —Giovanni hizo un gesto despectivo con la mano—. Nunca estaría con una traidora.

—Me alegra ver que aún recuerdas lo que les sucede a los que nos son desleales.

Al escucharme, Marius bajó la mirada con cierto nerviosismo; una reacción que me desconcertó, pero que no tuve tiempo de analizar porque Patricio apareció a nuestro lado.

—¿Por qué estáis tan serios? —nos preguntó.

—Lo que ocurre es que hemos perdido todo el santo día en esta mierda de lugar —refunfuñó Marius recobrando su habitual expresión burlesca.

—Yo me lo he pasado bastante bien —comentó Patricio.

Tiré el resto del cigarrillo al suelo y lo apagué con el zapato.

—Más nos vale que suelte algo —murmuré antes de reunirme con Margarita, quien descansaba despatarrada con los ojos cerrados—. Dime lo que necesito saber y, como recompensa, serás libre —mentí.

La falsa negociación de libertad no funcionó con ella. Todo lo contrario, Margarita volvió a estallar en carcajadas. Su actitud enloquecida me tenía alterado; en especial porque no entendía ninguno de sus retorcidos juegos.

—¡Pierdes el tiempo! —chilló.

La agarré por los brazos y la zarandeeé con brusquedad.

—¿Crees que tengo la suficiente paciencia como para aguantar este tipo de tonterías? Te lo digo desde ya: la paciencia no es precisamente una de mis mayores virtudes —le advertí en tono amenazador.

—¿Y crees que a mí me importa? —Nos miró a todos, con una sonrisa plantada en los labios—. No sois más que estiércol. No valéis nada.

—Entonces tú vales mucho menos —repliqué—. Luis Reyes está escondido, mientras que

tú... estás a un paso de morir.

Margarita se largó a reír otra vez; aquella risotada diabólica que huía de sus labios estaba martilleándome el cráneo. Me alejé de ella cuando no tuvo intención de sosegarse. La jefecita estaba poniendo a prueba mi estoicismo, y, si ahora mismo no guardaba las distancias con ella, no tardaría en perder los papeles.

—¡Mira quién lo dice! —exclamó entre risas—. ¡Tú!

—¿Qué te hace tanta gracia? —indagué cruzándome los brazos sobre el pecho.

—No eres el más indicado para decirme que moriré. —Alcé una ceja ante aquel comentario—. Tú tienes todas las papeletas para irte al otro barrio, incluso más que yo.

Dejé escapar una risita altanera.

—Y, según tú, ¿quién tendrá el honor de matarme? ¿Luis? —me mofé.

—Te contaré un pequeño secreto. —Se arrastró unos cuantos centímetros para estar más cerca y, a continuación, añadió—: Alguien cercano a ti te traicionará. —Miró a Marius de reojo, pero fue tan fugaz que nadie pareció notarlo—. Tu muerte será a causa de una traición.

—Como vidente no tienes mucho futuro —repuse con convicción; sin embargo, Margarita había dicho aquellas últimas palabras con tanta seguridad que por un momento estuve a punto de creérmelas.

—¿No me crees? Pues deberías, porque sé muy bien qu...

Me tomó unos segundos entender por qué Margarita Contreras no siguió con su discurso, por qué su cuerpo yacía inerte en el suelo y por qué el sonido de un disparo llegó a mis oídos.

—¿Qué coño has hecho? —gruñí a Marius, quien ya guardaba de nuevo el revólver en la parte trasera del pantalón—. ¿Por qué la has matado?

—Estaba delirando. Nos estaba haciendo perder el tiempo, y no sabemos si este sitio es siquiera seguro.

—Tiene razón —acotó Patricio, pero yo me sentía bastante cabreado por aquella acción injustificada—. Margarita no estaba diciendo más que disparates.

Respiré hondo.

«Nadie de los míos jamás me traicionaría», me dije a mí mismo. La mexicana era una mentirosa.

—Muy bien —convine y, a continuación, señalé las bolsas—. Cargadlas a vuestros coches. Nos marchamos de aquí.

Giré sobre mí mismo y escudriñé la habitación, que ya estaba siendo saqueada por mis hombres, hasta que mis ojos se detuvieron en tres garrafas de combustible situadas a pocos metros de las dos cunas de Judas. Me dirigí hacia allí, agarré uno de los recipientes y me dispuse a caminar por todo el almacén para rociar cada superficie del lugar con combustible. Y, también, el cuerpo lánguido de Margarita.

—Todos los instrumentos están en el maletero —me informó Patricio.

Asentí con la cabeza y una vez que extraje el mechero del bolsillo de mi pantalón, di un paso hacia atrás y, sin titubear, lo arrojé al suelo. La ferocidad del fuego se extendió veloz, alzando sus crueles llamas hasta el techo, quemando y destrozando todo a su paso. En muy pocos segundos el aire se tornó asfixiante, así que di media vuelta y con un gesto les indiqué que hicieran lo mismo.

Marius caminó codo con codo junto a mí y cuando alcanzamos nuestros automóviles, me preguntó con cautela:

—Estaba alucinando. No habrás creído ni una sola palabra de esa paranoica, ¿verdad?

—No. —Le di un suave apretón en el hombro—. Sé que sois de fiar. Nunca dudaría de ninguno de vosotros. —La expresión en su rostro se suavizó—. ¡Conducid con tranquilidad!

Nos precipitamos a entrar en nuestros automóviles para regresar a Madrid. Iba conduciendo, ensimismado en mis pensamientos, reflexionando sobre el extraño comportamiento de Marius, cuando por el espejo retrovisor izquierdo advertí dos coches que acababan de incorporarse a la carretera. Durante treinta minutos, aquellos desconocidos realizaron las mismas maniobras que nosotros.

Los demás iban delante de mí, de modo que hice dos llamadas simultáneas y presioné el botón de manos libres.

—Marius, aprieta un poco el acelerador. Creo que tenemos compañía.

—¿El coche negro y el gris? —inquirió Patricio.

—Sí. Actuad con normalidad. —Aumentamos la velocidad de manera muy moderada y, de inmediato, los dos automóviles aceleraron también. No tenía claro quiénes nos estaban persiguiendo, pero presentía qué querían. O, mejor dicho, a quién buscaban. Cuando un letrero apareció anunciando la entrada a una nueva localidad a quinientos metros, ordené por el auricular —: Desviaos por la siguiente salida. Dad vueltas hasta aseguraros de que estáis solos.

—¿Qué harás tú? —me preguntó Giovanni, alarmado.

—Intentaré alejarles de vosotros. Lleváis varias bolsas con cargamento ilegal.

—Puede que sean los mexicanos, Alessandro. No creo que...

—Haz lo que te digo, Giovanni.

Los demás entraron por la nueva vía, pero ninguno de los dos coches hizo ademán de girar. Iban a por mí. Y yo estaba decidido a descubrir quiénes eran. Presioné de súbito el pie en el acelerador; la velocidad cambió a 160 km/h en cuestión de segundos. Ellos aceleraron también y, entonces, colocaron en el techo de los automóviles una luz giratoria color rojo y azul.

—Son coches patrullas —dije con total serenidad—. Decidme cuando estéis a salvo.

—Nadie nos persigue —aseguró Patricio—. No te preocupes por nosotros.

—Llama a nuestro abogado. —*Iba a necesitarlo*—. Nos comunicaremos después.

Mirando esporádicamente a la carretera, agarré el volante con una mano para sacar el móvil del soporte y, como pude, abrí la tapa. Una vez que extraje la tarjeta SIM, busqué mi revólver y, a continuación, escondí ambas cosas en un compartimento secreto que había sido instalado como un favor personal.

Tras conducir a una velocidad constante por alrededor de cinco o seis kilómetros, fui reduciendo la velocidad de modo gradual hasta detenerme por completo a un lado del arcén.

Los agentes de policía hicieron lo propio y corrieron apresurados hacia mí.

—¡Sal del coche! —bramó uno de ellos apenas abrió de un tirón la puerta del conductor. Me desabroché el cinturón y salí con calma al exterior—. ¡Las manos en alto!

Alcé las manos a ambos lados de mi cabeza y me volteé para que el policía, que no paraba de ladrar órdenes, me cacheara.

—¿Adónde pensabas ir, Alessandro? —preguntó un segundo agente.

Sonreí al reconocer aquella odiosa voz tan conocida.

—Me alegro de verte, Ernesto Ramírez. —Lo miré por encima del hombro. El cabrón lucía igual que siempre—. No iba a ninguna parte.

—Conducías a 180 km/h. Alguna prisa tendrías.

Su compañero de trabajo hizo una seña con la mano, insinuándome en silencio a que me diera la vuelta; en cuanto lo hice, apresó mis muñecas con unas esposas.

—No calculo bien la presión que ejerzo con los pies —murmuré con tono impertinente.

Ramírez, ignorando mi sarcasmo, me comunicó:

—Alessandro, quedas detenido por conducción temeraria. Pero estoy convencido de que encontraremos algo más por lo que acusarte, ya que delitos no te faltan. —Abrió la puerta trasera de su coche, y murmuró detrás de mi cuerpo—: Más te vale tener una buena explicación. Sabemos dónde estabas.

Hice caso omiso a su sutil provocación y, en silencio, tomé asiento.

—¿Qué pasará con mi coche? —le pregunté una vez que se hubo reincorporado a la carretera.

—La grúa se hará cargo de él. Ahora mismo tu jugueteo es el menor de tus problemas. —Me miró por el espejo interior—. Dime, Alessandro, ¿piensas colaborar esta vez?

No respondí. Me habían detenido varias veces a lo largo de mi vida, así que conocía bastante bien los estúpidos juegos mentales que la policía utilizaba en esas situaciones. Intentarían manipularme por todos los medios, para que creyera que tenían pruebas en mi contra cuando en realidad no estaban al tanto de nada.

El trayecto duró, más o menos, una hora en un incómodo y tenso silencio. Y aunque el agente Ramírez se empeñó en hablar, terminó charlando consigo mismo.

Entramos en la comisaría. El aire estaba cargado de interrogantes. La mayoría de los agentes me estudiaban con curiosidad, como si trataran de adivinar si por fin me encerrarían por una buena temporada.

Fui guiado por Ernesto hacia una habitación aislada y cuando abrió la puerta, no me sorprendí, ni un poquito, al ver a Jorge Gómez sentado en una silla, sonriendo de oreja a oreja.

—¡Pero si está aquí la realeza de este prestigioso cuartel! —exclamé con ironía mientras caminaba con arrogancia.

Me senté en la silla libre que había frente a Jorge.

—Pasarás mucho tiempo sin ver la luz del sol, Alessandro —masculló—. Tenemos pruebas suficientes para encarcelarte de manera inmediata.

—Y si así es —me incliné sobre la mesa—, ¿por qué estoy en esta habitación?

—Es el protocolo —replicó Ramírez con mucha más calma que su jefe—. Debemos hacerte unas preguntas.

—Pues adelante.

—¿Qué hacías en el almacén?

—¿Qué almacén?

—No te hagas el ingenuo, Alessandro. —Esa vez fue el turno de Gómez de intervenir—. ¿Qué coño hacías en ese lugar?

—No tengo ni idea de lo que me habla —dije con voz inocente.

El agente Ramírez levantó el dedo índice para que Jorge le dejara continuar con el interrogatorio. Jorge Gómez asintió, taciturno.

—Cinco minutos después de que se activara un catastrófico incendio, te vimos conduciendo por la carretera principal.

—Mera casualidad.

El móvil de Ramírez empezó a sonar, pero él rechazó la llamada.

—Si cooperas con nosotros, se lo haremos saber al juez.

—Estoy cooperando.

Gómez tenía la mandíbula tan tensa que tendría suerte si no se rompía ningún diente.

—Tenemos conocimiento de que una nueva banda organizada quiere perjudicarte. —Ramírez

cambió de táctica—. Trabaja con nosotros para que podamos atraparles.

Me mordí el interior de la mejilla, tratando de reprimir una carcajada.

—Me habéis puteado en los últimos cuatro años. Y ahora me ofrecéis un trabajo... —Meneé la cabeza con incredulidad—. Muchas gracias, pero mis negocios en el restaurante van de maravilla.

—Tendrás protección y todos tus cargos quedarán nulos. —Ramírez continuó negociando—. El cartel mexicano ha dejado quince muertos en este último mes. Ellos son nuestra prioridad ahora.

—Sois muy amables, pero como ya he dicho...

—¿Qué estabas haciendo esta tarde? —preguntó Gómez, rabioso. Solo le faltaba escupir espumarajos por la boca.

—Daba un pequeño paseo. Hay unos pueblos muy bonitos por la zona.

—No me lo creo —insistió—. Tú provocaste ese incendio y una vez que el fuego esté bajo control, encontraremos lo que pretendías eliminar.

—No tengo nada que ver con eso.

—¡Ya basta! —vociferó dejando caer su puño en la mesa. Ramírez colocó una mano en el brazo de su jefe—. ¡Para de decir sandeces!

No me inmuté ante su descontrolada ira. Pero lo cierto era que estaba dando todo de mí para dominar lo mejor posible mi temperamento, aunque en el fondo me encontraba a punto de mandar todo a la mierda y matarlo a golpes.

Durante dos interminables horas estuvieron dándome una y otra vez la misma cansina charla. Ramírez se comportó como la seriedad personificada, mientras que Gómez se pasaba las manos por sus gordos mofletes, frustrándose más y más cada vez que escuchaba una de mis respuestas.

Ramírez se encontraba prometiendo y dándome su palabra sobre el mismo cuento de antes cuando un alboroto interrumpió nuestra conversación. Oímos varias voces fuera de la habitación, seguido de una fuerte discusión que provenía del pasillo.

De repente la puerta se abrió y un hombre trajeado de pies a cabeza entró en la sala.

—Suelta a mi cliente, Jorge Gómez. —Cuando ninguno de los presentes tuvo intención de moverse, mi abogado volvió a exigir—: Ahora mismo.

—Estamos en pleno interrogatorio, señor Aguilar —contestó Gómez entre dientes.

—Mi cliente lleva casi tres horas respondiendo a vuestras patéticas preguntas sin fundamento.

—Tenemos pruebas de que...

—¿Dónde están esas pruebas? —Silencio—. Quítale las esposas al señor Di Lorenzo Ernesto Ramírez.

El aludido se puso de pie y, a continuación, sacó una llave.

—¡Esto no ha terminado! —gritó Gómez, exasperado.

—Mi cliente puede interponer una denuncia por abuso de poder.

—No se preocupe, señor Aguilar —le dije con calma—. He tenido una tarde bastante agradable. ¿Agente Ramírez? —pregunté alzando las manos; él las soltó. Me froté las muñecas ur tanto enrojecidas—. Gracias.

—Te atraparé, Alessandro, te lo juro por mis muertos —prosiguió Gómez con sus amenazas, haciendo oídos sordos a las advertencias de mi abogado.

—Tienes una retirada de seis puntos del carnet —me informó Ramírez mientras los otros dos hombres aún discutían.

—Vaya..., es una lástima —dije con fingida aflicción y, luego, caminé hacia la puerta—. Caballeros, espero que tengan una buena noche. —Hice una teatrera reverencia a modo de despedida.

Mi abogado y yo nos dirigimos hacia la salida a la vez que ignorábamos los varios pares de ojos clavados en nosotros.

—Toma las llaves del coche. —Me devolvió el llavero—. Conseguí que lo trajeran hasta aquí.

—Gracias, Ramón. Te haré llegar el cheque mañana mismo. —Asintió con un leve movimiento de cabeza y se alejó del lugar.

Abrí la puerta con el mando a distancia y apenas entré en el interior del vehículo, saqué la tarjeta SIM del compartimento para volver a introducirla en el móvil.

Llamé a Patricio.

—¿Tienen algo? —me preguntó.

—No, no tienen nada. Me han hecho perder el tiempo.

—Entonces, esas son buenas noticias. Nosotros te estamos esperando en el bar.

Lo intuía por el constante barullo de fondo.

—No puedo ir. Tengo que resolver un asunto pendiente.

—No me fío de ella, Alessandro.

Resoplé con cansancio. En las últimas semanas Patricio había repetido por activa y por pasiva la desconfianza que Amber le provocaba.

—Nunca te ha dado ningún motivo, así que no me jodas —mascullé harto de escuchar el mismo cuento.

—El tiempo me dará la razón.

—Lo dudo mucho. Pero en el caso de que me esté equivocando, seré el primero en aceptarlo y tomaré cartas en el asunto.

Se rio sin ganas.

—¿La matarás igual que Marius mató a Margarita? ¡Venga ya! Somos amigos, casi hermanos, no necesitas mentirme —dijo ofendido.

—Patricio, hablas como si no me conocieras. Si Amber llegara a traicionarme, tendrá su castigo.

—Te gusta más de lo que quieres admitir, Alessandro. —No contesté. El firme agarre que ejercían mis manos sobre el móvil se intensificó—. Nos vemos mañana, supongo.

—Eso creo.

Terminé la llamada sintiéndome molesto por la breve conversación y, acto seguido, me incorporé a la carretera. Aunque el apartamento de Amber no estaba muy lejos de la comisaría, tardé más de veinte minutos en llegar por culpa del denso tráfico. Cuando lo hice, salí del coche y fui hasta el portal con la intención de presionar el botón del telefonillo, pero en cambio me quedé mirándolo.

No pude evitar preguntarme por qué había venido hasta ella y, entonces, repentinamente, la pregunta que me había formulado esa misma mañana resonó en mi cabeza. *¿Realmente quería vivir de esta manera? ¿Para siempre?* Esperaba que la respuesta fuera un sí rotundo, porque era lo único que conocía y sabía hacer. Pero si nunca había querido cambiar mi estilo de vida, ¿por qué sufría esa constante necesidad de verla? Quizás porque cuando estaba con ella podía ver diminutas chispas de luz, que me hacían sentir menos yo y más humano; una parte de la sensibilidad que no había vuelto a experimentar desde hacía mucho tiempo.

Inhalé con fuerza antes de apretar el número de su piso.

—¿Sí? —preguntó una voz dulce y melódica.

—Soy yo. Ábreme. —No pretendía sonar tan brusco, pero había ciertos detalles que nunca podría corregir.

No abrió la puerta hasta después de varios segundos. Pero cuando lo hizo, comencé a subir a toda velocidad por las escaleras. Al llegar al rellano de la tercera planta, me sentí como un adolescente. Embobado, observé a Amber cubrir su desnudez con una toalla blanca bastante corta. El pelo mojado le yacía lacio sobre el hombro izquierdo, causando que pequeñas gotas de agua resbalaran por su cuello.

Respiré hondo.

Parecía un maldito ángel. Un auténtico y bello ángel. Y quizás lo habría sido de verdad si aquellos ojos verdes no hubieran estado fulminándome en ese mismísimo instante.

Capítulo 16

Amber

Me sentí desubicada por completo, como si estuviera atrapada en una dimensión paralela donde yo tenía todas las de perder. Día y noche numerosos insidiosos pensamientos me asaltaron, haciéndome la existencia un poco más difícil de lo que de por sí ya era. Fue tal el calvario en el que mi mente se vio sumergida que empecé a creer que no sería capaz de hallar ninguna salida; en especial tras la breve pero alarmante conversación que tuve con Khâliq Salim.

Por primera vez me sentí realmente aterrada. Llegué a la cúspide de la paranoia. Fue tanto el pavor que habitaba conmigo que casi hice las maletas con la intención de correr lejos..., lejos de la descontrolada ira de Alessandro. Pero era absurdo engañarme a mí misma, porque aunque atravesara el mundo entero, él siempre terminaría encontrándome.

En mi estado de desesperación pensé en acudir a la policía, con la esperanza de que Jorge Gómez se apiadara de mi desgracia; quizás por fin accedería a firmar la libertad de mi hermano. Pero no lo hice, porque si a Alessandro no se le conocía por ser un hombre compasivo, a Jorge tampoco; ambos eran de la misma calaña, astutos como ellos solos. No me cabía ninguna duda de que si le informaba de que Khâliq había descubierto nuestra operación, todos mis esfuerzos para reunir a los míos habrían sido en vano. Jorge Gómez no vacilaría en darme la patada y, luego, buscaría a otro infiltrado más apto que yo. Estaba segura de ello. Por lo tanto, llamar y pedir socorro no era una opción. Y aunque el agente Ramírez y su compañero, el agente Mata, eran personas incomparables a su jefe, no contacté con ellos porque les habría puesto en un apuro. Al fin y al cabo, de una u otra manera, Jorge se acabaría enterando de todo.

Durante los tres días siguientes, tras el encontronazo en la magnífica cocina, estuve a la expectativa; a la espera de que se desatara la furia de Alessandro. Pero aquel momento tan temido nunca llegó. Al parecer, Khâliq Salim no había mentido cuando me dijo que sus labios estarían sellados. Y esperaba, por mi bien, que su promesa fuera a largo plazo.

Pero a pesar de mi constante pánico, no podía evitar enfadarme con Alessandro. Era evidente que él sacaba a relucir lo peor de mí, sobre todo cuando me echaba de su casa como si yo valiera menos que un chicle pegado a la suela de su zapato. Aunque lo que más me fastidiaba era cuando se presentaba en mi apartamento, esperando que lo recibiera con los brazos abiertos; tal y como ocurrió en aquel instante en que abrí la puerta principal y me hallé frente a él.

Me bastó darle una mirada de pocos amigos para que se diera cuenta de mi mal humor. Una

de las pocas cosas que había aprendido de él era la capacidad de transmitir y expresar mis emociones a través de los ojos, una habilidad que perfeccioné bastante a medida que fueron avanzando los meses; de modo que poner cara ceñuda me salía de forma natural y sin tener que realizar el más mínimo esfuerzo.

Nos medimos en silencio por varios minutos. Ninguno de los dos quería dar su brazo a torcer, ni decir la primera palabra, como si se tratara de un juego. Pero para mi gusto aquel juego infantil no era divertido. Todo lo contrario, estaba poniendo a prueba mi paciencia.

Respiré hondo.

—¿A qué has venido? —finalmente le pregunté mientras sujetaba con poderío la toalla que cubría mi cuerpo.

—A verte.

—Me echaste de tu casa por unos días. —Alcé una ceja cuando le vi disminuir la poca distancia que había entre nosotros. Sinceramente, deseaba lanzarme a sus brazos, pero al mismo tiempo no quería ceder con tanta facilidad. No se lo merecía—. No puedes venir cuando te dé la gana.

—Vengo a ti porque te necesito.

Se me ablandó el corazón al oír su respuesta, cargada de un sentimiento latente que no pude descifrar. Pero, en lo más profundo de mi ser, sabía que su necesidad era muy diferente a la mía.

—Y, sin embargo, también me apartas de tu lado.

—Si lo hago es porque debo hacerlo. —Me acarició la mejilla con ternura y, a continuación, murmuró—: Déjame pasar, Amber.

—No debería acceder —declaré en un susurro más para mí misma que para él.

—Por favor.

Me quedé mirándolo. Alessandro nunca pedía nada. Al revés, siempre tomaba lo que quería sin importarle el cuándo ni el dónde. Y aunque sus palabras sonaron sinceras, era consciente de que hacerme muchas ilusiones sería equivocado de mi parte. No obstante, como no tenía el cuerpo ni las ganas de discutir a altas horas de la tarde, retrocedí unos cuantos centímetros y le dejé entrar.

Cerré la puerta tras de mí. Habían pasado varias semanas desde la última vez que Alessandro se había quedado a dormir en el apartamento, ya que él detestaba aquel lugar. Por eso mismo mis visitas a su casa se hicieron cada vez más frecuentes, hasta que llegamos a un punto en el que prácticamente vivíamos juntos.

Comenzó a pasearse por el reducido espacio mientras graciosas expresiones de asco se reflejaban en su rostro. Al ser testigo de su evidente incomodidad, eché una rápida ojeada a las repulsivas paredes llenas de humedad.

—Vaya mierda... —masculló a la vez que se volteaba para mirarme—. Si hubiera sabido que esto —hizo un gesto con la mano—, cosa que tú llamas casa, era más precario que antes, te habría alquilado una vivienda en mejores condiciones. Un lugar donde pudieras vivir sin tener que soportar todo esto.

—Tampoco está tan mal... —Me encogí de hombros.

—Tienes razón. Mal no está, sino lo siguiente. Además..., hay un olorcillo a... ¿Qué cojones es ese olor?

—No exageres tanto. —Me reí al escucharle farfullar una llamativa serie de insultos en italiano—. ¿Quieres beber algo? Tienes mal aspecto.

—Será porque cierta señorita me ha hecho esperar quince largos minutos en el rellano —dijo

con cierto retintín mientras se recostaba en el sofá—. Y también porque estoy agotado.

Me senté en el borde del sofá, muy cerca de él.

—Quisiera preguntarte el porqué, pero supongo que será una pérdida de saliva —murmuré con tristeza. Todavía no me acostumbraba a que no confiara para nada en mí.

Su voz, más ronca de lo normal debido al cansancio, me hizo abrir los ojos por el asombro.

—Me han detenido esta tarde. Me tuvieron algunas horas en la comisaría —confesó.

«Quizás por eso Ramírez me ignoró», pensé.

En la mañana le había mandado un mensaje de texto para informarle de mi estada en el apartamento, pero él no replicó de vuelta. Decidí llamarle por la tarde; sin embargo, tampoco obtuve contestación.

—Nada grave, espero —comenté con cautela.

—Fue por una estupidez; un exceso de velocidad.

Exhalé el aire con disimulo.

—Entonces, ¿quieres tomar algo? —inquirí para cambiar el tema de la conversación.

Me puse de pie y, a continuación, esperé su respuesta.

—Sí, no he comido nada en todo el día. Pero primero me daré una ducha.

Se levantó del sofá también. Me encontraba yendo hacia la cocina cuando me interrumpí a mí misma y miré la única prenda que tapaba lo esencial de mi cuerpo.

—Iré a cambiarme.

—Espera, no te muevas —me ordenó.

Desapareció dentro del dormitorio y, segundos más tarde, regresó con una camiseta un poco andrajosa; la que yo usaba para dormir cuando no estábamos juntos. Envolvió o, mejor dicho, arrugó la prenda hasta formar una pelota y la tiró en mi dirección. Con suerte y una chispa de agilidad alcancé mi pijama en el aire.

Alessandro se rio divertido al oírme resoplar. Yo, en cambio, le mostré la lengua en un gesto burlón por su falta de caballerosidad antes de que él se dirigiera hacia el baño.

Después de estar completamente seca, semivestida y dejar la toalla en una pequeña cesta ubicada encima de la lavadora, busqué en el frigorífico la bandeja con jamón y queso que había comprado esa misma mañana. Luego saqué la sandwichera, decidida a hacer unos sabrosos sándwiches mixtos, y al terminar coloqué todo en un plato grande.

Estaba sirviendo zumo de piña en un vaso cuando, por el rabillo del ojo, vi a Alessandro ponerse la camiseta. El pelo húmedo y despeinado le daba un toque increíblemente sensual.

Reprimí un suspiro a la vez que cerraba la botella.

—Este móvil nuevo es un poco cutre, ¿no te parece? —comentó con diversión.

Mi cabeza salió disparada hacia él, pero mis ojos se me quedaron clavados en su mano. Alessandro sostenía en alto el móvil que Jorge Gómez me había facilitado; la prueba perfecta que podía demostrarle que yo mantenía comunicación directa con la policía. A sus espaldas.

Debí de habérmelo olvidado sobre la cama antes de que me hubiera deleitado con un relajante baño de espumas. Al fin y al cabo, se suponía que estaría sola.

—No es nuevo. —Se lo quité de las manos—. Este trasto es bastante viejo —musité tirando el aparato al fondo de la encimera. Rogué en silencio para que no me hiciera más preguntas—. Ya ni siquiera lo utilizo.

Tomó mi barbilla con una mano y analizó mi rostro con detenimiento; aquello hizo que mi nerviosismo se triplicara.

—Estás nerviosa.

—No lo estoy. —Sonreí a la fuerza y, a continuación, antes de perder los papeles, agarré el vaso y lo deposité en la mesa de centro—. Por cierto, hay cerveza en el frigo.

Asintió pensativo y se desplazó hasta el frigorífico.

—Quiero hacerte una pregunta —dijo mientras cogía una botella. Le quitó la tapa y, luego, se sentó a mi lado—. Y espero que seas sincera. —Tragué saliva con dificultad—. ¿Te hace falta dinero?

Arrugué la frente, desconcertada por la pregunta.

—No.

—No me parece bien que vivas aquí... —Miró a su alrededor antes de añadir—: Me sería muy fácil pagar un sitio mejor, uno más céntrico, que tuviera las comodidades necesarias.

—¡Ni hablar!

—¿Por qué no?

—Porque no soy tu querida —dije con brusquedad—. No tienes que pagarme nada.

—Para mí no sería nada del otro mundo. En varias ocasiones he ayudado económicamente a mis conocidas, así que...

—Así que nada. —Le impedí continuar—. Y no necesito ni quiero saber la cantidad de mujeres con las que has estado, tanto las que has follado como ayudado con dinero.

Mordí un trozo del bocadillo para mantener la boca cerrada y ocupada por al menos unos cuantos segundos. Mi estado de humor podía compararse con las vertiginosas subidas y bajadas de una montaña rusa. Odiaba no ser capaz de contener ciertas emociones, sobre todo cuando se trataba de un tema tan delicado como los celos. Porque así era cómo me sentía. En aquel momento estaba muerta de celos.

¿Cuántas afortunadas habrán compartido con Alessandro lo mismo que yo? ¿Decenas? Poco probable. *¿Tal vez la cifra aumentaba a los cientos?* La última alternativa me parecía la más certera. Pero lo que más me dolió fue el hecho de seguir ocupando el puesto de «conocida» en su larga lista de conquistas.

—No te puedo decir a cuántas me he follado porque ni yo mismo lo sé. —Agarré el vaso con la intención de tirárselo a la cara; sin embargo, preferí dar un sorbo. Tenía la garganta seca—. Disculpa, eso ha sido una grosería. —Sacudió la cabeza—. Respecto a lo de antes, me he expresado mal. Tú no eres como ellas.

—¿Qué quieres decir con eso? —pregunté sintiéndome como una idiota esperanzada.

—Exactamente lo que he dicho. No le des tantas vueltas, Amber —replicó exasperado—. Mira, si alguna vez necesitas dinero puedes contar conmigo.

—Gracias, supongo.

Asintió y continuó con su sándwich. Yo, en cambio, lo dejé intacto en el plato. Mi apetito se había esfumado. Una vez que hubo terminado de comer su bocadillo, y también el mío, hablamos un poco sobre el libro que me había prestado.

—Dejaré la puerta de la biblioteca abierta, por si quieres coger otro.

Me entregó el plato sucio.

—Lo haré en cuanto termine de leer el que tengo.

Recogí la mesa y coloqué la loza en el friegaplatos, con la finalidad de lavar todo al día siguiente. Fue entonces cuando sentí que me envolvía la cintura con los brazos a la vez que hundía la nariz en mi pelo. No me fue difícil adivinar los planes que él tenía en mente.

—Necesitas dormir...

—Este sitio es nauseabundo.

Entrelacé mis dedos con los suyos y tiré de él, pero no se movió ni un solo milímetro.

—Vamos, no seas tan quejica.

—Muy bien, pero con una condición —farfulló accediendo de mala gana—: mañana mismo nos largamos de aquí.

Acepté con una sonrisa y caminamos hacia la habitación. Me tumbé en el lado derecho de la cama mientras le observaba desvestirse con calma, hasta que quedó desnudo ante mí. Me mordí el labio inferior. Estaba convencida de que podría estar horas admirando su cuerpo; en especial su abdomen decorado con una fina línea vertical de vello, que iba desde el pubis hasta el ombligo.

—No me mires así —me advirtió sacándome de mi repentina ensoñación.

—Así ¿cómo?

—Con esa mirada de fóllame-ahora-mismo.

Retiró la sábana y el edredón antes de acostarse a mi lado.

—No seas tan engreído. —Me arrimé a él y para mi sorpresa, no me puso ninguna pega. Al contrario, me agarró una pierna y me recostó encima de su cuerpo.

Nos quedamos callados, con el leve susurro de nuestras respiraciones llenando el silencio, mientras peinaba mi melena con sus dedos.

—Me gusta esto —murmuró enredando un mechón de mi pelo en su dedo índice.

Quise decirle que a mí me gustaba todo de él, pero, en cambio, me acerqué a sus labios y le di un pequeño beso en la boca. A continuación, apoyé la cabeza cerca de su hombro y seguí disfrutando del maravilloso masaje en mi cuero cabelludo.

—¿Ese hombre es muy amigo tuyo? —pregunté sin pensar.

—¿Quién?

Tragué saliva.

—Ese tal Khâliq.

Alessandro detuvo sus manos y se quedó reflexionando por lo que a mí me pareció una eternidad.

—Es un socio, pero no es del todo un amigo —reconoció—. ¿Por qué? No me digas que también tienes curiosidad sobre él.

—No es eso. Es solo que... algo me hace desconfiar de ese hombre.

Era conocedora de que, si no tenía cuidado, podría salir muy perjudicada. Hablar sobre Khâliq, o cualquier asunto que le atañía, era como caminar por tierras pantanosas. Pero Khâliq Salim no era trigo limpio. Y yo quería saber hasta qué punto Alessandro confiaba en su socio. O tal vez, de manera inconsciente, quería alertarle de sus malas intenciones.

Desplazó los dedos, que aún yacían enredados en mi pelo, hacia mi rostro y me alzó el mentón para que lo mirara a los ojos.

—¿Habló contigo cuando me ausenté en la cocina?

—No —mentí—, pero no me dio buena espina. —Negué con la cabeza cuando arqueó una ceja de manera inquisitiva—. Olvida lo que he dicho. Estoy diciendo tonterías.

—Amber, yo tampoco confío demasiado en su palabra, pero no te preocupes por las cosas que me conciernen. Lo tengo todo bajo control.

Alessandro siempre parecía muy seguro de sí mismo, como si la vida nunca podría serle arrebatada; como si nadie pudiese hacerle daño. En ocasiones incluso se comportaba como si fuera inmortal. Yo, en cambio, a veces temía por él tanto o más que por mi propia seguridad, porque sabía que todo se tornaría diferente cuando ya no estuviésemos juntos. Mi existencia sería

mucho más apagada.

Me entristeció tener ese tipo de pensamientos, por lo que elegí sellar nuestros labios para dar por concluida la conversación. En el fondo sabía que algún día ya no tendríamos instantes como esos; algún día no muy lejano tendría que renunciar a sus caricias, su olor, su sabor. Incluso a sus comentarios inoportunos.

Bloqueé la monstruosa tristeza que iba apoderándose de mí, como una agonizante enfermedad que no tiene cura, y me centré en disfrutar y memorizar todo de él. Tanto si se trataba de sus virtudes como de sus defectos, porque llegado el momento solo viviría de eso. De nuestros recuerdos.

Un bullicioso golpe me despertó. Parpadeando, miré hacia la ventana y vi los tímidos destellos del sol inundar y calentar el dormitorio. Mi inesperado sobresalto no fue causado por una pesadilla, algo que ya apenas solía tener, sino por un motivo que aún desconocía. Me tomó varios segundos entender que el molesto zumbido que había interrumpido mi sueño no provenía de la habitación.

Aparté las sábanas de la manera más cuidadosa posible, me levanté de la cama y caminé hacia la cocina. El segundo móvil, que había dejado en modo vibración, se había desplazado desde la encimera hasta el suelo. Al recogerlo, volvió a vibrar en mis manos.

Contesté de inmediato.

—No puedo hablar —dije en un hilillo de voz. Eché una mirada furtiva a la puerta entornada del dormitorio—. No estoy sola, Ramírez.

—¿Va todo bien? Ayer no pude atender tu llamada.

—Sí, me comunicaré contigo en cuanto pueda. —Colgué sin esperar respuesta y, a continuación, metí el móvil dentro de un cajón. Caminé de puntillas hasta la cama y solté un suspiro de alivio al comprobar que Alessandro seguía dormido. Me tumbé otra vez y, acto seguido, cerré los ojos.

Volví a despertarme unas horas más tarde debido al sonido del agua que corría a sus anchas. Entré en el cuarto de baño. Los cristales de la ducha estaban empañados por el vapor, pero aquello no fue ningún impedimento para que mis ojos se maravillaran con el adonis que se hallaba adentro. A pesar de la borrosa imagen que tenía de Alessandro, aún pude apreciar los lentos y meticulosos movimientos de sus manos, que esparcían el gel por cada rincón de su cuerpo.

Sintiendo una deliciosa tirantez en la parte baja de mi estómago, me deshice de la camiseta sin apartar mi hambrienta mirada de él; deseosa por volver a fundirnos en uno. Abrí la puerta de la ducha y entré en ella una vez que Alessandro me hizo un poco de espacio. Lo miré una última vez y, a continuación, me situé debajo de la alcachofa de la ducha.

Un suave gemido escapó de mis labios al sentir el agua tibia deslizándose por mis hombros y por mi espalda hasta perderse a mis pies.

—¿Te has levantado juguetona? —me preguntó con una sonrisa pícaro.

No le contesté; en cambio, avancé hacia él para que mis pechos estuvieran presionados contra su tórax. Me alcé de puntillas y le rodeé el cuello con los brazos mientras trazaba con mi lengua su prominente nuez de Adán.

—Un poquito —susurré contra su piel, tersa y bronceada.

La química tan innegable que había entre nosotros comenzó a fluir a nuestro alrededor.

—Entonces tendremos que hacer algo al respecto. Ven conmigo. —El timbre de su voz sonó profundo y áspero, mezclado con una abundante dosis de lujuria y deseo.

Salimos de la ducha. Apoyé mi peso contra los azulejos de la pared mientras tanto Alessandro cogía y acomodaba una toalla en el suelo, justo al lado del lavabo. Lo observé suspicaz, pero él, ajeno a mi escrutinio, siguió colocando y retocando lo que fuera que estuviera tratando de construir. Al cabo de un par de minutos y luciendo satisfecho con el resultado, se aproximó con lentitud, me miró con una expresión maligna y seductora y tomó mi boca con absoluta pasión. Sin poder contenerme le respondí con el mismo grado de intensidad.

Un gemido lleno de placer huyó de mis labios y mis uñas se aferraron a sus bíceps cuando sus dedos se internaron entre mis muslos, mimando y provocándome hasta el punto de hacerme enloquecer.

—Siempre tan dispuesta y preparada para mí —gruñó mordiéndome el labio inferior, desplazándolo entre sus dientes.

Él también estaba excitado. Lo sabía por los continuos roces de su erección contra mi barriga.

—No tienes ni idea de cuánto me pones —admití.

—Creo que me hago una ligera idea. —Fue lo único que dijo antes de introducir dos dedos en mi interior. Me torturó un poco más con sus caricias y, luego, esparció mis propios fluidos por la cabeza, rosada e hinchada, de su pene.

Tras tener su miembro totalmente lubricado, atrapó mi brazo y me dejó mirando en dirección al lavabo. Me sentí perpleja por estar frente a la pila de cerámica, pero al alzar la vista comprendí todas y cada una de sus intenciones.

—Eres un perverso... —bromeé con una media sonrisa.

Depositó la palma de su mano alrededor de mi cuello. Me estremecí.

—No quiero que apartes la mirada. Me gusta follarte desde atrás, pero también adoro ver cómo te corres —dijo mientras me observaba a través del espejo que teníamos delante de nosotros. Iba a poner todo mi empeño para ni siquiera pestañear, porque mirarlo era la imagen más erótica que cualquier persona querría contemplar. Como no le contesté, porque estaba absorta en mis propios pensamientos, repitió en tono autoritario—. Mantén los ojos fijos en el espejo. Si no lo haces, me detendré.

—Descuida, haré lo que tú me digas —le aseguré, embelesada.

—Sostente por los bordes. —Lo hice—. Y no te sueltes.

Me sujetó por las caderas, me levantó sin ningún esfuerzo y me penetró con ansias. Grité de placer y, enseguida, los nudillos se me pusieron blancos debido a la fuerza de mi agarre, intentando por todos los medios que mis dedos no resbalaran por el sudor.

Mi mirada permaneció clavada en el espejo y, poco a poco, me perdí en aquel glorioso momento. Con él. Me sumergí en un mar de goce y desenfreno. Y a medida que recibía sus avasalladoras embestidas, a mi cerebro nublado por la lujuria poco le importó que el preservativo no hiciera acto de presencia.

Aquella mañana volvimos a burlar cualquier barrera que se interpusiera entre nosotros.

Después de casi una hora hartándonos el uno del otro, ambos estábamos limpios y acicalados para irnos. No desayunamos en el apartamento. Alessandro decidió llevarme a un hotel donde compartía ciertos negocios con el dueño, pero, sin embargo, me dejó desayunando sola en el

restaurante. Cuando aún nos encontrábamos en el coche, le pregunté qué clase de negocios mantenía con el propietario de aquel lujoso hotel, pero él evadió la respuesta diciendo que les unía la formación empresarial como consecuencia de las similitudes de sus profesiones.

Yo sabía que aquello no era verdad.

En ningún momento hizo mención al nombre del dueño, pero quienquiera que fuera se había gastado una buena fortuna; tanto en el inmenso terreno como en la espléndida decoración. Aunque a juzgar por los precios de las habitaciones, los cuales eran de mínimo mil euros la noche, excepto en las cuatro suites de la última planta, la inversión inicial había sido recuperada en un tiempo récord.

Pensé que al ser tan cara la estadia en el hotel, este estaría vacío, pero me equivoqué. Las personas que circulaban por las múltiples áreas estaban envueltas en prendas que fácilmente duplicaban el precio de las habitaciones. Alessandro y yo, en contraste, éramos como el día y la noche en comparación con la clientela, ya que usábamos ropa informal; por no decir que él vestía lo mismo que el día anterior. No obstante, la mayoría de los clientes evitaban mirar en su dirección o bajaban la cabeza en señal de respeto. Era curioso que cada persona tuviera la misma reacción ante él. Aunque también era cierto que la actitud de Alessandro cambiaba, incluso conmigo, cuando nos encontrábamos en su entorno. Se volvía distante, frío y su porte intimidaba a la legua. En cambio cuando nos hallábamos a solas se comportaba como un hombre libre, sin ataduras, exento de la violencia en la que había estado involucrado desde hacía muchos años.

Después de que Alessandro se marchara de la zona del restaurante, agarré la carta y eché un vistazo a los precios. Tragué saliva cuando vi que un cortado valía la friolera de diez euros, pero, aun así, ordené uno antes de que mi estómago vacío me causara algún estrago. Mientras le esperaba con el cortado a mi derecha, aproveché para llamar a mi madre y aunque la llamada fue bastante corta, me tranquilizó saber que las cosas marchaban bien por Barcelona. Entre pregunta y pregunta, me comentó que había visitado a David más veces de las permitidas, ya que el agente Mata había logrado aumentar el número de horas autorizadas.

No sabía el motivo, pero tuve la impresión de que algo pasaba entre ellos. Sin embargo, no le pregunté. Pero en el fondo ansiaba que mamá por fin hubiera podido encontrar a alguien en quien refugiarse, aunque fuera en un hombre menor que ella. En una de sus visitas a la prisión, David le informó de su ruptura definitiva con Sara. Tras largos meses de incertidumbre, ambos decidieron hablar para dejar zanjado cualquier asunto pendiente y gracias a ello, David pudo pasar página. Sara, en cambio, tras la muerte de su abuela, se marchó de manera irreversible de Villa de Gracia.

Poco después de colgar, Alessandro reapareció en la cafetería, caminando con parsimonia, aunque todo su cuerpo irradiaba tensión. Sus nudillos estaban rojizos y si mis ojos no me engañaron, atisé restos de sangre en uno de sus dedos.

—¿Te encuentras bien?

Se sentó en la silla y, a continuación, llamó a la camarera para que tomara nota de su pedido.

—Sí. —Intentó sonreír, pero tenía la mandíbula demasiado rígida.

Visto el panorama me contuve de hacer ningún comentario de mal gusto. Ni tampoco comencé con mi habitual interrogatorio. No era el momento ni el lugar idóneo. Lo que fuera que hubiera pasado al otro lado del hotel, no había sido un encuentro amistoso y mucho menos cortés.

Lo observé en silencio comer una tortilla francesa y, de vez en cuando, fulminar la pantalla de su móvil. La mañana había dejado de ser agradable en cuestión de pocas horas.

Me frustraba mucho que se dieran situaciones como esas, porque cuando Alessandro y yo nos

encerrábamos en nuestra propia burbuja todo aparentaba ser perfecto. Pero aquello se iba al garete cada vez que nos enfrentábamos a la realidad. A su realidad. Él volvía a transformarse en un hombre calculador, amenazador, impredecible. Y yo volvía a convertirme en la culpable que le llevaría a la cárcel.

Yo sería su perdición. Y él, muy a mi pesar, también sería la mía.

Los programas de informativos fueron el gran protagonista de toda la semana siguiente. Madrid volvía a ser azotada por la criminalidad. Los ciudadanos salieron a las calles a protestar y a exigir mejores medios que pudieran garantizar la seguridad de los civiles. El pueblo madrileño se sentía desprotegido ante tanta desproporcionada delincuencia.

La raíz de aquel masivo descontento sucedió cuando Alberto Noruega, un prestigioso y admirado empresario, fue brutalmente asesinado en su lugar de trabajo. Varios elementos en la escena del crimen indicaron que se debía a un ajuste de cuentas, con una banda organizada de origen colombiano, ya que la víctima había sido ejecutada por el método «La corbata colombiana». El cadáver fue hallado por una mujer del equipo de limpieza, quien entrevió un líquido negruzco en la ranura de la puerta que daba al despacho privado de Alberto. Alarmada, llamó a los guardias de seguridad y ellos se encargaron de derribar la entrada, la cual había sido bloqueada por dentro. Para el asombro y susto de todos, encontraron a Alberto, tendido boca abajo en el suelo, rodeado en un charco de sangre.

Los agentes del cuerpo nacional de la policía y los servicios criminólogos se desplazaron hasta el Hotel Palacio, el tercer hotel más lujoso de España; el mismo donde yo había desayunado con Alessandro.

La noticia del homicidio impactó al sector hostelero y aunque todos los ojos apuntaron a una persona en concreto, la noche que ocurrió el asesinato Alessandro y yo habíamos estado disfrutando de una cena *familiar* en casa de Marius.

No se encontró el arma del homicidio, ni tampoco se hallaron huellas y, además, las cámaras de seguridad habían estado desactivadas aquel día. Al principio no había ninguna lógica para que alguien quisiera la muerte de Alberto, y se especuló bastante sobre la causa del homicidio, hasta que varias habladurías llegaron a la comisaría. Según los vecinos de los peores barrios de la zona, Alberto Noruega tenía negocios pocos honestos con gente para nada honrada y había traicionado a sus socios, o incumplido el pacto que compartía con ellos, al mezclarse con otra cuadrilla rival. Los rumores de su deslealtad se propagaron rápidamente y no tardaron en llegar a oídos de los narcos colombianos, quienes le dieron la muerte justa de un traidor, según el código de los narcotraficantes.

Desde aquel atroz suceso el imperio de Alberto quedó en manos desconocidas, ya que no tenía esposa ni hijos. Sin embargo, no faltaron candidatos ofreciéndose voluntarios para el reparto. Los buitres salieron a la luz, peleándose por un pellizco de su multimillonario patrimonio.

Día y noche los informativos revelaron nuevos asesinatos realizados por delincuentes de diferentes bandas callejeras. La tasa de criminalidad era tan alta que ver homicidios cada dos por tres en la televisión se había convertido en algo rutinario. O, tal vez, yo me estaba acostumbrando a ello. En realidad, en cierto modo, empecé a ver con otros ojos todo lo que me rodeaba. Las constantes peleas y los victoriosos que salían de ellas mostraban a los demás quién era el más fuerte. Las calles estaban sujetas por leyes de supervivencias, donde el más competente se hacía

con el poder y el respeto. Y si tenían que matar a alguien para conseguirlo, no dudaban en hacerlo.

De alguna u otra manera, yo también era como ellos. Yo también luchaba por sobrevivir. Lo único que nos diferenciaba unos de otros era que no entraba en mis planes arrebatarme la vida a nadie. Al menos ese macabro pensamiento nunca surcó por mi cabeza.

Los medios de comunicación y los amigos cercanos del difunto lamentaban de forma constante la pérdida de Alberto, pero, sin embargo, no pude evitar preguntarme si realmente lo hacían. La ceremonia de despedida organizada como homenaje a él y a su exitosa vida fue a lo grande. Y aunque yo no pintaba nada en ese lugar y fui como la acompañante de Alessandro, tuve la oportunidad de estudiar de cerca a toda esa gente adinerada. Había alcanzado la cumbre del escepticismo. No me fiaba de nada. Ni de las caras tristes, ni de las lágrimas de cocodrilo apenas derramadas por los familiares. Ni siquiera el sacerdote del entierro se libró de mi desconfianza. Todos tenían algo que esconder; cada uno trataba de ocultar sus trapos sucios.

Por otro lado, durante los siete días posteriores a la muerte de Alberto, escuché el nombre de Khâliq en algunas conversaciones entre Patricio y Alessandro. Aunque ellos siempre hablaban en italiano, mi oído se había acostumbrado a ciertas palabras y algunas de ellas, por no decir la mayoría, no eran precisamente cumplidos. Al parecer, Khâliq no estaba haciendo demasiado bien las cosas. Y a juzgar por las miradas asesinas de los cuatro italianos, cada vez que hacían mención a su nombre, no pretendían pasar por alto los actos de su socio.

Como cabía de esperar por mi parte, permanecí en contacto con el agente Ramírez y le informé de todo lo que sucedía a mi alrededor. En aquel punto de nuestra relación profesional, solíamos hablar más a menudo que antes y, de manera casi inadvertida, su comportamiento conmigo cambió.

Aún podía recordar el sabio consejo que me dio en una de nuestras furtivas llamadas telefónicas.

—No hables ni indagues de nuevo sobre él. Alessandro podría sospechar de ti y, por lo que me has contado, ahora mismo tiene toda su atención en Khâliq.

Seguí a rajatabla cada una de sus sugerencias, ya que sus indicaciones parecían funcionar mucho mejor que las que me dictaba mi cerebro.

Esos días Alessandro estuvo tan absorto en sus propias preocupaciones que pasé desapercibida gran parte del tiempo. Aquello me permitió pasear con tranquilidad por una parte significativa de su casa; algo que parecía imposible meses atrás.

En lo más profundo de mi corazón sabía que el final de nuestra relación era inminente.

Era un lunes por la tarde cuando Alessandro entró en su dormitorio, con una expresión imperturbable pintada en el rostro. La tensión que se percibía en el aire era abrumadora. Al contrario que él, me había quedado gran parte del día encerrada en su cuarto, leyendo otro libro de su grandiosa colección en su lado de la cama.

Sin decir nada ni hacer ademán de hacerlo, se quedó mirándome como si yo fuera una especie de criatura extraña. Enseguida me di cuenta de que le ocurría algo, así que me puse de pie con cierto nerviosismo, creyendo que se había enfadado conmigo por haber invadido su espacio.

—Lo siento... —balbuceé—. En tu lado de la cama entra más luz.

Aún sin pronunciarse, avanzó con calma en mi dirección mientras pequeñas y sutiles arrugas se dibujaban en su frente, como si estuviera confuso.

—¿Qué ves en mí, Amber?

—¿Qué clase de pregunta es esa?

—No lo entiendo. —Me ignoró—. No entiendo por qué una mujer buena como tú está con un hombre como yo. —Hice una mueca para mis adentros ante la ironía de sus palabras.

Di un paso al frente para acortar la escasa distancia que había entre nosotros.

—No lo soy... —ya no lo era—. Y respecto a tu pregunta, veo en ti todo lo que otros no logran ver; un fragmento de ti que no permites que los demás vean.

Aquello era verdad, o quizás yo estaba idealizándolo todo en mi cabeza. No lo sabía, pero tampoco me importaba porque Alessandro era diferente conmigo. Y yo con él.

—Te mereces a alguien mejor —gruñó entre dientes.

—¿Por qué me dices esto ahora?

No entendía nada.

—Porque te estás engañando a ti misma, o quizás yo lo haya estado haciendo sin ser consciente de ello. ¡Joder, no lo sé! —bramó exasperado.

—No me has engañado. Sé quién eres —*eres tú el que no sabe quién soy yo*, quise decirle—. Seré sincera contigo... Yo tampoco entiendo por qué estás conmigo —confesé apesadumbrada—. No sé qué tanto ves en mí cuando en realidad podrías tener a...

—Veo en ti todo lo que no soy —me interrumpió mirándome con fijeza—. Todo lo que nunca seré.

El significado de sus palabras me achicó el alma. Me dolió ser testigo de su desconsuelo. Me entristeció que un hombre fuerte, complicado y temido por muchos se valiera tan poco.

—Mírame —me exigió con brusquedad—. Esto es solo una fachada. —Se señaló a sí mismo—. Estoy podrido por dentro, Amber, soy un maldito monstruo. No tengo corazón.

Afligida, deslicé la palma de mi mano por su pecho hasta situarla sobre su corazón, que latía a un ritmo enérgico; deleitándome con la calidez de su respiración contra la piel de mi cara. En aquel momento tuve la necesidad de hacerle sentirse bien y de tranquilizar sus inquietudes, aun cuando él era el causante de las mías. Quería que creyera, y también terminar de convencerme, que era mucho más que un simple asesino; que era capaz de sentir igual o más que cualquier otro ser vivo.

Me humedecí los labios y, a continuación, hablé en voz baja mientras contemplaba sus resplandecientes ojos azules.

—No te creo.

Los siguientes segundos los percibí a cámara lenta. Temblé cuando aprecié su mano firme en mi nuca y noté su intensa mirada en mi boca. En un acto reflejo volví a humedecerme los labios, y, entonces, me besó; lo hizo despacio, con tranquilidad, como si tuviéramos todo el tiempo del mundo. Éramos un par de ilusos por pensar eso. Nuestro tiempo se agotaba y era imposible no experimentar una inmensa agonía cada vez que la idea irrumpía por mi cabeza.

A pesar de la grandiosa sensación de tener su lengua entrelazada con la mía, una pregunta bloqueó cualquier otro pensamiento. *¿Cuándo?*, mi mente me gritaba a todo pulmón. *¿Cuándo crucé esa delgada línea que no debía cruzar?* Si bien era cierto que desde la primera vez en que vi a Alessandro me sentí atraída por él (una atracción más sexual que física), no comprendía en qué momento dejé que mis sentimientos interfirieran en mi propósito con la policía. Y lo que entendía aún menos era cómo todavía no le había dicho ni una sola vez que...

—Te quiero —susurré contra su boca. Alessandro se tensó al oírme, y yo también lo hice.

Me sentí abrumada. Todo se volvió más real al escuchar esas dos palabras en voz alta. Ya no

podía negarlo por más tiempo. Me había enamorado de una persona a la que debía y pretendía destrozar para obtener la libertad del único hombre que había ocupado gran parte de mi corazón durante veinticuatro años.

Dio un paso hacia atrás. Su reacción no me sorprendió.

—No debes —dijo horrorizado.

—¿Crees que no lo sé? —Hice un esfuerzo sobrehumano para contener las lágrimas—. Pero no es algo que pueda reprimir. Estoy enamorada de ti... —Se apretó el puente de la nariz—. ¡Mírame! —demandé con la voz rota. Lo hizo—. Me da igual la fealdad de tu interior. Ni tampoco me importa tu maldad. Ya nada me importa si tú estás a mi lado.

Alessandro no dijo nada al respecto. No proclamó su amor por mí; algo con lo que a veces yo solía fantasear por las noches. Sin embargo, tuve su boca sobre la mía antes de que siquiera pudiera pestañear. Pero ya no había ternura en aquel beso. Ni hubo suavidad cuando me arrojó a la cama. Ni fue delicado cuando se tendió sobre mí mientras me devoraba con desesperación. Sintíendome agobiada por todo, permití que me arrancara la ropa con rudeza, incluso que rompiera la tela de mis bragas. En ningún momento me percaté de que él ya se había quitado los pantalones y los calzoncillos hasta que me penetró con brusquedad, haciéndome sollozar de dolor. Al contrario que él, yo no estaba excitada.

Aunque Alessandro siempre había sido bastante salvaje y dominante en el sexo, esa vez fue diferente. Me estaba mostrando su lado más oscuro y perverso. Y yo estaba consintiendo que me lo enseñara.

—Me has follado como un animal durante meses. A estas alturas, no te tengo ningún miedo —dije entre jadeos.

Le clavé las uñas en los hombros cuando aumentó el ritmo de sus empujes, pero él alzó mis brazos por encima de mi cabeza e inmovilizó mis muñecas con una mano.

—No has visto ni la tercera parte de quien soy. Ni lo que soy capaz de hacerte —me advirtió con un gruñido, y siguió torturándome hasta que perdí la noción del tiempo. Perdí la cuenta de los orgasmos que tuvo, aun cuando yo no me corrí ni una sola vez. Al contrario, dejé que me utilizara a su antojo; que se librara de cualquier carga o pesadumbre que le estuviera martirizando.

En aquel entonces de lo único que fui concedora era de que ya había anochecido y que me encontraba cansadísima y adolorida, tumbada con los ojos cerrados en posición fetal en mi lado de la cama. También sabía de las pequeñas marcas que estaban floreciendo en mis pechos y en mi trasero; un fiel recordatorio del efusivo agarre que Alessandro ejerció en mi carne. En cambio, los múltiples arañazos en su espalda y el mordisco que le propiné en el antebrazo derecho eran mis huellas impresas en su piel.

Y aunque estaba sucumbiendo a la llamada del sueño, pude oírle con una inconfundible nitidez.

—¿Amber? —preguntó con indecisión. Por mucho que deseé girar mi rostro al sentir sus dedos recorriendo mi columna, no logré moverme. Tenía los músculos engarrotados; estaba muerta del cansancio. Tras no recibir respuesta, depositó un beso en la parte posterior de mi cabeza y me abrazó con ternura—. Eres mi debilidad, Amber —y justo un instante antes de que me dejara llevar por la oscuridad, añadió en un tono de voz casi inaudible —: Te quiero.

Capítulo 17

Amber

A la mañana siguiente, tras abrir mis ojos por completo, dos palabras siguieron surcando por mi cabeza; resonaban como una atrayente melodía. «Te quiero», había admitido Alessandro. Aunque, para ser sincera, tenía la ligera sospecha de que me lo había dicho creyendo que yo estaba dormida. Y quizás realmente lo había estado...

Sacudí la cabeza en señal de negación. No iba a permitir que mi cerebro fuera por ese sendero.

Era cierto que me había sentido exhausta después de que Alessandro hubiera mitigado lo que fuera que lo estaba atormentando, tanto que yací casi inconsciente en el colchón, pero, aun así, me negué a creer que todo hubiera sido un sueño. Lo había escuchado de sus labios. No había sido ninguna malévola artimaña de mi cerebro.

Con una tímida sonrisa, estiré mis brazos hasta que mis músculos se destensaron y, a continuación, me levanté de la cama para ir hacia el cuarto de baño. Me encontraba caminando despacio cuando noté que un líquido espeso resbalaba por la cara interna de mis muslos. En un acto reflejo apreté las piernas, pero pronto volví a entreabrir las para examinar con detenimiento lo que fuera que tenía en mis partes íntimas. Horrorizada, abrí los ojos al darme cuenta de mi error o, mejor dicho, de nuestro error. Me toqué de manera superficial y froté el dedo índice con el pulgar al ver semen donde no debería haber. Alessandro no solo no había usado preservativo, algo que tampoco me extrañó demasiado, ya que solía ocurrir de vez en cuando, sino que también se había derramado en mi interior.

Coloqué la palma de mi mano sobre mi frente sudada, sintiéndome inquieta y, por supuesto, muy irresponsable. El pánico se apoderó de mí. Cuando no pude mantener el equilibrio a causa de mi creciente nerviosismo, apoyé la espalda en la cómoda y respiré hondo repetidas veces hasta que conseguí tranquilizarme. Caminé tambaleante hacia el baño y me metí en la ducha, desesperada por eliminar y expulsar su esencia en mí. Mientras limpiaba cada centímetro de mi piel, intenté imaginar cómo sería la bochornosa e incómoda conversación que tendría con Alessandro. Porque debíamos hablar de nuestro fatal desliz. O, por lo menos, eso creía yo.

Después de estar diez minutos bajo el agua templada, salí de la cabina. Pero me detuve en seco cuando mis ojos se posaron en el espejo y me percaté de las marcas rojizas distribuidas en algunas zonas de mi cuerpo, como en los brazos, en ambos costados de las caderas y, también, en

los pechos; fruto del impetuoso agarre de las manos de Alessandro.

Exhalé un suspiro de agotamiento y aparté la vista de mi demacrada imagen. Tenía cosas más importantes por las que preocuparme. Sin perder más tiempo, agarré una toalla azul oscuro para cubrirme y, a continuación, me encaminé hacia el vestidor. Me vestí con rapidez, me calcé las mismas zapatillas viejas de siempre y me miré en el espejo de cuerpo entero, situado en la esquina izquierda de la habitación. Me pellizqué las mejillas en un intento por darles algo de color. Fracasando de manera estrepitosa, me armé de coraje y salí del dormitorio.

Descendí por las escaleras, sujetándome al pasamano de madera, y seguí mi camino hasta el salón comedor. No sabía qué me encontraría una vez que pusiera un pie dentro de la sala, pero me asombré bastante al ver a Patricio, Giovanni, Marius y Alessandro allí reunidos, con decenas de papeles esparcidos sobre la mesa ovalada. Me quedé de piedra en el umbral, presenciando aquellas expresiones asesinas en todos ellos, oyendo a Alessandro ladrar órdenes a los demás quienes refunfuñaban a su vez a modo de respuesta.

Alessandro levantó la cabeza y, tras notar mi presencia, murmuró algo que no logré escuchar ni entender. Tanto él como sus amigos se dieron prisa en agrupar los folios para guardarlos en una carpeta; todos excepto Patricio, quien estaba más ocupado entornando sus ojos marrones en mi dirección.

Envalentonándome, le mantuve la mirada de forma desafiante por lo que me pareció una eternidad. El sonido de las sillas desplazándose hacia atrás, las pisadas seguras y precisas en el suelo y los cuchicheos en voz baja rompieron nuestro perturbador momento.

—Buenos días —saludé a Marius y a Giovanni cuando pasaron por mi lado. Ambos mascullaron un «hola» entre dientes y, con rapidez, desaparecieron de mi vista.

Regresé mi mirada al frente. Alessandro, volcando toda su atención en mí, me indicó que me acercara con un vago gesto con la mano. Caminé hacia él a la vez que evitaba hacer contacto visual con Patricio y trataba que mis temblores no fueran evidentes. Me detuve cuando escasos palmos de distancia nos separaban.

En aquel instante el rostro de Alessandro no reflejaba ninguna emoción. Sus hermosos ojos adornados con largas pestañas carecían de afecto. La duda de que quizás mi sádico subconsciente había fantaseado su voz salió a la superficie. Y si mi cuerpo no hubiera estado tan adolorido, habría pensado que todo lo sucedido había sido de verdad fruto de mi imaginación.

—¿Estás bien? —me preguntó Alessandro, apuntando mis piernas con la barbilla.

Alcé una ceja en señal de desconcierto. *¿Iba Patricio a quedarse a escucharnos?* Desvié la mirada hacia el aludido y, a continuación, aguardé a que captara la indirecta. Pero ellos permanecieron enmudecidos.

Hartándome, me crucé de brazos como advirtiéndole en silencio que no hablaría delante de su amigo. En especial porque no estaba segura de si la concisa pregunta que me había formulado se refería al escozor que sentía al caminar, e incluso al juntar las piernas con fuerza, al comportamiento borde y arisco que estaba teniendo conmigo, a su supuesta confesión, a la mía, a la posibilidad de que podría quedarme embarazada o a todas las opciones anteriores.

Alessandro, sin dejar de observarme y como si me hubiera leído la mente, farfulló algo incomprensible a Patricio quien, soltando un gruñido grave, se puso de pie para marcharse; cesó el movimiento de sus pies hasta situarse a mi lado y me estudió por un breve instante. Yo, que me encontraba bastante turbada por los escandalosos sucesos de las últimas horas, no me impresioné ante su actitud provocadora, aunque los pelos se me pusieron como escarpías.

Finalmente salió del salón comedor para darnos a Alessandro y a mí la privacidad que

necesitábamos.

—¿Y bien? —me preguntó en tono molesto.

Me senté en la silla más próxima a él.

—Sí —opté por decir. En aquel momento no tenía nada mejor que exponer. Tomé la adorable cafetera de porcelana antigua y me serví café en una taza a juego—. ¿Y tú?

—De lujo —contestó sin ganas y, luego, siguió picoteando su tostada.

Lo miré con evidente perplejidad en el rostro.

—¿No vamos a hablar sobre lo que ocurrió ayer?

Resopló y, a continuación, se echó hacia atrás hasta tener la espalda apoyada en el respaldo de la silla.

—Ahora no. Después.

Por la forma en que lo dijo, supe que nunca tendríamos aquella conversación. Alessandro volvía a alzar un muro inalcanzable entre nosotros; incluso se comportaba como si nada hubiera sucedido. Y yo no me atrevía a recriminarle nada, mucho menos a seguir indagando, por temor a escuchar algo que me doliera aún más que no saber con certeza si él realmente me quería.

Como una cobarde escogí creer que Alessandro sentía una mínima parte de lo que yo sentía por él, aunque eso significara que de ahí en adelante tendría que apañármelas sola.

—¿Podrías llevarme al apartamento? Quiero traer algo más de ropa interior —mentí al tiempo que me preguntaba si alguna vez seríamos sinceros el uno con el otro.

—Claro. —Me miró por un breve momento—. Hoy tengo muchas cosas que hacer. Estaré muy ocupado toda la mañana y gran parte de la tarde.

—Puedo quedarme unos días en el piso —le propuse.

Negó rápido con la cabeza.

—No, no es necesario. Estaré de vuelta, como máximo, a las nueve de la noche.

Después de terminar de desayunar o, más bien, revolver la comida del plato con el tenedor, me llevó hasta el edificio y aunque entré en el portal una vez que nos despedimos, no llegué a subir hasta la tercera planta. Aquello había sido una excusa. Me urgía ir a otro lugar.

Me paré frente al negocio y me quedé observando las letras verdes luminosas por varios minutos. La inquietud en mi interior incrementó con cada segundo que dejaba pasar; el nerviosismo y la incertidumbre me revolvieron el estómago. Inhalé el aire cargado de contaminación y el leve olor a lluvia, que provenía de las nubes negras que cubrían Madrid, y me ordené mentalmente a caminar. Pero no pude avanzar demasiado, ya que acabé tropezando en el acto con un peatón, que me propinó un llamativo insulto. Tras disculparme con el hombre, tozudo como él solo, subí sin más titubeos el corto tramo de peldaños.

En el establecimiento había dos personas delante de mí, de modo que esperé mi turno mientras el corazón me golpeaba desbocado en el pecho. Era la primera vez que me hallaba ante una situación como esa. Y el temor y la preocupación de no saber qué podría suceder estaban dominando gran parte de mi mente.

Después de unos cinco minutos caminé hasta el mostrador.

—Buenos días, ¿en qué puedo ayudarla? —me preguntó la farmacéutica, con una cálida sonrisa.

—Necesito la píldora del día después —le contesté en voz baja.

—Un momento, por favor. —La mujer abrió un cajón con brusquedad y, a continuación, me enseñó una cajita blanca y verde—. ¿Sabe cómo funciona?

—Sí.

—Ésta solo contiene una pastilla. Tómesela y será suficiente. ¿Desea algo más?

La farmacéutica, que rondaba los cincuenta años, hablaba con poderío y ya no sonaba tan simpática como al principio.

—No, eso es todo —repliqué dándole un billete de veinte euros. Ella lo aceptó.

Miré a mi alrededor con fingido disimulo mientras esperaba a que me dieran el cambio. Fue entonces cuando vi a otra mujer, que tendría más o menos la misma edad que la farmacéutica, lanzarme una mirada cargada de reprobación.

El sonido de unas monedas repiqueteando en el vidrio del mostrador hizo que volcara mi atención en la mujer ceñuda que tenía frente a mí.

—¿Quiere un vaso de agua? Cuanto antes se la tome, más eficacia tendrá.

Respiré hondo y asentí a modo de afirmación. Las ganas de hablar y de justificarme se habían esfumado. Tenía suficiente con la intranquilidad que me provocaba aquella situación, como para explicar cualquiera de mis actos a dos desconocidas.

La farmacéutica situó el vaso de plástico en el mostrador y aguardó a su próximo cliente.

—Gracias —dije por mera cortesía.

Acepté el vaso con evidente cansancio, giré sobre mis talones y, a continuación, salí de la farmacia para volver al insípido apartamento.

—Dame tu opinión. Y que sea sincera —le pedí colocando el plato delante de él. Esperé a que diera el primer bocado—. ¿Qué tal está? —pregunté con impaciencia.

Para mi sorpresa, Alessandro había terminado gran parte de su trabajo antes de lo previsto, así que cuando me llamó para preguntar si quería que comiéramos juntos, yo no dudé en aceptar. Durante una hora estuve con Piero en la cocina, creando un plato especial para Alessandro y para mí, mientras tanto él realizaba un par de llamadas telefónicas en privado.

Se tomó su tiempo en masticar y en saborear la comida; luego, agarró la copa con vino tinto y bebió un trago.

—Debería contratarte —contestó con una sonrisa.

Exhalé un suspiro de alivio y le sonreí de vuelta.

—Que sepas que Piero no me ayudó en nada —comenté con orgullo—. Solo me dio las instrucciones.

—En serio, está muy sabroso. —Al escucharle sonreí otra vez y situé mi plato, igual que el suyo, en la mesa.

En aquel instante nos encontrábamos en el espacio reservado en exclusividad para él, teniendo una agradable comida en un ambiente íntimo y relajado. Los demás, en cambio, estaban en el despacho privado; un lugar que yo no había vuelto a pisar desde hacía semanas. Pero aunque disfrutaba de su compañía y de la comida, no conseguía borrar su confesión de mi mente. Y Alessandro aún no había mencionado ni sacado el tema a la luz.

—Me alegra que te guste —le dije con suavidad.

Momentos como aquellos, en que ambos estábamos despreocupados y solíamos hablar de forma espontánea mientras intercambiábamos miradas llenas de complicidad, siempre quedarían atesorados en mi corazón. Era en instantes como esos que entendía por qué me había enamorado de él, casi sin darme cuenta. O sin querer darme cuenta. Pese a que no ocurría con mucha frecuencia, Alessandro me hacía reír y viceversa. Incluso hacía que me sintiera contenta y, también, deseada a su lado. Pero al igual que él era capaz de dárme todo, también tenía la

facultad de arrebatármelo en un abrir y cerrar de ojos. Podría herirme física y psicológicamente como cualquier otra persona, pero era el único que realmente podía romperme por completo.

Durante una hora y media comimos excesivamente bien, teniendo una conversación chispeante y sin mucho sentido. Mónica, la camarera que lucía su habitual vestimenta, regresó para retirar nuestros platos vacíos. Al vernos una pequeña sonrisa curvó las comisuras de sus labios y antes de marcharse otra vez, me guiñó un ojo a escondidas de Alessandro.

No entendí muy bien aquel gesto, pero por algún motivo mi corazón latió un poquito más deprisa.

—Se me ha olvidado comentarte algo. —La voz de Alessandro hizo que lo mirara atenta—. En cinco minutos tengo que irme. Me ha surgido un asunto pendiente que debo atender y no sé a qué hora llegaré a casa. Si es que llego... —murmuró pensativo las últimas palabras.

—¿Estarás bien? —le pregunté con impotencia. Se quedó recapacitando por un breve momento y, luego, me respondió utilizando un tono frío e indiferente.

—Sí, no te preocupes. Lo más probable es que regrese a medianoche. —Eso significaba que tendría que quedarme a dormir en el apartamento.

Asentí y me levanté de la silla cuando Alessandro lo hizo. Caminamos en dirección a la salida y una vez que llegamos al exterior, me atrajo hacia él con delicadeza. Su manera de tratarme era completamente opuesta a la del día anterior. Aquello me confundía y, también, me hacía soñar con lo imposible.

—Te llamaré en algunas horas —aseguró rozándome los labios con los suyos.

—Más te vale.

Alessandro descendió un poco más a la vez que yo me alzaba de puntillas y le rodeaba el cuello con los brazos. Al principio el beso fue tan suave y tierno como sus caricias, que exploraban lentamente mi cuerpo, pero pronto se convirtió en urgente y necesitado; en un apetito voraz que despertó la usual lujuria indomable que sentía por él.

La llama de la pasión me calentó la sangre.

—Hmmm... —ronroneó contra mi boca, elogiándome con un ligero gemido de satisfacción.

—Que no se te olvide llamarme. —Le di un beso casto y, a regañadientes, me separé de él. Me obsequió una media sonrisa y, a continuación, entró de nuevo en el restaurante.

Caminé hacia mi coche mientras pensaba en lo que haría una vez que estuviera sola y encerrada entre las cuatro odiosas paredes del apartamento. «Quizás me ponga con la lectura de mi nuevo libro», me dije en silencio. Tenía mi mano sobre el asa de la puerta cuando escuché una voz masculina a mis espaldas.

—¡Oye! —bramó aquel hombre por segunda vez.

Levanté la vista al darme cuenta de que se dirigía a mí y encontré a un hombre alto, muy delgado, de tez morena y ojos negros como la noche, a pocos metros de distancia. Nuestras miradas se cruzaron por una fracción de segundo, pero, aun así, tanto sus ojos como los míos se abrieron de par en par, en señal de que ambos nos habíamos reconocido.

A punto de tener un ataque de ansiedad, abrí la puerta de un tirón y entré a toda prisa en el interior del coche. Aquel hombre corrió veloz en mi dirección, pero tuve tiempo suficiente para activar el seguro y arrancar el motor.

—¡Abre, maldita puta! —Le oí gritar a través de la ventana mientras la golpeaba con su puño.

Apreté a fondo el acelerador, lo que causó que mi coche saliera disparado a la carretera y Matías se apartara con rapidez. Me distancié poco a poco del Charlotte, pero logré verle correr hacia su automóvil para intentar alcanzar el mío. No tuve la menor duda de que Matías era el

asunto pendiente del que debía ocuparse Alessandro, y había presenciado nuestro calenturiento encuentro en el porche del restaurante.

David ya me lo había advertido hacía meses. Matías lo conocía todo de nuestra familia.

Presté toda mi atención a las calles y cuando atisbé que el semáforo estaba cambiando a color ámbar, aceleré al máximo y alcancé a pasar a la otra intersección. Suspiré de alivio a la vez que espiaba por el espejo retrovisor y capté el momento exacto en que Matías se saltaba la señal de STOP, sin importarle el ciclista al que casi atropelló.

Nos encontrábamos en una serpenteante persecución, sorteando coches, peatones y a todo aquel que se interponía en nuestro paso. Pero si seguíamos circulando en plena ciudad, pondríamos en riesgo no tan solo nuestras vidas, sino también la de gente inocente. Con aquel pensamiento en mente, tomé el camino hacia la carretera convencional; aquello fue toda una hazaña, ya que el tráfico era tan denso como todos los días de la semana. Sin embargo, tras varios momentos de pánico y tensión por las continuas protestas de los demás conductores y a causa de mis imprudentes proezas, conseguí llegar a la vía, la cual estaba más despejada que de costumbre.

Miré el velocímetro, que marcaba una velocidad de 120 km/hora. Me pareció una barbaridad, dado que nunca conducía así de rápido, pero pronto el coche de Matías estuvo en paralelo con el mío.

En un principio había agradecido que no hubiera tanta congestión de automóviles en la carretera convencional, pensando que eso me favorecería, pero supe que me había equivocado cuando recibí un potente impacto en el lateral izquierdo de la carrocería de mi vehículo.

Agarré el volante con todas mis fuerzas, intentando controlar la dirección y no desviarme fuera de la vía. El segundo encontronazo no se hizo de esperar. Grité de pánico cuando Matías estuvo a punto de conseguir su objetivo. Con las prisas no me había abrochado el cinturón, así que con cada golpe mi cuerpo tendía a perder el equilibrio y rebotaba de un lado a otro.

Sintiéndome desesperada, volví a apretar el pedal del acelerador, forzando el motor al máximo; sin embargo, su coche era mucho más rápido y estable que el mío. El tercer golpe fue aún más impetuoso.

Desvié la mirada hacia la ventanilla. Matías tenía la cara contraída por la ira. Fue entonces cuando le vi rebuscar en la guantera y sacar una pistola. A continuación, sin titubear, apuntó hacia mí y disparó una vez.

La bala rompió la ventana derecha de su coche y resquebrajó un costado de mi ventana izquierda. Estaba convencida de que ese sería mi final; que moriría ahí mismo. Quise cerrar los ojos, presa del miedo, cuando Matías dirigió de nuevo la pistola hacia mi persona. Pero no le dio tiempo a apretar el gatillo. Un ruidoso y agudo sonido, que provenía de un claxon, hizo que ambos volviésemos nuestra atención a la carretera.

Y entonces, como si nada, todo acabó.

El coche de Matías colisionó de frente con un enorme camión de mercancías y este casi se lo engulló entero. Frené de forma violenta hasta detenerme en el arcén, salí del coche y, con indecisión, me acerqué unos cuantos metros.

Matías yacía inmóvil. La nariz y la frente le sangraban.

El conductor del camión se aproximó a Matías, en estado de pánico, sujetándose la cabeza con ambas manos.

—¡Llame a una ambulancia! ¡Dese prisa! —me gritó. Yo me mantuve paralizada en el sitio—. ¿A qué está esperando? —volvió a chillar.

Retrocedí en estado de shock, corrí nuevamente hacia mi coche y aunque busqué el móvil en mi bolso, no llamé a ninguna ambulancia.

—Tengo un problema —dije con la respiración agitada.

—¿Qué ha pasado? —inquirió Ramírez con preocupación al otro lado de la línea.

—Matías... Matías me ha encontrado.

—¿Dónde estás? ¿Te encuentras bien? —Sonó alarmado. Oí el inconfundible tintineo de un manojito de llaves.

—Dios mío..., creo que Matías está muerto. —Un gélido escalofrío recorrió mi columna tras terminar de pronunciar aquella frase—. Hemos tenido un accidente de coche. Iba a dispararme, pero, entonces, un camión apareció de la nada y después... —hablé tan rápido que me quedé sin aliento.

—Espérame un momento. —Tardó alrededor de un minuto antes de que volviera a ponerse al teléfono—. Quiero que salgas de ahí ahora mismo. Hemos recibido una llamada de emergencia, y las autoridades van de camino al lugar del accidente. Vete a casa, Amber, y enciértrate hasta que pueda ponerte en contacto contigo. Me haré cargo de todo esto. ¿Me has entendido?

—Sí —respondí, temblorosa, al tiempo que ponía en marcha el motor.

A medida que me fui distanciando, el coche desbaratado de Matías se perdió por el espejo retrovisor hasta que no fue más que un puntito pequeño. Aquella imagen sería una de las más difíciles de borrar.

Estuve en ascuas varias horas esperando la llamada del agente Ramírez, aunque, cuando lo hizo, la única información que pudo facilitarme fue que Matías había sido trasladado al hospital más cercano y que estaba muy grave. No me dio más datos porque su estado era crítico, y los médicos hacían todo lo que estaba en sus manos para salvarle la vida.

Alessandro también me llamó, tal y como había prometido; sin embargo, apenas hablamos. Él sonaba tenso e intranquilo, y yo... yo estaba igual que él. No sabía cómo iba a mirarlo a partir de ese momento, pero esperaba que tanto mi identidad como mi implicación en el fatídico accidente siguieran siendo un misterio.

No pude conciliar el sueño aquella noche en el apartamento. Mi mayor preocupación era conocer el motivo que había llevado a Matías y a Alessandro a reunirse. ¿Acaso Matías estaba al tanto de mis mentiras y pensaba contárselas a Alessandro?, o ¿quizá Khâliq había roto su palabra y también estaba involucrado en el enredo?

Las respuestas a todas esas preguntas serían algo que jamás lograría averiguar.

A la mañana siguiente estuve unas pocas horas con Alessandro antes de escaparme de nuevo al apartamento, con otro lamentable pretexto. Pasé la mayor parte del día encerrada y pude hablar con Ramírez, teniendo la oportunidad de explicarle todos los detalles de la tarde anterior. Él, en cambio, me proporcionó nuevos datos del caso de Matías.

—El conductor del camión no logró ver la matrícula de tu coche. Eso es un punto a nuestro favor. No obstante, la cacería que tuvisteis en pleno Madrid puede que haya sido grabada por las cámaras de seguridad.

—Una noticia buena y otra mala... —suspiré desanimada—. ¿Sabes algo más sobre su diagnóstico?

—Sí, tengo su informe en mis manos. —Se aclaró la garganta antes de proseguir—: Según el parte policial, Matías, en estado crítico, fue sacado de su coche por los bomberos y trasladado al hospital más próximo por los servicios de emergencias. En su ficha médica dice que presenta una fractura nasal, consecuencia directa del fuerte impacto que sufrió contra el volante, y además tiene dificultad para respirar por la nariz. Hay una elevada probabilidad de que pierda algo de sensibilidad en el olfato. Amber, ¿sigues ahí?

—Sí. Continúa, por favor —respondí con calma.

—También tiene un traumatismo craneoencefálico, el cual presenta cierta comprensión cerebral, aunque no hay rotura craneal. El golpe en la cabeza ha sido la causa principal de que haya perdido el conocimiento. Ahora mismo los médicos están controlando de cerca esta área, y se centrarán en realizar estudios repetidos de TC para vigilar el edema vasógeno.

Fruncí el ceño.

—Háblame en cristiano, Ramírez —refunfuñé irritada por no entender nada.

—En otras palabras, la presión intracraneal podría incrementar de manera considerable por el aumento del líquido extracelular. —Arqueé una ceja. Ramírez seguía utilizando términos que yo era incapaz de comprender—. Los médicos están intentando prevenir esto, ya que es lo más peligroso. También tiene varios hematomas en todo el cuerpo y cientos de huesos rotos. Matías necesitará rehabilitación, probablemente, por el resto de su vida.

—Si es que se despierta... —murmuré sin una pizca de compasión. Deseaba que Matías permaneciera en coma.

—Nadie sabe con exactitud si lo conseguirá. Puede tardar días, semanas o, incluso, meses. Pero por cada minuto que Matías siga inconsciente, las secuelas en su cerebro pueden ser de gran importancia. Mortal, inclusive, si no hay actividad cerebral.

—Si Matías llegara a despertar... ¿habría algún efecto nocivo?

—Sí, tales como pérdida de la conciencia de manera progresiva, anisocoria, hemiplejía, que provoca la nulidad de movimiento y sensibilidad en algunas partes del cuerpo, además de otros síntomas como vómitos, amnesia transitoria, etcétera. Aunque Matías recupere el conocimiento, jamás será el mismo de antes.

—No puede hacerlo. Me conoce, Ramírez, sabe quién soy.

—Lo único que podemos hacer es esperar, Amber. Las primeras horas son cruciales en estos casos. Los médicos están tratando de reparar las roturas y así evitar la aparición de hemorragias internas. Por ahora, Matías se encuentra en la unidad de cuidados intensivos y está conectado a una máquina de respiración artificial.

—Si se mejora... —no terminé la frase. No era necesario. Tanto Ramírez como yo sabíamos lo que aquello supondría para mí.

—Paciencia, Amber. Ten paciencia.

Al contrario que el agente Ramírez, yo no tuve tanta paciencia y mucho menos su estoicismo. Sobre todo cuando Matías tuvo una leve mejoría al octavo día de ser ingresado en el hospital. Podía respirar por sí mismo, sin la ayuda de ninguna máquina, y su cerebro no presentaba hinchazón ni hemorragias internas; según las enfermeras, era un milagro. Pero lo peor de todo fue saber, gracias a los continuos cuchicheos de las enfermeras, que Matías estuvo consciente por breves segundos y aunque no logró decir nada, había bastante optimismo respecto a su diagnóstico. Era tal la convicción de que se recuperaría que fue dado de alta en la UCI.

Yo, por supuesto, no estaba tan feliz como ellos; en especial porque conocía de muy buena mano que Alessandro había estado merodeando por el hospital. La posible amnesia transitoria que Matías podría sufrir, debido al fuerte golpe en la cabeza, no conseguía tranquilizarme.

El agente Ramírez y yo quedamos en juntarnos para hablar sobre el asunto. Aquello me daría la oportunidad de exponerle un plan que, aunque estaba decidida a ejecutar, aún no le había contado con pelos y señales. Nos encontrábamos debajo de un puente, lejos de posibles mirones, un lugar apartado de Madrid, ya que por alguna razón Ramírez desconfiaba de los móviles. Su recelo me daba muy mala espina.

Aparqué detrás de su coche y caminé en su dirección. Ramírez se hallaba de pie, con el cuerpo apoyado contra la puerta del conductor, ensimismado en sus pensamientos. Al tenerle cerca, comprendí que yo no era la única que en cierta parte había envejecido en poco tiempo, pues a él también le estaba pasando factura aquel caso policíaco. Tenía el rostro cubierto de arrugas, algunas más profundas que otras, y los ojos más ensombrecidos a causa de las ojeras.

Parecía aún más impasible que meses atrás.

—No disponemos de mucho tiempo —me informó mientras encendía un cigarrillo—. He conseguido que las grabaciones de las cámaras de seguridad estén a salvo. Nadie, excepto otra persona, cuyo nombre no puedo revelar, y yo, conoce de su existencia.

—No suena muy legal... —murmuré con incredulidad—. Gracias.

Nunca pensé que Ramírez sería partidario de saltarse la ley, mucho menos que lo haría por mí. A pesar de ello, debía admitir que, desde nuestro primer encuentro en la comisaría, siempre había tenido la sensación de que él sentía cierta compasión por mi familia.

—No lo es, desde luego.

—¿Qué pasará con Jorge?

—Se acabará enterando. Tenlo por seguro.

Tragué saliva y, a continuación, repetí lo que ya le había dicho en innumerables ocasiones.

—Matías no debe despertar.

Tomó una última calada antes de arrojar el cigarrillo al suelo.

—No está en nuestro poder, Amber. Si no recobra la consciencia, sería un alivio. Sé que no está bien que lo diga, pero así es. No obstante, la vida de Matías es algo que queda fuera de mi jurisdicción. Lo único que podemos hacer es...

—No me sueltes el rollo de las posibles consecuencias y minusvalías que Matías podría sufrir en un futuro —lo interrumpí. Ya habíamos hablado de eso.

Se pasó una mano por el pelo canoso mientras se alejaba un poco de mí; luego, se volteó para mirarme.

—No puedo acompañarte por ese camino. Mi obligación es proteger a los ciudadanos; a todos sin excepción.

—No te estoy pidiendo nada de eso.

Cuando se quedó observándome con ojos arrepentidos, fui yo la que tuvo que apoyarse contra la puerta de su automóvil. De pronto me faltaba el aire.

—Tú no eres como ellos, Amber —declaró con seguridad—. Te arrepentirás.

—No... —Sacudí la cabeza—. No lo haré. Ese hombre que está postrado en la cama..., ese hombre no se merece nada bueno. Ni siquiera mi piedad.

—Aunque quisiera ayudarte en esto, no podría. ¿Lo entiendes, no? Va en contra de mis principios.

—Y aunque quisieras ayudarme, tampoco te lo permitiría. Esto es algo que debo hacer sola.

Ramírez regresó a mi lado; nuestros codos se tocaban con timidez. Respiró hondo y, con la vista clavada en la oxidada estructura del puente, volvió a hablar:

—No quiero que me digas nada más. Será tu secreto, pero nadie debe enterarse. Las consecuencias serían fatales.

—Nadie lo sabrá. Y nadie podrá conectarte conmigo. —Callé por un segundo antes de hacerle una pregunta cuya respuesta necesitaba saber con exactitud—. Si lo hago, ¿me arrestarás? ¿Irás a por mí?

—No. —Arrugó el entrecejo—. No, Amber. Pero esto quedará para siempre en tu conciencia.

—Entonces, que así sea.

Supervivencia. Aquella palabra rondó por mi cabeza durante los siguientes días de la semana; incluso pasé gran parte de mi tiempo leyendo sobre conspiraciones e investigando diferentes teorías. A día de hoy, aún no podría decir por qué hice tal cosa. Quizás lo utilicé como un medio para justificar la próxima acción que pensaba realizar, como si quisiera autoconvencerme de que lo que iba a hacer era lo correcto. Ley de vida, como decían ciertos autores.

No me fue fácil alcanzar la cima de la tranquilidad y mucho menos llegar a tal convencimiento. Todo lo contrario, vomité innumerables veces ante el horrible pensamiento, lo que causó que Alessandro se preocupara bastante por mi estado de ánimo.

Para tener breves instantes de soledad, me escapé en varias ocasiones a mi apartamento y allí, en aquel lúgubre lugar, me permití llorar y compadecerme de mí misma. Estuve sintiéndome culpable durante varios días, hasta que una mañana llegué al punto que tanto ansiaba. Aquello fue como renacer de nuevo. Ya no hubo más lágrimas que derramar o comida que devolver. Ni siquiera remordimientos. Fui capaz de bloquear mis emociones; de apagarme a mí misma como si hubiera presionado un interruptor.

Hacia ciento cincuenta días Amber Montalván tenía una pequeña lista con cosas escritas que nunca haría bajo ningún concepto, pero al verme reflejada fugazmente en las vitrinas de las tiendas más caras de Madrid, supe que tanto mis reglas como yo habíamos cambiado. Mientras caminaba por la acera, pensé en aquellas personas que se encuentran a punto de cometer un crimen. *¿Qué es lo que sienten?*, me pregunté durante todo el trayecto. *¿Sentirán adrenalina? ¿Miedo? ¿Culpabilidad?* En mi caso no sentía nada. Ningún sentimiento, ni el más primario, se manifestó en mi interior.

Doblé a la derecha y, a continuación, subí por un tramo de escaleras, que dirigían a la entrada del edificio que se hallaba frente a mí. Me quedé quieta, mirando con frialdad la ancha apertura acristalada, pero, finalmente, entré en el hospital.

Caminé con tranquilidad por los pasillos, a pesar de que era la primera vez que me encontraba allí. Llegué rápido a la segunda planta. A un par de metros de distancia vi a varias personas llorar desconsoladas, mientras que el médico, que les había dado las malas noticias, se mantenía al margen. En algún otro momento hubiera sentido lástima por ellos, pero en aquel entonces tenía demasiadas cosas en mi mente como para que las miserias ajenas me conmovieran.

Mis pisadas en el suelo blanco impoluto eran precisas, calculadas, programadas, al igual que un robot con una misión. Y en cada ángulo que distinguía una cámara de seguridad, miré hacia abajo, aunque mi melena castaña yacía recogida en un moño estable, escondida gracias a una peluca rubioplata. La capucha de mi sudadera roja y las gafas de montura gruesa sin graduar

ocultaban mis ojos verdes.

Girar a la derecha, a la izquierda, caminar recto. Ejecuté mis esquemas de manera minuciosa. Dejé atrás otra ronda de escaleras y entonces, en lo alto de la pared, leí la placa rectangular que decía «Cuarta planta». Cautelosa, comencé a buscar la habitación de Matías, pero mi trayecto se vio frustrado cuando a lo lejos divisé un grupo de cuatro personas, cerca de la habitación 403. Un hombre, que vestía una bata blanca y sostenía una carpeta del mismo color, hablaba tranquilamente con Alessandro. Marius y Giovanni permanecían inmóviles junto a ellos.

Disimulando, me aparté hasta una esquina y les observé interactuar. El doctor asentía con fervor y gesticulaba como podía con las manos, y, luego, revisó un folio para responder a lo que fuera que le había preguntado Alessandro.

Estaba tan sumida en mi intenso escrutinio que no pude evitar dar un pequeño respingo cuando la puerta del ascensor se abrió de par en par; sobre todo al ser testigo de quién salía abruptamente de allí. Patricio, que lucía agitado y aprisionaba con firmeza un móvil entre sus dedos, se dirigió a una velocidad vertiginosa hacia ellos.

Entorné los ojos. No quería perder detalle del lenguaje corporal de Alessandro. Él, al presenciar la pose rígida de Patricio, se volvió hacia el doctor y este se alejó a una distancia prudente del lugar. Una vez solos, intercambió un par de palabras con Patricio y los demás antes de ir hasta el médico y entregarle una tarjeta; acto seguido, los cuatro corrieron con rapidez y se internaron en el interior del ascensor, sin percatarse de mi presencia oculta.

No tenía ni idea de qué cosa podría haber alterado a aquellos hombres, firmes y duros, pero tampoco poseía tiempo a mi favor para preocuparme por sus movidas. Mi plan debía continuar. Esperé unos cuantos minutos hasta que el pasillo estuvo nuevamente despejado y, a continuación, me desplazé hacia la habitación 403. Incluso con la puerta cerrada el olor a muerte se infiltraba con lentitud en mis fosas nasales. Posé mi mano cubierta con unos guantes de piel en el picaporte y, finalmente, me adentré en el cuarto.

Lo primero que llegó a mis retinas fue el cuerpo de Matías, rodeado de tubos, cables y decenas de máquinas que le hacían compañía. El constante «bip, bip, bip» zumbaba en el aire. Sin vacilaciones me acerqué a él al mismo tiempo que observaba disgustada sus brazos y piernas escayolados; su rostro lleno de contusiones y vendas ensangrentadas. Ni siquiera con su lamentable aspecto Matías conseguía transmitirme un poco de lástima. No sentía nada hacia aquel hombre.

Me volteé hacia un costado y desconecté la alarma del monitor de frecuencia cardíaca; un silencio escalofriante inundó la habitación. El corazón empezó a latirme frenético cuando una pregunta apareció en mi cabeza. *¿Vivir o morir?*, meditaba enmudecida mientras estudiaba con repulsión a Matías; un ser cuyo lenguaje se resumía en dos cosas: la maldad y el salvajismo.

Había llegado la hora. Debía elegir entre él o yo. Su vida o la mía. No tardé nada en decidirme. Lo tenía bastante claro. Por primera vez, en veinticuatro años, opté por ser egoísta. Quitaría y no daría nada a cambio. La existencia de mi familia era más importante que la suya.

Alcé mi mano y, a continuación, tiré de la almohada; al hacerlo, Matías se golpeó la nuca contra el colchón y, como consecuencia, un quejido de dolor escapó de sus labios resecos. Haciendo caso omiso a cualquier sonido que partía de su boca, coloqué la almohada con olor a sudor y a medicinas encima de su cara; justo sobre su nariz. El calor de la sangre avivó mis sentidos. Y, entonces, sin pensármelo demasiado, empujé la almohada con ambas manos, utilizando todas mis fuerzas, adueñándome del aire de sus pulmones.

No podría decir cuántos segundos transcurrieron hasta que el cuerpo de Matías se tornó laxo.

Al notar que una parte de mi pesadilla había concluido, me permití aflojar la presión y acomodé la almohada en la misma posición anterior. Luego revisé que todo estuviera en orden, caminé hacia la puerta y salí de la habitación, sintiéndome tranquila. Llegué al exterior del hospital mucho más rápido de lo que había entrado, pero me sobresalté al escuchar las bulliciosas sirenas de tres ambulancias que acababan de ser estacionadas en la entrada de urgencias, mientras varios médicos de trauma salían a su encuentro. Miré la trágica escena por un breve instante antes de continuar con mi camino.

Me entremezclé con los ciudadanos madrileños y mientras andaba por las calles, tiré los guantes de piel al suelo; por el rabillo del ojo vi a un mendigo quedárselos para sí mismo. No me demoré en alcanzar el portón del edificio, pero antes de echar a correr escaleras arriba, me cercioré de que esta vez nadie me había seguido ni reconocido. Una vez segura de estar a salvo, subí hasta la tercera planta y cerré la puerta del apartamento con llave.

Exhalé un suspiro, largo y profundo, mientras cogía fuerzas para no caerme al suelo. Lo había hecho... Matías estaba muerto.

Sintiéndome extremadamente cansada, me quité la capucha y me dirigí hacia el cuarto de baño. Plantada frente al espejo, me deshice de la peluca y la arrojé al lavabo. El firme y tenso moño comenzó a desmoronarse a medida que fui buscando y sacando las horquillas que sujetaban mi cabello. Lentamente mis mechones, largos y un tanto ondulados, cayeron uno por uno, deslizándose en cascada por mi espalda.

Entonces, cuando hube terminado, clavé mis ojos en mi turbio reflejo a la vez que una pregunta fundamental emigraba de mis labios entreabiertos.

—¿En qué te has convertido?

«En una asesina».

Capítulo 18

Alessandro

—Doctor Domínguez, soy Alessandro Di Lorenzo. Hablamos por teléfono hace tres días. — Me presenté ante él, con la habitación 403 detrás de nosotros.

—Señor Di Lorenzo —extendió su mano y la estrechó con la mía en un cordial saludo—, me alegra que haya venido.

Marius, Giovanni y Patricio se mantuvieron al margen de la conversación, próximos a mí pero a la misma vez lo suficientemente lejos como para no estorbar; sin embargo, el doctor les echó una mirada un tanto hostil y suspicaz.

Miré en la misma dirección que él.

—No se preocupe por ellos. Todos los presentes somos amigos de Matías —le aseguré, con una sonrisa hipócrita dibujada en los labios.

—Bueno, en ese caso, me complace poder darles una pequeña ráfaga de esperanza respecto al estado de salud de Matías. —Abrió una carpeta blanca con las iniciales del hospital y, luego, ojeó un folio antes de proseguir—: En las últimas treinta y seis horas, su amigo ha tenido una leve mejoría. Sin embargo, como supongo que entenderán, su pronóstico todavía es reservado y por lo tanto debemos estar preparados para cualquier noticia, tanto buena como mala. Las lesiones que Matías sufrió en el accidente son mortales en la mayoría de estas situaciones. Su recuperación, en todos los aspectos, será bastante lenta.

—Comprendo... —dije en tono seco—. ¿Hay alguna posibilidad de que despierte pronto?

—No puedo decirle con exactitud cuándo Matías recuperará la conciencia. Es todo cuestión de tiempo.

Gruñí para mis adentros. No tenía tiempo. Necesitaba averiguar lo antes posible qué era lo que Matías había descubierto para mí; por qué puso en peligro su propia seguridad; qué motivo le llevó a querer verme en persona, aun cuando estaba al corriente de que la policía iba tras él.

De pronto la melodía predeterminada del móvil de Patricio empezó a sonar, pero él rechazó la llamada.

—Doctor, si pudiera de... —Fui interrumpido de nuevo por la estúpida canción. Patricio frunció el ceño al mirar la pantalla—. *Contesta de una puta vez* —mascullé en italiano.

Patricio se disculpó con nosotros y, luego, dio media vuelta para atender la llamada fuera del

hospital, ya que la cobertura en la cuarta planta era pésima.

—Alessandro, sé que le preocupa la recuperación de Matías. Pero déjeme decirle que hay bastante optimismo entre los médicos. —Volvió a echar un vistazo al mismo folio de antes y, a continuación, continuó hablando—: Sus constantes son normales. No ha habido ninguna hemorragia interna y la hinchazón craneal está controlada. Ambas cosas son estupendas noticias...

Dejé de escuchar su efusivo discursito porque a mí me daba igual el optimismo, la hinchazón o la madre que lo parió. Solo me interesaba saber la información que Matías tenía en su poder y no podía proporcionarme porque estaba en coma.

—Qué noticias tan fabulosas —murmuré intentando no sonar demasiado sarcástico.

El doctor iba a seguir dándome la charla, pero, justo en ese momento, Patricio regresó a nuestro lado. Supe que algo iba mal en cuanto le vi caminar a paso rápido, con una expresión facial que no me gustó nada. Y aunque no le pregunté qué sucedía, era obvio que había ocurrido algo siniestro.

—Si me disculpa —le dije. El doctor asintió y se alejó, obediente, hasta la pared opuesta—. ¿Qué pasa?

Patricio apretó la mandíbula a la vez que abría y cerraba las manos, lo que causó que los músculos de sus bíceps se tensaran. Yo conocía muy bien ese gesto. Patricio quería darle de hostias a alguien.

—Ha habido un tiroteo en el Charlotte —apenas terminó la frase, los cuerpos de Marius y Giovanni se pusieron rígidos y aunque el mío siguió estando relajado, estuve a punto de entrar en cólera—. Hay tres muertos, por lo menos. Uno de ellos es Mariano.

Marius, quien tenía un gran aprecio a Mariano, comenzó a mascullar improperios en voz alta, llamando la atención de enfermeras, pacientes y familiares que esperaban enmudecidos en los pasillos.

—Cálmate, no es el momento —le advertí poniendo mi mano sobre su hombro. A continuación, volví la vista hacia Patricio—. ¿Quién? —pregunté, aunque intuía la respuesta.

—Nadie lo sabe con seguridad, pero cuando hablé con Damián, para tranquilizarlo por la muerte de su tío, me dijo que vio el tatuaje de un demonio en el brazo de uno de los hombres que está implicado en el tiroteo. —Calló por un momento para luego añadir lo que ya sospechábamos todos—: Los mexicanos han vengado la muerte de Margarita.

Cerré los ojos en un intento por tranquilizarme, porque si no lo hacía, estaba convencido de que cometería alguna locura. Abrí los ojos de nuevo, respiré hondo y, a continuación, me dirigí hacia el doctor, que nos miraba con una expresión llena de desconcierto.

—Siento la espera. Me ha surgido una emergencia. —Metí la mano en el bolsillo de mi cazadora negra y le entregué una tarjeta—. Este es mi número de teléfono. No dude en llamarme si Matías se despierta.

—Por supuesto —musitó mirando la tarjeta por delante y por detrás. Volvimos a apretar nuestras manos a modo de despedida y sin decir más, los cuatro nos apresuramos a correr hacia el ascensor.

—¡Joder! —gruñó Giovanni, enfurecido, golpeando repetidas veces la pared de cristal mientras el elevador descendía hasta el *parking* privado.

Las puertas del ascensor no tardaron en abrirse de nuevo y cuando lo hicieron, salimos con prontitud hacia los automóviles, que esperaban impacientes a ser conducidos hasta el Charlotte; *un lugar donde he reído..., donde me he cabreado hasta casi perder la razón.*

Sacudí la cabeza. Ahora mismo no podía pensar así. Tenía que mantener la calma, la poca que me quedaba, y llegar al bar para saber cuán grave era la situación. Necesitaba saber cuánta gente se encontraba herida por causas ajenas a ellos, porque todo aquello era por nuestra culpa. O, mejor dicho, por mi culpa. Los empleados del Charlotte eran personas honradas. Jamás habíar estado involucrados en mis mierdas.

Conduje a una velocidad superior a la permitida, de modo que después de quince minutos detuve el coche en medio de la calle cortada al tráfico. Varias ambulancias se hallaban paradas fuera del local. Médicos, periodistas y policías eran los nuevos clientes del restaurante.

Salí al exterior. Aunque la brisa de la tarde era un tanto fresca, las mejillas me ardían debido a la rabia contenida. Ignoré las ganas de aniquilar a todo aquel que se atreviera a obstaculizarme el paso y, enseguida, me dispuse a caminar sin esperar a los demás.

—¡Oiga, usted, no puede pasar! —masculló un policía, que me detuvo a mitad de camino.

—Soy el dueño de este local, así que hazte a un lado. —Él permaneció inmóvil—. Apártate o te aparto —gruñí a un milímetro de su cara.

El policía no se acobardó. Al contrario, me sujetó por el brazo cuando intenté llegar hasta la entrada. Y yo, en respuesta, le di un fuerte empujón en el pecho. Varios agentes de policía, al presenciar nuestro violento intercambio, se acercaron a la vez que gritaban órdenes y amenazas. Tal reacción causó que mis propios hombres se colocaran al frente, listos para pelear.

—Dejadles pasar —demandó una voz tras ellos.

El agente Ramírez caminó con lentitud, hasta situarse delante de nosotros, mientras me miraba con una ceja en alto, con la mano izquierda sobre la culata de su pistola que tenía sujeta a la cinturilla del pantalón. Aquello era, en toda regla, una advertencia silenciosa.

La cuadrilla de la que estaba al mando, con cara de pocos amigos y aceptando la orden a regañadientes, se dispersó en un grupo de dos y, luego, siguieron precintando e inspeccionando la zona.

—¿Qué coño haces tú aquí? —le pregunté, iracundo, a la vez que nos encaminábamos hacia el porche.

Ramírez me lanzó una mirada desdeñosa, curvando los labios en una mueca burlesca.

—Mi campo es el crimen organizado y aunque te pese, debo estar en este lugar.

Estuve a punto de abrir la puerta de la entrada, pero esta se abrió de golpe cuando dos médicos trasladaban en una camilla a una mujer, de unos treinta y pocos años, hacia una de las ambulancias. Reconocí al instante a aquella alegre y simpática joven. Era Mónica. La antes vivaz y parlanchina puertorriqueña estaba apagada. Solo las grandes contusiones que tenía en el rostro ofrecían algo de color a sus mejillas. Sus labios, de un rojo natural, estaban ocultos con una mascarilla de oxígeno. Y el blanco resplandeciente de su camisa había sido reemplazado por decenas de irregulares manchas de sangre.

Verla de ese modo hizo que quisiera matar a alguien. No, aquello no era cierto. Quería matar a Luis Reyes.

Tomé una profunda bocanada de aire y, a continuación, me interné en el local, pero con lo único que me topé fue con más policías y, cómo no, con más médicos. A un lado de la barra se hallaba un cuerpo, de mediana estatura y un poco entrado en kilos, tapado con una sábana blanca. Y también un muchacho, no muy lejos de allí, que se abrazaba las rodillas en el suelo.

Caminé en su dirección y me puse en cuclillas frente a Damián, el sobrino de Mariano.

—No hemos terminado con el interrogatorio —me informó una mujer con expresión enfadada. La miré por un segundo y, después, volví a volcar mi atención en Damián. Pero ella no se dio por

vencida—. Soy la inspectora Saavedra. Ahora, señor, si es tan amable apártese y déjenos hacer nuestro trabajo. Le aseguro que esto finalizará pronto si usted colabora.

Harto de la situación en sí, me puse de pie para estar a la misma altura que ella. O, mejor dicho, para hacerla sentir frágil y pequeña.

—Este chico ha tenido suficiente por hoy.

La inspectora abrió la boca para protestar, pero, justo en ese instante, uno de sus ayudantes apareció a su lado.

—Inspectora Saavedra, la necesitan en la cocina. Han encontrado algo.

La mujer me estudió en silencio, como si estuviera prometiéndome con los ojos que esto no había terminado, antes de marcharse con su ayudante.

—Hay dos cuerpos más en la cocina. —La voz temblorosa de Damián me retornó al presente—. Mariano... Mariano intentó... ¡Dios mío, no puedo creerlo!

Se tapó la cara y comenzó a sollozar otra vez, desconsolado. El agente Ramírez, que no había perdido detalle de nada, carraspeó para atraer mi atención.

—Tú y yo sabemos que no te faltan enemigos, y es evidente que alguien está más que cabreado contigo, pero ¿sospechas quién o quiénes podrían ser los autores de este crimen?

Exhalé un suspiro de agotamiento y observé de reojo a Marius, que preguntaba por los heridos, mientras que Giovanni y Patricio hacían las llamadas pertinentes a los familiares de las víctimas.

—No —contesté en tono gélido, sosteniéndole la mirada—. No tengo la más remota idea.

—¿Estás seguro? —insistió.

Debía admitir que Ernesto Ramírez era un hombre inteligente, pues examinaba todo de manera minuciosa y veía más allá de lo que sus ojos le permitían ver. Aquel hombre percibía el interior de las personas. Pero incluso con sus diestras habilidades nunca podría progresar como policía, ya que no era más que otro perrito faldero de Jorge Gómez.

—¿Y tú?

No se inmutó ante mi pregunta, ni cambió la expresión impasible que decoraba su rostro. Su mirada era fría como el hielo. Lo único que me indicó que mi interrogativa le había molestado fue el leve temblor que torció una de las comisuras de su boca.

—Si lo supiera, no te lo estaría preguntando —respondió con tirantez.

—Bien. Entonces, ya sabes lo que tienes que hacer —gruñí a punto de perder los papeles—. Investiga o haz lo que sea que hagas. Y vete de una jodida vez de aquí.

Le di la espalda y, sin perder más tiempo del que ya había malgastado, levanté a Damián del suelo para llevarlo hasta el área del restaurante. Con un gesto silencioso le indiqué que se sentara en una silla mientras tanto yo encendía un cigarrillo. Di una larga y lenta calada en un intento por apaciguar mi irritación. El odio y el rencor, dos sentimientos con los que siempre había convivido, burbujearon dentro de mí y amenazaron con salir a la superficie.

Aguardé en silencio durante varios minutos, a pesar de que la paciencia no era lo mío, hasta que Damián se serenó. Me estaba sentando en la silla más próxima a él cuando Patricio entró en la sala, con un vaso de agua. Lo colocó cerca del muchacho.

—Los demás se están encargando de todo —murmuró Patricio. Asentí con la cabeza, sin ánimos de hablar—. Mónica está en la sala de operaciones en estos momentos. Puede que no lo consiga. La bala le ocasionó una lesión grave en el hígado.

—Que los gastos se carguen a mi cuenta —dije mientras dejaba el cigarrillo sobre el cenicero—. Quiero que todos tengan los mejores tratamientos y cuidados.

—Lo saben. Nos llamarán apenas Mónica salga del quirófano.

Volví a asentir y, a continuación, me aclaré la garganta antes de dirigirme al chico asustado que se hallaba frente a mí.

—Damián, necesito que me cuentes todo lo que pasó.

Él, tras tomar un último sorbo, situó el vaso en la mesa y dejó ambas manos encima de la madera, con la mirada fija en el agua restante.

—Eran seis hombres armados... —Se estremeció al hablar—. Lo primero que hizo uno de ellos apenas entró en el bar fue preguntar por usted, señor, pero nosotros no le respondimos, dado que no sabíamos quiénes eran ni dónde estaba usted en aquel momento. —Las manos le temblaron—. Ante nuestro silencio él se enfadó bastante y, entonces, comenzó a disparar hacia el techo... La gente entró en pánico. Todos corrieron despavoridos hacia la salida, lo que provocó que aquel hombre siguiera disparando más por diversión que por otra cosa. Al cabo de unos segundos, volvió a preguntarnos por usted, pero, justo en ese preciso momento, Mónica salió del área del restaurante para saber por qué había tanto alboroto...

Damián negó con la cabeza.

—Respira hondo y continúa con calma.

—Fue hacia Mónica con paso decidido y la zarandeó tirándole del pelo mientras le hacía preguntas a gritos. Ella, aterrada, le juró que usted no se encontraba en el local y que la última vez que le había visto había sido al mediodía. También añadió que nadie sabía con seguridad si usted volvería más tarde.

» De repente, y sin ningún motivo, la abofeteó varias veces con infinita crueldad. Mónica comenzó a llorar y los otros hombres se rieron de su llanto. Mariano, que estaba oculto conmigo detrás de la barra, no aguantó más y se dirigió hacia él. No recuerdo muy bien qué sucedió después. Solo sé que hubo un fuerte forcejeo y que luego todo se quedó en silencio. Pero el sonido de dos disparos me hizo reaccionar y, entonces..., entonces supe que algo terrible había sucedido. Pero aquello no fue lo peor... Lo peor fue cuando alcé la cabeza... y le vi ahí... Mi tío yacía en el suelo con un agujero en la frente, con Mónica a su lado, desangrándose poco a poco.

Una vez que Damián terminó de hablar, fijé la mirada en el cenicero. Mariano no se merecía una muerte como esa. Él era un hombre bueno, un trabajador que siempre había querido lo mejor para su sobrino; una persona que, a pesar de que sabía a lo que yo me dedicaba, únicamente le importó mi comportamiento con él y con los suyos. Nunca hizo preguntas impertinentes ni tuvo reproches hacia ninguno de nosotros.

—Fui un cobarde. —Al oír a Damián, clavé los ojos en él otra vez—. Me quedé detrás de la barra, dejándoles a su suerte. Tampoco me moví cuando escuché bramidos atronadores, llantos y más disparos en la cocina. —Se humedeció los labios y, a continuación, prosiguió—: Recuerdo que... que tenía los ojos cerrados, pero recibí un golpe tan potente en la cabeza que me hizo abrirlos del dolor. Él estaba frente a mí. Aquel hombre... me exigió hacerle saber que iría a por usted; que le buscaría para matarlo con sus propias manos.

» Después, como si nada, me preguntó si conocía su nombre. Yo le respondí que no. Como si hubiera esperado mi respuesta, se sacó la camiseta por la cabeza y mostró sus tatuajes con orgullo. En el pecho tenía un cráneo enorme partido en dos y en la espalda, un paisaje en llamas. Pero esas siniestras imágenes no eran las más abominables, pues sus brazos estaban tatuados con horribles retratos de caras demoniacas. Me quedé atónito. Fue en aquel instante cuando volvió a preguntarme si todavía no le había reconocido, pero no me dio tiempo a responder; en cambio, gruñó en mi dirección: «Dile al hijo de puta de tu jefe que el demonio lo está buscando». —

Damián pestañeó un par de veces, como si acabara de despertar de una ensoñación—. Lo siento, señor —murmuró avergonzado.

—No pasa nada.

—Entonces son ellos. El cartel mexicano —confirmó Patricio rascándose la barbilla—. ¿Por qué han tardado tanto en venir? No tiene sentido.

—Yo me hago la misma pregunta... —confesé con el ceño fruncido—. Damián, vete a casa. Tendré a dos personas vigilándote. No debes tener miedo. Te mantendré a salvo.

Asintió con una brusca y temblorosa sacudida, se puso de pie y, tras despedirse con educación, se marchó.

—Algo no va bien —recapacité en voz alta.

—Quizás los mexicanos no sabían de la existencia del Charlotte. Hasta ahora. —Alzó una ceja—. Sospecho que alguien está ayudando a Luis; alguien que quiere verte muerto.

El problema era que muchos querían verme bajo tierra. Me quedé en silencio por unos segundos, atando cabos en mi mente.

—Voy a matar a Khâliq... ¡Ese maldito hijo de perra! —rezongué con rabia.

—¿Por qué estás tan seguro de que Khâliq es el chivato?

Lo miré como si fuera idiota.

—Debes de estar bromeando... —Continuó mirándome con frialdad—. Matías ha tenido un accidente justo cuando había conseguido información sobre Khâliq; la información que necesitamos para confirmar que está colaborando con otras bandas. Y ahora ocurre esto en el bar. Joder, Patricio, ¿cuántas pruebas más necesitas?

—No sabemos si la información que Matías necesitaba darnos se trataba, en realidad, de Khâliq; aquello no fueron más que meras conjeturas. Acepto que Khâliq es un traidor, pero estoy bastante seguro de que hay alguien más detrás de todo esto..., y sabes muy bien que no me fío de ella. La verdad es que nunca lo he hecho. Desde el primer momento que decidiste echarle más que un mísero polvo, supe que algo iría mal.

—Ella... —resoplé con incredulidad, sin poderme creer que volviéramos a tocar el mismo tema de siempre—. Deja de meterla en nuestros asuntos. ¿Sabes? Estoy de tus recelos hasta la mismísima polla. Amber no te ha dado ninguna jodida razón para ganarse tu desconfianza.

—Claro que sí —contrató. Patricio nunca se rendía con facilidad—, pero estás demasiado ciego como para darte cuenta.

Sacudí la cabeza.

—Amber no es una traidora —declaré, convencido—. No me está mintiendo. Ni a mí ni a nadie.

—No dudo de que a esa chiquilla le gustes. Está claro que Amber disfruta de tener tu polla dentro de su coño —dijo en tono mordaz—. Pero deberías fijarte en sus ojos y no me refiero a cuando te está mirando, sino a cuando no lo está haciendo. Créeme. Amber observa cada rincón de tu casa, como si estuviera buscando algo. No me preguntes el qué, porque todavía no he podido averiguarlo.

—Te equivocas —repuse—. El único impostor en esta historia es Khâliq, pero ese mamón tendrá que esperar su turno. Ahora mismo nuestro objetivo es el cartel mexicano. —Me eché hacia atrás para apoyar mi espalda, tensa, en el respaldo de la silla—. Quienquiera que haya visto a esos hijos de puta, o sepa dónde están escondidos, tendrá una recompensa de lo más generosa. Haz correr la voz. Quiero a Luis Reyes muerto a mis pies y lo quiero ya.

Asintió, taciturno, no teniendo más remedio que aceptar mi decisión.

—Me pondré en contacto con Camilo y los demás.

—Yo iré a casa. Llámame en cuanto sepas algo.

Me levanté del asiento y di media vuelta, pero me cortó el paso.

—Viendo como están las cosas, no creo que sea conveniente que nos separemos. Si Khâliq y Amber —añadió a pesar de mi malhumor— no son los chivatos, entonces hay otro cuya existencia desconocemos, lo que significa que Luis y su equipo sabrán en qué lugares poder encontrarte.

Aunque me molestaba tener que admitirlo, Patricio estaba en lo cierto.

—Está bien. Dile a Marius y a Giovanni que en quince minutos nos reuniremos en mi casa.

Patricio terminó la llamada que había recibido y regresó con nosotros.

—La gitana acaba de ver seis coches sospechosos a veintitrés kilómetros siguiendo la carretera sureste.

En las últimas dos horas habíamos recibido treinta y dos llamadas de personas proporcionándonos información sobre el posible paradero de Luis Reyes, aunque la mayoría de esos datos no tenían ningún fundamento. El estar ciento veinte minutos sin hacer nada, sintiéndome un inútil, me estaba frustrando en lo más profundo. Tan solo esperando que un milagro ocurriera e iluminara un poco el turbio panorama. Pero, por desgracia, yo no creía en los milagros.

Apoyé los codos en la superficie de la mesa del salón comedor. Si la gitana no nos estaba mintiendo, entonces eso quería decir que los mexicanos se estaban alejando de Madrid. Estaban huyendo. Pero nadie podía asegurarnos de que aquello no era otro truco desesperado por conseguir los cien mil euros de recompensa.

Nuestra última esperanza para encontrar a Luis recaía en Camilo.

—¿Qué pasa con Camilo? —preguntó Giovanni, situado a mi lado, como si me hubiera leído el pensamiento.

—Pidió quince minutos más. No debería de tardar mucho —contestó Patricio y, a continuación, acomodó el móvil en la mesa. Cuatro pares de ojos se quedaron fijos en el aparato.

Estábamos tan concentrados que todos, sin excepción, dimos un respingo al oír el timbre bramando por la casa. Abruptamente nos pusimos de pie a la vez que sacábamos nuestros revólveres, ya que no esperábamos visitas. Y además era muy extraño que alguien hubiera podido burlar la gigantesca valla de hierro por la cual no se podía acceder sin autorización previa.

Patricio se acercó de modo sigiloso hasta el ventanal y apartó despacio la cortina, mientras yo echaba un vistazo por la mirilla. Un rostro pálido y asustado miraba hacia todas partes y aguardaba, con notoria impaciencia, a que alguien le permitiera la entrada.

—Guardad las armas —ordené en voz baja. Una vez que todos obedecieron, abrí la puerta y, acto seguido, Amber se abalanzó sobre mí—. Hey, ¿qué pasa? —pregunté sorprendido.

—¡Estás bien! —exclamó con evidente alivio y, a continuación, se alejó para examinarme—. Fui al bar en cuanto vi las noticias y allí me encontré con... ¡Dios Santo! —Me achuchó y ocultó su cara en mi cuello.

—Tranquila, estoy bien. —Le levanté el mentón con una mano y, con firmeza, repetí—: Estoy bien.

Justo en ese instante el móvil de Patricio comenzó a vibrar. Era Camilo.

—Vete a casa, Amber —murmuré mientras miraba a Patricio por el rabillo del ojo.

—Ven conmigo —me pidió con voz afligida.

Por un instante quise decirle que sí. Por un maldito instante incluso deseé que toda esta mierda de vida no fuera la mía.

—Tienes que marcharte —repliqué a pesar de que quería escaparme muy lejos con ella. Pero no era el momento para sentimentalismos. Necesitaba todos los pensamientos hostiles y perversos a mi lado. Necesitaba cualquier cosa menos a Amber en mi cabeza.

—¿Tendrás cuidado, verdad? Promételo.

La pregunta me desconcertó.

—Te lo prometo —respondí sin mucha convicción.

—¿Me llamarás después?

Patricio se aproximó a nosotros y asintió con un conciso movimiento de cabeza, confirmándome sin palabras que ya teníamos la localización exacta del cartel mexicano.

—No lo sé —admití.

Amber tragó saliva con fuerza. Me quedé absorto contemplándola; viendo cómo el verde intenso de sus ojos era reemplazado por lágrimas no derramadas.

—¿Puedo quedarme aquí hasta que regreses?

Esa era exactamente la cuestión del millón. No sabía con seguridad si iba a regresar. Patricio me agarró por el codo, como si intuyera mi contestación, pero le interrumpí antes de que siquiera pudiera expresar su descontento.

—*Cierra y bloquea todas y cada una de las puertas* —le ordené en italiano.

Sin esperar una respuesta ni una confirmación, entrelacé mis dedos con los de Amber y la llevé conmigo hasta la sala de estar.

—Espérame aquí. —Salí de la habitación para ir hacia la biblioteca. Cogí tres libros al azar, deseando que alguno de ellos fuera de su agrado, antes de cerrar la puerta con llave. Después retorné a la sala de estar, dejé los libros en el sofá y me volví hacia ella—. No sé cuándo voy a volver, pero lo haré —le dije al ver su mirada turbada a causa de la preocupación.

—Eso espero. —Sonrió con tristeza—. Confío en ti.

Sin poder evitarlo me arrimé a ella para oler e impregnarme del aroma dulzón que desprendía su sedosa melena. Le acaricié las mejillas y mi piel ardiente junto a la suya, suave y fría, crearon un especial y mágico contraste. Algo similar a una quemazón eléctrica se extendió por las yemas de mis dedos, pero, aun así, no pude parar de tocarla. De sentirla. De adorarla.

—Me alegra saberlo —susurré muy cerca de sus labios entreabiertos—, porque yo también confío en ti.

En el fondo lo hacía. Confiaba en ella. Y aunque no tenía tiempo para ese tipo de chorradas, me concedí un minuto para besarla despacio, sin apuros, saboreándola como no lo había hecho en todos estos meses. Permití que mis manos acariciaran sus curvas, sutiles y delicadas como ella; que mi lengua se saciara de su sabor. Pero a pesar de que estaba más que conforme con el beso..., sentí miedo. Me atemorizó la manera en que Amber me hacía sentir.

Libre.

Vivo.

Me separé de ella, con el corazón latiéndome a mil, y le di un último beso; en la frente. Necesitaba alejarme de allí. Las emociones que experimentaba junto a ella eran abrumadoras.

Abrió la boca, quizás para decir algo que ya me había dicho antes; algo que yo había ignorado porque no aceptaba que nadie me quisiera de ninguna forma. Pero di media vuelta y, sin

mirar atrás, caminé hacia la puerta principal.

Los dos Nissan 4x4 estaban preparados y listos para ir al escondite de Luis Reyes. Me senté en el asiento del conductor y Patricio, sentado en el asiento del copiloto, empezó a contarme todo lo que Camilo había descubierto. Según él, Luis se encontraba a cuarenta y cinco minutos de Madrid, en una fábrica de muebles. La policía tenía órdenes expresas de no intervenir y, también, de dejar de trabajar en la investigación del tiroteo. El caso quedaba suspendido hasta nuevo aviso.

Durante todo ese tiempo Jorge Gómez nos había preparado una encerrona, ansiando que nuestro encuentro con los mexicanos acabara en una masacre en la cual solo las fuerzas y cuerpos de policía saldrían victoriosos de ella. Por lo tanto, mientras nosotros íbamos de camino a la fábrica, los agentes en la comisaría estaban volviéndose locos por culpa de nuestros contactos, quienes realizaban múltiples llamadas para comunicarles sobre un nuevo paradero de Luis Reyes. Aquella información era completamente falsa, pero, por lo menos, los hombres de Jorge Gómez ya no nos pisarían los talones. Al contrario, me brindaría un tiempo ideal para despistar a las patrullas, puesto que ellos irían en una dirección y nosotros en la opuesta.

No podía negarlo. Me enfurecía que la policía no quisiera hacer justicia a las tres muertes que Luis Reyes había dejado en el Charlotte, aunque tampoco me sorprendía mucho ese tipo de acciones de parte de Jorge. Hacía años que se había propuesto a sí mismo un objetivo, y poco o nada le importaba el número de bajas en los suyos o en los civiles. Lo único que él anhelaba con todas sus fuerzas era atraparme. Las muertes de otros, como le decía a Camilo, eran meros daños colaterales.

En menos de cuarenta minutos llegamos a la fábrica de muebles. Dejamos los coches aparcados en la parte trasera y nos dirigimos hacia una puerta abierta; allí, varios trabajadores cargaban y descargaban mercancía. Los camiones y los remolques permanecían inmóviles en las proximidades.

Los empleados, lejos de asombrarse al vernos, siguieron en sus puestos mientras nosotros entrábamos en el interior de la fábrica. No percibimos nada fuera de lo común en la primera planta, así que seguimos avanzando hasta llegar a una segunda entrada, la cual estaba cubierta por un enorme y grueso trozo de plástico transparente. Aquella habitación estaba repleta de hombres, que llevaban un horrible y ridículo casco amarillo sobre sus cabezas y cortaban láminas de madera utilizando maquinaria especial para ello.

Todo parecía normal y tranquilo..., excepto por la bala que atravesó un paquete listo para ser transportado a uno de los camiones; un paquete que se encontraba a escasos centímetros de mi cabeza. Tan cerca que pude escuchar el zumbido de la bala pasando por mi lado.

Nos agachamos con brusquedad, con los bloques de madera sirviéndonos de escudo. Dos hombres, vestidos de negro y con pistola en mano, subían veloces las escaleras que daban al segundo piso y se detenían para disparar en nuestra dirección. Me levanté un par de centímetros, lo suficiente para tener un plano perfecto, y apreté el gatillo. La bala salió directa hacia el pecho de uno de ellos; fue tal el impacto que le hizo caer los ocho metros de altura que separaban una planta de la otra.

Los trabajadores, al oír el estridente tiroteo, abandonaron sus puestos empujándose unos a otros para alcanzar la salida más próxima, cediendo la fábrica de muebles a cinco mexicanos y a cuatro italianos sedientos de sangre.

Otros dos hombres aparecieron en el umbral, a nuestra izquierda. Apoyé la espalda en el bloque, recargué las balas y, a continuación, me alcé para disparar. Pero no llegué a hacerlo.

Reconocí al instante a Luis Reyes, en lo alto de la segunda planta, sonriendo de oreja a oreja. Y aunque sabía que intentaba provocarme, no pude evitar sentir unas ganas enormes de correr escaleras arriba.

—Ni se te ocurra —gruñó Patricio cerca de mi oído, previendo mi siguiente movimiento. Tenía la frente arrugada por la concentración y espesas gotas de sudor resbalaban por sus sienes.

Le di un conciso apretón en el antebrazo.

—Tendrás que cubrirme.

Sin darle tiempo a replicar, caminé medio agachado, sorteando las cientos de balas que iban por ahí y por allá. Eché un último vistazo a Luis y le ofrecí mi mirada más asesina. Él sonrió otra vez y, a continuación, desapareció por completo.

Marius, Giovanni y Patricio se batían en un interminable duelo contra tres mexicanos; el último de ellos, que se había unido a su grupo, sostenía una metralleta. Bloqueé cualquier pensamiento y, sin más miramientos, ascendí a pasos agigantados por las escaleras. Entonces, cuando solo me faltaban cuatro peldaños, sentí un agudo escozor en el hombro izquierdo. Pero el dolor no fue suficiente para detenerme.

Me refugié entre planchas de madera. Allí, oculto, hice un rápido cálculo mental: había tres mexicanos abajo y uno ya había muerto, lo que significaba que Luis y otro más estaban en alguna parte de esta amplia y semiiluminada planta.

Me moví con discreción, con los cinco sentidos en alerta, tratando de divisar cualquier movimiento. Crucé y escudriñé los rincones y todas las esquinas, sin ningún propósito más que el de matar a mis adversarios. Por el rabillo del ojo percibí una figura moverse de un bloque a otro; comencé a seguirle el rastro, pero al llegar a la supuesta localización no hallé nada. Entonces, de imprevisto, dos balas aterrizaron tan cerca de mi cuerpo que casi rozaron mi mejilla y mi pierna derecha. Me agaché con rapidez, permanecí de rodillas delante de una máquina enorme y cuando miré al frente, advertí la fornida silueta de Luis Reyes a unos siete metros de distancia.

El sonido de las municiones que tintineaban al caer en el suelo de la planta baja ahora se entremezclaba con la del piso superior.

—¡Estás acabado, italiano de mierda! —gritó enfurecido desde su escondite—. ¡Sal y pelea como un hombre!

Luis volvió a disparar a ciegas, causando varios desperfectos a una pila de madera envuelta en material sintético. Me moví sin que se diera cuenta mientras tanto él seguía en sus trece, bramando palabras incoherentes y disparando en todas direcciones.

Desde mi posición tenía un ángulo ideal de su mano derecha, que empuñaba una pistola semiautomática calibre FN 5.7. Apunté hacia su mano con la mía, mi implacable *Beretta* de nueve milímetros, y, a continuación, disparé.

El proyectil le atravesó feroz la carne; la sangre comenzó a salir a borbotones. Lanzando un ensordecedor alarido de dolor, soltó la pistola y esta cayó al suelo de hormigón.

Ofuscado por la ira y el sentimiento de pérdida, corrí veloz hacia él y lo agarré de la camiseta para estampar su cuerpo, más corpulento que el mío, contra una pared. Le propiné violentos e impetuosos puñetazos en las costillas y en el rostro.

Quería que Luis Reyes sufriera, que con cada golpe sintiera dolor, ya que pegarle un tiro en la cabeza sería demasiado fácil. Y por la forma en que se defendía, intuí que él deseaba hacerme lo mismo.

Levantó la rodilla y la clavó en mi estómago; sin perder tiempo desplazó su puño rígido hacia mi mejilla izquierda, manchando en el acto mi piel con su sangre. Me tambaleé un segundo y, a

continuación, utilizando todas mis fuerzas le di un cabezazo en la nariz, la cual crujió con un sonido sordo. Volví a abalanzarme sobre él. Ambos caímos y rodamos por el suelo mientras un hilillo de sangre se deslizaba por mi ceja izquierda. El pómulo ya se me estaba hinchando y el hombro me ardía en carne viva.

Pero Luis Reyes, el proclamado «Rompe huesos», estaba en peores condiciones. Fijé mi mirada en la suya y me aseguré de que recibiera la paliza más grande de toda su jodida vida. Le asesté un golpe, otro y otro más en la cara y, como consecuencia, se le quebró un diente frontal.

Estaba tan enrabiado, tan centrado en vengarme, que no recordé al sexto y último mexicano que aún se hallaba escondido hasta que un cable bastante grueso rodeó mi cuello y tiró de mí con ímpetu. Sentí la cuerda de plástico penetrarse en la piel de mi garganta, mientras yo peleaba contra mi propia fortaleza para mantener el agarre en mi revólver. No veía demasiado bien como para disparar a ningún sitio, así que con la mano libre probé a disminuir la presión del cable. Pero fue una tarea inútil.

A sabiendas de que estaba en ventaja, Luis se puso de pie, aprovechando la valiosa oportunidad, y me atizó una entusiasta patada en el estómago. Me doblé sobre mí mismo a causa del dolor, pero no me rendí. Sacando energías de donde no las había, dirigí mi puño directo hacia su rostro, pero mis dedos flaquearon y soltaron mi arma, dejándome desprotegido. Antes de que alguno de los dos demonios pudiera reaccionar, pateé la pistola con frenesí para alejarla varios metros de nosotros. Ninguno de los dos perdió tiempo en ir a buscar el revólver. Ni tampoco usaron los suyos; en cambio, continuaron apaleando mi cuerpo. Y yo seguí defendiéndome de cualquier modo posible, aunque sabía que muy pronto acabaría desistiendo. Mi entereza física se encontraba en las últimas. Me faltaba el aliento. Iba a perder el conocimiento. Lo notaba por la pesadez que sentía en los párpados, por la insensibilidad en los músculos debido a los constantes puñetazos, por el escaso oxígeno que llegaba a mis pulmones.

Estaba a punto de desmayarme cuando, de la nada, el aire regresó a mí tras oír tres ensordecedores disparos. Patricio apareció en mi campo periférico, derribando al hijo de puta del cable con tres balas en el lugar preciso. Luis, al verse acorralado, me dio un empujón antes de echar a correr, pero Patricio fue más rápido y le impidió el paso.

Me puse de pie a la vez que miraba a Patricio, agradeciéndole con los ojos que me hubiera salvado la vida... otra vez.

—¿Adónde crees que vas? —le preguntó a Luis.

—No me matéis —dijo con los ojos muy abiertos. Aquello era una súplica, pero, aun así, su voz sonó seca y firme—. Puedo ayudaros.

—Quédate quieto. —Lo lancé contra una pared y, a continuación, coloqué mi antebrazo sobre su garganta.

Luis ahogó un gemido lastimero.

—¿Cómo una insignificante mierda como tú podría sernos de ayuda? —le preguntó Patricio en tono sarcástico, señalando con el dedo índice su agujereada y ensangrentada mano.

El líder del cartel mexicano sería incapaz de volver a empuñar una pistola, a no ser que aprendiera a sujetarla con la mano izquierda.

—No todos son vuestros aliados, aunque las apariencias digan lo contrario —habló a toda velocidad—. Él ha estado trabajando para nosotros desde hace varias semanas. Pretende apuñalaros por la espalda.

Supe a quién se refería Luis, a pesar de que no había dicho ningún nombre. Era obvio. Mis sospechas eran ciertas. Khâliq Salim tenía tratos clandestinos con otras cuadrillas rivales.

—Dinos algo que no sepamos —exigió Patricio.

—Quiere deshacerse de ti. —Me apuntó con la barbilla y escupió sangre por la boca antes de continuar—: Te matará después de que cierre un pacto de gran magnitud. Ahora dejadme libre.

Miré a Patricio. Ambos sabíamos de la existencia de ese trato. Luis Reyes estaba diciendo la verdad.

Di un paso hacia atrás y afirmé una vez con la cabeza.

—Gracias —suspiró Luis, aliviado.

Luis no previó que Patricio le apuntaría a la cabeza y dispararía la última bala que le quedaba. El «Rompe huesos» reposaba lánguido a mis pies, tal y como había deseado horas antes.

—Debemos irnos. Ya —urgió—. Giovanni está herido.

Me apresuré a recoger mi pistola y, acto seguido, bajamos por las escaleras. Al llegar a la planta baja, vi los cuerpos sin vida de «Los Demonios» al mismo tiempo que nosotros seguíamos avanzando con prisa.

En el exterior de la fábrica todo estaba vacío y en silencio; solo nuestros coches permanecían firmes en el lugar. Me acerqué a Giovanni, que descansaba en el asiento trasero del coche, y eché un breve vistazo a la herida que tenía en el tórax.

—Tiene mala pinta... —murmuró Marius con preocupación.

—Quédate atrás con él. Patricio —me volví hacia él—, tú conduce el otro coche.

Patricio asintió y corrió hacia el Nissan de Marius. Me senté al volante, puse en marcha el vehículo y, con fuerza, pisé el pedal del acelerador. Conduje a alta velocidad por la carretera mientras de vez en cuando observaba la cara descolorida de Giovanni a través del espejo retrovisor.

—¡Ni se te ocurra morirte! —bramé cuando sus exóticos ojos grises se cerraron.

Apreté de nuevo el pedal de manera repentina, importándome una mierda conducir a una velocidad de locos, y adelanté a todos los coches que me obstaculizaban el camino. Mi prioridad era llegar a casa. Allí intentaríamos salvar la vida de Giovanni, puesto que ir hacia un hospital no era una opción. Los cuatro lo sabíamos y cada uno de nosotros estábamos de acuerdo con ello.

Miré otra vez por el espejo retrovisor y, enseguida, divisé la inquieta mirada de Marius. El miedo se reflejaba en sus ojos. La angustia iba apoderándose de él.

Giovanni no podía morir. No iba a consentir que otro ser querido muriera en este día, mucho menos alguien a quien yo consideraba un hermano.

Entré en el impresionante barrio de La Moraleja y tras dejar unas cuantas mansiones atrás, llegué a la mía. Presioné varias veces el botón del mando para abrir la verja de hierro y cuando lo hizo, nos adentramos en el terreno. Apagué el motor y ni me molesté en cerrar la puerta. Entre todos cargamos con el cuerpo de Giovanni hasta la sala de estar y lo dejamos con cuidado en el sofá, sin importarme que la sangre causara algún que otro estrago en el cuero blanco inmaculado.

Nos quedamos en silencio por varios segundos, no muy seguros de qué deberíamos hacer.

—¿Qué ha pasado? —preguntó una voz desde las escaleras. Los tres nos giramos con brusquedad. Amber permanecía inmóvil en el último peldaño.

—¡Lárgate! —A pesar de mi brusca orden, ella se acercó para estudiar con detenimiento el corte que tenía en mi ceja. Fue entonces cuando se percató del grave estado de Giovanni—. ¡Fuera de aquí, Amber!

Ignorándome como una insolente, me hizo a un lado de un empujón y fue hasta el sofá. Se arrodilló frente a Giovanni.

—Maldita seas, ¿estás sorda? ¿Qué coño haces? —inquirí cuando apoyó sus manos sobre la herida.

—¡Estoy tratando de controlar el sangrado! —exclamó alterada. A continuación, nos miró a todos con expresión ceñuda—. ¿A qué estáis esperando? Traed una toalla o algunas compresas.

Nos quedamos atónitos.

—Deja de jugar a los doctores —dijo Patricio, malhumorado, tras ella.

Amber alzó la barbilla.

—No lo hago, idiota. Estoy ayudando a vuestro amigo.

—Ni siquiera sabes lo que estás haciendo. —Patricio intentó apartarla, pero ella no cedió.

Aunque nunca la había visto de esa manera, como una amazona con una misión, siempre supe que Amber no era la mujer frágil que ella creía ser. Y verla así, tan dispuesta a todo, era... jodidamente fascinante.

—¿Quieres que se desangre? ¿No, verdad? Entonces, déjame —respondió con acidez a sabiendas de que Patricio la triplicaba en fuerza y en tamaño.

Giovanni, aún medio consciente, soltó una pequeña risita ahogada, pero el dolor le detuvo.

—Voy a buscar a un maldito médico antes de que esta perra se lo cargue —masculló Patricio entre dientes y salió de la habitación junto a Marius, que iba en busca de una toalla.

Amber prosiguió presionando sus palmas sobre la herida; en cambio, yo permanecí quieto, sintiéndome cautivado por su rostro serio, por sus manos cubiertas de sangre. Quizás mi estilo de vida no causaría que ella huyera espantada. Quizás incluso lo acabaría aceptando mucho mejor de lo que yo había imaginado.

No tenía ni idea de cuánto tiempo estuvimos en silencio, estudiando a Giovanni de cerca y a Amber cuidando de él, cuando Patricio regresó junto a un hombre cuyo nombre desconocía.

—Este hombre necesita un hospital —nos informó apenas vio a Giovanni. Justo cuando dio marcha atrás, para irse por donde había venido, lo agarré del pescuezo y oprimí con fuerza para que captara la señal de advertencia.

—Cúralo —le ordené. El médico intentó protestar, así que lo zarandeeé como si fuera un títere—. Hazlo o te juro que morirás en peores condiciones.

—Haré lo que pueda, pero no sé si sobrevivirá —dijo tragando saliva de manera audible.

—Más te vale que lo haga.

El doctor caminó hasta Giovanni, dejó un maletín sobre la mesa de centro y comenzó a sacar algunos instrumentos. Le pidió a Amber que fuese su ayudante y, a continuación, los dos procedieron a curar la herida. El hombre la diagnosticó como una lesión superficial en la pared del tórax; según él, Giovanni había tenido suerte. Amber sacó unas cuantas almohadillas de gasas y aplicó solución salina en ellas, para luego dar leves toquecitos sobre la herida abierta; aquello provocó que Giovanni intentara escabullirse por el escozor, pero nosotros lo sujetamos por los hombros. Una vez que la herida estuvo hidratada, el doctor desinfectó unas pinzas y unas tijeras para extraer los restos de proyectil y extirpar el tejido no viable. Amber hizo una mueca cuando el médico cerró la herida con varios puntos de sutura, para después cubrirla con una capa de ungüento antibiótico y una venda bien sujeta a la piel.

Después de tres cuartos de hora, el médico se levantó luciendo satisfecho con su trabajo y nos informó que la herida debía ser curada a diario para así prevenir futuras infecciones. Y si todo iba como lo esperado, en unos cuantos días Giovanni se sentiría mucho mejor.

Escribió en un papel algunos medicamentos para aliviar el dolor y tres antibióticos y, a continuación, se desplazó hacia la puerta principal. Tenía su mano sobre el picaporte cuando le

impedí seguir avanzando; giró sobre sus talones y me miró con desconfianza.

—Tome. —Saqué la billetera de mi bolsillo y le ofrecí un fajo de billetes, en el cual habría unos quince mil euros por lo menos. El hombre estiró la mano para aceptar, pero yo no solté de inmediato el dinero—. Lo que ha sucedido aquí debe quedar entre nosotros.

Una sonrisa se dibujó en sus labios.

—Descuide. Nada de esto ha ocurrido —me prometió. Entonces dejé que él y el dinero se fueran de mi casa.

Di media vuelta y retorné al salón. Giovanni yacía recostado, igual de pálido que antes pero con expresión serena, mientras que Amber leía en voz alta la lista de medicamentos.

—Iré a comprarlos —sentenció Patricio una vez que ella hubo terminado de leer.

—Puedo hacerlo yo misma —contestó ella. En ese momento la enemistad entre los dos era más que evidente.

—Tú estás manchada de sangre. —Patricio señaló con el mentón la blusa blanca de Amber y, sin esperar una contestación, atrapó la lista antes de que ella pudiera reaccionar.

—Será gilipollas... —masculó con indignación.

Reprimí las ganas de sonreír; en cambio, me dirigí a Marius.

—Ve a descansar. Ya has hecho bastante.

Marius se frotó los ojos a la vez que negaba con la cabeza.

—No, estoy bien. He llamado a Fiona —suspiró cansado—. Me quedaré toda la noche cuidando a Giovanni. Dormiré en el otro sofá.

—¿Quieres que te traiga una almohada y unas cuantas mantas? —le preguntó Amber.

—Por favor —respondió él. Ella desapareció de la habitación—. Tiene un par de cojones. Me recuerda a mi mujer; en ciertos aspectos, son iguales.

—Fiona es una leona. No se amilana por nada. Ni siquiera por ti —comenté con diversión.

—Tienes razón, pero yo no soy el que tendrá que buscar una buena excusa para explicar toda esta mierda.

—Lo sé... Ya se me ocurrirá algo —dije no muy convencido.

Amber regresó, con las manos limpias, trayendo consigo un edredón y dos almohadas. Mientras nosotros la mirábamos, ella creó una cama provisional para Marius, quien se lo agradeció y se recostó en el sofá tras despedirse de nosotros. Amber se desplazó hasta Giovanni, que dormía como un bebé, y lo tapó con una manta antes de caminar hacia el vestíbulo, donde yo la estaba esperando.

—Deberías ir a tu dormitorio. Estás hecho un auténtico desastre —comentó, apenada.

Me iba a costar bastante poder justificar todo ese caos. Suspiré con cansancio y, sin articular palabra, di media vuelta para ir hacia mi habitación. Entorné la puerta y me senté en el borde de la cama, apoyando los codos sobre las piernas y dejando caer mi adolorida cabeza entre mis manos. No sé cuánto tiempo estuve así, soportando un fuerte martilleo en el cráneo y un horrible escozor en el hombro, hasta que escuché el típico sonido del abrir y cerrar de la puerta.

Alcé la mirada y, de inmediato, vi a Amber dejar un vaso de agua y dos pastillas en la cómoda. A continuación, caminó con mesura en mi dirección, como si temiera que le echase la bronca. Pero ocurrió todo lo contrario. La atraje con delicadeza hacia mis brazos y descansé mi frente contra su estómago, deleitándome con su aroma tan embriagador; con las caricias de sus dedos enredados en mi pelo.

El suave ritmo de su respiración comenzó a calmar mi ansiedad. Al notarme más relajado, se sentó a horcajadas sobre mis caderas. La abracé con fuerza, pero, enseguida, ella intentó

apartarse; seguramente para examinar mis heridas.

—No te alejes de mí... —susurré contra la tersa piel de su cuello—. Necesito esto, por favor.

Al escucharme, volvió a relajarse y permitió que la siguiera abrazando. Apreté los ojos, sintiéndome asustado por todo lo que estaba experimentando; por todo lo que ella despertaba en mi interior. Pero sobre todo porque me di cuenta de que a su lado no necesitaba matar a nadie para liberar la rabia que me consumía a diario. No necesitaba utilizar la violencia para que la pesadez que cargaba conmigo se sintiera un poco más liviana.

Me di cuenta de que no necesitaba el abrazo en sí. Ni tampoco ningún medicamento, aunque mi cuerpo estuviera pidiéndome a gritos algún analgésico. No necesitaba vendar la herida abierta que tenía en mi hombro. Ni tumbarme sobre la cama para descansar.

En realidad... no necesitaba nada, en absoluto, excepto a una persona. Únicamente la necesitaba a ella.

Capítulo 19

Amber

—Me tienes que dejar curarte —murmuré somnolienta. Aún seguía relajada en los brazos de Alessandro, con la cabeza apoyada en su hombro derecho, mientras él acariciaba mi espalda con parsimonia.

Desde que había metido un pie dentro de su habitación, se había negado en rotundo a hablar conmigo; ni siquiera permitió que me moviera para entregarle la pastilla que había dejado sobre la cómoda. Aunque, para ser sincera, tampoco había puesto mucho empeño en alejarme de él.

—Ya lo estás haciendo. —Su voz, más ronca de lo normal, me sacó de mis pensamientos.

Sonreí al escucharle. No podía negar que me encantaba estar así con él. En ocasiones como esas, no necesitaba nada más para alcanzar un gramo de felicidad. Pero a pesar de las fantasías que mi mente creaba sobre nosotros, seguía sin tener claro cómo podríamos construir juntos un futuro sin que mis mentiras nos salpicaran en el intento, o cuál sería su reacción si llegara a descubrir la verdad. Si podría perdonarme. Si llegado el momento... sería capaz de matarme.

—No quiero que la herida se infecte, y esa mejilla necesita un poco de hielo —comenté antes de apartarme lo mínimo para tener un primer plano de su rostro. Aun con un profundo corte en la ceja y la creciente hinchazón en uno de sus pómulos, seguía viéndose inmensamente atractivo.

—Hoy me has sorprendido mucho —declaró mirándome a los ojos—. Tengo delante de mí a una mujer muy valiente.

Sonreí con tristeza. Alessandro estaba equivocado. Era cierto que intentaba ser valiente, pero, en realidad, no lo era. Solo deseaba que no me viera como una niña inmadura nueve años menor que él.

—¿Valiente, eh? —indagué en tono juguetón, tratando de aplacar las abrumadoras emociones que sentía en aquel instante—. Entonces supongo que no querrás que me enfade contigo.

—Creo que he presenciado tu furia en alguna que otra ocasión.

—No —repuse y, a continuación, empleé el mismo tono petulante que él solía utilizar conmigo—. No has visto ni la tercera parte de quien soy. —Una sonrisa lobuna se dibujó en sus labios al escucharme decir las mismas palabras que él me había dedicado unas cuantas noches atrás. Me puse de pie—. Iré a por un poco de hielo. Ahí tienes las pastillas. Tómatelas.

—Sí, *ma'am* —contestó divertido.

Negué con la cabeza, cerré despacio la puerta y me dispuse a bajar por las escaleras, evitando hacer ruido. Al llegar al recibidor, eché un vistazo dentro de la sala de estar tenuemente iluminada gracias a una lámpara de pie. Giovanni seguía dormido, con el rostro algo más

colorido que antes, mientras que Marius, aún despierto, cuidaba de él.

Me acerqué a ellos.

Marius no había recibido ninguna lesión grave; sin embargo, en el brazo tenía un largo y pronunciado arañazo. Lo cierto era que todos presentaban magulladuras y varios hematomas en la piel, pero Giovanni se había llevado la peor parte.

—Creo que lo superará —murmuró Marius mientras yo alzaba un poco más la manta para cubrir todo el cuerpo de Giovanni.

—Lo hará —le aseguré y, luego, apunté detrás de mí con el dedo pulgar—. Iba a la cocina. ¿Quieres que te traiga un bocadillo?

—No, gracias... —musitó atónito.

—¿Estás seguro? Prepararé algo ligero para Alessandro —dije encogiéndome de hombros.

—No, pero te lo agradezco.

Asentí. Ambos miramos alertas a Giovanni cuando este exhaló de forma ruidosa por la boca. Gesticulé un silencioso buenas noches con los labios, y Marius contestó con un amable ademán de cabeza a modo de despedida.

Salí de la sala de estar y fui hacia la cocina. Abrí el frigorífico y eché una ojeada a lo poco y nada que había adentro, hasta encontrar una tabla de jamón ibérico y queso curado. Coloqué de todo un poco en un plato y, después, envolví una bolsa de hielo en un paño. A continuación, tras tener la cena lista, regresé al dormitorio de Alessandro.

Cerré la puerta, ayudándome con el pie, y, entonces, me di cuenta de que me encontraba sola. Pero no fue por mucho tiempo. Alessandro salió del cuarto de baño, con una toalla alrededor de sus caderas y con otra más corta se secaba el pelo. Cuando se percató de mi presencia en la habitación, alzó la cabeza y me observó con una mezcla de impotencia y lujuria. Los movimientos de sus manos se volvieron lentos y pausados, hasta detenerse por completo, mientras yo lo miraba embelesada.

Siendo consciente del efecto que poseía en mí, caminó con arrogancia en mi dirección y se situó delante de mis ojos. Al tenerle tan cerca, no pude evitar querer lamer las gotas de agua que descendían veloces por su cuello. Tratando de actuar coherentemente, ya que Alessandro tenía enormes contusiones en el pecho y en las costillas, además del horrible rasguño en el hombro, deposité el plato encima del mueble.

—Siéntate en la cama —le dije con suavidad. Él cumplió, y yo me acomodé entre sus piernas.

Presioné la bolsa de hielo contra su mejilla malherida.

—Ya sigo yo. No estoy inválido. —Me sujetó por la muñeca, e intentó apartarme.

—Tienes que quedarte quieto —insistí alzando una ceja en señal de advertencia. Alessandro, tras soltar un bufido de frustración, terminó cediendo.

Cuando su mejilla comenzó a desinflamarse, fui en busca del botiquín de primeros auxilios, que estaba guardado en el armario del baño; luego, le limpié el corte que tenía en la ceja con algodón y un poco de alcohol.

Estaba realizando lo mismo en la herida del hombro cuando una afirmación me distrajo.

—Se te da bastante bien —comentó en voz baja.

La gaza manchada de sangre, que sostenía entre mis dedos, quedó suspendida en el aire. Tragué saliva.

—¿El qué? —pregunté sintiéndome nerviosa a causa de la intensidad de su mirada y de la pasión que transmitían sus ojos.

—Cuidarme.

Esboqué una media sonrisa, estando de acuerdo con él, y continué limpiando la herida con toques suaves y concisos. Una vez que la pequeña hemorragia estuvo controlada, improvisé un vendaje.

—Creo que podría acostumbrarme a esto —reflexioné en voz alta mientras ponía la última tirita para sujetar bien la venda.

—¿Crees?

Lo miré por un segundo, tiempo suficiente para meditar lo que le acababa de decir, y después negué con la cabeza.

—Creo no. Estoy segura de que puedo hacerlo.

Respiró profundo, pero no opinó sobre mi confirmación. En cambio, permaneció en silencio, tolerando que yo siguiera a lo mío. Tras varios minutos ocupándome de las heridas pequeñas, examiné con cuidado la franja rojiza que tenía en el cuello, la cual estaba desapareciendo poco a poco. Sin embargo, lo que más me inquietaba eran los horrorosos hematomas distribuidos en su abdomen.

—Me preocupa esto —expresé acariciándole el vientre. Sentí sus músculos contraerse bajo mi tacto.

—Estoy bien. —Apoyó los codos en la cama, mostrando todo su alto y definido cuerpo, mientras una semierección se asomaba por debajo de la toalla—. Desnúdate para mí —demandó con vehemencia.

—No estás en tu mejor momento —comenté con sorna.

—Te demostraré que estás equivocada —aseguró aunque ya estaba desabrochando el primer botón de mi blusa teñida con la sangre de Giovanni.

Quería sentirle dentro de mí, besarle hasta que me faltara el aliento, pero sospechaba que estaba intentando distraerme con el sexo; algo que no podía recriminarle, puesto que esa técnica nos había funcionado a los dos durante mucho tiempo.

—¿Qué os ha pasado esta tarde? —indagué deteniendo sus manos con las mías. No respondió—. ¿No vas a decirme nada?

—No —masculló arisco.

Como si quisiera escapar, se puso de pie y se alejó de mí.

—¿Se puede saber el motivo?

—Porque no es asunto tuyo.

—Increíble... —murmuré.

No queriendo darle la satisfacción de verme dolida, cogí las cuatro cosas que había encima del colchón y me desplazé hacia el cuarto de baño para dejarlas en su lugar correspondiente. Si me hubieran preguntado qué había esperado que él me dijera, no habría podido responder. Quizás un poco de confianza. La confianza que el noventa por ciento del tiempo yo quería tener con él, pero que no sabía cómo hacerlo porque sus reacciones, todas y cada una de ellas, eran imprevisibles.

Inspiré hondo para recuperar la calma y, a continuación, salí del baño. Alessandro se encontraba sentado en la cama, con la espalda apoyada en el cabecero, escrutándome sin expresión.

Caminé hacia la cama, con el ceño fruncido.

—En el fondo sabes qué nos pasó esta tarde. No es difícil de adivinar. —Le oí decir cuando me senté en el borde del colchón para quitarme las zapatillas.

—Si te lo pregunto es por algo. ¿No crees? —Lo miré por encima del hombro. Como no

respondió, seguí desnudándome con lentitud.

—Te dije algo importante hace unos días: no soy una buena persona. —Me bajé la cremallera del pantalón al tiempo que arqueaba una ceja ante aquel comentario—. No quiero involucrarte en mis mierdas.

Me mordí la lengua. Ya era demasiado tarde para eso. Cualquier cosa que le pasara, tenía consecuencias directas para mí. Me levanté y deslicé mis vaqueros por mis piernas hasta que quedaron arrugados a mis pies.

—Si no recuerdo mal, mis palabras ante tu advertencia fueron que no te tengo ningún miedo —dije antes de desabrocharme el sujetador y arrojarlo al suelo. Ignoré sus ojos fijos en mi cuerpo desnudo y me recosté de lado para mirarlo con fijeza.

—Eso es porque no me conoces.

—Ni tú tampoco. —Mi propia declaración me lastimó en lo más profundo, porque, en realidad, ninguno de los dos nos conocíamos. Al menos no del todo.

Percatándose de mi repentina tristeza, se aproximó a mí y me tocó el brazo con los dedos; se me erizó todo el vello del cuerpo.

—Lo que has dicho no es del todo cierto. Conozco muchos aspectos de ti mejor que cualquier otra persona —ronroneó a la vez que bajaba la cabeza para acariciarme un pezón con la punta de la lengua.

—¿Solo te interesa eso de mí?

Sorprendido por la pregunta, volvió a erguirse.

—No —confesó con total sinceridad—. Lo que tú y yo tenemos es mucho más de lo que jamás he tenido con nadie.

—Explícate mejor...

Exhaló un suspiro.

—Nunca he estado así con ninguna mujer, excepto contigo. De esta manera. —Nos señaló a ambos y, a continuación, dijo—: Despiertas en mí una desconcertante curiosidad que nadie antes ha logrado.

Al contrario que Alessandro, él había conseguido captar mi atención desde el primer segundo en que mis ojos se posaron en su fotografía. Más tarde ese simple sentimiento de fascinación se convirtió en odio tras saber quién era. O, mejor dicho, intenté odiarlo durante mucho tiempo. Me exigí a mí misma que me repugnara estar y compartir momentos con él, pero fracasé. Ese odio, tan fuerte y a la vez tan atrayente, se transformó en una innegable atracción sexual, tan poderosa que mi cuerpo anhelaba y ansiaba estar en contacto constante con el suyo.

Lo abracé con cuidado de no lastimarle las costillas, ni el abdomen, mientras pensaba en las cosas que nos depararía el mañana. No sería fácil de afrontar. En cierto modo, nada era sencillo en nuestro día a día. Mi vida había pasado de ser normal y aburrida a un caos interminable; de una chica inocente e inexperta a una mujer astuta. Y todo en cuestión de pocos meses.

Lo único puro que aún habitaba conmigo era mi corazón, porque todo lo demás estaba siendo carcomido por la maldad.

—¿No es suficiente por ahora? —preguntó contra mi cabeza.

Me quedé en silencio por unos segundos.

—Por ahora sí... Lo es. —Le di un pequeño beso en la boca—. Solo necesitaba saberlo.

—Tú siempre necesitas saberlo todo.

—No te cargues este momento. —Hice un mohín. Sonrió como un niño travieso y, con fuerza, me pellizó un pezón—. ¡Ay, joder! ¡Me has hecho daño!

Con una media sonrisa, trazó el contorno de mi labio inferior con su dedo pulgar.

—Voy a follarte esa boca tan sucia que tienes... —expresó con excitación antes de agarrarme por la nuca y estampar su boca contra la mía.

Nos besamos durante varios minutos y cuando nos separamos, ambos respirábamos con dificultad.

—Mira quién habla —susurré contra sus labios hinchados y rojos a causa del intenso beso—. Tú eres peor que yo.

Enarcó las cejas con diversión.

—Entonces tendremos que hacer algo al respecto. —Sus pupilas se agrandaron al tumbarme boca arriba. Sin darme tiempo a reaccionar, me separó las piernas y, a continuación, posicionó su cabeza entre ellas. Cuando Alessandro habló otra vez, sentí la calidez de su aliento en mi carne húmeda y necesitada—. ¿No crees?

Transcurrieron dos días desde aquella noche. Cuarenta y ocho horas dedicándome a cuidar y a asistir a Giovanni, curarle la herida y cambiarle el vendaje. Me dije a mí misma que necesitaba cooperar con ellos para seguir guardando las apariencias, pero aquello era mentira. Quise ayudarles porque me sentía bien haciéndolo.

Alessandro no volvió a mencionar, ni lo haría, sobre el altercado que tuvieron los cuatro. El asunto estaba zanjado por su parte, y yo no tuve otra opción más que el de conformarme con su respuesta inicial. Aunque, para ser sincera, tampoco tuvimos demasiado tiempo para conversar, ya que estuvo ocupado preparando y cubriendo los gastos de tres funerales; entre ellos, el de Mariano.

Para agilizar los trámites me ofrecí voluntaria para realizar las llamadas pertinentes y, también, para reservar un restaurante en su totalidad, el cual resultó ser el local de un buen «amigo» de Alessandro. Allí se crearía una recepción para dar las condolencias a los familiares y donde tendría lugar un banquete a todo lujo. La mañana anterior habíamos acudido al entierro de dos empleados, ambos ayudantes de Piero. Pero aquel día radiante y sin ninguna nube cerniéndose sobre Madrid sería el más difícil, pues teníamos que despedirnos de Mariano.

Me retorció las manos mientras permanecía allí de pie, junto a Alessandro y otras cincuenta personas de la alta sociedad, escuchando las hermosas palabras que pronunciaba el sacerdote. A pesar de que fui la encargada de hacer la lista de invitados para el banquete, fue sorprendente ver el gentío que había allí reunido para dar el último adiós a Mariano. Aunque cuando había aceptado acudir al entierro, jamás esperé sentirme tan desolada; entristecida por la pérdida de una persona especial; de un héroe que dio su vida por la de Mónica, quien lentamente se recuperaba en el hospital.

Después de que el sacerdote terminara de hablar, Damián desdobló una hoja y comenzó a recitar unas cuantas palabras para su tío mientras yo sentía las primeras lágrimas escurrirse de mis ojos. No podría asegurar si fue por el amor que nos transmitió al referirse a la única familia que tenía y que le había sido arrebatada, o porque caí en la cuenta de cuánto significaba cada uno de ellos para mí. En mi nueva vida. Noté que se me achicaba el corazón; sobre todo cuando elevé mi rostro hacia Alessandro y me pregunté qué pasaría cuando ya no estuviéramos juntos.

Volví la vista al frente cuando Damián concluyó. Enseguida decenas de personas fueron una por una hasta el centro y tiraron una rosa roja a la tumba. Alessandro me cedió su turno para arrojar la flor que sostenía con firmeza entre mis dedos y, luego, él hizo lo propio con la suya.

La gente se fue dispersando poco a poco por el cementerio, con el pensamiento de que en unos cuantos minutos nos volveríamos a reunir en el restaurante.

Mientras Alessandro y yo caminábamos enmudecidos en dirección al Porsche, me limpié las mejillas con cuidado, procurando no estropear demasiado el maquillaje.

Entramos en el coche.

—¿Estás bien? —me preguntó al tiempo que ponía en marcha el motor.

—Más o menos —dije con sinceridad—. Me preocupa Damián.

—No debes. No le dejaré desatendido. Esta mañana he hablado con él y me ha dicho que quiere volver a estudiar. —Me miró por un momento, como para asegurarse de que le estaba escuchando—. Irá a Nueva York la próxima semana. Me ocuparé de toda la gestión para que ingrese en el curso que desea.

—¿Quién lo pagará? ¿Tú?

—Por supuesto. Es lo mínimo que puedo hacer.

—Es un gesto muy amable de tu parte.

—También he reubicado a los demás empleados. —Hizo una mueca—. Con un poco de suerte, todo este desastre se acabará solucionando pronto.

Era evidente que se sentía mal por su restaurante, que permanecería cerrado por una temporada. Los empleados del Charlotte habían sido contratados en otras entidades que Patricio y él dirigían; propiedades que yo aún desconocía.

A nadie le cabía la menor duda de que el local sería reparado y, también, remodelado con rapidez. Pero Alessandro parecía no tener prisa en volver a abrir las puertas de su bar al público; quizás porque no quería arriesgarse a que ocurriera de nuevo otro suceso tan catastrófico como el anterior.

El camino hacia el restaurante alquilado por el día entero fue lento, puesto que la mayoría de los coches conducían en fila india. Llegamos alrededor de cuarenta minutos después. Al entrar en el vestíbulo, vi que varios de los invitados ya estaban paseándose por el local, hablando en grupos y bebiendo el fino champán que las camareras servían en delicadas copas de flauta. La sala principal estaba repleta de largas mesas rectangulares, cuyas superficies habían sido adornadas con diferentes platos especiales para el deleite de los comensales, sin olvidar las decenas de mesas redondas, con manteles blancos, que esperaban ser utilizadas a la hora de la comida.

Alessandro y yo entramos en la amplia sala e interactuamos un poco con un empresario, pero, entre idas y venidas a causa del constante jaleo, acabé perdiéndole de vista. Lo busqué varias veces con la mirada, pero no había rastro de él.

Minutos más tarde, al oír mi estómago rugir como un león como consecuencia del hambre, fui hasta una de las mesas. Me encontraba picoteando de todo un poco, desde deliciosos canapés hasta pequeñas tostadas con caviar por encima, cuando un hombre vestido con un esmoquin de dos piezas se detuvo a mi lado.

—Eres una actriz excelente. Me tienes impresionado. Incluso has derramado alguna que otra lagrimilla —comentó con ironía.

—No era una actuación —contesté mientras miraba con disimulo a nuestro alrededor—. ¿Qué quieres?

—¿Una copa? —me preguntó sosteniendo en alto dos copas de champán. Observé la copa con recelo y, después, clavé la vista en sus ojos negros como el azabache—. Te juro que no le he echado nada raro.

No le respondí; en cambio, agarré la copa que no me había ofrecido. Si de alguien no me fiaba era precisamente de él.

Khâliq se echó a reír a carcajadas, pero recobró la compostura cuando varios pares de ojos volcaron toda su atención en nosotros. Respiré hondo y, a continuación, di un largo trago antes de preguntarle con frialdad:

—Te he hecho una pregunta, Khâliq. ¿Qué quieres?

—Nada. Solo he venido a saludar y, de paso, a felicitarte por tu magnífico papel. —Hizo un gesto indiferente con la mano cuando le fulminé con la mirada—. Lo siento, pequeña. ¿Sabes tus amiguitos policías lo implicada que estás en este caso? Qué pregunta más estúpida, ¿no? —Sonrió con malicia—. Si lo supieran, estoy convencido de que ahora mismo no estarías aquí.

Su voz era el sarcasmo personificado. Era obvio que estaba intentando sacarme de mis casillas, lanzándome pullita tras pullita. Tuve que controlar cada uno de mis músculos para no saltar y desgarrarle la cara con las uñas.

Bebí otro sorbo, ya que no tenía intención de contestarle. Khâliq abrió la boca, más que seguro para decir otra barbaridad, pero alguien se aclaró la garganta detrás de nosotros. Y aunque en un primer momento no vi quién era, supe que no sería Alessandro.

Me giré con lentitud.

Patricio, que se encontraba a escasos centímetros de distancia, nos estudiaba —sobre todo a mí— con atención. No me inmuté en absoluto, aunque sentía bastante nerviosismo debido a su intimidante apariencia. Ninguno de los tres articulamos palabra. El aire vivaz que fluía en el ambiente cambió a denso, lleno de suspicacias.

Sin saber muy bien qué hacer, quité una pelusa imaginaria a mi vestido de tubo negro, tan solo para mantener las manos ocupadas.

—Al fondo, a la derecha. —Patricio le informó a Khâliq. Él asintió, sumiso, pero al pasar por mi lado plantó una sonrisa grotesca en sus labios.

Mientras le veía alejarse y perderse entre la multitud, Patricio continuó analizándome en silencio. Sintíendome tremendamente incómoda, arqueé mi ceja derecha, lo que provocó que él elevara la suya. Un calor se extendió por mis mejillas a causa de la ardua situación, y, sin poder aguantar más tiempo la horrible tensión que había entre nosotros, dejé la copa vacía en la mesa y me alejé de allí.

Me paseé durante varios minutos por la sala hasta que una señora, que aseguró ser cliente habitual del Charlotte, aunque yo nunca la había visto antes, me detuvo para charlar. Sin embargo, apenas pude prestar atención a la conversación. Tenía la mente en otro sitio.

Seguía hablando con aquella señora un tanto entrometida y su marido, que se había unido a nosotras, cuando advertí a Alessandro y a Khâliq en el extremo opuesto de la habitación. Los dos se reían como si fueran buenos amigos, pero yo conocía a la perfección la expresión forzada que Alessandro tenía dibujada en el rostro. Yo misma llevaba puesta aquella máscara hecha de falsedad mientras dialogaba con toda esa gente. Intercambiaron unas cuantas palabras más y otro par de palmaditas en la espalda antes de que acompañara a su socio hasta el umbral de la puerta y se despidieran con un afectuoso apretón de manos.

De repente Alessandro se dio la vuelta y, enseguida, nuestras miradas colisionaron por un breve instante. Le sonreí con cierta tirantez y, a continuación, puse un poco más de empeño en prestar atención a la conversación que había a mi alrededor.

A lo largo de aquel día, que me pareció interminable, compartí varias opiniones con las personas que se encontraban allí. Había de todo; desde poderosos empresarios hasta las típicas

señoras chismosas. Las más cotillas estaban únicamente interesadas en saber qué clase de relación me unía a Alessandro, pero logré sacármelas de encima complaciéndolas con generosos cumplidos sobre los fabulosos abrigos de piel que yacían en sus hombros, a pesar del buen tiempo que la primavera había obsequiado a Madrid.

Volví a reencontrarme con Alessandro a la hora de la comida, pero no pude centrarme en nada excepto en la mirada escéptica de Patricio. La carne de ternera se me atoraba en la garganta cada vez que daba un bocado y aunque todo estaba delicioso, llené mi estómago a base de agua.

En el fondo siempre supe que Patricio Russo sería un gran obstáculo en mi camino.

Los días se convirtieron en semanas, y las semanas en un mes que no vi venir. El tiempo transcurrió deprisa; tan veloz que no me di cuenta. Durante ese breve periodo la calma reinó por completo en Alessandro y sus amigos, quienes ya estaban recuperados de las lesiones, excepto Giovanni que seguía recobrándose con lentitud, a pesar de que el Charlotte había cerrado de forma permanente.

Pero el ambiente jovial y agradable que casi siempre circulaba entre nosotros no fue suficiente para que mis problemas se evaporaran, ya que el homicidio de Matías seguía siendo noticia. A pesar de ello, las grabaciones de las cámaras de seguridad de la cuarta planta del hospital, como también las de la persecución con Matías, aún persistían desaparecidas; así que gracias a Ramírez y a su contacto secreto, tuve un pequeño respiro de alivio. Sin embargo, seguía teniendo un problema bastante grande; un problemón llamado Patricio.

Las cosas entre él y yo estaban más tensas que nunca. Era conocedora de que no le caía bien, motivo que aún desconocía, pero su desconfianza hacia mi persona se acentuó tras el entierro de Mariano.

A pesar de mis encontronazos no verbales con Patricio, mi relación con Alessandro cambió durante el transcurso de esas cuatro semanas rebosantes de tranquilidad. Se tornó tan ardiente, intensa y apasionada que empecé a albergar esperanzas en mi interior. Pensé que realmente podríamos tener algo más que una simple relación sexual. Incluso creí estar preparada para contarle la verdad, ya que cada vez me resultaba más incómodo fingir ser alguien que no era; investigar cada paso que él daba. No quería seguir con aquella pantomima. Además tenía la corazonada de que Alessandro se estaba ablandando conmigo, aunque aún no me había confirmado si el amor que yo sentía por él era recíproco. Y si bien mis labios no volvieron a expresar con palabras mis sentimientos, la unión de mi cuerpo con el suyo se encargó de hacerlo.

Si al final me atrevía a confesarle la verdad, esperaba que me perdonase; que pudiéramos empezar de cero en algún lugar recóndito del mundo. Quizás más tarde incluso me ayudara a sacar a David de la cárcel.

Fui una ilusa..., una idiota por pensar todo aquello, porque nada de eso fue lo que en realidad sucedió.

El sol del atardecer entraba por los enormes ventanales que decoraban la biblioteca privada, mientras yo paseaba cerca de las estanterías y tocaba las cubiertas de los miles de libros que esperaban ser leídos por alguien. Mis dedos se detuvieron sobre la tapa de uno, y disfruté de su textura un tanto aterciopelada al mismo tiempo que trataba de aplacar otras sensaciones menos deleitables. Desde que había amanecido, sentía que algo extraño pasaba; algo no iba bien, aunque

no pude averiguar el qué. Todo seguía en absoluta calma. Tanta que incluso empezaba a darme escalofríos.

En aquel momento Alessandro no estaba en su casa, ya que había ido hasta la de Patricio para atender unos cuantos asuntos pendientes. Así que ahí estaba yo, eligiendo entre tantos libros alguno que fuera interesante para distraerme de las cosas que más me preocupaban, como por ejemplo el no querer seguir indagando a lo que Alessandro se refería; el querer darme por vencida.

Lo amaba. Demasiado. Amaba lo bueno y lo malo de él. Y también lo odiaba por ser quien era. Casi a partes iguales. Pero a pesar de mis sentimientos en constante conflicto, no quería que la policía se interpusiera entre nosotros. Ni que nos separara.

Nunca.

Meneé la cabeza para disipar los turbios pensamientos que iban apoderándose de mi mente y, a continuación, me decidí por un libro bastante gordo; volví sobre mis talones, pero en vez de ir hacia la sala de estar o al dormitorio de Alessandro, clavé los ojos en el elegante y macizo escritorio de madera oscura.

«No quiero seguir con esto. No quiero investigar más», me dije a mí misma mientras observaba la mesa, grande e imponente como su dueño. Por alguna razón, aquel objeto inofensivo estaba invitándome en silencio a que me acercara a él. Y así lo hice.

Caminé con precaución, imaginando qué ocurriría si tiraba del tirador de los cajones. Lo había intentado una vez, pero no había funcionado. Me detuve frente a los cajones y, a continuación, acaricié el péndulo metálico. Vacilé por un segundo, pero la curiosidad que me caracterizaba fue más fuerte. Y aunque se suponía que el cajón estaba cerrado con llave, este terminó abriéndose.

Frunciendo el ceño y con el corazón golpeándome feroz en el pecho, eché un vistazo. No había muchas cosas adentro: una grapadora, unas tijeras, una caja llena de clips, unos cuantos folios en blanco y... un sobre; un sobre que cogí entre mis dedos y lo abrí para inspeccionar su contenido.

Me extrañó bastante encontrar la fotografía de una mujer; quizás de mi misma edad. Pero lo más inquietante fue descubrir algunos datos detrás de la imagen: nombre, edad y nacionalidad.

—Ángela López—murmuré pensativa. Presentía que había oído ese nombre en algún lugar, pero no recordaba el dónde ni el cuándo.

Estaba ensimismada en mis propias cavilaciones cuando escuché dos voces masculinas a lo lejos. Reaccionando con rapidez, cerré el cajón y guardé la fotografía en el bolsillo trasero de mis vaqueros. Después, agarré el libro y salí de la biblioteca.

Marius y Giovanni conversaban de manera animosa en el pasillo.

—Hey... —silbó Marius cuando pasé por su lado sin dirigirles la palabra—. ¿Por qué tienes tanta prisa?

Fingí una sonrisa, la cual me salió un poco forzada, y me giré para mirarlos.

—No quería interrumpiros —comenté en tono casual—. Por cierto, voy a mi apartamento. Alessandro no está aquí y tiene pinta de que va a tardar lo suyo. ¡Hasta luego! —Agité la mano en señal de despedida tras escucharles murmurar un alegre «Ciao».

Salí de la mansión y, enseguida, me apresuré a entrar en mi coche bastante magullado pero con la fortaleza que yo apenas tenía para seguir funcionando. Puse en marcha el motor y conduje hacia el apartamento mientras me formulaba varias preguntas a la vez.

¿Dónde había escuchado ese nombre? ¿Quizás era una modelo? ¿Una actriz?

Al llegar al edificio, bajé al *parking* subterráneo y estacioné el automóvil en la plaza de garaje asignada. Una vez en el piso, tiré las llaves encima de la mesita de centro y fui veloz a por el portátil. Me temblaban las piernas; el corazón me latía frenético. Con manos trémulas tecleé el nombre de Ángela López, e inmediatamente apareció toda la información que necesitaba saber.

Me acerqué a la pantalla, no dando crédito a lo que veían mis ojos.

—«Mujer de dieciocho años desaparecida desde el mes de diciembre. Las fuerzas federales siguen en su búsqueda, aunque las esperanzas de encontrarla con vida son casi nulas...» —Leí varias veces el mismo párrafo, con el ceño fruncido.

Me quedé contemplando la página web a la vez que mi mente intentaba relacionar la desaparición de aquella mujer con Alessandro. No tuve que pensar demasiado. Mi sádico cerebro me transportó al pasado; a recuerdos que alguna vez había considerado divertidos e incluso un poco peculiares.

¿Eres mayor de edad? ¿Eres española?, Alessandro me había hecho esas preguntas en nuestro primer encuentro; una cita un tanto atípica en una cafetería en pleno invierno. Sus preguntas me habían desconcertado bastante, pero en aquel entonces no había comprendido la razón ni le había dado mayor importancia al asunto.

A medida que fueron avanzando los minutos, sentí el motivo de su desmedido interés en mí como un jarro de agua fría. Mi rostro palideció. La bilis me golpeó la garganta al descubrir el verdadero propósito de Alessandro.

¿Acaso raptaba mujeres? ¿Era yo una de las elegidas?

Aunque no estaba cien por ciento segura de mi teoría, corrí hacia el dormitorio y cogí el teléfono para llamar a Ramírez. Necesitaba hablar con él para hacerle saber mis sospechas, pues en la ficha policial de Alessandro no se le atribuía nada respecto a la trata de blancas.

Para mi desgracia, saltó el buzón de voz. Lo intenté una segunda vez.

—Contéstame, Ramírez —pedí entre dientes.

Volvió a saltar el buzón.

Estaba a punto de llamar por tercera vez cuando el sonido del timbre reverberó entre las cuatro paredes del salón comedor. Y aunque no me moví del sitio, ni miré por la mirilla, supe a la perfección quién se encontraba detrás de la puerta.

Capítulo 20

Alessandro

Habían transcurrido alrededor de tres semanas y media desde el tiroteo; casi un mes desde que empecé a investigar a Khâliq sin descanso. Si algo honesto había dicho Luis Reyes antes de morir era que, efectivamente, mi socio era un traidor. Y ninguno de los que estábamos presentes en mi estudio íbamos a pasar por alto su falta de lealtad.

Khâliq Salim pagaría por todos y cada uno de sus errores, pero para ello debíamos actuar con inteligencia y no por impulsos. Y eso era algo que, desde hacía minutos, intentaba explicarles a mis hombres; en concreto, a Marius y a Giovanni.

—¿Ves este trayecto que está señalado en el mapa? —me preguntó Patricio—. Es la ruta que la mercancía de Khâliq sigue cada siete días.

Observé la línea roja que unía dos puntos: Marbella y Madrid.

—Algún pez gordo está ayudándolo... —reflexioné en voz alta—. Alguien lo suficientemente poderoso como para que todos desvíen la mirada y nadie se fije en las toneladas de hachís y, ahora también, drogas de diseño que Khâliq entra por la aduana y quién sabe por dónde más.

Giovanni, luciendo irritado, se puso de pie y comenzó a pasearse como un animal enjaulado por la habitación. Después de algunos segundos en silencio, se giró sobre sí mismo y, mirándome con fiereza, bramó:

—¿Y eso qué más da? —No le contesté. Prefería que sacara toda la rabia que tenía adentro—. Hay un montón de gente que está de lado de Khâliq; personas que nosotros desconocemos. Debemos intervenir.

—Ahora no es el momento —declaré con seriedad, pero eso no apaciguó la ira de Giovanni. Ni tampoco la de Marius, que estaba de acuerdo con él—. Cuando fuimos a la fábrica de muebles, lo hicimos sin pensar y casi nos cuesta tu vida —le recordé—. No voy a cometer el mismo error.

—Por esa regla de tres estás diciendo que Mariano y los demás murieron por mi culpa —repuso Marius, sentado frente a mi escritorio—. No me parece justo.

—Yo no he dicho eso —mascullé. Me ponía enfermo cada vez que recordaba las muertes de mis tres empleados—. No pongas en mi boca palabras que no he pronunciado.

Marius se cruzó de brazos. Patricio, en cambio, guardó el mapa en su bolsillo, junto a un par de folios que contenían la información que necesitábamos para confirmar nuestras sospechas respecto a Khâliq.

—Lo que sucedió en el Charlotte es agua pasada —dijo Patricio para todos, pero yo sabía que se estaba dirigiendo a Marius—. Nada cambiará. Lo único que nos queda por hacer es acabar con la escoria de Khâliq, pero, como ya ha dicho Alessandro, ahora no es el momento oportuno. La vigilancia que Jorge Gómez tiene puesta en nosotros se ha triplicado. De nada nos sirve cargarnos a Khâliq si es más que seguro que iremos a la cárcel. —Miró a Marius y, luego, a Giovanni—. ¿Es eso lo que queréis?

—No —contestaron al unísono.

—Khâliq tiene un plan entre manos y lo llevará a cabo después de nuestro intercambio, en menos de una semana y media. —Me eché hacia atrás hasta tener la espalda apoyada en el respaldo de la silla de piel—. Tenemos ese margen de tiempo para maquinar algo en su contra.

—¿Alguna idea de qué es lo que trama? —inquirió Marius.

—No, pero sea lo que sea esto va mucho más allá de nuestros conocimientos.

—Esbozaremos un plan entre todos —les informó Patricio—. Y aunque Khâliq va en contra de Alessandro, debemos estar pendientes de cualquier movimiento extraño, puesto que tiene a varios hombres a su servicio. —Se levantó y, a continuación, posó una mano en el hombro de Marius, como si quisiera transmitirle calma—. Khâliq ambiciona poseer nuestro territorio y no se detendrá hasta conseguirlo.

—No se saldrá con la suya —sentenció Giovanni.

—Nos aseguraremos de que así sea —acotó Marius poniéndose de pie—. Khâliq pagará por todo lo que ha hecho. —Me miró decidido—: Te informaré si oigo algún chisme.

—Estamos en contacto.

Marius y Giovanni asintieron con la cabeza y se dirigieron hacia la puerta. Después de que ambos se hubieran marchado, Patricio volvió a cerrar con llave, ya que Amber debía de estar por alguna parte de la mansión; quizás en la sala de estar, leyendo un libro.

Caminó de nuevo en mi dirección, hurgando en el bolsillo trasero de sus pantalones holgados, y extrajo una memoria de USB. Alcé una ceja de manera inquisitiva cuando lo depositó encima de la mesa.

—¿Qué es esto?

—Es un tema mucho más delicado e importante. Échale un vistazo —comentó, todavía sin sentarse. Su pose rígida y su comportamiento esquivo me pusieron nervioso.

Cogí el dispositivo y lo introduje en la ranura de mi ordenador tras mover el ratón para dar vida a la pantalla. A continuación, hice doble *clic* en la unidad de disco extraíble y descubrí un único archivo; un video que esperaba ser visto. Abrí el archivo y me acomodé en el asiento para observar con atención las imágenes que empezaban a proyectarse en el reproductor. Reconocí al instante a los cinco hombres que aparecieron en la pantalla plana; éramos los cuatro y el doctor Domínguez, hablando en la cuarta planta del hospital.

Levanté la mirada.

—¿A qué viene esto?

—Sigue observando. —Fue todo lo que dijo.

Volqué de nuevo mi atención en la pantalla, sintiéndome molesto por tener que recordar aquel día, tanto porque implicaba que Matías había sido asesinado y como consecuencia no pudo proporcionarme los datos que tenía en su poder, como por lo que vino después de habernos ido de allí.

Exhalé un suspiro, largo y profundo, de cansancio.

Me encontraba a punto de cerrar la ventana del reproductor cuando una silueta encapuchada

apareció en el ángulo de las cámaras de seguridad. Aquella figura misteriosa se dirigió sin miramientos hacia la puerta 403; la habitación de Matías. No entendí qué se suponía que significaba todo eso; sobre todo cuando, después de unos cinco minutos, esa misma persona salió de la habitación.

Pausé la imagen y entorné los ojos en un fallido intento por reconocer quién se escondía bajo unas gafas de montura bastante gruesa y una capucha que le cubría parte de la frente.

—Es la asesina de Matías.

«La asesina», repitió mi mente.

—Ya sabíamos que alguien se lo había cargado —objeté sin llegar a comprenderle.

—He estado buscando estas grabaciones desde que Matías falleció. Y puedo asegurarte que no ha sido nada fácil. Alguien se tomó muchas molestias en ocultarlas muy bien.

—Te felicito —murmuré con cautela—, pero el video no revela mucho.

—Yo creo que sí —repuso situándose a mi lado—. Mírala. —Dio dos golpecitos en la pantalla con el dedo—. ¿No te recuerda a nadie?

Volví a escrutar la borrosa imagen que había sido capturada en medio del pasillo, pero ningún nombre llegó a mi cerebro. Sacudí la cabeza, dándome por vencido.

—La verdad es que no. —Me encogí de hombros—. No tengo ni idea de quién podría ser.

Me levanté de la silla y fui hasta la barra de madera clásica para servirme una copa de *Hennessy*.

—No puedes ser tan ingenuo... —se mofó a mis espaldas al tiempo que yo tomaba un trago—. Tienes al maldito enemigo en casa y tú estás ignorando el problema.

Dejé la copa en la superficie de la barra antes de voltearme para encararlo.

—No sé de qué cojones me estás hablando. Ni tampoco entiendo por qué ese video te importa tanto cuando conocemos que lo que Matías quería decirnos es lo mismo que ya sabemos.

—Esa fue la conclusión a la que llegamos. —Señaló la pantalla—. Esta cinta se perdió como si nada. ¿Coincidencia? Por supuesto que no —bufó, malhumorado—. Es una mujer.

—O un hombre muy bajito —expuse. Enarcó las cejas con incredulidad—. No empieces —le advertí al ver venir sus intenciones—. Estoy hasta las pelotas de ese asunto.

—No puedes estar tan ciego, mucho menos por esa niña. —Cerré las manos en dos puños apretados. Ignorándome, alzó un dedo y empezó a enumerar—. Aquel día en el banquete la pillé hablando con Khâliq. Cuando estuve cerca de ella, pude sentir su nerviosismo. Presenció las miradas cómplices que los dos se intercambiaban... ¿Cuántas pruebas más necesitas para darte cuenta? —me preguntó con exasperación—. ¡Amber trabaja para Khâliq!

Una risita escapó de mis labios, aunque no me hizo ni puta gracia su acusación.

—No digas tonterías.

—Lo está encubriendo.

—No lo hace. —Caminé hacia el ordenador y apagué la pantalla con brusquedad. Mi paciencia pendía de un hilo—. No tiene ningún motivo para engañarme.

—Todos tienen un precio, o ¿lo has olvidado? —No repliqué; silencio que aprovechó para continuar—: Desde que Amber y Khâliq han pasado a ser parte de nuestro círculo, las cosas han ido de muy bien a peor. Los dos son unos buitres, aunque tengo que admitir que Amber es muy lista, pues ha sabido cómo camelarte poco a poco. Giovanni se ha encariñado con ella porque le ha cuidado en las últimas semanas, y Marius obedece a Fionna y a las gemelas porque ellas la adoran.

—Todos lo hacen menos tú.

—Porque sé muy bien que os ha estado engañando a todos. —Se paró frente a mí y me miró a los ojos—. ¿Alguna vez te he fallado?

—No —respondí enseguida—, pero se te olvida que nosotros la elegimos; nuestro primer encuentro fue una casualidad. Y además Khâliq contactó conmigo semanas después de aquello. Lo que estás exponiendo... no tiene sentido.

—¿En qué trabaja? —Era una pregunta que no pretendía obtener respuesta—. No tiene trabajo, pero sí que tiene dinero suficiente para pagar el alquiler de un apartamento que apenas utiliza, excepto para desaparecer por algunas horas antes de volver aquí.

Exhalé con cansancio y me apreté el puente de la nariz, sintiendo un gustillo amargo en la boca. Patricio tenía toda la razón en eso. La cabeza me daba vueltas sin parar.

—Ella no es así. No me traicionaría por dinero.

—No sería la primera. Muchos de nuestros socios han sido comprados por Khâliq. De todas formas, esto no es nada nuevo. Ya nos ha sucedido en el pasado. Y no creo que hayas olvidado a aquella prostituta que te tiraste en Roma y fue bastante indiscreta —comentó como si Amber fuera un simple revolcón. Pero ya no lo era. Ahora lo que teníamos era tan intenso que a veces me abrumaba. Me confundía.

Me senté en el borde de la mesa y reflexioné por unos segundos.

—Ella no es así —repetí.

—Investígala. —Lo miré con asombro—. No me puedo creer que nunca hayas sospechado de ella —murmuró con desaprobación.

—Porque no me ha dado ningún motivo para hacerlo.

—Investígala —insistió—. Hazlo.

—No. —Me aparté de la mesa y caminé hacia la puerta—. Deberías irte.

—Te has enamorado. —Di media vuelta al escucharle—. Por eso no quieres abrir los ojos.

Permanecí enmudecido mientras intentaba aclarar mis propios pensamientos, que en aquel momento eran un torbellino de dudas. La palabra amor era demasiado distante y desconocida para mí, porque era algo que me había negado a dar y a sentir. La única vez que me había sentido querido por alguien fue hacía mucho. Y yo era tan pequeño que me lo creí. Fui un ingenuo por hacerme tantas ilusiones, porque después esa misma persona me traicionó; me cambió por un hombre patético y miserable que ejercía de camello.

Respiré profundo.

—¿Cómo sabías que Beatrice era la mujer de tu vida? —indagué con cierta curiosidad.

Se quedó pensativo mientras sus labios se curvaban en una sonrisa triste, como si estuviera recordando aquella etapa desenfundada en la que vivió con su compañera y amante.

—Me hacía sentir vivo —finalmente reveló—. Incluso libre.

—Siempre me he sentido libre —mentí.

Patricio avanzó dos pasos, pero se arrepintió y optó por detenerse.

—Estás tan jodido que no sabes diferenciar los sentimientos que almacenas en tu interior. Y créeme, sientes más de lo que quieres admitir, pero te niegas a derribar esa coraza que piensas que te protege. —Tragué saliva. Patricio conocía muy bien todo lo que pasé de niño con mi madre—. Ahora mismo da igual lo que yo te diga, pues no lo entenderás. —Hizo una breve pausa antes de añadir—: Te darás cuenta de lo que realmente sientes por Amber cuando ya no estés con ella.

No comprendí por qué sus últimas palabras me hicieron temblar, ni por qué me calaron tan hondo, pero tampoco quise analizarlas. Abrí la puerta con rudeza y, antes de marcharme de mi

estudio, le ordené con brusquedad:

—Vete de mi casa, Patricio.

No esperé una contestación; en cambio, me dirigí hacia las escaleras para subir a la segunda planta, pero me detuve en seco al oír el suave tintineo de unos utensilios metálicos que provenían de la cocina.

Caminé hacia allí y me apoyé en el marco de la puerta para observar cómo Amber esparcía chocolate derretido encima de lo que parecía ser una tarta. Estaba tan concentrada en su tarea que no notó mi silencioso escrutinio hasta después de varios segundos.

Amber levantó la mirada. El rostro se le iluminó al verme. La vi dejar la espátula embadurnada de chocolate encima de la isleta de granito negro al tiempo que yo avanzaba decidido hacia ella. Cuando menos de un centímetro de distancia nos separaba, le envolví la cintura con un brazo y la estreché contra mi cuerpo.

—¿Qué se supone que es ese churro? —le pregunté sintiendo la calidez de su respiración en mis mejillas.

Enredó los dedos en mi pelo y tembló por la anticipación cuando no pude dominar mis manos y empecé a sobarla de arriba abajo.

—Es una tarta para ti —susurró.

—Siempre chocolate.

—Es mi sabor...

—Favorito —la interrumpí—. Lo sé —aclaré acariciando despacio el interior de su muslo, aproximándome a su ropa interior. Se estremeció—. ¿Sabes? Me encanta que seas así de golosa. —Introduje mi dedo índice por debajo de sus bragas y, a continuación, toqué su coño ya ligeramente húmedo.

—Me alegro... —contestó casi sin aliento. La excité un poco más hasta que, de súbito, aparté la mano de aquel lugar que tanto disfrutaba saborear e internarme en él.

Señalé la tarta.

—Vamos a probar qué tal está. —Arranqué un buen pedazo con los dedos y, después, comencé a lamerlos uno por uno; los mismos que un segundo antes habían estado en contacto con su piel suave y excitada.

Sin apartar su hambrienta mirada de la mía, se ruborizó, pero no a causa de la vergüenza sino porque estaba deseosa de que la follara. Y yo necesitaba el sexo para distraerme un poco de la conversación que había mantenido con Patricio. Era la típica situación en la que ambos salíamos ganando.

—Eres un cerdo —declaró pretendiendo estar escandalizada.

—Y tú estás deliciosa.

Sacudió la cabeza a la vez que sonreía con suavidad. Se veía tan hermosa así, de esa manera, que, sin poder controlarme, la tomé por la cintura y la besé con fervor. Y ella respondió de inmediato. Mi lengua se adentró en su cavidad con una posesividad animal, como si estuviera follándomela, como si quisiera poseerla.

Tras unos intensos minutos y con la respiración agitada, me aparté para mirarla a los ojos. Tenía las pupilas dilatadas, pero aquel color verde que tanto me volvía loco aún era visible; un color que antes aborrecía y ahora, en ocasiones, incluso se me aparecía en sueños.

Inmóvil y enmudecido, estudié su rostro por varios segundos. Ella también permaneció callada mientras yo buscaba algo en su mirada, aunque no sabía el qué. Quizás una prueba irrefutable de que Patricio estaba en lo cierto respecto a ella. Pero no distinguí nada excepto

pasión, lujuria y... amor. Amber no estaba fingiendo. Le gustaba estar conmigo, y a mí... a mí me gustaba estar con ella.

—Amber... —murmuré su nombre aunque en realidad ansiaba decir mucho más. Necesitaba decir más. Sin embargo, callé y volví a besarla esta vez más despacio; anhelando que aquel instante fuera eterno, porque ¿y si por un capricho del destino Patricio tenía razón?

El sonido de un gemido ahogado me sacó de mis reflexiones. Quise creer que había sido ella, pero estaba casi seguro de que fui yo.

Amber se apretó más contra mí. El movimiento de sus labios se tornó más violento, más urgente. Aquello fue suficiente para que yo reaccionara del mismo modo. Si bien era cierto que cuando nos conocimos ella no era virgen, la había moldeado a mis necesidades más primarias, tal y como había planeado.

Sin poder aguantar más tiempo con simples caricias superficiales, la alcé al aire y coloqué su ligero peso sobre la isleta.

—¡Oh! —exclamó con diversión. Su perfecto culo estaba sentado encima de la tarta, manchando su recatado vestido floral.

—Sexo guarro —murmuré antes de volver a estampar mi boca contra la suya. Sentí su sonrisa en mis labios, pero me dejó seguir a lo mío.

Y como siempre sucedía..., no protestó ni se opuso a mis exigencias.

Amber dormía plácidamente en mi cama mientras yo la observaba en silencio. Hacía algunas horas que había cargado con su cuerpo hasta mi dormitorio y aunque me sentía cansado, no podía conciliar el sueño. Las palabras de Patricio resonaban en mi cabeza; palabras que estaban causándome una angustiosa inquietud.

No mentí cuando dije que ella nunca me había dado motivos para sospechar de sus intenciones. Al contrario. En todos esos meses, que habíamos estado más juntos que separados, jamás imaginé que tal vez ella no era quien decía ser.

Patricio, por otro lado, era la persona más importante que yo conocía. Me había salvado la vida no una vez, sino varias veces y no haría nada que pudiera perjudicarme. Por lo tanto si él tenía recelos hacia Amber sería porque había una buena razón; una que yo aún no lograba comprender.

Apoyé la nuca en el cabecero y miré hacia el techo, como si aquella superficie blanca fuera a darme alguna respuesta razonable. No podía darle la espalda a Patricio. No sería justo. La única solución a aquel problema era confirmar que Amber no nos estaba mintiendo, que era honesta con nosotros, para que Patricio tuviera que reconocer que se había equivocado. Y quizás, entonces, las cosas irían a mejor.

Pero si él estaba en lo correcto...

Meneé la cabeza, desechando de inmediato esa posibilidad. A continuación, aparté con cuidado el edredón y caminé hacia la cómoda. Cogí unos pantalones deportivos, me los puse y miré a Amber por encima del hombro antes de abrir y cerrar la puerta.

El pasillo estaba a oscuras, a pesar de que apenas eran las ocho de la noche, pero no encendí la luz y seguí andando hasta llegar a las escaleras. Bajé hasta la primera planta y me dirigí en dirección al estudio, dispuesto a llamar a la persona que despejaría todas mis dudas.

Tomé el teléfono con fuerza y, a continuación, marqué el número.

—Alessandro, ¿has recibido lo que te envié? —me preguntó refiriéndose a la información

que en la mañana habíamos obtenido sobre Khâliq.

—Sí —repliqué cortante.

—Bien... —murmuró ante mi repentino silencio—. Bueno, ahora mismo estoy con mi hijo, así que...

—Seré breve, Camilo —lo interrumpí—. Necesito un favor. Te lo recompensaré —agregué.

—Tú dirás.

—Necesito que investigues a una persona. Su nombre es Amber Martin.

—¿Amber? —inquirió desconcertado—. Creo que he oído ese nombre.

Se me disparó el corazón.

—¿Dónde?

—En la comisaría o, para ser más preciso, en el despacho de Jorge Gómez.

Agarré el lápiz que yacía en el escritorio y lo apreté con tanta tirantez que se rompió en dos.

—¿Qué aspecto tenía?

—No puedo contestarte a eso porque no la vi. Quizás estemos confundiéndonos de persona.

Unos minutos antes habría estado de acuerdo con él; ahora, lo dudaba mucho.

—Ya —dije con escepticismo—. Tal vez pueda servirte de ayuda que Amber Martin tiene familia en Barcelona, y también una tía llamada Herminia. Quiero saberlo todo de ella, y que sea cuanto antes.

—La buscaré en la base de datos.

—Camilo —lo llamé, pero no esperé una contestación—, métete en el ordenador de Jorge. Y me importa una mierda cuán difícil te sea hacerlo. Hazlo.

Colgué.

Pasaron tres días desde aquella conversación nocturna. Tres días preguntándome si todo lo que creía tener con Amber no era nada más que una farsa. Tres días follándomela más duro que nunca, como si hubiera querido castigarla por lo que todavía no sabía si de verdad había hecho. Follamos hasta el hartazgo en cada rincón de la mansión y mientras la llevaba hacia los terrenos más recónditos del placer, solo pude pensar que ella era mía y de nadie más. No iba a negarlo. Durante esos tres largos días rebosantes de incertidumbre me comporté como el mismísimo hombre de las cavernas.

Pero todo aquello era antes, o, como decía Patricio, agua pasada. Ahora tenía que enfrentar la realidad que me había rehusado a ver por activa y por pasiva. Me encontraba en el salón comedor, en casa de Patricio, mirando con prudencia las cuatro carpetas que tenía delante de mis ojos. Camilo no me había mandado una... sino cuatro y, para colmo, estaban atestadas de papeles.

Nada de aquello pintaba bien.

—¿Les has echado un vistazo? —me preguntó Patricio, sentado a mi izquierda.

—No.

—Ábrelas.

Asentí con una torpe sacudida y, a continuación, acaricié la cubierta de una de las carpetas. Pero no me atreví a abrirla. Gruñí para mis adentros. Quería matarme a mí mismo por actuar de una manera tan cobarde, pues había estado en la misma posición encorvada sobre las carpetas desde que habían llegado a mi poder, hacía alrededor de cuarenta minutos.

Patricio, hartándose de la expectante espera, me las quitó de las manos y, sin más

preámbulos, abrió una de ellas. Le bastó pocos segundos para cerrarla de nuevo y empujarlas en mi dirección. Enseguida supe que no le había gustado lo que fuera que había visto. Y también supe que a mí tampoco me gustaría.

—Míralas —dijo con brusquedad—. Terminemos con esto.

Tras respirar hondo, agarré la primera carpeta y la abrí de mala gana. Y aunque no leí de inmediato el contenido, me hirvió la sangre como nunca antes. Finalmente me armé de valor y bajé la mirada. En la parte derecha del folio estaba ella, serena y a la misma vez compartiendo una tímida sonrisa con la cámara que había capturado aquella imagen. Seguí leyendo un poco más abajo hasta llegar al nombre: Amber Martin.

Sintiéndome un poco más aliviado, dejé la carpeta a un lado para separarla de las demás y luego inspeccioné otra. Me chocó bastante ver la misma fotografía, pero, sin embargo, lo que me descuadró por completo fue el nombre que aparecía en el apartado de información básica.

—Amber Montalván —murmuré con el ceño fruncido.

Me devoré los seis folios con información de todo tipo mientras notaba mi rostro enrojecer por la rabia contenida. La muy perra no solo me había mentido respecto a su verdadero nombre, sino que también había omitido que tenía un hermano y a su madre como única familia. No había ninguna tía Herminia ni mierdas.

Gruñí de frustración y, a continuación, examiné la tercera maldita carpeta: la de David Montalván. Enarqué las cejas cuando vi que se encontraba en la cárcel, cumpliendo condena por tráfico ilegal de estupefacientes; furioso, continué ojeando las siguientes páginas hasta dar con su declaración, que fue tomada por Ernesto Ramírez en diciembre del año anterior.

Miré a Patricio.

—Su hermano trabajaba para Matías.

—Me equivoqué... —Exhaló con resignación—. Amber no trabaja para Khâliq, sino para Jorge Gómez.

Aunque mi mente ya había hecho las pertinentes conjeturas respecto a la auténtica identidad de Amber, oír aquellas palabras de la boca de Patricio fue como sentir un puñal clavándose en mi corazón. Fue entonces cuando lo entendí todo. Yo había sido un juego para ella. Me había utilizado como un medio para obtener un fin, que por lo visto era la libertad de David Montalván, su hermano. Las miradas, los besos, las caricias que rezumaban cariño... Todo, absolutamente todo, había sido una gran mentira.

Arrugué uno de los folios entre mis dedos mientras cientos de escenarios se reproducían en mi mente; situaciones donde me reencontraba con Amber, reaccionando de una manera distinta y más violenta en cada una de ellas. Pero lo más alarmante no eran las sádicas imágenes que me asaltaban sin piedad, sino el doloroso pinchazo que se propagaba rápidamente por mi pecho; un dolor que no había vuelto a experimentar desde hacía demasiado tiempo.

Me cubrí el rostro con las manos.

—Voy a matarla... —anuncié con la voz ronca mientras intentaba aplacar la sensación de vacío y el nudo que tenía en la boca del estómago.

—No puedes —repuso—. Está protegida por Jorge.

Al escucharle, dejé caer las manos a los lados y lo miré enfurecido.

—No vas a meterte en esto —le advertí—. Ya has demostrado lo que querías demostrar. Ahora mantente al margen.

—Si matas a Amber, serás el primer sospechoso de la lista. Y arruinarás todo lo que hemos conseguido.

—¿Y qué coño quieres que haga? ¡Dímelo, maldita sea! —bramé temblando de cólera—. ¡Esa puta me debe una maldita explicación!

—Mantén la calma.

No podía. Quería hacerle daño; que sufriera como en esos instantes yo estaba sufriendo. ¿Por qué me sentía tan mal? Dolido. Traicionado.

Decepcionado.

Sin poder controlarme, me levanté de la silla al tiempo que la pateaba con fuerza, lo que provocó que colisionara contra la pared. Respirando con dificultad, apoyé ambas manos sobre la mesa.

—Se acabó, Alessandro —dijo con evidente tensión—. Debes dejarla ir.

Apreté los ojos cuando el corazón me dio un vuelco. Una vez más, él tenía razón. Por más que yo quisiera, no podía retenerla a mi lado.

—Dejaré que se vaya —asentí abriendo los ojos poco a poco—, pero primero tendrá que darme una explicación y más le vale que sea convincente.

—Alessandro.

Di media vuelta, sin hacerle caso, y me dirigí hacia el vestíbulo. Justo cuando mi mano alcanzó el picaporte de la puerta principal, Patricio bramó desde atrás:

—¡No cometas ninguna estupidez!

—Le haré lo que se merece, Patricio. —Abrí la puerta y, entonces, lo miré por encima del hombro. El rostro de mi amigo reflejaba inquietud—. No te preocupes, seré misericordioso.

Salí al exterior antes de cerrar de un portazo. Por suerte, mi casa estaba a pocos metros de la suya, de modo que no tardé ni tres minutos en llegar. Fui con prontitud hacia la sala de estar, pero la persona que yo esperaba ver no se encontraba allí. En cambio, me topé con Marius y Giovanni.

Caminé hasta ellos.

—¿Dónde está? —indagué con la mandíbula rígida.

—¿Quién? —me preguntó Giovanni.

—Amber. Necesito verla.

—Se fue hace unos quince minutos —respondió Marius mientras encendía un cigarrillo—. A su apartamento.

Sin emitir palabra, di media vuelta a la vez que hurgaba en el bolsillo de mis vaqueros para extraer las llaves del coche. Caminé hacia el jardín, en dirección a la plaza de garaje, donde mi automóvil se encontraba estacionado. Entré en él y arranqué con brusquedad.

Debía sosegarme si no quería empeorar más aquella jodida situación, pero a medida que me acercaba al edificio, supe que la poca paciencia que me quedaba no iba a ser de ninguna ayuda. Me costaba creer que Amber fuera así de falsa; que me hubiera engañado como si yo fuera un simple juguete. Todo aquello me dolía demasiado como para poder ignorar la enorme agonía que estaba inundándome con precipitación. Era tanta la mezcla entre furia y tristeza que me asedió que tuve que detener el coche a un lado del bordillo.

—Cálmate —me regañé a mí mismo.

Respiré hondo mientras agarraba el volante con energía. A continuación, todavía sujetando la pieza en forma de rueda, apoyé la nuca en el reposacabezas a la vez que imaginaba las cosas que le haría una vez que la tuviera frente a mí. No obstante, mi mente me llevó al pasado o, para ser más exacto, a cuando tenía diez años.

Las manos me sudaban por sostener el revólver durante tanto tiempo; por fallar todos los disparos hacia la lata situada a algunos metros de distancia; por las constantes risotadas de

Marius, quien se hallaba próximo a mí.

—Inténtalo otra vez. No te rindas, Alessandro —dijo Patricio con imperturbabilidad en la voz.

Volví a apuntar al frente, mirando con precisión el punto de mira, antes de apretar el gatillo. Como siempre la bala paró a llegar al maltratado tronco de un árbol. Y, también, por enésima vez, Marius se rio a carcajadas de mis errores.

—Eres muy malo, Aless —murmuró entre risitas.

Odiaba que me llamaran Aless, pero sobre todo odiaba que se rieran de mí. Sin poder soportar la creciente rabia y la frustración por ser tan torpe con la puntería, me volví hacia él y levanté el arma a la altura de su cabeza.

Marius abrió los ojos, estremeciéndose ante mi actitud.

—¡Vamos, riéte ahora! —grité ofuscado—. ¿No te atreves, verdad?

Negó con la cabeza, temeroso por mi repentino arrebató de ira o quizás porque no se creía que yo, que era como su hermano, le estuviera amenazando con matarlo.

Una mano bastante grande y un poco callosa se posó en mi hombro.

—Alessandro —Patricio mantuvo su tono sereno—, baja el revólver.

Como no me lo estaba ordenando, sino pidiendo, no lo hice. Marius merecía aprender una lección.

—No —mascullé entre dientes—. Estoy harto de sus burlas.

—Pero yo...

—¡Cállate! —le exigí.

—Alessandro —repitió Patricio—, me parece que estás sacando todo esto de contexto.

—No, no lo estoy.

—¿Recuerdas lo que ayer hablamos entre los tres?

Alcé la mirada hacia Patricio y asentí.

—¿Marius no es importante para ti?

Volqué mi atención en el niño delgado, que me miraba suplicante. Tragué saliva.

—Sí, sí lo es —admití.

—Entonces baja el arma. —Lo hice, sintiéndome un poco avergonzado por mi comportamiento impulsivo—. No pasa nada. —Me apretó el hombro—. Pero recuerda: no se debe apuntar con una pistola a las personas que nos son importantes, porque por un descuido se puede cometer un error irreversible.

—Sí, Patricio —murmuré con sinceridad—. Lo siento, Marius.

—Yo también lo siento, Aless... Alessandro —se corrigió a sí mismo, sonriendo, al darse cuenta de mi expresión taciturna.

Patricio dio una palmada en el aire.

—Muy bien. Sigamos practicando. —Me situé en la misma posición que antes—. Apunta de nuevo. Eso es. Pero no estires tanto los brazos. Ahora hazte a la idea de que esa lata de bebida es la persona que más odias en este mundo.

Hice un gesto de asentimiento y, enseguida, visualicé a mi madre.

—Dispara —me apremió.

Lo hice sin titubeos. La bala atravesó el objeto por la mitad y esta chocó contra el suelo a causa del fuerte impacto. Esta vez Marius volvió a reír pero de alegría. Y yo reí con él mientras observaba a Patricio, que destilaba orgullo a la legua.

—¡Ya lo tengo!

—Ese es mi chico. —Me revolvió el pelo, aun sabiendo que a mí no me gustaba—. Seguiremos así un poco más y, después, será el turno de Marius —comentó y, a continuación, fue a colocar más botes metálicos.

—¿Has visto? —pregunté a Marius—. Pronto mataré a todos los malos.

Patricio, como si me hubiera escuchado, dejó de caminar y habló antes de que Marius pudiera decir algo.

—Alessandro —lo miré al oír mi nombre—, recuerda una última cosa: no se le arrebatara la vida a quien uno quiere.

Pestañee un par de veces, volviendo a la realidad, y, acto seguido, apreté el pedal del acelerador sin analizar aquellos recuerdos de mi infancia. Pocos minutos después, detuve el coche enfrente del edificio. Me apresuré a salir y correr hacia el portal cuando divisé a una señora mayor, que vivía allí, a punto de abrir la puerta. Se quedó mirándome con recelo por un momento, pero no dijo nada y continuó caminando por la acera.

Ascendí con prisa por las escaleras, pero me paré en seco en la segunda planta. Tenía la respiración agitada. El corazón me latía con poderío. Me apoyé contra la pared y esperé por lo que me pareció una eternidad, aunque en realidad fueron menos de dos minutos. Una vez que hube recuperado parte de la imperturbabilidad que me caracterizaba, remonté mi camino hasta la tercera planta y, sin perder más tiempo, llamé al timbre.

Como no sucedió nada, insistí presionándolo una segunda vez. Mientras aguardaba con impaciencia en el pasillo, escuché al otro lado de la puerta unos ruidos muy tenues y también la voz de Amber. Pero no logré descifrar el significado de sus palabras.

Entonces, y sin previo aviso, el momento tan esperado llegó. Amber, la mujer que me había traicionado y mentido durante meses, abrió la puerta.

Capítulo 21

Amber

Me quedé muy quieta, incluso contuve la respiración, cuando el timbre sonó por primera vez. Llevaba un buen rato encerrada en el apartamento, pero, sin embargo, todavía no había podido comunicarme con el agente Ramírez, así que en el hipotético caso de que Alessandro fuera un secuestrador de mujeres, yo aún no lo sabía con certeza.

Di un respingo del susto al oír el timbre por segunda vez; un sonido que me hizo reaccionar.

—¡Ya voy! ¡Un momento! —grité a través de mi garganta rasposa al tiempo que miraba mi mano izquierda, que aún sostenía el móvil con fuerza.

Dándome prisa caminé hasta la cocina, abrí un cajón y metí el aparato adentro. Entonces, por el rabillo del ojo, atisbé que el portátil continuaba abierto, así que corrí nuevamente hacia allí, cerré la pantalla y, para sentirme más segura, también desenchufé la batería.

Cuando todo estuvo de nuevo en orden, fui hacia la puerta y respiré hondo repetidas veces antes de abrir. Alessandro estaba ahí de pie, con la mano derecha apoyada en el marco, tan atractivo e imponente como siempre. Pero la sensualidad que él era capaz de transmitir con tan solo una mirada no fue suficiente para obviar la sensación de pesadez que se percibía en el aire.

Mientras permanecíamos enmudecidos, me percaté de que me estudiaba de un modo distinto; un poco inquisidora inclusive. Yo, en cambio, me preguntaba en silencio si él sería tan despiadado como para arrebatarme la libertad a alguien inocente. Y si lo hacía, ¿con qué fin?

Dio un paso hacia delante. Yo seguía ensimismada en mis pensamientos y aunque no le vi moverse, lo supe por cómo mi cuerpo se avivó ante su cercanía.

—Has tardado bastante —comentó a la vez que entraba en el apartamento, a pesar de que yo no le había invitado.

Resignándome a seguir con la incertidumbre, cerré la puerta y descansé mi espalda en ella.

—Estaba en el baño —dije como excusa.

Asintió distraído y, a continuación, comenzó a observar con parsimonia a su alrededor. Yo hice lo mismo, pero para asegurarme de que no había olvidado nada que pudiera delatarme. Cuando volví a poner mi atención en él, que estaba parado en medio del salón, me di cuenta de que me escudriñaba de manera minuciosa, con la mandíbula apretada. El pecho se le infló al tomar una profunda bocanada de aire; de sus ojos manaba algo parecido a la furia.

Parpadeé un par de veces, sin comprender qué le sucedía. Pero tan pronto como creí percibir aquel extraño comportamiento en él, también así de rápido se esfumó.

—Pensé que te encontraría en casa —explicó con tranquilidad.

—Vine aquí creyendo que estarías ocupado hasta más tarde.

Se metió las manos en los bolsillos del pantalón y, con una media sonrisa, me miró por un momento antes de decir:

—El asunto que tenía pendiente fue más fácil de resolver de lo que esperaba. Ya sé todo lo que necesitaba saber. —Alcé una ceja, intentando sacar alguna conclusión lógica de aquella frase, pero su voz volvió a interrumpirme—. ¿Necesitas llevarte alguna cosa de aquí?

—Humm..., no.

—Entonces supongo que podemos irnos.

Hice un movimiento de afirmación, aunque ya me encontraba caminando hacia el sofá para recoger mi bolso. A continuación, me lo eché al hombro y los dos fuimos hacia la puerta. Pero no llegamos a alcanzarla. La melodía predeterminada de un móvil resonó desde un cajón; el mismo que yo había abierto y cerrado hacía pocos minutos.

Alessandro se detuvo en seco, me miró con cierta malicia y se dirigió hacia la cocina; una vez que tuvo el móvil en su mano, dio un breve vistazo a la pantalla y, después, me lo entregó.

—Es para ti —comunicó con socarronería. No lo cogí—. Responde, Amber, no tenemos todo el día.

Tragando saliva, hice lo que me pidió y puse el auricular al lado de mi oreja.

—Tengo dos llamadas perdidas —habló Ramírez—. ¿Estás bien?

—Sí.

—Te noto rara. ¿Te encuentras mal?

—No —contesté mirando de reojo al hombre que siempre conseguía quitarme el aliento, aunque en aquel entonces era debido al miedo a ser descubierta.

Sin perder detalle de mis cortantes respuestas, se acercó hasta estar detrás de mi cuerpo. Se me aceleró el corazón cuando apoyó la barbilla sobre mi hombro para escuchar atento la conversación.

—¿Está él contigo? Di nuestra palabra y colgaré de inmediato.

«La palabra», intenté recordar con nerviosismo. En ningún momento había necesitado nuestro estúpido código, hasta entonces. Alessandro se aclaró la garganta y justo en ese instante, mi memoria sufrió un segundo de lucidez.

—Anabel —dije un poco más alto de lo que debería—, luego te llamo. —Presioné el botón de finalizar llamada con dedos temblorosos.

Apreté los ojos, creyendo que me desmayaría allí mismo; sobre todo cuando Alessandro exhaló con fuerza y su respiración me heló la mejilla. Necesitaba un poco de tiempo para recuperar la compostura, pero él se negó a dármelo. Abrí los párpados de golpe al sentir sus manos, grandes y fuertes, alrededor de mis brazos, apretando mi carne para luego acariciar la zona con delicadeza, como si él mismo no tuviera claro qué quería hacer.

—Me dijiste que no utilizabas ese móvil —me recriminó, pero no había crudeza en su voz.

—Y no lo hago.

Calló por lo que me pareció una infinidad de minutos; luego, me dio un beso en la parte posterior de la cabeza y se alejó para abrir la puerta principal.

—¿Vamos?

—Claro —accedí colocando el móvil sobre la mesita de centro. Cerré la puerta, bajamos por el ascensor hasta la planta baja y, a continuación, nos metimos en su Porsche, que estaba aparcado de manera incorrecta.

El trayecto no se me hizo largo a pesar del intenso y abrumador tráfico en plena hora punta, como ocurría cada día de la semana. Mientras Alessandro conducía con más calma de la habitual, yo miré enmudecida el constante ajeteo que definía Madrid por la ventana.

Desde que nos habíamos marchado del apartamento, ninguno de los dos había vuelto a emitir palabra y tampoco lo hicimos durante los treinta minutos de viaje. Sin embargo, al tiempo que yo contemplaba la urbe en toda su vivacidad, me devané los sesos para encontrar alguna conversación amena que pudiera intercambiar con él. Pero antes de que diera con algún tema de mutuo interés, el coche ya estaba internándose en el grandioso terreno de su mansión.

Alessandro, aún en silencio, cogió algo que no logré ver en la parte lateral de la puerta del conductor y, después, salió del automóvil. Yo le imité, con el ceño fruncido. No entendía el motivo de su actitud tan arisca; en especial porque en los últimos días nos habíamos estado devorando el uno al otro.

Me encontraba caminando delante de él, a punto de llegar a la entrada, cuando se me erizó todo el vello del cuerpo. Pero no a causa de su proximidad, sino en señal de alerta; tal y como sucedió en aquella ocasión que me descubrió espionando en su casa, en la víspera de Año Nuevo.

El instinto de correr lejos se despertó en mi interior. La sangre me bullía feroz por la súbita adrenalina del momento. Sentí que me faltaba el aire.

No alcancé a gritar y, muy pronto, tampoco pude moverme cuando Alessandro me cubrió la boca y parte de la nariz con lo que creí que era un pañuelo. No podría decir si luché contra él, pues estaba más pendiente de no inhalar aquel aroma dulzón que de darle algún codazo para liberarme de su agarre. Pero, sin embargo, todos mis intentos se vieron fracasados. Fue inútil pelear contra él. Y tanto la percepción de absoluta penumbra como la impresión de caer al vacío dominaron por completo mi mente. Los músculos y las órdenes que les dictaba mi cerebro dejaron de obedecerme.

Aquellas sensaciones, tan perturbadoras y a la misma vez tan familiares, fueron lo último que experimenté antes de perder la consciencia.

La cabeza me daba vueltas a pesar de que no veía nada, excepto la oscuridad que, hacía minutos u horas, me había envuelto. No estaba segura de cuánto tiempo había transcurrido desde que perdí el conocimiento, pero tenía un dolor espantoso en la nuca.

Tras unos cuantos segundos estando despierta, mis músculos engarrotados por la tensión comenzaron a relajarse; sin embargo, seguía mareada, con una sensación nauseabunda formándose en mi estómago. Estaba confundida, asustada por no saber dónde me hallaba.

Sin previo aviso varias imágenes aleatorias me invadieron, haciéndome recordar lo que había pasado. Y fue a peor cuando noté un paño mojado con olor a amoníaco cerca de mi nariz. Eché la cabeza hacia atrás a la vez que agitaba mi cuello de un lado a otro, intentando zafarme de quienquiera que en ese momento estuviese conmigo.

—Shhh... —Trató de tranquilizarme el susurro de una voz que no logré reconocer.

Abrí la boca, pero el único sonido que salió de ella fue un lamentable y patético balbuceo. Mis sentidos aún estaban adormilados, pero la mente me funcionaba a la perfección, pues sabía quién era el causante de que yo estuviera bajo aquellas condiciones.

«Alessandro».

Tragué saliva mientras pestañeaba con impaciencia y me esmeraba en abrir los ojos húmedos por las lágrimas no desbordadas. A pesar de ello, tras conseguirlo, no pude visualizar nada. Por

un instante creí estar ciega, pero pronto advertí la presencia de una venda que me cubría los ojos; así que como me habían privado de mi facultad para ver, agucé el oído al distinguir unos murmullos de fondo.

Escuché un par de voces masculinas, que conversaban en voz baja, no muy lejos de donde me hallaba. Cautelosa, ordené a mis manos a alzarse para deshacerme de la tela que tenía en los ojos, pero ninguna de mis extremidades se movió. Probé a menear las piernas; tampoco pude. Estaba atada a una silla. Completamente indefensa.

—¿Alessandro? —me atreví a preguntar, sintiéndome frustrada por estar maniatada de esa forma.

Las voces cesaron de súbito al escucharme, pero no confirmaron si Alessandro estaba o no con ellos. De todas maneras, intuí que él no se encontraba allí, porque mi cuerpo no experimentaba ningún cosquilleo; algo que siempre ocurría cuando estábamos juntos.

Los hombres no volvieron a pronunciarse. Lo último que supe de ellos fue que se habían marchado, tras oír el chirrido de una puerta al cerrarse. En aquel entonces el único canturreo que flotaba en el aire era causado por mis respiraciones temblorosas; por mis quejidos al esforzarme por escapar de las gruesas cuerdas que aprisionaban mis muñecas; por mi corazón que latía feroz en mi pecho. Pero tan pronto como había empezado a revolverme de un lado a otro para escabullirme de las ataduras, también así de rápido me detuve. Me quedé paralizada cuando la puerta se abrió otra vez. Se me erizó el vello del cuerpo, como si una corriente eléctrica estuviera acorralándome.

Alessandro había venido a buscarme.

Dio un sonoro portazo, lo que causó que me sobresaltara, pero no dijo nada. Y yo tampoco. Esperé a que hiciera algo, y él no tardó en hacerlo. Se me puso la piel de gallina cuando comenzó a avanzar con premiosidad en mi dirección.

Un paso.

Dos.

Tres.

Sus pisadas eran firmes, amenazadoras, como una pequeña catada de lo que en breve iba a probar. Levanté la mirada cuando le sentí a pocos milímetros de mi cuerpo, aunque mi visión seguía siendo nula. Qué paradójico. Incluso a ciegas mis ojos buscaban con desesperación los suyos.

Su nariz rozó por un instante la mía y su aliento se extendió por todo mi rostro, entremezclándose con mi respiración entrecortada. Siempre me había fascinado tenerle cerca, pero en aquella ocasión no fue así. Alessandro apestaba a alcohol; era bastante evidente que había bebido más de la cuenta.

Disimulé una mueca de disgusto al inhalar aquel olor tan viciado. Con un horrible y amargo sabor deslizándose por mi garganta, me estremecí al oír el característico sonido del seguro de un revólver. ¿Acaso iba a quitarme la vida, estando atada y sin poder siquiera defenderme? A pesar del escenario en el que me encontraba, se me enervó la sangre ante el pensamiento.

—Si vas a asesinarme, hazlo rápido —dije con fuerza, harta de tanto silencio.

Alessandro soltó un gruñido y me quitó la venda de los ojos. Pestañeé varias veces, hasta que mi vista se acostumbró a la luz, y descubrí su rostro a un palmo del mío. Se veía tan distinto... Me miraba con cansancio, con dolor..., con odio.

—Pensé que habrías aprendido algo tras trabajar varios meses con Jorge Gómez. Quizás si hubieras prestado más atención sabrías a estas alturas que no mato con prisas a los traidores. —

Sonrió, aunque no había rastro de humor en aquella frase—. Al contrario, suelo tomarme mi tiempo.

No tenía ni idea de cómo me había descubierto, pero no me amilané.

—Eres un monstruo —declaré con repulsión. Me tomó la barbilla con la mano izquierda y me la apretó entre sus dedos.

—Y tú eres una puta, que ha estado revolcándose en mi cama.

Sus palabras destilaban veneno y al escucharlas de su boca, sentí como si alguien estuviera asestándome infinitas puñaladas en el corazón. Me lastimó que me llamara puta porque, al revés que él, yo le había manifestado mi cariño. Mis sentimientos. Mi amor.

Sintiéndome herida por aquel comentario tan desafortunado y también impulsada por la rabia acumulada de hacía meses, le escupí en la cara sin pensar en las consecuencias que eso tendría.

Me costó varios segundos entender por qué lancé un gemido lastimero, por qué un agudo ardor se extendió desde mi mejilla izquierda hasta la comisura de mi labio y por qué Alessandro retrocedió varios centímetros hasta que su espalda chocó contra una pared. Pero pronto lo comprendí. Alessandro lucía horrorizado, asqueado consigo mismo por haberme golpeado con la mano que retenía el revólver.

Lamí un hilillo de sangre que se desplazaba por el borde de mi labio izquierdo mientras observaba atenta a Alessandro, que se sujetaba la cabeza con las dos manos. A continuación, dejó caer el revólver como un peso muerto encima de un mueble y me dio la espalda para apoyar ambas manos en la plana superficie de la pared.

—Mierda... —masculló—. ¿Qué coño estoy haciendo? —Las últimas palabras fueron apenas un susurro, pero, aun así, las oí.

Las lágrimas, que había estado reteniendo durante tantos minutos, descendieron finalmente por mis pómulos. *¿De verdad hemos alcanzado este punto, que parece no tener retorno?*, me pregunté a mí misma. Si bien era conocedora de que algún día ese momento iba a llegar, jamás lo había visualizado de esa manera. Acabábamos de rebasar cualquier límite que separaba la cordura de la locura. Y aunque le amaba como nunca antes había amado, también le odiaba. El odio y el amor que sentía hacia él se fusionaron en uno.

—¿Aparte de ser un secuestrador de mujeres, también te dedicas a maltratarlas? —Tragué saliva cuando los músculos de la espalda se le tensaron.

Dio media vuelta para mirarme.

—¿Lo hice? —me preguntó refiriéndose a si me había secuestrado.

Aquella escueta respuesta lo confirmó todo. Él no era el hombre que yo pensé que era; al contrario, tenía un lado mucho más oscuro y siniestro del que estaba reflejado en su informe policial.

—El hecho de que no lo hicieras no cambia nada —murmuré, acongojada—. ¿Cuántas? —exigí saber.

Apretó los ojos y se sujetó con firmeza a un costado del mueble.

—¿Y eso qué más da? —respondió abriendo sus ojos atormentados otra vez. Se quedó estudiándome por unos segundos y, a continuación, utilizó un tono frío y mordaz—. Lo que de verdad importa es lo que tú has hecho —me recriminó—. Todo esto —señaló el enorme espacio que había entre nosotros— ha sido una mentira, un puto juego. ¿Te divertías? ¿Te reías con Jorge Gómez cuando hablabais de mí?

El pecho se me oprimió.

—Nunca le hablé de ti. No de la manera que crees —me corregí al ver su ceño fruncido.

Respiré hondo. No quería seguir mintiendo. Necesitaba ser sincera con él. Al fin y al cabo, no podía perder más de lo que ya había perdido—. Al principio tenía un pacto con Jorge, pero todo cambió. Yo cambié.

Resopló a la vez que sacudía la cabeza con incredulidad.

—No te creo. Eres una falsa. No hay ninguna razón para que cambiaras.

—¡Cambié de parecer porque me enamoré de ti! —grité con pesar.

—¡Mentira! —clamó con evidente rabia y dolor—. ¿Cómo puedes tener la desfachatez y la poca vergüenza de decir que estabas enamorada de mí cuando al mismo tiempo intentabas arruinarme?

—No pensaba hacerlo. No hubiera podido.

Aunque me esmeré por convencerlo de lo cierto, él no me creyó; lo pude ver en el gélido azul de sus ojos. A continuación, como si hubiera recordado que el revólver persistía inmóvil encima del mueble, descansó su mano sobre el arma.

—¿Qué es lo que Jorge Gómez sabe de mí gracias a ti?

—Nada... —murmuré respirando un poco más agitada—. Jorge no tiene nada concreto en tu contra.

—¿Trabajas también para Khâliq Salim?

La pregunta me tomó tan desprevenida que tardé algunos segundos en reaccionar.

—¡No! —La firmeza que ejercía su mano en el revólver se intensificó, así que me apresuré a añadir—: Khâliq no es un buen hombre. —Alzó una ceja ante mi súbito comentario—. Quiere hacerte daño, tanto o más que Jorge.

Soltó una risita sarcástica.

—Por lo visto, además de ser una traidora, también estabas al tanto de las rastreras intenciones que Khâliq tiene hacia mi persona. La verdad es que no sé por qué me sorprende. Eres patética, Amber.

Sacudí la cabeza con frustración y desconcierto. Tenía la impresión de que dijera lo que dijera nada sería suficiente. Las palabras que abandonaban mis labios se estaban volviendo contra mí.

—Khâliq me amenazó —argumenté en vano—. Intenté decírtelo, pero no supe cómo.

El silencio nos cubrió como un manto helado. Se quedó mirándome durante lo que me pareció una eternidad, con la mandíbula apretada, el cuerpo rígido, los ojos fríos como el mismísimo hielo.

Me odiaba. Ya no me cabía ninguna duda.

—Confíaba en ti... —musitó con la voz ronca—. Te he dicho cosas que jamás le he contado a nadie. Me he comportado contigo como nunca pensé que haría. Lo mínimo que podrías haber hecho es darme la mitad de lo que has recibido por mi parte.

Él tenía razón. Entreabrí los labios con la intención de expresar algún pensamiento coherente, pero solo dejé escapar un trémulo suspiro de desconsuelo.

—En el fondo eres igual que ella —continuó.

No tuve que preguntarle a quién se refería. Sabía que hablaba de su madre.

—Te equivocas. —Tragué saliva—. Yo te quiero de verdad. Y lo sigo haciendo a pesar de todo esto.

El pecho se le ensanchó al tomar una profunda bocanada de aire, como si le hubiera dolido escucharme pronunciar esas dos palabras que yo siempre ansiaba decirle. Si bien era indiscutible que estaba mostrándome la parte más vil y cruel que habitaba en él, también estaba dejándome

ver, a medias, un lado sensible y vulnerable.

—No te creo. —Sus ojos se tornaron brillantes, pero se recompuso con tanta rapidez que fue como si nunca hubiera ocurrido—. Ya no.

—Pues deberías —contesté al borde del llanto—. Puede que no siempre haya sido sincera contigo, pero mis sentimientos por ti sí lo son. —Resopló ante mi repentina franqueza. Seguía sin crearme.

De repente, desvió la mirada hacia la mano que empuñaba el arma. Y yo hice lo mismo. Me horroricé al verle enarcar ambas cejas a la vez que una mueca de desprecio se dibujaba en su rostro. Sin mediar palabra, se dispuso a abrir el tambor del revólver y cuando lo ejecutó, ocho balas rebotaron en la madera del mueble; algunas cayeron al suelo mientras que otras yacieron tambaleantes en la superficie. Pero él sólo estaba interesado en una de ellas.

Desesperanzada, vi que ponía de vuelta una única bala y, acto seguido, colocó el tambor en su lugar tras hacerlo rodar un par de veces. Lo miré suplicante. Alessandro parecía más frío y distante que nunca. El hombre de hacía pocos instantes había desaparecido. Ahora, la persona que tenía a pocos metros de distancia, se había transformado en un ser sin emociones, sin sentimientos, sin piedad.

—¿Vas a matarme? —inquirí en un tono casi inaudible.

—¿Tú qué crees? —me preguntó, aunque ya estaba apuntando en mi dirección.

Aunque sabía que aquel momento, que tantas veces imaginé, vendría a mi encuentro, me dolió que no me quisiera junto a él; que no fuera capaz de perdonarme. Tal vez tendría que haber desistido de albergar cualquier ilusión y expectativa que había puesto en nosotros. Quizás si lo hubiera hecho, el golpe no habría sido tan duro.

Bajé la vista. No podía seguir mirándolo. No quería que aquella imagen impasible fuera lo último que recordara de él. Prefería alimentarme de los sueños rotos antes de contemplarlo de esa manera.

Mis silenciosas reflexiones se disiparon tras oír de nuevo el sonido del seguro, que me indicó que mi hora se acercaba. Cerré los ojos, aguardando la llegada del objeto que me quitaría la vida; esperando con el último resquicio de valentía que me quedada a que disparara. Y él no decepcionó a mis miedos.

Alessandro apretó el gatillo. La bala se lanzó veloz hacia mí.

Antes de que pudiera reaccionar o emitir algún grito de pánico, me encontré a mí misma jadeante y aterrada en el suelo mientras le veía acercarse despacio. Fue entonces cuando comprendí que me había disparado porque no le importaba que yo muriera. A él le daba lo mismo si yo faltaba en su mundo; si no volvía a despertarse ni a dormirse conmigo.

Me centré en él cuando se agachó y levantó mi rostro sosteniendo mi pelo, húmedo y pegadizo por el sudor, entre su puño.

—Reza para que no haya una segunda vez —masculló refiriéndose a la bala que había atravesado y destrozado la pata de la silla—, porque te juro que no volveré a fallar a propósito.

Me soltó con brusquedad y se alejó de mí, dejándome temblorosa y con ganas de vomitar a causa de los nervios. Y aunque en aquel instante deseaba decirle miles de cosas, no pude hacerlo. No me vi capacitada. Me quedé ahí, observando con lágrimas en los ojos cómo Alessandro guardaba las balas restantes en el bolsillo de su pantalón. Una vez que hubo ocultado la pistola en la cinturilla de sus vaqueros, me miró por un segundo y, a continuación, cerró la puerta tras de sí con un golpe seco.

El color gris de la puerta blindada fue lo último que percibí antes de desmayarme.

Mis muñecas cayeron lánguidas a mis costados, y, gracias a ello, la sangre volvió a circular con normalidad. Mis piernas también fueron liberadas, por lo que las encogí hasta quedar en posición fetal. No tenía ni idea de cuántos minutos pasaron después de que las cuerdas que tenía alrededor de mis extremidades hubieran desaparecido, pero en todo caso no me atreví a abrir los ojos por temor a lo que podría encontrarme.

De manera inesperada, unos brazos fuertes cargaron con mi cuerpo. Los míos, actuando como si estuvieran programados, envolvieron el cuello de Alessandro. No le vi, pero sabía con certeza que él estaba conmigo. Siempre sabría cuando lo estuviera.

Aunque no se movió del sitio, o eso fue lo que creí, noté la magnífica calidez de su respiración en mi frente; incluso cerca de mis labios, así que los separé creyendo que me besaría. Pero el beso que tanto anhelaba nunca llegó. Al contrario, me apretó contra él, pero enseguida cesó la firmeza de su sujeción al oírme soltar un quejido de dolor. Fue entonces cuando decidió comenzar a caminar.

No sabía durante cuántas horas había estado en aquella habitación, ni dónde se encontraba, pero por primera vez no me picó la curiosidad. El único detalle que sospechaba conocer era que estaba en alguna parte de la mansión.

Mientras parecía llevarme hacia algún lugar, le acaricié la nuca con suavidad; lo besé despacio en el cuello, dándome igual que se tensara bajo mi tacto. Necesitaba sentirle. Saturarme de lo poco o nada que él estaba dispuesto a dar.

Alessandro se detuvo en seco.

—Para, Amber... —Me abstuve de hacerlo y continué arrimándome a él—. ¡Joder, te he dicho que pares! —bramó cerca de mi oído, lo que causó que echara la cabeza hacia atrás debido al sobresalto.

Abrí los ojos. Si bien lo miré con evidente nerviosismo, lo que vi me hizo tragar con fuerza y suspirar de pesadumbre. Alessandro tenía los ojos vidriosos y un tanto rojizos, y respiraba con dificultad. El pecho le subía y le bajaba con ímpetu, pero, aun así, se veía hermoso. Salvaje. Indomable.

Haciendo acopio de valor, deslicé la palma de mi mano hacia su rostro, a pesar de que temía que volviera a gritarme. Pero no se opuso ni replicó. Le acaricié la mejilla con innegable ternura y, al instante, no pude evitar suspirar de felicidad. Me raspaba la piel a causa de la creciente barba que solo le embellecía todavía más.

Exhaló el aire poco a poco, como si estuviera aliviado, y cerró los párpados dejándose llevar por el momento.

—Te amo... —Las palabras abandonaron por sí solas mis labios.

Al escucharme, abrió los ojos de golpe y me lanzó una mirada cargada de crudeza.

—Abre —demandó señalando la puerta con la barbilla.

Miré al frente y, enseguida, me di cuenta de que se trataba de su dormitorio. Antes de que volviera a repetir lo que ya me había ordenado, giré el picaporte. Alessandro fue directo hacia la cama, pero, pese a lo mal que me sentía en aquel entonces, aún tenía mis necesidades fisiológicas.

—Necesito ir al baño —murmuré con timidez.

Gruñó a modo de respuesta, como si mi petición le hubiera frustrado los planes, y me llevó hasta el cuarto de baño. Me dejó sobre mis pies, pero yo seguía débil y mareada, así que tuve que

sujetarme por las paredes hasta alcanzar el retrete.

Me estaba desabrochando el pantalón cuando aprecié que Alessandro apoyaba la cadera sobre el lavabo y se cruzaba de brazos.

—¿Vas a quedarte mirando? —pregunté, confusa.

—¿Tienes algún problema? —inquirió alzando una ceja.

—Solo haré pis.

—No te creo ni una puta palabra. ¿Quieres mear? Entonces hazlo, pero rápido. No tengo toda la maldita noche.

—Date la vuelta al menos —le pedí sintiéndome violenta ante la situación.

—Eso de ahí —señaló mis partes íntimas— me lo conozco bastante bien.

—Por eso mismo, no mires.

—Mea de una jodida vez —advirtió al tiempo que daba un paso hacia delante—. Para tu tranquilidad te diré que no te pondré ni un solo dedo encima. Me repugnas, Amber.

Miré hacia el suelo de color negro, dolida de que se hubiera vuelto a transformar en un hombre cruel e inflexible, y me bajé los pantalones y las bragas. Suspiré de desahogo al sentir mi vejiga vaciarse y después me limpié con cuidado, intentando que no me viera. Era totalmente absurdo. Alessandro tenía razón; él me conocía muy bien sexualmente hablando.

Tras tirar de la cadena, caminé hacia el lavabo doble para lavarme las manos. Una vez secas giré sobre mis talones, pero él me obstaculizó el paso, con los ojos fijos en mi mejilla hinchada y magullada.

—Me arrepiento mucho de haberte hecho esto —dijo levantando la mano. Estuvo a punto de tocarme, pero antes de hacerlo la cerró en un puño rígido—. Espero que algún día puedas perdonarme.

—Lo hago. Te perdono... —susurré al instante.

Se quedó perplejo. Era obvio que no se esperaba aquella respuesta, pero yo le estaba diciendo la verdad. Le perdonaba, porque aquella herida se terminaría curando con el tiempo; en cambio, si no me daba una segunda oportunidad la herida abierta que tenía en mi corazón nunca sanaría.

Como no contestó ni hizo ademán de moverse, le tomé la mano que aún mantenía cerrada y la situé cerca de mi mejilla.

—Amber... —Su voz sonó más como un jadeo ahogado que una advertencia.

—Tócame —le supliqué, con las lágrimas desbordando mis ojos. Lo necesitaba más que a cualquier otra cosa.

Acortó la distancia que se interponía entre nosotros, pero no me tocó. Al contrario, volvió a romperme un poco más.

—¿Qué parte de «no voy a tocarte porque me repugnas» no has entendido?

—¡Basta! —estallé—. ¡Deja de decirme esas cosas!

—¡Y tú para de rebajarte!

Sin esperar a que le contestara, cerró los dedos alrededor de mi brazo y me arrastró hasta la habitación. A continuación, me tiró a la cama como si yo fuera una muñeca de trapo.

Me enjuagué las lágrimas y lo miré abatida.

—Me estás haciendo daño.

—¿Y el daño que me has hecho tú a mí? —me preguntó entre dientes—. Eres una egoísta. Solo hablas de ti y de ti.

—Por favor, déjame expli...

—¡Cállate! —me interrumpió, dirigiéndose a mí con frialdad. Era como si estuviera librando una batalla en su interior. A veces se ablandaba, pero enseguida cambiaba de parecer—. No me interesa oír tus excusas. Tan solo cállate por un momento... —Asentí y bajé la mirada. Alessandro estaba perdiendo la paciencia conmigo, y yo no quería desatar más su furia. Nos quedamos en silencio hasta que, después de unos minutos, volvió a hablar—: Dime lo que Jorge Gómez te prometió.

—La libertad de mi hermano —susurré.

—Su libertad a cambio de la mía —confirmó afligido—. Cuánto me quieres, ¿no?

Lo miré, dolida.

—No ironices mis sentimientos por ti.

—¿Qué sentimientos? ¡Lo quieres más a él!

Sacudí la cabeza con frustración.

—¡No es lo mismo!

—¡Sí que lo es! Al fin y al cabo, es amor. ¿No es cierto?

Alessandro no entendía la diferencia entre el amor que yo sentía por él y el amor que sentía por David.

—Lo eres todo para mí. Todo —declaré en voz baja—. Te amo tanto que me duele.

—Eres una mentirosa —dijo antes de dar media vuelta.

Me abalancé veloz sobre él y le envolví la cintura con ambos brazos, convirtiéndome en un peso muerto para evitar que siguiera caminando.

—No me dejes... Dame otra oportunidad —le imploré entre sollozos. Era penoso ser testigo de lo que me había convertido: en una persona que mendigaba por un poco de cariño. Pero en aquel momento no me importaba. No quería perderle—. Por favor, no me dejes.

Alessandro tembló, con la espalda en tensión, mientras mis lágrimas le mojaban la camiseta. Cogió mi mano con delicadeza y, a continuación, la depositó sobre la tela de su pantalón, justo encima de su miembro no erecto.

—¿Lo sientes, Amber? —me preguntó con voz trémula—. Esto es lo que ahora provocas en mí. —Al oírme hipar, añadió—: Nada.

Y se fue; se alejó como si yo fuera la peor de las enfermedades. Alessandro cerró la puerta con llave al mismo tiempo que yo me derrumbaba sobre la cama para desahogarme de la única manera posible: llorando.

La sensación de amargura era desgarradora. Y mientras me aferraba a la almohada, que aún olía a él, me pregunté si uno podría morir de pena. Pensé que moriría en aquel cuarto, en especial cuando me ahogué con mis propias lágrimas y comencé a toser hasta sentir que se me despedazaba la garganta.

—Por favor... —supliqué a nadie. Nadie podía oírme. Estaba sola, tiritando de pies a cabeza.

Alessandro no tan solo me había humillado, sino que también me había abandonado a pesar de mis constantes ruegos. Ni siquiera había querido escucharme. En aquel instante le habría vendido mi alma al diablo si con ello hubiera conseguido que Alessandro me diera la oportunidad de explicarme. Ahora que todo lo que tenía con él se estaba demoliendo delante de mis ojos, me di cuenta de lo mucho que él significaba en mi vida. Le amaba más de lo que nunca me hubiera imaginado; mucho más de lo que mi pobre corazón era capaz de aguantar.

Sola y sintiéndome vacía, los minutos avanzaron con lentitud hasta que la desesperación empezó a cubrirme. El abatimiento me acarició. Y con una última lágrima transitando por mis

pómulos, cerré los ojos para darle la bienvenida a la oscuridad; accediendo a que de momento las sombras apaciguaran la profunda y amarga tristeza que colmaba mi interior.

Capítulo 22

Amber

Aun con los ojos cerrados noté el suave resplandor de los primeros rayos de sol, que entraban tímidos por el enorme ventanal. Alcé una mano para cubrirme los párpados, pero me abstuve de hacerlo cuando aquel conciso movimiento me causó una gran molestia, que iba desde la base del cuello hasta la cabeza. Tenía los músculos entumecidos y apenas podía enderezar los hombros. Incluso me dolía el cuero cabelludo.

Hice un esfuerzo para abrir los ojos, pero inmediatamente volví a cerrarlos al percatarme de que tenía la vista demasiado sensible y la claridad del día tan solo aumentaba mi pronunciado malestar. Me quedé inmóvil y mientras permanecía recostada en la amplia cama, los espantosos recuerdos de la noche anterior me invadieron. Por un breve momento creí que todo lo ocurrido había sido un sueño, amargo y perturbador, pero me había equivocado.

Exhalé un trémulo suspiro de cansancio. Mi pesadilla no había hecho más que empezar.

Estuve varios minutos pensando en todo y en nada a la vez hasta que, sin más miramientos, respiré hondo y abrí los ojos; tras hacerlo, seguido de dos torpes intentos tratando de erguirme, me senté en el colchón. Apoyé la espalda con cuidado en el cabecero y, a continuación, miré al frente.

Las cortinas, cuyas telas estaban bordadas en colores grises y azules, mitigaban la potente luz del sol y proyectaban atisbos de penumbra en mi dirección; algo que realmente agradecí. Fue entonces cuando me percaté, por primera vez, de los innumerables destrozos que había en la habitación.

Miré la cómoda, antes maciza y opulenta, que yacía boca abajo. Los cajones y las prendas de vestir se encontraban dispersos en el suelo. La lámpara de pie, instalada en una esquina cerca de la ventana, estaba despedazada. Los tres cuadros de paisajes abstractos eran apenas un leve recuerdo de lo que alguna vez habían sido, y el reloj parecía que hubiera sido arrojado contra una pared.

Lo único que sobrevivió ante la descontrolada ira de Alessandro fue la mesita de noche. Todo lo demás estaba roto, fragmentado, como yo.

Acongojada, clavé la mirada en mis manos, que descansaban inmóviles sobre mi regazo, mientras me torturaba pensando en el daño que le había hecho; en el dolor que yo misma nos había causado. Aunque Alessandro también me había mentado en muchos aspectos, yo conocía mucho más de su vida que él de la mía.

Ahora era indudable que él me odiaba, y yo no me veía capacitada para hacerle regresar a mí. Aquello era imposible. Le había pedido que me tocara, incluso habría permitido que hiciera lo que quisiese con mi cuerpo, pero él se había negado en rotundo. Y ni siquiera había pasado la noche en su propio dormitorio. Imaginar que habíamos estado a pocos metros de distancia me hizo agonizar de angustia.

Regresé mi mirada al frente al oír una llave manipulando la hendidura. No pude evitar estremecerme cuando la puerta se abrió y Alessandro entró en la habitación, vistiendo la misma ropa que había llevado el día anterior. Verle de nuevo fue como volver a respirar, pero también muy asfixiante.

Dejó la puerta entornada y, a continuación, caminó hacia mí trayendo consigo una bandeja de plástico, cuya superficie estaba ocupada con una taza de café, una magdalena y dos tostadas.

Confundida, negué rápido con la cabeza. Alessandro se paró en seco al creer que le estaba pidiendo que no se acercara. Pero me malinterpretó. No entendía por qué me traía el desayuno cuando hacía pocas horas me había tratado peor que nunca. No entendía por qué pretendía cuidarme si después sus palabras me desgarrarían por dentro.

Tras un incómodo silencio, retomó sus pasos. Pero cuando estuvo a pocos centímetros de la cama, arrugué la nariz y me cubrí la boca con la mano al sentir la bilis golpeándome la garganta.

—No... —mascullé. Seguía mareada y aunque no había tomado bocado durante quién sabe cuánto tiempo, en aquel instante era incapaz de comer.

—Come —declaró acercándose aún más—. Estás así porque tienes hambre.

Al oler el intenso olor a café, volteé la cabeza hacia el suelo creyendo que vomitaría en cualquier momento. Alessandro, al comprobar que yo no podría ingerir ningún alimento en aquel estado, retrocedió para colocar la bandeja fuera de la habitación.

Cerré los ojos, aliviada por no tener que soportar el penetrante aroma del café o el de las mismísimas tostadas con mermelada. Pero aquel segundo de calma se esfumó al apreciar sus dedos acariciando mi mejilla. Elevé el rostro hacia él, que me estudiaba con detenimiento.

El corazón me dio un vuelco. Alessandro tenía los ojos rojizos, más que en la noche anterior, incluso parecía que yo había dormido más que él; el pelo, revuelto y la creciente barba oscura ocultaba parte de sus hermosas facciones. Ahora que estábamos tan próximos el uno del otro, distinguí otra vez el fuerte aroma del alcohol en sus labios, junto con el del tabaco, que provenía de sus prendas, pero no me disgustó como al principio. Al contrario, me tranquilizó.

Como si estuviera hipnotizada, levanté la mano para atrapar la suya, que aún continuaba mimándome, pero no alcancé a tocarle. Se apartó con súbita precipitación, como si acabara de darse cuenta de lo que estaba haciendo.

—¿Por qué me haces esto? —le pregunté en voz baja, con los ojos llenos de lágrimas. Con una expresión inmutable dibujada en el rostro, se cernió amenazante sobre mí, de modo que tuve que inclinarme un poco hacia atrás. No estando contento con la distancia que se interponía entre nosotros, bajó más la cabeza.

Me mordí el labio inferior al respirar su aliento, pero sobre todo al ser consciente de que solo tenía que erguirme unos pocos milímetros para poder saborear su boca.

—¿El qué? —inquirió con tono peligroso.

—Me torturas con tu cercanía —dije con sinceridad—. Y sabes muy bien cómo me afecta.

Sonrió con malicia y rozó mis labios con los suyos. Ahogué un gemido de placer y desesperación. Me estaba volviendo loca; en especial sus constantes cambios de comportamiento. Era como si para no sucumbir, ni dar su brazo a torcer, necesitara hacerme daño

y actuar como el hombre frío y calculador que una vez conocí.

—Tan cerca y tan lejos... —murmuró contemplando mi boca con fijeza; después, volvió a mirarme a los ojos—. Ya que no quieres comer, recoge tu ropa y todas tus cosas. Hay una maleta en el vestidor.

Mi corazón dejó de latir; las lágrimas contenidas rodaron por mis mejillas. Alessandro posó su mirada en la pared opuesta, negándose a ser testigo de mi sufrimiento.

—No...

Mi voz se apagó en el aire, y él me ignoró. Pero yo no pensaba darme por vencida; agarré el bordillo de su camiseta y tiré con fuerza hasta llamar su atención. Al mirarme de nuevo, tragó saliva de manera audible.

—No ¿qué? —indagó al tiempo que me enjuagaba una lágrima con la yema de su dedo pulgar.

—¿Cómo puedes echarme de tu lado cuando me tocas de esta manera? —susurré acongojada. No entendía por qué trataba de fingir indiferencia cuando yo podía ver destellos de amargura en su mirada; los mismos que se reflejaban en la mía—. Me estás matando.

No se pronunció; en cambio, continuó acariciándome mientras me observaba con una intensidad que penetró en lo más profundo de mi alma. Pero aquel dulce momento no duró demasiado, y, después de unos breves segundos mortificándome con sus caricias, apartó su mano y la enterró contra el colchón, evitando de esa forma volver a tocarme.

—Te haré una pregunta muy parecida —murmuró con fingida calma—. ¿Cómo puedes querer a dos hombres a la vez?

—Son amores totalmente distintos —intenté explicarle, aunque en realidad deseaba gritar de frustración. No comprendía por qué se sentía inferior a David—. La manera en que quiero a mi hermano es diferente a cómo te quiero a ti.

—Eso no es posible.

—Sí que lo es.

—Negociaste para perjudicarme. ¿Cómo puedes decir que me quieres? —inquirió con la mandíbula tensa.

Alessandro tenía la mente estancada.

—No iba a hacerlo. —Como si no me creyera, se puso de pie para marcharse. Pero antes de que pudiera dar un paso hacia atrás, tomé su mano y la situé encima de mi corazón. Me humedecí los labios—. ¿Lo sientes? —Era una pregunta retórica—. Solo tú tienes la habilidad de hacerle latir tan rápido, tan desesperado. No mi hermano, sino tú. Te prefiero a ti por encima de todas las cosas. Créeme, por favor.

Cubrió mi mano con la suya. Suspiré de alivio al pensar que me daría una oportunidad; que seríamos capaces de salir adelante. Pero todo se truncó cuando él habló otra vez. Mi mundo entero se desmoronó.

—Te equivocas. No me prefieres a mí. —Respiró hondo—. Elegiste a tu hermano el día que aceptaste el acuerdo que te ofreció Jorge Gómez. —Se apartó de la cama consintiendo que varios centímetros alzarán un muro entre nosotros—. En el fondo sabes que siempre ha sido tu hermano. Él siempre ha sido el primero —musitó con los ojos vidriosos antes de dar media vuelta.

Me quedé sin habla mientras le veía caminar hacia la puerta; una vez que alcanzó el picaporte, se quedó inmóvil. Alessandro trataba de disimularlo, pero respiraba con agitación y por más que quisiera interpretar un papel frívolo, estaba dejándome entrever parte de sus emociones.

—Recoge tus cosas —ordenó, todavía dándome la espalda—. Y no tardes. —Se marchó del

dormitorio.

A pesar de la orden que me había dado, la última cosa que surcaba por mi mente era el de amontonar mi ropa y mis objetos personales. Si le apetecía, podía prender fuego a todo lo material. Me daba lo mismo. No podía llevarme nada de allí, porque todo me recordaría a él. Pero ¿a quién quería engañar? Aun sin mis pertenencias, él seguiría apareciendo y viviendo en mi memoria, como un fantasma; exactamente en lo que yo estaba a punto de convertirme.

No tenía ni idea de lo que podría pasar una vez que bajara por la grandiosa escalinata hasta la planta principal. Cabía la posibilidad de que Alessandro me matara o me hiciera algo peor, pero a mí lo que más me preocupaba era la probabilidad de que aquel encuentro fuese el último. A pesar de ello, no había olvidado que, aunque me dejara ir, mis problemas no acabarían en la mansión. Tarde o temprano tendría que plantarme frente a Jorge Gómez, e informarle que había fracasado.

Sintiendo como si desde la noche anterior hasta aquella mañana habían transcurrido miles de horas, eché una rápida ojeada en busca de mi bolso. No tuve éxito. Pero tampoco me alarmó demasiado, ya que hacía tiempo que había eliminado cualquier fotografía o vídeo que tuviera junto a mi hermano; cualquier evidencia que pudiera perjudicarme, aunque, paradójicamente, no hizo falta nada de eso para que Alessandro dismantelara la verdad.

Me levanté de la cama y me dirigí hacia las escaleras, sin quebrar el silencio que envolvía la casa en su totalidad. Bajé con lentitud mientras me deleitaba por última vez con la belleza de las paredes, los cuadros estratégicamente situados en cada rincón, los espejos, las figuras de mármol. Pero al llegar al penúltimo peldaño, cesé mis pasos para contemplar la más bella de todas las imágenes: Alessandro.

Él, con su peso apoyado contra la puerta principal, la cabeza gacha y los brazos tensos por tenerlos cruzados sobre el pecho, alzó la vista como si me hubiera presentado.

Nos quedamos mirándonos por pocos segundos, pero para mí fue suficiente para por fin entender los múltiples sentimientos que él despertaba en mi interior: amor y odio. Él representaba ambas cosas e inclinaba la balanza a su antojo, dependiendo de la situación.

—Creo que no me expliqué bien. —Su voz me devolvió al presente.

—Lo hiciste —le dije bajando los últimos dos escalones—. No necesito ninguna de esas cosas.

—Tu armario está vacío.

—No me importa —susurré mirando sus labios. No podía marcharme sin besarlos. Me negaba a salir por esa puerta como si fuéramos dos desconocidos.

Volqué mi atención en él, que estudiaba mis movimientos con absoluta minuciosidad, y, entonces, aferrándome a la esperanza, me atreví a dar un paso en su dirección. Tras confirmar que no iba a detenerme, avancé otro centímetro y otro más hasta estar pegada a su cuerpo.

—Basta —ordenó descruzando los brazos en señal de advertencia, pero no hizo amago de apartarme.

Descansé mis manos sobre su pecho, deleitándome con la dureza de sus músculos mientras me fijaba en sus ojos, que vigilaban atentos mis labios con evidente pasión. Sacando valentía de algún lugar, arrastré mis palmas por sus pectorales, pasando por la anchura de sus hombros, hasta llegar a su cuello; entrelacé mis dedos detrás de su nuca al mismo tiempo que me alzaba de puntillas, pero, aun así, no alcancé a rozar sus labios.

Al notar mi cercanía, desvió la mirada hacia mi rostro con los brazos lánguidos a los costados y respirando con el mismo compás agitado que yo experimentaba. Sin embargo, no se

movió. Y yo me estaba exasperando.

—Tú también quieres besarme —musité temiendo que su repuesta me hiciera daño.

—Pero no lo haré.

Tras descifrar el significado de aquella concisa frase, en vez de darme por vencida, me esmeré por erguirme todavía más. Soporté mi propio peso con la punta de los pies, logré mantener el equilibrio y, finalmente, estampé mi boca contra la suya. Lo besé en los labios, aun cuando él no me correspondió, y seguí haciéndolo hasta desplazar mi boca hacia sus mejillas mientras las lágrimas volvían a brotar. No eran besos ardientes, ni mucho menos, sino simples y breves caricias; una minúscula parte de lo que alguna vez habíamos tenido.

—Tienes que parar —dijo con la voz ronca.

—No puedo... —susurré—. No quiero...

El susurro en forma de sollozo se convirtió en un gemido al sentir la calidez y la firmeza de sus manos tomando ambos lados de mi cabeza. Temblando, lo miré atenta a través de mi vista borrosa, esperando que hiciera algo más; que me diera un poco más.

Como si me hubiera leído la mente, ladeó la cabeza y descendió hasta que nuestras bocas chocaron. Separé mis labios para sentir su lengua adentrándose en mi cavidad y cuando por fin lo hizo, me sentí eufórica. Mi corazón volvió a latir. El aire se respiraba puro otra vez.

Lo besé con avidez al tiempo que me aferraba con desesperación a su nuca; asustada de que volviera a alejarse de mí. Sin previo aviso, giró sobre sí mismo para cambiar nuestras posiciones; ahora, yo tenía la espalda apoyada contra la puerta, con él enjaulándome entre su cuerpo.

—Despacio... —murmuró contra mis labios—. Quiero besarte despacio.

Asentí con una presurosa sacudida antes de capturar de nuevo su boca, pero esta vez sin prisas, tal y como me había pedido. Relajándose y dejándose llevar por la pasión del momento, comenzó a tocarme con delicadeza; deslizaba sus manos sobre la curva de mis caderas, luego subía un poco más arriba de mi cintura y después volvía a descender para realizar el mismo viaje. En ninguna de esas caricias había deseo sexual, pero sí algo mucho más profundo y significativo. Era como si estuviera grabando cada roce en su memoria.

Se distanció de mis labios, momento que aproveché para tomar aire, y me hizo inclinar la cabeza tras cargar mi pelo sobre un hombro. No pude evitar soltar un gemido de satisfacción cuando comenzó a besar y a lamer mi cuello. Sus manos me apretaron contra sí.

—Amber... —ronroneó con los ojos cerrados.

Abrí la boca para decirle algo, aunque no sabía muy bien el qué, pero la voz que resonó en el vestíbulo no fue la mía.

—Alessandro. —Patricio lo llamó desde el umbral del salón comedor.

El cuerpo de Alessandro se tensó por completo. La magia que habíamos creado segundos antes se evaporó. Retrocedió unos cuantos centímetros mientras abría los ojos con lentitud. La expresión que tenía pintada en el rostro me dio a entender que se había arrepentido de haberme besado.

—Vete —me ordenó, respirando con dificultad.

—¿Por qué le haces caso? —interrogué en voz alta para que Patricio me oyera, pero al voltear la mirada me percaté de que él ya había desaparecido.

—Estás diciendo gilipollecas —repuso—. Márchate.

Lo miré desafiante.

—Me acabas de besar. No puedes echarme así como así.

—Estaba demostrándome a mí mismo que ni siquiera me vales para echar un polvo. — Temblé al escucharle—. Y no me equivocaba. No sé qué vi en ti durante todos estos meses.

—Eres un mentiroso —mascullé con indignación. Alessandro quería herirme en lo más profundo. Y aun sabiendo que ya estaba rota por dentro, él seguía destrozándome más y más.

—La única mentirosa aquí eres tú —gruñó señalándome con el dedo índice.

No pudiendo aguantar más la indiferencia que destilaba su voz, estallé:

—¡Me dijiste que me querías! —Abrió los ojos con asombro, pero yo continué gritando como una histérica—. ¡Lo dijiste, y yo me callé! ¡Incluso te permití que hicieras como si nunca hubiera pasado!

Recuperando el semblante frívolo y altanero, dio un paso al frente para intimidarme.

—Escúchame bien: nunca he querido a nadie y mucho menos a ti, que eres una maldita traidora —masculló en voz baja—. Lo que sea que dices que me has oído decir es mentira. Te lo habrás imaginado.

Negué frenética con la cabeza. El corazón me latía con tanta prisa que fácilmente podría haberme dado un infarto. Estaba convencida de que me había confirmado sus sentimientos, así que no pensaba retractarme de lo que había expresado con seguridad.

—Estás mintiendo.

—No lo hago. Y ahora vete de mi casa —declaró, y, a continuación, utilizó un tono superficial—. Te daré un último consejo: prueba a abrirte de piernas con Jorge Gómez. Quizás así logres obtener lo que tanto estás buscando.

Las mejillas se me tiñeron de rojo y antes de que pudiera entender lo que estaba haciendo, levanté la mano para cruzarle la cara. Pero él actuó con mucha más rapidez y agilidad que yo.

—Ni se te ocurra —gruñó cerrando con más intensidad sus dedos alrededor de mi muñeca.

—No me taches de puta. —Tiré con fuerza de mi brazo para soltarme de su agarre—. No puedes hacerlo cuando mis sentimientos por ti son puros y sinceros.

—Estás loca. ¡Vete! —repitió sin mucha paciencia—. Maldita seas, Amber, no lo hagas más difícil. —Como no me moví, abrió la puerta con desmedida violencia, sin esperar a que yo me apartara—. Largo de aquí.

—¿Tan poco significa para ti? —me arriesgué a preguntar.

—Sí —respondió. Los ojos se me inundaron de lágrimas, pero esta vez no me importó mostrarme vulnerable ante él. En realidad me sentía mucho más que eso. No había ninguna palabra que pudiera describir el daño que me causó aquella afirmación—. No significas nada para mí.

—Entonces todo esto se queda en una simple despedida.

Alessandro tragó saliva con fuerza. Se quedó mirándome por un eterno minuto mientras los ojos le centelleaban con fervor, pero al percatarse de que yo estaba presenciando parte de su aflicción, puso la mirada en un punto lejano en el horizonte.

—Sí —repitió con la voz ronca, como si tuviera un nudo en la garganta—. Se acabó, Amber.

Exhalé un suspiro tembloroso y, a duras penas, me sequé las lágrimas. Me sentía exhausta, pisoteada, humillada, pero sobre todo dolida. Y ya no me quedaban fuerzas para seguir intentándolo. Lo había dado todo y no había servido para nada.

Sin querer arrastrarme más, caminé hacia una esquina para recoger mi bolso que reposaba sobre la mesa de la entrada. Me lo colgué del hombro y, a continuación, volví a su lado. Él ni siquiera me regaló una mirada.

—No podré olvidarte... —reflexioné en voz alta.

Alessandro intensificó el agarre que ejercía su mano en el picaporte de la puerta.

—Deberías —opinó, aún sin mirarme.

—Si desp...

—Vete —me interrumpió y, luego, respiró hondo antes de añadir—: Y regresa con tu familia.

Sin poder sobrellevar ni un segundo más el bochorno de mi degradación, ni el martirio de tenerle tan cerca y no poder alargar la mano para tocarle, salí por la puerta. Y él cerró de un portazo.

Me estremecí al notar la brisa de la primavera en mi rostro. Me alteré al verme tan desprotegida ante el mundo. Me atemorizó pensar que a partir de ese momento tendría que hacer frente a una vida sin Alessandro; a una vida sumida en los recuerdos.

Parpadeé nerviosa repetidas veces para que las últimas gotas saladas dejaran de enturbiarme la vista y, a continuación, me dispuse a caminar hacia la alta y majestuosa puerta de hierro metalizado en negro, que permanecía abierta de par en par, en un gesto silencioso para que abandonara el terreno.

Sin coche y tiritando a causa del estrés, me vi obligada a andar durante varios minutos en busca de alguna parada de taxi. Estaba a punto de salir del barrio de La Moraleja cuando un individuo aparcó su automóvil deportivo y salió presuroso de él.

—¡Amber! —Me llamó Marius a la vez que rodeaba el coche para abrir la puerta del copiloto—. Yo te llevo.

—No, gracias.

—Entra —insistió con cierta inquietud.

Sacudí la cabeza.

—Te he dicho que no —declaré antes de caminar de nuevo, pero solo conseguí avanzar un par de pasos.

Miré con recelo la mano de Marius, que envolvía mi brazo.

—Hazme caso y entra antes de que Alessandro nos vea. Rápido.

Fruncí el ceño ante tanta urgencia. Desconfiaba un poco de él, porque era amigo íntimo de Alessandro, pero también tuve curiosidad de lo que podría decirme. Sin más preámbulos, me encaminé hasta su coche y tomé asiento.

Cerró la puerta con un suave empuje de sus dedos, volvió a rodear el automóvil para sentarse en el asiento del conductor y, acto seguido, arrancó el motor. No me dirigió la palabra hasta que dejamos atrás el ostentoso barrio.

—Abre la guantera —dijo sin apartar la vista del camino.

Con evidente suspicacia, abrí el compartimento y descubrí un trozo de papel doblado en dos. Lo cogí con aprensión y lo desdoblé para ver qué escondía.

—¿Qué es esto? —No entendía qué significaba la fecha, la hora y la dirección que habían sido escritos a mano en el folio.

—Un regalo. —Nuestras miradas colisionaron por un breve momento antes de que volcara su atención en el semáforo en verde—. Tu seguro directo para sacar a tu hermano de la cárcel.

Abrí y cerré la boca, atónita. Después, releí el folio como si aquello fuera a resolver todas las preguntas que me formulaba mi mente.

—Sigo sin comprender... —murmuré al cabo de unos segundos.

—Sé exactamente lo que ocurrió ayer —comenzó a decir—, sé por qué has permanecido tanto tiempo junto a Alessandro y también sé lo que él te hizo. —Se señaló la mejilla, refiriéndose al leve color verdoso que la mía estaba tomando—. Al principio, me llevé una

sorpresa. —Continuó con calma—: Nunca imaginé que tuvieras un hermano en prisión y mucho menos que serías capaz de adentrarte en un infierno como el nuestro para sacarle de allí.

—¿Adónde quieres llegar?

—Habrás sido muy difícil para ti aceptar ciertas cosas. —Ignoró mi pregunta—. Admito que, aunque lo que has hecho es una traición para nosotros, todos tenemos opiniones diferentes. Y yo, claramente, no comparto la imagen que Alessandro tiene de ti.

—¿Y por eso me das este papel?

—La libertad de Alessandro por la de tu hermano, ¿no es así? —interrogó con sus claros ojos grises puestos en mí, pero no esperó ninguna respuesta—. Pues ahí lo tienes.

—Estás mintiendo... —murmuré—. Nunca le perjudicarías. No sé a qué estás jugando, Marius, pero no voy a picar. Detén el coche.

—Amber, comprendo que estés un poco aturdida y que no me creas, pero te estoy diciendo la verdad. Te ofrezco la oportunidad que perdiste cuando Alessandro descubrió tu verdadera identidad. —Respiré aliviada al ver que solo faltaba una calle para que llegáramos al edificio—. Empieza de cero, lejos de aquí y de este jodido estilo de vida.

Viré mi rostro hacia él, con el corazón laténdome a toda velocidad.

—¿Por qué le venderías? ¡Es tu amigo! —clamé—. ¡Os he visto interactuar durante meses! Alessandro te tiene aprecio, mucho más del que crees.

Aparcó a un lado del bordillo, se desabrochó el cinturón y, a continuación, se giró en el asiento para mirarme.

—Yo también le tengo aprecio, menos que antes pero el sentimiento todavía sigue aquí. —Se colocó la mano en el pecho—. Pero quiero dejar atrás toda la mierda que rige mi vida. Tengo una esposa preciosa y dos niñas pequeñas, y cada día que salgo y hago lo que Alessandro me ordena, me pregunto si las volveré a ver; si al final de la noche llegaré a casa.

Marius hablaba con tanta sinceridad que me abrumó pensar que Alessandro se vería apuñalado por uno de sus hombres; por una persona que él consideraba más que un amigo.

—Habla con él... Te entenderá.

Se rio por lo bajo.

—No lo hará. No ve más allá de lo que quiere ver. ¿Sabes cómo la gente como yo se jubila? —Ante mi silencio, respondió—: Exactamente así. No puedo acudir a él. Mira, Amber, ahora mismo yo podría ir a la policía y darles la información que tienes ahí. —Señaló el papel con el dedo índice—. Pero si lo hago, tu hermano no saldrá de prisión.

Tenía razón, pero por algún motivo me costaba creerle. En realidad me costaba creer todo lo que estaba pasando.

—Te matará si se entera.

—No lo hará, porque nunca sabrá que hemos tenido esta conversación. —Se aclaró la garganta y, entonces, dijo—: Alessandro y un socio muy importante cerrarán un acuerdo millonario dentro de cuatro días. Ahí está indicado el lugar y la hora. Si la policía va a ese lugar, donde intercambiarán una buena cantidad de mercancía, podrán encerrarle por una larga temporada.

—¿Está Patricio metido en esto? —le pregunté, confusa.

—No. Los demás están al margen, pues no lo entenderían ni lo aceptarían. —Exhalé con impotencia y apoyé el codo en la ventanilla—. Giovanni casi murió por culpa de Alessandro. Tienes que entenderlo, Amber. Nos estoy haciendo un favor a todos, y tú tienes el poder de terminar con nuestra pesadilla.

—No creo que pueda hacerlo —murmuré con voz trémula, mirando las alfombrillas.

Era cierto. Ahora que poseía la información que tanto había buscado, no me veía capaz de ejecutar ninguno de los planes que alguna vez había tenido en mente. No podía hacerlo. Me dolía con solo pensarlo. Pero tampoco podía abandonar a David. Me había metido en aquel lío con un propósito y ahora que estaba a punto de conseguirlo...

—Él no te quiere. —Sus palabras me hicieron regresar a la realidad—. No quiere a nadie.

—Hubo un tiempo en que creí que Alessandro sentía algo por mí —susurré—. En ocasiones pensé que...

Cuando mi voz quedó atrapada en el aire, me levantó el mentón con un dedo. Lo observé expectante.

—Te mereces a alguien mejor. —Alessandro me había dicho lo mismo. Por un momento fue como tenerle delante de mí—. Recupera a tu hermano para que puedas continuar con tu vida. Te deseo lo mejor, Amber. —Sonrió con cierta tristeza y, a continuación, se abrochó el cinturón, preparado para volver a La Moraleja.

Sin poder hablar y temblando ligeramente por el subidón de adrenalina y el drástico cambio de los acontecimientos, abrí la puerta y salí del coche sin despedirme. Marius se reincorporó al tráfico mientras que yo me quedé paralizada en la acera, observando las calles congestionadas de coches hasta que el de Marius no fue más que un puntito negro en la lejanía. Una cosita pequeña e indefensa, tal y como se sentía mi corazón.

Permanecí dos días encerrada entre las cuatro paredes de mi habitación. Cuarenta y ocho lentas horas reflexionando sobre lo que debería hacer y sobre lo que de verdad deseaba hacer, porque si Marius no me estaba mintiendo, entonces la policía tendría a Alessandro en bandeja. Si le entregaba aquel papel a Jorge Gómez, el contrato que hacía meses habíamos firmado se cumpliría y él no tendría más remedio que poner a David en libertad. Al fin mi meta se vería realizada y, como recompensa, obtendría lo que tanto había anhelado: reunir a mi familia. Pero aquel premio ya no me parecía tan dulce; al revés, el sabor de la victoria me sabía bastante amargo.

Durante mi aislamiento temporal en el apartamento, desdoblé, leí y volví a doblar el folio un montón de veces, sintiéndome indecisa cada vez que observaba la caligrafía de Marius. A pesar de ello..., tuve que tomar una decisión que lo cambiaría todo.

El tercer día vino a mi encuentro. Aquella mañana no pude dormir demasiado, así que tan pronto como amaneció, me vestí con lo primero que pillé, me maquillé lo mínimo para disimular el golpe en la mejilla y salí del apartamento. Caminé con prontitud hacia la comisaría, sin ocultarme en absoluto. Era absurdo hacerlo. Ya no había ninguna razón para seguir escondiéndome.

No tardé mucho en llegar, ya que no vacilé en adentrarme en el lugar ni en dirigirme hacia la oficina privada de Jorge Gómez. Pero mi plan se vio reprimido cuando escuché una voz detrás de mí.

—¿Qué estás haciendo aquí? —inquirió Ramírez mientras me llevaba hacia un rincón.

—Tengo que hablar con Jorge —le respondí en voz baja.

—Podrías haber llamado. Es peligroso que te acerques demasiado a la comisaría —me regañó.

—No tuve tiempo —mentí—. La verdad es que no lo pensé.

—Amber —lo miré—, ¿qué ha pasado? No tienes buen aspecto. —Inspeccionó mi rostro, con el entrecejo arrugado.

—Tengo que hablar con Jorge —insistí con cierto temblor en la voz—. ¿Se encuentra en su despacho?

—Sí, le avisaré de que estás aquí. Vamos.

Me condujo por el mismo pasillo estrecho que la vez anterior hasta que alcanzamos la última de las habitaciones: la oficina de su jefe. Golpeó dos veces la puerta con sus nudillos y abrió cuando la voz de Jorge se lo indicó. Mientras tanto Ramírez hablaba con él, yo me quedé fuera del despacho rogando en silencio para me recibieran.

Después de un par de minutos, la cara de Ramírez apareció en el umbral.

—Entra.

Me interné en la habitación y, a continuación, me detuve frente al escritorio. Jorge, en vez de saludarme o siquiera invitarme a tomar asiento, cogió el teléfono inalámbrico de mesa, marcó un número y empezó a tener una charla incoherente mientras el agente Ramírez y yo esperábamos de pie.

Era evidente que Jorge seguía cabreado conmigo desde nuestra última acalorada conversación. Aguardé con paciencia a que terminara de hablar, aunque por dentro estaba muriéndome de los nervios.

Tras varios minutos de interminable expectación, Jorge finalizó la llamada y se dignó a mirarme.

—¿Necesitas algo? —indagó irritado.

En vez de darle una respuesta inmediata, desvié la mirada hacia Ramírez.

—Lo siento, pero necesito hablar a solas con él.

El agente asintió, como si me comprendiera, y miró a su jefe.

—¿Señor?

—Ve, Ernesto —aprobó apoyando los codos en la mesa—. Retomaremos lo de antes, después de que termine con la señorita Montalván.

El agente Ramírez realizó otra vez un gesto de afirmación con la cabeza, fue hasta la puerta y la cerró tras de sí. Jorge Gómez señaló con la mano la silla ubicada frente al escritorio, y yo tomé asiento.

—Vaya al grano, señorita Montalván.

—No puedo continuar en el caso. —Tragué saliva con dificultad, pero me mantuve serena—. Esto es superior a mí.

—No me sorprende —comentó rascándose distraído la barbilla—. Y me alegro de que se retire. Esto no iba a llegar a ningún sitio. —Me quedé atónita ante tanta indiferencia. Como no repliqué ni hice nada, añadió—: ¿Algo más?

Alcé una ceja, desconcertada.

—Pensé que hablaríamos de David.

—¿Qué pasa con él?

—Que está en la cárcel, eso es lo que pasa —mascullé—. ¿No vas a firmar para que quede en libertad?

—Por supuesto que no. —Se echó hacia atrás y se cruzó de brazos—. Si lo hiciera, alguien tendría que ocupar su lugar y por lo visto usted no ha cumplido con nuestro acuerdo, así que...

—No puedo creer que ni siquiera vayas a sopesar la idea —lo interrumpí, poniéndome nerviosa y un poco a la defensiva al ver que el plan que había esbozado no estaba saliendo como

yo quería.

—Mira, Amber, siempre supe que no lo lograrías. Por eso establecí unas condiciones que tú misma aceptaste.

—Porque no sabía dónde me estaba metiendo —repuse—. Y aun así he puesto todo de mi parte para que esto saliera como habíamos acordado.

—Pero como bien ves, no ha sido así. —Abrió un cajón y sacó una pila de papeles—. David continuará cumpliendo la pena que le fue impuesta. —Empezó a revisar unos cuantos folios hasta encontrar el que quería—. En el informe que tengo aquí dice que tiene muy buena conducta y que no se ha metido en ningún lío. Estoy seguro de que le rebajaran la condena, quizá a cinco o seis años.

Temblé al pensar que no vería a David hasta dentro de tanto tiempo. No podía permitirlo.

—No me estás tranquilizando. —Me puse de pie. Él no se inmutó.

—No pretendía hacerlo.

Me aparté un mechón de pelo de la cara y lo miré con una mezcla de odio e irritación.

—Lo he intentado, ¿vale?

—Nunca he dicho lo contrario. —Recogió los papeles y los guardó de nuevo en el cajón; luego, se levantó de la silla—. Tu madre y tú entraréis en un programa de protección. Estaréis seguras hasta que...

—¡No hablas en serio!

—Un trato es un trato. —Continuó hablando con desmedida tranquilidad.

Fue entonces cuando comprendí que Jorge no daría su brazo a torcer; a él no le interesaba si yo volvía a ver o no a mi hermano. Le daba igual que mi vida se convirtiera en un auténtico infierno.

—¿Y si tuviera algo contra Alessandro? —Las palabras abandonaron mis labios mucho antes de que mi cerebro las meditara—. Aunque no sé si la fuente es del todo fiable...

—La ocultación de pruebas, el encubrimiento y el falso testimonio son delitos graves y están regidos por el código penal —me advirtió.

—Contéstame, Jorge. —Tragué saliva—. Si te doy una información que no sé si es verídica, ¿firmarías la libertad de David?

—No trates de engañarme. Solo conseguirás empeorar las cosas.

Me quedé enmudecida. Todo el hilo de la conversación que tenía en mente había tomado rumbos opuestos. Metí la mano en el bolsillo de mis vaqueros y, enseguida, rocé la aspereza del papel que me había dado Marius. No pude evitar estremecerme al imaginar a Alessandro ocupando el lugar de mi hermano en la cárcel. Me encontraba entre delatarle o no. Pero si no lo hacía, ¿qué pasaría con David? Me di cuenta de que hiciese lo que hiciese al final acabaría perdiendo.

Tenía que elegir entre el hombre con el que había crecido, mi propia sangre, y que lo era todo tanto para mi madre como para mí, o el hombre que me había cautivado desde el primer momento y que me había robado poco a poco el corazón, hasta que el hecho de permanecer junto a él se había vuelto imprescindible.

Sin poder pensar ni hacer nada coherente y sintiéndome peor que nunca, di media vuelta, salí del despacho y me encaminé hacia el baño, que estaba ubicado a pocos metros de allí. Cerré la puerta de la cabina y me senté en el retrete mientras las lágrimas desbordaban mis ojos. No podía parar de sollozar. ¿Cómo era posible escoger entre uno y otro? ¿Cómo podía decidir si era Alessandro o David el que merecía estar en prisión? No era justo que yo tuviera ese poder, ni

para ellos ni para mí, porque, aunque optara por uno o por el otro, aquello sería mi ruina.

Al principio había estado convencida de que haría cualquier cosa por salvar a David; por dismantelar las injusticias que Alessandro había hecho y las que seguía haciendo. Pero ya no era tan sencillo. Tenía el corazón dividido en dos.

Arranqué un pedazo de papel higiénico para limpiarme la nariz y, a continuación, salí de mi pequeño escondite, odiándome a mí misma por lo que estaba a punto de hacer. Una señora entrada en edad, que se lavaba las manos, me miró con lástima. Al parecer había entrado en el baño y me había oído llorar, pero yo ni siquiera tenía ganas de sonreír por cortesía.

Giré el grifo para humedecer mi rostro enrojecido por el llanto; después, me sequé las manos con la tela de mi camiseta al mismo tiempo que la señora se marchaba de la habitación.

Me aferré con fuerza al lavabo cuando sentí una dolorosa punzada en el pecho.

—Lo siento... —susurré a nadie—. Lo siento mucho.

Sin pensármelo más veces, salí del baño y fui directa hacia la oficina de Jorge Gómez. Entré sin llamar a la puerta y, a continuación, caminé hasta la mesa bajo la atenta mirada de Jorge y Ramírez, quien permanecía próximo a su jefe.

—Creí que te habías ido —comentó Jorge con desdén.

Ignorando el tono de su voz, saqué el papel y lo situé frente a ellos. Jorge tomó el folio arrugado entre sus dedos.

—¿Qué es esto? —inquirió con el ceño fruncido a la vez que accedía a que Ramírez echara un vistazo también.

Tragué saliva.

—La prueba que necesitas para atrapar a Alessandro. —Me limpié una lágrima rebelde de un manotazo. Ramírez me miró con compasión—. Como ya he dicho, no sé si él acudirá a ese sitio. Pero si lo llegara a hacer, habrá un importante intercambio de mercancía.

Jorge sonrió con malicia.

—Si esto es cierto, Alessandro por fin estará...

—Quiero que cumplas tu parte del trato —lo interrumpí—. Quiero recuperar mi vida.

—Soy un hombre de palabra —se defendió. A continuación, le habló al agente Ramírez—. Averigua qué hay en esta zona. Después organizaremos a los nuestros para que estén preparados para mañana. No tenemos mucho tiempo, así que debemos actuar rápido.

—Sí, señor.

Jorge escribió ansioso en otro papel la dirección que salía en el original y, luego, se lo entregó a Ramírez.

—Ve rápido.

El agente Ramírez asintió y, a continuación, se encaminó hacia la puerta. Pero antes de que alcanzara la salida, les exigí con la voz rota:

—Quiero estar presente mañana.

—No puedes —replicó Ramírez a mis espaldas—. Será peligroso y, también, bastante desagradable.

—Ernesto tiene razón. Olvídelo, señorita Montalván.

—He estado en constante peligro en los últimos meses. Esto no será nada.

—¿Por qué quieres venir? —inquirió Jorge con expresión taciturna—. ¿Qué tramas?

—No estoy tramando nada.

—¿Entonces? ¿A qué viene tanto interés? —insistió a un paso de perder la paciencia.

—Esto es lo último que te pido. Y espero que lo cumplas también —repliqué antes de

girarme.

Justo cuando me encontraba cerca de Ramírez, que seguía mirando expectante la escena, Jorge me formuló otra pregunta mucho más comprometedor que las anteriores.

—¿Desde cuándo siente lástima por un asesino, señorita Montalván?

«Desde que me enamoré de uno», pensé a la vez que abría la puerta y me marchaba de aquel lugar sin responder.

Día cuarto. Eran las 10:47 de la mañana cuando Ramírez vino a buscarme al apartamento. Había estado esperando aquel momento desde que me había levantado en plena madrugada, ya que no pude seguir durmiendo tras recibir un mensaje de texto en el que me confirmaban que podría ir con ellos al encuentro contra Alessandro.

Me habían concedido lo que les había pedido, pero una vez sentada al lado de Ramírez, en el asiento del copiloto, ya no estuve tan segura de si aquello había sido una buena idea. A pesar de mis dudas, aún deseaba ver a Alessandro para que supiera de alguna forma que me arrepentía de haber tenido que tomar una decisión como esa.

—Llegaremos en menos de una hora. —La voz seria de Ramírez hizo que volviera la mirada hacia él, que conducía con envidiable tranquilidad.

Asentí en silencio, aunque no supe si se había percatado del leve movimiento de mi cabeza, y continué observando el amarillento paisaje por la ventana. Hacía rato que habíamos dejado Madrid tras nosotros, pero tenía la sensación de que el automóvil no avanzaba pese a que el velocímetro indicaba una velocidad de 120 km/h.

Sin previo aviso, una pregunta invadió mi mente.

—¿Cómo sabéis que él ya está en el punto de encuentro?

—Uno de los nuestros fue al lugar con antelación y ha estado vigilando desde la noche anterior. Hace poco nos confirmó que Alessandro y otro hombre se hallan dentro de una casa abandonada.

—¿Alessandro y su socio?

—No lo creo, ya que ambos iban en el mismo vehículo. —Se quedó pensativo por un instante y, a continuación, murmuró—: Su socio no debería de tardar en aparecer.

Volví a asentir antes de virar mi rostro hacia la ventanilla, por miedo a conocer algún detalle de la operación que pudiera disgustarme. Sinceramente no tenía ni idea de los planes que Jorge había diseñado, ya que, según Ramírez, eran altamente confidenciales. Pero aunque no sabía nada de nada, intuía que los agentes de policía tenían vía libre para disparar. Lo sospechaba por las dos pistolas que Ramírez traía consigo.

Exhalé un suspiro, largo y profundo, e intenté pensar en algo menos turbio. Fue imposible. Conocer el odio que Jorge sentía por Alessandro no ayudó a sosegar me; al contrario, mis nervios se intensificaron ante el pensamiento.

—¿Le vais a matar? —solté la pregunta sin más preámbulos.

Sin inmutarse, respondió con calma:

—No lo sé, Amber. —Al verme retorcer las manos sobre mi regazo, añadió—: Yo solo cumplo órdenes.

—No lo hagas... —le supliqué, acongojada—. Él no es tan malo como todo el mundo cree.

—Sí que lo es —repuso—, o quizás yo sólo conozco la peor parte de él. No lo sé. —Se encogió de hombros—. Lo único que en este momento puedo decirte es que si Alessandro coopera, y no se comporta como suele comportarse, no habrá mayores perjuicios.

Tragué el nudo que tenía en la garganta y, a continuación, sin querer hablar más sobre el tema, encendí la radio en un intento por distraerme. Permanecí ausente durante el resto del trayecto, y Ramírez respetó nuestro silencio.

Después de media hora el sonido de la radio desapareció, lo que hizo que me percatara de que nos habíamos adentrado en un camino angosto, que conducía más allá de lo que mis ojos eran capaces de ver. No muy lejos de nosotros advertí una veintena de coches patrullas, entre ellos el de Jorge, parados en medio del camino.

Ramírez, al darse cuenta de la presencia de sus compañeros, quienes iban igual de armados que él, disminuyó la velocidad hasta detenerse.

—Quédate aquí —me ordenó antes de salir al exterior y caminar hacia Jorge Gómez, quien hablaba por el móvil.

Inquieta, observé a Ramírez conversar con otro policía mientras tanto Jorge terminaba la llamada. Una vez que colgó, reunió a los suyos y comenzó a hablarles al tiempo que situaba un mapa, o algo parecido, en el capó de uno de los coches; tras algunos minutos dando instrucciones, permitió que todos volvieran a sus vehículos. Ramírez hizo lo propio y, sin dirigirme la palabra, arrancó el motor. Condujo en fila india hasta detenernos nuevamente, esta vez, cerca de una casa bastante deteriorada y de aspecto lúgubre.

Se giró en el asiento para mirarme.

—Necesito que no te muevas del coche. Da igual lo que suceda. Tú no te muevas —repetí con seriedad—. Y en el remoto caso de que algo salga mal, aquí tienes las llaves —dijo poniéndolas cerca de la caja de cambios—. No dejaré que te expongas más de lo que ya has hecho.

—Este no era el trato —repliqué desabrochándome el cinturón.

Me tomó del brazo para atraer mi atención.

—Las cosas han cambiado. El socio de Alessandro acaba de llegar hace apenas quince minutos. Ahora mismo están dentro de esa casa y no tardarán en darse cuenta de que están rodeados por nosotros. —Me cogió de la barbilla para que mirara al frente—. ¿Lo ves? Esto es peligroso, Amber. No es un ningún juego.

Ramírez no estaba exagerando. Varios policías cercaban la valla de madera, que bloqueaba la entrada a la casa, a la vez que se ponían a cubierto; muchos se protegían entre sus coches, con las armas cargadas en caso de tener que disparar.

Me estremecí con violencia. Se me puso la carne de gallina. Alessandro se encontraba a pocos metros de distancia, en el interior de una estructura vieja y marchita, a punto de ser capturado.

—Necesito verle... —murmuré con la vista nublada.

—No es buena idea. Lo que verás no será bonito —comentó con evidente lástima en la voz.

Al notar que yo no podía seguir hablando, salió del coche y corrió hacia el lugar que le habían asignado. Sintíendome incapaz de quedarme quieta, me incliné hacia delante para intentar divisar algo a través de las ventanas, pero no distinguí ningún movimiento excepto el temblor de mi cuerpo.

Alessandro era inteligente. Lo más probable era que ya se hubiera dado cuenta de que le habían tendido una trampa, y parte de la culpa era mía. Impulsivamente, abrí la puerta del copiloto, la dejé abierta y corrí veloz hacia Ramírez, que ya me miraba ceñudo por haberle desobedecido.

—¿Es que no me has oído? —bramó nervioso.

—Sí lo he hecho, pero... —El sonido de una bala, seguida de dos más, me hizo temblar y perder la voz.

—¡Seguid disparando! —ordenó Jorge a pocos centímetros de distancia.

Abrí los ojos por el miedo y negué frenética con la cabeza. Los potentes impactos de varias balas quebraron las ventanas de la planta baja, y amenazaban con destrozar la puerta de la entrada.

—¿Por qué? —exigí saber—. ¿Por qué disparan? ¡Haz que paren, Ramírez!

—Yo no estoy al mando, Amber —refunfuñó en desacuerdo con las drásticas medidas que había tomado su jefe—. ¡Hazme el favor y cúbrete!

—¡Rodead la parte trasera de la casa! ¡No dejéis que se escapen! —clamó Jorge a través de una radio pequeña—. ¡Tenedles acorralados!

Observé con impotencia cómo los policías se desplazaban hacia el punto que les había ordenado Jorge, y se cebaban contra la estructura de la casa. Caminé enfurecida hacia aquel hombre, carente de emociones, quien, en respuesta, me miró de arriba abajo con una sonrisa perversa dibujada en los labios.

—¡Detente! —Ignorándome, puso la radio cerca de su boca para clamar una nueva orden. Pero yo se lo impedí—. No puedes hacer esto. ¡No puedes matarlo!

—Señorita Montalván, aléjese antes de que...

Jorge no logró terminar la frase. De hecho, nadie pudo hacer ni decir nada. En menos de lo que dura un parpadeo, me hallé en el suelo, con la tierra del camino clavándose en las palmas de mis manos y con la radio reposando cerca de mi pierna izquierda.

Respirando y viendo con dificultad a causa de la nube de polvo que se cernía sobre nosotros, miré a mi derecha para descubrir a un Jorge muy asustado, tratando de protegerse a sí mismo.

—¿Amber? ¿Estás bien? —inquirió Ramírez con preocupación a la vez que me ayudaba a levantarme. Su uniforme antes impoluto estaba sucio de tierra.

Sin replicar y en estado de absoluto pánico, me sujeté a la carrocería de un coche hasta incorporarme por completo. Fue entonces cuando entendí lo que había sucedido. Fue entonces cuando comprendí que nunca volvería a ver a Alessandro.

—¡Llamad a las ambulancias! ¡Hay otros cinco heridos allá atrás! —gritó un policía cargando con el cuerpo de uno de sus compañeros, quien tenía una brecha en la mejilla y la pierna malherida.

Temblé ante la escena que se representaba ante mí.

Todo, absolutamente todo, estaba cubierto de llamas. El humo negruzco se alzaba alto y majestuoso en el cielo. Los vidrios de las ventanas yacían esparcidos por el terreno y los coches próximos a la casa sufrían manchas de quemaduras en la cabina. Una gran explosión había derrumbado toda la construcción de la casa, y ahora el único recuerdo de lo que alguna vez había sido eran los innumerables escombros que descansaban en la superficie del suelo.

Mi cuerpo, mucho más rápido que mi mente, reaccionó y empecé a correr con desesperación para buscar a Alessandro en alguna parte. Pero unos brazos me capturaron y me levantaron sin problema.

—¡No! ¡Suéltame, Ramírez! —chillé entre sollozos—. ¡Suéltame!

—Cálmate y deja de luchar contra mí —intentó tranquilizarme. Pero cuando fijé mis ojos en el fuego, que abrasaba todo a su paso, sentí mis pulmones colapsarse. Mi vista se fue oscureciendo poco a poco.

—Suéltame... —repetí en un susurro, sintiéndome demasiado débil como para seguir

peleando.

—Respira —ordenó sujetándome con más fuerza que antes—. Respira, Amber.

Pero no pude. No podía respirar. La muerte de Alessandro sentenciaba automáticamente la mía. En aquel instante sentí que algo en mi interior pereció; algo que jamás recuperaría si él no estaba conmigo.

Aquella mañana despejada de nubes se cubrió de sombras para mí. Aquella mañana yo también dejé de vivir.

Capítulo 23

Amber

—Amber —escucho que alguien me llama, no muy lejos de donde me encuentro—, ¿estás bien?

Despertando de lo que parece una espantosa ensoñación, giro mi cabeza hacia la mujer que viste un elegante traje gris de dos piezas y unos zapatos negros de medio tacón. No entiendo por qué la doctora Gema Pérez se halla frente a mí, empujando un paquete de pañuelos en mi dirección, hasta que toco mi rostro húmedo por las lágrimas que aún caen por mis mejillas. Temblorosa, seco mis pómulos con el dorso de la mano y, a continuación, observo la libreta abierta que descansa en sus muslos y el bolígrafo que sostiene entre sus dedos. La miro a los ojos y, entonces, lo comprendo todo. He vuelto a recapitular aquel día en voz alta... El día que Alessandro murió en la explosión.

Respiro hondo antes de incorporarme y quedar en posición sentada en el sofá. Acongojada, no puedo evitar preguntarme cuánto más podré llorar. Incluso después de un largo y angustioso año, los recuerdos siguen sintiéndose como un puñal en el corazón.

¿Cuándo dejará de dolerme su muerte?

—Gracias... —murmuro a la vez que saco un trozo de papel para limpiarme la cara y la nariz.

Estoy segura de que mi psicóloga se ha gastado un buen pellizco de dinero en pañuelos desde que accedió a tratarme como su paciente, ya que es frecuente que termine llorando al final de cada sesión. El llanto y la tristeza son cosas que no puedo controlar. Y con el transcurso de los meses el dolor no ha menguado; al contrario, aún me hace daño recordar lo que ocurrió, pero sobre todo me lastima recordar lo que en estos momentos ya no tengo. Lo que he perdido para siempre.

—Intenta tranquilizarte —comenta ella mientras escribe algo en su libreta. Asiento y permanezco en silencio, esperando que el doloroso pinchazo en mi pecho disminuya un poco. Una vez que me he calmado, me pregunta la misma cuestión de todas las veces—. Dime, Amber, ¿cómo te sientes ahora mismo?

—Como una mierda —respondo secamente.

Deja de escribir para mirarme.

—Bueno, algo es algo. Hace nueve meses, cuando empezamos con la terapia, te hice esta

misma pregunta y tú no quisiste responder, y en las sesiones posteriores asegurabas no sentir nada. Expresar nuestras emociones es un primer paso, Amber.

Niego con la cabeza.

—No me entiendes. No siento nada —insisto—. Nada bueno —aclaro al verla enarcar las cejas. Ella se limita a realizar un leve murmullo de asentimiento. Yo, en cambio, estrujo el pañuelo entre mis manos.

A pesar de que acudo a su consulta dos veces a la semana, aún no puedo acostumbrarme a su falta de empatía ni a su evidente frialdad cada vez que le cuento un nuevo fragmento de mi historia. El tener que relatar mi testimonio se ha convertido en una rutina o, mejor dicho, en un interminable tormento, donde la mayor parte del tiempo Gema se dedica a escucharme y a garabatear oraciones inconexas en su libreta, para que después analicemos punto por punto todo lo que le he confiado. Aunque analizar no es la palabra más adecuada, pues su opinión y la mía siempre entran en conflicto y casi nunca llegamos a ningún acuerdo. Su versión de los hechos es completamente contrario a lo que yo he vivido, como si tuviera la remota idea de lo que pasé en Madrid; de lo que tuve con él.

Como si me hubiera leído la mente, comenta en tono gélido:

—Te diré lo que pienso. —Aprieto la mandíbula—: Creo, aunque tú no lo hagas, que ahora que has dicho todo lo que tenías que decir, te has liberado de una gran carga. Por supuesto, ha sido un camino largo y un poco espinoso, pero lo lograste.

Frunzo el ceño, molesta ante aquel disparate.

—¿De verdad crees que me siento liberada? —Tiro el papel arrugado encima de la mesa, que pone cierta distancia entre nosotras, aunque en el fondo deseo arrojárselo a la cara—. Parece que no me has escuchado en absoluto.

Se inclina hacia delante mientras esboza una sonrisa simpática, esforzándose por aparentar que comprende lo que tuve que hacer para sobrevivir, cuando en realidad me ha juzgado desde el minuto uno en que pisé su consulta.

—Amber, volvemos a lo mismo de todas las veces —comenta sonriente—. Lo que le ocurrió a Alessandro fue lo mejor que pudo pasarte. Tienes que aceptarlo.

El simple hecho de oír su nombre en los labios de esta mujer, sin sangre en las venas, me enfurece. La opinión que Gema tiene de Alessandro es mil veces peor que la que tiene de mí.

—No voy a tolerar que te alegres de lo que le sucedió.

—Puede que sea doloroso, pero...

—Puede no. Lo es. —La interrumpo.

Se echa hacia atrás y exhala con cansancio, como si hablar conmigo la agotara.

—Pero sé que tengo razón —termina la frase sin corregir lo anterior.

—No le conociste —lo defiendo—. No puedes hablar así de él.

Coge la libreta para repasar lo que ha escrito en una de las tantas páginas.

—Lo conozco por lo que tú me has dicho de él, de su personalidad, de su comportamiento desmedidamente agresivo —argumenta, impasible, antes de leer con energía—: «Alessandro lucía horrorizado, asqueado consigo mismo por haberme golpeado con la mano que retenía el revólver». —Me mira y, a continuación, indaga—. ¿De verdad sigues pensando que era un buen hombre?

Trago saliva, aunque tengo la garganta seca.

—Sí.

—Un hombre así merece estar donde está —sentencia en tono mordaz.

—¡Ya basta! —clamo cerrando las manos en puños—. Sé cómo era mejor que tú y mejor que nadie.

Harta de que me recuerden que Alessandro está muerto, echo una ojeada al reloj colgado en una pared.

—Nos quedan más de treinta minutos —dice ella mientras mira en la misma dirección que yo—. Continuemos hablando.

—No quiero hablar contigo.

—Tengo una pregunta. —Me ignora. A continuación, destapa el bolígrafo y escribe un asterisco en una página en blanco—. ¿Por qué a veces te llamaba «gatita»?

Me encojo de hombros.

—No lo sé.

—¿Nunca se lo preguntaste?

—No.

—¿Y por qué no?

«Porque quizás no me hubiera contestado con sinceridad, porque me habría ocultado lo que pensaba como hizo en innumerables ocasiones», decido callar.

—Casi siempre me llamaba por mi nombre. —Esquivo la respuesta que ella ansía conocer pero que yo no estoy dispuesta a dar—. Le gustaba pronunciar mi nombre... —susurro con tristeza.

—¿Qué pasó después de aquella mañana?

—¿Y eso qué importa? Él murió. Fin de la historia.

—Cuéntamelo. Además, él no fue el único que murió. En el informe policial y en la nota de prensa, que presentó Jorge Gómez, decía que en la casa había dos personas más.

Me miro las manos, que yacen una encima de la otra sobre mis piernas, y me preparo para contar otra parte de mi historia.

—No recuerdo mucho más porque me desmayé en los brazos de Ernesto Ramírez —murmuro abatida—. Cuando volví a despertar, me encontré en la habitación de un hospital y vi a Ramírez sentado en una silla. Él, apenas notó que yo empezaba a recuperar el conocimiento, me explicó por qué me hallaba en aquel lugar. Pero yo no podía oírle. Solo quería saber si Alessandro estaba bien... —Una lágrima se desliza por mi mejilla—. Tardé una semana en aceptar lo que había sucedido y que no solo Alessandro había muerto por mi culpa, sino que también Patricio y Khâliq Salim lo habían hecho.

—¿Crees que eres la culpable de esas tres muertes? —pregunta aunque no me da tiempo a contestar—. Yo soy de las que piensan que, si tú no hubieras proporcionado a la policía la información que ellos necesitaban, Marius se habría encargado de hacerlo. Lo más probable es que, de todas formas, Alessandro, Patricio y su socio hubieran muerto.

—Quizás sí o quizás no. Eso es algo que nunca sabré.

—Cuéntame más —urge a pesar de que mi mirada es el vivo reflejo del cansancio mental y emocional—. ¿Qué pasó con Marius y Giovanni?

Exhalo un suspiro a la vez que cojo el vaso de agua que reposa sobre la mesa de centro. Tomo dos pequeños sorbos y, a continuación, lo sitúo en el mismo lugar que antes.

—Nunca les atraparon —explico con evidente aborrecimiento en la voz—. Huyeron lejos. Tal vez abandonaron el país aquel mismo día. No sé si juntos, porque se suponía que Giovanni no estaba al tanto de los planes de Marius. Aunque quizás me mintió... La verdad es que no lo sé.

—¿Qué pasó con los cuerpos?

Ahora sí que la miro con odio. ¿Cómo es capaz de hacerme esa pregunta? Ella sabe muy bien que hablar de ello me desgarran por dentro; que nunca podré olvidar las noticias hablando día sí y día también del narcotraficante más buscado de España e Italia; alegrándose de que por fin ya no fuera una amenaza para la península española ni para otros países cercanos.

—Ya lo sabes.

—Tienes razón, pero quiero que me lo cuentes —insiste con frialdad.

—¿Qué quieres que te diga? —estallo presa del dolor—. ¿Quieres que vuelva a repetir que era casi imposible reconocerle o que varias partes calcinadas de su cuerpo volaron por los aires? ¿Es eso lo que quieres oír?

Me cubro la cara con ambas manos en un intento por esconder las lágrimas que desbordan mis ojos, pero no logro silenciar los sollozos que salen de mis labios. La culpabilidad me está matando poco a poco; el ser consciente de que quizás podría haber impedido todo lo que sucedió aquel día... me martiriza desde hace un año. Un año estando inmersa en una constante oscuridad, donde el único consuelo y tormento son los recuerdos.

—¿Y los demás? —continúa sin inmutarse.

—Los demás sufrieron lo mismo —murmuro, todavía con la cara tapada—. Aunque el menos afectado fue Khâliq.

—Sabes que al principio se rumoreó que Alessandro podría haber fingido su propia muerte. —Como deja de hablar, me descubro el rostro. Gema me está mirando con atención.

—Eso es absurdo —declaro, afligida—. Jorge estaba tan encaprichado con atraparle que cuando Alessandro murió, no se lo creyó del todo, así que confabuló esa estúpida teoría. Y ya ves que se equivocó.

Asiente y, a continuación, coge una carpeta que hasta el momento nunca ha abierto; de adentro, saca el recorte de un periódico nacional y lo sitúa en medio de la mesa.

—Es normal que Jorge tuviera sus dudas. En realidad todos sospecharon que Alessandro podría haber planeado su propia huida. Incluida la prensa. —Señala el recorte, que habla de la alta seguridad y vigilancia que los aeropuertos, carreteras y otros medios tomaron por el posible caso de fuga. Unas medidas que se eliminaron tras confirmar que los cadáveres, en efectivo, pertenecían a Alessandro, Patricio y Khâliq.

—Te lo dije: Jorge estaba obsesionado.

—¿Alguna vez pensaste que podría estar vivo, escondido en algún lugar?

No tengo que meditar mucho la respuesta.

—No —digo con total sinceridad—. Nunca lo pensé, pero sí deseé que todo fuera una pesadilla.

—¿Te arrepientes de haberle conocido?

«A veces», contesta mi mente; en cambio, mis labios responden:

—Me arrepiento de no haber confiado más en él; de no haberle contado la verdad. Quizás aquello habría sido mejor que haberse enterado por su cuenta.

—El cómo te descubrió es algo que, al parecer, nunca sabremos con certeza —murmura a la vez que escribe de nuevo. Por primera vez estoy de acuerdo con ella—. ¿Qué pasó después?

—¿A qué te refieres?

Alza la mirada y se queda pensativa por un segundo.

—Háblame de tu hermano, por ejemplo. ¿Cumplió Jorge con su parte del trato?

—Sí, lo hizo después de que no pudo probar con fundamentos que Alessandro estaba vivo.

—¿Y cuándo sucedió eso?

—Tres meses después de la explosión. —Me tenso al recordar las excusas que Jorge me dio para mantener encarcelado a David por más tiempo—. Mi hermano salió en libertad sin cargos después de tres meses.

—¿Y cómo fue ese momento? —inquire con curiosidad.

—Muy emotivo. —Sonrío por dentro—. Fui con mi madre a buscarle, nos abrazamos por un buen rato y después regresamos a casa. —Trago saliva ante el vívido recuerdo—. Fue entonces cuando me di cuenta de que, para bien o para mal, todo había acabado.

—En mi opinión, aquello supuso un nuevo comienzo para ti; una continuación. —Al oírme suspirar, prosigue—: Tu relación con ellos, ¿ha cambiado en algo?

—En parte sí, porque yo cambié. —La miro a los ojos antes de confesar—: No podía fingir por más tiempo. No quería hacerles creer que yo seguía siendo la misma, la chica dulce y buena que ellos afirmaban conocer. Ni siquiera soportaba dormir en mi habitación. Ni ver la televisión en el salón comedor... —Niego con la cabeza—. Aquello era un suplicio.

—¿Le contaste a tu madre o a tu hermano todo lo que me has confiado?

—Todo no, pero porque en cierto modo me libré de hacerlo. Ya sabes que me mudé a otra casa.

—Lo recuerdo. ¿Ellos entendieron el motivo? ¿Entendieron que necesitabas estar sola?

—Al principio no, pero su reacción fue lógica y normal —le aseguro—. Habíamos estado tantos meses separados que lo único que querían era que permaneciéramos unidos. Bueno, con unidos también incluyo a Jaime —comento sonriendo de verdad.

Me llenó de dicha que mamá rehiciera su vida amorosa. Y lo hizo nada más ni nada menos que con Jaime Mata. Soy sincera cuando digo que estoy contenta por los dos. Además, el haberme trasladado a otra casa hizo que al fin decidieran vivir bajo el mismo techo.

—David también se fue, ¿no?

—Sí. Vivió unos meses en el mismo barrio que Jaime y nuestra madre, pero se marchó cuando le ofrecieron una grandiosa oferta de trabajo en Sevilla. —Vuelvo a sonreír al recordarle hablar tan entusiasmado de su nuevo empleo—. Las cosas le van bastante bien, aunque sigue soltero.

Gema se queda estudiándome por un largo momento; aquello me hace sentir inquieta. Estoy a punto de preguntarle qué ocurre, pero ella despeja mi duda.

—Es raro verte sonreír. No lo haces muy a menudo. —Al escucharla, mi sonrisa se esfuma. Ella se apresura a añadir—: Y deberías hacerlo.

—No tengo muchos motivos para hacerlo, pero eso no quiere decir que no me alegre por mi familia. Al contrario, ellos merecen ser felices.

—Hablas como si tú no lo merecieras. —Me encojo de hombros. Lo que me merezco o no ya poco me importa, porque nadie puede traerme de vuelta lo que de verdad anhelo con todo mi corazón—. Está bien, te alegras por ellos —acota—. Y lo entiendo. Pero me gustaría que me explicaras qué es lo que sientes cuando piensas en tu familia.

Bajo la mirada, conmovida por un sinfín de sentimientos.

—Siento que todos han recuperado sus vidas; en cambio, yo me he quedado estancada en el pasado.

—Te refieres a que tu mente no avanza más allá de esos meses que conviviste con Alessandro. Eso no es el pasado en su globalidad, Amber. Lo que tuviste con él fue una pequeña etapa que debes superar.

—Apenas recuerdo cómo era mi vida antes de conocerle —murmuro con la vista clavada en

un punto en el suelo—. Solo sé que comencé a vivir de verdad el día que tropecé con Patricio; cuando Alessandro me preguntó si me encontraba bien.

—No sabemos qué intenciones tenía Alessandro en aquel momento —repone, taciturna.

—Me da igual. —Elevo mi rostro para que vea la honestidad que manifiestan mis ojos—. Y también me da igual si tú no lo entiendes.

Opta por ignorarme y prosigue con el interrogatorio.

—¿Sigues hablando con tu madre y con tu hermano?

—Más con mi madre que con David, pero sí —afirmo—. Hablo con ellos casi cada día.

La doctora Pérez anota mis últimas palabras y, a continuación, mira su reloj de pulsera antes de abrir de nuevo la carpeta.

—Nos quedan quince minutos —informa a la vez que saca otro recorte para situarlo cerca del primero—. Hablemos de Matías.

—Prefiero que no toquemos ese tema.

—¿Te arrepientes?

—No. —Alzo la barbilla de manera desafiante—. Hice lo que debía hacer. Y tampoco tengo remordimientos de consciencia, por si te lo estás preguntando.

—Supongo que esto es algo que tu familia desconoce de ti —comenta con sorna. No le contesto—. Ya que estás tan recelosa de hablar acerca del homicidio que cometiste, pasemos al asunto de las pesadillas.

—Sabes que ya no tengo pesadillas.

—Ah, sí. Dejaste de tenerlas cuando Alessandro murió.

—Tampoco las tenía cuando estaba con él.

Gema hace un gesto despectivo con la mano.

—A mi parecer, inconscientemente sabías que algo malo se avecinaba y tu mente intentó alertarte a través de sueños distorsionados. Y ahora, gracias a la muerte de ese hombre, tu mente por fin descansa.

—¿Por qué te empeñas en creer que estoy mejor sin él? ¿Es que acaso no me ves?

Ya no soy la misma mujer de hace un año. A duras penas me reconozco a mí misma en el espejo. Mi peso es bastante más ligero, las curvas que solían adornar mi cuerpo ahora apenas son evidentes, mi mirada carece de luz y a veces mis ojos se tornan tan oscuros que el verde exótico que he heredado de mi madre se pierde en algún lugar.

—Ya es hora de que dejes el luto, Amber. No puedes estar eternamente de esta manera —me regaña como si yo tuviera cinco años.

Quiero insistir por enésima vez que ella es incapaz de comprenderme, pero, sin embargo, decido callar. Al percibir que no conseguirá nada más de mí, extrae de la carpeta la página de un prestigioso periódico español.

Miro el título, que destaca por encima del artículo, y meneo la cabeza.

—No quiero perder más tiempo hablando de él.

—Sé que es un tema importante y delicado, pero este hombre tuvo mucho que ver en ciertas cosas que te pasaron.

—Era el rey de los mentirosos. —Me cruzo de brazos, sintiendo cómo la ira brota en mi interior—. Nos engañó a todos.

—Hay bastantes discrepancias sobre lo que hizo y sobre lo que dejó de hacer.

—Él sí que merece estar donde está.

—¿Estás diciendo que Jorge Gómez merecía ser asesinado?

Trago saliva.

—Se lo buscó... —Frunzo el ceño, desconcertada de que le defiendan—. Estaba favoreciendo a otras bandas criminales a cambio de dinero. Por eso mismo quería a Alessandro fuera de ese círculo vicioso, para que sus socios tuvieran vía libre en Madrid y acceso a otras zonas de España.

—Nunca se logró demostrar que esos rumores fuesen ciertos —argumenta con calma—. Y las circunstancias en las que murió no parecían ser por un ajuste de cuentas.

—¿Estás tratando de decir que el concepto que tengo de Jorge es erróneo?

—Como ya he dicho, no hay pruebas que demuestren lo contrario.

Resoplo, frustrada.

—Siete meses después de la muerte de Alessandro, Jorge pasó de tener una simple casita a las afueras de Madrid a vivir en un lujoso apartamento en el barrio de la Castellana. Y puedo decir lo mismo de su coche, que por cierto era el mismo modelo que tenía Alessandro, así que no intentes excusarlo.

—Está bien —acota—. Puede resultar bastante sospechoso visto desde esa perspectiva. Pero no puedes negar que también es bastante extraño que el señor Jorge Gómez fuera degollado en el exterior de la comisaría, a plena luz del día, justo cuando iba a entrar en su automóvil.

—Yo no lo veo así —opino utilizando el mismo tono sereno—. Y si no se llevó a cabo una investigación fue porque a la comisaría le convenía acallar los rumores.

—Incluso con tantas especulaciones de por medio, la mayoría no creyó que Jorge fuera desleal a los suyos. Además, a juzgar por las grabaciones de seguridad, el asesino no era un experto y esto se pudo corroborar en la autopsia. El informe reveló que el corte en la garganta no fue limpio.

—Tenía más de dos millones de euros escondidos en cuentas ilegales —digo para refrescarle la memoria. Es indignante que Gema critique a Alessandro en todas nuestras sesiones cuando Jorge no era mejor persona que él.

—De todas maneras, la información que salió a la luz fue demasiado ambigua como para que alguien pudiera sacar una conclusión sólida. —Hace una pausa—. ¿Conoces al nuevo director del departamento de crimen organizado?

—No, pero tanto Jaime como Ernesto estuvieron conformes con la elección, así que supongo que dirigirá a los suyos mucho mejor que Gómez. —termino de dar mi humilde opinión al tiempo que la veo escribir a una velocidad vertiginosa.

Asiente una vez más y, entonces, alza la mirada.

—Hablando de Ernesto Ramírez, ¿cómo es tu relación con él? ¿Seguís siendo amigos?

—Mi amistad con él es lo único que no ha cambiado. —Levanto el dedo índice para enumerar las cosas que nos pasan cada vez que conversamos por teléfono; algo que no suele ocurrir con mucha frecuencia—. En ocasiones discutimos porque tenemos impresiones contrarias, bromeamos o me cuenta cómo es su día a día en Madrid. Pero a pesar de todo, se sigue preocupando por mí, aunque, para ser franca, a veces me abruma tanta sobreprotección.

—¿De qué crees que intenta protegerte? —indaga con curiosidad.

—No lo sé. Quizás de mí misma.

—¿Cuándo fue la última vez que os visteis?

—Hace tres meses. Ernesto no viene mucho por Barcelona. —Me muerdo el labio inferior al recordar el nuevo caso en el que está metido hasta las cejas—. No tiene tiempo para nada, ya que Madrid se ha convertido en el territorio favorito de las bandas criminales desde que

Alessandro... —Enmudezco para no pronunciar la palabra «muerte» y, enseguida, cambio de tema antes de que las siniestras imágenes de la casa en llamas asalten mi mente—. Ernesto es muy dedicado a su trabajo. Pero desde que Jaime se quedó en Barcelona, para estar cerca de mi madre, se empeña en hacer todo él solo. Todavía no se acostumbra a su nuevo compañero.

—¿Habéis hablado sobre Matías?

Exhalo un suspiro de cansancio.

—No, y no quiero hablar de ese hombre —respondo utilizando un tono frío y distante para que deje de entrometerse en un episodio de mi vida que deseo bloquear y eliminar de mi memoria.

Me sonrío con cierta tirantez, lo que me indica que sus próximas preguntas me van a gustar aún menos. Inquieta, miro de nuevo el reloj y casi grito de frustración cuando compruebo que aún faltan ocho minutos para que pueda largarme de la consulta. El tiempo, dentro de estas cuatro paredes, parece que no avanza nunca.

El tenue carraspeo de una garganta atrae mi atención.

—Ya que te niegas a hablar de Matías, hablemos de otro hombre. De Alessandro, por ejemplo.

Me remuevo incómoda en el sofá y, con evidente tensión, apoyo mi espalda en el respaldo. Los músculos me duelen a causa de la rígida postura.

—¿Qué es lo que quieres saber? —mascullo.

—Todo —replica con desmedido interés—. Vuestra historia... me intriga, aunque, sinceramente, no sé si «amor» es la palabra más adecuada para definir lo que tuvisteis.

Respiro hondo en un intento por contener mis impulsos más primitivos. Sé lo que está a punto de venir.

—Vas a volver a poner en duda mis sentimientos.

—Creo que has confundido el concepto de deseo sexual con el de amor.

—Lo que Alessandro y yo teníamos era mucho más que sexo. —Gema enarca las cejas con malicia, así que me apresuro a seguir defendiendo mi verdad—. Puede que al principio fuera solo eso: lujuria y pasión. Y quizá también un poco de rencor, más que odio, por mi parte. Pero todos mis esquemas se rompieron tras nuestro primer encuentro sexual.

—Apenas os conocíais —responde retomando las notas por donde lo había dejado.

—Lo sé, y normalmente nunca hubiera hecho algo así. Quiero decir —me corrijo al ver su ceño fruncirse—, tener sexo con un desconocido, pues en aquel entonces Alessandro era eso.

—Entiendo. Tuviste que realizar un esfuerzo sobrehumano para rebasar tus propios límites.

Me entran ganas de reír al escuchar aquella afirmación, pero logro controlar el repentino arrebato.

—No —le digo con sinceridad—, con él fue diferente. —Cierro los ojos cuando los placenteros recuerdos me invaden, llevándome a un momento de mi vida en que fui feliz, aunque en aquel entonces no lo sabía. Y si lo hice, no lo supe apreciar—. Es cierto que me sentí un poco culpable, pero enseguida olvidé todo lo que me rodeaba; incluso quiénes éramos. —Me humedezco los labios al notarlos resacos—. En aquel instante solo podía centrarme en sus manos, que tocaban con avidez cada centímetro de mi cuerpo, y en lo bien que se sentía estar en contacto con su piel; en la mágica energía que fluía a nuestro alrededor. —Abro los ojos otra vez. Gema me estudia con una mezcla de asombro y perplejidad.

—Parece que era un buen amante.

—Sí, lo era... —susurro.

—Cuéntame cómo evolucionó vuestra relación.

—Estar con él se tornó adictivo, aunque la manera en que me trataba era muy diferente a cómo se comportaban conmigo mis anteriores parejas.

—¿Te refieres al sexo?

—Sí —contesto al tiempo que pongo un mechón de pelo detrás de mi oreja. Las mejillas me arden, pero no a causa de la vergüenza, sino por el calor que aquellas fogosas escenas despiertan en mi interior. Fantasías ya vividas que aún me quitan el sueño—. Alessandro era... bastante rudo en el sexo. —Gema cambia de postura, como si estuviera incómoda—. Nunca nadie me había tratado como él y aunque no solía expresar con palabras lo que sentía o pensaba, le gustaba mirarme cuando me tenía debajo de su cuerpo. Y a mí me encantaba que lo hiciera.

Pestañea varias veces y, a continuación, pretende escribir algo en la libreta.

—Por culpa del sexo, estás muy ligada a él. Creasteis un vínculo muy fuerte y ahora, que no tienes lo que te daba, te es difícil adaptarte al día a día.

—Te lo he dicho antes, Gema —le repito—: Era mucho más que sexo. No puedo decirte el momento exacto en que todo cambió, pero así fue. Las miradas, las caricias e incluso la forma de dirigirnos el uno al otro... Todo lo que teníamos se intensificó.

—Le tenías miedo —me recuerda.

—Sí, pero también me sentía segura a su lado.

—Lo que estás exponiendo es contradictorio.

—Pero así es cómo me sentía con él. Y no espero que lo entiendas, porque solo yo puedo hacerlo. —Miro el reloj—. Quedan tres minutos.

—Lo que viviste fue bastante arduo —comenta haciendo oídos sordos a lo que le acabo de decir—. Y en cierta parte comprendo que te hayas enganchedo tanto a un hombre como Alessandro, con un carácter singular y misterioso, amenazante y pasional. Pero de ahí al amor hay una gran distancia. ¿De verdad estás tan convencida de que lo amabas?

—Lo amo. —La corrijo con las lágrimas abriéndose paso. Me enfurece de impotencia que no me crea, aun después de tantos meses de terapia, pero sobre todo me entristece porque me hace recordar que Alessandro tampoco me creyó.

—Deja de vivir en el pasado, Amber —sugiere mientras sitúa la libreta y el bolígrafo encima de la mesa. La sesión ha llegado a su fin—. Y verás que algún día encontrarás a un hombre que te hará feliz.

Me pongo de pie a la vez que sacudo frenética la cabeza y recojo mi bolso que yace en el sofá.

—Solo Alessandro puede llenar el vacío que siento.

Sin darle tiempo a replicar, camino presurosa hacia la puerta. Pero su voz firme e indiferente detiene mis pisadas.

—Amber —me llama. Me volteo justo cuando se levanta del sillón orejero; se echa su larga melena rubia tras los hombros, se atusa la falda por un segundo y, a continuación, dice—: Nos vemos el viernes a la misma hora.

Agotada, abro la puerta, pero no salgo de la habitación. Me quedo paralizada al darme cuenta de que acudir a terapia no me ha ayudado en nada. Ni siquiera me ha aliviado; al contrario, parece que mi pesadilla nunca acabará. Y estoy harta de que todos me intenten persuadir de que las cosas irán a mejor; que yo lo haré. Recordar todo lo malo me consume; me chupa la energía. Y recordar lo bueno... es algo que debo modificar, porque no puedo alimentarme de los sueños imposibles. Aquello solo consigue lastimarme aún más.

Es ahora, en este preciso instante, cuando llego a la conclusión de que tengo el poder de cambiar el rumbo que ha tomado mi vida. Pero para hacerlo primero debo empezar por concluir una etapa.

—No —replico con determinación. Gema abre los ojos con sorpresa—. No voy a venir otra vez.

—No estás curada. Te falta mucho.

—Y nunca lo estaré si sigo viniendo aquí, o si sigo contándote todo lo que me pasó; todo lo que ansío y, sin embargo, no puedo recuperar. —Mi voz suena poderosa, pero las lágrimas que descienden por mis pómulos delatan mi profunda tristeza—. Hablar de Alessandro hace que no pueda prescindir de él.

—No estás curada —insiste.

Tras respirar hondo, me volteo de nuevo y abro la puerta por completo. Pero antes de que ponga un pie fuera de la habitación, donde he compartido y revelado gran parte de mis secretos, escucho mi nombre por segunda vez.

—Amber —me tenso de pies a cabeza—, tengo una última pregunta. Al margen de todo lo bueno que experimentaste junto a él y enfocándonos únicamente en las últimas horas que estuviste en la mansión y en las cosas que Alessandro hizo y dijo, ¿sigues pensando que él realmente te quería?

Cierro los ojos con fuerza y tiemblo al ver varias imágenes aleatorias proyectándose en mi mente. Pero solo una perdura en mi retina. Como si estuviera reviviendo el pasado, vuelvo a notar los brazos de Alessandro envolviéndome con ternura, sus labios contra mi cabeza, su cercana respiración cuando susurró dos palabras que me hicieron sentir viva.

—Sí... —musito más para mí misma que para ella—. Él me quiso.

Capítulo 24

Amber

Inclino la cortina hacia un costado para ver con claridad las calles colmadas de gente. Los turismos, taxis y autobuses de dos plantas ocupan las carreteras durante todo el día y los negocios, para el deleite de los turistas, permanecen abiertos hasta alcanzada la noche.

Sonrío para mis adentros mientras apoyo mi frente en el vidrio de la ventana. Si de algo no me arrepiento, además de haber cambiado de ambiente, es de haber cortado mi relación de manera definitiva con Gema Pérez. No mentí cuando me dije a mí misma que quería salir adelante y recuperar la vida que aún siento que he perdido. Y realmente lo estoy intentando. Al menos, desde hace dos meses y medio; desde aquella tarde que abandoné la consulta de mi ex terapeuta. Pero eso no significa que a partir de entonces las cosas hayan sido más fáciles de sobrellevar. Hoy por hoy no puedo decir que estoy del todo curada, pues aún añoro mi etapa en Madrid. Cor él. Es demasiado difícil no hacerlo, porque incluso los sucesos más insignificantes hacen que le recuerde: el olor a tabaco, los coches deportivos que aparecen en la televisión, los trajes de tres piezas... Todo me lleva a un nombre, a una misma persona; a Alessandro.

Exhalo un suspiro. Debo parar de pensar tanto y de verle en todos los sitios, pero me es imposible. Incluso cuando alzo la vista hacia el cielo azul resplandeciente, siento que él me mira. Todavía se me eriza el vello sin ninguna razón.

Sacudo la cabeza mientras me alejo de la ventana y observo mi apartamento apenas estrenado. No había traído muchos objetos personales conmigo, pero los pocos que acarree aún están empaquetados en cajas, a pesar de que vivo aquí desde hace un mes. El apartamento en sí no es muy moderno, ni nada espectacular, y aunque es mucho más diminuto que el que me habían asignado en Madrid, a veces se me hace grande. O quizás yo me sienta demasiado pequeña.

Me paro en seco cuando mis ojos reparan en el espejo situado en una de las tantas paredes estrechas y, a continuación, me acerco con lentitud al ser testigo de la imagen que se refleja en ella. Si antes me molestaba tener un aspecto demasiado aniñado, ahora ya no tengo ese problema. Me he convertido en una mujer de pies a cabeza.

El color de mi melena hace semanas que dejó de ser castaña; ahora, es color rubio claro y casi siempre lo llevo un poco despeinado, pues me lo corté hasta la altura de los hombros. Las facciones de mi rostro han endurecido de modo muy sutil, por lo que los mohines y mi pose natural me hacen parecer una mujer sensual y atrevida, sin tener que realizar ningún esfuerzo. La chispa en mis ojos verdes aún no la he recuperado, pero apenas es evidente gracias a la gruesa

línea negra que se halla por encima de mis pestañas.

Arqueo una ceja mientras frunzo los labios, pintados de rojo, y me pongo de perfil para admirar mis pantalones cortos, que me cubren lo suficiente para que nadie me confunda con una prostituta, y mi camiseta negra con encajes que, aunque es transparente, no se puede apreciar nada más que el sujetador.

No hay ninguna duda de que he cambiado. Y mucho.

—¡Ya estoy aquí! —exclama mamá apareciendo alegre en la sala.

Enarco las cejas con asombro y, sonriendo, tomo su mano para hacerla girar sobre sí misma. Suelto un silbido.

—Te ves genial. —Asiento con la cabeza—. Me encanta ese vestido.

—Es un regalo de Jaime —comenta irradiando felicidad toda ella. El amor a mi madre le sienta muy bien.

—Joder con el agente Mata —murmuro con diversión—. ¿No te compró nada más? Ya sabes..., ropa interior y tal. —Le guiño un ojo.

Se ríe nerviosa.

—¡Amber! —me regaña entre risas.

Levanto las manos en señal de rendición y, a continuación, recojo el bolso que descansa desde la noche anterior en la mesa de la cocina.

—¿Piensas decirme a dónde me vas a llevar?

—No, es una sorpresa.

—Mamá..., no me gustan las sorpresas.

—Esta te gustará, te lo prometo. —Exhalo con fuerza para que note mi descontento, pero, aun así, accedo. No quiero discutir por una tontería. En pocos días ella tendrá que regresar a España, y yo no tengo ni idea de cuándo nos volveremos a ver.

—Es increíble que siempre te salgas con la tuya —refunfuño en broma.

—Concédeme este pequeño capricho. Después haremos lo que tú quieras.

—Está bien. —Hago un lánguido gesto con la mano hacia la puerta principal—. Guía el camino.

Creí que se pondría a caminar, dado su evidente entusiasmo, pero en cambio toma mi rostro entre sus dedos.

—¿Te encuentras bien, cariño? —me pregunta con preocupación.

Sin querer que los fantasmas del pasado arruinen nuestro día y tratando que mi sonrisa no se esfume, le aseguro con voz firme:

—Sí, mamá. Estoy feliz —miento.

Aunque se ha percatado de mi expresión rígida y fingida, asiento y caminamos en un incómodo silencio hacia la puerta. Me dispongo a cerrar con llave mientras ella presiona el botón del ascensor.

—¿Vas a ir con tacones? —indaga para disminuir un poco la tensión que circula a nuestro entorno.

Siguiéndole el juego, porque ella sabe que yo no uso zapatillas desde hace mucho, alzo un poco la pierna derecha y observo el calzado con simulada admiración.

—Sí, son muy cómodos —comento al tiempo que las puertas del ascensor se abren. Nos internamos en él, lo evacuamos una vez que llegamos a la planta baja y, a continuación, salimos al exterior con cuidado de no obstaculizar el desmedido tráfico de peatones.

—Me encanta esta ciudad —murmura mirando a la derecha y luego a la izquierda, con una

tímida sonrisa en los labios.

—A mí también.

Sin duda acerté en mudarme aquí para empezar de cero; París es un destino idílico para comenzar esta nueva etapa de mi vida. Al principio me entristeció no poder seguir viviendo en Barcelona, o en cualquier otro lugar de España, pero cuando decidí marcharme para alejarme del tóxico y vicioso ambiente que giraba a mi alrededor, nunca imaginé que me sentiría tan comfortable en un lugar donde nunca antes había estado.

—Bueno, mejor dejemos de babear y caminemos —dice aunque ya me está enganchando un brazo con el suyo.

—Actuamos como si recién hubiésemos llegado a París. —Nos reímos al tiempo que esquivamos a los turistas que se detienen para sacarse una fotografía.

Andamos durante algunos minutos, con cautela de no tropezar, admirando los escaparates de las tiendas y las cafeterías atestadas de comensales. Si Madrid es un caos constante, París lo es el doble; en especial ahora que nos encontramos en pleno agosto.

—Tenemos que ir a esas galerías que me comentaste por teléfono.

—Si quieres, podemos ir esta tarde —le propongo—. ¿Falta mucho?

—No, es allí. —Señala con el dedo índice un punto en la lejanía, pero no puedo distinguir cuál de los cientos de establecimientos es el que ella quiere ver. De todas formas, no protesto y seguimos nuestro camino. Pero, entonces, repentinamente, algo se agita en mi interior y me hace sentir nerviosa e intranquila. Quizás sea a causa del sol, que se cierne alto y ostentoso sobre nosotras, o por los tacones de ocho centímetros que me están matando con lentitud. Sin embargo, permanezco en absoluto silencio, deseando que no tardemos demasiado en llegar. Y por suerte no lo hacemos.

Mi madre se detiene en medio de la acera, lo que causa que yo haga lo propio. La miro con expectación.

—Es aquí, pero no quiero que protestes —me advierte—. Sabes que este día es muy especial y quiero...

No puedo seguir escuchándola. Me estremezco con violencia; un escalofrío recorre veloz mi espina dorsal. Me froto los brazos mientras miro hacia todas partes, pero lo único que descubro es un sinfín de largas calles. Doy un leve respingo cuando aprecio una mano sobre mi hombro, lo que provoca que regrese la vista al frente y vuelque toda mi atención en mi madre.

—Amber, ¿tienes frío?

—No —respondo con sinceridad. Las temperaturas son bastante elevadas; de hecho, noto el sudor concentrado en mi nuca—. ¿Qué me decías? —inquiero para cambiar de tema.

—Entremos. —Señala con la barbilla el local a nuestra derecha. Miro en la misma dirección y, enseguida, comienzo a negar con la cabeza.

—No. —Doy un paso hacia atrás—. No hace falta, mamá.

Pone los brazos en jarras.

—¿Cómo que no? —me pregunta con disgusto en la voz—. El año pasado no lo celebramos y créeme que en aquel momento lo entendí, pero ahora... Me dijiste que estabas mejor.

Bajo la mirada y respiro hondo.

—Y lo estoy —insisto para no preocuparla más—, pero podrías haberme felicitado y ya. —La miro con el ceño fruncido—. Esto no era necesario.

—¿Y qué es un cumpleaños sin una tarta? Además, no todos los días se cumplen veintiséis. —Sonrío con tristeza; a veces siento que tengo muchísimos más—. No lo pienses tanto. Vamos,

será divertido —me apremia.

—Te vuelves a salir con la tuya —murmuro al tiempo que abro la puerta de la pastelería—. *Bonjour* —saludo a la repostera, que está ocupada atendiendo a otra cliente. Mientras tanto ella termina, echo una ojeada a las diferentes tartas, galletas —algunas excesivamente azucaradas y otras integrales—, chocolates en forma de la *Torre Eiffel* y demás bizcochos.

—Todo se ve buenísimo —opina mamá.

—Sí —coincido con ella, aunque sigo desanimada por tener que comprar una tarta.

—¡Oh, mira! —exclama agarrándome del antebrazo—. ¡Tienen tarta de chocolate!

Arrugo la nariz. Mis labios se curvan en una mueca de desagrado.

—Nada de chocolate. No me gusta.

Me mira estupefacta.

—¿Desde cuándo no te gusta?

Levanto el dedo índice para indicarle a la encargada que necesitamos un poco más de tiempo para decidírnos.

—Mamá, detesto el chocolate. —Estudio el mostrador de derecha a izquierda hasta encontrar a la posible candidata—. Prefiero esa —digo señalando una tarta con frutas del bosque.

—¿Estás segura? La de chocolate tiene una pinta deliciosa.

—Sí, pero no me gusta... —respondo entrecortada al ponerme nerviosa.

Mi corazón, sin previo aviso, empieza a bombear a una velocidad exagerada, tanto que me causa una fuerte punzada en el pecho. Intentando aliviar la molestia y la creciente opresión, coloco mi mano derecha sobre el lugar donde me duele y masajeo la zona con suavidad, pero la extraña sensación que me invadió no cesa. Al contrario, un escalofrío, parecido al anterior pero mucho más intenso, me recorre todo el cuerpo y hace que me estremezca. Se me eriza el vello y el pulso se me acelera aún más. Tengo la impresión de que los minutos se paralizan. Y todo a mi alrededor se congela al apreciar un aroma bastante familiar adentrándose en mis fosas nasales. La única esencia capaz de transportarme a sitios a los que siempre he deseado volver. La única esencia que logra que me sienta viva.

—Una vez me dijiste que el chocolate es tu sabor favorito. —Escucho una voz masculina a mis espaldas, hablando en un perfecto y sensual acento francés.

Sin saber cómo reaccionar, alzo la cabeza con brusquedad y una sacudida me conmueve por dentro. «Estoy alucinando. Esto es otro de mis sueños», me digo a mí misma mientras contemplo el espejo ancho y rectangular que tengo enfrente, cubriendo toda una pared. Meneo la cabeza con los ojos muy abiertos. No puedo creer que lo que estoy viendo sea verdad.

Exhalo un suspiro lleno de desconcierto y, a continuación, doy media vuelta para que estemos cara a cara.

—¿Qué sucede? Actúas como si hubieras visto a un fantasma —comenta utilizando el mismo tono de antes.

Sin fiarme de mi estabilidad mental y sin emitir palabra, alargó la mano para tocarle el brazo. Y al instante de hacerlo, esa energía tan conocida y vivaz comienza a fluir entre nosotros. Es entonces cuando me doy cuenta de que él es real, de que esto no es ningún espejismo y de que efectivamente le tengo delante de mí, en carne y hueso.

Alessandro no está muerto.

—Dios mío... —susurra mamá con horror. Al oírla recuerdo que no me encuentro sola, pero ese hecho no es incentivo suficiente para que aparte la mirada del azul flamante que tanto me cautiva, hasta el punto de hacerme enloquecer.

La sensación que se respira en el aire es tan abrumadora y asfixiante que abarca todo el espacio de la pastelería. ¿Cuántas veces he imaginado un momento como el que estoy teniendo? Y ahora que se cumple soy incapaz de reaccionar, aunque noto un fuerte magnetismo invitándome a reducir la corta distancia que nos separa.

Alessandro, al igual que yo, tampoco hace nada; simplemente me estudia de una forma imposible de describir. Pero no me importa, porque yo, además de perder el habla, también he perdido cada una de mis capacidades. Incluso la de pestañear.

Lo miro de arriba abajo mientras aún le toco por miedo a que se evapore delante de mis ojos, y tengo que morderme el labio inferior para reprimir un jadeo de felicidad. Alessandro sigue viéndose igual de atractivo e intimidante como siempre, o puede que incluso más; viste una camiseta azul de manga corta y unos vaqueros muy desgastados. Pero él no necesita más para impactar a cualquiera.

Con la respiración acelerada y unas ganas enormes de lanzarme sobre él, regreso mi mirada a la suya y descubro que lleva varios días sin afeitarse; aquello le proporciona un aire misterioso. Me fijo en su boca tan apetecible y cuando las fantasías de él, lamiendo y besando mi piel, se reproducen en mi mente, me humedezco los labios con innegable ansia. Como si hubiera visto las mismas fogosas imágenes, cierra ambas manos en puños dándome la satisfacción de maravillarme con la solidez de sus bíceps rígidos por la postura.

Pero el exótico hechizo que nos envuelve desaparece de golpe cuando nos percatamos de que mi madre rebusca algo en el bolso. Alessandro se aleja presuroso, por lo que mi mano cae a mi costado, y atrapa los dedos de ella con los suyos.

—Elisabeth Montalván —dice en español. Ella lo mira con recelo a la vez que arquea una ceja de manera inquisitiva. Yo continúo en absoluto silencio—. Le ruego que no haga la llamada que pretendía hacer. —Señala con el mentón el móvil que mamá sostiene con fuerza—. Y deje el teléfono donde estaba —añade. Ella no le obedece; ni siquiera se inmuta. Al notar la resistencia de mi madre, se acerca a su oído y habla en tono amenazante—. Se lo estoy pidiendo con amabilidad.

La pastelería, aunque es bastante espaciosa, se torna demasiado pequeña para nosotros tres. Separo los labios para poder respirar mejor. Me siento mareada. Alessandro acaba de amenazar a mi madre de una forma muy astuta, sin importarle que yo esté presenciándolo todo. Al revés, le importa un comino si yo estoy a escasos pasos de ellos.

Mamá, sin soltar el teléfono, me lanza una mirada desesperada. Y yo, en respuesta, asiento temblorosa. No tengo ni idea de las intenciones que tiene Alessandro, pero no quiero que haga nada que pueda dañar a mi familia. Ella, enmudecida, guarda el aparato en el bolso.

—Eso está mucho mejor —opina él con alegría. A continuación, echa un rápido vistazo al expositor y le habla en francés a la repostera, que luce harta de tanto diálogo—. *Nos llevaremos la de chocolate*. —Saca su billetera y pone un billete de cincuenta euros encima del mostrador.

—¿Qué estás haciendo? —inquiero crispada. Alessandro permanece impassible y espera a que la encargada empaquete la tarta—. Te estoy hablando —insisto. Él me ignora otra vez.

La encargada deja la tarta en el mostrador y cuando coge el billete entre sus dedos, Alessandro le hace un gesto para que se quede con el cambio; después, se dirige a mi madre.

—Tome. —Ella acepta el paquete con desconfianza—. Entreténgase, mientras su hija y yo arreglamos unos cuantos asuntos pendientes.

El rostro de mamá enrojece.

—No —rehúsa con poderío—. No te la vas a llevar. No voy a permitirlo.

Alessandro respira profundo y se vuelve para mirarme.

—Vas a venir conmigo —sentencia.

—¡Aléjate de mi hija! —clama mamá interponiéndose entre nosotros. Él le da una mirada desdeñosa y, a continuación, vuelca de nuevo su atención en mí—. Llamaré a la policía.

La voz firme y provocadora de mamá me hace reaccionar. Debo empezar a poner orden antes de que esto se nos vaya de las manos.

—No lo hagas —le pido con calma. Ella me mira como si yo hubiese perdido la razón—. Espérame en el apartamento, por favor. —Abro el bolso y extraigo las llaves.

—Amber, este hombre te arruinó la vida —dice ignorando por completo la tensión que emana de Alessandro—. Exígele que se vaya por donde ha venido.

—Amber —me advierte Alessandro.

Se me detiene el corazón por un instante al escuchar mi nombre de sus labios. No puedo ordenarle que se marche, porque, en realidad, nunca lo ha hecho. Alessandro siempre ha estado presente en mis pensamientos, día tras día.

—No sigas, mamá —murmuro a la vez que avanzo hacia ella y sostengo las llaves en alto—. Por favor, cógelas y no llames a la policía.

—Te estás equivocando otra vez —dice apenada y, resignándose, agarra las llaves.

Ella aún no conoce ni la mitad de mi historia con Alessandro, pero me ha visto sufrir demasiado y ahora es lógico que tenga miedo de que, cuando regrese al apartamento, vuelva peor de lo que volví a Barcelona.

—No te preocupes por mí. —Le doy un beso en la mejilla—. No tardaré mucho. Te lo prometo.

Alessandro carraspea con impaciencia, reclamando mi interés, de modo que pongo mi mirada en él y descubro que tiene la palma de la mano tendida boca arriba, en un gesto silencioso para que yo camine primero. Sonríe a mamá con cierta tirantez y, a continuación, me apresuro a andar hacia el exterior de la pastelería, con él pisándome los talones.

Una vez que llegamos a la acera y noto la suave brisa de una calurosa mañana en mi rostro, le oigo comentar detrás de mí:

—No deberías hacer promesas en vano; especialmente si no podrás cumplirlas.

Irritada, me paro en seco y lo miro por encima del hombro.

—No me amenazas.

—Camina —ordena con brusquedad. Pero antes de que me dé tiempo a hacerlo, me inmoviliza agarrándome por la nuca—. Y, por tu bien, no hagas ninguna tontería. Sigue recto. — Me empuja por la espalda, obligándome a caminar en dirección a un Jeep negro que está aparcado en doble fila.

—No me puedo creer que hayas tratado así a mi madre —comento, atónita.

—No hables.

Me doy la vuelta, enfurecida. A los dos nos sorprende mi pequeño arrebato.

—¿Quién te crees que eres? —indago, pero él no responde. En cambio, avanza conmigo hacia atrás hasta que me encuentro atrapada entre la puerta del automóvil y sus brazos, que se sujetan al techo del coche—. ¿De verdad vas a hacer un numerito en medio de la calle?

—Ahora sé a quién saliste tan testaruda —murmura con tranquilidad—. Mueve el culo y sube. —No realizo ningún movimiento, más que nada porque tenerle tan cerca aún me afecta, tanto o más que el primer día—. A menos que prefieras que lo haga yo. —Su arrogancia rompe mi repentino ensimismamiento.

Arqueo una ceja y le sonrío con falsedad.

—No, no quiero nada de ti —contesto, altiva, haciendo caso omiso del gruñido que emerge de su garganta. Sintiendo un poco de satisfacción, tomo asiento en la fila trasera del coche. Alessandro hace lo propio, pero en la zona del copiloto. Frunzo el ceño al no verle al volante y giro mi rostro hacia el lugar del conductor.

Lo que hallo es lo último que me hubiese esperado.

—Hola, rubia.

—¿Tú también estás vivo? —pregunto, sorprendida.

Patricio sonrío mostrando todos sus dientes y arranca el motor para entremezclarse con los demás coches.

—Te dije que no se alegraría mucho de verme —le comenta a Alessandro, quien gruñe a modo de respuesta y enciende la radio dando por terminada la conversación.

La cabeza me da incesantes vueltas. No me puedo creer lo que está ocurriendo, mucho menos que esté compartiendo el mismo espacio con dos personas que di por muertas. «Pero no lo están. Alessandro te mintió», contesta mi mente. Entierro las uñas en el borde del asiento. Es obvio que ambos fingieron sus propias muertes, tal y como muchos habían especulado. Y yo, como una idiota, sufrí sin motivo. Lloré su pérdida durante un largo y agonizante tiempo mientras él estaba oculto en alguna parte del mundo, disfrutando y pasándosela fenomenal con Patricio. Pero a pesar de toda esta situación, que ahora debo hacer frente, me siento eufórica de que esté vivo. He deseado este instante en innumerables ocasiones. Pero también me siento engañada y utilizada. No puedo evitar sentir que se ha burlado de mi sufrimiento.

—¿Vais a matarme? —pregunto sin miedo, aunque me turba imaginar que Alessandro pueda querer hacerme daño.

—Mejor quédate calladita y no nos des ideas —replica él a la vez que sube el volumen de la radio. Patricio se echa a reír al tiempo que niega divertido con la cabeza, como si acabara de escuchar algún chiste.

Dándome por vencida de momento, porque no quiero hablar delante de Patricio, me acomodo en el asiento y permanezco en silencio, escuchando las canciones que se proyectan por los altavoces y viendo cómo las avenidas y los comercios atiborrados de turistas se pierden tras nosotros.

Después de diez perturbadores minutos, Patricio frena el coche delante del Hotel Four Seasons; un emblemático y elegante edificio situado en el conocido triángulo de oro de París. Tener el majestuoso hotel a escasos metros me impacta, pero a su vez no me sorprende que los dos estén alojándose aquí.

Doy un pequeño respingo cuando la puerta trasera se abre con violencia. Alessandro ha salido sin que me haya dado cuenta y ahora espera, con una expresión inmutable en el rostro, a que yo haga lo mismo.

Lo miro, confusa. Aún sigo sin entender por qué me trae a un hotel de lujo y, sobre todo, cuáles son los asuntos que, según su parecer, tenemos pendientes.

—Date prisa —masculla.

No deseo agravar más la situación, de modo que realizo lo que me pide y, también, permito que coloque su mano en la parte baja de mi espalda y me guíe hacia la entrada.

—*Bonjour, Monsieur Laroche. Mademoiselle* —nos saluda el portero con una sutil inclinación de cabeza.

Al oír el apellido falso que está utilizando, resoplo de manera ruidosa y, como consecuencia,

me gano una de sus típicas miradas gélidas. Es indignante que él haya repetido por activa y por pasiva que yo soy una mentirosa cuando él es mil veces peor. Alessandro impone más fuerza en mi espalda, como advirtiéndome de que es mejor que no le saque de sus casillas.

Sin romper el silencio que nos cerca desde hace minutos, nos dirigimos al ascensor, que no tarda en abrir sus puertas, y nos adentramos en él. Presiona el botón de la octava planta, la conocida suite *Penthouse*, la mejor habitación del hotel con fabulosas vistas, y, a continuación, se vuelve hacia mí. Su mirada es tan intensa y penetrante que tengo que sujetarme a la barandilla de metal que hay a los lados de las paredes; sobre todo cuando me observa con lentitud y se detiene en mi camiseta negra con transparencias durante mucho más tiempo del que debería. Repentinamente alza la vista otra vez, pero cualquier rastro de posible lujuria ha sido reemplazado por algo oscuro y difícil de descifrar.

Las puertas del ascensor se abren. Cierra su mano alrededor de mi brazo y me lleva casi a rastras hacia el pasillo y, después, hasta la puerta de la habitación. Tengo la respiración agitada y el cuerpo tenso. Su actitud provocadora alienta a la mía a seguir por el mismo camino.

Pasa una tarjeta por la ranura y, una vez que la majestuosa *suite* queda a nuestra entera disposición, me empuja con ímpetu, como si yo fuera incapaz de caminar por mí misma. Me enerva la sangre su comportamiento. ¿Cómo se atreve a tratarme así? Siempre imaginé que un encuentro como el que estamos teniendo sería apasionado y lujurioso, pero es obvio que me equivoqué.

Sin mirar a mi alrededor y enfurecida a más no poder, me abalanzo sobre él y alcanzo a pegarle unas cuantas veces en el pecho antes de que sujete mis muñecas y me estampe contra una pared con poca delicadeza. Aquel golpe me habría dolido si no hubiera estado tan fuera de sí.

—¡Eres un mentiroso hijo de puta!

—¿Por qué coño te has estado vistiendo como una cualquiera en los últimos meses? —brama ignorándome por completo—. ¿Qué pretendías? ¿Volverme loco?

Abro los ojos, atónita. Pero no por el comentario en sí, sino por el importante significado que tienen esas palabras. Respiro hondo, sintiéndome nerviosa de que sepa la ropa que me pongo o dejo de poner.

—¿Cómo... cómo sabes eso? —Alessandro, arrepentido de lo que acaba de decirme, da dos pasos hacia atrás para retomar las distancias. Pero yo no le voy a permitir que me ignore—. Dímelo.

—No hace falta que te responda.

Tiemblo de rabia e impotencia.

—¿Cuánto tiempo? —exijo saber—. Dime durante cuánto tiempo has estado espiándome.

—Una semana —responde sin mucha convicción. Sé que me está mintiendo; se ha delatado él mismo hace pocos segundos.

Sintiendo que miles de emociones me dominan a la vez, me paseo por la habitación ante su atenta e ilegible mirada. Después, me giro decidida a encararlo.

—¿En serio era necesario todo el paripé que has hecho?

—¿Crees que tenía otra opción? —pregunta entre dientes mientras da un paso hacia mí. Me mantengo estoica. Si piensa que voy a acobardarme, está muy equivocado.

—Eres un... —Enmudezco. Es tanta la rabia que experimento que me entran ganas de llorar; en especial cuando entiendo que todo el sufrimiento que he soportado en su ausencia podría haberse evitado—. Cualquier opción habría sido mucho mejor que hacerme creer que habías muerto. No tienes ni idea de lo que he pasado.

Se queda mudo, y yo no me atrevo a romper el silencio por miedo a que el sollozo que tengo atragantado en la garganta escape de mis labios. Pero a medida que van avanzando los minutos, parte de la ira se evapora y es sustituida por la melancolía.

—Lo que hice era necesario —contesta con serenidad—. De no haberlo hecho, ahora mismo no estaría aquí.

—Esto debe de ser una broma —niego con la cabeza— o, peor aún, un sueño.

Esboza una sonrisa triste y, a continuación, se aproxima hasta que quedamos muy cerca el uno del otro. A pesar de que llevo tacones, aún me saca un buen pellizco de altura, por lo que tengo que alzar la cabeza para mirarlo.

—No es ninguna de las dos cosas.

—Pero... pero Marius... —respiro hondo—, Marius me entregó una información para hacerte daño y después escapó. ¿Cómo es esto posible? —Alessandro baja un poco la mirada y sonríe como si estuviera avergonzado. Pero no lo está. Todo lo contrario—. A menos que también fuera mentira. —No se pronuncia al respecto, tan solo continúa sonriendo—. ¡Deja de sonreír y contéstame! ¿Fue todo una farsa?

—Sí.

Al escucharle, automáticamente doy un paso hacia atrás y él otro hacia delante. Levanto la mano derecha y vuelvo a retroceder.

—No te acerques —le pido, abrumada—. Necesito un poco de espacio, y contigo tan cerca no puedo... no puedo pensar con claridad.

Se mete las manos en los bolsillos y con una pose sensual y a la vez despreocupada, me mira con parsimonia, demorándose un poco más en mis piernas. Cambio mi peso de un pie a otro, sintiéndome nerviosa a causa de su lento escrutinio.

—No me gustan esos pantalones —murmura más para sí mismo que para mí, antes de regresar su mirada a mis ojos.

—No te he preguntado tu opinión —mascullo con el ceño fruncido—. Además, a mí tampoco me gustan los tuyos —miento—. Y para de decir tonterías. Estás llevando la conversación a tu terreno para distraerme.

—Creo que son tus propios pensamientos los que te están distraiendo —comenta con arrogancia.

Reprimo un gruñido de frustración y opto por ignorarle. Necesito respuestas.

—¿Por qué Marius me mintió?

—Porque yo se lo pedí.

—Eres un cabrón...

—Eso ya me lo has dicho antes. Cambia un poco el repertorio —sugiere con diversión. Yo, en cambio, no creo que esta situación sea graciosa. Al revés, me engañó de la peor forma posible, sin ser consciente de que durante mucho tiempo estuve perdida entre las sombras. Incluso muerta.

Una lágrima resbala por mi mejilla al mismo tiempo que me dejo caer en el sillón más cercano. Al ver mi desconsuelo, se acerca para quedar en cuclillas frente a mí.

—¿Cómo fuiste capaz de hacerme eso? ¿Lo hiciste para vengarte? ¿Para darme una lección?

—Lo hice por los míos. Y por mí. —Enmudece por un instante—. Y también por ti. Era la única manera de que pudieras recuperar a tu hermano.

—¡No, no y no! —Le señalo con el dedo índice—. No voy a tolerar que me digas que no quisiste perdonarme para que yo pudiera sacar a mi hermano de la cárcel.

Se pone de pie con rigidez.

—Yo no he dicho eso. Si en aquel momento no te perdoné fue porque no podía ni quería hacerlo.

—¡Entonces no digas que lo hiciste por mí!

—¡Claro que sí lo hice! Porque en el remoto caso de que te hubiera dado una oportunidad, habrías antepuesto mi bienestar a la de tu hermano y al final me habrías odiado por ello.

—Te equivocas. —Me levanto para no sentirme tan pequeña en comparación con él—. ¡Ya te odio!

—¡Y yo a ti! —Ambos respiramos con dificultad. Se frota la cara con las manos—. Tenemos que calmarnos o esto no va a llegar a donde yo quiero —musita antes de dirigirse hacia el mini bar y sacar una lata de cerveza. Toma un abundante trago mientras yo le observo con atención.

En el fondo me conmueve que haya pensado en mí al trazar su descabellado plan, pero no soporto que intente manipularme con ello. Podría habérmelo contado y no lo hizo.

—¿Quieres algo de aquí? —me pregunta apuntando el diminuto refrigerador.

—No. —Me cruzo de brazos—. Lo que quiero es que me expliques cómo conseguiste engañarnos a todos y, en especial, cómo lograste burlar a la policía. Te vieron entrar en esa casa. Asiente y deposita la lata ya vacía encima de un mueble.

—Siéntate.

—No me des órdenes. Y si yo me siento, tú también.

Sonríe como si le gustara mi altanería y toma asiento en el sofá que hay junto al ventanal, con vistas espectaculares a la *Torre Eiffel*. Yo hago lo mismo, pero en el extremo opuesto. Necesito distancia. Debo ser cautelosa, o cabe la posibilidad de que me abalance como una desesperada sobre él y de que me rechace como hizo la última vez que estuvimos juntos. Y eso es algo a lo que le temo demasiado. No podré soportar otra humillación.

—Un amigo me hizo un favor —comenta mientras pone una pierna debajo de la otra y el brazo en el respaldo del sofá.

—¿Alguien de la policía? —inquiero, pero él no responde—, o ¿alguien mucho más poderoso?

—Un amigo —repite con sequedad.

Enarco las cejas.

—No confías en mí, ¿verdad?

—Comprenderás que tenga mis dudas.

Su recelo hace que me ruborice, tanto por la vergüenza como por la obvia desconfianza que tiene hacia mi persona.

—Podría haberte delatado hace varios minutos y no lo he hecho. Al contrario, le pedí a mi madre que no llamara a Jaime.

Exhala con cansancio y se apiada un poco de mí.

—Esa persona me ayudó a que todo pareciera más creíble —explica dándome un voto de confianza—. Le proporcionó a Jorge Gómez la información necesaria para que creyera que yo me encontraba dentro de la casa.

—¿Y Khâliq?

—Él..., digamos que él ya estaba ahí desde hacía varias horas. —Contiene una sonrisa pícaro. No tengo que conjeturar demasiado para llegar a la conclusión de que Khâliq fue asesinado con antelación, y que el dato de él entrando en la casa es falso también.

—Te lo has currado... —Hago una mueca y, a continuación, añado—: Seguro que tu amigo se

ganó una buena comisión.

—En realidad..., hace poco le di algo mucho más valioso que un fajo de billetes. —Abro la boca para preguntarle qué cosa, pero me interrumpe—. Es mi turno de preguntar. —Lo miro con inquietud. Mi nerviosismo se intensifica cuando se mueve por el sofá hasta reducir los pocos centímetros que se interponen entre nosotros—. ¿Cómo estás?

Suelto una risita nerviosa. La expresión en su rostro se ablanda al oír mi risa.

—Confundida, alterada, intranquila... —Me humedezco los labios, deseando besar los suyos—. La verdad es que no entiendo nada. Solo sé que estás vivo, pero sigo sin comprender por qué has regresado.

Alessandro se acerca lo máximo que puede. Tengo que enterrarme las uñas en las palmas de las manos para no alargadas y tocarle como tanto ansío. Me muero por hacerlo, pero la última vez me despreció demasiado y no quiero repetir la experiencia. No obstante, estarme quieta me parece imposible.

—He venido a recuperar lo que es mío; lo que me pertenece.

—Madrid —aseguro apenada.

Niega despacio con la cabeza y, a continuación, acaricia mi mejilla con mucha dulzura. El simple y efímero roce me hace arder de deseo.

—A ti. —El pulso se me acelera ante la confesión y va a peor cuando mira mis labios con una intensidad palpable—. Joder, no aguanto más sin tenerte. —Es lo último que percibo antes de que estampe su boca contra la mía.

Cierro los ojos con fuerza a la vez que correspondo con ganas al beso, temblando a causa de la emoción de volver a sentirle. De estar con él. Gimo de satisfacción. Sin interrumpir nuestra apasionada conexión, me agarra una pierna, me sienta a horcajadas sobre sus caderas y continúa acariciándome tanto con su lengua como con sus manos, mientras que las mías le tocan el pelo, los hombros, cada rincón que me es posible alcanzar.

Me siento viva otra vez, más que en mucho tiempo, pero, sin embargo, el pensamiento de volver a perderle hace que tiemble de miedo.

—No hagas esto si después vas a dejarme de nuevo —susurro contra sus labios, con un nudo en el estómago—. No podré soportarlo.

—Mírame, Amber —ordena. Le obedezco—. He cruzado medio mundo para venir hasta aquí. No voy a dejarte escapar, por mucho que se entrometa tu madre.

Sonrío con timidez y derramo las lágrimas que tanto he tratado de contener, aunque no sé si son de alegría o de tristeza. O quizás una mezcla de ambas.

—Te ha costado más de un año venir a buscarme. —Trago saliva mientras él limpia mi rostro con ternura.

—No tuve alternativa. Jorge Gómez te tenía bien vigilada. —Enarco las cejas, confusa—. No podía arriesgarme. No cuando la vigilancia que había autorizado seguía en marcha.

—Pero los periódicos y las noticias dijeron que todo volvió a la normalidad después de tres meses.

—No, Amber. Jorge continuó buscándome —me explica con tranquilidad—. Nunca se tragó lo de mi muerte, de modo que no pude contactar contigo ni con nadie. Al menos no hasta que Jorge... —Se interrumpe a sí mismo.

—Muriera —termino la frase. Por alguna razón no me sorprende—. Lo mataste.

—Yo no le toqué —repite, pero no niega que haya mandado a alguien para hacerlo por él.

—Entonces, hacía mucho que me habías perdonado.

—En realidad no. —Exhala un suspiro trémulo—. Estaba muy cabreado contigo, demasiado, pero a pesar de eso no podía parar de pensar en ti. A todas horas —confiesa mirándome con una intensidad abrumadora—. No puedo negar que intenté olvidarte, pero fracasé.

—¿Con otras? —le pregunto, pero enseguida me arrepiento al ver la amargura reflejada en su mirada.

Los celos me atacan a una velocidad vertiginosa y trato de alejarme de su alcance, pero Alessandro actúa con rapidez y me retiene por los brazos.

—Amber...

—¡No! —grito aún inmovilizada—. ¡No tienes ninguna excusa! No tienes ni puta idea de cómo lo he pasado. —Me estremezco al recordar fugazmente los últimos meses—. Mientras tú te follabas a alguna fulana, yo me sentía como una mierda.

—¿Crees que yo me he sentido mejor? —inquire, dolido—. He estado más muerto que vivo, viendo fotografías tuyas entrando y saliendo de la consulta de la tal doctora Pérez; viendo cómo cambiabas poco a poco, cómo llamabas la atención de los hombres.

—¡Pero yo no me he tirado a ninguno!

Sin darse cuenta, me zarandea y me sujeta con más fuerza.

—¡Y menos mal que no lo hiciste, sino ahora mismo estaría preso de verdad! —vocifera, pero aparta las manos de golpe al percatarse de mi mueca de dolor—. Lo siento... Lo siento.

Me froto la piel un tanto enrojecida y, notando que me tiembla el labio inferior, le pregunto:

—¿El qué sientes? ¿El haberme hecho daño ahora o antes?

—Las dos cosas —responde con sinceridad. La cabeza me da vueltas. No sé qué hacer ni qué pensar. No puedo negar que estoy contenta de que esté vivo, pero siento rabia de que haya estado divirtiéndose con otras.

Hecha un completo lío, me zafo de su agarre y me pongo de pie. Alessandro hace lo mismo para impedir que me marche más lejos.

—Hay demasiadas cosas que no entiendo. Me estoy agobiando... —digo a punto de llorar de nuevo.

—Esto no está yendo como lo había planeado. Escúchame, por favor —implora y toma mi rostro entre sus manos. Lo miro con tristeza—. No tengo ni idea de cómo explicarme... No soy bueno en esto —dice angustiado—. ¿Recuerdas el día que nos conocimos, en el exterior de la cafetería? —Asiento una vez. Nunca podré olvidarlo—. Yo estaba charlando con Patricio y entonces... —Sonríe al tiempo que sacude la cabeza.

—¿Por qué sonríes? —musito con los ojos vidriosos y la voz rota.

—Porque en aquel entonces no lo sabía, pero te vi mucho antes de que tú me vieras. —Apoya su frente contra la mía y respira profundo—. Te sentí mucho antes de verte.

Entiendo a la perfección lo que trata de decirme, porque yo también le siento mucho antes de verle. Y comprender que estamos hablando de la misma mágica sensación es suficiente para que los celos sean reemplazados por un sentimiento mucho más poderoso: el amor.

Sin mediar palabra, porque mi mirada muestra todo lo que no le digo, le envuelvo el cuello con los brazos y le beso muy suave y lento al principio. Pero ha transcurrido tanto tiempo que al final no logro contenerme. Y él tampoco. Me aprieta contra sí; sin embargo, nada es lo suficientemente cerca. Necesitamos más. Yo lo necesito. Cuelo mis manos ansiosas por debajo de su camiseta, y acaricio su pecho y su abdomen; después, cambio el rumbo hacia su espalda y me aferro a ella con las uñas. Alessandro gruñe contra mi boca e intensifica el beso, devorándome como si la vida le fuera en ello. La piel le arde tanto que hace que la mía propia se

incendie.

Mientras me deleito con las caricias, noto algunas heridas ya cicatrizadas que antes no tenía. Pero olvido cualquier pensamiento de preocupación cuando tira del bordillo de mis pantalones hacia arriba, para manosear y agarrar con pasión mi trasero.

—Amber... —murmura con vehemencia a la vez que desplaza sus manos hacia mis caderas—, vive conmigo en el paraíso.

Sonríó ampliamente contra sus labios.

—Ahora mismo estoy en el paraíso, o en el cielo. No lo sé.

Se ríe con suavidad.

—Estoy hablando en serio. —Abro la boca para decirle que yo también lo hago, pero me calla—. Hay algo que necesito enseñarte.

—¿El qué? —pregunto aunque él ya ha entrelazado nuestros dedos. No me responde; en cambio, me conduce hasta la cama tamaño *King Size* y, a continuación, abre la puerta del armario. De adentro saca una bolsa deportiva, extrae un pasaporte y me lo entrega para que le eche un vistazo.

—Aunque quisiera, no puedo regresar a España —me explica mientras leo el nombre de Elena Brun, con mi fotografía al lado—. Al menos no por una buena temporada.

Trago saliva con fuerza.

—Entonces no volveré a ver a mi familia —confirmo lo que en otras palabras él acaba de decirme.

Asiente con cautela.

—Giovanni, Marius y los demás nos están esperando. Y no te preocupes por Patricio. Ya me he encargado de él —continúa, pero yo apenas puedo asimilar tanta información—. Quiero que vengas conmigo. —Se acerca y me eleva la barbilla—. Amber, di que sí y acepta a vivir conmigo.

—Alessandro...

—Quiero estar contigo —repite—. Estoy cansado de fingir que puedo contra todos, incluso contra mis propios deseos. No soy tan fuerte como aparento.

—Lo eres...

—No, no lo soy —reconoce—. Soy el hombre más débil del mundo cuando estoy contigo. —Le retengo por la cintura, sintiéndome cohibida ante tanta sinceridad—. Pero lo soy aún más cuando estoy sin ti.

Aunque Alessandro no es una persona de muchas palabras, está esforzándose por mostrarme sus sentimientos y sus emociones. En todos los meses que conviví con él, jamás imaginé que pudiera decir cosas tan bonitas; mucho menos que algún día me las diría a mí.

Le acaricio la mejilla, cubierta por una abundante barba oscura, mientras me pregunto en silencio si puedo vivir sin ver a mi familia. Ya sé que vivir sin él es imposible.

—¿Podré hablar con ellos por teléfono? —inquiero en voz baja.

—Sí, pero no debes mencionarles a dónde iremos. —Hace una breve pausa—. Espero que te guste el nombre de Elena; lo escogió Fiona.

—Está bien. —Me encojo de hombros. El nombre es el último de mis problemas.

—Amber —lo miro expectante—, sé que lo que te estoy pidiendo es muy egoísta. Soy egoísta, sobre todo respecto a ti. No quiero compartirte con nadie, ni siquiera con tu madre. —Al oírle, tengo la certeza de que no le sentó nada bien que mamá haya tratado de alejarnos—. Y también sé que en cierto modo me parezco bastante al desgraciado que le jodió la vida a mi

madre, pues te estoy arrastrando hacia un mundo oscuro, tal y como él hizo con ella.

Niego presurosa con la cabeza.

—Tú no eres como él —digo convencida—. Ni yo soy como ella. Yo no tengo ninguna obligación que me ate. —Mi madre y mi hermano tienen sus vidas; ella es feliz con su pareja, y David está enfocando todo su tiempo y sus esfuerzos en el trabajo. Es hora de que yo rehaga la mía. Con Alessandro—. Ya no.

—¿Pero? Hay un pero, ¿cierto?

—Tengo miedo —reconozco.

—¿De mí? —me pregunta con preocupación, creyendo que me refiero a otra cosa mucho más siniestra.

—¡No! Eso está olvidado por completo. Te lo juro. —Respira aliviado—. Es solo que... que nos conocemos a medias... Quiero conocerlo todo de ti, desde el principio hasta el fin.

Afirma una vez con la cabeza y, a continuación, da un paso hacia atrás.

—Estás en lo cierto —dice, y extiende una mano—. Lo que te preocupa tiene muy fácil solución. —Lo miro desconcertada—. Me llamo Alessandro Di Lorenzo.

Me echo a reír con una mezcla de alegría y asombro, y le ofrezco mi mano para que la estreche con la suya.

—Me llamo Amber.

—¿Amber...? —indaga con una ceja en alto, esperando a que le diga mi apellido.

—Amber. —Ya no soy Amber Montalván; aquella niña dejó de existir hace mucho. Ni tampoco Amber Martin. Junto a Alessandro, soy una persona nueva. Diferente. Él me hace sentir especial. Única—. Sólo Amber.

Conforme con mi respuesta, rodea mi cintura con sus brazos y roza mis labios con los suyos.

—Mi bella y dulce *gatita* —murmura—, empecemos nuestras vidas de cero. Sin mentiras, sin obstáculos que nos separen. —Asiento con un sollozo de felicidad. Si alguna vez me he sentido tan dichosa, no lo recuerdo—. No llores. —Deposita un beso en mi mejilla para impedir que una lágrima llegue más lejos y, a continuación, toma una bocanada de aire antes de admitir—: No lo soñaste. Te mentí para que creyeras lo contrario.

Alzo la mirada hacia él, temblando por dentro. Mi corazón late más deprisa ante la emoción de volver a oír de sus labios dos palabras que tanto ansío escuchar.

—Dímelo... —susurro.

Alessandro traga saliva y cierra los ojos con fuerza, pero enseguida vuelve a abrirlos. Y cuando lo hace, veo en ellos el mismo sentimiento que yo siento por él. Un sentimiento puro y sincero, que jamás perecerá ni caerá en el olvido.

—Te amo, Amber —dice mientras me observa como si yo fuera la persona más importante de su vida—. Te amo muchísimo.

Epílogo

Fortaleza, Brasil. Diez meses después

El día a día con Alessandro jamás es aburrido. Y ninguno es igual. Desde que llegué al paraíso, como él había bautizado Fortaleza, mi vida ha estado llena de un sinfín de sorpresas y, sobre todo, de mucho amor. Alessandro no había mentido cuando me aseguró que se había encargado de Patricio, porque aunque me asombró y realmente no me lo esperaba me dio otra oportunidad; como también hicieron los demás.

Ahora, a pesar de que llevo diez meses sin ver a mamá y a David, soy feliz. Y mucho. Especial porque estoy siempre junto a Alessandro y, también, porque estoy esperando un...

Dejo de escribir cuando la puerta del copiloto se abre con brusquedad y Alessandro entra presuroso en el automóvil. Reaccionando con rapidez, tal y como él me ha enseñado, aprieto el pedal del acelerador a pesar de que aún tiene media pierna afuera.

—¿Lo has conseguido? —le pregunto, ansiosa, a la vez que observo por el espejo retrovisor y tomo la carretera nacional para volver a Fortaleza. Respiro aliviada al comprobar que nadie nos persigue. Todavía.

—Sí —contesta y, a continuación, saca tres fajos de billetes para que vea por mí misma que dice la verdad.

Lo miro de reojo, con una media sonrisa.

—Una cosa menos que hacer. ¿Puedes cerrar mi diario y guardarlo en mi bolso? Me has interrumpido en pleno proceso de inspiración —murmuro divertida.

Alessandro, captando mi buen estado de humor, finge que va a recoger la libreta, en la cual suelo expresar mis pensamientos, y me roza a propósito el muslo derecho.

Ahogo un gemido ante la perezosa caricia.

—Me encanta que estés así de sensible... —Continúa con la deliciosa tortura, mientras que yo arrugo el entrecejo e intento mantener la concentración en la carretera—. Quizá debería subir un poco más —comenta aunque ya lo está haciendo.

En un súbito impulso aprieto las piernas, lo que causa que casi pierda el control del coche.

—¡Para! —grito asustada. Se ríe con ganas, pero no se aparta—. ¿Quieres que nos matemos?

—No tienes ni idea de cuánto me pones cuando estás de esta manera: centrada en lo tuyo, conduciendo como una experta y usando esos pantaloncitos cortos.

Lo miro atónita y excitada a la vez.

—Detente o harás que saque mi revólver —le advierto con simulada seriedad.

A diferencia de las típicas parejas, Alessandro me regaló por Navidad una pistola del tamaño

de mi mano, para que pudiera empuñarla con facilidad; desde aquel día empezamos a practicar a diario, sin descanso, y ahora sé disparar casi tan bien como él.

—Sácalo —me desafía, risueño—. Y no llegaremos a casa.

—¿Qué pasa con el «capitán»? —inquiero para cambiar de tema y, también, para bajar el repentino calentón que está nublándome el juicio.

—No nos causará más problemas —responde con arrogancia. Entiendo a la perfección lo que quiere decir con esa simple frase.

—Entonces, ¿hemos recuperado todo?

El «capitán» ha sido uno de nuestros enemigos principales en los últimos meses, ya que cometió el error de llevarse consigo una parte de la mercancía de Alessandro, creyendo que pertenecía a otra familia rival de la zona. Desde entonces le estuvimos siguiendo la pista, hasta que ayer dimos con él.

—Sí, triplicado por tres. —Se queda un momento en silencio y, entonces, toca mi mejilla con suavidad; el conciso tacto es suficiente para hacerme estremecer—. Echaré mucho de menos estos momentos.

—Todavía puedo seguir. —Me encojo de hombros—. No me siento mal.

—Estás cachonda todo el día. Y sabes muy bien cuánto me pone verte así. Me desconcentras, Amber, y eso no es bueno —comenta con sinceridad—. Y no, no vamos a correr ningún riesgo. Si os llegara a pasar algo... no me lo perdonaría nunca.

—Pero...

—Ya lo hemos hablado, Amber. —Me interrumpe—. Esta es nuestra última aventura. Y yo te prometo que intentaré meterme menos en líos.

Resoplo con indignación.

—Lograrás quedarte quieto una semana, como máximo. —Lo miro por un segundo y, enseguida, sé que he acertado—. A mí me gusta estar así contigo.

—Estás embarazada —me recuerda—. Es hora de que bajemos el ritmo.

Hace apenas dos semanas que nos hemos enterado de que estoy esperando un bebé, pero él ya ha empezado a cuidarme; demasiado para mi gusto. Y como si aquello no fuese suficiente, comentó la noticia con sus amigos, así que ahora Giovanni, Marius e incluso Patricio me vigilar a todas horas.

A veces me siento como una princesa atrapada en un mundo donde los revólveres, las drogas y los mafiosos son los ingredientes principales del cuento. Pero, aunque no puedo negar que me encanta compartir experiencias atrevidas con Alessandro, él tiene razón. Debemos ser responsables.

—Yo también echaré de menos esto —murmuro con tristeza.

Alessandro pone una mano encima de mi pierna derecha y me da un suave apretón.

—No estés triste, *gatita* mía. Esto también es una aventura, solo que menos arriesgada. Creo... —añade con el ceño fruncido—. Ahora tendrás más tiempo para escribir.

—Ya casi he terminado —le confieso—. Solo faltan unas cuantas palabras y listo.

—¿Y con qué palabras quieres concretar nuestra historia?

Se me acelera el corazón ante la pregunta. Sujeto el volante con una mano, atrapo la suya con suavidad y, a continuación, lo miro con una amplia sonrisa antes de decir:

—Con un «Te amo».

FIN